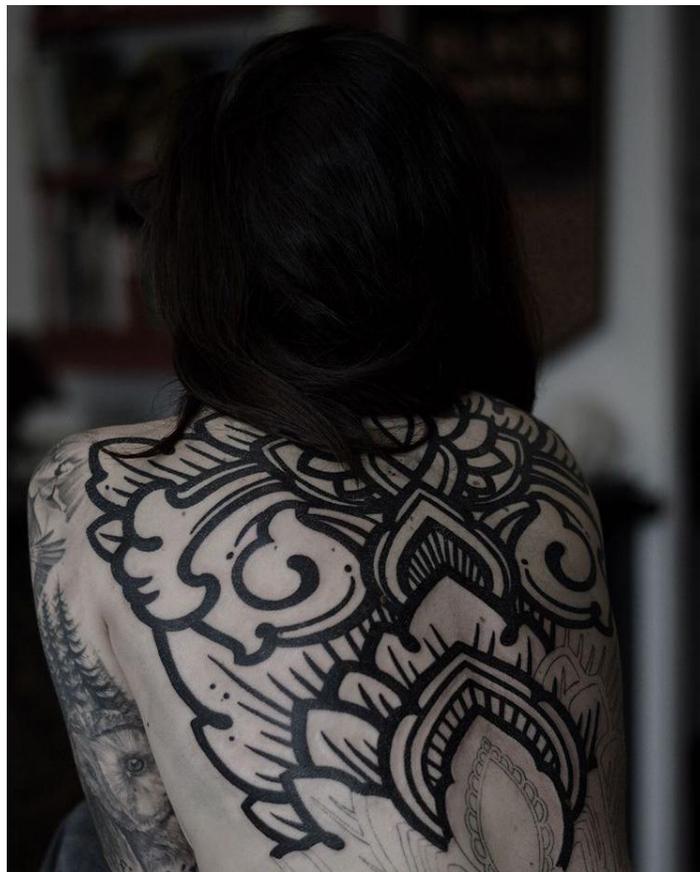


LOS CUERPOS UTÓPICOS.
ETNOGRAFÍA FEMINISTA DEL TATUAJE EN EL
CONTEXTO ESPAÑOL:
IDENTIDAD, ARTE Y RESISTENCIA

DOCTORANDA: JULIA PÉREZ AMIGO
DIRECTORA: NURIA ROMO AVILÉS

Programa de Doctorado en Estudios de las Mujeres. Discursos y Prácticas de Género
Universidad de Granada
Junio de 2023



LOS CUERPOS UTÓPICOS.
ETNOGRAFÍA FEMINISTA DEL TATUAJE EN EL
CONTEXTO ESPAÑOL:
IDENTIDAD, ARTE Y RESISTENCIA

DOCTORANDA: JULIA PÉREZ AMIGO

DIRECTORA: NURIA ROMO AVILÉS

Programa de Doctorado en Estudios de las Mujeres. Discursos y Prácticas de Género
Universidad de Granada
Junio de 2023



*Instituto Universitario
de Investigación de Estudios
de las Mujeres y de Género*



**UNIVERSIDAD
DE GRANADA**

Editor: Universidad de Granada. Tesis Doctorales
Autor: Julia Pérez Amigo
ISBN: 978-84-1195-045-9
URI: <https://hdl.handle.net/10481/84674>

Como los tatuajes que tengo en mis brazos y en mis piernas, en mis muslos y en mi espalda, como la tinta negra que me adorna las clavículas y el esternón, como las inscripciones que llevo arraigadas en el plexo. Con dolor. Agujas en los labios y puntos de sutura para agraviar la piel como lisura y silencio, agujas para explicitar la vida, para manchar los cuerpos y que brote la sangre.

[...]

¿Qué quería en este ensayo? Ser cicatriz rosada. Preguntarme: «¿Qué mujer?» No saber qué contestar y reescribir mi cuerpo.

Begoña Méndez. *Autocienciaficción para el fin de la especie.*

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias, en primer lugar, a mi directora de tesis, Nuria Romo. Por ser paciente, brillante y por hacerme reír en momentos tensos. Llegamos juntas a este momento, gracias de todo corazón.

También quisiera agradecer al que ha sido mi supervisor en mi estancia internacional, Matt Lodder, por empujarme a indagar en los escondrijos de la historia, y por alentarme a mejorar, no solo la tesis, sino mi percepción de la vida académica en general. Esta tesis no sería la misma sin ti.

Agradezco también al Instituto de Estudios de las Mujeres y de Género de la Universidad de Granada y, especialmente, al consorcio del máster GEMMA, el haber sembrado en mí la semilla de un feminismo despierto.

Gracias a mis compañeres de despacho, en Granada y en Colchester, por su apoyo, sus revisiones y, especialmente, por todos los cafés y las cervezas. Fue ahí, en esos momentos que se sucedían fuera de lo institucional, que yo aprendí a apreciar la investigación.

Gracias a las personas que se sentaron –o caminaron– conmigo para, juntas, responder a los interrogantes que sustentan esta tesis. Me concedisteis vuestras historias, y espero haberles hecho justicia.

Gracias, Rafa, amigo, por revisar con precisión de cirujano este texto. Nuestro perfeccionismo no conoce fronteras; lo que se nos haya escapado es una muestra de que estamos vivas. Gracias Laura y Elvira, por ser mis amigas desde hace tanto, por leerme, por diseccionar mis palabras para criticarlas desde lo constructivo y por vuestro calor. Gracias María G. por aclararme y animarme a seguir, ¡lo hemos conseguido! Gracias Ricardo, por sacarme del hoyo incontables veces y por haberme acompañado durante todo este camino. Gracias a todas mis amistades, sin vosotros no sé ser.

Gracias abuela Mari, por ser una mujer rompedora y enseñarnos que nunca es tarde para las transformaciones necesarias. Gracias papá y mamá por aguantarme con todas mis intensidades. Me permitisteis ser peleona y aquí estoy, ¡apunto de defender una tesis! Gracias a toda mi familia, porque cada una, de una forma u otra, estáis en este texto conmigo.

Gracias María, mi hermana, por tu sonrisa, tus ojos y tu amor incondicional. No sé qué habría sido de mí sin tus memes, sin nuestras charlas, paseos y comidas compartidas. Te admiro.

Esta tesis ha sido posible gracias a todas vosotras.

Índice de la tesis

Resumen [Esp.]	9
Abstract [Eng.]	10
1. Introducción	11
2. Antecedentes: feminismos, identidad y cuerpos transformados	17
2.1. El cuerpo como artefacto	17
2.1.1. El cuerpo pensado: desde la filosofía hacia las ciencias sociales	17
2.1.1.1. Determinismo sexo-género e intervencionismo médico	18
2.1.1.2. Rebatiendo los dualismos	19
2.1.1.3. ¿Sabe el cuerpo?	22
2.1.1.4. La memoria del cuerpo	24
2.1.1.5. El cuerpo hace: embodiment	25
2.1.2. La diferencia en el cuerpo: los aportes feministas a las teorías del cuerpo	27
2.1.2.1. Interseccionalidad y performatividad	27
2.1.2.2. Agencia y resistencia	29
2.1.2.3. Lecturas críticas del pensamiento de Foucault desde los feminismos	31
2.1.3. El cuerpo como artefacto: las prácticas corporales y la identidad imbricadas en esta investigación	32
2.2. El cuerpo transformado	34
2.2.1. Cambios no deliberados: marcas del tiempo y la vida	34
2.2.1.1. Feminismos, monstruosidad y (dis)capacidad	36
2.2.2. Cambios deliberados: el cuerpo modificado	39
2.2.2.1. El cuerpo tatuado, agujereado, escarificado o implantado	42
2.2.2.2. El tatuaje es un medio, no un fenómeno: el tatuaje como arte y práctica	43
2.3. El cuerpo tatuado	44
2.3.1. Margo DeMello (1995): <i>The Carnivalesque Body: Women and Tattoos</i>	45
2.3.2. Christine Braunberger (2000): el cuerpo como espectáculo	47
2.3.3. Margot Mifflin (1997): subversión localizada	48
2.3.4. Sheila Jeffreys (2000) y Michael Atkinson (2002): los referentes polémicos	49
2.3.5. Beverly Yuen Thompson (2015): el espejo sociológico	50
2.3.6. Vacíos que investigar y (otras) realidades que narrar	51
2.3.7. Identidad y género en el cuerpo tatuado	53
2.4. Apuntes históricos sobre el tatuaje en Occidente y España	56
2.4.1. Una necesaria mirada crítica a la historia del tatuaje	56
2.4.2. Universalidad de la práctica y restos más antiguos del tatuaje	57
2.4.3. El mito del capitán Cook y el tatuaje en Europa	59
2.4.4. Estereotipos visuales y malentendidos históricos	60
2.4.5. El caso español: breves apuntes sobre la historia del tatuaje en España	62
2.4.5.1. Una incursión en la Hemeroteca española	63
2.4.5.2. La sociedad española y el tatuaje a lo largo del siglo XX	64
2.4.5.3. Tatuaje, feminismo y <i>body politics</i> en España	66
2.5. Conclusiones de los antecedentes	68

3. Objetivos de la investigación	70
4. Metodología de investigación: etnografiar y autoetnografiar el tatuaje	71
4.1. (Auto)etnografiar desde el feminismo	71
4.1.1. Autoetnografía: la investigación encarnada	74
4.2. Etnografía en pandemia: entre lo digital y lo presencial	78
4.2.1. El acceso al campo en un contexto de pandemia	80
4.2.1.1. Vías de acceso al campo. Lo académico, lo profesional, lo personal	80
4.2.1.2. Virtualidad en el acceso al campo	81
4.3. Recolectando datos, conversando desde el cuerpo	83
4.3.1. Observación participante	84
4.3.2. Entrevistas en profundidad	87
4.4. El análisis de los datos y la escritura etnográfica	92
4.4.1. Uso del software NVivo	94
4.4.2. La escritura etnográfica	95
4.5. Consideraciones éticas en la investigación	97
5. Resultados	98
5.1. Historia, referentes y pioneras	98
5.1.1. Nuestras abuelas, o la necesidad de construir genealogías	98
5.1.2. La historia del tatuaje en España a través de sus protagonistas	100
5.1.3. Diferencias territoriales norte-sur / España-Europa, mundo	117
5.1.4. Punk, culturas juveniles y subculturas	122
5.1.5. Tatuajes, Internet y redes sociales	125
5.1.6. Referentes para la constitución de la escena del tatuaje en España	128
5.2. El mundo del tatuaje en la España contemporánea	138
5.2.1. Las tatuadoras en la contemporaneidad	139
5.2.2. El mito de la recepcionista	149
5.2.3. Problemas en el mundo del tatuaje contemporáneo	150
5.2.3.1. Violencia de género y agresiones sexuales	151
Celia: un tatuadora agresor y la necesidad de contarle	157
Naiara: machismo y violencia en primera persona	159
Sonia: el mentor agresivo y la ruptura del ciclo	163
5.2.3.2. El impacto del colonialismo en el mundo del tatuaje	166
5.3. Tatuándonos: cuerpos y feminismo	173
5.3.1. El primer tatuaje	173
5.3.2. El dolor como experiencia compleja	178
5.3.2.1. El género y el dolor	186
5.3.3. Manejando el arrepentimiento	188
5.3.3.1. Las tatuadoras y el manejo del arrepentimiento durante su práctica	194
5.3.4. Presiones y elecciones: zonas que no nos tatuaríamos	199
5.3.5. Tatuaje paramédico	208
5.3.6. <i>Piercings</i>	213
5.3.7. La relación con nuestro cuerpo	215
5.3.8. Estética, apariencia e imagen corporales	222
5.4. Lo externo: miradas, estereotipos y <i>tattcalling</i>	227

5.4.1. Nos miran: La mirada externa, afilada como un puñal	227
5.4.2. Nos juzgan: Percepciones del tatuaje y el cuerpo tatuado	235
5.4.3. Nos sexualizan: el cuerpo invadido y el problema del <i>tattcalling</i>	250
5.5. El tatuaje como herramienta de construcción de la corporalidad	266
5.5.1. Motivaciones para tatuarse: el tatuaje se imbrica con nuestra historia	266
5.5.2. Experimentación y autogestión: <i>DIY</i> , tatuajes y feminismo	276
5.5.3. Reimaginar la cultura mediante la creación corporal	283
5.5.4. El género y el tatuaje se inscriben en el cuerpo	285
6. Discusión	299
6.1. Situando el mundo del tatuaje en España	299
6.2. Lo externo nos influencia, pero no solo	301
6.3. El tatuaje como práctica corporal y acción utópica	302
7. Conclusiones	307
8. Bibliografía	309
9. Summary	326
10. Conclusions	334

Índice de tablas e imágenes

- Tabla 1. Resumen esquemático de espacios y encuentros –virtuales y presenciales– donde se ha realizado observación participante. Elaboración propia. Página 85.
- Tabla 2. Datos sociodemográficos de las personas participantes en la investigación. Elaboración propia. Página 90.
- Tabla 3. Resumen esquemático de muestra de investigación y entrevistas semiestructuradas. Elaboración propia. Página 92.

- Imagen de portada. Fotografía del proceso del tatuaje en mi espalda (Juanma Vázquez, 2021)
- Imagen 1. Marca en la piel de A. aparecida inmediatamente después de la picadura de una medusa (fotografía propia, 2022). Página 35.
- Imagen 2. Portada de *Skin Shows III. The Art of Tattoo* (1993). Virginia Díez tatuada por Lobo y Mao. Página 105.
- Imagen 3. Isa fotografiada por J. Martínez Conde (c. 1990). Página 109.
- Imagen 4. Mujeres inuit tatuadas fotografiadas por Albert Peter Low (1903-1904). Página 118.
- Imagen 5. Autorretrato (fotografía propia, 2022). Página 198.
- Imagen 6. Fotografía de Isobel Varley. Página 200.
- Imagen 7. Tatuaje realizado por Mara (I). Página 209.
- Imagen 8. Tatuaje realizado por Mara (II). Página 211.
- Imagen 9. Ilustración de Jessica Sharville (2021), Instagram. Página 253.
- Imagen 10. *Tattooed Goddess*, de Koya Abe (2000). Página 266.
- Imagen 11. *Family tree*, de Zhang Huan (2000). Página 291.
- Imagen 12. Whang-od Oggay en Vogue. Página 298.

Resumen [Esp.]

Los cuerpos utópicos. Etnografía feminista del tatuaje en el contexto español: identidad, arte y resistencia.

A partir de 1975 y tras 36 años de dictadura, la sociedad española se enfrentó a una libertad nunca antes explorada y las subculturas, las culturas juveniles y la contracultura tomaron nuevos impulsos, con décadas de retraso respecto de otros países europeos. La realidad de las mujeres también comenzó a cambiar, y el movimiento feminista se rearmó tras décadas de clandestinidad y dificultades. El tatuaje representó, en este contexto, una práctica corporal novedosa.

El objetivo general de la presente tesis doctoral se centra en analizar, desde la antropología del cuerpo y el feminismo, las vivencias de las mujeres en el mundo del tatuaje, tanto a escala íntima como social y profesional. Para ello, se ha realizado observación participante, entrevistas en profundidad –con algunas de las pioneras del tatuaje y el *piercing*, tatuadoras y mujeres muy tatuadas– y un proceso autoetnográfico. Esta investigación ha etnografiado, presencial y virtualmente, las realidades de las mujeres en la cultura del tatuaje en el contexto español, contribuyendo a reconstruir su historia y sus vivencias.

Los resultados de esta tesis doctoral muestran que las mujeres y las personas queer participantes en esta investigación, con experiencias encarnadas, consiguen desbancar el mito de que nuestro ser responda a etiquetas binarias. La práctica corporal del tatuaje permite la construcción, mediante acciones utópicas individuales, de horizontes corporales colectivos basados en la autonomía y la creatividad. Si bien la percepción de los cuerpos profusamente tatuados está fuertemente influida por el género, la edad y la etnia, los resultados de la investigación rescatan las resistencias que afloran en las mujeres vinculadas al mundo del tatuaje. Nuestras narrativas y corporalidades escapan a la normatividad estética y de género, y nos permiten generar estrategias para hacer frente al machismo que caracteriza a algunos sectores de la industria del tatuaje. El tatuaje se erige así en un medio artístico subversivo que nos permite reapropiarnos de nuestros cuerpos, especialmente en un contexto sociopolítico fuertemente marcado por un pasado político antifeminista y represor de la diferencia.

Abstract [Eng.]

From 1975 onwards, after 36 years of dictatorship, Spanish society faced a freedom never before explored. Subcultures, youth cultures and counterculture took on new impulses, decades behind other European countries. The reality of women also began to change, and the feminist movement reassembled after decades of clandestinity and difficulties. In this context, tattooing represented a novel bodily practice.

The main objective of this doctoral thesis focuses on analysing, from the anthropology of the body and feminism, the experiences of women in the world of tattooing, both on an intimate, social and professional level. To this end, participant observation, in-depth interviews - with some of the pioneers of tattooing and piercing, tattoo artists and heavily tattooed women - and an autoethnographic process were carried out. This research has ethnographed, in person and virtually, the realities of women in the tattoo culture in the Spanish context, helping to reconstruct their history and experiences.

The results of this doctoral thesis show that the women and queer people participating in this research, with their embodied experiences, succeed in overturning the myth that our being responds to binary labels. The bodily practice of tattooing allows the construction, through individual utopian actions, of collective bodily horizons based on autonomy and creativity. Although the perception of heavily tattooed bodies is strongly influenced by gender, age and ethnicity, the results of this research highlight the resistances that emerge in women linked to the world of tattooing. Our narratives and corporealities escape aesthetic and gender normativity, and allow us to generate strategies to confront the sexist dynamics that characterise some sectors of the tattoo industry. Tattooing thus becomes a subversive artistic medium that allows us to re-appropriate our bodies, especially in a socio-political context strongly marked by an anti-feminist and repressive political past.

1. Introducción

La momia más antigua de una mujer tatuada se encontró en Deir el Bahari, Egipto. Conocida como Amunet, su cuerpo vivió aproximadamente entre el 2134 y el 1991 antes de nuestra era (Deter-Wolf, Robitaille, Krutak & Galliot, 2016). Investigaciones posteriores han determinado que probablemente se trate de una sacerdotisa. La cultura del tatuaje, a lo largo y ancho del planeta Tierra y desde que tenemos registro, ha estado muy relacionada con las mujeres, con sus vidas, rituales y corporalidades (Krutak, 2007). Resulta impactante, sin embargo, que la abundante literatura académica sobre esta cuestión, tanto antigua como reciente, continúe resaltando las conexiones entre el tatuaje y las masculinidades hegemónicas, y obviando que, históricamente, esta conexión es, en ocasiones, errónea. Teniendo en cuenta que, tanto académica como popularmente, muchas narrativas siguen describiendo el tatuaje como un mundo dominado por hombres, esta tesis surge, inicialmente, con el deseo de complejizar estas narrativas a través de la indagación feminista en un caso concreto: el tatuaje contemporáneo en el contexto español.

Mucho antes de racionalizar este deseo, mis propias experiencias vitales como mujer profusamente tatuada ya me llevaron a inquietarme por la recepción social que generan en muchos contextos los cuerpos tatuados, especialmente cuando estos son leídos como femeninos o *queer*. Las miradas, comentarios y obstáculos, pero, sobre todo, la sensación de libertad, creatividad y posibilidad que me inunda cuanto más me tatúo, están también en la base de esta investigación. Esto me llevó a querer profundizar en las experiencias de otras mujeres profusamente tatuadas en el contexto inmediatamente cercano al mío. Los errores metodológicos y analíticos que caracterizan algunas de las investigaciones en torno a los cuerpos tatuados se combinaron en mi proyecto con las vivencias personales y los vacíos en la literatura académica sobre el tatuaje desde un punto de vista feminista en contextos no anglosajones.

El tatuaje puede ser definido como una técnica, un medio, un arte, un elemento religioso o espiritual, una herramienta expresiva, terapéutica, etc. La complejidad que rodea a su propia definición es un claro reflejo de su densidad. Si bien el tatuaje puede atenderse desde diversos puntos de vista y a través de las herramientas de distintas disciplinas, de manera general merece ser entendido más bien como un mundo, un universo ingente, cuyas manifestaciones y prácticas pueden distar mucho unas de otras, tanto visual como artística, simbólica o antropológicamente. Es indiscutible, sin embargo, su carácter universal: no existe cultura sobre la faz del planeta que no haya tenido relación con el tatuaje y otras formas de adorno corporal permanente como las escarificaciones, los *piercings* o las dilataciones.

El tatuaje occidental contemporáneo ha sido definido de distintas maneras. Una posibilidad, como recoge McDade (2021), sería considerar que el tatuaje occidental contemporáneo se define porque

es de naturaleza transaccional y requiere un tatuador profesional al que un cliente encarga la realización de un tatuaje como medio, como parte de una industria de

servicios creativos. Se lleva a cabo en un estudio y está sujeto a las influencias de la cultura occidental contemporánea (tecnología, medios de comunicación) en general. Aunque el término “occidental” puede denotar una ubicación geográfica, en el contexto del tatuaje occidental contemporáneo, puede entenderse como perteneciente a los valores culturales de Gran Bretaña, Europa y Norteamérica. [is transactional in nature, requiring a professional tattooist who is commissioned by a client to provide tattooing as a medium, as part of a creative service industry. It is conducted in a studio setting, and it is subject to the influences of contemporary western culture (i.e., technology, media) more broadly. Though the term “western” may denote geographical location, in the context of contemporary western tattooing, it can be understood as pertaining to the cultural values of Britain, Europe, and North America]¹. (pp. 43-44)

Esta investigación, sin embargo, quiere problematizar este entendimiento o, al menos, complejizarlo preguntándose por la aplicabilidad de esta definición del tatuaje al caso español. Aunque esta definición sirva como denominador común de la práctica en contextos occidentales, las particularidades que el tatuaje adquiere dependiendo del contexto histórico, geopolítico y sociocultural donde tiene lugar son indudables. Es por estos motivos que esta investigación se restringe al caso español: sus particularidades pueden servir para ilustrar la complejidad y el polifacetismo del tatuaje mismo.

Si existe un modo unánime de referirnos al tatuaje que sea aplicable en todo contexto, este se podría centrar en que la técnica que nos ocupa siempre está relacionada con el cuerpo como realidad material, identitaria y sociocultural donde se asienta la tinta que percibimos con una forma y apariencia determinada. El tatuaje siempre es *cuerpo* a la vez que sobrepasa las fronteras carnales, para adentrarse más profundo, en las porosas capas del ser, mientras dialoga con el contexto artístico, histórico y sociocultural en cuyo seno nace. Estética, identidad, pertenencia o individualidad son elementos ineludibles a la hora de investigar las fluctuaciones entre el cuerpo modificado, la cultura y la sociedad.

Aunque en el pasado algunas investigaciones en contextos anglosajones (DeMello, 2000) se centraron en analizar algo que se vino a denominar como la *tattoo community*, esta investigación parte de la idea de que tal comunidad, al menos en su concepción original, no existe. Si el tatuaje es un medio y, a su vez, un mundo, ¿por qué debería existir una comunidad de personas tatuadas? Distinto es que se generen grupos o afiliaciones, como en cualquier esfera social, en espacios y situaciones particulares²; pero hablar de *tattoo community* en el siglo XXI, en un momento en que el tatuaje goza de gran popularidad, tiene poco sentido. Para acercarse a las personas tatuadas desde un lugar abierto, es imprescindible alejarse de cualquier intento de amalgamar sus experiencias bajo etiquetas o generalidades.

Investigaciones situadas y posicionamiento personal

¹ Todas las traducciones del inglés son mías, realizadas con ayuda de la herramienta online gratuita *DeepL*.

² En todo momento, me estoy refiriendo aquí al contexto occidental, donde manifestaciones concretas de *tattoo communities* pueden verse, por ejemplo, en entornos virtuales. Véase Roberts (2016) para profundizar en estas manifestaciones.

La primera palabra que inunda mi mente cuando pienso en el tatuaje es fascinación. Aunque mi interés, tanto a escala académica como personal, no llegó hasta pasados mis 20 años de edad, mis primeros contactos con este mundo tan rico y complejo inauguraron una pasión inextinguible, que se extiende hasta este doctorado y que ha terminado por invadir también las capas más profundas de mi ser: tatuaje tras tatuaje, conversación tras conversación, texto tras texto.

Esta profunda conexión con mi objeto de estudio se explica por diversos motivos. En primer lugar, porque siempre me he sentido fascinada por los *piercings* y los tatuajes. De hecho, yo misma me sometí a mi primera modificación corporal con solo 12 años, bajo la atenta y comprensiva mirada de mi madre, que decidió autorizar el pendiente en el ombligo que le pedí cuando finalicé el curso con muy buenas notas. Por otro lado, después de terminar mi primera carrera, enfermería, e inmediatamente después de comenzar la licenciatura en antropología social y cultural, empecé a formarme como anilladora, *piercer* o aplicadora de técnicas de *piercing*. Tenía 21 años y era portadora de diversos *piercings* y, desde ese momento, me dediqué a perforar en diversos estudios de tatuaje de mi ciudad natal, Granada, hasta el año 2015 –lo que sumó unos cinco años de ejercicio en la profesión–. En tercer y último lugar, paralelamente a mi trabajo y a mis primeros tatuajes, comencé a leer y redactar trabajos y ensayos, tanto académicos como divulgativos, en torno al mundo del tatuaje. A todo ello, se suma mi interés personal, mi vivencia encarnada, de la práctica del tatuaje, ya que yo misma soy una mujer profusamente tatuada³.

Con más de una decena de tatuajes en mi haber y un deseo cada vez más claro de seguir añadiendo piezas a mi particular colección de tatuajes, me inscribí en el Máster Erasmus Mundus en Estudios de las Mujeres y de Género GEMMA. Realicé, entonces, una investigación etnográfica para el trabajo final de Máster titulada *El tatuaje en las mujeres. Cuerpos y empoderamiento desde una perspectiva feminista*, que se centraba en recoger y analizar las vivencias de varias mujeres en torno a sus cuerpos profusamente tatuados. Entre esas narrativas incluí también la mía propia, en una apuesta por situarme, como investigadora muy cercana al objeto de estudio, dentro de la propia investigación, gracias a las herramientas y planteamientos teóricos y metodológicos de la autoetnografía.

En mi caso, el trabajo de investigación no puede entenderse sin las implicaciones personales e íntimas que promovieron mi curiosidad académica. Pero ¿cómo se podría dar dimensión antropológica a estos sentimientos e inquietudes? y, sobre todo, ¿cómo se proyectaría una investigación en torno a los cuerpos tatuados desde un punto de vista feminista?

Desde dónde y cómo acercarse a las experiencias encarnadas

Junto con esta motivación personal para la investigación, me encontré con un vacío que llenar, y que explorar, en la literatura académica en torno al tatuaje en el contexto español. La escasez de investigaciones sobre el tatuaje en España, desde los estudios de género y la

³ Más de diez años después de mi primera sesión de tatuaje, tengo tatuados casi en su totalidad un brazo, ambas piernas, el pecho y toda la espalda, incluyendo parte posterior del cuello y nalgas.

antropología, es patente ,como desarrollaré en el apartado dedicado a la historia del tatuaje en el contexto español. Aunque algunas investigadoras se han preocupado por la realidad del tatuaje en España, estos trabajos suelen adolecer de ciertos errores teóricos sobre el mundo del tatuaje que también me planteo rebatir con esta tesis.

Esta investigación usa los preceptos teóricos y las propuestas metodológicas de, por un lado, la antropología del cuerpo, con su atención a las prácticas corporales –lo que los cuerpos hacen– en detrimento de las explicaciones discursivas o psicológicas en torno a las corporalidades y, por otro lado, se vertebra en torno a una perspectiva feminista de la investigación, preocupándose pues, no sólo por las desigualdades, sino también por las resistencias y horizontes de mejora que surgen en el seno de todo sistema de opresión. En este sentido, esta tesis rehuirá los binarismos, no solamente en lo referente al sistema sexo-género, sino también en cualquier consideración teórica en torno a la corporalidad de las mujeres y las personas queer⁴.

Lo utópico: una guía para esta investigación

Para complejizar el discurso en torno al tatuaje contemporáneo en España desde una perspectiva de género, será imprescindible no solo recurrir a fuentes bibliográficas sino, especialmente, realizar un acercamiento cualitativo al tema, mediante la recogida de las narrativas personales de las protagonistas indiscutibles de tal investigación: las tatuadoras y las tatuadas.

Con los puntos de partida teóricos y metodológicos de la antropología del cuerpo y los estudios feministas, me propongo profundizar y problematizar muchos de los caminos que ya comencé a explorar en años pasados. El objetivo primario de la investigación será analizar el tatuaje en tanto que herramienta de subversión, de construcción identitaria y de materialización del cuerpo utópico, concepto tomado de una conferencia radiofónica que Michel Foucault (2010) pronunció en 1966.

No recuerdo cómo ni cuándo llegó a mis manos, o alcanzó mis retinas, el texto que recoge la conferencia de Foucault sobre *El cuerpo utópico*. Es curioso cómo podemos llegar a olvidar los detalles que rodean un suceso que nos cambiará la vida, pero también es mágico pensar que, aunque hayamos eliminado los detalles temporales y espaciales, la huella que esa primera lectura dejó en nuestro cuerpo es imborrable. Los ojos recorren las frases, el lápiz subraya, queriendo abarcarlo todo, las páginas se van llenando de anotaciones y preguntas abiertas, y el corazón bombea unas cuantas pulsaciones por encima de lo acostumbrado. En definitiva, el ser se prepara para acoger el cambio intelectual que pocos textos logran tras una primera lectura. En este caso, solamente el título de la conferencia, editada cuidadosamente junto con otra titulada *Las heterotopías*, ya removi6 algo en mi columna de pensamiento.

⁴ A lo largo de la tesis, usaré un lenguaje lo más inclusivo posible, optando por la utilización de ‘personas’ en lugar de hombres o mujeres. En ocasiones, usaré ‘mujeres’ para nombrar a las participantes de la investigación, englobando en el término también a las personas no binarias participantes. En ocasiones utilizo la “e” para designar explícitamente a las identidades no binarias, en una apuesta por visibilizar sus realidades también mediante el uso de un lenguaje no binario.

Durante la escritura de mi trabajo final de Máster, alrededor de tres años antes del feliz encuentro con *El cuerpo utópico*, organicé los resultados de mi investigación en tres apartados: cuerpo/vida, miradas y utopía. Utopía era el último apartado y se centraba en las experiencias y sensaciones empoderantes que las mujeres relataban en sus narrativas corporales, que yo había recogido por escrito. Quizás el hecho de que aquellos pensamientos suyos viajaran directamente desde la mente al papel a través del cuerpo sintiente propició que las narrativas fuesen especialmente intensas, directas y viscerales. Lo que aquellas reflexiones de mujeres tatuadas me pusieron frente a los ojos me forzó a levantarme de la silla: pasé tardes enteras recorriendo de arriba abajo la habitación en la que escribía, intentando buscar el modo de comprimir, o reunir, sus palabras en torno a otra palabra que fuese capaz de contenerlas, pero también de abrir un espacio para futuras ideaciones y cuestionamientos. Fue en ese momento, caminando en círculo durante varias tardes de un tórrido agosto andaluz, que apareció ante mis ojos la respuesta a mis preguntas: la palabra adecuada para describir el apartado que cerraría los resultados de mi investigación de máster era sin lugar a dudas Utopía:

Utopía, se centra en los escapes, en las rupturas, en las posibilidades. Por lo tanto, versa sobre arte, identidad, coleccionismo y empoderamiento. Recoge todas aquellas reflexiones de las participantes que tienen que ver con el cuestionamiento de las dinámicas corporales ‘normativas’ y con la libertad sobre el propio cuerpo. (Pérez Amigo, 2017, p. 48)

Mariela Cecilia Ávila (2012) defiende que “es posible vislumbrar una utopía que se hace carne y que habita en un cuerpo que se expone para evidenciar una realidad conflictiva, que busca ser cambiada” (p. 10). La utopía, así entendida, se convierte en motor y en ejercicio crítico de la realidad. Ávila (2012) propone el ejercicio utópico como proceso constante de crítica, cuestionamiento y cambio. Esta utopía no es por tanto una ideación estable o fija, sino un motor combativo y disidente para la transformación social. Desde esta consideración del cuerpo como escenario para la acción utópica (Roig, 1987) y como horizonte movilizador para el cambio nos permite vislumbrar que aquellos cuerpos que incomodan, que no encajan (Butler, 2002) o que no son fácilmente legibles o decodificables poseen una capacidad inherente de desestabilización de la norma.

El objetivo inicial de esta investigación es, por tanto, el de complejizar las reflexiones en torno a las mujeres⁵ que tatúan y las mujeres tatuadas, para alejarlas de dicotomizaciones y binarismos en una apuesta por entender los continuos vitales que nos atraviesan. Las explicaciones a los fenómenos socioculturales rara vez responden a estructuras binarias, más bien se mueven entre categorías fluidas y motivaciones complejas, polifacéticas y cambiantes.

En referencia a la identidad como realidad cambiante y poliédrica, el cuerpo utópico, tal y

⁵ Cuando hablo de mujeres, estoy usando las palabras utilizadas por las autoras. Mi posicionamiento al respecto parte de un entendimiento de que tanto los cuerpos de las mujeres como los de las personas *queer* sufren presiones y exigencias mayores que los cuerpos masculinos cis.

como lo entiende Benavides (2019), remite a esas posibilidades de reconfiguración y reapropiación gracias a la desidentificación y a la construcción de utopías:

qué son los sujetos sino cuerpos sujetados, a los que, dada su condición heterotópica, les cabe la posibilidad de exceder la sujeción y de ser otros sujetos, es decir, configurar otras utopías, otros espacios, otras identidades; les cabe siempre la posibilidad de desidentificación, de des-subjetivación, aunque sea siempre para volver a configurar una identidad y una subjetividad. (p. 262).

Estructura de la tesis

El apartado de antecedentes se estructura en torno a cuatro secciones: la primera enmarca el entendimiento del cuerpo como artefacto; la segunda discute cómo se construyen los cuerpos modificados, tanto en lo referente a cambios deliberados como no deliberados; la tercera se centra en los principales acercamientos académicos feministas a los cuerpos tatuados y la última presenta algunos apuntes en torno a la historia del tatuaje en Occidente y en el contexto español. A continuación se presentan los objetivos, general y específicos, de la investigación.

El apartado de metodología se divide en cinco secciones: la primera sobre la etnografía y la autoetnografía como herramientas especialmente pertinentes a la hora de investigar el cuerpo; la segunda presenta el proceso híbrido –presencial y virtual– de acceso al campo; la tercera explicita cómo se han recogido los datos de investigación; la siguiente profundiza en cómo se han analizado estos datos; y por último se exponen algunas consideraciones éticas.

Los resultados de investigación se presentan en 5 secciones: historia, referentes y pioneras; el mundo del tatuaje en la España contemporánea; tatuándonos: cuerpos y feminismo; lo externo, miradas, estereotipos y *catcalling*; y el tatuaje como herramienta de construcción de la corporalidad. A continuación se presentan la discusión y las conclusiones, seguidos de las referencias bibliográficas; en la bibliografía, he incluido los nombres propios de los autores y autoras, cuando ha sido posible, en un intento por visibilizar las contribuciones de las mujeres. Por último, se presentan un resumen amplio y las conclusiones de la tesis traducidos al inglés.

2. Antecedentes: feminismos, identidad y cuerpos transformados

El título de esta tesis es ya de partida una propuesta teórica y metodológica para acercarse a la realidad de los cuerpos tatuados y, así, vincularlos con la creatividad y la posibilidad de subvertir ciertas lógicas y exigencias corporales en la contemporaneidad occidental. En este capítulo, se presentan cuatro puntos interconectados en torno a los que orbita esta investigación: a) el cuerpo como artefacto, b) el cuerpo transformado, c) el cuerpo tatuado y d) algunos apuntes históricos en torno al tatuaje en el contexto español.

Al comenzar a indagar en el tatuaje a nivel teórico, se constata, en ocasiones, cierto olvido del cuerpo. Si el tatuaje se considera un medio artístico –una disciplina más de las artes– o una expresión de la subjetividad –vinculada a la identidad–, parece que lo carnal quede relegado a un segundo plano. Sin embargo, el cuerpo emerge como condición mínima a la hora de realizar cualquier referencia al tatuaje. No existe tatuaje sin cuerpo y no importa la tradición ni el contexto sociocultural o el tiempo histórico al que nos refiramos que, para estudiar el tatuaje, será indispensable mirar y pensar el cuerpo.

En este capítulo, realizaré un acercamiento al cuerpo que irá atravesando capas superficiales hasta alcanzar mayores profundidades sociales, culturales e identitarias. De este modo, comenzaré refiriéndome al cuerpo anónimo, el que nos acompaña nada más abrir los ojos al mundo, para recuperar sus marcas (lunares, cicatrices, quemaduras o arrugas) como ejemplo de su peculiaridad frente a la anonimidad social de los cuerpos. Se irán descubriendo distintos aspectos de la corporalidad hasta alcanzar la idea de cuerpo modificado como posible escenario para la disidencia y la resistencia frente a los estereotipos y las pretensiones de homogeneización corpórea de las sociedades occidentales. Se incluye, además, un recorrido histórico sobre las modificaciones corporales en Occidente y se presta especial atención al contexto español.

2.1. El cuerpo como artefacto

2.1.1. El cuerpo pensado: desde la filosofía hacia las ciencias sociales

¿Es el cuerpo la base de nuestra existencia? Nacemos después de un viaje de varios meses en que pasamos de ser un conjunto indeterminado de células a conformar un organismo capaz de respirar por sí solo. Cuando nuestro cuerpo se apaga, clausurando toda actividad, nuestra existencia llega a su fin. Sin embargo, existen limbos vitales funcionales que emborronan estos límites. Pienso, por ejemplo, en el caso de una persona cuyo cuerpo sigue vivo pero cuyas funciones cognitivas ya no intervienen. La conciencia corporal y el pensamiento son indispensables entonces para que estemos vivas, en el sentido completo de la palabra.

Sea como sea, lo que parece claro es que sin cuerpo no existiríamos. Aunque pueda resultar una afirmación banal, incluso raya en la obviedad más supina, lo cierto es que, en la contemporaneidad y especialmente en la sociedad occidental, el cuerpo ha ido perdiendo protagonismo para convertirse en una especie de conducto de la experiencia, algo a través de lo que la vida pasa. Somos carne atravesada por malestares, obligaciones y exigencias que pueden crear una sensación de desconexión entre lo que pretendemos ser y lo que realmente somos.

Aunque la tecnología y los poderes sociopolíticos han penetrado nuestra percepción del mundo, el cuerpo siempre logra llamar nuestra atención al proferir una especie de grito de socorro desesperado, para que volvamos nuestros ojos a las sensaciones y emociones que nacen de nuestra piel, de nuestras entrañas y de nuestra carne.

En este sentido, quizás la desnudez relajada, el adorno estético disidente de la velozmente cambiante moda o el uso variado del cuerpo y alejado de los fines productivos puede ser leído, justamente, como despertares corporales. Frente al letargo al que nos obligan los cánones estéticos mayoritarios y las lógicas capitalistas con fines productivos, usar el cuerpo de modos creativos, tanto individual como colectivamente, es una apuesta por devolver protagonismo a la parte de nuestra existencia que tiene que ver con una realidad a ratos olvidada: que somos animales culturales (París, 2000), criaturas sintientes con cuerpos imperfectos pero maravillosos que nos conducen por la vida contra todo pronóstico.

El estudio del cuerpo concierne –preocupa– a innumerables disciplinas: la biología, la sociología, el derecho o la antropología. Si se parte de la base de que toda referencia a nuestra existencia pasa irremediabilmente por el cuerpo, podríamos aventurarnos a enunciar que nada referente al mundo que conocemos, como seres humanos, puede ser escindido de nuestra corporalidad. La carne y los tejidos que nos componen son la base de nuestra existencia y, en consecuencia, de todo aquello que experimentamos, ya sea en el plano material, sensorial, emocional o, incluso, espiritual. La filósofa feminista Simone de Beauvoir (2005), señala, junto con otros fenomenólogos como Merleau-Ponty o Sartre, que “la presencia en el mundo implica rigurosamente la posición de un cuerpo que sea a la vez una cosa del mundo y un punto de vista sobre ese mundo” (p. 71). Además, Beauvoir (2005) arguye que esta existencia corporal es diferente en hombres que en mujeres y destaca, así, que la conformación de nuestro ser como realidad encarnada se produce por la imbricación de las condiciones materiales y culturales. El baile, el paseo, la alimentación, la sexualidad, la vestimenta, la actividad cerebral que nos lleva a reflexionar, el descanso... todas estas realidades son esferas socioculturales de nuestra existencia que no podemos desanclar del cuerpo que somos. Bajo este prisma, todas las prácticas socioculturales podrían ser consideradas en última instancia prácticas corporales.

2.1.1.1. Determinismo sexo-género e intervencionismo médico

Todas nacemos anónimas, con un cuerpo determinado a la vez que abierto a infinitas posibilidades. La medicina occidental, sin embargo, ha puesto empeño en la clasificación y

categorización de los cuerpos al nacer (Preciado, 2002). El determinismo de sexo-género se sostiene, primeramente, en el hecho de que seamos designadas –sin nuestro consentimiento y en algunas ocasiones también sin el de nuestros padres o madres– como niños, niñas o personas intersexuales. Esta sistematización clasificatoria de nuestra anatomía demarca nuestro crecimiento y nuestra manera de estar en el mundo. El cuerpo se culturiza, se hace pasar por filtros medicinales patriarcales antes siquiera de que empecemos a tomar parte activa en la sociedad. Beauvoir (2005), en *El segundo sexo*, también complejiza y rompe esta pretendida correspondencia entre sexo y género al escribir su famosa consigna de que una no nace sino que se hace mujer y, así, pasa a considerar el sexo una categoría existencial, no biológica.

Nuestro cuerpo, cuando todavía es anónimo –tal vez ni siquiera hemos sido nombradas más allá del campo de la imaginación–, se nos aparece como materia que debe ser controlada médicamente. No se nos permite idear, o explorar, quiénes somos o queremos ser ante nosotras mismas y ante el mundo. El intervencionismo médico y la biomedicalización de las vidas y los cuerpos de las mujeres (Blázquez, 2021) y de las personas queer, cortan abruptamente el flujo que une nuestra sensibilidad y experiencia con su materialización en nuestra carne. Nuestra identidad de sexo-género, determinada externamente por un profesional de la medicina enguantado y *ciego* a todo lo que escape a las clasificaciones de su manual de fisiología, representa una primera gran contienda vital, sobre todo para aquellas personas que no encajan en el sistema sexo-género binario.

Esta clasificación forzada de nuestra corporalidad tiene consecuencias inmediatas en la conformación de nuestra identidad y, en muchas ocasiones, no está exenta de conflicto y dolor (Lavigne, 2010). Pero ¿no son los cambios constantes, esperados o accidentales, del cuerpo una realidad que vendría justamente a negar la supuesta inmutabilidad del cuerpo auspiciada por los poderes médicos?, ¿no son los cuerpos adornados, vestidos o modificados, puertas abiertas hacia infinitas posibilidades de subversión y reapropiación de ese mismo cuerpo que nos fue negado? En este apartado, viajaremos desde el cuerpo anónimo, biologizado, hacia los cuerpos –en plural– ornamentados, envejecidos o marcados para revisar críticamente algunos de los principales acercamientos teóricos al cuerpo desde las ciencias sociales y la teoría feminista.

2.1.1.2. Rebatendo los dualismos

Históricamente, las ciencias sociales, y en especial la antropología, han adolecido de una cierta “ausencia del cuerpo [que] es heredera de una invisibilización mucho más amplia: del predominio de un enfoque dualista del sujeto, legitimado a través de los procesos de disciplinamiento corporal diseminados por el capitalismo y por la burguesía como clase social dominante” (Citro, 2009, pp. 29-30).

En su libro *Antropología del cuerpo y modernidad*, el antropólogo David Le Breton (2002) recoge el trabajo del antropólogo Maurice Leenhardt, cuyas investigaciones en torno a la sociedad canaca en Melanesia inaugurarían un nuevo paradigma antropológico, denominado

concepción holista, radicalmente distinto de las concepciones dualistas que reinaban en Occidente, que caracterizaría a diversos grupos aborígenes. El paradigma occidental, por otro lado, generaría nuevos dualismos al crearse “una profunda dicotomía entre nuestros cuerpos y los de los otros” (Citro, 2009, p. 30). La sociedad canaca, sin embargo, organizaba el mundo natural de un modo abruptamente distinto:

Entre los canacos, el cuerpo toma las categorías del reino vegetal. Parcela inseparable del universo que lo cubre, entrelaza su existencia con los árboles, los frutos, las plantas... *Kara* designa al mismo tiempo la piel del hombre y la corteza del árbol. La parte dura del cuerpo, la osamenta, se denomina con el mismo término que la corteza de la madera. Se dice de un niño raquíico, por ejemplo, que “crece amarillo” como de una raíz debilitada por la falta de sabia. El niño es como un brote de árbol, primero acuoso, luego, con el tiempo, leñoso y duro. (Le Breton, 2002, p. 16)

Le Breton se sirve de esta sociedad, que él relata de forma poética y evocadora, para mostrar cuán imbricados se encuentran el cuerpo y el mundo en la comunidad canaca, tanto que el pueblo canaco ni siquiera utiliza un lenguaje distinto para referirse a la carne humana o a la carne del mundo. Si se avanza un poco en el mismo capítulo, Le Breton (2002) recoge el testimonio oral de un anciano canaco que explica a la persona occidental que lo está entrevistando: “lo que ustedes aportaron fue el cuerpo” (p. 18) y, de este modo, explicita que, antes de la llegada de las personas provenientes de occidente, el cuerpo como algo escindido del medio que los rodeaba ni siquiera existía como categoría aparte.

Michael Jackson (2010), por su parte, señaló cómo casi todas las sociedades –y no solo las occidentales– separan mente y cuerpo, aunque no lo hagan bajo nuestros mismos parámetros. Ornstein (1973) explica que esta dualidad se debe a nuestra propia biología (dos hemisferios cerebrales: uno dedicado a los procesos racionales y otro a los emocionales, pasionales y artísticos); teoría que ha sido criticada por ser reduccionista biológicamente. Numerosos antropólogos han señalado que las bases de dichos binarismos residen en la cultura y no en la biología. Para ello, se han servido de ejemplos de epistemologías monísticas u holísticas no occidentales (Scheper y Lock, 1987, p. 11), como la canaca a la que hacía referencia anteriormente, en que el cuerpo es un mundo en sí mismo, un escenario o un territorio inseparable de la tierra que pisa.

Platón ya defendió “mandar a pasear el cuerpo” como una recomendación que demostraba “el desprecio de las interferencias del cuerpo y su sensibilidad en lo que refiere a las condiciones prácticas, experienciales, del pensar filosófico” (Citro, 2010, p. 23). En el pensamiento occidental, lo corporal ha sido radicalmente escindido del pensamiento en un esfuerzo de compartimentación de la experiencia humana –mente vs. cuerpo– resultante en un binarismo entre elementos supuestamente antagónicos como espíritu-materia, objetividad-subjetividad, real-irreal, natural-sobrenatural, naturaleza-cultura, pasión-razón o individuo-sociedad (Needham, 1973; Scheper-Hugues y Lock, 1987; Citro, 2010).

Este dualismo sentó las bases de la medicina occidental moderna y se apoyó en la idea de

Descartes: “pienso luego existo” (Scheper-Hugues y Lock, 1987, p. 9). Este legado dualista cartesiano alarga sus tentáculos hasta nuestros días. Un ejemplo podría encontrarse en la excesiva atención de la micromedicina a los procesos biológicos, que escinde, sin embargo, del contexto sociocultural, político e histórico que los ve nacer. Kundera lo explicita así: “El auge de la ciencia impulsó al hombre hacia túneles de conocimiento especializado. Con cada paso adelante en el conocimiento científico, menos claramente podía ver el mundo en su conjunto o su propio yo. [The rise of science propelled man into tunnels of specialized knowledge. With every step forward in scientific knowledge, the less clearly he could see the world as whole or his own self]” (En Scheper-Hugues y Lock, 1987, p. 10).

Aunque las ciencias sociales abandonaron esta concepción binaria, separatista, de la realidad corporal (Lennon, 2019; Citro, 2010), los ecos del dualismo persisten y tienen aún gran influencia en muchos aspectos del cuerpo vivido, como el que ya se ha mencionado anteriormente relativo al intervencionismo de la medicina en los cuerpos de los recién nacidos para designar su género dentro de un abanico de opciones binario. Algunos pensadores occidentales para quienes la oposición cuerpo-mente resultaba de manera teórica inevitable fueron Durkheim, Freud, Marx o Mauss. Para Mauss (1979), de hecho, el control de los impulsos irracionales en las sociedades estaría relacionado con el progreso y la civilización, frente a las sociedades ancladas en plegarse ante el caos que en muchas ocasiones caracteriza a los impulsos del cuerpo.

Esta separación artificial entre elementos mentales y carnales de nuestra existencia ha sido sometida a críticas profundas; de hecho, siempre han existido ontologías alternativas. Para Marvin Harris (1994), principal representante del materialismo cultural en la antropología, la cultura está anclada en la naturaleza, de la que es imposible escindirla. Actualmente, esa artificial compartimentación de nuestra existencia parece haber pasado a mejor vida, pero, como en todo proceso sociohistórico, los vestigios que la influencia de esta idea ha dejado siguen influyendo las epistemologías occidentales.

No obstante, como señala Silvia Citro (2010) en la introducción al libro *Cuerpos plurales*, siempre ha habido flujos de pensamiento contrarios aunque una corriente predominase sobre otra. Al tener en cuenta estas tensiones, que nunca han desaparecido, quiero señalar aquí que la pretensión de unificar el pensamiento de una época o territorio bajo nociones de evolución o unicidad solo contribuye a reiterar ese binarismo reduccionista que alimenta la visión contrapuesta de lo mental frente a lo corporal. Desde la época clásica, existieron pensadores que ya se oponían a esta visión separatista de la realidad humana, otra demostración más de la profundidad y antigüedad de este debate en el pensamiento occidental.

Observar el dualismo característico del acercamiento occidental al cuerpo desde este prisma permite enmarcarlo como debate y no solo como problema histórico, sino como una conversación compleja y continuada, que se ha desarrollado a lo largo de los siglos. Este acercamiento al dualismo, alejado de la *pelea* ideológica y situado más bien como motor del pensamiento, conecta con lecturas del conocimiento basadas en la conversación y no en la confrontación, y promovidas por autores como Foucault. Como señala Nikki Sullivan (2009)

“la genealogía [...] es un intento de desubiyugar los saberes históricos [...] para permitirles oponerse y luchar contra la coerción de un discurso teórico unitario, formal y científico [genealogy [...] is an attempt to desubiyugate historical knowledges... to enable them to oppose and struggle against the coercion on a unitary, formal, and scientific theoretical discourse]” (p. 139). Esta problematización constituye una actitud crítica que somete el conocimiento a un crítico escrutinio histórico y cultural para discernir –y apoyar– su necesaria parcialidad (Sullivan, 2009, pp. 138-139).

bell hooks (2017), por su parte y poniendo de manifiesto algo especialmente importante para esta tesis, recuerda también cómo “el movimiento feminista [...] expuso cómo el dualismo metafísico occidental (el supuesto de que el mundo se puede entender siempre mediante categorías binarias en las que una es inferior y otra superior, una buena y otra mala) era la base ideológica de todas las formas de opresión de grupo, sexismo, racismo, etc.” (p. 136). El dualismo, por tanto, tiene consecuencias encarnadas en las vidas de las mujeres y todas aquellas corporalidades consideradas inferiores por el patriarcado, no solo en el plano inmaterial del pensamiento sino, y especialmente, en sus experiencias y vivencias, en sus propias vidas.

En esta misma línea, Liliana Vargas-Monroy (2011) analiza la obra de la feminista Gloria Anzaldúa, *Borderlands/La Frontera*, y destaca cómo para Anzaldúa la “posibilidad de superar los binarismos, surge de su propio cuerpo, experiencia e historia y se enlaza con la emergencia de nuevos espacios, de nuevas narrativas que ella construye para vivir y habitar” (Vargas-Monroy 2011, p. 185). Esta práctica encarnada de resistencia desde el propio cuerpo y la propia vida tiene especial importancia de cara a rebatir los dualismos impuestos que, de un modo u otro, condicionan y, en ocasiones, dificultan nuestra experiencia del mundo:

Como para muchas de las personas que habitan un espacio en la frontera de dos culturas, dos razas o dos géneros, para Anzaldúa las primeras experiencias significan el encuentro con la lógica de los binarismos y los intentos de establecer diferenciaciones sobre su cuerpo: la abuela, inspecciona su piel en busca de los rasgos oscuros que pueden significar una vida de segregación. (Vargas-Monroy, 2011, p. 179)

2.1.1.3. ¿Sabe el cuerpo?

En el siglo XVII, tras la revolución galileana en la Europa occidental, la razón, la fe y los sentidos se instauran como modos completamente separados de acceder al conocimiento (Le Breton, 2002, p. 64). Este giro epistemológico tuvo grandes efectos a escala filosófica y científica, pero ¿qué ocurrió con las clases alejadas de los conocimientos institucionalizados?, ¿qué ocurrió con el conocimiento surgido directamente del cuerpo, con las sensaciones corpóreas que dan forma a nuestro conocimiento y experiencia del mundo? Toda separación teórica entre los saberes populares en torno al cuerpo y los saberes especialistas o eruditos (como los de la medicina occidental) parece producto directo de aquella ruptura entre el cuerpo y la mente, un cisma que hoy sigue definiendo muchos de los acercamientos teóricos al cuerpo. Como señalan Schepher-Hugues y Lock (1987): “Este tipo de pensamiento

radicalmente materialista, característico de la biomedicina clínica, es producto de una epistemología occidental que se remonta tan lejos como la visión crudamente biológica del alma humana de Aristóteles en *De Anima*. [This kind of radically materialist thinking, characteristic of clinical biomedicine, is the product of a Western epistemology extending as far back as Aristotle's starkly biological view of the human soul in *De Anima*]” (p. 8).

El cuerpo, como objeto de estudio de la antropología, ha estado históricamente vinculado a lo sagrado y lo ritual y a la dimensión sociocultural de su materialidad. En contraposición al acceso medicalizado y mediado por saberes científicos indescifrables para las no expertas, los momentos liminales de nuestra corporalidad son una puerta de acceso a un conocimiento desestabilizante para las ciencias institucionalizadas. Aunque una persona que se encuentra inmersa en el torbellino de la pubertad no conoce los procesos químicos complejos que están dando como resultado esa oleada de cambios, los efectos del torbellino son observables. Lo que sentimos, tememos o ansiamos en nuestra carne no precisa de mediación científica para ser experimentado, “toda conciencia es siempre una experiencia, pues, ser una conciencia o, más bien, una experiencia es comunicar interiormente con el mundo, el cuerpo y los otros” (Merleau-Ponty, 2000, p. 113). Los planteamientos fenomenológicos de Merleau-Ponty influyeron de manera determinante los trabajos pioneros de antropólogos como Michael Jackson y Thomas J. Csordas en los años 70, quienes pusieron el énfasis antropológico en las prácticas culturales (Citro, 2010).

Este acercamiento fenomenológico a los hechos vitales ha sido objeto de debate dentro de las ciencias sociales. Linda Alcoff (1999) señala que nuestra percepción siempre está determinada por nuestro contexto. La corporalidad siempre está mediada por la sociedad en que se encuentra inserta:

Existe un registro visual que opera en las relaciones sociales, que se construye socialmente, evoluciona históricamente y varía culturalmente, pero que, no obstante, determina poderosamente la experiencia individual. Y, por esa razón, también media poderosamente en la imagen corporal y el modelo postural del cuerpo. [There is a visual registry operating in social relations which is socially constructed, historically evolving, and culturally variegated but nonetheless powerfully determinant over individual experience. And, for that reason, it also powerfully mediates body-image and the postural model of the body.] (Alcoff, 1999, p. 25).

El feminismo, en este sentido, ha sido un gran impulsor en este debate al esforzarse en poner en valor el acceso de primera mano a nuestra carnalidad. Para las mujeres y los cuerpos considerados inferiores por el poder patriarcal, el control al que han sido sometidos nuestros cuerpos ha sido un claro obstáculo a la hora de relacionarnos directamente con nuestra corporalidad. Teóricas como Silvia Federici (2010) han señalado la relación entre la cancelación de los saberes médicos populares, usualmente ejercidos por mujeres, y el control de los cuerpos de las mujeres y las minorías. La teórica utiliza la caza de brujas para apoyar sus postulados y vincula la persecución de las mujeres con el surgimiento del capitalismo, que terminó de alejar a las mujeres de las instituciones del saber.

La separación impuesta entre lo corporal –lo biológico, lo que se nos escapa debido a nuestro escaso conocimiento científico– y lo exclusivamente mental o racional promueve un acercamiento al cuerpo parcial, dificultoso, casi imposible. Para lograr un acceso menos mediado a nuestra propia carne, valdría aferrarnos a la idea de que las personas merecemos –podemos– desarrollar una relación más directa y sabia con nuestro cuerpo de lo que los saberes científicos, institucionalizados, o la religión nos han permitido creer. En definitiva, con la llegada de la modernidad, se condenaron los conocimientos más horizontales en torno a la experiencia corporal y, en especial, aquellos que provenían de las mujeres, que fueron alejadas de las instituciones sanitarias y del saber y sometidas a una vigilancia corporal intensa. El filósofo Michel Foucault (1974; 1990) acuñó el término *biopoder* para explicar cómo los estados modernos ejercieron control y vigilancia sobre los cuerpos para someterlos y controlar la población.

Los cambios corporales que experimentamos durante la adolescencia, como el desarrollo y aprendizaje de nuestra sexualidad, son momentos liminales que abren puertas a un conocimiento directo sobre nuestra carne. El vello, los pezones oscurecidos o la voz cuyo tono muta son recordatorios ineludibles de que nuestro cuerpo nos habla, sin mediaciones. El lenguaje del cuerpo, sin embargo, se nos presenta codificado. Habitamos una sociedad que ha ido restando protagonismo al cuerpo, mientras lo presentaba como un escenario de peligro, cargado de mensajes indescifrables y profundidades abisales de imposible acceso. Esta inaccesibilidad afecta sobre todo a las mujeres y a las personas *queer*, cuyos cuerpos, a lo largo de la historia, han actuado como chivos expiatorios de la sociedad, controlados y sometidos por torturantes ideales, regulaciones legislativas, religiosas y simbólicas y violencias de distinta naturaleza.

2.1.1.4. La memoria del cuerpo

Desde la antropología, autoras como Teresa Del Valle (1996) han propuesto rescatar la sabiduría del cuerpo a la hora de construir los relatos corporales de nuestra vida. En *La memoria del cuerpo*, la propuesta de Del Valle pasa por rescatar el “cuerpo como eje articulador de la dimensión sensorial del recuerdo” (p. 60), de forma que la referencia para pensarnos, tanto individual como colectivamente, se enraíza en el cuerpo vivido. Este acceso a la memoria del cuerpo y, en última instancia, a la experiencia vivida permite “llegar a través de la autorreflexión a datos de la vida que de otro modo quedarían silenciados” (p. 61), lo que según Del Valle es importante sobre todo para las mujeres y, añadido yo, para todos aquellos cuerpos menospreciados o considerados inferiores o incómodos por el patriarcado. Este acercamiento al cuerpo defiende que “el cuerpo contiene una sabiduría propia”, destilada a través de hitos, encrucijadas, articulaciones e intersticios. Estos últimos son “tiempos a la espera de que algo suceda”, que, por su carácter efímero, son difíciles de aprehender o recordar, pero “son importantes como elementos impulsores, creativos, en fin, como rendijas hacia el cambio” (p. 63).

La propuesta antropológica de Del Valle usa el cuerpo adolescente, para ilustrar las “fuerzas

contrapuestas de los sentimientos” (p. 70) hacia nuestra corporalidad. Estas tensiones serían en parte producto, según Del Valle, de “la influencia de las metáforas del cuerpo generadas por el sistema médico en la percepción que tienen las mujeres de su propio cuerpo” (p. 72). Su apuesta por poner en valor “la profundidad del cuerpo sentido” (p. 73) le permite articular las narrativas corporales personales, las que nacen de la memoria y la sabiduría del cuerpo, con la dimensión sociocultural del contexto donde nacen.

Podrían conectarse las propuestas de Del Valle con la idea de “subjugated knowledges” de Foucault, rescatada en el trabajo en torno a los cuerpos modificados de Sullivan (2009). Los conocimientos que atañen a los cuerpos, usualmente *enmascarados* [masked], representan lo que la autora denomina *somatecnologías* [somatechnologies] (p. 137). Estos saberes del cuerpo, o subalternos según los define Spivak (1994), son esos conocimientos que quedan relegados a la invisibilidad debido a su carácter *menor*, ya que han sido enmascarados o eliminados del discurso de la historia.

2.1.1.5. El cuerpo hace: *embodiment*

La antropóloga africanista Mary Douglas (1973) destaca cómo en Occidente se produjo un giro epistemológico que supuso la paulatina deslegitimación del ritual: por un lado, por la nueva izquierda que encontraba ciertos rituales como procesos faltos de significado (sobre todo en las clases medias inglesas y americanas) y, por otro lado, debido a la influencia de la iglesia católica a nivel local, como por ejemplo al desestimar la iglesia inglesa los rituales y formas de celebración de los emigrados desde Irlanda a Londres.

Será en los primeros años 80 que la antropología comenzará “a prestar una renovada atención a las prácticas, los movimientos sensoriales y la sensorialidad” y ya no solamente a la “representación y significado” de los cuerpos (Citro, 2010, p. 48). Los principales representantes de este cambio teórico y metodológico sobre el cuerpo fueron Michael Jackson, Thomas Csordas y Michael Lambek. Jackson (2010), quien comenzó a indagar en el cuerpo en sus investigaciones desde sus propias experiencias corporales al practicar *hatha yoga*, se preguntaba:

¿Por qué la acción ritual debería otorgar tal primacía a las técnicas corporales? En primer lugar, los movimientos corporales pueden hacer más que lo que las palabras pueden decir. En este sentido, las técnicas del cuerpo pueden ser comparadas con técnicas musicales, dado que ambas nos transportan del mundo cotidiano de distinciones verbales y separaciones categóricas a un mundo donde los límites se desdibujan y la experiencia se transforma. (p. 78)

Si bien la sociedad occidental ha ido desacralizando y desritualizando la vivencia del cuerpo, conocemos nuestro cuerpo porque aprehendemos el mundo a través de él y percibimos el mundo, a su vez, gracias a él. El cuerpo, desde este prisma, no puede ser entendido como objeto de estudio de las ciencias sociales, sino que se torna en la base primordial para la existencia de la cultura misma.

Csordas (1994; 2009; 2010) propuso, con su paradigma del *embodiment*, una revalorización del cuerpo desde una perspectiva fenomenológica, impulsada “a partir del postulado metodológico de que el cuerpo no es un objeto que deba estudiarse en relación con la cultura, sino que debe considerarse como el sujeto de la cultura o, en otras palabras, como el fundamento existencial de la cultura [from the methodological postulate that the body is not an object to be studied in relation to culture, but is to be considered as the subject of culture, or in another words as the existential ground of culture]” (p. 5). En castellano, la traducción del término *embodiment* sigue siendo objeto de debate y, en última instancia, el uso de uno u otro término en español quedará al albedrío de quien escribe el texto. Las traducciones más usadas incluyen encarnación o corporización y otros se decantan por el uso del término en su original en inglés. Yo prefiero el uso del adjetivo *encarnado* o *encarnada*.

Por su parte, Anderson-Fye (2012), en su artículo sobre los acercamientos antropológicos a la imagen y apariencia corporales, define *embodiment* como el modo en que la cultura penetra bajo la piel, introduciéndose en nuestro cuerpo. Para él, el *embodiment* podría definirse en términos de “cómo la cultura ‘se mete bajo la piel’ o la relación de cómo las dinámicas socioculturales se traducen en realidades biológicas en el cuerpo [how culture “gets under the skin,” or the relationship of how sociocultural dynamics become translated into biological realities in the body]”, lo que a su vez explicaría que cualquier demanda antropológica de entender la corporalidad y la apariencia humanas “es a la vez descriptiva e interpretativa [is both descriptive and interpretive]” (p. 16).

Así, los procesos culturales entendidos como cultura encarnada permiten una mirada crítica y situada a prácticas corporales como el adorno, el vestido o el maquillaje. El cuerpo no es testigo de la experiencia, sino que permite y vehicula la experiencia misma a través de la cultura que, a su vez, está enraizada en la carne que conforma la materialidad de nuestra corporalidad. Todo atributo de nuestro cuerpo es, a la vez, una voz que habla desde nuestro interior y un oído que presta atención a lo que sucede en el exterior, para convertirse así el cuerpo en un escenario donde se miden lo *etic* y lo *emic* antropológicos. En definitiva, el *embodiment* permite considerar el cuerpo “como ‘locus’ de la práctica social y ya no como mera fuente de simbolismos o medio expresivo” (Citro, 2010, p. 49).

Como reflexión final en torno al prisma del *embodiment*, cabe señalar que la apuesta por poner de relieve la corporalidad en las investigaciones antropológicas “busca la ruptura de las principales dualidades del pensamiento occidental: mente/cuerpo, sujeto/objeto, objetivo/subjetivo, objetivo/preobjetivo, pasivo/activo, racional/emocional, lenguaje/experiencia; o lo que es más importante, las pone a discusión” (Esteban, 2004, pp. 3-4). Esteban propone rescatar el concepto de *mindful body* acuñado por Nancy Scheper-Hughes y Margaret Lock (1987) al reflejar esta la conjunción que se da en el cuerpo “entre procesos racionales, emocionales y corporales” (ídem).

2.1.2. La diferencia en el cuerpo: los aportes feministas a las teorías del cuerpo

Feminist movement would have had, and will have, a greater appeal for masses of women if it addresses the powers women exercise even as it calls attention to sexist discrimination, exploitation, and oppression. Feminist ideology should not encourage (as sexism has done) women to believe they are powerless. It should clarify for women the powers they exercise daily and show them ways these powers can be used to resist sexist domination and exploitation. Sexism has never rendered women powerless. It has either suppressed their strength or exploited it. Recognition of that strength, that power, is a step women together can take towards liberation.

bell hooks (1984)

El concepto de *embodiment* es a la vez un acercamiento teórico y un enfoque metodológico. Las técnicas y prácticas corporales a las que la antropología empezó a prestar mayor atención componen un cuadro de acceso a la experiencia con base en la corporalidad. El postestructuralismo y el feminismo introdujeron aportaciones a la teoría en torno al cuerpo que alumbraron nuevos caminos para la intervención por la justicia social y la igualdad. Conceptos clave como la interseccionalidad, la performatividad o la agencia aumentan y complejizan la teoría en torno al cuerpo. En definitiva, las teorías críticas en torno al cuerpo en sociedades occidentales nos recuerdan que “encarnar nuestra libertad, no es [...] una cuestión que dependa solamente de un acto de conciencia de una voluntad individual, sino más bien una lucha cotidiana, práctica y carnal de historias colectivas, por ampliar horizontes de experiencia y reflexividad” (Citro, 2010, p. 56).

2.1.2.1. Interseccionalidad y performatividad

El *black feminism*, los estudios en torno a la discapacidad [disability studies] y la teoría *queer* fueron las principales impulsoras de la teoría de la interseccionalidad que “cuestiona la prioridad de la diferencia sexual en nuestros relatos sobre la subjetividad encarnada [challenge the priority of sexual difference, in our accounts of embodied subjectivity]” (Lennon, 2019, p. 15). La inclusión del género, la etnicidad, la (dis)capacidad, la orientación sexual o la clase en nuestro entendimiento de la identidad permite complejizar los relatos en torno al cuerpo vivido. Además, se entiende que la “interseccionalidad es tanto una categoría teórica necesaria como una herramienta imprescindible para los movimientos en resistencia” (Fournier-Pereira, 2015, p. 34), es decir, que es, a la vez, un prisma para el análisis teórico y un modo de orientar la práctica feminista.

Siguiendo a Zambrini (2014), cabe pensar conjuntamente la teoría de la interseccionalidad y la performatividad, tal como ambos conceptos fueron manejados por el feminismo postestructuralista. Considero, como la autora, que es pertinente “su articulación y complementariedad para un análisis certero de las problemáticas de género” actuales, especialmente “en los escenarios poscoloniales” (p. 44). El postestructuralismo, en este

sentido, otorga un valor a los sujetos, sus prácticas y discursos, en el devenir de la historia.

Las teorías postestructuralistas en torno al cuerpo, por su parte, supusieron una importante contribución a los estudios sobre la corporalidad al reconocer los cuerpos y, especialmente, el “cuerpo femenino como una producción cultural e histórica” (Lapierre Acevedo, 2021, p. 82). La filósofa Judith Butler (2007), en su libro *El género en disputa*, introdujo por su parte la performatividad como categoría de análisis útil, para entender la fluidez e historicidad de las identidades de género, influida por los trabajos de Michel Foucault y Monique Wittig.

El giro performativo auspiciado por el postestructuralismo de Butler supuso una nueva mirada a las identidades sexuales y de género, que permitieron dejar de “pensar al sujeto como una esencia” (Zambrini, 2014, p. 46) para pasar a reflexionar sobre la subjetividad como el resultado discursivo de un proceso sociohistórico complejo donde el género aparece entrelazado con otros elementos como la edad, la clase social o la etnicidad.

Otro de los aportes principales de Butler será el de la inestabilidad de la identidad, en especial en relación al género. El concepto de inestabilidad del que parte la filósofa proviene a su vez del pensamiento de autores como Jacques Derrida o Jacques Lacan (Butler, 2007). La deconstrucción también será central en las propuestas de Butler, concepto tomado de nuevo de Derrida, que le permitirá “concebir al sujeto como una multiplicidad abierta y a las identidades como ficciones que se reinventan nuevamente en cada contexto” (Zambrini, 2014, p. 47).

En relación con el cuerpo, y teniendo en cuenta que para Butler (2007) el sexo y el género son realidades discursivas y construcciones culturales, sus propuestas suponen que “las posibilidades corpóreas se encuentran condicionadas y mediadas por el discurso social normativo”, aunque “mediante la actuación y las performances pueden ser modificadas, subvertidas o, al menos, cuestionadas” (Zambrini, 2014, p. 48).

Ahora bien, como señalé al inicio de esta sección, resultó necesario complejizar el análisis de género y se añadieron a la ecuación otros elementos identitarios de igual calado identitario, como la etnicidad o la clase social. Kimberle Crenshaw (1989; 1994) propuso el concepto de interseccionalidad, para atender a esta complejidad y promover un diálogo entre las múltiples formas de discriminación y desigualdad social. La perspectiva de la interseccionalidad, como ya señalé, nació “desde el feminismo negro para enfrentar el silenciamiento de las mujeres negras producido por la homologación de la categoría mujer con el feminismo dominante blanco y burgués” (Zambrini, 2014, p. 51).

Como reflexión final, me gustaría señalar cómo la influencia de la corriente postestructuralista en el pensamiento feminista del siglo XXI es poderosa y colabora, a su vez, “en el trazado de políticas de la identidad y la diferencia” (Zambrini, 2014, p. 52), pero no podrían entenderse sus contribuciones sin la necesaria mirada interseccional a las identidades y los cuerpos (Fournier-Pereira, 2015; Romo Avilés, 2020). La teoría *queer*, con su entendimiento de las identidades y los cuerpos como construcciones socioculturales,

históricas, discursivas y fluidas, permite también pensarnos como seres con posibilidades, para subvertir las normas o, al menos, para negociar nuestra posición respecto a ellas.

2.1.2.2. Agencia y resistencia

Para Elizabeth Grosz (1994), el cuerpo está siempre inmerso en un proceso activo de *becoming*: un conjunto de procesos de cambio y transformación que lo convierten en agente de su propio devenir. El cuerpo, como vengo analizando, es la base de nuestro estar en el mundo, construido discursivamente, dentro de una matriz sociocultural concreta, a la vez que capaz de fluidez y transformación. Este cuerpo, construido y vivido, ¿tiene agencia, capacidad de acción, frente a las estructuras que lo influyen y conforman?

Junto con la atención a las prácticas corporales como prácticas socioculturales que relacionan el cuerpo individual con el contexto sociopolítico, el concepto de agencia “tiene junto a la llamada teoría de la ‘práctica’ de la acción social, como seguimiento pero también como contestación y resistencia frente a los ideales culturales, un lugar preferente en la antropología feminista actual” (Esteban, 2004, p. 13).

Mari Luz Esteban (2004; 2013) utiliza el caso de las modelos de pasarela como ejemplo en torno al que pensar la agencia en sus investigaciones etnográficas y autoetnográficas en torno al cuerpo. La autora usa este caso para ejemplificar que en “la profesión de modelo, hay componentes ambiguos y complejos, positivos y negativos, y también de cambio para las mujeres” (Esteban, 2004, p. 14), lo que viene a apoyar la idea de que la agencia, la resistencia y las tensiones en torno al cuerpo, y los usos que hacemos de él aparecen imbricados en el nivel “real de la experiencia” (ídem).

Al posicionarse la autora “en contra de hacer lecturas victimistas de la experiencia femenina respecto a la imagen, que impiden ver a las mujeres como agentes sociales” (Esteban, 2004, p. 14) está proponiendo acercamientos no reduccionistas a las experiencias corporales y vitales de las mujeres que se dedican al mundo de la moda, la imagen y la pasarela profesionalmente. Este prisma nos permitiría profundizar, como Esteban propone, en las narrativas de prostitutas o modelos desde un lugar no victimizante, al mismo tiempo que explicita y analiza “críticamente los nuevos modelos sobre trabajo y movilidad social para las mujeres” (ídem).

Si destaco este entendimiento concreto es porque coincido con él. La autora también hace referencia a la dicotomía belleza/inteligencia como otro ejemplo de simplificación que encuentra un eco poderoso en los discursos sociales y que no viene más que a remarcar un dualismo en torno al cuerpo, que lo reduciría de nuevo a un papel pasivo e inactivo socialmente. Su propuesta, a la que yo me adhiero, pasaría por “no despojarse del propio cuerpo, ni censurarlo, [como] una condición intrínseca a esta tarea” (p. 15), la de analizar la importancia de la imagen no solo en casos de exhibición, sino también de los posibles enmascaramientos o silenciamientos del cuerpo que se dan en entornos *intelectualizados* como la academia.

Kathy Davis (1999; 2003) realiza un extenso y completo análisis de las prácticas de cirugía cosmética o estética entre mujeres bajo el prisma de la agencia. Su trabajo parte del enfoque, compartido por otras feministas, de los “actos de equilibrio [balancing acts]” que combinan “un análisis crítico de las prácticas corporales potencialmente problemáticas con una lectura respetuosa de las experiencias y razones de las mujeres para llevarlas a cabo [a critical analysis of potentially problematic body practices with a respectful reading of women's experiences and reasons for doing them]” (Davis, 2033, p. 4). Sin embargo, este enfoque, centrado en un acercamiento cualitativo y denso a las narrativas de las mujeres, ha recibido diversas críticas. Por un lado, y como destaca la propia Davis, fue criticado por parte de Susan Bordo, para quien “cualquier análisis cultural que se precie debe ofrecer una ‘imagen del paisaje’ y no solo ‘instantáneas individuales’ [any cultural analysis worth its salt has to provide a ‘picture of the landscape’ and not just ‘individual snapshots’]” (Davis, 2003, p. 11).

Nikki Sullivan (2006), por su parte, desaprueba también el enfoque de Davis e, incluso, lo tacha de “bastante conservador y (al menos inadvertidamente) condescendiente [fairly conservative and (at least inadvertently) patronizing]” (p. 555). Aunque coincido con Sullivan en que “encarnamos una serie de discursos (a menudo conflictivos o contradictorios) y tendemos a reiterar determinados paradigmas para explicar o justificar nuestras acciones en función del contexto en el que se nos cuestiona [we embody a range of (often conflicting or contradictory) discourses and tend to reiterate particular paradigms to explain or justify our actions in accordance with the context in which we are being questioned]” (Sullivan, 2006, p. 556), he de señalar en sus propuestas cierta falta de atención a las emociones y sentimientos que alberga el cuerpo, cuya voz no puede ser totalmente silenciada. El riesgo de intelectualizar el discurso en torno al cuerpo también puede resultar en una sistematización artificial de prácticas, cuya complejidad requiere justamente de un análisis profundo y situado que ponga en relación lo que el cuerpo hace con lo que el cuerpo dice.

Aunque las consideraciones en torno a la agencia y la cultura son distintas en el trabajo de Bordo y Davis, lo que parece innegable es que el propósito de Davis (2003) al analizar la cirugía es el de recoger esos discursos de mujeres que se han sometido a operaciones estéticas “porque estas historias tienden a perderse en los debates sobre las implicaciones éticas y políticas de la cirugía estética [because these stories tend to get lost debates about the ethical and political implications of cosmetic surgery]” (p. 13).

El pensamiento del filósofo Michel Foucault es central para las teorías sociales en torno al cuerpo (Esteban, 2013; Zambrini, 2014). Aunque sus propuestas en torno al concepto de biopoder no tuvieran explícitamente una perspectiva de género, su atención al control de la sexualidad femenina como disciplina de ordenamiento social es clave para entender los acercamientos feministas al tema del cuerpo. Desde la antropología, y recogiendo los postulados de Foucault, Gayle Rubin (1986) puntualizó cómo a lo largo del siglo XIX se asentó el sistema sexo-género binario en base a una dicotomía: la que relaciona, por un lado, el sexo con la naturaleza y, por otro lado, el género con la cultura.

Terence Turner (1994) señala que, aunque en la sociedad capitalista los cuerpos son los lugares donde se enraíza y se experimenta la desigualdad social, también se convierten en espacios para el empoderamiento. Los cuerpos, sobre cuya superficie se inscriben las desigualdades, se tornan también en poderosos escenarios para la resistencia. Existe una lucha teórica, bosquejada anteriormente en los debates en torno a la agencia y la cultura, que entraña dificultad analítica. En muchas ocasiones, las tensiones que caracterizan la vivencia corporal son más fáciles “de teorizar que de identificar y de analizar en lo concreto”, lo que nos obliga a “enfoques analíticos alternativos” y al abandono “de los análisis antropológicos excesivamente lineales, indagando mucho más en la complejidad de los procesos y en la variedad de los contextos y experiencias” (Esteban, 2004, p. 13).

En este sentido, todo análisis de las realidades y experiencias que rodean y se materializan en los cuerpos debería tender a prestar atención al contexto en que estas tienen lugar, no solamente diferenciarlos entre contextos occidentales y no occidentales, sino, sobre todo, desde una posición crítica que “nos debería llevar a matizar más los análisis concretos y a estar más atentos a los cambios históricos” (Esteban, 2004, p. 14). En este sentido, abogar por un análisis situado de las experiencias y las prácticas corporales es algo por lo que también centra la apuesta teórica de esta tesis.

2.1.2.3. Lecturas críticas del pensamiento de Foucault desde los feminismos

En las décadas posteriores a la muerte de Foucault, diversas autoras han analizado críticamente sus textos desde una perspectiva feminista (Diamond y Quinby, 1988) y señalaron la ceguera ante el género del pensador en sus planteamientos en torno al poder, el control de los cuerpos y la sexualidad (Deveaux, 1994). Lecturas feministas alternativas del poder –como las de las feministas negras Audre Lorde y Patricia Hill Collins recogidas por Monique Deveaux (1994)– proponen caminos interseccionales para repensar la agencia y ponen en diálogo la experiencia vivida, la desigualdad encarnada y la posibilidad de consolidar vivencias más libres y justas desde un entendimiento resiliente, agente y resistente de las identidades. En torno al pensamiento de Foucault, y su gran influencia tanto en el feminismo como en la teoría social en torno al cuerpo, Deveaux (1994) recuerda que:

Aunque es decepcionante que su obra no se comprometa directamente con el feminismo, esto no disminuye la utilidad heurística de algunas de las ideas de Foucault sobre el poder, la resistencia y la sexualidad. Sin embargo, es fundamental mantener una actitud crítica cuando se intentan utilizar conceptos foucaultianos con fines feministas. [Although it is disappointing that his work does not engage directly with feminism, this does not diminish the heuristic usefulness of certain of Foucault's insights on power, resistance, and sexuality. It is vital, however, to keep a critical edge when attempting to appropriate Foucauldian concepts for feminist ends.] (p. 244)

Aunque las contribuciones feministas al entendimiento tanto de la agencia como del empoderamiento son indudables y guían mi trabajo de investigación de manera decidida, en esta investigación parto de un concepto foucaultiano como el de “cuerpo utópico” –al que me

refiero en la introducción y que será discutido posteriormente en la discusión y las conclusiones— justamente porque, siendo un trabajo *menor* del filósofo, remite a las posibilidades emancipatorias que se esconden en el mismo escenario en que se experimentan las desigualdades: el cuerpo.

En todo caso, quisiera destacar, a modo de conclusión en este debate, que “la esfera de lo personal —formas de vida, estilo, comportamiento, interacción personal, interacciones sexuales, lenguaje y gestos— es vista por el feminismo como un campo político. No *se convierte* en político por la intervención de fuerzas ‘externas’; es político. [The sphere of the personal —ways of living, style, behavior, personal interaction, sexual interactions, language and gesture— is seen by feminism as a political field. It is not *made* political by the intervention of ‘outside’ forces; it is political.]” (Diamond y Quinby, 1988, p. 4).

2.1.3. El cuerpo como artefacto: las prácticas corporales y la identidad imbricadas en esta investigación

Al relacionar mi movimiento con el género, siento que siempre he tenido una cualidad muy transformadora en mi cuerpo. Me siento como una criatura en constante cambio, algo que es a la vez femenino, masculino, animal y todo lo demás. El movimiento me permite explorar lo que las palabras no pueden, experimentar todas mis emociones sin sentir que tengo que darles un sentido literal. Para mí ha sido la única forma de arte que me ha permitido experimentar la inefabilidad de estar vivo.
[Relating my movement to gender I feel I've always had a very transformational quality to my body. I experience myself as this constantly shifting creature, something that is both feminine, and masculine, and animal, and everything in between. Movement allows me to explore what words can't, to experience all of my emotions without feeling like I have to make literal sense of it. It's really been the one true art form for me that's allowed me just to experience the ineffability of being alive.]

Max Cookward⁶

Max Cookward, bailarín *queer* afincado en Londres, aparece en pantalla adornado con un mono de flecos que cubre todo su cuerpo. Sus movimientos, explica él durante el vídeo⁷, son a la vez femeninos, masculinos, animales y todo lo que se encuentra en medio. En su cuerpo, que fluye por el espacio como si el aire fuese en realidad agua, se captan destellos de hombres, mujeres, animales y niños... criaturas que se encuentran, en definitiva, vivas y en constante movimiento. Como él mismo bellamente expresa, es la práctica corporal, el movimiento, lo que le permite *expresarse, experimentarse*, sin necesidad de *pensarse*. Su crecimiento en una familia no heteronormativa explica, en parte, que él se permita pensarse, imaginarse, de otras formas.

⁶ Declaraciones transcritas desde el vídeo dirigido por Harry Bowley (2023) *Portrait of a dancer: Max Cookward*.

⁷ Accesible en *Portrait of a Dancer: Max Cookward* | NOWNESS

En su cuerpo que danza, se resumen aquellas propuestas de Thomas J. Csordas y Michael Jackson que remitían al cuerpo a sus prácticas, movimientos y sensorialidades. El cuerpo danzante de Max es un escenario para su propia identidad, a la vez que una pregunta para las que lo observamos moverse: ¿cómo mantener la unidad de un cuerpo que es todas las cosas y ninguna a la vez? El bailarín parece encontrar la respuesta en la acción: el movimiento del cuerpo, el desplazamiento a través del espacio, la creación de algo con su materialidad; una acción que, al ser grabada y compartida, promueve también una conversación silenciosa y significativa con quienes lo admiramos.

La concepción del cuerpo como espacio que escapa a la posibilidad de ser leído aflora en el baile de Max como un ejemplo de la multiplicidad constitutiva del cuerpo. En este sentido, Kathleen Lennon (2019) reflexiona en torno a la capacidad del cuerpo de *escapar* a cualquier definición, fija la luz del pensamiento postestructuralista de Judith Butler: “Butler deja claro que el cuerpo supera cualquier intento de capturarlo en el discurso. Es precisamente esa desmesura la que permite la posibilidad de formaciones alternativas sobre él, ya que el cuerpo supera cualquiera de las formas que podríamos tener de pensarlo. [Butler makes clear that the body *exceeds* any attempt to capture it in discourse. It is just such excessiveness which allows the possibility of alternative formations on it, for the body outruns any of the ways we might have of thinking about it.]” (p. 22).

Coincido con Esteban (2013) cuando centra su análisis en la concepción del cuerpo desde la agencia de sus prácticas, dado que “el cuerpo no es un mero espejo de la sociedad o la cultura en la que viven los sujetos analizados, ni un mero texto que se puede interpretar, sino que es, sobre todo, un agente” (p. 247). Ambas visiones se oponen al cuerpo como realidad estable, como texto legible y como entidad ahistórica. Esta tesis retoma estas lecturas críticas del cuerpo y refuta las visiones pasivas y reduccionistas del cuerpo como documento, archivo o canvas.

Frente a la idea de que “el cuerpo es discursivo, es un texto, y por tanto está abierto a posibles redefiniciones e interpretaciones” (Reverter, 2004, p. 125), propongo un entendimiento del cuerpo como artefacto vivido, es decir, como algo *hecho con arte*, según su etimología latina, y no solamente como un producto discursivo o del poder. Preciado (2008) hace referencia al cuerpo como artefacto y rechaza a la vez acercamientos esencialistas o excesivamente culturizados: “Vivimos en la hipermodernidad punk: ya no se trata de revelar la verdad oculta de la naturaleza, sino que es necesario explicar los procesos culturales, políticos, técnicos a través de los cuales el cuerpo como artefacto adquiere estatuto natural” (p. 33).

Frente a la idea de cuerpo como ente pasivo sobre el que la cultura se inscribe –un cuerpo-máquina determinado y ahistórico, tan presente en el pensamiento occidental posterior a la industrialización–, Haraway (1999) propone que “el cuerpo es un colectivo; es un artefacto histórico constituido por humanos así como por actores no humanos orgánicos y tecnológicos” (p. 137) y, así, otorga colectividad e historicidad a las prácticas y vivencias corporales.

En referencia explícita a la corporalidad de las mujeres –y a todos los cuerpos considerados inferiores por el patriarcado–, Esteban (2013) interpreta el *cyborg* de Donna Haraway como:

un «recurso imaginativo» frente a un pensamiento y un mundo dicotomizado que excluye y uniformiza a las mujeres. El *cyborg* de Haraway es una ficción que pretende abarcar la realidad social y corporal de las mujeres, como una forma de abordar la ruptura de los dualismos [...] de las fronteras entre lo humano y lo animal, lo humano y la máquina, lo físico y lo no físico. (p. 41)

Cambiar el enfoque en torno al cuerpo para otorgar centralidad a las experiencias encarnadas, permitiría, a su vez, profundizar en la realidad material del mundo, en los contextos sociohistóricos y políticos a través de las experiencias y prácticas del cuerpo vivido. En definitiva, el entendimiento del cuerpo del que parte esta investigación está muy cerca de las consideraciones de antropólogas como Nancy Scheper Hugues y Margaret Lock (1987) que inician sus análisis desde “la asunción del cuerpo como un artefacto simultáneamente físico y simbólico, producido natural y culturalmente, y como firmemente anclado en un momento histórico concreto [an assumption of the body as simultaneously a physical and symbolic artifact, as both naturally and culturally produced, and as securely anchored in a particular historical moment]” (p. 7).

2.2. El cuerpo transformado

2.2.1. Cambios no deliberados: marcas del tiempo y la vida

Sobre el cuerpo con el que nacemos, nuestra historia se va inscribiendo. El inevitable paso del tiempo y diversas situaciones vitales pueden ir variando la forma, textura, color o lisura de nuestro cuerpo. Accidentes, operaciones quirúrgicas, quemaduras, arrugas, lunares y pecas... renglones de una historia vital que van conformando y mutando la historia y apariencia de nuestro cuerpo. Historia y apariencia, bajo este prisma, son aspectos inseparables de nuestro ser, conformando un continuo donde no se puede separar la materia de la esencia ni lo visible de lo que permanece oculto al ojo. Esta idea, además, vendría a negar la naturaleza textual o inmóvil del cuerpo como documento legible o descifrable, tema al que ya hice referencia en el anterior apartado del marco teórico. Los cuerpos no se pueden leer sin que entren en juego nuestras propias preconcepciones ni las relaciones concretas que establecemos con aquello que pretendemos leer. La *lectura* neutral no existe, o ha de ser problematizada siempre, para situarla en relación con su contexto.

Ningún cuerpo es anónimo, ni permanece estable o estático; todo cuerpo es un escenario para la transformación, sea ésta deliberada o circunstancial. Todo cuerpo es, en cierto sentido, un cuerpo modificado al no permanecer, ni ser, estable. Ya sea por marcas no deliberadas o por marcas y cambios realizados sobre el cuerpo de manera elegida, el cuerpo está en constante cambio. Incluso a nivel celular, de tejidos y órganos, el cuerpo nunca *permanece* igual. Es por

lo que antes de llegar al cuerpo tatuado, me propongo pensar primero el cuerpo como lugar para la memoria de la experiencia vivida. Nuestras experiencias vitales nunca pueden ser abordadas desde un sólo ángulo y, aunque puedan ser explicadas como efecto de una causa concreta, las manifestaciones y emociones ligadas a ellas demuestran mucha variabilidad, riqueza y profundidad.



Imagen 1. Marca en la piel de A. aparecida inmediatamente después de la picadura de una medusa (Granada 2022, fotografía propia)

Nuestra piel, como una enorme membrana, está recubierta de miles de marcas –de nacimiento o posteriores– que la convierten en un mapa de la existencia de cada individuo. A excepción de las huellas dactilares, usadas principalmente por la ciencia médico-forense y, en consecuencia, por instituciones de control estatales o empresariales, las marcas del cuerpo no merecen demasiada atención por parte de las ciencias biológicas más allá de su relación con posibles patologías.

Para profundizar en la idea del cuerpo como testigo de la experiencia, se podría usar como caso de estudio la cicatriz, la marca indeleble de un cambio físico, como epítome del cuerpo marcado, con memoria, pero en constante cambio. Frente a marcas temporales, como las que dejan el sol o la presión de una cuerda sobre la piel tras practicar *shibari*, existen otras que permanecen. La permanencia de la marca perenne la convierte en emblema del paso del tiempo, del cambio, del devenir. Sea como sea, las marcas –temporales o permanentes– generan cambios en el aspecto de nuestro cuerpo que nos colocan frente a preguntas de interesante y profundo calado: ¿volverá mi cuerpo a su estado anterior?, ¿cuánto tardará en desaparecer la marca?, ¿qué ocurriría si la marca no desapareciera?

En el caso de las marcas no elegidas, la falta de control sobre la inscripción resultante es

definitoria de su naturaleza y carácter. No podemos incidir sobre ellas; un suceso ajeno a nuestra voluntad las coloca sobre nuestra carne y las consecuencias escapan a nuestro control. Lennon (2019), en este sentido, recuerda que “esta ausencia de control encontró su ejemplo más extremo en el caso de los cuerpos de las mujeres esclavas [this absence of control found its most extreme example in the case of the bodies of slave women]” (p. 4).

Las marcas generadas por el disciplinamiento violento de los cuerpos son también objeto de análisis del artículo de Hortense Spillers, *Mama's baby, papa's maybe*. Spillers (1987) comienza su texto así: “Reconozcámoslo. Soy una mujer marcada, pero no todo el mundo sabe mi nombre. [Let's face it. I am a marked woman, but not everybody knows my name.]” (p. 65), para indagar en cómo las marcas cutáneas producto de las torturas a que fueron sometidas las personas negras en Estados Unidos se heredan de generación en generación, a través de una serie de sustituciones simbólicas como marcas inscritas más allá de la piel, en la identidad y la memoria de las descendientes de personas esclavizadas (Spillers, 1987, p. 67).

Desde la antropología, Marta Allué (1996) indagó en su propia piel, marcada por quemaduras tras un accidente, como epítome de lo anormal o lo monstruoso. Su ensayo autoetnográfico, *Perder la piel*, permite a Allué desvelar los mecanismos sociales que promueven la percepción de los cuerpos diferentes como erróneos e incómodos. En el análisis de su propia experiencia, la mirada externa es un continuo recordatorio para Allué de que su imagen corporal se encuentra fuera de la norma, lo que genera en quien la mira emociones contradictorias.

2.2.1.1. Feminismos, monstruosidad y (dis)capacidad

Pero ¿qué hacer con los cuerpos que no encajan, cuyas narrativas no pueden ser fácilmente digeridas por los cánones de forma, color y unicidad corporales?, ¿qué ocurre con los cuerpos monstruosos? La monstruosidad de los cuerpos ha sido objeto de análisis de los feminismos en diversas ocasiones. El cuerpo deforme, faltante, roto o construido a parches se enfrenta en el imaginario simbólico occidental al cuerpo sano, bello, liso y simétrico.

La antropóloga Mari Luz Esteban (2004) narra en su autoetnografía corporal los problemas asociados al sobrepeso y el hirsutismo (el crecimiento *anormal* de vello en el cuerpo, que en su caso se manifestó en la cara) que padeció desde su adolescencia: “Durante muchos años tuve un fuerte sentimiento de víctima: por lo que me pasaba y el rechazo social que comportaba, porque como apuntaba anteriormente, lo feo, lo deforme, es lo otro por antonomasia” (p. 7).

Esteban (2004) identifica la situación que vivió desde su adolescencia con la imagen de la mujer barbuda, espectáculo de feria y símbolo de “la indefinición sexual, la desviación, el hermafroditismo, en una edad en la que supuestamente debería primar la construcción rotunda de la identidad social y sexual, sin fisuras” (p. 5). El caso de la mujer barbuda es un buen ejemplo de la anomalía que representa una mujer “no femenina” en el imaginario social, una mujer situada en las antípodas de la feminidad tradicional (Pedraza, 2020). Cuando un cuerpo

no consigue encajar en el sistema binario de sexo-género es automáticamente enviado a la otredad, expulsado de las estructuras conocidas para adentrarse en la indefinición y la imposibilidad. En referencia a los cuerpos con discapacidades, Lapierre Acevedo (2021) señala cómo identificar a una persona como un cuerpo discapacitado es, en realidad, un acto ideológico: “los estudios críticos de la discapacidad emergen influenciados por la experiencia de los denominados *disability studies*. Estos definen la discapacidad como un fenómeno fundamentalmente social, cultural, político, histórico y relacional” (p. 82).

Al situar el cuerpo discapacitado en el plano de lo ideológico, se produce un giro que posibilita la crítica pero también la resistencia: ningún cuerpo puede *ser* errado en su materialidad; todo cuerpo vivo es un éxito en sí mismo en términos metafísicos. Será la matriz social la que se encargue de determinar la valía/validez de los cuerpos y, de este modo, relegar a aquellos que no encajan a la categoría de cuerpos que no importan (Butler, 2002). En este sentido, tanto los cuerpos *queer* como los cuerpos discapacitados⁸ son considerados como monstruosos por la sociedad.

Freaks (Browning, 1932) se estrenó en los Estados Unidos hace casi cien años. La película generó una polémica de tal magnitud que su distribuidora, la Metro-Goldwyn-Mayer, obligó a su director a reducir el metraje de la hora y media que duraba inicialmente hasta una hora escasa. Después de esta producción, el director cayó en desgracia y permaneció el resto de su vida alejado de las luces de Hollywood. Detrás de esta historia y, en relación con las decisiones que llevaron a la productora a denostar la película, algunos se preguntaron cómo se había atrevido Tod a dar espacio y voz, a convertir incluso en protagonistas de la historia, a un grupo de seres deformes, practicantes del travestismo o identificados como no binarios (recordemos a Joseph-Josephine, esa persona mitad hombre mitad mujer de rictus serio pero seguro). El público, durante la proyección de la película, profería gritos aterrorizados y, en no pocas ocasiones, acababa por abandonar la sala. Las personas que se quedaban, asistían fascinadas a la proyección de unas imágenes que mostraban a personas con corporalidades e historias de vida que habitualmente eran invisibilizadas.

Resulta inquietante pensar que los conocidos como *freak shows* o espectáculos de monstruosidades, que se desarrollaron en el entorno circense y en ferias y museos, tuvieron una popularidad enorme en Estados Unidos y Europa durante el siglo XIX y aproximadamente hasta la mitad del XX. La exhibición de la rareza fue un negocio fructífero que desapareció con la medicalización de la diferencia y cuando el consumo de televisión se extendió por los hogares (Braunberger, 2000).

La historia está plagada de mitos, leyendas y cuentos que rescatan seres extraños, tanto ficticios como reales. El interés de las artes por la rareza es indudable y la diferencia ha sido la base de indagaciones narrativas de diversa índole que ponen de manifiesto que lo humano

⁸ En cuanto a los cuerpos discapacitados, cabe señalar que no todos presentan discapacidades *visibles*. De todos modos, la experiencia de habitar cuerpos que escapan de los ideales contemporáneos en cuanto al cuerpo (también en términos de, por ejemplo, neurodivergencias) tendrá como resultados, en muchas ocasiones, procesos de abyección y rechazo.

no puede entenderse escindido de lo bizarro, lo excepcional, lo feo o lo monstruoso. Como recuerda Allué (2012): “el auténtico freak es misterioso más que lisiado, sin embargo, también genera conmiseración. Se mueve entre límites porque es, o puede parecer, a la vez realidad e ilusión” (p. 276).

Esta preocupación –inquietud– por lo raro se ha traducido a nivel sistémico en la tendencia a la homogeneización estética y corporal. Todos aquellos cuerpos que se salen de la normalidad son tachados de desviados o erróneos. El rechazo social de lo radicalmente distinto –explicado por cómo fue lo raro relegado a la clandestinidad y sistemáticamente patologizado e invisibilizado– genera una serie de presiones y normas sobre las que Butler (2002) se pregunta: “¿cómo tales restricciones producen, no solo el terreno de los cuerpos inteligibles, sino también un dominio de cuerpos impensables, abyectos, invivibles?” (p. 14).

En el caso del ser humano, como explicita Jordi Planella (2007) a lo largo de su libro *Los monstruos*, la base de la monstruosidad siempre es el cuerpo. Por defecto o por exceso, las corporalidades monstruosas han sido objeto de estudio de una medicina empeñada en la patologización de la diferencia y los intentos de corrección de esos *desvíos* de la naturaleza. Esa monstruosidad es, en realidad, un constructo sociocultural y sanitario que, desde la antigüedad, ha creado un cisma entre lo normal y lo que se sale de lo corriente en términos corporales (Balza, 2011).

En todo caso, los cuerpos como realidades materiales son diariamente percibidos en una matriz sociocultural determinada. Dentro de esa matriz, en su mismo centro, se encuentran una serie de corporalidades de, podríamos decir, lectura fácil, transparente y ordenada. En los márgenes, flotando amalgamados y en ocasiones perdidos, circulan, disfrutan, sufren, en definitiva, viven todos los otros cuerpos, esos que al centro no importan de la misma manera, bien porque nacieron ya inmersos en esos mismos márgenes, bien porque a lo largo de la vida han ido (con)formándose como otredades, rarezas, extravagancias, cuerpos extraños y grotescos que, por su cualidad de cuerpos monstruosos (y esto siempre según la lectura del centro, de lo normativo), se ven expulsados, o atraídos, por las zonas en sombra de la sociedad, esas que no salen en las revistas y cuyas representaciones suelen ser fantasiosas, fetichizadas o reduccionistas al reducirlos a meros errores sistémicos.

La vida siempre se experimenta corporalmente y la cultura siempre se enraíza y materializa en nuestra carne. La existencia de la rareza pone de relieve, más que la existencia de dos esferas separadas de sujetos normales y anormales, la infinita gama de colores en que se ubican nuestras identidades. La dinámica dicotómica entre norma y desvío, sin embargo, conlleva segregación y genera cuerpos abyectos. La abyección, en palabras de Butler (2002), “implica literalmente la acción de arrojar fuera, desechar, excluir y, por lo tanto, supone y produce un terreno de acción desde el cual se establece la diferencia” (pp. 19-20).

¿Cuáles son entonces los cuerpos abyectos? Según la filósofa, aquellos que al no materializar en sí mismos la norma no alcanzan la categoría de cuerpos que importan. Los pensamientos feministas en torno a lo monstruoso y la diferencia son muy variados. Tanto Judith Butler

como Donna Haraway (con el sujeto *cyborg*), Rosi Braidotti (con el sujeto nómada) o Monique Wittig (con el cuerpo lesbiano) han reflexionado sobre la otredad desde lugares críticos (Balza, 2013b). Para huir de los binarismos y los enfrentamientos dicotómicos, Butler (2002) propone “una politización de la abyección, en un esfuerzo por reescribir la historia del término y por impulsar su apremiante resignificación” (p. 47), que pasaría por promover resistencias y otorgar poder a lo monstruoso, a la vez que por el reconocimiento de la vulnerabilidad que, también, nos conforma (Balza, 2011; 2013a).

Planella (2007), por su parte, afirma que la normalidad “ha empezado a disiparse gracias a los militantes de la disidencia de la monstruosidad” (p. 71). En definitiva, al conversar con estas ideas, quiero recalcar la cualidad porosa de los cuerpos, su fluidez y mutabilidad. Un cuerpo que es testigo y escenario de la experiencia vital donde se libran diversas fuerzas de la naturaleza, la conciencia, la matriz sociocultural y la imaginación; un espacio donde se representan imágenes, placeres, deseos y miedos; un lugar vital no determinado por su naturaleza finita, sino abierto a una multitud de posibles reacciones, escapes y milagros.

A la luz de lo analizado en los apartados anteriores, en relación con los cuerpos erróneos o incómodos, podría entenderse el cuerpo modificado de manera artística como otra anomalía. En su texto *Tattoo is a medium*, Ed Hardy (1995) señala que lo que ocurre con el cuerpo tatuado tiene más que ver con las reacciones de los demás ante el cuerpo modificado que con lo que las personas tatuadas han de enfrentar con respecto a sí mismas. En este caso, el acto ideológico al que hice referencia anteriormente con respecto de la discapacidad opera también cuando la incomodidad de las personas no tatuadas juzga y rechaza, desde la incomprensión, la corporalidad tatuada que se escapa a la norma.

Un cuerpo que no habita la norma es expulsado del canon por ser contrario a él, lo que a su vez promueve un trabajo político para volver habitables los márgenes. Los cuerpos que no encajan se embarcan, entonces, en un “trabajo sobre la diversidad [diversity work]” (Ahmed, 2017); un trabajo que no siempre es consciente y que se convierte en un *modus* de ser e intentar estar en el mundo donde “estar en cuestión es intentar ser; estar en cuestión hace que ser suponga intentarlo. [To be in question is to try to be; to be in question makes being trying]” (Ahmed, 2017, p. 115).

2.2.2. Cambios deliberados: el cuerpo modificado

Como expresa Featherstone (2000), “el término modificación corporal se refiere a una larga lista de prácticas que incluyen perforaciones, tatuajes, marcas, cortes, ataduras e inserción de implantes para alterar la apariencia del cuerpo [the term body modification refers to a long list of practices which include piercing, tattooing, branding, cutting, binding and inserting implants to alter the appearance of the body]” (p. 1). El autor también remarca que podrían incluirse en esta lista “gimnasia, culturismo, anorexia y ayuno –formas en las que el cuerpo exterior se transforma mediante diversos ejercicios y regímenes dietéticos, que suelen ser procesos mucho más lentos [gymnastics, bodybuilding, anorexia and fasting –forms in which the outer body is transformed through a variety of exercises and dietary regimes, which are

generally much slower processes]” (ídem)⁹.

Frente a los cambios no deliberados del cuerpo, aquellos que hemos analizado como resultado del cuerpo considerado como un ente vivo que interactúa con su entorno sufren el paso del tiempo y, en ocasiones, son objeto de accidentes de diversa índole; aparecen aquellos cambios que deliberadamente elegimos realizar sobre nuestra corporalidad. Un debate encendido en torno a diferentes formas de modificación corporal¹⁰ es el de las diferenciaciones entre los cambios *normalizadores*, relacionados sobre todo con la cirugía estética o cosmética, y los cambios *subversivos* o artísticos, representados por aquellas modificaciones de naturaleza *artística* como el tatuaje, el *piercing*, la escarificación o el uso de implantes subdérmicos de formas determinadas.

Cabe preguntarse, sin embargo, antes de pasar a analizar las modificaciones corporales objeto de esta investigación, de dónde procede esta diferenciación y por qué hemos de categorizar o analizar la cirugía estética como diametralmente opuesta a, por ejemplo, los tatuajes. La cirugía estética¹¹ tiende a eliminar las diferencias mediante una intervención quirúrgica, de modo que el cuerpo se asemeje lo más posible a la norma sociocultural imperante en un momento histórico concreto. Aunque muchas de sus manifestaciones se pueden problematizar, un estudio que atienda las complejidades de las personas que deciden someterse a este tipo de intervenciones ha de atender a las narrativas individuales para lograr comprender, sin caer en simplificaciones ni juicios ni reduccionismos, qué les lleva a elegir modificar sus cuerpos haciendo uso de este tipo de tecnología médica.

Algunas pensadoras tienden a entender –en sus análisis del cuerpo transformado– las normas estéticas opresivas que se imponen a los cuerpos como “las tecnologías dirigidas a ‘facilitar’ una normativización del cuerpo para adecuarlo a los estándares” (Reverter, 2004, p. 136), incluyendo en esta categoría “cirugía y prótesis, pero también Viagra, complejos vitamínicos, dietas, tatuajes, *piercing*, etc.” (ídem). Estos análisis suelen fallar en sus planteamientos al rechazar frontalmente que, dentro de estas acciones transformadoras, pueda existir lugar para la agencia y, en consecuencia, para cierto grado de resistencia. Como analizaré en el siguiente capítulo, Jeffreys (2000) hace lo propio con los cortes deliberados de la piel (*cutting* en inglés) y los empareja con los tatuajes o los *piercings*, a los que califica de automutilaciones. Esta tendencia a unificar todos los cambios deliberados sobre el cuerpo bajo el paraguas de la normativización y la opresión son comunes y han sido objeto de análisis feministas en diversas ocasiones (Davis, 2004; Sullivan, 2006; Pitts, 2007).

⁹ Aunque la alusión a la anorexia como forma de ‘dieta’ sea criticable de manera clara, la referencia a la lentitud de estos procesos resulta útil y clarificadora para entender el concepto de modificaciones corporales que nos ocupa.

¹⁰ Esta tesis no ahonda en lo relacionado con las modificaciones corporales a nivel médico o legal ya que las implicaciones de dicha indagación podrían ser objeto de una tesis completa distinta de ésta. No obstante, conviene destacar que el primer decreto en torno a la práctica del tatuaje aprobado en España es del año 1997, tema que profundizaré en el apartado dedicado a la historia de las modificaciones corporales en el contexto español.

¹¹ No analizaré aquí la cirugía de reparación, aquella que devuelve el cuerpo a un estado lo más funcional posible tras accidentes (como quemaduras de gran extensión) o enfermedades (como el cáncer de mama o de testículos).

Si bien podría argüirse que las cirugías de cambio de sexo, por poner un ejemplo patente, sí que actúan como normalizadoras en el sentido de hacer encajar el cuerpo en la matriz binaria cisheteropatriarcal (Reverter, 2004), ni siquiera este caso puede ser analizado en términos dicotómicos de normalización/asimilación *versus* resistencia/subversión. La realidad de los cuerpos, la experiencia de la corporalidad, siempre escapa a discursos explicativos simplificadores: el cuerpo vivido se desenvuelve en continuas negociaciones que lo sitúan más en un continuo no dicotómico que en un espacio de pares irreconciliables.

Kathy Davis (2004) expone cómo la eliminación de ciertos rasgos faciales reconocibles en personas con síndrome de Down ilustra de un modo claro “los aspectos controvertidos de la eliminación quirúrgica de los signos de diferencia [the controversial aspects of surgically eliminating signs of difference]” (p. 134). Este ejemplo, situado en un extremo muy controvertido de los usos de la cirugía cosmética, ilustra las dificultades a la hora de abordar estas problemáticas. Para la autora, cómo acercarse a este tipo de controversias resulta determinante para no caer en señalamientos ni reduccionismos. La autora se propone superar estos dilemas teóricos gracias a su atención a la agencia y al uso de una metodología cualitativa con la que recoger las experiencias encarnadas de las personas protagonistas. Davis (2004) recoge una tradición de pensamiento crítico en torno a la cirugía cosmética que ha cuestionado que solo pueda ser analizada como “el epítome de la colonización y victimización de las mujeres a través de sus cuerpos [the epitome of the colonization and victimization of women through their bodies]” (p. 17). Para ello, se apoya en planteamientos postestructuralistas que exploran “las posibilidades del cuerpo femenino tecnologizado como lugar de acción feminista [the possibilities of the technologized female body as a site for feminist action]” (p. 17).

Nikki Sullivan (2006), desde un análisis filosófico, problematiza la cirugía cosmética desde una postura más consciente de su inherente complejidad. Para ello, se sirve de varios casos registrados de *self-amputation*, la amputación deliberada de miembros corporales por parte de personas sanas que no requerirían de tal intervención. Su análisis, complejo debido al extremismo de la práctica que se propone analizar, incluye también críticas a los planteamientos de Kathy Davis, a los que califica de *condescendientes* [patronizing] (Sullivan, 2006, p. 555). Aunque la crítica de Sullivan sea parcialmente adecuada, quiero destacar aquí que el intento de Davis (2004) de comprender las motivaciones y explicaciones de las propias mujeres que deciden someterse a operaciones de cirugía mediante la recolección de datos cualitativos debe ser reclamada y celebrada. En ocasiones, los análisis en torno al cuerpo adolecen de una flagrante *falta* de cuerpo, que conlleva, a su vez, una intelectualización contraproducente de las experiencias íntimas –lo biográfico– que no pueden ser explicadas exclusivamente desde la matriz sociocultural.

Tras estos pequeños apuntes en torno a los debates sobre la cirugía estética, quiero recalcar que mi postura se sitúa a medio camino entre la de Davis (2004), que simplifica en demasía la cirugía electiva al reducirla a una posibilidad más entre otras que las mujeres *eligen* para sentirse mejor consigo mismas, y la de Sullivan (2006), que olvida la experiencia del cuerpo

vivido y la importancia de rescatar lo que las personas protagonistas de la problemática analizada *dicen, hacen y sienten* en torno a sus decisiones. Para entender a los cuerpos, hay que poner esfuerzo en escuchar a los cuerpos: el único modo de lograrlo es permitiendo que las prácticas corporales se imbriquen con el discurso íntimo –las emociones y las sensorialidades– y los discursos dominantes a escala social. En definitiva, me sumo a la crítica de Sullivan (2006) ante “la tendencia [...] a suponer que hay formas ‘buenas’ y ‘malas’ de modificación y/o encarnación [the tendency [...] to presume that there are ‘good’ and ‘bad’ forms of modification and/or embodiment]” (p. 560). La complejidad de la experiencia corporal humana rehúye estas determinaciones, para mostrarnos, con su infinita variedad, que nada es blanco o negro, que (con)vivimos en una asombrosa paleta de colores.

2.2.2.1. El cuerpo tatuado, agujereado, escarificado o implantado

Las modificaciones corporales electivas, aquellas que elegimos deliberadamente realizar sobre nuestro cuerpo, han sido objeto de acercamientos teóricos desde muy diversas disciplinas. Muchas de ellas han adolecido de análisis reduccionistas, patologizantes, juiciosos y alejados de las realidades de las personas que acogen esas modificaciones en sus corporalidades, sean estas de carácter quirúrgico-cosmético o *artístico*. Todo adorno u ornamento aplicado al cuerpo cambia en cierto sentido su apariencia visual y el modo en que este se presenta e interacciona en la sociedad. Con el cambio del cuerpo, también la propia identidad y la vivencia personal del cuerpo mutan. El vestido, el maquillaje, el peinado o las joyas son elementos que cambian la superficie corporal para adornar o decorar sus atributos de infinitas maneras, normalmente insertas en un marco sociocultural más amplio. Estas modificaciones se caracterizan por ser de naturaleza temporal.

Aunque las modificaciones corporales constituyen todo cambio realizado sobre el cuerpo de manera deliberada, el término modificaciones corporales (*body modifications* en inglés o, en su contracción, *bodymods*) suele usarse para hacer referencia a las culturas del tatuaje, el *piercing*, la escarificación o los implantes subdérmicos, entre otras. Todas ellas son técnicas de menor o mayor complejidad que dan como resultado cambios sobre el cuerpo de naturaleza más o menos permanente. Estas modificaciones sobre el cuerpo también pueden entenderse como fenómenos culturalmente universales: se encuentran, en diferentes manifestaciones, en todas las culturas del planeta. Además, su existencia se remonta a la antigüedad (como analizaré en el siguiente apartado donde presento algunos apuntes históricos en torno a la cultura del tatuaje).

En este apartado, quiero centrarme en las modificaciones corporales que podríamos calificar como artísticas. A través de ellas, el cuerpo se convierte en soporte y/o superficie para el arte (Martínez Rossi, 2011). Además, este tipo de modificaciones suelen caracterizarse por mayor variabilidad y diversidad que las modificaciones de tipo estético que ejecuta la cirugía cosmética. Es por todo esto que este apartado considera en mayor profundidad el tatuaje, el *piercing*, las escarificaciones o los implantes subdérmicos de carácter ornamental.

2.2.2.2. El tatuaje es un medio, no un fenómeno: el tatuaje como arte y práctica

Desde el prisma de la inmensa variabilidad que algunas modificaciones corporales admiten, el carácter artístico del tatuaje sirve a la vez como plataforma para analizar su riqueza y como intento de definir su identidad como técnica, o medio, de increíble complejidad. Como bellamente expresa el tatuador estadounidense Ed Hardy (1995):

El tatuaje seguirá dando mucho que hablar en las mesas de disección de los círculos académicos, pero en el fondo su poder desafía toda clasificación. En el mejor de los casos, cumple la función perdurable de todo arte: afirmar empáticamente lo irracional y celebrar la vida misma. [Tattooing will continue to provide rich fodder for the dissecting tables of academia, but at core its power defies absolute classification. At best, it fulfills the enduring role of all art: to empathically affirm the irrational and to celebrate life itself]. (p. 25)

El estatus del tatuaje como arte (Wilton, 1991; Lodder, 2010) es, en la contemporaneidad, bastante claro. Sin embargo, el del tatuaje es un mundo complejo, extenso y rico que a menudo escapa a definiciones cerradas. En muchas ocasiones, se nombra el tatuaje como *fenómeno*. Conviene aclarar, antes de indagar en las profundidades teóricas de los cuerpos tatuados, que, en ningún caso, debería el tatuaje ser considerado un fenómeno, sino más bien un medio, una técnica y un universo amplio. Si bien, en la acepción principal del término en el Diccionario de la Lengua Española, fenómeno se define como “toda manifestación que se hace presente a la consciencia de un sujeto y aparece como objeto de su percepción”¹² y el tatuaje encajaría como tal, referirnos al tatuaje de este modo genera cierta sensación de circunscripción espaciotemporal o discontinuidad en sus manifestaciones. La segunda acepción de la palabra fenómeno, “cosa extraordinaria y sorprendente”, tampoco serviría para definirlo, ya que, aunque sea algo extraordinario desde algunos prismas –pienso, por ejemplo, en el punto de vista artístico–, las manifestaciones de este tipo de modificaciones corporales son tan antiguas que intentan constreñir su definición a su novedad o su rareza (cuantitativamente) en contra del entendimiento del tatuaje del que esta tesis parte.

El tatuaje no es un fenómeno estanco ni homogéneo. Aunque mucha literatura surgida en el seno de la academia se haya empeñado en simplificar afirmando que el tatuaje es un fenómeno concreto y delimitado –lo que supondría, a su vez, falta de variabilidad o riqueza artística–, el tatuaje no debería interpretarse en términos generales. Por el contrario, los esfuerzos deberían centrarse en reconocer su inmensa diversidad y atender a cada manifestación con una –podríamos decir– capacidad intacta para maravillarnos. Entonces, quizás es más adecuado pensar que el tatuaje es un medio (Lodder, 2022a), una técnica o un conjunto de técnicas con un resultado similar; es una manifestación artística y, sobre todo, es una realidad sociocultural que siempre debe analizarse en relación con el entorno en que se desarrolla y el momento histórico en que tiene lugar. Además, acercándonos a la riqueza visual de las manifestaciones del tatuaje podremos relacionar su presentación estética, sus

¹² <https://dle.rae.es/fen%C3%B3meno>

imágenes y diseños con la historia, la política, el arte y la cultura. Por su posición privilegiada entre el yo y la sociedad, el tatuaje puede utilizarse como centro de análisis complejos en torno a la cultura, el arte y el momento político del lugar donde tiene lugar.

2.3. El cuerpo tatuado

En el corto documental *Marked*, Nadine Ibrahim (2019) retrata la realidad de muchas personas escarificadas y tatuadas en el contexto nigeriano. La película se divide en tres partes: marcas tribales, espiritualidad y belleza. En esta última, las protagonistas son las mujeres. Resulta muy interesante cómo una de estas mujeres explica que todo su cuerpo está marcado porque quiere resultar atractiva para su marido, sobresalir por encima del resto y ser distinta ante los ojos de él.

Quizás algunas feministas, como veremos más adelante en este punto, vendrían aquí a alzar la voz para determinar que esta práctica es errónea, porque supone supeditar los deseos con respecto al propio cuerpo y a la idea de resultar atractiva para un hombre. Pero ¿podemos realizar este tipo de juicios sin caer en el eurocentrismo? Un acercamiento antropológico a las modificaciones corporales deberá inexcusablemente tomar cuenta del seno histórico, político y sociocultural en que estas tienen lugar para comenzar siquiera a entender la naturaleza de estas transformaciones corporales. Un acercamiento feminista deberá, por tanto, dar cuenta del contexto antes siquiera de comenzar a plantear sus interrogantes. Las diferencias culturales no pueden eliminarse de un plumazo para realizar asunciones generales acerca de lo que significa para las mujeres¹³ tatuarse, ya que, dependiendo no solo del contexto sino también de las características individuales, las transformaciones a que sometemos nuestro cuerpo tienen una variabilidad prácticamente infinita.

Por otro lado, aunque tenga sentido que se hagan más análisis de las imágenes –los diseños concretos– que la gente se tatúa, esta tesis no pretende realizar una lectura visual de los tatuajes, ya que muchas investigaciones en este sentido han caído en la trampa de reproducir discursos sexistas al destacar qué eligen tatuarse la mayoría de las mujeres en contraposición a la mayoría de los hombres. Así, las mujeres se tatuarían cosas *delicadas* y *femeninas* en lugares de mayor carga erótica, como explica por ejemplo Pérez Fonseca (2009) en su estudio sobre el tatuaje en Brasil, mientras que los hombres suelen recurrir a diseños más *masculinos* y *agresivos*. Si estas afirmaciones no se problematizan, tienden a reproducir dicotomías y llevan a muchos investigadores/as a asumir que las mujeres se tatúan con la intención de llamar la atención del sexo contrario o realzar su feminidad, algo que no debería constituir una conclusión de ningún tipo si detrás no hay una lectura feminista y crítica de los contextos donde se producen estas elecciones. Reducir las elecciones de las mujeres a la hora de tatuarse a los diseños que escogen no hace sino simplificar una problemática mucho mayor a un simple discurso visual que pareciera desconectado de su seno histórico-político, como si

¹³ Cuando hablo de mujeres, estoy usando las palabras utilizadas por las autoras. Mi posicionamiento al respecto, como ya apunté en la introducción, parte de un entendimiento de que tanto los cuerpos de las mujeres como los de las personas trans, no binarias y *queer* sufren presiones y exigencias mayores que los cuerpos masculinos cis.

las imágenes y sus interpretaciones permanecieran intactas en el tiempo.

Una vez realizada esta aclaración, quiero introducir aquí este apartado del marco teórico, que pretende realizar un recorrido por algunos de los textos más citados en la academia occidental sobre el tatuaje y las mujeres, ya sea en términos de cuerpo, de cultura del tatuaje o de aspectos históricos, antropológicos o sociológicos en referencia a ella. El objetivo de este punto es el de retomar críticamente algunos de esos textos –fundacionales, muy citados y populares– en esta área.

2.3.1. Margo DeMello (1995): *The Carnavalesque Body: Women and Tattoos*

En 1995, hace casi 30 años, DeMello ya se preguntaba “¿por qué tantas mujeres se tatúan hoy en día, dadas las notables emociones que provocan en los demás? [Why are so many women becoming tattooed today, given then remarkable emotions they provoke in others?]” (DeMello, 1995, p. 73). Su pregunta ilumina que la preocupación por comprender las motivaciones y particularidades que tienen que ver con las elecciones corporales de las mujeres en relación al tatuaje es antigua y, en muchas ocasiones, ha girado en torno a las reacciones que sus cuerpos provocan en los demás, más que en las sensaciones que tatuarse les genera *a ellas*.

DeMello (1995) afirma que “tanto históricamente como en la actualidad, se puede considerar que las mujeres que llevan tatuajes toman las riendas de su propio cuerpo [both historically and in the present, women who wear tattoos can be viewed as taking charge of their own bodies]” (p. 73). En esta afirmación, se concentran muchas de las problemáticas mal afrontadas en lo que respecta a las mujeres tatuadas. Por un lado, el error metodológico de asumir que todas las mujeres tatuadas responden a un mismo patrón de comportamiento, sin explicitar a qué contexto sociopolítico e histórico nos estamos refiriendo; por otro lado, al recurrir al lugar común de interpretar el acto de tatuarse como feminista en términos de reapropiación del cuerpo. ¿Todas las mujeres utilizan el tatuaje, aunque sea inconscientemente de este modo? ¿Dónde queda la creatividad, el cambio deseado, el cuerpo explorado, sentido, vivido? Al colocar todo el peso en la pregunta que DeMello (1995) se hace tan solo unas líneas más arriba, en ese “por qué [why]” del principio, la autora está enfocando de modo errado toda la cuestión, al querer reducir los motivos al discurso, a lo que puede ser expresado con palabras, cuando, en realidad, como vengo analizando a lo largo de este capítulo, el cuerpo escapa al discurso y traspasa los límites discursivos impuestos a la corporalidad gracias a los actos, a las prácticas.

Aunque sus reflexiones acerca de centralidad de la clase social en relación con los cuerpos tatuados de las mujeres y las reacciones ante ellos son muy oportunas, DeMello (1995) falla a la hora de enmarcar su caso y aporta afirmaciones generalizantes que, en última instancia, vienen a silenciar o condenar al ostracismo otras realidades no solo fuera del contexto occidental, sino en el seno de las culturas occidentales mismas. ¿Podrán aplicarse sus conclusiones a Francia, Italia, Portugal o España?, ¿tendría sentido hacerlo?

Más adelante, coincido con la autora cuando señala que “a través de sus tatuajes, las mujeres hacen algo más que plasmar en su cuerpo sus relaciones personales y sus problemas emocionales [through their tattoos, women are doing more than working out their personal relationships and emotional issues on their bodies]” (p. 74). Sin embargo, justo a continuación pasa a señalar que “como los tatuajes se asocian tradicionalmente a la masculinidad, las mujeres tatuadas, independientemente de sus motivaciones personales conscientes, están subvirtiendo las nociones convencionales de feminidad y masculinidad [as tattoos are traditionally associated with masculinity, tattooed women, regardless of their conscious personal motivations, are subverting conventional notions of femininity and masculinity]” (p. 74). Partir de esta asociación que la autora denomina *tradicional* entre el tatuaje y la masculinidad es un error, ya que nos obliga a teorizar desde binomios irreconciliables cuando, realmente, la profundidad y complejidad de las motivaciones detrás de tatuar el cuerpo son muchos más complicadas, especialmente en el caso de las mujeres, quienes, como recuerda la propia DeMello, habitan un cuerpo que es a la vez el espacio de inscripción del poder y el lugar primario de la resistencia (1995, p. 74). Elizabeth Grosz (1994), por su parte, argumenta desde una postura posesencialista que el cuerpo, nuestro ser físico y material, y nuestras experiencias corporales pueden ser entendidos como moldeadores de nuestra psique, tanto como nuestra realidad corporal está influenciada y moldeada por esa misma psique, lo que abre una puerta hacia la agencia y la resistencia corporales.

DeMello acierta al afirmar que muchas mujeres de todas las clases sociales se tatúan, pero, en mi opinión, erra a la hora de explicitar de manera clara cuál es el contexto al que se está refiriendo, lo que supone que sus argumentos pierdan fuerza y capacidad de ser aplicados a realidades diversas, ya que, aunque la autora explica que tatuarse en el caso de las mujeres es “una declaración tanto política como personal [a political as well as a personal statement]”, sigue recurriendo a las dos opciones que antes critiqué para explicar este hecho, en el sentido de que “los cuerpos femeninos visiblemente muy tatuados son un intento de liberar el cuerpo cosificado, inscribiéndolo literalmente con formas alternativas de poder [heavily and publicly tattooed female bodies are an attempt to liberate the objectified body, literally inscribing it with alternative forms of power]” (p. 79). Con estas afirmaciones, podría parecer que la antropóloga juzga a las que, siendo agentes de su propia vida, pudieran decidir tatuarse para, por ejemplo, ganarse la vida con su cuerpo; un hecho que, en cierto sentido, hicieron algunas de las mujeres profusamente tatuadas de los circos estadounidenses de las que DeMello habla a lo largo de su artículo.

“Sin embargo, se podría argumentar que, contrariamente al empoderamiento de las mujeres, los tatuajes contribuyen a su mayor cosificación en una sociedad dominada por los hombres. [Nonetheless, it could be argued that, contrary to empowering women, tattoos contribute to their further objectification in a male-dominated society]” (DeMello, 1995, p. 74). Con este planteamiento epistemológico, que sitúa los cuerpos de las mujeres entre dos opciones contrapuestas –el empoderamiento y la objetificación–, DeMello (1995) reduce la problemática de la corporalidad, el *embodiment*, de las mujeres, a un posicionamiento, de nuevo, binario y dicotómico. ¿Se han superado estos planteamientos binarios a la hora de

abordar el cuerpo de las mujeres desde las ciencias sociales?, ¿han logrado los textos que vinieron después del suyo superar de algún modo o, al menos, complicar o interrumpir estas asunciones?

2.3.2. Christine Braunberger (2000): el cuerpo como espectáculo

Una lectura similar de los cuerpos tatuados de las mujeres es la propuesta por Christine Braunberger (2000) en su artículo *Revolting Bodies: The Monster Beauty of Tattooed Women*, sobre las mujeres profusamente tatuadas que trabajaron y se ganaron la vida en los circos y espectáculos de rarezas en los Estados Unidos y algunos países europeos. Aunque los apuntes históricos de la autora son muy pertinentes, las asunciones que emanan de su artículo vuelven a ser generalizantes, de modo que una lectura sucinta del texto puede llevarnos a asumir que toda mujer profusamente tatuada desafía determinados cánones, sin especificar a qué contextos podemos aplicar esta teoría explicativa del cuerpo femenino profusamente tatuado.

Braunberger parte de la idea de que el mundo del tatuaje ha estado vinculado a la masculinidad; las mujeres tatuadas eran consideradas como “monstruosas”, leídas como poco femeninas, extrañas o víctimas de brutales venganzas. Braunberger realiza una lectura crítica de las elecciones de estas mujeres para rescatar la agencia que subyace a sus elecciones vitales. La autora expone cómo el surgimiento de los *freak shows* o espectáculos de rarezas en los circos, donde comenzaron a incluirse mujeres tatuadas, supusieron un antes y un después en la vinculación de las mujeres con la cultura del tatuaje. Esta *espectacularización* del cuerpo tatuado se dio en Estados Unidos y algunos países europeos desde el siglo XVIII y hasta mediados del siglo XX. Si bien la narrativa que rodeaba a estas mujeres, cuyo cuerpo aparecía profusamente tatuado sobre el escenario, las desproveía de agencia al inventar historias de raptos y venganza para explicar su cuerpo modificado, Braunberger discute esta visión: “En estas historias de victimización, las mujeres que se ganaban la vida con sus tatuajes tenían más independencia, dinero y oportunidades de viajar de las que disponían en otras circunstancias [In these stories of victimization, women who made their livings of their tattoos had more independence, money, and opportunities for travel than were otherwise available to women]” (Braunberger, 2000, p. 7).

Braunberger cae en el problema de oponer los cuerpos femeninos tatuados a los no tatuados y crea, así, una falsa oposición en una situación que, desde esta perspectiva, parecería muy fácil de analizar, como si de una lista de características personales que rellenar se tratase. Los hombres se tatúan por unos motivos y –la autora defiende– las mujeres por otros bien distintos. Además, nosotras queremos demostrar “un rechazo de esos papeles secundarios, tal vez, o una aceptación de la heroicidad que esos papeles requieren [a rejection of those supporting roles, perhaps, or an embrace of the heroics those roles require]” (Braunberger, 2000, p. 2).

Aunque, más adelante, Braunberger se muestra crítica con las posiciones que, desde el feminismo, pretenden teorizar los cuerpos y enfrenta a feministas antagónicas¹⁴ en sus planteamientos teóricos para explicar sus puntos de partida, poco antes Braunberger (2000) señala que “a diferencia de la cirugía plástica y las dietas, que hablan, de forma simple y compleja, de deseos de normalidad, belleza y control, los tatuajes en la cultura estadounidense no son ‘normales’ [unlike plastic surgery and diets that speak, in simple and complex ways, about desires for normalcy, beauty, and control, tattoos in American culture are not ‘normal’]” (p. 2) y, por consiguiente, cae en la misma trampa al designar –y al juzgar– unas prácticas como subversivas y otras como normalizadoras y simplifica el problema de la vivencia de la corporalidad en las mujeres a un discurso reduccionista.

2.3.3. Margot Mifflin (1997): subversión localizada

Mifflin plantea un repaso histórico minucioso, principalmente circunscrito en Estados Unidos, a las vivencias de las mujeres dentro del mundo del tatuaje. Su tesis principal radica en una lectura de las modificaciones corporales en mujeres como subversivas del sistema sexo-género y las analiza como una forma de enfrentar los juicios, presiones y estereotipos que pesan sobre los cuerpos de las mujeres.

Mifflin vincula, además, la adquisición de tatuajes por parte de mujeres con momentos de especial efervescencia feminista a escala social. Así, explicita cómo, cuando ha habido momentos de especial reivindicación y lucha activa desde los movimientos feministas, ha aumentado el uso de tatuajes por parte de las mujeres:

No es casualidad que el interés inicial de las mujeres por el tatuaje surgiera a raíz de la primera oleada feminista a finales del siglo XIX, que una segunda moda surgiera en los años 20 sufragistas y que las mujeres tatuadoras rompieran la barrera de género en los años 70 feministas, períodos todos ellos en los que el perfil público de las mujeres en un gran número de profesiones estaba en auge. [It is no coincidence that women’s initial interest in it [tattooing] came in the wake of feminism’s first wave in the late 19th century, that a second craze crested in the suffragist 20s, and that women tattooists broke the gender barrier in the feminist 70s –all periods when women’s public profile in any number of professions was surging]. (Mifflin, 1997, p. 7)

Aunque su libro es rico en matices, historias personales y fotografías, sus tesis son de aplicación reducida. En otras palabras, al estar sus casos tan centrados en el contexto estadounidense o británico, su análisis no podría ser extrapolado a territorios donde la cultura del tatuaje no haya tenido un desarrollo parecido. En una reseña de su trabajo, se señala que “los cuerpos de la subversión del siglo XX pueden ser precursores de los cuerpos de la respetabilidad de este siglo [The 20th-century bodies of subversion may turn out to be precursors to this century's bodies of respectability]” (Springer, 2000, p. 54). Aunque esta apuesta puede resultar muy atractiva, sin una puntualización sobre el contexto de

¹⁴ La autora lo ejemplifica para referirse a Judith Butler frente a Andrea Dworkin.

aplicabilidad de la misma, queda vacía de contenido y posibilidad real de análisis.

2.3.4. Sheila Jeffreys (2000) y Michael Atkinson (2002): los referentes polémicos

Esteban (2004) rescata la idea del referente polémico de la feminista Celia Amorós: “Una versión ‘menos pasional’, más intelectual de este resentimiento, podría ser lo que Celia Amorós denomina el ‘referente polémico’, un concepto que según Amorós deberíamos tener presente cuando leemos una obra, planteándonos el interrogante de ‘contra qué’ está escribiendo el/la autor/a” (p. 9). Este podría ser un interesante punto de partida a la hora de realizar una lectura crítica de textos sobre cuerpos tatuados y mujeres desde el feminismo. Mis referentes polémicos, en este sentido, serían Sheila Jeffreys y Michael Atkinson, cuyos trabajos analizo sucintamente aquí.

Jeffreys (2000) plantea en su artículo *Body Art' and Social Status: Cutting, Tattooing and Piercing from a Feminist Perspective*, desde una postura crítica feminista, que tanto las modificaciones corporales de corte artístico (tatuaje y *piercing*) como los cambios sobre el cuerpo producto del *cutting* (los cortes deliberados sobre la piel que dejan cicatrices) son equiparables en tanto que suponen otro dispositivo más de control y sometimiento del cuerpo de las mujeres. La autora los encuadra como prácticas culturales dañinas de automutilación [self-mutilation] y critica los posicionamientos feministas postestructuralistas que alumbraron estas prácticas como transgresoras y de reclamación del propio cuerpo. Jeffreys las engloba a todas, junto con las escarificaciones, la cirugía de cambio de sexo, la cirugía estética, el uso de corsés, las prácticas sadomasoquistas, la anorexia y la bulimia, bajo una misma causa: su origen patriarcal, o lo que es lo mismo: “como resultado de la ocupación de un estatus social despreciado bajo la dominación masculina, y no como resistencia a la misma [as being a result of, rather than resistance to, the occupation of a despised social status under male dominance]” (Jeffreys, 2000, p. 410).

Sullivan (2009) realiza una lectura crítica de la postura de Jeffreys y la enfrenta con feministas que denomina “feministas contraculturales promodificaciones corporales [pro bodmod countercultural feminists]”, quienes, según Sullivan, juzgan y desproveen de agencia a “los cuerpos ‘normalizados’ de ‘otras’ mujeres [the ‘normalized’ bodies of ‘other’ women]” (p. 138). Aunque sus críticas a Jeffreys son necesarias, no coincido con su crítica al trabajo de autoras como Braunberger (2000), ya que, si bien se pueden problematizar sus propuestas (como intenté hacer en el punto anterior) en el momento en que se publicó, su texto sentó las bases de una mirada nueva a las modificaciones corporales, para explicitar la agencia de las mujeres sobre sus propios cuerpos como elemento central a la hora de analizar la relación entre mujeres y tatuaje.

Otro referente polémico para mí sería Michael Atkinson (2002) con su artículo *Pretty in Ink: Conformity, Resistance, and Negotiation in Women's Tattooing*. Desde la sociología, Atkinson analiza la presencia de mujeres en la cultura del tatuaje en Canadá y, aunque su acercamiento

es intrincado, cualitativo y propositivo, considero que en sus conclusiones vuelve a caer en algunos caminos sin salida de cara al análisis de las mujeres y su relación con la cultura del tatuaje. Así, por ejemplo, considero relevante su reflexión siguiente:

No es de extrañar, por tanto, que muchas de las mujeres que entrevisté prefirieran negociar su participación en el tatuaje. Sin aceptar ni consentir las construcciones establecidas de la feminidad en Canadá (pero sin ignorar su importancia cultural), algunas mujeres se dedican tácticamente al tatuaje como una forma de resistencia negociada a los códigos de género dominantes. [It is not surprising, then, that many of the women I interviewed preferred to negotiate their involvement in tattooing. Neither accepting nor consenting to established constructions of femininity in Canada (yet not ignoring their cultural saliency), some women tactically engage in tattooing as a form of *negotiated* resistance to dominant gender codes]. (Atkinson, 2002, p. 233)

Si bien la referencia a la idea de negociación me parece muy valiosa a la hora de no pretender dictar conclusiones cerradas, sino más bien abiertas a la fluidez de las experiencias y prácticas corporales, considero que analizar la posición de las mujeres dentro del vasto mundo del tatuaje solo en referencia a la conformidad o resistencia frente a los roles de género tradicionales acorta las perspectivas de dicho análisis. Poner en conversación las prácticas corporales desde un nivel íntimo con las experiencias corporales a escala social es imperativo para lograr mayor profundidad a la hora de explicar los usos, discursos, prácticas y negociaciones que caracterizan a las mujeres tatuadas, sobre todo, cuando son mujeres profusamente tatuadas (Thompson, 2015; 2018; Ferreira, 2016).

Coincido con Atkinson (2002) cuando resalta que debemos “reconocer que las experiencias de las mujeres con los tatuajes son muy variadas, se enmarcan en un contexto cultural y están determinadas temporalmente [recognize that women's tattooing experiences are highly varied, culturally contextual, and temporally bound]” (p. 233). El autor también hace referencia a “la creciente feminización del negocio del tatuaje [the increasing feminization of the tattoo business]” (ídem) y, aunque esta afirmación pueda funcionar en el contexto canadiense en términos numéricos, reduce la problemática a lo estadístico en lugar de problematizar la anterior ausencia de mujeres en el mundo del tatuaje. Al analizar este dato sin perspectiva crítica feminista, se reproduce la desigualdad sin preguntarse por los motivos sistémicos, estructurales, que la condicionan. Un acercamiento crítico a las mujeres tatuadas no puede, por tanto, basar sus resultados en lo numérico, más bien habrá de preocuparse por desentrañar las razones detrás de la menor presencia de mujeres en la cultura del tatuaje a la luz de las narrativas personales de sus protagonistas y tener en cuenta en todo momento los particulares contextos históricos y sociopolíticos que las acompañan.

2.3.5. Beverly Yuen Thompson (2015): el espejo sociológico

Thompson (2015) propone un acercamiento sociológico a las mujeres tatuadoras y profusamente tatuadas mediante una metodología etnográfica, en el “contexto de las

etnografías de grupos desviados/anómalos [context of ethnographies of deviant groups]” (p. 6). Su libro *Covered in Ink: Tattoos, Women and the Politics of the Body* presenta un estudio, de corte cualitativo y basado en observación participante y entrevistas a 70 personas –en su mayoría mujeres, aunque también algunos hombres– y arroja luz sobre las experiencias de las mujeres dentro de la cultura del tatuaje en Estados Unidos.

Sus conclusiones son muy ricas y se organizan en torno a distintos ejes: el histórico, el de la cultura de la belleza [beauty culture] dominante, el de las respuestas familiares y del entorno laboral ante los cuerpos profusamente tatuados, el de las experiencias de las tatuadoras profesionales y el de las problemáticas que acompañan a las mujeres tatuadas a escala social. Sus resultados han sido criticados por “su incapacidad para explorar cuestiones de sexualidad y orientación sexual con los participantes” (Kissling, 2015, p. 2) y por que su trabajo se muestra “incapaz de hablar de las cuestiones de intersección entre género y clase social [unable to speak to issues at the intersection of gender and class]” (Strohecker, 2016, p. 2).

Aunque estos vacíos sean reales y, probablemente, tengan una explicación convincente detrás, considero su trabajo de gran relevancia: primero, por la metodología cualitativa y, segundo, por la riqueza de los resultados presentados. No obstante, creo que la autora falla a la hora de proponer conexiones entre sus resultados y un análisis mejor contextualizado en términos históricos y socioculturales. Su estudio estuvo radicado en ciudades estadounidenses, en un contexto donde el tatuaje tiene mayor arraigo que, por ejemplo, en muchos países europeos. Además, su propuesta se centra demasiado en la masculinización de los códigos, prácticas y espacios de la cultura del tatuaje, sin poner en el centro lo que, a mis ojos, es más relevante de sus resultados: las mujeres son centrales para entender la historia del tatuaje en Estados Unidos y sus prácticas son eminentemente resistentes y creativas.

2.3.6. Vacíos que investigar y (otras) realidades que narrar

En el artículo de revisión *Tattooed bodies: considerations from the literature* de Charlotte Dann, Jane Callaghan y Lisa Fellin (2016), las autoras defienden que una pregunta importante para realizar un estudio feminista del tatuaje es si esta práctica corporal puede tener un potencial subversivo o liberador para las mujeres:

Una cuestión importante para un estudio feminista del tatuaje es si esta práctica encarnada puede tener un potencial subversivo o liberador para las mujeres. ¿Puede el tatuaje desafiar las construcciones dominantes de la feminidad? Se trata de una cuestión compleja, que requiere un análisis de la construcción de la corporeidad femenina, su mercantilización y el potencial liberador de los tatuajes como marcador subversivo y producto de consumo. [An important question for a feminist study of tattooing is whether this embodied practice might have subversive or liberatory potential for women. Can tattooing challenge dominant constructions of femininity? This is a complex question, which requires an analysis of the construction of feminine

embodiment, its commodification, and the liberatory potential of tattoos as both subversive marker and consumer product]. (p. 2)

Aunque el artículo es una revisión exhaustiva y sistemática muy útil de cara a una introducción al tatuaje desde una mirada feminista, cae en algunas dicotomías que siguen reproduciendo una de las faltas que encuentro en muchos textos feministas en torno al tatuaje: la de observar la práctica de tatuar(se) como una elección que oscila entre binarios aparentemente irreconciliables. Es por todo ello que esta tesis apuesta por aumentar la complejidad y se preocupa por complicar las narrativas existentes en torno a las mujeres y el tatuaje. En lugar de la elección, me preocupa la negociación, ya que elegir o no hacer algo no es una apuesta sencilla, más bien se desarrolla de manera continuada. Los cuerpos de mujeres y de personas *queer* no se mueven entre opuestos, sino que navegan en un continuo, en un mar de estereotipos, presiones y controles donde habitan también, como islas, las posibilidades, las subversiones y las resistencias. No se trata, por tanto, de enfrentar nuestras opciones; las elecciones vitales no responden a una sola motivación, sino que son multívocas, complejas, densas.

En ocasiones, en un cuerpo pueden convivir situaciones contradictorias, podemos desear sentirnos *sexys* a la vez que rechazamos las miradas intrusivas y juiciosas, podemos desear reapropiarnos de nuestro cuerpo a la vez que queremos ser parte de una conversación más general, relacionada con códigos visuales de un determinado estilo de tatuaje, lo que conecta nuestra corporalidad no ya con el empoderamiento solamente, sino también con una creatividad y un placer vinculados al coleccionismo de arte. Los relatos no pueden ser analizados bajo parámetros reduccionistas. Para que el análisis sea rico, deberá interesarse por las tensiones, las contradicciones, las dificultades para explicar lo que hacemos con nuestros cuerpos al tatuarnos profusamente; justamente en esos lugares poco iluminados, no *decibles*, se esconden las respuestas.

Cuando más arriba afirmaba que DeMello termina contradiciendo sus propias palabras en referencia al cuerpo tatuado de las mujeres, pienso en que esa manera de sentenciar los cuerpos de las mujeres en esquemas de acción binarios separa los cuerpos de las mujeres en dos grandes grupos: los que se someten a las reglas del sistema y los que las subvierten o se las saltan para alejarse del canon; una postura que Nikki Sullivan (2001; 2006; 2009) critica en algunos de sus trabajos y con lo que yo coincido plenamente. Si solamente podemos pensar el tatuaje como elemento patológico o como práctica a celebrar –sin resquicios ni posibles críticas–, terminamos realizando lo que Sullivan (2001; 2009) denomina *diagnóstico dérmico* [dermal diagnosis]: el uso de los tatuajes como muestras de información diagnóstica, descifrables solo por parte de *expertos* y prueba del desvío de las personas que los portan.

No quiero pensar que no haya solución a estos acercamientos, cuyo alcance es indudable, pero cuyas propuestas pueden ser desmontadas, interrumpidas y complejizadas. Una posible solución pasaría por abandonar las dicotomías y los dualismos para considerar la existencia de una diversidad en cierto sentido inenarrable. En el pensamiento dicotómico, no existe una solución; la alternativa útil pasaría por una transformación profunda de los modos en que

pensamos los cuerpos y sus prácticas.

La dicotomía entre subversión y conformidad de la que parten muchos análisis de los cuerpos tatuados obvian que, en ocasiones, ambas situaciones pueden convivir. En definitiva, no podremos actuar como si las motivaciones para tatuarse respondieran a motivos que se pueden organizar de manera ordenada. Pienso, por ejemplo, en una sonrisa, que puede indicar felicidad pero también sarcasmo o, cuando es nostálgica, incluso tristeza. También, con el llanto sucede algo parecido. No siempre podemos equiparar lágrimas con dolor o tristeza; cuántas veces no lloramos de la risa. Con estos ejemplos quisiera poner de relieve que hacer lecturas dicotómicas de las experiencias corporales supone restringirlas a un terreno racional que no puede acoger la infinita complejidad de la experiencia humana. ¿No podrán las mujeres tatuarse para verse mejor a la vez que para subvertir ciertos ideales? Lo que es más, ¿no podrán tatuarse por esos motivos mezclados armónicamente con muchos más, circunstanciales quizás pero igual de importantes? ¿Por qué una buena parte de los textos feministas se mueven entre los extremos del empoderamiento o la falta total de poder, sin tener en cuenta que lo que hacemos en y con nuestro cuerpo sucede siempre en términos de negociación, para recorrer ampliamente el camino entre esos dos extremos?

2.3.7. Identidad y género en el cuerpo tatuado

Ya en 1963, Edgerton y Dingman publicaron un ensayo acerca de las vinculaciones entre tatuaje e identidad, a la luz de investigaciones antropológicas en contextos no occidentales. Desde aquellos años 60, han sido numerosos los trabajos académicos centrados en repensar las conexiones entre el uso del tatuaje y la construcción de la identidad, tanto individual como colectiva (Sweetman, 1999; Featherstone, 2000; Kosut, 2000; Sanders y Vail 2008; Lemma, 2010; Pentina y Spears, 2011; Fruh y Thomas, 2012). Lo que parece indiscutible es que los tatuajes tienen un impacto directo en la identidad personal y social de las personas tatuadas y, especialmente, de las personas profusamente tatuadas. También, entre las profesionales del mundo de las modificaciones corporales, el tatuaje se convierte en un elemento central de la identidad individual (Amos, 2019).

El aspecto físico, nuestra imagen y estética, afecta a la autodefinición, la identidad y, por tanto, al modo en que interaccionamos con los demás y los demás interaccionan con nosotros y nosotras. (Sanders y Vail, 2009). Pitts (2003), por su parte, señala que las modificaciones sirven, en general, a una serie de propósitos compartidos: “Hacer hincapié en la autodeterminación corporal, la expresión personal, cultural y política a través del cuerpo, y las nuevas posibilidades de identidad de género, sexualidad e incluso étnica. [emphasize bodily self-ownership; personal, cultural and political expression through the body; and new possibilities for gender, sexuality and even ethnic identity]” (p. 14).

Existen numerosas evidencias antropológicas que señalan que el cuerpo, en casi todos los contextos, es parte constitutiva de la subjetividad humana, sobre todo en sus presentaciones modificadas. Lemma (2010) lo explica usando el concepto de especularidad:

La modificación corporal marca el cuerpo, lo inscribe, y así lo construye dentro de campos psíquicos, culturales e incluso políticos. No se trata de un fenómeno reciente. La evidencia antropológica sugiere con fuerza que nunca ha habido una época en la que la especularidad (es decir, que somos una imagen para el otro) no fuera, al menos en parte, constitutiva de la subjetividad humana [Body modification marks the body, inscribes it, and so constructs it within psychical, cultural and even political fields. This is not a recent phenomenon. The anthropological evidence strongly suggests that there has never been a time when specularity (i.e. that we are an image for the other) was not at least in part constitutive of human subjectivity]. (p. 22)

La alusión al espejo resulta muy ilustrativa de cara a entender que la modificación del propio cuerpo tiene efectos tanto en la percepción de nosotras mismas como en su contraria: la imagen que devolvemos a las demás, la que de algún modo intentamos emular al observarnos en un espejo. En este sentido, el cuerpo se desenvuelve tanto en su carnalidad como en su ideación, en el plano material e individual y en el mental y social, sin que ninguno de estos planos se excluya entre ellos. Somos lo que tocamos al dirigir una mano a nuestra piel tanto como somos aquella imagen reflejada que nos devuelve el espejo. Pitts (2003) explicita que nuestra carnalidad, siempre en proceso de construcción y especulación identitaria, gana sentido gracias a representaciones y prácticas concretas, como el tatuaje:

El cuerpo, por tanto, se posiciona de múltiples maneras, entre ellas como un lugar para establecer la identidad que es leída por uno mismo y por los demás; como un espacio de control social y de inversión social; y como una materialidad siempre emergente e inacabada que adquiere significado a través de diversas formas de representación simbólica y práctica material. [The body, then, is positioned in multiple ways, including as a site for establishing identity that is read by the self and others; as a space of social control and social investment; and as an ever-emerging, unfinished materiality that gains meaning through various forms of symbolic representation and material practice]. (p. 29)

De este entendimiento de la modificación corporal, se desprende la idea de *body project* o del cuerpo como proyecto. Al respecto de este término, existen algunas problemáticas. Por un lado, considerar el cuerpo como proyecto lo abre a posibilidades de cambio y mejora que podrían conducir a mayor bienestar, individual y social. Por otro lado, también encarna un reverso negativo, vinculado a la corporalidad en un contexto capitalista, patriarcal y racista que nos exige que ese proyecto vaya en pos de ideales e imágenes inalcanzables que nos hacen sentir que nuestro cuerpo nunca llegará a ser *ese cuerpo* que esfuerzos de dieta, ejercicio o cirugía nos prometen.

Una visión crítica y menos dicotómica de la idea de *body project* “sugiere cómo los individuos y los grupos negocian las relaciones entre identidad, cultura y sus propios cuerpos [suggest how individuals and groups negotiate the relationships between identity, culture, and their own bodies] (Pitts, 2003, p. 35). Esta visión del proyecto corporal admite mayores detalles y enfatiza que las personas negociamos nuestra corporalidad de diversas maneras

–algunas tendentes a un ideal normativo, otras para alejarnos justamente de esos ideales–, pero siempre “anclar o estabilizar el sentido de la propia identidad, en parte mediante el establecimiento de una narrativa personal coherente [to anchor or stabilize one’s sense of self-identity, in part through the establishment of a coherent personal narrative]” (Pitts, 2003, p. 50).

En cuanto a las mujeres y todos aquellos cuerpos considerados inferiores por el patriarcado y un sistema capacitista, salutista, gordofóbico, clasista y racista, lo relevante será prestar atención a las disrupciones y subversiones. Los cuerpos *espectaculares*, para Pitts (2003), son aquellos cuyos actos y prácticas corporales que incluyen la parodia, la multiplicidad y la dificultad de ser aglomerados bajo una etiqueta. Según la misma autora, “lo que un análisis feminista puede destacar es cómo estas estrategias pueden subvertir tales categorías. Teóricamente, pueden problematizar las normas de género, las identidades sexuales y otras convenciones corporales. [What a feminist analysis may emphasize is how these strategies might subvert such categories. Theoretically, they can problematize gender norms, sexual identities, and other bodily conventions.] (Pitts, 2003, p. 43). El tatuaje como acto corporal creativo consigue, siguiendo esta propuesta, no solo inscribir la identidad, sino, sobre todo, subvertirla, jugar con ella y reimaginarla.

Diversos trabajos se han ocupado del tatuaje y las mujeres en Occidente (DeMello, 1995; Mifflin, 2013; Atkinson, 2002; Pitts, 2003; Klem Osterud, 2009; Thompson, 2015). En concreto, el tatuaje en las mujeres y las personas *queer* se ha analizado en términos de resistencia, reivindicación y empoderamiento (DeMello, 1995; Pitts, 1998; Braunberger, 2000; Thompson, 2015) y como “una negativa a someterse a las inscripciones culturales escritas en los cuerpos de las mujeres [a refusal to submit to the cultural inscriptions written on women’s bodies]” (Braunberger, 2000, pp. 19-20).

En el caso de las mujeres y las personas *queer*, la identidad de manera profunda en el cuerpo que, frente al cuerpo masculino heterosexual y cisgénero, se aparece como el cuerpo *otro*. Desde los años 1980, en países como Estados Unidos, las prácticas de modificación corporal artística, como el tatuaje, aglutinaron una red de grupos subculturales que utilizaron el cuerpo como espacio para la exploración y la experimentación (Pitts, 2003, pp. 7-8). Este entendimiento de las modificaciones corporales tiene implicaciones políticas y de género, y resulta pertinente para esta investigación de cara a entender el cuerpo como un lugar para explorar nuestra identidad, para experimentar dolor y placer y para relacionarnos con las personas que nos rodean.

La conformación de nuestra identidad, enraizada en el cuerpo y siempre relacionada con nuestro género, encuentra en prácticas corporales como el tatuaje una ventana, una plataforma de exploración que complejiza la idea de *body project*, a la vez que nos insta a reflexionar sobre nuestras decisiones respecto al cuerpo desde un lugar menos culpable: al tatuarnos, no estamos sometiéndonos a una práctica que *mejore* nuestro cuerpo en términos normativos, sino que estamos involucrándonos en un acto corporal cuyos alcances son mucho más profundos.

Desde este prisma, la historia del tatuaje en Occidente no puede entenderse de manera uniforme, ni la cultura del tatuaje puede analizarse como un espacio binario de elementos contrapuestos (arte/desviación u sexualización/reclamación). Al contrario, las investigaciones sobre el tatuaje y los cuerpos tatuados deberían implicar la presentación de narrativas personales en las que converjan la teoría y la práctica, para permitir así el diálogo con la sociedad, las políticas corporales y la experiencia encarnada. Los enfoques feministas cualitativos e interseccionales del tatuaje permiten que surjan complejidades y profundidades. Bey (2015) escribe en su relato autobiográfico sobre su cuerpo tatuado: “Con mis tatuajes me solidarizo con las comunidades negras, pero también represento la tradición de significación de la cultura afroamericana” (p. 78). En el relato de Bey, el tatuaje se convierte en una práctica activa, anclada en la identidad, que desbarata las narrativas históricas hegemónicas. De ahí que los enfoques cualitativos parezcan especialmente pertinentes cuando se abordan contextos no occidentales (como Turquía, véase: Atik y Yildirim, 2014), minorías (como las lesbianas *butch* [marimacho] tatuadas en la China contemporánea, véase: Liu *et al.*, 2010) y las experiencias de las mujeres (Dann *et al.*, 2016) y las personas *queer* dentro de la cultura del tatuaje. La mirada crítica feminista permite que la interseccionalidad y las narrativas encarnadas en torno a los cuerpos tatuados se acerquen desde los márgenes al centro.

2.4. Apuntes históricos sobre el tatuaje en Occidente y España

2.4.1. Una necesaria mirada crítica a la historia del tatuaje

Si bien esta no es una tesis exclusivamente histórica, al hacer referencia a un fenómeno sociocultural con diversas manifestaciones en el espacio y en el tiempo, es imperativo realizar un breve recorrido crítico por los orígenes del tatuaje hasta alcanzar la actualidad occidental y española. Este recorrido ha de ser crítico ya que, como señalan en sus investigaciones alrededor del tatuaje autores como Matt Lodder (2010, 2022a) y Anne Felicity Friedman (2012), existen errores históricos fundacionales que se siguen reproduciendo tanto en textos populares como académicos y que perpetran sesgos y estereotipos en torno al tatuaje y a los cuerpos tatuados. Estos errores, además, se tradujeron históricamente en acercamientos errados a la cultura del tatuaje y las personas tatuadas, como desarrollaré en los próximos párrafos.

Las percepciones sociales sobre el tatuaje han fluctuado a lo largo de los años y dependiendo del contexto histórico, sociocultural y político. Aunque se tiende a afirmar que en Occidente el tatuaje siempre ha sido considerado una práctica subcultural y *desviada*, las percepciones no han sido estáticas y este capítulo pretende ayudar a construir un relato histórico más complejo y capaz de reflejar los cambios en percepciones y opiniones sobre el tatuaje por parte de diferentes actores sociales. Como señala Lodder (2022a), el fracaso a la hora de “articular adecuadamente la continuidad histórica del tatuaje occidental había dado lugar a un tópico casi absurdamente repetitivo según el cual el tatuaje ‘ahora’ es siempre nuevo, está de moda y es más diverso que en algún momento indeterminado del pasado, cuando era ‘solo

para marineros' [properly articulate the historical continuity of Western tattooing had led to an almost absurdly repetitious cliché that tattooing 'now' is always new, fashionable, and more diverse than some unspecified moment in the past when it was 'just for sailors'] (p. 25).

Estos errores teóricos en torno al tatuaje tienen que ver con ciertas asunciones reduccionistas sobre sus orígenes, usos y significados. Al tener en cuenta que las percepciones sobre el tatuaje han fluctuado continuamente a lo largo de la historia (y desde unos supuestos y errados rechazo en el pasado y aceptación en la actualidad) se evitarían afirmaciones erróneas, como que el tatuaje está de moda por primera vez en la historia o que en países occidentales emergió de las profundidades de lo marginal con la llegada del siglo XXI. Concepciones y usos han ido cambiando, evolucionando y regresando, como confirman diversos titulares de *The New York Times*, *The Times* o *Vanity Fair* de finales del siglo XIX y principios del siglo XX que se hacían eco de la tendencia imparable del tatuaje entre las clases medias y altas en ciudades occidentales¹⁵.

Bajo este prisma, conceptos muy populares en literatura en torno al tatuaje como el de *tattoo renaissance* (Rubin, 1988) o el de *modern primitives* (Juno y Vale, 1989) adquieren un carácter totalmente distinto. El tatuaje no es signo de primitivismo, ni tampoco fue protagonista de un renacimiento en Occidente en la décadas de los años 60 y 70, sino que se trata de una práctica universal, rica y cambiante, cuyos usos sociales están muy vinculados al contexto cultural, político y artístico en cuyo seno se desarrolla.

2.4.2. Universalidad de la práctica y restos más antiguos del tatuaje

Reconocer la universalidad del tatuaje y su transculturalidad requiere a su vez de una revisión crítica de la *historia* del tatuaje; una historia muy rica, compleja en sus manifestaciones a lo largo y ancho del planeta y casi imposible de abarcar desde un punto de vista metodológico. Partiendo de la idea de que la historia no es un texto legible ni ordenado, la historia del tatuaje es un buen ejemplo de lo que ocurre si no recurrimos a las fuentes adecuadas o si simplemente elegimos contar la historia de una determinada manera por razones políticas o sin explicitar desde dónde realizamos nuestra investigación, desde qué posicionamiento político observamos.

Parece claro, por las evidencias materiales, que “el tatuaje es una de las formas de vestir más antiguas descubiertas por los profesionales de la arqueología [tattooing is one of the oldest forms of dress to be discovered by archaeologists]” (Walzer, 2015, p. 19); y de hecho Platón o Herodoto ya hablaban del tatuaje en sus escritos (Walzer, 2015). Como señalan Jarrett A. Lobell y Eric A. Powell (2013),

¹⁵ Se pueden consultar titulares de la prensa inglesa en torno al tatuaje del siglo pasado en un reportaje de la BBC de 2014 accesible en <https://www.bbc.co.uk/news/magazine-25330947>. Por resaltar un ejemplo, uno de los titulares recogidos en el artículo, publicado en el *New York Times* en 1908, expresaba: “Tattooing is on increase: habit not confined to seamen only”.

aunque es posible que esta práctica ya existiera en el Paleolítico, no hay pruebas de tatuajes anteriores a hace 7.000 años. Quizá fue después de que se decoraran las primeras vasijas cuando la gente empezó a plantearse hacer cambios permanentes en la apariencia de su propia piel. [while the practice might have existed in Paleolithic times, there is no evidence for tattooing before 7,000 years ago. Perhaps it was only after the first pots were decorated that people began to contemplate making permanent changes to their own skin's appearance.] (p. 41)

Numerosos textos académicos han indagado en las evidencias de la práctica del tatuaje en distintos territorios: China, donde el tatuaje ha sido clásicamente estigmatizado (Reed, 2000); el antiguo Egipto y Nubia, donde restos arqueológicos tanto humanos como materiales e iconográficos demuestran la existencia de una cultura del tatuaje que se remonta al menos al 4000 a.C., estando ésta además relacionada primordialmente con las mujeres (Bianchi, 1988; Tassie, 2003); Sudamérica, como demuestra la momia Mochica de la señora de Cao, de la época Chimú (1100-1470 años d.C.) (Vásquez Sánchez et al., 2013) o los tatuajes precolombinos hallados en Perú y Chile (Allison et al. 1981) o Norte América (Deter-Wolf y Diaz-Granados, 2013). Todos estos hallazgos evidencian, cultural y materialmente, la presencia universal de modificaciones corporales en grupos humanos muy distantes entre sí.

Los tatuajes más antiguos conservados en un cuerpo humano de que tenemos constancia son los de Ötzi (Deter-Wolf et al. 2016). La momia de Ötzi, hallada en un glaciar en Los Alpes italianos en 1991, es el cuerpo tatuado más antiguo conservado (data de entre el 3.370 - 3100 aC). Lleva líneas tatuadas en la espalda, la rodilla derecha y los tobillos. Anteriormente, se consideraba a la momia de la sacerdotisa egipcia Amunet, adoradora de Hathor, diosa del amor y la fertilidad, la momia tatuada más antigua, datando ésta del 2000 a.C. Sus tatuajes eran muy similares a los de la momia de Ötzi, lineales y simples con diseños de puntos y rayas, aunque de mayor complejidad (Walzer, 2015; Eason, 2007). Los orígenes del tatuaje, sin embargo, permanecen inciertos:

Aunque ahora se puede demostrar que Ötzi es el ser humano tatuado más antiguo descubierto hasta la fecha, es muy poco probable que represente a la primera persona tatuada de la Tierra. Más bien, las 61 marcas de Ötzi representan acciones físicas realizadas en su cuerpo como parte de prácticas sociales o terapéuticas establecidas que casi con toda seguridad existían en su cultura mucho antes de su nacimiento. Aunque hay otras evidencias arqueológicas que apuntan a que las marcas permanentes en el cuerpo pueden ser muy anteriores en la historia de la humanidad (por ejemplo, Deter-Wolf, 2013; Péquart y Péquart, 1962; Piprani, 2010; Renaut, 2004b), aún no se han descubierto pruebas concluyentes de la antigüedad del tatuaje. [Although Ötzi can now be demonstrated to be the oldest tattooed human so far discovered, it is highly unlikely that he represents the first tattooed person on earth. Instead, Ötzi's 61 marks represent physical actions performed on his body as part of established social or therapeutic practices that almost certainly existed within his culture well before his birth. While other lines of archeological evidence hint that permanent body marking may extend significantly earlier into human history (e.g., Deter-Wolf, 2013; Péquart and

Péquart, 1962; Piprani, 2010; Renaut, 2004b), conclusive proof of the antiquity of tattooing has yet to be uncovered]. (Deter-Wolf et al. 2016, p. 23)

En Europa, los hallazgos arqueológicos remiten también a la existencia de tradiciones muy antiguas de tatuaje (Caplan, 2000). Estos hallazgos son principalmente figurillas de lo que parecen ser cuerpos humanos tatuados, recuperadas “desde el Paleolítico Superior (hace entre 50.000 y 10.000 años) hasta la Edad de Bronce (entre 2300 y 1200 a.C.) [from the Upper Paleolithic period (ca. 50,000 to 10,000 years ago) through the Bronze Age (ca. 2300 to 1200 BCE)]” (Renaut, 2017, p. 243).

2.4.3. El mito del capitán Cook y el tatuaje en Europa

Las formas tradicionales de tatuaje se extendieron sobre todo en África, América del Sur, Asia y Oceanía (Martínez Rossi, 2010). Mundialmente, “ya en el año 2.000 a.C., el tatuaje se extendió desde Oriente Medio hasta las islas del Pacífico, pasando por la India, China y Japón. [...] Cualquiera que fuera su vía de difusión, el tatuaje era una forma decorativa bien establecida en el año 1.000 a.C. [as early as 2,000 B.C. tattooing spread from the Mideast to the Pacific Islands by way of India, China. and Japan. [...] Whatever its route of diffusion. tattooing was a well-established decorative form by 1,000 B.C.]” (Sanders y Vail, 2008, pp. 9-10).

En el contexto europeo, la variedad de tradiciones es inmensa y se remonta miles de años atrás (Caplan, 2000; Renaut, 2013), como venimos viendo. Existe un mito muy extendido que afirma que la práctica del tatuaje fue prohibida en la Edad Media por la Iglesia católica, lo que llevó a su casi total desaparición durante siglos. Hay sin embargo multitud de pruebas, escritas y gráficas, que demuestran que los cristianos se tatuaban desde al menos el siglo VI, y no solo por -y con- motivos religiosos (Caplan, 2000). Además, existen numerosos testimonios y documentos que atestiguan que las mujeres también lo hacían, especialmente en el “sudeste de Europa (Tracia, Iliria, Daunia) [southeastern quarter of Europe (Thrace, Illyria, Daunia)]” (Renaut, 2017, p. 258).

Países como Bosnia, Albania y Croacia poseen de hecho sus propias tradiciones, que toman elementos tanto del tatuaje practicado en Oriente Medio como del norte de África (van Dinter, 2005). Las tradiciones balcánicas están siendo rescatadas en la actualidad como marcas de herencia cultural. La historia del tatuaje en Europa es extensa y rica, vinculada a tradiciones concretas y no exclusivamente referidas a lo religioso, lo que nos insta a no reducirla a una sola tradición unificada.

La historiadora Anne Felicity Friedman (2012) dedicó su tesis doctoral a indagar en la historia del tatuaje en Europa. Su investigación, que lidió con gran cantidad de documentos y fuentes de archivo, demostró que la práctica del tatuaje en Europa nunca llegó a desaparecer del todo ni fue prohibido por la Iglesia en ningún momento, como de hecho demuestran los tatuajes que los peregrinos cristianos adquirieron a modo de *souvenir* en sus viajes a la tierra

sagrada. La historiadora denominó al error, tan extendido, de considerar que el tatuaje se introdujo en Europa con la campaña colonialista europea en los siglos XVIII y XIX como *el mito del capitán Cook* [the *Cook myth*] (Friedman, 2012, p. 16). Con la campaña colonialista europea en los siglos XVIII y XIX fue cuando “estas prácticas rituales sufrieron una mayor aculturación y el proceso de transculturación de las mismas en el ámbito social europeo fue indudable” (Martínez Rossi, 2010, p. 21). En definitiva, aunque el tatuaje siempre ha atravesado momentos de mayor y menor presencia social, nunca desapareció de Europa por completo, y de, hecho, como Friedman (2012) rescata en la introducción de su tesis las palabras que escribió el explorador francés Charles Pierre Claret de Fleurieu en 1791 resaltando cómo el tatuaje europeo moderno era en realidad mucho más antiguo de lo que usualmente se le presuponía:

Nos equivocariamos si supusiéramos que el tatuaje es peculiar de las naciones medio salvajes; lo vemos practicado por los europeos civilizados; desde tiempos inmemoriales, los marineros del Mediterráneo, los catalanes, franceses, italianos y malteses, han conocido esta costumbre, y los medios de dibujar en su piel, figuras indelebles de crucifijos, Madonas [sic] &c. O de escribir en ella su propio nombre y el de su amante. [We should be wrong to suppose the tattooing is peculiar to nations half-savage; we see it practised by civilised Europeans; from time immemorial, the sailors of the mediterranean, the Catalans, French, Italians, and Maltese, have known this custom, and the means of drawing on their skin, indelible figures of crucifixes, Madonas [sic] &c. Or of writing on it their own name and that of their mistress]. (p. 17)

2.4.4. Estereotipos visuales y malentendidos históricos

El tatuaje, como vengo resaltando desde el inicio de estos antecedentes, es un medio, una manifestación artística y, sobre todo, un fenómeno sociocultural, que siempre debe analizarse en relación al entorno en que se desarrolla y al momento histórico en que tiene lugar. Un buen ejemplo sería el del tatuaje maorí, ya que no tiene nada que ver un maorí hecho a la manera tradicional en Nueva Zelanda que otro hecho en un estudio occidental insertado en un macrocentro comercial en Granada, o el brazo del famoso actor The Rock, que tiene ascendencia neozelandesa y decidió marcar de esa manera su herencia cultural.

Aunque a escala individual nos aporta mucha información valiosa y fascinante sobre todos y cada uno de sus portadores –pensemos sino las historias concretas que algunos tatuajes esconden detrás–, lo realmente interesante para la antropología es cómo el tatuaje dialoga con otras prácticas corporales de una determinada cultura y lugar, y cómo esas conexiones y puntos en común explican e ilustran cómo se vive y entiende la corporalidad en estas culturas en distintos momentos históricos.

Lo que sí que parece claro es que cuando pensamos en el tatuaje lo primero que vienen a nuestra mente son imágenes –el tatuaje es un fenómeno eminentemente visual–, y narraciones, como cuentos o historietas, que suelen estar envueltas en halos de exotismo y

misterio. Para entender el tatuaje occidental contemporáneo es imprescindible que nos preguntemos de dónde provienen esas narraciones, porque con el paso de los años se han convertido en mitos repetidos hasta la saciedad que, como vengo resaltando, inducen a errores históricos.

Retornando a la naturaleza visual del tatuaje, quiero poner de relieve dos ejemplos concretos para ilustrar cómo se han conformado y perpetuado esos mitos y estereotipos. Primero, haciendo referencia a algo de lo que fui consciente al estudiar antropología sociocultural: la gran mayoría de las imágenes de cuerpos tatuados, agujereados o escarificados que tomaron los antropólogos en sus encuentros con cuerpos tatuados en sociedades no occidentales remitían a corporalidades anónimas. Pero ¿quiénes eran esas personas, cómo se llamaban, a qué se dedicaban, por qué motivos habían modificado sus cuerpos? Esta forma de presentar los cuerpos tatuados de otras culturas remite a la otredad de esos cuerpos, presentados como realidades corporales radicalmente distintas al entendimiento occidental de los cuerpos. Estas imágenes separan de manera muy tajante la corporalidad occidental (vestida, recatada) de esta otra (desnuda, modificada), potenciando la otredad y promoviendo el exotismo y la fetichización de los cuerpos fotografiados.

Más cerca en el tiempo, hace menos de cien años, otras imágenes de cuerpos tatuados, en esta ocasión occidentales, comenzaron a aparecer en circos y *freak shows* (Braunberger, 2000). En este caso, las identidades también quedaban enterradas bajo historias falsas y dramatizadas que conectaban el tatuaje con supuestos de salvajismo y primitivismo en relación a los cuerpos profusamente tatuados. En ambos ejemplos se produce una exotización del cuerpo tatuado; una conexión artificial, forzada, que pretendía demarcar como práctica no occidental —es decir, no *avanzada* o *civilizada*— además de abyecta, grotesca y errada, toda modificación corporal que escapase a lo occidentalmente aceptado en términos de presentación estética del propio cuerpo.

Esta exotización de los cuerpos tatuados se unió, a principios del siglo XX, con una proliferación de investigaciones de corte criminalístico en torno al tatuaje y los cuerpos tatuados (Pitts, 2003). Fue a partir de ese momento que las concepciones negativas y los estigmas vinculados a las personas tatuadas comenzaron a campar a sus anchas por las sociedades europeas y norteamericanas. Cesare Lombroso en Italia, Adolf Loos en Austria y Alexandre Lacassagne en Francia contribuyeron, con sus trabajos de investigación, a construir la imagen sesgada y patologizada de las personas tatuadas. Una percepción que tuvo un impacto especialmente grande en la Europa continental, donde las cifras de personas tatuadas descendieron en picado, mucho más que en Reino Unido o Estados Unidos (Caplan, 2000).

Como expresa Pitts en referencia a la expansión en el uso del tatuaje en EEUU en los años 90: “Estas prácticas han sido recibidas tanto con repugnancia como con fascinación por la cultura dominante. Periodistas, terapeutas, psiquiatras (...) las consideran un problema social emergente y las califican de automutilación. [These practices have been received with both repugnance and fascination by mainstream culture. Mainstream journalists, therapists,

psychiatrists (...) framed them as an emerging social problem, calling them instances of self-mutilation]” (Pitts, 2003, p. 11).

La historia del tatuaje en territorios europeos merece una atención que esta tesis no puede ofrecer, pero los casos concretos que he destacado en los párrafos anteriores sirven para ilustrar la necesidad de una contextualización –histórica, geopolítica, sociocultural– imperativa en toda investigación sobre el tatuaje o las personas tatuadas. Así como habrá que explicitar las diferencias de clase, edad, género, territorio de origen o capacidad para entender la práctica en toda su complejidad, será importante explicar de dónde provienen los discursos históricos que consultamos, manejamos o citamos a la hora de afrontar nuestras investigaciones en torno al mundo del tatuaje en Occidente.

A modo de cierre, me gustaría destacar un hito importante en la historia del tatuaje tal y como lo entendemos y practicamos hoy. En la década de 1890, Martin Hildebrand, el primer tatuador profesional de Estados Unidos, abrió un *atelier* de tatuajes en Nueva York después de haber pasado varios años tatuando a soldados durante la guerra civil estadounidense. El año siguiente, en 1891, Samuel O’Reilly inventó la primera máquina de tatuar moderna (Atkinson, 2003, p. 16). Utilizo el caso estadounidense, ampliamente documentado, para introducir las preguntas que guían el siguiente apartado: ¿cómo ha sido la historia del tatuaje en el contexto español?, ¿cuándo abrieron los primeros estudios comerciales de tatuaje en España?

2.4.5. El caso español: breves apuntes sobre la historia del tatuaje en España

Los españoles fueron de los primeros en describir el tatuaje en Ayba Yala, cuando la colonizaron en el siglo XV. En concreto, Bernal Díaz del Castillo “indicaba en su Historia verdadera de la Nueva España que los nativos mexicanos se “taraceaban” la piel (taracear = adornar con taracea, término con el que se ha identificado frecuentemente el acto de realizar un tatuaje o taraceo)” (Monserrat, 2010, p. 482).

El término tatuaje llegó al castellano no antes del XIX, a través del francés *tatouage*, que proviene a su vez del inglés *tattoo*, y en última instancia de una lengua polinesia (Caplan, 2000). El término castellano inicial fue el de taraceo, en el sentido de taracear la piel como se aprecia en los escritos de Díaz del Castillo.

Lo que se ha documentado de la práctica, realizada en el seno del contexto español, es sin embargo muy escaso. Si bien algunos textos científicos relevantes de la historia fueron escritos por españoles que encontraron, durante la colonización, culturas y pueblos que usaban el tatuaje, la práctica no está apenas documentada cuando se trata de su llegada, presencia o desarrollo en España. Esta tesis no pretende cubrir ese vacío, por la dificultad de la tarea, pero reconoce la necesidad de documentar, mediante trabajo documental y de archivo, este hueco en la historia.

Me interesa, de cara a la fundamentación de los antecedentes de esta investigación, retroceder hasta los primeros años del siglo XX para realizar un recorrido por la historia del tatuaje desde principios de ese siglo hasta el primer cuarto de siglo del XXI, ya que este periodo resulta fundacional para la contemporaneidad del tatuaje en el contexto español. El tatuaje, a estos efectos, ha aparecido recogido tanto en numerosos artículos de prensa como en algunas tesis académicas (Álvarez Licona, 1999; Muñoz Gómez, 2016; Rojo Ojados, 2014; González Rodríguez, 1997; Picornell Cantero, 1996), entre otros documentos de interés.

2.4.5.1. Una incursión en la Hemeroteca española

Una búsqueda rápida en la Hemeroteca española¹⁶ me permitió configurar una imagen útil para esta investigación: la de las consideraciones que se compartían, en torno al tatuaje y las personas tatuadas, en la prensa generalista. Tras un repaso minucioso de todos los artículos encontrados, llegué a algunas conclusiones que resumiré a continuación.

Por un lado, el tatuaje aparece mencionado sobre todo en artículos sobre sindicalistas, fugados/fugitivos, anarquistas, ladrones, apaches y criminales en territorios españoles. Por otro lado, también se hace referencia al tatuaje en el extranjero y, en concreto, en países europeos. En este sentido, aparecen con mayor frecuencia menciones a las personas inglesas, tanto hombres como mujeres, que se tatuaban. En cuanto a las personas tatuadas en contextos europeos, resulta curioso que se hagan dos grandes grupos: el de los criminales y las prostitutas y el de las clases altas y la realeza. De hecho, en un artículo del 7 de agosto de 1919 publicado en *El Sol* (Madrid), el periodista escribe: “...practicado entre mucha gente culta pero chiflada”, lo que demuestra la desaprobación o la estupefacción de algunos españoles ante la práctica del tatuaje entre los y las inglesas.

En este sentido, es de resaltar también que el tatuaje aparece en multitud de ocasiones relacionado con personas no occidentales, en cuyo caso suele ser tachado de monstruoso, primitivo o vulgar. Abundan los reportajes antropológicos sobre cuerpos tatuados en la prensa: desde las mujeres rifeñas tatuadas hasta las marroquíes o los y las maoríes. En línea con esta exotización por parte de abundantes artículos periodísticos, el tatuaje aparece también como elemento muy usado en los textos de ficción incluidos en periódicos: cuentos, novelas por entregas, poemas... En este caso, el elemento exótico del tatuaje sirve para remarcar la peculiaridad o el marcado carácter criminal, aventurero o primitivo del personaje tatuado.

Por último, es de resaltar cómo los periódicos de la época se hicieron eco de las teorías del criminólogo español Rafael Salillas (1908), cuya tesis *El tatuaje. En su evolución histórica, en sus diferentes caracterizaciones antiguas y actuales y en los delincuentes franceses, italianos y españoles*, en línea con aquellas de Lacassagne o Lambroso, apuntaló las visiones sesgadas y patologizadas de las personas tatuadas en contextos occidentales. Todo esto no

¹⁶ Arco de fechas de la consulta: 01/01/1900-31/12/1999, términos de búsqueda: ‘tatuaje mujer’, total de resultados de acceso libre: 422.

significa, sin embargo, que no existan también reportajes visuales, como el que se reproduce a continuación, que presentan el tatuaje como un arte en todo derecho.

2.4.5.2. La sociedad española y el tatuaje a lo largo del siglo XX

En el año 1977 se estrenó en España el documental “Punks o cómo colgarse un imperdible de la nariz”, dentro del programa de la cadena pública de televisión Informe Semanal. Hacía tan solo dos años que había comenzado la transición democrática en el estado español, y los medios empezaban a hacer cada vez más hueco a las tendencias culturales que aterrizaban en el país con años de retraso respecto a otros territorios europeos.

En el programa, el reportero pregunta a jóvenes punks a pie de calle por su modo de vida, sus reivindicaciones y sus elecciones estéticas. Conforme el metraje avanza, se va dibujando cierta atmósfera de pánico social por la emergencia de culturas juveniles contestatarias ante el orden sociopolítico y subversivas en términos estéticos y culturales. Stanley Cohen (2011) explicó cómo cada cierto tiempo las sociedades entran en fases de pánico moral. El surgimiento de culturas juveniles vinculadas a la escena underground en España tras la dictadura podría enmarcarse dentro de esta teoría explicativa del cambio sociocultural.

Las sociedades parecen estar sujetas, de vez en cuando, a períodos de pánico moral. Una afección, un episodio, una persona o un grupo de personas se definen como una amenaza para los valores e intereses de la sociedad; los medios de comunicación presentan su naturaleza de forma estilizada y estereotipada; editores, obispos, políticos y otras personas bienpensantes se encargan de las barricadas morales; expertos acreditados socialmente pronuncian sus diagnósticos y soluciones; se desarrollan o (más a menudo) se recurre a formas de afrontar la situación; entonces la afección desaparece, se sumerge o se deteriora y se hace más visible. [Societies appear to be subject, every now and then, to periods of moral panic. A condition, episode, person or group of persons emerges to become defined as a threat to societal values and interests; its nature is presented in a stylized and stereotypical fashion by the mass media; the moral barricades are manned by editors, bishops, politicians and other right-thinking people; socially accredited experts pronounce their diagnoses and solutions; ways of coping are evolved or (more often) resorted to; the condition then disappears, submerges or deteriorates and becomes more visible.] (Cohen, 1972, p. 1)

Vinculadas a estas bandas y culturas juveniles, ciertas modificaciones corporales comenzaron a tener mayor presencia en España. Sobre todo tatuajes y *piercings*, poco comunes hasta que en los años 80 la aparición de los primeros estudios de tatuaje en espacios urbanos comenzó a introducir en una sociedad recién salida de una dictadura nuevas formas de entender la estética, la identidad y la relación con el propio cuerpo. Oscilantes entre el rechazo pleno y la fascinación o la mofa (Hebdige, 1972), los cuerpos modificados, decorados y torcidos instalaban en el territorio español una semilla de resistencia, contestación y nuevos usos y discursos corporales.

El cronista Antonio G. Linares cubrió para la revista *Nuevo Mundo* la celebración de la Fiesta del Tatuaje en Madrid en 1922. En la fiesta, artistas de la bohemia madrileña pintaron los cuerpos de varias mujeres cabareteras imitando el modo en que los artistas del tatuaje marcaban de manera perenne las pieles de cada vez más personas en el cercano entorno europeo. Este simbólico encuentro vinculó el tatuaje con el arte y cierta extravagancia y contestación estética, en lo que podría haberse convertido en la antesala de una nueva consideración de los cuerpos tatuados en la sociedad española. La irrupción de la dictadura de Franco a finales de los años 30 destruyó esa posibilidad al instaurarse un régimen político conservador y perseguidor y castrador de la diferencia.

El tatuaje volvió a quedar restringido a militares, legionarios y encarcelados que, enclaustrados en las cárceles, encontraban en el marcaje del cuerpo aliento y sensaciones de la recuerdo de libertad temporalmente perdida. También se tatuaron algunos miembros de la realeza o la nobleza, incluidos los Borbones, al viajar a países extranjeros donde el tatuaje gozaba de gran popularidad entre las clases medias y altas.

No sería hasta la etapa de la transición democrática, iniciada en 1975 con la muerte del dictador Francisco Franco, que la subcultura tomaría nuevos impulsos, renovada por una atmósfera de libertad sin precedentes tras 36 años de dictadura. El retraso en la eclosión de la subcultura, la contracultura y las culturas juveniles (Feixas, 2004) explica que el mundo del tatuaje no se popularizase hasta los primeros años 80 del siglo XX en España. De entre las culturas juveniles, algunas fueron heredadas de Europa, como la punk, la heavy o la rocker, mientras que otras surgieron en el seno español, como es el caso de la movida madrileña.

La conexión entre las culturas juveniles y las modificaciones corporales –sobre todo el tatuaje y el *piercing*– se explica también geográficamente. Desde contextos urbanos como Barcelona, Madrid o Valencia y territorios costeros como las islas Baleares (donde desde finales de los años 60 había una mayor presencia de jóvenes extranjeros, entre ellos algunos hippies, cuyas estéticas ya se alejaban de la norma social imperante), las tendencias llegadas de Europa fueron expandiéndose por todo el estado español (Ganter, 2006).

En referencia a la expansión del fenómeno en España, muy vinculada a las culturas juveniles y relacionada con el modelo de expansión de tendencias desde las zonas más turísticas y costeras hacia el interior del país, Rodrigo Ganter (2006) señala:

Precisamente a finales de los años sesenta se puede empezar a hablar de tatuaje y tatuadores, por ejemplo, en España. Práctica que, por cierto, comenzó en las zonas portuarias, donde se tatuaban las poblaciones de marineros, pero no es hasta finales de los años setenta que el fenómeno se difundió todavía más, particularmente entre las clases medias altas con el nacimiento de una cultura alternativa que consideraba este arte una forma de extravagancia. Y en los años ochenta, bajo el impulso de culturas juveniles como el punk, heavy, rocker, y de otras tendencias, los jóvenes empezaron a interesarse por el tatuaje y a considerarlo como una práctica que generaba un sentimiento de pertenencia grupal y como un mecanismo de producción de alteridad,

pues su inscripción en el cuerpo representaba distancia y diferenciación del mundo adulto y de la cultura hegemónica (p. 437).

A partir de los años 50, cuando los primeros soldados americanos llegaron a las bases estadounidenses diseminadas por el país, visitaron el país tatuadores europeos como Rock Ackers, inglés que tatuaba en España a los marines americanos. Ackers, en su treintena, pasó largas temporadas en Barcelona durante los años 60 del siglo XX, donde en el fondo de un bar le dejaban un espacio para tatuar o simplemente aparcaba su furgoneta-estudio de tatuaje móvil y tatuaba a los soldados que hacían cola para llevarse grabado en la piel alguno de sus diseños tradicionales. Sus viajes lo llevaron también a Italia, Dinamarca o Alemania (Ackers, 1997). Otro tatuador, en este caso el alemán Albert Cornelissen, también se dedicó a seguir a los marines a su paso por distintos países europeos, lo que también lo trajo a España¹⁷.

En definitiva, la cultura del tatuaje en España comenzó a desarrollarse a escala comercial¹⁸ en los primeros años 80. Aunque en las primeras décadas del siglo XX ya existían locales donde se realizaban tatuajes, estos espacios estaban “...normalmente ubicados en los bajos fondos de grandes urbes o en los arrabales portuarios” (Luengo, 2009, p. 268) y estaban vinculados a actividades y escenas concretas como el entorno carcelario, militar, legionario, delictivo (como en el caso de las bandas de apaches), motoristas, etc (Rocha, ed., 2022).

Antes de los 80, como venimos viendo, tan sólo existían estudios, bien en zonas portuarias como Rota (Cádiz), Cartagena o Barcelona¹⁹, vinculados a la presencia de militares americanos que se tatuaban asiduamente; bien en locales donde se desempeñaban otras actividades, como por ejemplo tabernas en que un espacio quedaba reservado a un tatuador y su clientela.

La evolución desde aquellos años ha sido efervescente. La escena del tatuaje está más viva que nunca en España, donde las cifras de crecimiento de la industria del tatuaje no dejan de crecer, además de ser innegable y evidente el aumento de personas tatuadas en las calles de la mayoría de ciudades españolas.

2.4.5.3. Tatuaje, feminismo y *body politics* en España

Las primeras trazas de organizaciones feministas en el estado español se remontan a los primeros años de la década de 1900, vinculadas al sufragismo y con cierto retraso en

¹⁷ Información extraída de los perfiles sobre Cornelissen y Ackers en *The Tattoo Archive*:

https://www.tattooarchive.com/history/cornelissen_albert.php y

https://www.tattooarchive.com/history/ackers_ron.php

¹⁸ Cuando uso aquí “comercial” me refiero a los estudios a pie de calle, en entornos urbanos y con clientela variada, en cuanto a género, edad y lugar de procedencia.

¹⁹ En la década de 1950, en los “puertos del mundo anglosajón europeo empezaron a abrirse estudios de tatuaje, y los países latinos también se subieron al carro” (Pierrat, 2022, p. 145). En 1980, por hacer referencia a un caso muy conocido, abrió su estudio Enrique Pérez Mao en Rota (Cádiz) y vinculó su actividad a la presencia militar en la zona. Se puede escuchar su historia en el programa de radio accesible en <https://www.rtve.es/play/audios/esto-me-suena/esto-suena-tardes-del-ciudadano-garcia-primer-estudio-tatuaj-es-espana/3324467/>

comparación a otros territorios occidentales (Folguera, 2022). Durante la dictadura franquista –que comenzó en 1939, tras la guerra civil– los cuerpos de las mujeres se pusieron, a nivel simbólico, al servicio de la construcción de la identidad nacional. Esta “nacionalización del cuerpo femenino”, supuso que “fuera de su papel en tanto que «útero nacional», la mujer no tenía legitimidad en la construcción del proyecto nacional lo que explica su estatuto de ciudadana de segunda categoría y la «colonización» de su cuerpo por el régimen franquista” (Bergès, 2012, §16).

Los discursos nacionalistas con base en la corporalidad de las mujeres²⁰ suponen un claro ejemplo del poder que ostentaba el aparato represor de la dictadura. Ese poder y sus consecuencias explican que el desarrollo del movimiento feminista en las últimas décadas del siglo XX en España fuera más tardío que en otros países europeos. Aunque las organizaciones clandestinas y la resistencia civil de las mujeres tuvieron presencia durante el franquismo (Díaz Sánchez, 2005), no fue hasta la transición democrática que se produjo la reactivación del movimiento feminista, silenciado durante los 36 años anteriores. Esta situación contribuyó a que los estudios de género tardaran en aparecer en las universidades españolas, lo que incide directamente en la escasez de acercamientos teóricos a las culturas juveniles en clave feminista.

En este panorama de expansión de las culturas juveniles y las subculturas y sus códigos sociales y estéticos, se arrastrarían sin embargo otros lastres. Por un lado, las antiguas asociaciones entre criminalidad, desviación social y tatuaje alentaron consideraciones negativas de la práctica a escala social, y por otro, el mundo del tatuaje en Occidente ha sido un entorno masculinizado (DeMello, 2000; Pitts, 2003; Thompson, 2015). El caso español no es distinto y, en este sentido, el acceso a una profesión copada por hombres –y, por ende, muy marcada por los códigos de la masculinidad hegemónica– requirió de un esfuerzo particular, determinado por las desigualdades de género, para las primeras mujeres dedicadas a tatuar en España.

Margot Mifflin (1997), como ya destacué en el punto anterior, destaca la vinculación histórica a escala occidental entre los momentos de mayor presencia y reivindicación de los movimientos feministas y la adquisición de tatuajes por parte de mujeres. Así, no será una coincidencia que en los años del sufragismo se pusiera de moda tatuarse en países europeos como Reino Unido o Alemania o que en los 70, cuando las mujeres se sumaron a gran cantidad de profesiones, muchas decidieron dedicarse profesionalmente al tatuaje. Su tesis resulta interesante de cara a la posible conexión entre la reactivación del movimiento feminista tras la dictadura en España y el creciente interés de las mujeres por los tatuajes en los primeros años 80 en ese contexto.

²⁰ Otro ejemplo de los dispositivos de control en torno a la corporalidad de las mujeres se encontraba en el vestido, como recuerda Anna Pelka (2014) en su artículo *Mujer e ideología en la posguerra española: feminidad, cuerpo y vestido*: “Desde 1941 la Dirección General de Seguridad daba instrucciones en cuestión de moral para el período veraniego, ‘imponiendo multas a los que no observen comportamientos acordes’” (Pelka, 2014, p. 41), aunque la autora señala que estas imposiciones y controles no lograron los resultados deseados y toma como ejemplo la falta de decoro observada por algunos informes del régimen en lugares costeros como Barcelona o Huelva.

En todo caso, las propuestas contraculturales de escenas como la punk supusieron un punto de partida de gran influencia para las posteriores reivindicaciones de los movimientos feministas en el estado español. Ya que aunque “...no se puede indicar que exista un discurso puramente visual feminista en los orígenes del punk en España; sin embargo, sí existe una problematización de lo femenino” (Gómez Alonso, 2017, p. 80) que inaugura una vía para la emancipación femenina gracias a nuevos discursos y prácticas de género.

Esta visión de la escena punk podría ser fácilmente aplicada al mundo del tatuaje en el mismo contexto. En el escenario español, las particularidades políticas son imprescindibles para el entendimiento de las culturas juveniles y, en especial, para las realidades de las mujeres dentro de las escenas subculturales. Para ilustrar la censura y persecución de las mujeres que osaban salirse de lo esperado, rescato las palabras de Giuliana di Febo (2006) cuando recuerda que durante la dictadura “los comportamientos modernos o inconformistas [de las mujeres] (el baile, el cigarrillo, el uso de pantalones) eran estigmatizados como una ‘inmoralidad pública’ y que la policía podía intervenirlas por “afinidad a la instigación” (p. 156).

Es indispensable, por tanto, tener en cuenta la represión hacia las mujeres y todas aquellas identidades alejadas de la norma en los años de dictadura para entender los profundos cambios que se vivieron en España desde 1975. En el último tercio del siglo XX, se pasó de una realidad política fuertemente marcada por la tradición y la adhesión a rancios modelos de feminidad a la posibilidad de habitar en relativa libertad espacios anteriormente vetados a las mujeres, como las escenas musicales *underground* o los estudios de tatuaje; territorios, eso sí, donde el sexismo y el machismo seguían imperando.

2.5. Conclusiones de los antecedentes

Esta investigación entiende el tatuaje como un medio o disciplina, en el sentido artístico y también como una práctica corporal (siempre colaborativa y creativa) que actúa también como generadora de identidad, especialmente en el caso de las personas profusamente tatuadas. Partiendo de una indagación general que no se preocupa tanto por el porqué como por el cómo, sigo a Sullivan (2001) en su acercamiento teórico a los cuerpos tatuados:

mi objetivo [...] no es preguntar qué significa el cuerpo tatuado (como texto), o qué nos dice, en un sentido universalizador, sobre la "condición humana". Más bien quiero explorar cómo existe el sujeto en/del tatuaje en la cultura occidental contemporánea; lo que *hace*. [my aim [...] is not to ask what does the tattooed body (as text) *mean*, or what does it tell us, in a universalizing sense, about the “human condition”. Rather, I want to explore *how* the subject in/of tattooing exists in contemporary Western culture; what if *does*.] (p. 3)

La inclusión de las narrativas individuales a la hora de analizar cualquier práctica corporal

que atañe a las mujeres me parece, en este sentido, clave para lograr una imagen completa de las problemáticas sociales analizadas. Parto de una concepción del cuerpo como agente, no para remitir toda práctica social al discurso individual asociado a ella, sino para cuestionar y poner en conversación el plano colectivo con el íntimo o, lo que es lo mismo, la escala sociocultural con la individual.

A la luz de los textos analizados, esta tesis desea complejizar sus resultados atendiendo a las narrativas personales, combinándolas a su vez con una reflexión atenta en torno al contexto sociocultural y político donde las elecciones de las mujeres entrevistadas tienen lugar. ¿Se pueden analizar sus elecciones tan sólo en términos de conformidad o resistencia ante los roles de género? O, por el contrario, ¿podremos pensar sus prácticas corporales también como creativas y creadoras a la vez que subversivas?

En definitiva, esta investigación parte de una consideración del cuerpo como artefacto sociocultural, como realidad no determinada, estable ni fija. Partiendo de esta visión, me opongo a las consideraciones ahistóricas, binaristas y fijas de los cuerpos. En conjunto, la antropología del cuerpo, con su atención a las prácticas corporales, y los feminismos y su atención a la naturaleza encarnada y política de la agencia y la resistencia, posibilitan un acercamiento a los cuerpos no desde lo que los cuerpos *dicen*, sino desde lo que los cuerpos *sienten, experimentan y hacen*.

Partiendo de un entendimiento de la historia del tatuaje que busca desvelar la complejidad en lugar de remitirse a los viejos lugares comunes que vengo analizando y criticando a lo largo de este apartado, paso a presentar los objetivos generales y específicos de esta investigación.

3. Objetivos de la investigación

El objetivo general de esta investigación es analizar el tatuaje en el contexto español en su evolución histórica desde el final de la dictadura franquista y en tanto que herramienta de subversión, construcción identitaria y materialización del cuerpo utópico.

Además, guían esta investigación una serie de objetivos específicos, cuya pretensión es profundizar en el objeto de estudio, para enriquecerlo con una mirada etnográfica a las personas relacionadas con él:

1. Conocer realidades y vivencias diversas acerca del tatuaje y las personas tatuadas –mujeres y personas *queer*– para revisar críticamente la práctica en el contexto español.
2. Ofrecer casos de estudio que ayuden a este propósito, mediante la recogida de realidades complejas y la búsqueda de usos del tatuaje distintos y vinculados a escenas diversas.
3. Observar las periferias y resistencias desde el feminismo, mediante el estudio de la influencia del género, la clase social, la etnicidad o la religiosidad en las experiencias de las personas participantes.
4. Indagar en las vivencias y prácticas corporales de las personas tatuadas en relación con su identidad y el contexto político, histórico y sociocultural que habitan.
5. Contribuir a la documentación de la historia del tatuaje en el contexto español.

4. Metodología de investigación: etnografiar y autoetnografiar el tatuaje

En este capítulo, se presenta el proceso de investigación etnográfica y autoetnográfica que se ha desarrollado entre febrero de 2020 y principios de 2023. Con el fin de construir un relato etnográfico poliédrico, se han utilizado diversas herramientas metodológicas comprendidas dentro de la matriz del trabajo de campo antropológico.

4.1. (Auto)etnografiar desde el feminismo

¿Cómo y por qué elige una investigadora escribir una etnografía? Esta pregunta puede responderse teniendo en cuenta diversos puntos de vista. Como indica el sociólogo Clinton Sanders (2009) en su artículo *Conducting and living with a tattoo ethnography*, en ocasiones una aterriza en un tema de investigación desde la propia vida, pudiendo dar comienzo a una indagación más profunda sobre esa cuestión que *nos llama* desde el lugar preciso en que nos encontramos insertas. Yo me identifico parcialmente con esta modalidad de *punto de partida*. En otras ocasiones, como es el caso del mismo Sanders, una llega a una investigación por pura casualidad: Sanders pasó unos días en San Francisco a finales de los años 70 y, buscando museos que visitar para ocupar su tiempo, se topó con uno dedicado al tatuaje. Adquirir su primer tatuaje ese mismo día fue el punto de partida de una investigación en torno al mundo del tatuaje que se alargó durante más de una década²¹.

Aterricé en esta tesis de doctorado tras haber realizado una investigación previa en la misma línea: el Trabajo Fin de Máster, titulado *El tatuaje en las mujeres. Cuerpos y empoderamiento desde una perspectiva feminista*. Este primer abordaje del estudio del tatuaje desde la perspectiva etnográfica abrió la puerta a la investigación que se presenta a continuación. Con el claro deseo de profundizar en problemáticas surgidas tras la realización de dicha investigación, me propongo cumplir en esta tesis de doctorado con unos objetivos más ambiciosos, profundos y situados. La etnografía y la autoetnografía, que ya utilicé en aquel trabajo, seguirán iluminando este propósito. Además, resulta pertinente señalar que esta investigación se caracteriza por su interdisciplinariedad, ya que surge de una conversación entre disciplinas –la antropología del cuerpo y los estudios de género y feministas– que se encuentran y conectan en la matriz de la etnografía.

Una etnografía del tatuaje es, ante todo, una etnografía de las corporalidades y de las personas tatuadas. Se trata, por tanto, de una narración corpórea –una etnografía corporal o somática (Esteban, 2004; 2013)– que requiere de un acceso a los fenómenos y las personas que se centre en lo humano y, por ende, en lo sociocultural que rodea las vivencias en torno

²¹ “Entré en el mundo social del tatuaje y comencé el proyecto que finalmente culminó en *Customizing the body: The art and culture of tattooing* (Sanders 1989) por esta tercera vía [la simple casualidad]. [I entered the social world of tattooing and began the project which eventually culminated in *Customizing the body: The art and culture of tattooing* (Sanders 1989) by this third route ‘simple chance’]” (Sanders, 2009, p. 63).

al propio cuerpo y su desenvolvimiento en sociedad, en definitiva, a las prácticas corporales. Elsa Múñiz (2014), en la introducción a *Prácticas corporales: Performatividad y género*, las define y encuadra de este modo:

Con el objetivo de asir lo corporal y trascender esa concepción del sujeto escindido de su carne, proponemos un desplazamiento teórico que coloca la mirada de las investigaciones en las prácticas corporales como el objeto de estudio.

La apuesta es centrarnos en el proceso en el que se producen los sujetos en virtud de un conjunto de acciones reiteradas a las que hemos denominado 'prácticas corporales', mismas que los individuos ejecutan sobre sí mismos y sobre los otros y a través de las cuales se adquiere una forma corporal y se producen transformaciones, es decir, se constituye la materialidad de los sujetos. Consideramos las prácticas corporales en su operatividad teórica como categoría de análisis. (p. 10)

La etnografía no podrá tener en este caso una dirección unívoca, sino que se nutrirá de diversas perspectivas. También permanecerá atenta a las realidades latentes, a las contradicciones inherentes propias de la experiencia corporal humana y a las resistencias individuales –que me propongo averiguar si tienen también dimensiones colectivas– ante las lógicas homogeneizantes y juiciosas de una sociedad capitalista, heteropatriarcal y basada en lógicas estéticas clasistas, binarias, racistas y machistas. En definitiva, se tratará de una etnografía corporal, centrada en la persona (Franceschi, 2020) y feminista que se preocupará por rescatar agencia y resistencia allá donde estas pudieran permanecer veladas.

La etnografía se usará para dibujar el mundo del tatuaje desde historias particulares que logren plasmar concepciones y vivencias de personas profusamente tatuadas, algunas de ellas, además, profesionales del mundo de las modificaciones corporales. Sanders (2009) defiende que “en esencia, una buena etnografía es una buena historia contada por alguien que ha vivido con la gente y ha compartido las experiencias que son fundamentales para esa historia [at its core, a good ethnography is a good story told by someone who has lived with the people and shared the experiences that are central to that story]” (p. 73). Esta premisa, la de que una etnografía es, a fin de cuentas, una buena historia, guiará la construcción narrativa de esta tesis.

Con una mirada feminista interseccional hacia los fenómenos socioculturales (Crenshaw, 1989; Stolcke, 1996; Lugones, 2008; Fournier-Pereira, 2015; Romo Avilés, 2020), la investigación se centra en sujetos mujeres y personas no cisgénero²², ya que nuestras vivencias y prácticas corporales están atravesadas por mayores exigencias y tensiones (Esteban, 2013). Centradas en los cuerpos considerados inferiores por el poder patriarcal, la etnografía feminista irá a la búsqueda de resistencias vitales de diversa índole que tengan

²² Las personas no cisgénero son aquellas que escapan de los binarismos de sexo-género como las personas trans, no binarias o intersexuales. Las personas cisgénero son aquellas que se sienten identificadas con el género que les fue asignado al nacer, cuyo fenotipo sexual coincide con el género tradicionalmente asignado a este.

como base la corporalidad. Indagar en una práctica cultural como el tatuaje requerirá de un análisis rico, narrativo y flexible que atienda justamente a esa heterogeneidad y la búsqueda de señales emancipadoras en sus propuestas en el plano material.

Siendo la etnografía el método de trabajo –y el resultado narrativo– de la investigación antropológica que estudia la cultura a través de la observación de las prácticas y los discursos culturales de un determinado grupo de personas insertas en un contexto sociocultural e histórico determinado, la etnografía feminista supone una aproximación que parte de la teoría feminista, preocupada por las desigualdades y los sesgos e invisibilizaciones, y por cómo se produce el propio trabajo académico, bajo qué condiciones y premisas:

Desde la etnografía feminista hemos tratado de visibilizar las aportaciones de las mujeres a la reproducción social, no solo como un ejercicio sistemático de añadir mujeres a la muestra, sino desde un posicionamiento teórico y político que se propone cuestionar las categorías y metodologías androcéntricas que han ignorado y silenciado a los grupos situados en posiciones de subalternidad en el entramado de relaciones de poder –de género, pero también de clase, extranjería, sexualidad– (Gregorio Gil, 2006). Es por ello que desde la necesidad de superar el –añadir mujeres y batir la mezcla– como diría Thurén (1993), nos hemos adentrado hasta los pilares y cimientos de la disciplina. (Gregorio Gil, 2011, p. 107)

Desde la posición de la epistemología feminista, he dado cabida, a su vez, a datos contradictorios y complejos, tensos en sus alcances teóricos, sin centrar mi empeño en cancelar el caos que a veces puede generarse durante la investigación. La multiplicidad de situaciones a las que hay que atender durante el trabajo de campo es un reflejo de la vida misma, especialmente en el contexto de pandemia –un suceso totalmente inesperado– al que se enfrentó esta investigación. En este sentido, la observación participante necesita ser repensada: “Las ambigüedades de la observación participante, en cuanto que el observador no puede sujetarse a una única rutina sino ser flexible a múltiples escenarios, más que un déficit para la antropología son un arma poderosa” (Piñeiro y Diz, 2018, p.18). Suscribo esta perspectiva optimista del quehacer antropológico.

Como explicitan Adams, Jones y Ellis (2015), “la vida social es desordenada, incierta y emocional. Si queremos investigar la vida social, debemos adoptar un método de investigación que, en la medida de sus posibilidades, reconozca y tenga en cuenta el desorden y el caos, la incertidumbre y la emoción [social life is messy, uncertain, and emotional. If our desire is to research social life, then we must embrace a research method that, to the best of its/our ability, acknowledges and accommodates mess and chaos, uncertainty and emotion]” (p. 9). Desde este prisma, investigar un fenómeno sociocultural requerirá adentrarse y comprometerse con el flujo de datos que se van obteniendo para sacar conclusiones valiosas gracias a él. La epistemología feminista pondrá, además, el foco en una ruptura: la que inaugura la necesidad de repensar los modos en que creamos conocimiento, entendiendo que no podemos escribir teoría ignorando a las personas que dan forma a los fenómenos que la

alimentan.

En este sentido, la metodología feminista ilumina el cuerpo, descubre la importancia de la corporalidad dentro del proceso de investigación y atribuye una sabiduría al mismo y a las emociones que alberga, rompiendo así la falsa separación entre conocimiento racional y conocimientos emocionales, corporales o subalternos. Como destaca Esteban (2013), en cuanto a los estudios subalternos enriquecidos por la crítica feminista, se trataría de promover una “perspectiva de análisis que ayude también a romper la dicotomía entre tener que encontrar explicaciones racionalistas de la acción social e individual, por una parte, o considerarla totalmente ajena a la voluntad de los actores y actoras, por otra” (p. 67).

La metodología usada es cualitativa y reflexiva, puesto que la premisa de esta investigación es observar, analizar y transmitir no solo las apreciaciones generales, sino también todos aquellos detalles, contradicciones y paradojas que inevitablemente aparecen al acercarnos con detenimiento a cualquier manifestación sociocultural, especialmente si esta atañe explícitamente al cuerpo. Entendiendo así la investigación como una combinación de los “tres procesos que se experimentan en toda investigación: la ruptura con creencias adormecidas, la construcción del objeto de estudio y la comprobación de las aseveraciones formuladas” (Sáez A., 2010, p.107).

Partiendo de una idea de la etnografía como narración o descripción densa (Geertz, 1973), se han utilizado diversas herramientas metodológicas cualitativas con un mismo fin: generar un cuerpo de datos extenso, que combine la recolección con el análisis, en una apuesta por lograr una comprensión fluida de los fenómenos y personas que informan y conforman esta investigación. Me propongo, por todos los motivos que vengo analizando en este apartado, un acercamiento situado en la etnografía que será feminista, corporal y digital²³. Con respecto a la elección de una metodología explícitamente feminista, Lorena Saletti-Cuesta (2015) explica que:

Situarnos en una metodología feminista implica explicitar nuestros objetivos e integrar nuestra subjetividad en el proceso de investigación. También, trastocar las jerarquías y el poder, revolucionar la ciencia, posicionarnos desde una práctica política explícita ante el mundo científico. Construir nuestra autonomía epistémica y metodológica, como parte de la estrategia de lucha feminista, implica deconstruir modos de conocimiento para elaborar nuevos. (p. 21)

4.1.1. Autoetnografía: la investigación encarnada

En línea con esta idea referente, al integrar nuestra subjetividad en el proceso de investigación y como investigadora con interés personal (apasionamiento y fascinación, incluso) por el mundo del tatuaje, hago uso de la autoetnografía durante el proceso de investigación. La autoetnografía parte de una antropología encarnada o de una misma como

²³ Ahondaré más en la etnografía digital en el siguiente apartado.

herramienta de investigación especialmente útil y válida²⁴ cuando trabajamos con lo corporal.

Lo que la etnografía y la autoetnografía tienen en común, entre otras cosas, es la intención de investigar vidas –y cuerpos– en su contexto. También la reflexividad y la voz de quien interactúa, analiza y escribe son fundamentales. Estas conexiones apoyan la idea de que combinar ambas metodologías tendrá como resultado análisis complejos de fenómenos que, por distintos motivos, tocan o afectan de especial manera a quien investiga. Lo que es más, la autoetnografía “pretende aunar las intenciones etnográficas (mirar hacia fuera, hacia el mundo más allá del propio) y autobiográficas (mirar hacia dentro, hacia la historia de uno mismo) [seeks to unite ethnographic (looking outward at the world beyond one’s own) and autobiographical (gazing inward for a story of one’s self) intentions]” (Schwandt, 2001, p. 13).

El surgimiento de las primeras investigaciones autoetnográficas se remonta al final de los años 70. A partir de 1990 y, sobre todo, gracias a las contribuciones de las epistemologías feministas e indígenas, se produce “una explosión de narrativas personales [an explosion on personal narratives]” (Douglas y Carless, 2013, pp. 91-92) en el seno de diversas ciencias sociales²⁵. Es importante no obstante tener en cuenta que esta apuesta por el uso de lo personal para iluminar lo social ha sido denostada a lo largo de la historia, como explicitan Kitrina Douglas y David Carless (2013) en su artículo sobre la historia de la autoetnografía:

En lugar de aparecer ahora por primera vez, la experiencia personal y subjetiva se ha ido eliminando sistemáticamente de la investigación en ciencias humanas y sociales a lo largo del siglo pasado en respuesta a las peticiones de métodos que se asemejen más a la investigación en ciencias naturales. Así pues, no es casualidad que “falte algo” en los

²⁴ Investigadoras feministas que se han acercado a otras formas de modificación corporal también han explicitado su pertenencia al contexto de estudio. Kathy Davis (2003) explicita cómo la cercanía con su objeto de estudio le ha permitido un análisis alejado de asunciones juiciosas, tan necesario de cara a investigar prácticas corporales complejas: “Para llevar a cabo este acto de equilibrio, tuve que recurrir a mi propio ‘conocimiento íntimo y sutil de la sociedad’. Mi pertenencia a la misma cultura que criticaba fue un recurso indispensable que me ayudó a reconocer los dilemas a los que se enfrentaban las mujeres que se sometían a cirugía estética, así como los discursos culturales que utilizaban para explicar, criticar pero también justificar o defender la práctica. Si tenía algo que añadir como crítica, no era la verdad, ni mucho menos un terreno moral más elevado. Más bien demostré que estaba dispuesta a aceptar el malestar –y, a veces, la incomodidad– que suscita la cirugía estética, sobre todo entre las feministas, y a hacerlo el tiempo suficiente para desentrañar lo que puede estar en juego en algunos de sus dilemas. [In order to engage in this balancing act, I had to draw upon my own ‘intimate and subtle knowledge of society’. My membership in the very culture I was criticizing was an indispensable resource that helped me to recognize the dilemmas confronting women who have cosmetic surgery as well as the cultural discourses they used to explain, criticize, but also justify or defend the practice. If I had anything to add as a critic, it was not the truth, let alone a higher moral ground. Rather I demonstrated a willingness to entertain the unease and –at times– outright discomfort –which cosmetic surgery evokes, particularly among feminists, and to do so long enough to unravel what might be at stake in some of its dilemmas]” (Davis, 2003, p.15).

²⁵ Esteban (2004) explica: “Esta inclusión de lo ‘auto’ en la elaboración teórica no es exclusiva de la antropología, sino que afecta a todas las ciencias sociales, desde que el postmodernismo y el feminismo llamaron la atención sobre ello en las últimas décadas del siglo XX” (p.16). La autora cita varios trabajos autoetnográficos centrados en procesos de enfermedad, sufrimiento o malestar intenso como ejemplo de estudios basados en lo autobiográfico con gran poder evocativo a la vez que antropológico. De nuevo, el cuerpo en relación a la autoetnografía se ilumina y adquiere estatus de termómetro del entorno sociocultural en que se desenvuelve.

textos de investigación sobre ciencias humanas y sociales de nuestro tiempo; esta omisión puede entenderse como resultado de las condiciones culturales (por ejemplo, el cientificismo, el positivismo) y políticas (por ejemplo, el neoliberalismo) dominantes en nuestra época. Esta ausencia o laguna puede interpretarse útilmente como un “problema” para el que la autoetnografía ofrece una solución. [Rather than appearing now for the first time, personal and subjective experience has instead been systematically removed from human and social science research over the course of the past century in response to calls for methods that more closely parallel research in the natural sciences. Thus, it is not by chance that “something is missing” from human and social science research texts of our times – this omission can be understood as a result of the dominant cultural (e.g., scientism, positivism) and political (e.g., neo-liberal) conditions of our times. This absence or gap can usefully be construed as a “problem” for which autoethnography offers a solution]. (p.89)

La autoetnografía emerge, por tanto, no exclusivamente como un método o una serie de procedimientos o representaciones, sino como un modo concreto de orientar el trabajo académico (Adams y Jones 2008). La autoetnografía pone en conversación lo personal, lo autobiográfico, con lo sociocultural (Spry, 2001; Adams y Jones, 2008; Ellis, Adams y Bochner, 2010) a la vez que entra “en diálogo con informantes más allá de uno mismo para mejorar nuestra ‘comprensión teórica de fenómenos sociales más amplios’ [in dialogue with informants beyond the self in order to improve our ‘theoretical understandings of broader social phenomena’]” (Adams y Jones, 2008, p. 375).

Al investigar, lo estoy haciendo con todo aquello que me conforma: cuerpo, mente, emociones, etc. Al tatuarme y conversar con las personas que formarán parte de la investigación, al leer, sorprenderme y encarnar en mi propia piel algunos de los aspectos teóricos que fundamentan esta tesis, estoy “encarnando la investigación de forma sensorial [embodying the research in a sensory fashion]” (Thompson, 2018, p. 125). Como defiende Karen Barbour (2007) en su relato sobre sus vivencias como mujer y profesora universitaria tatuada y con rastas, al investigar de este modo estaré teniendo una experiencia de *embodied knowledge* o conocimiento encarnado.

La autoetnografía demuestra ser una metodología especialmente adecuada cuando la investigación se centra en aspectos corporales de nuestra existencia²⁶, como demuestran otros trabajos autoetnográficos que tienen como objetivo entender la complejidad del cuerpo tatuado desde una perspectiva etnográfica (Spry, 2000; Khalil, 2003; Barbour, 2007; Sanders, 2009; Modesti, 2011; Jones, 2014; Romero Patiño, 2021).

En los últimos años, también se han publicado numerosos trabajos finales de máster y tesis de doctorado (Ellis, 2009; Snooks, 2015; Chantaneice Montaya, 2017; Hilton, 2017; Romero Patiño, 2017; Strohecker, 2018; McDade, 2021) que utilizan la autoetnografía para dibujar el

²⁶ También me resultó muy inspirador en este sentido el artículo de Sophie Smailes (2014), *Negotiating my fat body – Feminist autoethnographic encounters*, sobre sus propias vivencias como mujer con un cuerpo gordo.

fenómeno de las modificaciones corporales y, en concreto, el tatuaje como universos complejos y multidimensionales que pueden nutrirse positivamente de la incursión de la voz y las experiencias de la persona que investiga.

Anteriormente, dos textos inauguraron este camino: por un lado, *Customizing the Body. The Art and Culture of Tattooing* de Clinton R. Sanders (2008), al que me vengo refiriendo desde el inicio de este capítulo, y, por otro lado, *Bodies of inscription. A Cultural History of the Modern Tattoo Community* de Margo DeMello (2000). En ambos casos, aunque el relato no sea explícitamente autoetnográfico, se evidencia desde el inicio la implicación de las personas que investigan con el tema de estudio: él como persona tatuada que, como ya hemos visto, se acercó al mundo del tatuaje por pura casualidad; ella como persona tatuada y, además, pareja de un tatuador, lo que le permitió un acceso al campo en cierto sentido privilegiado.

Más recientemente, Beverly Yuen Thompson (2015) publicó *Covered in Ink. Tattoos, Women and the Politics of the Body*, producto de su investigación etnográfica en torno al tatuaje en el contexto estadounidense. Thompson, también *heavily tattooed* o profusamente tatuada, parte de un relato autoetnográfico en torno a sus vivencias como mujer tatuada para adentrarse en los discursos de otras mujeres en torno a sus experiencias vitales como mujeres con cuerpos muy tatuados.

Estos antecedentes autobiográficos y autoetnográficos constituyen la columna vertebral de mi investigación. El acceso de primera mano a los espacios, profesionales y procesos relacionados con la práctica del tatuaje en el contexto español posibilita una serie de vivencias muy concretas, siempre relacionadas con el cuerpo y las emociones que este alberga. Al relacionar lo autoetnográfico con los datos y narrativas obtenidas a lo largo del trabajo de campo, cuyos fundamentos desarrollo en el siguiente apartado, los resultados reflejarán mayor amplitud de realidades y concepciones. De hecho, en un contexto influenciado irremediablemente por la situación de pandemia referente a la COVID-19, el acercamiento en primera persona al campo y la propia investigación se torna en casi indispensable, si tenemos en cuenta que: “El método autoetnográfico se basa en un trabajo de memoria y un análisis crítico de la reflexión personal situado en un contexto socioespacial más amplio [The autoethnographic method relies on memory work and a critical analysis of personal reflection situated in a broader socio-spatial context]” (Lupton, 2020, p. 21). Mediante un análisis crítico de lo que supone la posición de la propia investigadora en el desarrollo de la investigación, se logrará un acceso más certero al contexto sociocultural e histórico en que esta tiene lugar.

Si nos preguntamos, como hace Martha Patricia Castañeda Salgado (2012), “si las etnografías se describen de manera especular a través de la experiencia de otras mujeres” (p.234), podemos entender la autoetnografía como una conversación fluida entre las otras y nosotras mismas. Entendida así, la etnografía de una misma, según Castañeda Salgado (2012), se centrará:

En el esfuerzo de quien hace etnografía por delimitar al máximo las vivencias, sensaciones, emociones, pensamientos y prejuicios derivados de su trabajo etnográfico. En ese sentido, ‘dar voz’ a las mujeres ha pasado a ser, también, un ejercicio de algunas etnógrafas de ‘darse voz’ a sí mismas en un ámbito disciplinario en el que se colocan como marginadas (que no necesariamente marginales). (p.234)

La autoantropología ha sido blanco de intensas críticas que han señalado sus limitaciones e incluso su incapacidad para ser representativas de los contextos socioculturales donde se desarrolla. Sin embargo, los conocimientos situados, tal y como los planteó Donna Haraway (1995), son una pertinente herramienta de autoanálisis y promueven una necesaria mirada crítica a la construcción y transmisión del conocimiento. Desde este prisma, toda observación y, por ende, todo análisis, es subjetivo, parcial y situado. Este estatus de parcialidad puede lograr que quien practica la autoetnografía sea más consciente de sus propias limitaciones (Esteban, 2004).

En un intento decidido por incrementar la complejidad que emana de los relatos autoetnográficos (Bishop, 2020, p. 368), mi apuesta pasa por rescatar los aspectos velados, emocionales y en ocasiones caóticos que rodean la experiencia corporal. Esteban (2013) pone como ejemplo el mayor respeto que suelen merecer los procesos de dolor, tragedia o enfermedad frente a otros considerados menos *serios* (p. 40). Considero que el tema de esta investigación podría, a ojos de algunos, ser considerado de menor relevancia. Justamente por este motivo, mostrar las tensiones, las disrupciones y las costuras de la experiencia encarnada de investigar puede ser útil para rebatir –y repensar– esta crítica.

Tanto la autoetnografía como las narrativas personales suponen un reto de cara a la credibilidad y la validez de los resultados de una investigación. Algunas de estas críticas señalan que la autoetnografía es una metodología autoindulgente, introspectiva e individualizada (Holt, 2003). En este sentido, Garza (2011) propone transformar estos aspectos criticables de la escritura autoetnográfica en una suerte de *checklist* que nos permita “autoanalizarnos, autocontrolarnos y reflexionar sobre el proceso y el contenido [to self-analyze, self-monitor, and to reflect on the process and the content]” (p. 52) de la investigación.

Como mujer profusamente tatuada con más de 55²⁷ sesiones de tatuaje vividas en distintos países a lo largo de más de diez años, mi experiencia vital quedará imbricada con las vivencias de las participantes, en una apuesta por poner en valor el conocimiento corporal que mi piel tatuada y las situaciones asociadas a ella me han brindado hasta el momento de realizar –y durante la realización de– esta investigación.

4.2. Etnografía en pandemia: entre lo digital y lo presencial

²⁷ Finalicé la escritura de esta tesis encon 34 años. Perdí la cuenta de las sesiones de tatuaje a las que me he sometido a lo largo de los últimos diez años en torno a la número 55.

La situación sanitaria relativa a la pandemia de la COVID-19 me obligó a redefinir el acercamiento al campo, que pasó a ser más virtual de lo que en un principio había ideado. La investigación remota ha supuesto todo un reto a la vez que ha abierto un campo de posibilidades que se explorarán en el presente apartado.

El texto clásico de Bronislaw Malinowski (1986) *Los argonautas el Pacífico Occidental* (publicado originalmente en 1922), sentó las bases de la herramienta de trabajo primordial de toda investigación etnográfica: el trabajo de campo. Si la base de toda etnografía reside en el trabajo de campo, el traslado hacia el lugar donde se suceden las situaciones y personas con quienes queremos trabajar resulta imperativo. Silvia Citro (2004) entiende el trabajo de campo como “aquel lapso en el que nuestros cuerpos se insertan experiencialmente en un determinado campo social que intentamos comprender” (p. 8). La situación de pandemia, sin embargo, ha marcado fuertemente el desarrollo de esta investigación, que comenzó sus andaduras a inicios del año 2020. Como resultado de las restricciones a la movilidad, la observación se ha llevado a cabo tanto en espacios virtuales como en lugares físicos y los encuentros con las participantes se han realizado eminentemente de manera virtual, lo que ha tenido como consecuencia un *corpus* de datos híbrido entre lo presencial y lo virtual.

Desde principios de 2020, comencé a trabajar en un cuaderno de campo donde recogí tanto impresiones y pensamientos como materiales consultados *online* y reflexiones en torno a la observación participante realizada en estudios de tatuaje mientras yo misma me tatuaba. También, acudí a charlas y encuentros virtuales en torno al mundo de las modificaciones corporales, sobre los que profundizaré en los siguientes apartados. Ya que la observación en muchos casos se vio impedida por motivos sanitarios²⁸, mi *presencia* y atención se dirigió a redes sociales, novelas o materiales audiovisuales tanto como a experiencias encarnadas de encuentro y sesiones de tatuaje. En este sentido, la observación se volvió intensiva, expandida, casi inseparable de mi estar en el mundo.

La observación se complementó con la realización de entrevistas en profundidad, basadas en un guion abierto y flexible, tanto virtuales como presenciales. Esta dualidad en la modalidad para la recogida de datos, entre la virtualidad y la presencialidad, ha influido de manera decisiva en el desarrollo del trabajo de campo. Desarrollar un proceso de investigación en el contexto digital tiene implicaciones metodológicas profundas:

El encuentro de la etnografía con lo digital nos sitúa ante ciertas formas de alteridad que parecen alterar el método, pero en lugar de recurrir a ese tropo, podemos describirlo como un momento en el que antropología encuentra la posibilidad de reaprender, acompañada de los otros, su método, y redescrirlo mediante los vocabularios conceptuales que descubre en sus encuentros empíricos. (Estalella, 2018, p. 66)

El uso de la tecnología durante la investigación ha sido continuado²⁹. Mis notas de campo

²⁸ Tanto normativos como personales, ya que sufrí secuelas autoinmunes por covid persistente que me mantuvieron en casa durante algunos meses.

²⁹ “Debemos tener en cuenta que las tecnologías y los medios digitales (y lo que la gente puede hacer con

fueron recogidas en papel pero también y, principalmente, en mi teléfono móvil y mi ordenador. Las entrevistas fueron grabadas gracias al mismo teléfono móvil. Los resultados fueron siendo almacenados en un disco duro externo y, aquellos no confidenciales, también en una nube virtual. Por tanto, la etnografía es digital no solamente porque se desarrolle en muchas ocasiones en el entorno virtual, sino porque se apoya continuamente en la tecnología para lograr sus objetivos. En un contexto de pandemia, además, el acceso digital a personas y contextos se vuelve, en muchas ocasiones, un imperativo, con las ventajas e inconvenientes que esta situación conlleva (Lupton, 2020).

Definir la etnografía digital es una tarea complicada, ya que, como señala Sarah Pink (2006), generalmente, cada etnografía digital se desarrolla de manera única, dependiendo de los objetivos y retos que se proponga atender y del marco teórico del que parte. Existe, sin embargo, el riesgo de que lo registrado –los datos– se confunda o, acabe invisibilizando, el comportamiento observado:

En el caso de la etnografía en línea, la mediación técnica es parte constitutiva de la interacción observada, y, además, no hay distancia o transformación aparente entre el comportamiento y su registro, ya que ambos están hechos de interacciones textuales. Esta es una ventaja de la etnografía en línea señalada por muchos autores (Rutter y Smith, 1998; Hine, 2001; Mayans, 2002), pero también su peligro, ya que podemos tender a considerar que no hay ningún proceso de abstracción y de traducción entre el comportamiento observado y el dato registrado. (Pink *et al.*, 2006, p. 76)

Postill y Pink (2012) definen la etnografía digital en base a su propia experiencia “como la etnografía que se ocupa directa, pero no exclusivamente, de las prácticas y contenidos de Internet, y en nuestro caso incluye la etnografía de las redes sociales [as ethnography that engages with internet practices and content directly, but not exclusively, and in our case includes social media ethnography]” (p. 3). Esta definición se encuentra cercana a la que ha sido mi propia experiencia de investigación, al haber realizado la observación también en redes sociales (Instagram en mi caso). El entorno digital es, en definitiva, el caldo de cultivo para los supuestos teóricos, los encuentros humanos y las reflexiones surgidas en el seno de este trabajo etnográfico.

4.2.1. El acceso al campo en un contexto de pandemia

4.2.1.1. Vías de acceso al campo. Lo académico, lo profesional, lo personal

Mi implicación con el tema de investigación ha de quedar explicitada aquí para poder introducir cómo se produce mi acceso al campo y bajo qué premisas me acerco a las personas

ellos) son interdependientes de las estructuras de la vida cotidiana. [We need to keep in mind how digital technologies and media (and the things that people can do with them) are interdependent with the structures of everyday life]” (Pink, 2016, §1 capítulo *Multiplicity: There is more than one way to engage with the digital*).

que me acompañan en este trabajo. Por un lado, estuve vinculada profesionalmente al mundo de las modificaciones corporales entre 2010 y 2015, cinco años durante los que trabajé como anilladora corporal o *piercer*. Mi formación académica inicial, al haber completado la Diplomatura en Enfermería, me permitió introducirme en el mundo del *piercing*³⁰, ya que el estudio de tatuaje en que me formé buscaba a diplomadas en Enfermería para trabajar en un nuevo estudio. Desde ese momento, trabajé en cuatro estudios de tatuaje y *piercing* diferentes, uno de ellos situado en el centro de la ciudad de Granada y los tres restantes en pueblos del cinturón. Aquel contacto profesional derivó, a su vez, en un interés académico por la escena del tatuaje y el *piercing* en mi propio entorno, lo que me llevó a realizar diversos ensayos y trabajos en torno al tema desde la antropología sociocultural, licenciatura que estudié contemporáneamente a mi desempeño profesional en estudios de tatuaje.

Mi acceso al campo se produce de este modo desde tres vías –profesional, académica y personal– que combinadas conforman una plataforma de miras amplia. Mi posición dentro de la investigación tiene, por tanto, dos vertientes: una externa o *etic*, como una *outsider* que se acerca al tema con interés académico y de producción de conocimiento, y otra desde el interior o *emic*, como una *insider*: una mujer profusamente tatuada, cuyas vivencias en torno al habitar un cuerpo modificado también formarán parte de la investigación.

De esta mirada multifocal al campo, nace la combinación de métodos etnográficos tradicionales, como el cuaderno o diario de campo y las entrevistas, con la inclusión de la perspectiva autoetnográfica que indaga en las experiencias –que van desde la pregunta por el acceso al campo hasta la reflexión en torno a los temas de la entrevista– en mi propia carne. Esta ambivalencia ha supuesto un acercamiento a un tema de estudio complejo que no ha pretendido negar el cuerpo o las emociones propias, sino que las ha imbricado en el proceso etnográfico desde el inicio.

4.2.1.2. Virtualidad en el acceso al campo

La virtualidad en el acceso al campo y las participantes surgió, ante todo, en respuesta a la situación sanitaria derivada de la expansión de la COVID-19 desde principios del año 2020. Aunque en un principio planteé acercarme a distintos puntos de la geografía española para realizar observación a la vez que entrevistaba a personas participantes, finalmente opté por trabajar con base en Granada y contactar virtualmente a todas aquellas participantes que no residieran en la provincia. Si bien esto podría haber resultado algo negativo, prefiero destacar las posibilidades que el trabajo remoto reporta. Por ejemplo, pude entrevistar a una tatuadora con residencia en las Islas Canarias sin desplazarme o tuve más flexibilidad a la hora de

³⁰ El mundo del *piercing* está muy vinculado al del tatuaje, ya que, por lo general, los estudios de tatuaje acogen en su interior un espacio dedicado exclusivamente a la realización de *piercings*. En mi caso, también realizaba implantes subdermales, un tipo específico de modificación corporal de mayor complejidad técnica que algunos *piercings* más básicos, como pueden ser uno en el labio, la nariz o la ceja. Los *dermals*, como se los conoce coloquialmente, son placas planas que se insertan bajo la piel gracias a un canal hueco realizado con un *punch* de biopsia. Sobre esa placa, que queda fija bajo la piel, se enroscan joyas de distinto tamaño que quedan colocadas a ras de piel. Las zonas más comunes de implantación son, entre otras, la frente o el pecho.

combinar trabajo de campo y análisis, que se sucedían en todo caso en un mismo espacio: mi propio domicilio.

El contacto con las diversas personas con quienes he trabajado y conversado se ha dado por distintas vías, todas ellas vinculadas al entorno digital. Algunas de ellas han sido sugeridas como posibles participantes por colegas del mundo del tatuaje en Granada, otras eran desconocidas a quienes he llegado a través de redes sociales, principalmente Instagram. En total, fueron contactadas –a través de correo electrónico, Whatsapp y mensajes directos de Instagram– un total de 50 personas –de las que 4 eran personas no *cis*–. Respondieron al mensaje un total de 32 y, finalmente, se confirmaron entrevistas con 20 de ellas³¹.

Una de las principales dificultades a la hora de contactar a las personas participantes se debió al hecho de que a varias de ellas las conocí a través de menciones emergentes durante otras entrevistas –en el caso de Isa– o a través de un artículo de periódico –en el caso de Andrea–. Para llegar a ellas, tuve que contactar a su vez a otras personas o buscar trazas de su paradero en Internet para, finalmente, conseguir relacionarlas con su perfil en redes sociales –en este caso Instagram–. En el caso de Mara, el contacto se dio primeramente por Facebook, donde encontré su perfil y procedí a enviarle un mensaje privado. A partir de ese momento, nos comunicamos por Whatsapp. Las tres, curiosamente, son pioneras del tatuaje en España, dado que comenzaron sus carreras entre finales de los años 80 y principios de los 90.

El trabajo mediante dispositivos digitales ha supuesto una gran ventaja a la hora de conseguir una muestra heterogénea en cuanto a características personales y sociodemográficas. No obstante, he de reconocer que la presencialidad cuenta con ventajas innegables. En el caso de las tres entrevistas que realicé presencialmente en Granada, se generó un espacio para la reflexión que me resultó más cercano. En una ocasión, el encuentro para realizar la entrevista se dio mientras paseábamos por el campo, lo que nos enfrentó a situaciones muy curiosas, como por ejemplo el hecho de que personas con las que nos cruzábamos realizasen comentarios sobre nuestro cuerpo tatuado.

Las entrevistas digitales, por otro lado, también cuentan con sus particularidades al desarrollarse en un espacio virtual mucho más acotado que las enmarca en una matriz íntima. Aunque la modalidad digital reporta ciertas ventajas, como la mayor apertura a la hora de compartir sus experiencias, también podría darse el efecto contrario, es decir, las participantes tienen más dificultad a la hora de abrirse por el hecho de encontrarse en sus propios domicilios y no sentir la presencia, en ocasiones tranquilizadora, más humana, de la persona que está hablando con ellas.

Me gustaría señalar que, en definitiva, la necesidad de hibridar el trabajo presencial con el virtual puede considerarse un reflejo especular de nuestra vida en contextos altamente digitalizados. El hecho de haber realizado tanto observación como entrevistas de manera

³¹ Hubo una entrevista en que, de manera excepcional, participaron dos mujeres: una de las tatuadoras pioneras en el contexto español y su hija, quien en un principio estaba presente para ayudarla con los temas técnicos, pero que, finalmente, se quedó durante toda la duración de la entrevista.

presencial y virtual permite realizar una reflexión profunda y continuada en torno a los modos en que accedemos a las personas y los fenómenos, una cuestión que ha de guiar en todo momento nuestro propio hacer antropológico. La situación de pandemia me ha obligado, durante el trabajo de campo, a innovar, pensar en los mejores modos de comunicar(me) y cuidar muy atentamente mis acercamientos a los espacios, experiencias y personas que dan forma y color a esta etnografía.

4.3. Recolectando datos, conversando desde el cuerpo

El trabajo de campo incluyó observación participante en contextos virtuales (Instagram, charlas y talleres o conferencias *online* y visionado de documentos audiovisuales en plataformas como Youtube) y presenciales (en los estudios de tatuaje, durante mis visitas para concertar citas y posteriormente para tatuarme) y la realización de 20 entrevistas en profundidad.

Durante los más de dos años que ocupó el trabajo de campo etnográfico, se fue gestando un cuaderno de campo híbrido entre el análisis de textos, productos audiovisuales o publicaciones de redes sociales, además de las notas recogidas tras la observación participante durante las sesiones de tatuaje a las que yo misma me iba sometiendo y la reflexividad en torno al mundo del tatuaje, que debe ser entendida como un *fluir* de pensamientos y emociones que se iban recogiendo sistemáticamente.

Las entrevistas en profundidad fueron concebidas como conversaciones fluidas en torno al cuerpo tatuado. Este acceso al cuerpo –cuerpo que muy a menudo ha sido silenciado en las teorizaciones en torno a él– promueve un acercamiento etnográfico que coloca en primer lugar las experiencias y las narrativas personales encarnadas, ya que, como señala Kathleen Lennon (2019),

para lograr un cambio, debemos ofrecer imágenes alternativas que tengan sentido emocional (imaginativo) y no solo cognitivo. Esto es crucial para todos los escritores que quieran dar cuenta de las identidades corporales en términos de imágenes corporales cargadas de afectividad, o imaginarios corporales. [To effect change we need to offer alternative pictures which make emotional (imaginative) and not only cognitive sense. This is crucial for all writers who want to provide an account of corporeal identities in terms of affectively ladden body images, or body imagineries]. (pp. 31-32)

Durante este tiempo, me dejé afectar por todo aquello que observaba, escuchaba y sentía, lo que supuso que, en muchos casos, mis reflexiones se tornasen viscerales, corporeizadas. Este *ser afectada* o *dejarse afectar* por la propia investigación parte de una idea de Jeanne Favret-Saada (2013) que recojo porque refleja de manera cristalina cómo fue el proceso de creación del diario de campo etnográfico:

En los encuentros con los embrujados y desembrujadores, me dejé afectar, sin tratar de

investigar, ni tampoco entender y/o recordar. Una vez en casa, escribía una especie de crónica sobre estos acontecimientos enigmáticos (a menudo se producían situaciones cargadas de tanta intensidad que me hacían imposible tomar esas notas *a posteriori*). (p. 62)

4.3.1. Observación participante

La observación participante desarrollada durante los dos años de trabajo de campo se ha dado tanto en entornos virtuales como presenciales. En este sentido, es importante señalar que mi propia experiencia durante las sesiones de tatuaje a las que me fui sometiendo conforma el grueso de la observación participante presencial. Suelo tatuarme varias veces al año, en distintos estudios y con diversas personas, lo que posibilita un acceso al campo desde una posición encarnada privilegiada.

Durante las sesiones de tatuaje, que pueden durar entre una y seis horas, mantuve conversaciones, experimenté y gestioné de diversos modos mi dolor, discutí sobre temas relacionados con el diseño y también con la propia práctica del tatuaje y fui testigo de las experiencias y vivencias de otras personas que se tatuaban junto a mí. El primer tatuaje que me realicé estando ya inscrita como estudiante de doctorado fue en diciembre de 2019 y, desde ese momento, me he tatuado regularmente y lo he seguido haciendo constantemente durante el desarrollo de la tesis³².

Si bien no realicé entrevistas guionizadas durante las sesiones de tatuaje, sí que mantuve conversaciones en torno a muchos de los temas que iban siendo tratados durante las entrevistas paralelas en profundidad. Esas conversaciones, y todo cuanto observaba en el entorno mientras me tatuaba, fueron descritas, a modo de reflexiones y apuntes densos, al llegar a casa después de las sesiones³³.

Por otro lado, he hecho uso de herramientas de investigación digitales para acceder a otros contextos de estudio de manera remota, como las redes sociales o publicaciones especializadas online. En este sentido, se realizó observación y análisis en, por ejemplo, páginas de Instagram como @queertattooers, donde se reúne el trabajo de tatuadores y tatuadoras autodenominadas queer en una apuesta por visibilizar la diversidad de las experiencias de las personas del colectivo LGTBIQ+ dentro de la escena del tatuaje.

Debido a que sigo a varias personas en redes vinculadas al mundo del tatuaje –y las modificaciones corporales en general–, sus perfiles se convirtieron también en una ventana de acceso a encuentros, charlas y formaciones – eminentemente virtuales – que me permitieron introducirme en esferas novedosas y críticas dentro de la escena de la modificación corporal a un nivel más global. En la tabla siguiente, se recogen las principales experiencias de

³² Entre otros proyectos, tatué toda mi espalda –desde la nuca hasta las corvas– en un total de 10 sesiones.

³³ De manera excepcional, una de mis sesiones de tatuaje se desarrolló en un entorno doméstico, cuando me reuní con dos amigas para tatuarnos entre nosotras de manera manual.

observación participante del trabajo de campo:

OBSERVACIÓN PARTICIPANTE en foros virtuales y sesiones de tatuaje

*Argentina (*online*): charla sobre modificaciones corporales y género a cargo del colectivo de tatuadorxs y *piercers* *La casa mostra*. 21 de abril de 2020.

A través de Instagram, recibo información sobre una serie de encuentros, capacitaciones y cursos *online* sobre modificaciones corporales y género. Acudo a una de ellas –a través de la plataforma virtual Google Meet– sobre identidades de género y trauma y cómo trabajar con estos temas desde el respeto y el cuidado en la práctica profesional de la modificación corporal.

*Reino Unido (*online*): Conferencia *African women's tattooing and scarification stories* a cargo del proyecto *The temple of her skin*. 30 de marzo de 2021.

A través del perfil de Instagram @thetempleofherskin, acudo a una sesión *online* sobre *African women's tattooing and scarification stories* realizada a través de Zoom. En la conferencia, se realizó un repaso histórico, crítico y descolonial sobre las experiencias de mujeres dentro del universo de las modificaciones corporales, en el que se prestaba especial atención al contexto africano.

*Mis propias sesiones de tatuaje entre febrero de 2020 y principios de 2023.

Tomo notas sobre lo observado y experimentado: conversaciones con los y las tatuadoras y otras personas que se están tatuando junto a mí, mis propias sensaciones y emociones mientras me tatúo, y, también, lo relativo a la etapa de curación, que en ocasiones se extiende durante varias semanas. No utilicé un guion de entrevista para conversar con tatuadores, tatuadoras o clientela, sino que permití que fuera la situación la que fuese guiando tanto mi observación como las conversaciones mantenidas durante las sesiones.

**Tattoo party* casera con B y C, antiguas compañeras de piso. 27 de marzo de 2021.

En el piso de ellas, nos reunimos un domingo para comer juntas y tatuarnos. Diseñamos un dibujo para cada una y nos tatuamos entre nosotras de manera manual –con la técnica *handpoke*, sin máquina eléctrica–. Lo hicimos en un contexto donde muchas de las reglas en torno a la realización de tatuajes se ven alteradas, por ejemplo en lo referente a las medidas higiénicas o al componente económico.

Tabla 1: Resumen esquemático de espacios y encuentros –virtuales y presenciales– donde se ha realizado observación participante. Elaboración propia.

Aunque en un principio planteé realizar observación presencial no solo en estudios de tatuaje, sino también en *rituales* colectivos de modificación o en convenciones nacionales e internacionales de tatuaje, la situación sanitaria imposibilitó la investigación *in situ* en estos casos. Poco a poco, desde 2022, se vuelven a publicitar y celebrar convenciones y encuentros de diversa índole de manera presencial, pero, al haberse cerrado el trabajo de campo en esas fechas, este tipo de eventos quedaron fuera del alcance de esta investigación.

La virtualidad supone un reto en toda investigación, pero también es de destacar que nuestras vidas cada vez están más imbricadas con los contextos digitales. Es indudable que habitamos un mundo cada vez más vinculado a las tecnologías y, de hecho, “la existencia de redes de mujeres establecidas en los espacios virtuales se ha convertido en uno de los referentes más importantes para el trabajo empírico de las etnógrafas feministas contemporáneas” (Castañeda Salgado, 2012, p. 234).

Todas las reflexiones y datos derivados del trabajo de observación fueron volcados en el cuaderno de campo. El cuaderno se compone de entradas que podríamos dividir en dos categorías: una, relacionada directamente con los contextos, virtuales o presenciales, en los que he participado de modo más o menos activo; otra, derivada de un ejercicio de reflexión y atención total que encajaría mejor en la definición de diario. Las entradas referentes a esta última categoría van desde reflexiones surgidas tras el visionado de un programa de televisión en torno al mundo del tatuaje en el contexto español contemporáneo hasta el flujo de pensamientos y reflexiones que pudo generarse tras la lectura de entrevistas, artículos científicos o, incluso, novelas de ficción.

El cuaderno de campo final resultante de la intersección de todas estas notas quedó fijado como un solo documento digitalizado. En este cuaderno de campo, he ido volcando también notas escritas en una aplicación móvil, transcripciones de apuntes de voz tomados con mi teléfono o notas tomadas a mano en un cuaderno de papel tamaño A5 que siempre me acompaña. También, he añadido todas las anotaciones referentes a las sesiones de tatuaje a las que me he sometido durante el trabajo de campo, que en total fueron más de 15, con una duración media de tres horas cada una.

Como usuaria activa de la red social Instagram³⁴, también he usado mi muro en dicha red como diario de campo digital, como ya hicieron en muchas ocasiones otras antropólogas con la confección de blogs de campo (Estalella, 2018). En el caso de Adolfo Estalella (2018), ese blog de campo no era simplemente la trasposición a internet de un diario, “sino un instrumento para la construcción y la articulación de relaciones. En buena medida, el blog marcaba el ritmo de mi actividad cotidiana, materializaba mi presencia y me ofrecía los medios para poder relacionarme” (p. 52). De hecho, una de las tatuadoras participantes en la investigación llegó a mí tras comentar una publicación mía en que anunciaba una conferencia que impartí en la Casa de Porras de la Universidad de Granada. El texto que acompañaba la foto que publiqué fue el siguiente:

¿Sigue siendo tatuarse algo subversivo? ¿Por qué nos tatuamos? Sin duda, depende del prisma desde el que miremos el tatuaje. Mañana voy a intentar dar respuesta a estas y otras preguntas en una conferencia online promovida por [@malaslenguasde](#) en colaboración con [@lamadraza](#). Con una mirada crítica y feminista, hablaré de la necesidad de desterrar mitos en torno a la historia del tatuaje, explicitaré cómo la exotización del cuerpo tatuado trajo consigo el estigma y los estereotipos negativos sobre las personas tatuadas e intentaré dar espacio a nuevos debates, como al que hace referencia [@jessicasharvilleillustration](#) en sus ilustraciones: el problema del “tattcalling”, o lo que es lo mismo, los comentarios callejeros sobre los cuerpos tatuados sobre todo si esos cuerpos son de mujeres y personas trans y no binarias. Creo que va a ser una cosa interesante, así que os invito a todes a venir -virtualmente, claro, ya que solo se celebra en formato online- a las 19.30h hora

³⁴ La única a la que a día de hoy sigo perteneciendo, después de haber eliminado mis perfiles en Facebook y Twitter.

peninsular española.

[#tatuaje #modificacionescorporales](#) (Julia Amigo [[@julia.amigo_](#)]). (10 de mayo de 2021). *¿Sigues siendo tatuarse algo subversivo? ¿Por qué nos tatuamos? Sin duda, depende del prisma desde el que miremos el tatuaje.* [Descripción audiovisual]. Instagram. <https://www.instagram.com/p/COsXDxzDkhv/>

El uso de *hashtags*³⁵ es muy útil a la hora de conseguir que usuarias de Instagram accedan a publicaciones relacionadas con un tema específico y, probablemente, así fue como ella llegó a esta publicación, hecho que propició que yo visitara su perfil y me decidiera a invitarla a participar en la investigación. Así pues, en una investigación que hibrida la observación digital con la presencial, los límites entre lo que pertenece al entorno virtual y lo que queda fuera de él se desdibujan. De hecho, en un contexto tan digitalizado como el nuestro, cabría preguntarse si existe acaso tal delimitación, ya que el uso de la tecnología es casi indisoluble de nuestras rutinas diarias.

4.3.2. Entrevistas en profundidad

El acercamiento al tema de estudio no puede obviar a las personas que le dan forma y color. Por este motivo, todo el trabajo de observación ha sido ampliado y significado gracias a la realización de entrevistas en profundidad a 20 personas vinculadas al mundo de las modificaciones corporales, sea como personas tatuadas, sea como profesionales: tatuando (12 participantes) o, en el caso de una de las participantes, haciendo *piercings*. En un principio, el objetivo fue el de entrevistar a 30 personas, aunque tras 20 encuentros se alcanzó la saturación de la información, lo que “puede servir como criterio para estimar la suficiencia de la muestra etnográfica escogida” (Sanmartín Arce, 2000, p. 120).

Entiendo la entrevista como una práctica discursiva, pero, ante todo, como un encuentro humano, como una conversación abierta más que como una encuesta cerrada o limitada, la entrevista es, además, parte del trabajo de campo etnográfico y se encuentra, por tanto, inmersa en unos objetivos comunes de investigación. La entrevista pretende contrastar y poner en diálogo lo que las personas entrevistadas dicen (discurso) con lo que las entrevistadas hacen (práctica cultural y corporal concreta).

Para lograr un acercamiento profundo y situado, ha sido primordial tomar tiempo, sin imponer demasiados límites al deseo de compartir y comunicar experiencias diversas por parte de las entrevistadas. Como expresan Pink et al. (2016):

Uno de los retos que plantea el estudio de la experiencia es que a menudo resulta difícil articularla, por lo que los intentos de comprender e interpretar su sentido y significado dependen de la inmersión del etnógrafo en lugares donde se viven

³⁵ Palabras clave precedidas del símbolo #, que actúan como etiquetas de marcaje, permitiendo que toda persona que quiera ver publicaciones con esa etiqueta descriptiva concreta tenga acceso a todas las publicaciones que la contengan.

experiencias ajenas. También depende de la identificación de conceptos asociados a experiencias sensoriales o emocionales que faciliten el debate sobre la experiencia con los participantes en la investigación y los académicos. [One of the challenges of studying experience is that experience is often difficult to articulate, and so attempts to understand and interpret its meaning and significance rely on the ethnographer's immersion in sites of other people's experiences. It also depends on identifying concepts associated with sensory or emotional experiences that facilitate the discussion of experience with research participants and academics]. (p. 42)

Las sensaciones y vivencias descritas resultan, así, más pormenorizadas, detalladas y humanas y se mantienen como guía y meta en todo momento el objetivo general de la tesis. En definitiva, como indica Sanmartín Arce (2000), “lo que preside, por tanto, todo el proceso de la entrevista es su naturaleza de encuentro humano y su inserción en un trabajo de campo más amplio que ella misma” (p. 117).

La entrevista que se diseñó es semiestructurada, lo que la aleja del cuestionario y la acerca a una concepción de la entrevista como conversación en torno a diversos temas que vertebran el intercambio. Disponía, por tanto, de un guion amplio que, en cascada, iba tocando los temas primordiales de la investigación y buscando siempre la profundidad y el detalle y me daba espacio para la expresión individual y genuina. En línea con la concepción de Rosana Guber (2001), podríamos afirmar que “las técnicas más idóneas son las menos intrusivas en la cotidianidad estudiada: la observación participante y la entrevista en profundidad o no dirigida” (p. 42).

Antes de dar comienzo a la entrevista y, aunque ya se había enviado la hoja informativa y el consentimiento para participar en la investigación a todas las participantes, me encargaba de volver a expresar los objetivos principales del trabajo de campo, resaltando que iban encaminados a la escritura y presentación de esta tesis de doctorado.

El objetivo principal de la entrevista fue el de conseguir una narración lo más densa posible en torno a la corporalidad, el cuerpo tatuado, la identidad y las distintas concepciones del tatuaje como realidad multidimensional. Para conseguir que las personas se sintieran cómodas a la hora de narrar su cuerpo, elegí que el estilo estuviese basado en la naturalidad más que en el hacer uso de un lenguaje demasiado académico que confundiera o desdibujara la realidad de nuestros cuerpos, emociones y vivencias.

Otro aspecto a resaltar, en relación a la entrevista como método, sería el de mi cercanía con el mundo del tatuaje. El hecho de que yo misma sea una mujer profusamente tatuada –aunque mis tatuajes no permanecieran visibles en todas las entrevistas– me abrió puertas tanto a la hora de contactar a las participantes como a la hora de realizar observación, fuese esta presencial o remota. Este hecho determinó y ayudó a la apertura de las participantes, que no se sintieron juzgadas al encontrarse ante una mujer con una corporalidad similar a la suya, conocedora de primera mano de muchas de las problemáticas y experiencias que durante la

entrevista fuimos tratando. Mi situación coincide con la de Roberts (2017), cuando recuerda, en relación con las posibles reticencias a participar en la investigación, que “en un proyecto de investigación social, [...] mis modificaciones visibles y mi experiencia previa como empleada de una tienda de tatuajes aliviaron sus preocupaciones iniciales sobre ser mal representados en un estudio académico [in a social research project, [...] my visible modifications and previous experience as a tattoo shop employee eased their initial concerns about being misrepresented in an academic study]” (p. 364).

La duración de la entrevista no solía sobrepasar la hora y media. Sin embargo, algunos de los encuentros alcanzaron las tres horas de duración. Fuese de manera remota o presencial, se utilizó la grabadora de mi teléfono móvil para grabar la conversación que luego fue transcrita. Los recursos utilizados para las entrevistas remotas incluían el ordenador, el móvil, el guion de entrevista y un cuaderno donde anotar hitos e ir dejando constancia de temas emergentes o preguntas que no quería olvidar durante el transcurso del encuentro.

Cuando la entrevista se realizó presencialmente, utilicé el móvil para grabar y el guion impreso de temas a tratar pero no el cuaderno de anotaciones, ya que el hecho de tener a la persona delante me permitía una interacción más directa, menos mediada por elementos externos o cortes de comunicación debidos a problemas de conexión, lo que ayudaba a que mi concentración fuera mayor. En una ocasión, la entrevista tuvo lugar durante un paseo junto al río en Cenes de la Vega (Granada), aunque, en las dos ocasiones restantes en que los encuentros fueron presenciales, estos tuvieron lugar en espacios tranquilos: una cafetería en una plaza céntrica pero sin bullicio y el estudio privado de diseño de una de las participantes.

El guion de la entrevista fue comentado y anotado por la directora de esta tesis. Este guion contenía los ámbitos fundamentales de debate que habían sido identificados en la investigación previa sobre el tema. La primera entrevista fue transcrita y leída por las dos, tanto la directora como yo, a modo de entrevista piloto, lo que me permitió continuar el proceso de realización de las entrevistas.

Los temas que componen el guion de la entrevista giran en torno a dos ejes: el cuerpo y el tatuaje, para indagar desde ahí en diversas esferas: la relación con el cuerpo durante la infancia y la adolescencia, los primeros recuerdos de cuerpos tatuados, el primer tatuaje y el proceso de adquisición de nuevas piezas desde ese momento, la dimensión estética, la autopercepción y la percepción que de ellas tienen las demás personas (a escala familiar, social y laboral), el entendimiento del tatuaje (la gestión del dolor, las motivaciones para tatuarse, el arrepentimiento, etc.) y las vivencias empoderantes, rupturistas o subversivas.

Una vez que decidí que mi herramienta de acercamiento a las experiencias en torno al cuerpo tatuado sería la entrevista, busqué la heterogeneidad de la muestra de personas con las que más tarde conversaría (en cuanto a edad, procedencia, formación, dedicación profesional o identidad de género). La perspectiva feminista interseccional (Creenshaw, Kimberle 1989) me ha permitido tener en todo momento presentes los distintos ejes de opresión que inciden en nuestras realidades y posicionamientos. Como señalan Dann, Callaghan y Fellin (2016):

“Al explorar las experiencias vividas por las mujeres en relación con los tatuajes, es importante no reproducir nociones esencialistas de la auténtica feminidad, sino considerar la multiplicidad de las experiencias de las mujeres y las intersecciones de las feminidades con la discapacidad, la raza, el género, la edad y la clase social. [In exploring women’s lived experiences of tattoos, it is important not to reproduce essentialist notions of authentic femininity, but to consider the multiplicity of women’s experiences, and the intersections of femininities with disabilities, race, gender, age and class]” (p. 49).

Las personas participantes han sido escogidas teniendo en cuenta cuatro indicadores: 1) que sean poseedoras de gran cantidad de tatuajes que formen parte de un proyecto de modificación corporal amplio; 2) que pertenezcan a algún movimiento o práctica que se ubique explícitamente en las periferias comerciales de la escena del tatuaje; 3) que su historia presente resistencias encarnadas frente a las concepciones hegemónicas del género y la corporalidad, por ejemplo en relación a la talla o la identidad de género; 4) y/o que sean profesionales del mundo de las modificaciones corporales.

Las edades de las mujeres con las que conversé oscilan entre los 24 y los 60 años, así que la media se sitúa en los 37 años. Todas ellas son residentes en el estado español, a excepción de Mónica, que actualmente reside en Austria, aunque nació y se formó en España. Cinco de ellas proceden de otros países, tanto europeos como latinoamericanos, en concreto: Italia, Nicaragua, Venezuela, Holanda y Reino Unido. A continuación, se adjuntan dos tablas: una, que recoge algunos datos sociodemográficos de las personas participantes (nombre, edad, lugar de residencia y ocupación), además de la fecha y modalidad de entrevista y el modo de acceso o contacto; y otra, que resume la muestra y las entrevistas realizadas.

NOMBRE	Entrevista	Edad/Residencia	Ocupación	Acceso/contacto
1. Karla	02/02/21 <i>Online</i>	30 Oviedo	Doctorande en estudios de género	Amistad
2. Belén	03/02/21 <i>Online</i>	28 Barcelona	Gestora cultural y tatuadora	Artículo revista VICE+amigxs comunes
3. Ana Belén	08/02/21 <i>Online</i>	44 Madrid	Docente escuela superior diseño	Tesis sobre modif. corporales extremas (2014)
4. Ohiana	11/02/21 <i>Online</i>	36 San Sebastián	Tatuadora	Publicaciones Instagram sobre historia tatuaje
5. Susana	15/03/21 Presencial	26 Granada	Creaciones audiovisuales	Pareja de tatuador con quien me tatúo y que me pone en contacto

6. Mónica	18/03/21 <i>Online</i>	33 Gratz (Austria)	Filósofa y profesora universitaria	Compañera revista feminismo <i>online</i> (Proyecto Kahlo)
7. Mariona	16/04/21 <i>Online</i>	48 Bilbao	<i>Piercer</i> con empresa propia	Contacto a través de <i>piercer</i> amigo
8. Bárbara	20/04/21 <i>Online</i>	37 Zaragoza/Vancouver (Canadá)	Tatuadora	Amiga de Mónica, admiro su trabajo
9. Celia	26/04/21 <i>Online</i>	35 Barcelona	Peluquera	Mi tatuador de la espalda me puso en contacto
10. Mariana	30/04/21 <i>Online</i>	33 Cehegin (Murcia)	Tatuadora	Publicaciones Instagram en @historyoftattoo
11. Miriam	20/05/21 Presencial	38 Granada	Tatuadora	Tatuadora veterana Granada
12. Mara	25/05/21 <i>Online</i>	60 Santander	Tatuadora	Mariana me habla de ella
13. Mercedes	22/06/21 <i>Online</i>	37 Barcelona	Trabajadora en Apple y artista	Instagram, ella modelo ropa interior profusamente tatuada
14. Cristina	01/07/21 <i>Online</i>	24 Tenerife	Tatuadora	Instagram, ella comenta foto mía sobre conferencia
15. Claudia	01/07/21 <i>Online</i>	34 Barcelona	Tatuadora	Correo electrónico. Conocía y admiraba su trabajo
16. Sonia	21/09/21 <i>Online</i>	26 Madrid	Tatuadora	Instagram, uso del cuerpo
17. Naiara	23/09/21 <i>Online</i>	26 Madrid	Tatuadora	Instagram
18. Julieta	23/09/21 Presencial		Diseñadora gráfica	Instagram, amigxs comunes Granada

		33	Granada		
19. Andrea	2/11/21 <i>Online</i>	59	Valencia	Tatuadora	Artículo de periódico
20. Isa	29/1/22 <i>Online</i>	56	Valencia	Tatuadora	A través de Mariana

Tabla 2: Datos sociodemográficos de las personas participantes en la investigación. Elaboración propia.

<p><u>ENTREVISTAS EN PROFUNDIDAD virtuales y presenciales</u></p> <p>*Muestra: 20 personas (18 mujeres y dos personas no binarias), entre los 24 y los 60 años de edad, con una media de edad de la muestra de 37 años. Diecisiete encuentros fueron virtuales y tres fueron presenciales (en Granada). Entre ellas, 13 se dedican al mundo de las modificaciones corporales –12 tatuadoras y una <i>piercer</i>– y el resto son mujeres tatuadas con perfiles diversos en cuanto a edad, dedicación, procedencia y vinculación con el mundo del tatuaje.</p> <p>*Guion de entrevista en torno a dos ejes: cuerpo y modificaciones corporales/tatuajes. Se presta especial atención al diálogo entre la esfera social y la individual y a las vivencias personales en torno al cuerpo tatuado. La duración de las entrevistas ha oscilado entre los 50 minutos y las tres horas.</p>

Tabla 3: Resumen esquemático de muestra de investigación y entrevistas semiestructuradas. Elaboración propia.

4.4. El análisis de los datos y la escritura etnográfica

Los datos derivados del trabajo de campo etnográfico dan forma a la segunda parte de la tesis, que expone los resultados obtenidos. El análisis de los datos recogidos ha prestado atención no solamente a lo recopilado, escrito o transcrito, sino también al desarrollo de la propia investigación y a mis propios sentimientos durante el trabajo de observación y recogida de datos como en la propuesta de Sarah Pink (2009) por una *sensory ethnography* o etnografía sensitiva:

Un enfoque sensorial de la entrevista también simpatiza con un enfoque feminista que, como lo describen Rubin y Rubin, “humaniza tanto al investigador como al entrevistado” y empodera al entrevistado “permitiendo que la gente “responda” (hooks 1989) [y así] da voz a través de las entrevistas a aquellos que han sido silenciados” (Rubin y Rubin 2005: 26). Este enfoque feminista también reconoce la naturaleza emotiva de la entrevista y subraya la necesidad de que los investigadores también reflexionen sobre sus propias emociones. [A sensory approach to interviewing also has sympathies with a feminist approach which, as Rubin and Rubin describe it, “humanizes both the researcher and the interviewee” and empowers the interviewee by “allowing people to “talk back” (hooks 1989) [and thus] gives a voice through interviews to those who have been silenced” (Rubin and Rubin 2005: 26). This feminist

approach also recognises the emotive nature of the interview, stressing the need for researchers to also be reflexive about their own emotions]. (p. 83)

El fragmento anterior hace referencia a la entrevista, pero sus propuestas pueden extrapolarse a todas las etapas del trabajo de campo etnográfico y, así, promueve un *corpus* de resultados centrado en la calidad humana de los datos recogidos. Además, la etapa de análisis ha estado en algunos momentos fundida y confundida con la de recogida de datos, en una apuesta por “mezclar el análisis y la recogida de los datos [mixing analysis and data collection]” (Irwin, 2003, p. 33). Al convertir en un continuo la recogida de datos y su análisis, sobre todo en lo referente a la redacción del cuaderno de campo, la investigación se torna más fluida, abierta a la revisión, el repaso y la rectificación, y consigue mayor profundidad y validez en los resultados.

La pretensión ha sido la de combinar análisis y escritura de manera dialéctica, ya que, como explicita Sáez A. (2010), “es decisivo el criterio lógico escogido para describir, analizar e interpretar la información. Una lógica dialéctica establece vínculos entre fenómenos diversos, en tanto que una lógica positivista establece separaciones estrictas” (p. 208).

Durante la investigación, como ya he explicitado, he hecho uso de cuadernos de campo, tanto escritos a mano como digitales, donde he ido guardando una memoria de todas aquellas situaciones e interacciones en que me he visto inmersa durante el trabajo de campo. La idea de estos cuadernos es dar cabida a todo un flujo de pensamiento que, sin filtros impuestos, me permita dar cuenta de reflexiones, sensaciones y emociones. Las notas de campo han demostrado, en investigaciones que realicé en el pasado, aportar una riqueza de matices indispensable a la hora de redactar una buena relación de resultados.

La redacción de la tesis combina un acercamiento teórico al objeto de estudio con una apuesta radical por un modo de expresión híbrido entre un lenguaje académico y otro más cercano a lo narrativo, sin que esto reste profundidad ni pertinencia al análisis. Algo que iría en la línea de la apuesta de Sáez A. (2010) por

comprender una realidad cambiante y llena de incógnitas, sin atenerse a modelos fijos que pierden de continuo su capacidad explicativa. En ese sentido, una concepción fría de la ciencia como recolección de hechos que se ajustan a modelos matemáticos no le sirve. Se impone combinar el arte y la ciencia, la sensibilidad y la inteligencia. (p. 28)

Mi cercanía con el campo de estudio y, por ende, con las personas que han participado en este estudio es algo inseparable de la etapa de análisis, interpretación y redacción de los resultados. Es por ello que las notas que conforman el cuaderno y el diario de campo se incluyen en los resultados de esta tesis. La pertinencia de su inclusión en tal apartado recae en mi apuesta por una concepción de la etnografía como una buena historia, como ya explicité al inicio de este capítulo. Al entender la comunicación de los resultados de la investigación como el corazón de la etnografía, los diálogos con el contexto sociocultural, la producción científica en torno al tema y mis encuentros con las personas que han participado en la

investigación quedan conectados de manera significativa.

En referencia a la fiabilidad y la validez de los resultados de la investigación, me resulta especialmente inspiradora la idea de los conceptos experienciales a los que Guber (2001) hace alusión cuando habla de la no directividad en las entrevistas etnográficas:

La no directividad se basa en el supuesto de que “aquello que pertenece al orden afectivo es más profundo, más significativo y más determinante de los comportamientos, que el comportamiento intelectualizado” (Guy Michelat, en Thiollent 1982:85, n.t.). Las entrevistas no directivas típicas de los psicoanalistas suponen que la intervención mediatizada y relativizada del terapeuta reside en dejar fluir la propia actividad inconsciente del analizado [...]. La aplicación de este supuesto, válido con matices en la entrevista etnográfica, resulta en la obtención de conceptos experienciales (*experience near concepts* de Agar 1980:90), que permitan dar cuenta del modo en que los informantes conciben, viven y asignan contenido a un término o una situación; en esto reside, precisamente, la significatividad y confiabilidad de la información. (p. 80)

En esta línea, podría afirmarse pues que es precisamente el carácter radicalmente humano de los datos el que asegura a su vez su fiabilidad y validez. Ocurre algo similar con la observación etnográfica, ya que la presencia (la percepción y la experiencia directas) ante los hechos de la vida cotidiana de las personas con las que investigamos garantiza la confiabilidad de los datos recogidos y el aprendizaje de los sentidos que subyacen a dichas prácticas y actividades (Guber, 2001, p. 56).

4.4.1. Uso del *software* NVivo

He utilizado una herramienta de análisis cualitativo para gestionar los datos obtenidos tras el trabajo de campo: el *software* NVivo (QSR International, Melbourne, Australia), en su versión número 12, cuya licencia para estudiantes me permitió el uso de sus funcionalidades desde noviembre de 2021³⁶.

La codificación de las entrevistas y materiales derivados del trabajo de campo mediante este *software* comenzó con el análisis de una entrevista concreta, que fue categorizada por dos personas distintas: yo misma y la directora y tutora de esta tesis. Una vez puestas en común ambas categorizaciones, se procedió a obtener un listado de códigos iniciales. Se extrajeron, entonces, los grandes temas emergentes de las respuestas de las participantes y, posteriormente, se compararon con los temas emergentes surgidos del análisis de una segunda entrevista.

Una vez que los códigos iniciales quedaron listados, se pasó a revisar el resto de entrevistas en un proceso abierto y constante de análisis que iba ampliando el libro de códigos. Cada vez

³⁶ El grupo de investigación HUM603 de la Universidad de Granada, del que formo parte desde el año 2021, me apoyó económicamente y financió la licencia de uso del programa para un año completo y, también, para su renovación el año siguiente.

que emergía un tema de relevancia nuevo, se le adjudicaba un nuevo código al que posteriormente se iban sumando nuevos fragmentos y, así, sucesivamente. Al final del proceso de codificación de las entrevistas, se habían establecido 40 códigos en total.

El mismo proceso de codificación fue realizado para la organización inicial del resto de materiales surgidos del trabajo de campo: los cuadernos de campo. Se usó un proyecto distinto en el panel de usuario de NVivo, diferenciado del de la codificación de las 20 entrevistas. Esta codificación diferenciada pero similar en cuanto al uso del mismo libro de códigos permitió después un análisis conjunto de todos los materiales escritos, para lograr mayor intertextualidad y comunicación entre ellos, además de permitir mayor agilidad a la hora de presentar los resultados.

Sáez A. (2010) explicita las ventajas de trabajar con un sistema de códigos a la hora de manejar, analizar e interpretar datos cualitativos: “Al emprender la confección de un cuestionario, por ejemplo, se opera de idéntica forma respecto de los modelos de la mente: se genera una criba para captar información susceptible de codificar” (p. 162). En este sentido, los grandes temas de la entrevista vuelven a emerger en los códigos, esta vez relacionados con las narrativas de las propias participantes, que se presentarán en los resultados narrativamente y mediante la inclusión de *verbatim*s. La utilidad de este tipo de clasificación se volvió indispensable si tenemos en cuenta que las transcripciones de las entrevistas sumaron más de 215 páginas y los diarios y cuadernos de campo más de 90 páginas.

El trabajo con los códigos comenzó a finales del año 2021. El diálogo entre las diversas categorías de análisis fue tejiéndose de manera simultánea a la redacción de los resultados y, así, se establecieron en todo momento relaciones y conexiones de interés para la investigación. Por ejemplo, se encontraron conexiones entre temas aparentemente distantes, como podrían ser la gestión del dolor y los posibles arrepentimientos vinculados a tatuajes antiguos. La principal ventaja de esta herramienta fue la de conectar las narrativas y permitir un manejo más cómodo de las mismas. La recuperación de *verbatim*s para incluir en el capítulo de presentación de los resultados también se vio beneficiada por el uso de NVivo, al agilizar la búsqueda mediante categorías previamente establecidas.

El libro de códigos permitió poner orden en el desorden aparente de las transcripciones de las entrevistas y, sobre todo, trabajar desde las conexiones entre códigos. Estas conexiones funcionaban como traducciones de la densidad discursiva y, a su vez, permitían establecer puentes e ir armando un relato completo: la etnografía. El *software* se utilizó, por tanto, como una herramienta de apoyo al análisis de los datos recogidos, pero en ningún caso se convirtió en el pilar fundamental de acceso a los resultados. El carácter extremadamente personal de las entrevistas y de los cuadernos de campo invitaba en todo momento a un análisis fluido e intertextual de los datos obtenidos.

4.4.2. La escritura etnográfica

En la escritura de esta etnografía, me ha resultado de gran ayuda, e inspiración, el libro *The art of listening* de Les Back (2007). Repleto de reflexiones sobre la tarea de investigar desde las ciencias sociales, es también un manual para el doctorado lleno de consejos y apreciaciones muy útiles de cara a la escritura de una tesis; sobre todo, me han resultado inspiradores los apartados del texto que hacen referencia a las dificultades que van surgiendo a lo largo del tiempo cuando una se enfrenta a la realización del doctorado. Al explicitarlas y narrarlas, Les Back las saca del plano individual para insertarlas en las dinámicas colectivas, en los sentimientos compartidos, que toda persona habrá de enfrentar a la hora de escribir una tesis.

La escritura etnográfica atiende, por tanto, a la necesidad de generar unos resultados densos en su atención al detalle, complejos y ricos en su alcance teórico y, sobre todo, humanos³⁷, centrados en las experiencias, sentimientos y vivencias de las personas que formamos parte de la investigación. Por otro lado, en cuanto al componente autoetnográfico de la tesis, quiero señalar que adoptaré una estrategia inspirada en el trabajo de Michelle Bishop (2021), quien, en la presentación de su autoetnografía indígena, se decide por el uso de la cursiva para separar en cada párrafo el discurso relacionado con su reflexión autoetnográfica de aquel relacionado con la escritura de corte académico más tradicional. Recogeré esta propuesta de escritura en el apartado de resultados de esta tesis y haré uso de la tipografía cursiva para introducir los elementos autoetnográficos del análisis.

Merece la pena, por otro lado, hacer una reflexión en torno a la divulgación del propio hacer antropológico. Desde que comenzó esta investigación, he participado en congresos e impartido conferencias y docencia. Además, y como he señalado con anterioridad en este capítulo, he realizado publicaciones en Instagram de forma periódica en torno al trabajo de investigación. También, he publicado artículos divulgativos en torno al tatuaje en medios feministas como *Pikara Magazine*. El hecho de que estos ejercicios de divulgación se dieran contemporáneamente al trabajo de campo y a la escritura de la tesis supuso una oportunidad a la hora de ir comprobando la recepción de los resultados por parte de un público no exclusivamente académico y los impactos que pudiera generar lo presentado.

La antropología, “además de las tareas de docencia e investigación clásicas, debe proponer a la sociedad en general otras posibilidades de interpretación y análisis –reflexivos y críticos– de la realidad cotidiana” (Moya, 2008, p. 131). En mi experiencia durante esta investigación, si, además, realizamos este ejercicio de manera continuada –*mientras* investigamos–, la divulgación puede convertirse en otra herramienta más de análisis dentro de la propia investigación al *sacar ahí fuera* lo que se lee, reflexiona e interpreta *dentro*, a lo largo de la investigación.

³⁷ Les Back (2007), al reflexionar sobre las tareas de su hacer sociológico, expresa que: “implica escuchar lo que ocurre detrás de la fachada pública, prestar atención a las formas en que las personas consiguen ‘un poco de humanidad en un mundo que se ha vuelto inhumano’”. [it involves listening to what goes on behind the public facade, attending to the ways that people achieve a ‘bit of humanness in a world become inhuman’]” (p. 167).

Así, por ejemplo, durante mi presentación de la conferencia *El cuerpo modificado como proyecto utópico. El tatuaje en la contemporaneidad desde un prisma crítico feminista*³⁸, se generó un espacio de debate posterior muy inspirador. Los temas que se trataron durante el turno de preguntas alumbraron de algún modo el camino por el que el propio trabajo de redacción del marco teórico estaba discurriendo en ese momento.

En definitiva, la escritura de una tesis puede ser entendida también como un evento literario (Back, 2007, p. 178) y, como tal, merece una total atención intelectual, corporal y emocional, sin menospreciar ni silenciar las alegrías y las dificultades que inevitablemente conlleva emprender una tarea de tal envergadura.

4.5. Consideraciones éticas en la investigación

Un trabajo de investigación desarrollado principalmente a través de canales digitales requiere prestar especial atención a los aspectos éticos involucrados en su realización. Para la recogida de datos mediante entrevistas en profundidad se redactaron: a) un compromiso de confidencialidad y una hoja informativa de investigación y b) un consentimiento informado para las personas participantes. Todos los documentos fueron aprobados para su uso durante el trabajo de campo por el comité de ética de la Universidad de Granada en febrero de 2021.

Las participantes pudieron escoger el tratamiento anónimo de sus datos o, por el contrario, aparecer en el trabajo con sus nombres reales. Aunque ninguna participante explicitó el deseo de permanecer anónima, elegí cambiar los nombres de aquellas participantes que denunciaron situaciones de abuso dentro del mundo del tatuaje para protegerlas de posibles represalias. Como ya comenté anteriormente en este capítulo, el cuerpo de datos recogidos fue almacenado en un disco duro externo al que solamente yo tenía acceso y, en el caso de aquellos datos no confidenciales, también en la nube virtual de Google.

En una apuesta por devolver los resultados a las participantes con quienes he construido esta investigación, remití la transcripción de sus entrevistas a todas ellas antes de comenzar con el análisis. De ese modo, tuvieron oportunidad de repasar sus propias palabras, corregir cualquier aspecto que pudiera aparecer errado o rectificar ideas, planteamientos o declaraciones. Algunas también me ayudaron a corregir nombres de referentes artísticos o tatuadoras y tatuadores que yo había recogido con errores tipográficos. Posteriormente, me comprometí con todas ellas a la devolución de los trabajos derivados de nuestros encuentros, fueran estos artículos académicos, piezas divulgativas o el resultado final de la investigación, en este último caso: la tesis, una vez que hubiera sido depositada y defendida.

³⁸ Impartida *online* el 11 de mayo de 2021 desde el Palacio del Almirante de la Universidad de Granada con el apoyo de Casa de Porras y La Madraza. Promovida por el laboratorio de Disidencias estéticas *Malas Lenguas*.

5. Resultados

Los resultados de esta investigación se dividen, para su presentación y análisis, en 6 grandes bloques, relacionados con la historia, la profesión de tatuadora o *piercer*, el cuerpo y el feminismo, lo externo, lo identitario y, por último, las rupturas, subversiones y resistencias en el tatuaje contemporáneo en el contexto español. En el cuaderno de campo, en marzo de 2020, anoté una reflexión que guiará la presentación de los resultados de esta, mi investigación encarnada:

Quiero que la mía sea una tesis de voces, como propone Svetlana Aleksiévitich a la hora de presentar las narrativas que compone su ensayo *La guerra no tiene rostro de mujer* (1985). Una tesis que respete y mime las historias de las personas participantes. Una tesis que contribuya a una academia centrada en las almas y no tanto en las cifras. Deseo comprender a las participantes, escucharles atentamente, y construir con sus palabras una teoría abierta, fluida, humana. –Extracto del cuaderno de campo. Febrero 2020.

5.1. Historia, referentes y pioneras

5.1.1. Nuestras abuelas, o la necesidad de construir genealogías

Mi abuela Mari³⁹ se tatuó por primera vez en 2020, exactamente el día anterior a que se decretara el confinamiento en España por la pandemia de covid-19.

Mari nació en la España de Franco, a finales de los años 40. La guerra civil española había terminado en el 39, momento en que la dictadura había dado comienzo a esa etapa oscura que se prolongó durante 36 años.

La mayor de cinco hermanas, mi abuela creció entre las garras de una dictadura feroz que había aniquilado a miembros de su propia familia en el barrio del que es originaria: el histórico Albaicín de Granada. Se casó con mi abuelo cuando tenía 19 años y tuvo un hijo y tres hijas, la mayor de las cuales se convertiría en mi madre algunos años después. También ella, Mati, mi madre, vivió sus 10 primeros años de vida en una España dictatorial. En 1975 Franco murió y algunos meses después se proclamó la monarquía parlamentaria española.

Mari se separó de mi abuelo pocos meses antes de llamarme para contarme que quería tatuarse. Hacía ya algún tiempo que ella venía contándonos a mi hermana y a mi que quería hacerlo, pero lo cierto es que nosotras lo dejábamos pasar, pensando que se le pasaría o que se trataba de una broma. Pero ella estaba decidida. Tenía muy claro que quería tatuarse la

³⁹ Como ya señalé en el capítulo dedicado a la metodología de investigación, a lo largo de los resultados voy a hacer uso de la letra cursiva para diferenciar aquellos fragmentos que parten de mi propia autoetnografía, separando así lo autobiográfico del resto de narrativas.

silueta de la figura de cerámica de un Buda que le había regalado su profesora de yoga poco antes de morir debido a un cáncer.

Así pues, contacté con una de mis tatuadoras de referencia en Granada y le conté la historia. Concretamos la cita para dos semanas después. El día de la sesión, mi abuela llegó sola a la estación de autobuses de Granada desde la costa, donde reside. No le había contado a nadie que se iba a tatuar. Al estudio la acompañé yo; estuve con ella mientras Alba, la tatuadora, colocaba el calco sobre la cadera. Estuve con ella hasta que se desvistió y se tumbó en la camilla en bragas. Sonreía, se la veía relajada y confiada. Las esperé fuera. Al terminar, decidí que ese tatuaje sería mi regalo. Cuando pagué, Alba me dijo que Mari no se había quejado ni movido nada.

Mi abuela y yo salimos del estudio sonriendo. Yo tuve el mismo subidón que me suele sobrevenir cuando me tatúo yo misma. Mi abuela: ‘pues no ha dolido nada, me esperaba algo peor’. Estaba pletórica, una luz muy brillante irradiaba de sus ojos caramelo. Quedamos para comer con mi hermana y mi pareja de aquel momento. Luego ella regresó a su casa en la costa, en autobús, y quiero pensar que menos sola: la acompañaba ese pequeño Buda de tinta negra, palpitante todavía bajo su piel herida.

Esta historia podría constituir una anécdota minúscula en el curso de la Historia. O podría iluminar aspectos de esa misma Historia que a menudo aparecen velados. Evidentemente, así narrada, esta historia cambia poco o nada el curso de los acontecimientos magnánimos. Observada con detenimiento y puesta en conversación con su contexto, sin embargo, alcanza notas épicas. Pensar en esta anécdota de manera aislada no es el modo de enfocarla mejor.

Para lograr comprender el gesto de Mari, urge repensarlo. Mi abuela, una mujer de más de 70 años, recién separada, crecida bajo la misma dictadura que le arrebató a personas vecinas, se tatuó un 13 de marzo de 2020. Es preciso entender cuándo nació y en qué contexto sociopolítico creció para enmarcar la decisión que tomó al tatuarse. Su gesto encierra una pequeña revolución corporal, no solo para ella misma, sino para la historia de todo un territorio, de toda una época y de todo un género.

Mónica (33, Graz), una de las mujeres a las que he entrevistado durante el trabajo de campo, me relató la historia de su abuela, con ecos potentes hacia la historia de mi propia abuela. Cada una en su propio tiempo y contexto, pero conectadas por una clara subversión de los códigos no escritos de la feminidad y, más en concreto, de los de la mujer casada:

Siempre recuerdo que mi abuela se quería tatuar, bueno se ha querido tatuar toda su vida. Y mi abuela es una señora nacida en el 39 en Aragón, y no sé dónde esta mujer, desde que salió del internado a los 16 años, quería tatuarse. ¿Cómo una mujer en los años 50 en España tenía esa idea? No lo sé, no sé qué vio ella. Esa sería una pregunta muy interesante para ella, ¿qué viste, dónde viste un tatuaje? Y se quería poner una telaraña en el pecho, o sea quería... no sé qué vio esa mujer, pero lo llevaba aquí entre

ceja y ceja. Por supuesto su marido no le dejó, y se quedó viuda y después de pasar muchos años de viudedad yo la acompañé a hacerse su primer tatuaje. Así que ella llevaba tatuajes, pero yo creo que esta idea de mi abuela siempre queriendo tatuajes, yo la tenía, estaba ahí. Forma parte de mi genealogía familiar, de mi genealogía de mujeres de mi familia, como algo que no es malo, como algo deseable y como algo rebelde porque el marido no te deja y es como: ¡pues yo quiero!. –Mónica, 33, Graz⁴⁰.

Esta tesis, cuyos resultados se inauguran de esta manera, pretende pues rescatar y dar espacio y relevancia a esas historias individuales que, en conjunto, conforman una Historia en sí mismas. Una historia que habla de resistencias, subversiones, cuerpos y, sobre todo, de escapes íntimos que tienen un reflejo en lo colectivo.

5.1.2. La historia del tatuaje en España a través de sus protagonistas

...este estudio aspira a arrojar luz sobre los actos ordinarios de resistencia más que sobre los acontecimientos que acaparan titulares y que suelen servir a la narrativa histórica. Como señalan Howard Eiland y Kevin McLaughlin, la intención de Walter Benjamin en El proyecto Arcades era mostrar una ‘historia primigenia’ sólo posible de realizar mediante la ‘astucia’.

El objeto de estudio no eran los grandes hombres y los acontecimientos célebres de la historiografía tradicional, sino los ‘rechazos’ y los ‘detritus’ de la historia, las huellas semiocultas y abigarradas de la vida cotidiana de ‘lo colectivo’.

[...this study aspires to shed light on ordinary acts of resistance rather than headline-grabbing events that typically serve historical narrative. As Howard Eiland and Kevin McLaughlin point out, Walter Benjamin’s intent in The Arcades Project was to show a “primal history” only possible to realize through “cunning”:
It was not the great men and celebrated events of traditional historiography but rather the ‘refused’ and ‘detritus’ of history, the half-concealed, variegated traces of the daily life of ‘the collective’; that was to be the object of study]
Aurora Morcillo⁴¹

¿Cómo fue la introducción del tatuaje en España y cómo vivieron las primeras tatuadoras la evolución de la práctica?, ¿cuándo comenzó a desarrollarse el tatuaje a escala comercial tras la muerte de Franco? Para iluminar estos interrogantes, los encuentros que mantuve con tatuadoras y con mujeres tatuadas partían de un acercamiento personal al tatuaje, para indagar en los referentes, los primeros recuerdos vinculados a la práctica y las personas tatuadas. Pero, primero de todo pretendo, como señala Morcillo (2022), señalar cómo el objeto de estudio de una historiografía que pretenda rescatar y destacar las resistencias (en su caso, hace referencia a los años de régimen franquista), pasa indefectiblemente por arrojar luz

⁴⁰ Todas las edades y lugares de residencia de las participantes hacen referencia al momento en que tuvieron lugar las entrevistas, entre febrero de 2021 y enero de 2022.

⁴¹ Morcillo, 2022, p.18.

sobre las huellas semiocultas y abigarradas que se encuentran en la cotidianidad de lo colectivo.

Una de las primeras entrevistas que realicé fue con Ana Belén (44, Madrid) natural de Tarragona. Es licenciada en Historia del Arte en la Universidad de Barcelona y doctora en sociología por la Universidad de Navarra en el año 2014. Su tesis sobre modificaciones corporales extremas es una de las pocas que se han preocupado por investigar el contexto de las modificaciones corporales en España. Ella misma lo expresa así: “Es un trabajo prácticamente de inicio a la historiografía del tatuaje como disciplina corporal, artística, antropológica, social...” (Ana Belén).

Ana Belén considera que la historia del tatuaje en España comenzó a desarrollarse, tras los 36 años de dictadura, en los primeros años 80, momento en que las culturas juveniles y las subculturas –la movida madrileña, el punk o el rock n roll– vivieron un momento de auge debido a la mayor libertad en la sociedad española desde el fin de la dictadura.

...esa gente que prácticamente tiene 50 largos, sesenta, más o menos, a la gente que le pilló joven en los 80, y le llegaron los tatuajes. Sí que era contestatario, porque yo dentro de mi familia, en esa generación, el tatuaje era totalmente rebelde, era tatuaje que se hacían los amigos sin ningún tipo de higiene ni de regulación sanitaria, y seguía manteniendo la marginalidad. Prácticamente hasta muy entrados los 90, casi el 2000, el tatuaje en España seguía siendo algo muy marginal, te ibas a tatuar a los sitios de playa o de costa, donde se tatuaban los extranjeros, era todo muy sórdido, no había... sí que es verdad que el tatuador a lo mejor era más viejo que una playa. A lo mejor se había formado en Inglaterra, pero todavía tenía ese aspecto como prácticamente algo críptico, escondido, te lo escondías para que nadie te viera. Y de repente en los 2000 y sobre todo con la llegada de internet y la difusión de la cultura y la globalización, el tatuaje aquí en España vive un segundo renacimiento. –Ana Belén, 44, Madrid.

Miriam (38, Granada), tatuadora desde hace más de 15 años, señala cómo muchos de los primeros estudios en España fueron abiertos por extranjeros y fueron las redes sociales, y la irrupción de lo digital en general, las que terminaron cambiando por completo la historia del tatuaje.

Yo creo que en España parte de estudios que al principio se fundaron era porque había una persona o inglesa o americana o holandesa o de Dinamarca y tal que venía, se montaba un estudio y al final lo terminaba llevando uno de aquí, un español. Creo que entró por ahí. Y no era tan fácil, no teníamos las mismas herramientas que el rollo digital este que tenemos, redes sociales, youtube con sus mil y un cursos, gente hablándote de cómo se hacen las cosas... eso no estaba antes, entonces era super difícil y aparte yo creo que el mundo del *tattoo* era muy receloso y con toda la lógica del mundo porque si tu abres las puertas a ese conocimiento el día siguiente te van a montar una tienda al lado. Entonces el tatuador antes vivía muy bien porque no se masificaban tanto los estudios de *tattoo*, ahora es un comercio más, como una tienda de medias. Entonces claro pierde un poco ese romanticismo, pero claro date cuenta que cada vez somos más en el mundo, todo el mundo tiene derecho a dedicarse a lo

que quiera, a aprender lo que quiera, eso me parece perfecto, pero es lo que hay, al final ya lo genuino se pierde en ese sentido, para mí. Pero bueno, son nuevas épocas, es otro rollo, y hay que darle la bienvenida igualmente. –Miriam, 38, Granada.

Fue a raíz de este y otros encuentros con tatuadoras que reconocí la necesidad de buscar a las pioneras del tatuaje en el contexto español. Sus historias merecían ser rescatadas, no sólo por su valor de cara a crear una genealogía de la práctica, sino también para entender cómo había sido dedicarse al tatuaje en los primeros años de la democracia.

Las pioneras encarnan la historia

Charlar con las pioneras aportó una especial profundidad a esta investigación; sentí que no podía entender lo que estaba ocurriendo en el presente si no lograba conectar con lo que había sucedido antes, sobre todo para aquellas primeras mujeres que decidieron dedicarse a tatuar o hacer piercings en un contexto que arrastraba problemáticas políticas y socioculturales de profundo calado íntimo. En inglés, leo tantos libros y artículos online maravillosos sobre mujeres tatuadas, sobre las primeras tatuadoras profesionales del mundo occidental, que empezaron a trabajar, como Maud Wagner en Estados Unidos, a finales del siglo XIX, y no puedo evitar preguntarme por dónde quedan las historias de las mujeres vinculadas al tatuaje en la tierra donde nació. ¿Quiénes fueron las primeras y cuáles fueron sus historias?

Hablando con Mariana (33, Murcia), tatuadora y apasionada del tatuaje que escribe artículos divulgativos sobre la historia del tatuaje, me doy cuenta de que esa preocupación por crear genealogías nos interesa a muchos y muchas. Su relato coincide con el de Ana Belén (44, Madrid) al señalar que muchos de los tatuadores que trabajaron de manera clandestina durante la dictadura venían de otros países europeos. La dificultad de ubicar a las primeras mujeres tatuadoras es aún mayor:

Con las mujeres es más difícil, también porque en España no tenemos nada documentado. Yo hace poco hablaba con Javi, con doctor Volumen, sobre cómo ubicamos al primer tatuador en España. Y no se puede ubicar, porque la mayoría de tatuadores, por ejemplo en los años 30-40, trabajaban en los puertos, eran marineros, rollo militares, entonces no eran españoles. Venían de Alemania, de Holanda, de Inglaterra... Y no hay nada escrito. Habría que empezar a documentarlo. –Mariana, 33, Murcia.

En este panorama, Andrea (59, Valencia), de nacionalidad inglesa, aterrizó en España en los años 80 con deseo de abrir el primer estudio de tatuaje en Valencia. Ella aprendió a tatuar con su padre y abrió un estudio junto con el que por entonces fuera su marido en la ciudad. ‘Tatuarte’ fue, según Andrea, el primer local en obtener una licencia comercial de apertura en España, en concreto en el año 1984. Fue su padre quien los ayudó a prepararse para la apertura, ya que por aquel entonces en España no era fácil conseguir material para tatuar y casi todo lo necesario para desempeñar la práctica provenía del extranjero, desde máquinas

hasta tintas.

El padre de Andrea, natural de la isla de Jersey, trabajó con la RAF (la *Royal Air Force* de Reino Unido), lo que lo llevó a Yemen, donde nació su hija. Will se alistó en la RAF para salir del orfanato donde creció, y fue allí donde se interesó por la práctica y comenzó a hacer tatuajes a sus compañeros, a mano, cuando estuvo destinado en lugares como Irán o Iraq. Andrea se trasladó a Inglaterra con apenas un año de edad, y creció rodeada de tatuajes y marineros. Ella llegó a España cuando aún no existía ningún estudio comercial abierto y comenzó a investigar junto a su pareja, español, para llenar ese vacío y abrir un establecimiento en un lugar donde por entonces no existía ninguno. Ella expresa las dificultades que tuvieron que sortear durante aquellos primeros años y cómo su marido tenía que hacer trabajos paralelamente –como coger naranjas– para mantener el negocio en los meses con menos clientela.

Andrea, inglesa, conecta claramente con otra de las pioneras del tatuaje en el contexto español: Isa (56, Valencia), nacida en Holanda pero residente en España desde 1990. Por aquel entonces, se la conocía como Marbella y su interés por el tatuaje la llevó a trabajar con tatuadores reconocidos internacionalmente como Lil Tuttle en San Francisco. Artista multidisciplinar y viajera incansable, se trasladó a México en los años 80, donde tatuaba y aprendió a torear, dedicándose profesionalmente al toreo durante algunos años. A principios de los 90, Isa eligió la región sureña de Andalucía para instalarse y comenzó a tatuar en Rota, donde trabajaba en un estudio dedicado principalmente a tatuar a marineros de la base americana y a militares españoles de San Fernando, localidad cercana.

Unos años después, desde la base de Rota, Isa se trasladó a Málaga, también en Andalucía, donde abrió un estudio comercial de tatuaje en una barriada. Allí, se dedicaba a tatuar sin horario, para ir aumentando su clientela, situación que podemos poner en relación con las dificultades experimentadas por Andrea y su marido, que también tatuaba, en los primeros años de su estudio, Tatuarte.

Yo llegué a Málaga y puse un estudio en una antigua tienda de chucherías en una barriada, en la barriada de la princesa. Y iba de boca a oreja, no había internet y toda la movida, ni teléfonos móviles ni leches. Era estar disponible día y noche; y si los clientes les gustaba lo que hacías, corrían la voz. –Isa, 56, Valencia.

Mariona (48, Bilbao), *piercer* catalana con más de 28 años de experiencia, recuerda cómo uno de sus primeros tatuajes se lo hizo en Cádiz, en un estudio heredero de esa tradición vinculada a la tradición militar que venimos analizando y hace referencia a que más que marginal, el tatuaje en España se encuentra poco documentado. Desde los primeros años de la década de 1990, distintos estudios fueron abriendo sus puertas a lo largo y ancho de la geografía española. El boca a boca había funcionado, y el interés por el mundo del tatuaje comenzaba a expandirse. Ciudades como Barcelona o Valencia e islas como Ibiza o Mallorca fueron de las primeras zonas donde la gente podía tatuarse de forma más accesible. Zonas

costeras y de gran afluencia de turistas, alojaban en sus calles estudios u hojas de contacto de personas que tatuaban de manera nómada, como en el caso de Mara, tatuadora nacida en Santander que se trasladó a Ibiza en los primeros años 90 para tatuar en su propia casa e, incluso, en discotecas, de madrugada:

Tú podías tatuar en una discoteca, en un pub, bueno ya te digo, entonces no había internet, entonces tú ibas con unos carteles que los cortabas por abajo para que arrancara la gente el teléfono y claro la gente igual estaba en una discoteca, veía el cartel, arrancaba el teléfono y te sonaba el teléfono a las 3 de la mañana: “¡hola tía! –Y ahí con la música...– mira es que he visto un teléfono y quería tatuarme.” Y yo decía: “madre de dios, que son las 3 de la mañana” [ríe], pero esto era así, era otro mundo. Y bueno ahí, pues trabajando como un animal, con cuatro hijas imagínate. Pero si, muy contenta, o sea me refiero que yo iba descubriendo porque el tatuaje realmente me descubría a mi también. –Mara, 60, Santander.

En el caso español, esta eclosión social en el uso de modificaciones corporales como el tatuaje y el *piercing* sucedió en gran parte gracias a escenas como la punk o la rocker, en definitiva, a diversas subculturas y culturas juveniles que llegaron a España con años de retraso respecto a Europa. Mariona, por su parte, reflexiona sobre sus primeros contactos con el punk y con las modificaciones corporales en Barcelona:

Creo que en mi caso se ha mezclado mucho con el punk, yo también escuchaba mucha música hardcore y lo bueno de Barcelona es que tenía mogollón de bandas de Estados Unidos. Entonces yo la primera vez que vi un pendiente en la ceja fue en un concierto en Barcelona. –Mariona, 48, Bilbao.

Sería a finales de los años 80 y principios de los 90 del siglo XX cuando nuestros relatos, como vemos, empiezan a reflejar el lento pero seguro crecimiento de la actividad tatuadora y su expansión dentro del territorio. Se fue pasando así de una actividad centrada en las zonas costeras, con mayor contacto con población foránea, a ciudades del interior; desde los pequeños locales en los que el tatuaje no era la actividad principal a nuevos espacios dedicados exclusivamente a ellos.

Por otro lado, la alusión Mariona a lo poco documentado que está el tatuaje en el contexto español es clave para entender que la marginalidad a la que estuvo relegado fue resultado de muy diversas situaciones, tanto políticas como socioculturales. Ella también destaca la influencia que nuestra historia tuvo –y aún tiene– en la percepción y desarrollo de la cultura del tatuaje:

Puede ser incluso política, si tenemos en cuenta que en el 75 salimos de un pequeño paréntesis histórico, por decirlo de alguna forma muy sutil, es normal que en la actualidad quede un poquito de ese resto de olor a naftalina, de armario cerrado en paréntesis, durante todos esos años. Y yo también creo que a veces en países del norte se es como más permisivo con el tema del *tattoo* y creo que ahí también tiene que ver el clima, el clima en relación al look. En sitios como Inglaterra la gente iba super tatuada

pero es que se pasan la mayoría del año en manga larga. [...] y luego por supuesto la parte cultural que va mezclada con la política y la política con la sociológica, al final es como de sacudir bien, todo junto. –Mariona, 48, Bilbao.

Esta diferencia con respecto a otros entornos europeos es algo que Andrea experimentó de primera mano al haber crecido en Inglaterra, en un hogar donde el tatuaje era la actividad profesional y económica principal. Las diferencias respecto al número de personas que se tatuaban en Reino Unido y en España eran enormes:

[...]había muchos más tatuajes [en Inglaterra], mucha más gente tatuada. A ver, yo veía a mi padre y se montó su estudio luego, a raíz de tenerlo en su casa, y yo me acuerdo de ir a ayudarle los sábados y que tenía muchísima gente ahí. Entonces no tiene nada que ver con nosotros que empezamos pues... el primer día que hicimos tres dragoncitos estábamos como alucinando. Creo que hicimos 9000 pesetas, 3000 pesetas cada dragón. Y yo decía: ¡buah, 3000 pesetas! ¡Somos ricos! [ríe] –Andrea, 59, Valencia.

Estas diferencias parecen una explicación clave de las dificultades a las que ellas se tuvieron que enfrentar a la hora de comenzar a tatuar profesionalmente en territorios españoles, como destaca Mara, que comenzó a tatuar regularmente de manera freelance en Ibiza, sin pertenecer al equipo de ningún estudio establecido. Ella reflexiona sobre cómo “esto estaba ya hirviendo en los 80 en Inglaterra, o sea hirviendo, y en los 90 desatado. Y aquí todavía estábamos dándonos con las paredes adonde íbamos” (Mara, 60, Santander).

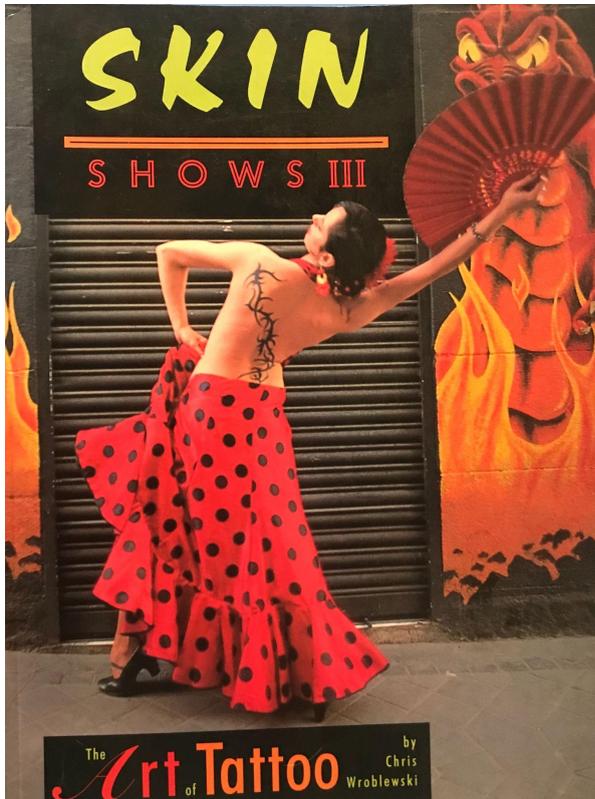


Imagen 2. Portada de *Skin Shows III. The Art of Tattoo* (1993). Virginia Díez tatuada por Lobo y Mao.

Otra de las dificultades a la hora de comenzar, como señalamos anteriormente, era que no existían lugares donde comprar el material necesario para tatuar, así que los tatuadores y tatuadoras tenían que pedir los materiales (máquinas, agujas o tintas) a países extranjeros, principalmente Reino Unido. Mara y Andrea refieren cómo debían contactar con distribuidores ingleses para conseguir materiales. Las agujas eran preparadas y soldadas según el uso que se les fuera a dar. Las nociones de higiene eran borrosas, así que iba aprendiendo sobre la marcha. Andrea cuenta cómo fue una amiga sanitaria la que, al ir a tatuarse al estudio un día, les refirió la necesidad de usar guantes.

Durante aquellas dos primeras décadas, entre los años 80 y finales de los 90, abrir un estudio comercial a pie de calle era todo un reto también a nivel burocrático. No existía un epígrafe concreto en que encajar la actividad profesional de los tatuadores o los *piercers* y, en la mayoría de los casos, los empleados públicos ni siquiera sabían de qué se trataba o cómo se llevaba a cabo la técnica. Andrea relata cómo sorteó ella estas problemáticas con ingenio. Para darse de alta, el empleado del ayuntamiento les pidió a su marido y a ella que le demostrasen in situ lo que hacían, con qué y cómo, y al ver que estaba bien hecho, se comenzó a pensar la manera de incluirlos en el sistema de la seguridad social. También relata que usaron normativa inglesa como base: “...cogimos también algo de normas de Inglaterra, entre mi padre y mi hermana y mi cuñado que son médicos, un poquito de bases de higiene para explicar lo que estábamos haciendo” (Andrea, 59, Valencia).

Ante las dificultades, afloran las resistencias

En aquellos primeros años de expansión de la cultura del tatuaje desde lo marginal y clandestino a lo comercial, las modificaciones corporales estuvieron muy vinculadas a estereotipos heredados del pasado, cuando se asociaba el cuerpo tatuado con lo criminal o lo canalla. Es interesante plantear, como propone Mara, rescatar historias más desconocidas del siglo pasado, cuando el tatuaje era también emblema del viajero, del que se acercaba a otras realidades, o de los aristócratas, que se podían permitir viajar fuera de España.

Pues el conde de Barcelona, el abuelo del rey, llevaba tatuajes, ¿por qué? Porque este había viajado y entonces allí se llevaban y llevaba todos los brazos, y además estaba *encantao* con sus tatuajes, y no se consideraban nada negativo, pero claro se consideraban aquí porque lo llevaba gente que era, pues del hampa, porque no había quién se los hiciera. Yo creo que si aquí hubiera habido una tienda donde se los hicieran bien y se los hubieran hecho... no voy a decir la familia de Franco [ríe] pero quien fuera vamos, entonces creo que se habría tomado con más naturalidad. –Mara, 60, Santander.

Indagando en este panorama, cabe preguntarse dónde se encontraban las mujeres, ¿se tatuaban?, y si lo hacían, ¿de qué manera? Andrea recuerda que la primera mujer que tatuó a “una chica, que era tipo *skin head*, punk, chica *punky*. Y le hice un escorpión, pero aparte de eso había muy poquitas chicas al principio” (Andrea, 59, Valencia). Ella reconoce que casi todas pertenecían a distintas ‘tribus urbanas’, término con que se denominaba entonces a las culturas juveniles.

Sin embargo, poco a poco mujeres de procedencia diversa fueron interesándose por el tatuaje conforme la sociedad se abría y el movimiento feminista iba ganando presencia política y fuerza social. Desde una cierta timidez o reserva inicial, más mujeres fueron adquiriendo tatuajes de mayor tamaño, aunque en la mayoría de los casos estos fuesen pequeños y permanecieran en lugares poco visibles del cuerpo, más fáciles de tapar o disimular:

Sería el 94 o por ahí, yo creo, que empezábamos a.. ya había mujeres tatuándose pero ya empezamos a tener muchísimo trabajo y las mujeres empezaron casi todas a hacerse un tatuaje aquí [señala el omóplato] en el hombro o en la ingle donde no se le iba a ver, y generalmente una rosita, casi siempre era una rosita. Teníamos una rosa, un diseño de una rosa, que todas la querían, todas querían la misma rosa entonces al final le subimos el precio... –Andrea, 59, Valencia.

Desde mediados de los años 90, se produjo un cambio profundo, y las mujeres comenzaban a acercarse a las agujas con una mirada más abierta y un deseo velado de reclamar el propio cuerpo frente a las imposiciones que aún pesaban sobre sus cuerpos y la herencia innegable de los años de la dictadura. Mara recuerda cómo, de hecho, se tatuaban más las mujeres que los hombres⁴², aunque ellas lo hicieran de manera menos “llamativa”. Para ella, estas elecciones tenían mucho que ver con que aún persistían ideas negativas en torno a la naturaleza o pertenencia social de las personas que se tatuaban. Además, ella vincula nociones relativas a la masculinidad hegemónica con los hombres tatuados:

Ellos piensan que son más hombres, más masculinos, porque decoraban su cuerpo; y ellas querían hacerse algo delicado, una cosa curiosa, realmente lo que ellas no querían era que les quedara, una palabra que se decía por entonces, macarra, chabacano –Mara, 60, Santander.

También Miriam, tatuadora, aprecia estas diferencias en su práctica: “Yo a la hora de elegir un diseño por ejemplo si que he visto que son más mujeres las que quieren algo pequeñito, perfecto, y super fino y consumen el *tattoo* como si te compras lencería” (Miriam, 38, Granada).

En referencia a esta idea de discreción en torno al modo de tatuarse de las mujeres, es curioso cómo, muchos años después, me cruzo con una noticia⁴³ que muestra la tendencia a estereotipar en relación al tatuaje en el contexto español. En el cuaderno de campo, anoto:

“Scarlett Johansson, una de las actrices tatuadas de forma poco discreta”. Ese es el pie de foto que acompaña a una imagen de la actriz Scarlett Johansson, de espaldas, donde se aprecian sus tatuajes, cubriendo gran parte de su espalda alta. Se trata de un artículo de la revista *Smoda*, dedicado al coste y dificultad de la eliminación de tatuajes. No deja de ser

⁴² Extracto de la entrevista: Julia: Comentabas que las mujeres solían escoger diseños más pequeños, más discretos... Mara: Sí, pero más frecuente, venían más mujeres que hombres siempre. En hacerse algo chiquito, sí.

⁴³ <https://smoda.elpais.com/belleza/cuanto-cuesta-eliminar-un-tatuaje/>

curioso que el adjetivo que se use para describir el modo en que Scarlett se tatúa sea poco ‘discreto’, remitiendo de nuevo a ese combo de feminidad hegemónica y tinta que deja fuera, y por tanto delimita como anormal o desviado, el cuerpo tatuado que no puede describirse como discreto o delicado. Está claro que siendo actriz, la presencia de tatuajes puede dificultar tu contratación, por el mero hecho de que será complicado taparlos, y se requerirán quizás recursos extra, como maquillaje especial para lograr cubrir la tinta sobre la piel. Lo que no está claro es por qué se usa el término ‘discreto’ en lugar de, por ejemplo, visible. Sus tatuajes se encuentran en lugares bastante expuestos, como la espalda alta o el antebrazo, pero ¿qué sentido tiene tacharla de “tatuada de forma poco discreta”?.

–Extracto del cuaderno de campo. Enero 2021.

Las mujeres van logrando, después de todo, un espacio preciado, luchando por abrirse camino en un mundo muy vinculado a la masculinidad hegemónica y sus dinámicas. Profesionalmente, las dificultades para dedicarse al tatuaje o el *piercing* se convirtieron para las pioneras en fuente de aliento e impulso para buscar su propio camino, su propio modo de hacer las cosas.

Yo llevo en *piercing* ya 27-28 años, llevo 22 años de autónoma con mi propia tienda y decidí montar mi propia tienda porque siendo mujer en la profesión pues es muy difícil. Normalmente siempre manda el tatuador, y suele ser chico y yo creía que era necesario, una tienda donde el poder lo tuviesen las chicas y se notase ese toque femenino. Desde la decoración a la selección de joyería, a cómo huele la tienda, me parece muy importante. –Mariona, 48, Bilbao.

Andrea explicita cómo en el caso de la profesión de tatuadora ocurre “como en todos los trabajos, la mujer en este tipo de trabajo no llega a ser perfectamente igual y trabajar como un hombre” (Andrea, 59, Valencia), y abunda en ello para destacar que, aún así, ella viajó, conoció gente y era conocida gracias a su trabajo incluso a escala internacional. En las convenciones, recuerda apertura y buen recibimiento en general ante su trabajo, aunque también rememora situaciones discriminatorias al acercarse a hablar con algún tatuador y que él no la considera “una igual”.

Isa, tatuadora y también, como hemos sabido, torera profesional, expresa de manera contundente su visión en torno al machismo en ambos mundos, el del tatuaje y el del toreo, y su deseo de rebasar límites y empoderarse desde el ejercicio de profesiones tradicionalmente consideradas masculinas:

Es un mundo machista donde yo tenía ganas de atravesarlo andando pacpacpac porque yo quería. Había algo de: ah, si, ¿no puedo? Pues verás. Siempre he tenido eso, por eso ya que soy más vieja hay sitios donde no voy porque si hay un no, yo voy, yo digo, ¡a ver! Y a veces es mucha lucha pa nada, no es que me va a pasar na, pero mucha lucha para demostrar qué, pa demostrar nada. ¿Entiendes? Ahora vivo en un pueblo y soy una mierda, nadie se interesa por mi, ni los cuatro estudios de tatuajes en cinco años,

ninguno ha dicho: vente a tomar un café, quiero hablar contigo. Ninguno. Y les he dicho: soy esto. ¡Soy tu abuela en el tatuaje! Nada... ni con sonrisa ni... por eso cuando esa chica quería una entrevista conmigo y me mandó una lista de preguntas, y en la lista no vi ese trocito que hemos hablado tú y yo de ser una mujer, y yo quería decir lo que era una mujer cuando empecé y lo que es ser una mujer ahora, porque no es más fácil ser una mujer ahora, solo está pintado de blanco, está todo políticamente correcto envuelto. Pero puede que sea peor, ser una mujer ahora, porque ahora te dicen: no, no, claro, yo también soy feminista, no, no, no, claro... Y no, no es verdad. –Isa, 56, Valencia.

Ser tatuadora, como ser torera, era algo raro en aquellos años. La sociedad no conseguía ubicar a estas mujeres en ningún plano conocido. Rompían las reglas de la feminidad, a la que vez que desestabilizaban las de la masculinidad al demostrar que el ejercicio de una profesión no estaba vetado a las mujeres que quisieran dedicarse a ellas. Las dinámicas machistas tenían una presencia innegable, pero, según relata Isa, en su experiencia enfrentarse a ellas fue más fácil debido precisamente a su carácter transparente y frontal, susceptible de ser abordado desde una posición asertiva.

Cuando yo empecé, con 15 años, había machismo pero un machismo muy claro, muy nítido, muy fácil de manejar, porque era así: se decía. No había políticamente correcto, entonces no se escondía lo que había. Se decía: oye tú, chocho, qué te has creído. “Vale, tío, tsch, tsch, prrrr”. Y se hacía amistad como se podía y punto. Cuando yo era chica eso de ser mujer era menos problemático. Siempre ha sido jodido... –Isa, 56, Valencia.

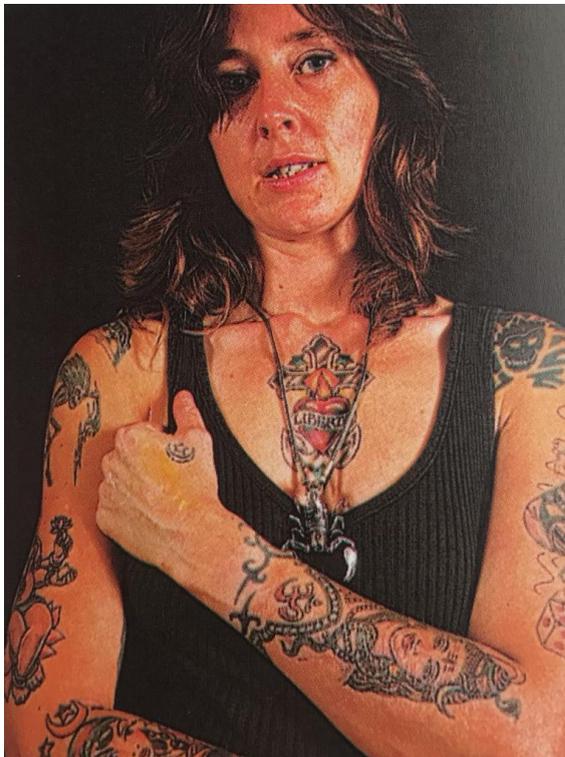


Imagen 3. Isa (c. 1990) fotografiada por J. Martínez Conde⁴⁴

⁴⁴ Fotografía propia de la página 24 del libro de Vicenç Gracià (1999) *El arte del tatuaje*.

Las primeras convenciones celebradas en España supusieron un gran impulso a la difusión de la cultura del tatuaje y al contacto entre artistas nacionales e internacionales. Pero también fueron espacios marcadamente machistas, donde la presencia de mujeres se reducía a puestos de menor relevancia, como señala Mariona:

La verdad es que ha sido un ambiente bastante masculino en general. Es tan fácil como pasearte, antiguamente, por una convención de tatuajes, donde el 70 eran hombres y el 30 mujeres. Los hombres con los stands y las chicas en la portada de la revista de *tattoo*. La chica estaba muchas veces en la sala de entrada, de información, como *secre*, como chica de los recados, pero no se le veía esa validez laboral. A mí personalmente me ha tocado, como dicen mis amigos mejicanos, picar mucha piedra, hacerme un espacio. Tienes que trabajar duro, tienes que trabajar mucho más duro. –Mariona, 48, Bilbao.

Las mujeres tuvieron que invertir mayor esfuerzo en lograr dedicarse profesionalmente al mundo del tatuaje o el *piercing*. Por un lado, se enfrentaban a un ambiente enormemente masculinizado y por otro, tenían que hacer frente a una clientela poco habituada a ponerse en manos de una mujer para tatuarse. Además, la clientela podría llegar a juzgarlas duramente también por sus propios cuerpos tatuados, como expresa Andrea:

Lo que me acuerdo es que muchísimas veces cuando se sentaba la persona en la silla, normalmente que era un hombre, para hacerse el tatuaje, me miraba y decía: “¿me vas a tatuar tú?” Así como, “¿una mujer me va a tatuar?!” Y por llevar tatuajes pues sí, te miraban muchísimo, aún me miran, aún me miran por llevar tatuajes porque ahora como soy mucho más mayor y llevo tatuajes pues... [ríe], me miran también. Pero ya te acostumbras. –Andrea, 59. Valencia.

En los relatos que hemos recogido, destaca una curiosa combinación entre un rechazo velado a las mujeres tatuadoras y una comprensible fascinación social y mediática ante sus vidas fuera de las normas de género. Así relata Mara su propia experiencia, a raíz de una reflexión acerca de las dificultades que ella encontró para que le concedieran un préstamo en el banco:

[...]es que yo llegué a decir ya termografista y decían: “¿qué es eso?” Claro para esconderme un poco, porque si decías tatuadora, no te lo daban. Pero esto es real, real, o sea me sentí discriminada siempre en ese aspecto. Porque claro a mi eso me hacía mogollón de daño porque veías que no podías avanzar, no te dejaban socialmente. [...] di el estudio de alta, que en principio se podía poner uno en un piso, entonces yo cogí un piso muy grande en la ciudad, nosotros vivíamos al fondo y en la parte de delante puse la recepción, lo que era la cabina de tatuar, etc. Y como era algo tan raro y tan hablado, enseguida vino la televisión, la radio, y yo realmente sorprendida. –Mara, 60, Santander.

El relato de Mara, que al volver a su Santander natal desde Ibiza se decidió a montar su

estudio en su propia casa, conecta de manera directa con los recuerdos de Andrea y de su propia casa de la infancia, donde su padre también tuvo su estudio durante muchos años antes de abrir un establecimiento independiente:

cuando mi padre tenía el..., digamos, el estudio, en su salita de casa, por eso se llamaban *tattoo parlors*, porque era el parlor de casa que es como la salita que entrabas, una habitación. Entonces él como vivíamos en un pueblo de pescadores pues teníamos muchos pescadores, marineros que venían a tatuar y bueno se montaba un jaleo ahí en casa porque claro él tenía esto ahí y luego detrás estaba la casa, entonces venía la gente a usar el baño de casa para mear [ríe], los marineros, todo. Y no me acuerdo de ninguna mujer que se estaba tatuando, entonces sí, ha cambiado mucho, eso ha cambiado mucho. –Andrea, 59, Valencia.

No deja de resultar curioso que la historia se repitiera con tantos años de diferencia y en situaciones aparentemente tan distintas. El *tattoo parlor* de Mara conversa metafóricamente con el de Will, el padre de Andrea, y sirve para ilustrar el cambio respecto a quienes acudían a tatuarse en cada uno de estos espacios. Otro de los aspectos en que nos interesaba indagar era el de los referentes de estas pioneras, ¿recordaban a otras mujeres tatuadoras anteriores o contemporáneas a ellas? Andrea, por ejemplo, recuerda a Isobel Varley, todo un referente de mujer *heavily tattooed*, y que empezó a tatuarse cuando tenía cerca de 60 años, en Inglaterra. Ella la conoció personalmente porque Isobel solía acudir a muchas convenciones internacionales. Sin embargo, al ser preguntada por algún referente profesional de mujer tatuadora, reconoce no recordar a ninguna. Su hija, que estaba presente también durante la videollamada, intervino entonces para recordarle que hubo una tatuadora, Silvana, que visitó Tatuarte en aquellos primeros años como *guest artist*.

Pensando en las pioneras, Mara se refiere a Isa, tatuadora y torera, cuando es preguntada por una mujer que tatuase en España contemporáneamente a ella. Recuerda que, además de ser conocida por haber sido torera, también era una mujer bastante tatuada, viajera, y que se había establecido en Málaga, aunque ella reconoce que le perdió la pista poco después y nunca llegó a conocerla personalmente. Isa, por su parte, menciona a una artista extranjera como gran referente e impulsora de su curiosidad y aspiraciones creativa: Vali Myers, a la que conoció por las fotografías que tomó de ella Ed Van der Elsen. Vali era australiana, tenía la cara tatuada, y también dibujaba y tatuaba ella misma. Aunque no la conoció, sus fotografías la impresionaron, hasta el punto de que hace unos meses Isa se inspiró en un tatuaje facial de Vali para tatuar su propia cara con una serie de puntos dispuestos de manera similar a los de su referente. Vali viajó por Europa y Estados Unidos tatuando a personajes como Patti Smith, en Nueva York. Por último, Isa recupera a Kandi Everett, otra referente del tatuaje occidental, alumna de Sailor Jerry, con la que trabajó durante algún tiempo en Hawai y a la que admira profundamente. Isa, Mara, Andrea y Mariona podrían convertirse en los referentes de muchas de las tatuadoras y *piercers* que se inician en la escena de las modificaciones corporales; sobre todo, si sus historias comienzan a ocupar el lugar central que les corresponde en la contemporaneidad. Isa, de hecho, se tatuó tres puntos en cada mejilla en homenaje a Vali Myers, a quien ella considera una referente del tatuaje y las

mujeres en su contexto:

Me acordé de los puntos de Vali Myers, que ella los tiene, y me acordé justamente de eso, de la impresión que me había dado las fotos de ella cuando yo empecé y entonces le dije: mira, ponme los puntos de Vali Myers para un tributo a ella. Entonces son tres, con momentos diferentes si, pero, de repente pensé: esta mujer ha abierto las puertas a todas nosotras. –Isa, 56, Valencia.

Me resulta curioso que cuando Isa me habla de sus referentes, yo estoy leyendo el libro “Éramos unos niños” de Patti Smith. En él, la cantante y escritora estadounidense, relata sus memorias sobre la relación que mantuvo, a lo largo de toda su vida, con el fotógrafo Robert Mapplethorpe. En un momento dado, Smith narra cómo Vali Myers la tatuó en una de sus visitas al Nueva York bohemio que Mapplethorpe y ella habitaban. El tatuaje de un rayo en la pierna se puede apreciar en algunas de las fotos más conocidas de la cantante. Buceando en internet me encuentro con declaraciones de la propia Smith sobre su experiencia:

El rayo de Patti Smith inspirado en Crazy Horse se lo tatuó Vali Myers, artista australiano y uno de sus primeros héroes. Smith declaró a la revista Interview en 1973: "Vali es una bruja beatnik italiana y fue una de mis grandes heroínas cuando tenía 14 años. Vivía en la orilla izquierda, era la chica beatnik por excelencia: pelo rojo espeso y grandes ojos negros, jerséis negros de cuello barco y gabardinas. Antes que Edie Sedgwick, era mi heroína. Tenía fotos suyas por todas las paredes. Nunca la consideré una persona real. Entonces me enfrenté a la chica real y pensé: "Oh, tío, ¿qué voy a hacer?", porque había lidiado tanto tiempo con la imagen. Se acercó a mí y jugamos a todos esos juegos, no realmente lésbicos, sino como flirtear con un chico en el instituto. Cuando me tatuó, fue doloroso. Parece un pequeño rayo. Mis fotos se habían convertido en realidad y tuve que asumirlo. Fue un gran punto de inflexión en mi vida, había cerrado el círculo. [Patti Smith's Crazy Horse-inspired lightning bolt was tattooed on her by Vali Myers, an Australian artist and one of her early heroes. Smith told Interview magazine in 1973: "Vali's an Italian beatnik-witch and she was a big hero of mine when I was 14. She lived on the left bank, the supreme beatnik chick – thick red hair and big black eyes, black boatneck sweaters, and trench coats. Before Edie Sedgwick, she was my heroine. I had pictures of her all over my walls. I never considered her as a real person. Then I was confronted with the real girl, and I thought, 'oh man, what am I gonna do,' cause I had dealt with the image so long. She came over to me and we played all these, not really lesbian games, but like flirting with a boy in high school. When she tattooed me, it was painful. It looks like a little lightning bolt. My photos had become real, and I had to deal with that as a reality. It was a great turning point in my life, it had come full circle]" –Extracto de artículo de Another Mag⁴⁵.

Las pioneras y su viaje hacia la contemporaneidad

⁴⁵ <https://www.anothermag.com/art-photography/3523/another-loves-tattoos>

Paralelamente al crecimiento profesional, artístico y comercial de la práctica, la sociedad española fue abriendo los ojos, aún estupefacta, al aumento de cuerpos tatuados a su alrededor. Durante los años 90 todavía solía vincularse el mundo de las modificaciones corporales con escenas underground como la punk, o con comunidades reunidas en torno a prácticas sexuales no normativas como la BDSM⁴⁶.

Cuando era como mediados de los 90 nos tenían como unos auténticos freaks. Han pasado de decir que estábamos locos a decir cómo molas. No sé si me explico, la evolución ha sido desde tratarlo como algo marginal, y punk y BDSM y rollo leather, ha pasado a ser una moda, y sale en el Vogue. Ha sido una evolución rara y nosotros siempre hemos sido los últimos. –Mariona, 48, Bilbao.

Mariona relata de este modo las tensiones existentes entre el rechazo a los cuerpos tatuados y la fetichización que los llevó a ser portada de revistas de moda o inspiración de colecciones de diseñadores de lujo. La misma Andrea refiere que el tatuaje era “una cosa marginada, un poquito ahí de underground”, al seguir vinculándose el tatuaje con determinados grupos de personas como “los yonquis, los legionarios y los prisioneros y la gente en la cárcel” (Andrea, 59, Valencia). La inclusión del tatuaje en revistas o desfiles de moda pudo contribuir ciertamente a una mayor aceptación social pero, como ejemplifica el relato de Mariona, también pudo suponer cierta fetichización del cuerpo tatuado como producto de consumo. La repercusión mediática, no obstante, supuso un gran cambio en el caso de Mara, que hace referencia a las reticencias iniciales de un miembro de su familia a que ella se dedicara al tatuaje, y cómo éstas cambiaron:

A mi mi familia, falleció toda cuando yo era muy joven, a mi me quedaba un tío que era muy mayor y siempre me decía, era como si me hubiera metido a prostituta, me decía: ay Mara hija, ¿por qué?, pero ¿tú no te podrías dedicar a otra cosina?, a otra cosa, mujer... Algo realmente, no sé cómo decirte, es que eso se lo hacen los de la cárcel y las prostitutas, decía [ríe], y claro cuando él luego ya me vio que salí en un programa de televisión y en el telediario, buah, ya no cabía en sí, ya empezaba, bueno a ver eh, dice, es que claro mi sobrina, ella tiene como una clínica. Te quiero decir que él estaba orgulloso, por primera vez estaba orgulloso porque claro le habían presentado el otro lado, que era aceptada por otro lado. –Mara, 60, Santander.

Las vivencias corporales de las mujeres tatuadas, en este panorama, sí que se ubicaban en un espacio de libertad que confrontaba las nociones tradicionales de feminidad atribuidas a los cuerpos de las mujeres. Al tatuarse, muchas estaban rechazando de manera patente las expectativas que la sociedad seguía depositando sobre las corporalidades consideradas inferiores por el poder patriarcal.

⁴⁶ BDSM: abreviatura de bondage, disciplina (o dominación), sadismo (o sumisión), masoquismo: actividad sexual que consiste, por ejemplo, en atar a una pareja, juegos en los que una pareja controla a otra, o dar y recibir dolor a cambio de placer [abbreviation for bondage, discipline (or domination), sadism (or submission), masochism: sexual activity that involves, for example, tying a partner up, games in which one partner controls another, or giving and receiving pain for pleasure]. (Fuente: <https://dictionary.cambridge.org/dictionary/english/bdsm>)

Cómo lo he vivido yo en mi cuerpo... Bueno, me voy a remitir a un muy buen libro que tengo desde hace años que dice “mi cuerpo, mi campo de batalla”. Al final es: lo único que te pertenece es tu cuerpo y tienes el derecho de modificarlo como quieras, siempre que lo hagas con responsabilidad y con cabeza. Yo creo que al final es muy de concepto fakir, ¿no? A veces cuando eres muy joven, no tienes nada... lo único que tienes es tu cuerpo. Y la libertad de modificarlo. A mi me parece un punto de libertad, de libertad individual podríamos decir, que es muy importante que no perdamos. ¿Que luego hay modificaciones corporales que se aceptan más que otras? Pues sí, está más aceptado siliconarse los labios que tatuarse la cara. [...] está más aceptado hacerse una 95 de sujetador que tatuarte las manos o que llevar una dilatación. Puedes tirar por aquí, pero no puedes tirar por aquí. Yo lo que intento hacer siempre es como respetar todas las modificaciones corporales, aunque no sean mis preferidas, simplemente por el hecho de que quiero que respeten las mías. –Mariona, 48, Bilbao.

La idea de respeto aparece en los relatos como un pasaporte indispensable de cara a la aceptación, no ya de la práctica en sí, sino de las decisiones en general que las mujeres toman respecto a sus cuerpos. Andrea (59, Valencia) explica también cómo el cambio hacia una mayor aceptación del tatuaje a escala social, a diferencia de en otros lugares europeos, “en España igual es posible que tarde un poco más”. Esto estaría relacionado con la tardanza en la expansión de la práctica en España. Además de que, como sigue relatando la tatuadora inglesa, “Inglaterra y Alemania están más tranquilos con eso, con la manera de vestir también y bueno, la imagen en general, entonces ahí incluimos los tatuajes” (Andrea). Según ella, los estigmas se irán ralentizando hasta que no sea algo anormal que una persona con tatuajes visibles nos atienda en el banco o el supermercado.

Resulta curioso que la aceptación en otros contextos, no sólo a nivel europeo, fuese mayor en lugares tan distantes geográficamente como India, lo que podría relacionarse con la existencia de tradiciones de modificación corporal más antiguas en el país asiático. Isa, que ha pasado temporadas largas en India en diversas ocasiones, relata cómo ella siente muchos menos prejuicios hacia su cuerpo tatuado en India donde, aunque la gente agarre su brazo sin pedir permiso, lo hacen “contentos de mirar”, mientras que en Europa si se “quedaba en la zona del estudio de tatuaje todo bien, pero en otra zona era más complicao” (Isa, 56, Valencia).

En referencia a otro tema emergente durante nuestras entrevistas, el de la presencia de mujeres tatuadoras en los espacios de trabajo de las entrevistadas, Andrea recuerda cómo en Tatuarte hubo un momento en que en el equipo trabajaban 12 personas tatuando de las cuales solo ella era mujer. Ella reconoce que el salto desde los años 80 hasta ahora es ingente, teniendo en cuenta que cada vez más mujeres se dedican a tatuar en el contexto español, aunque sigan siendo, según ella, minoría respecto a los hombres. El trabajo duro y persistente emerge en nuestras entrevistas como una constante a la hora de hacer carrera como tatuadora o *piercer*. Junto con éste, aparece en incontables ocasiones la referencia explícita a la dedicación apasionada, entusiasta. Mariona reconoce que, frente a las desigualdades de género que persisten en el mundo de las modificaciones corporales, “es todo lo que nos queda; al final son nuestras pequeñas armas como mujeres, el esforzarnos mucho y hacerlo

con pasión” (Mariona, 48, Bilbao).

Este apasionamiento profesional logra traspasar los límites del ejercicio artístico, para entrar a inundar también aspectos de la propia vida en relación al cuerpo tatuado de nuestras entrevistadas. El tatuaje parece convertirse en un elemento diferenciador y potenciador de la identidad y de la posición en el mundo de quien lo porta, como en la apasionante historia de Isa:

Pues yo a veces estoy en países fríos y entonces voy muy abrigada y no se me ven los tatuajes y como tengo costumbre de existir a través de mis tatuajes, de darme un poquito de peso en la vida, ¿me entiendes?, de... «eso soy yo, así que tenerme en cuenta», a través de mis tatuajes, así que cuando no se ven me siento desplazada, entonces he puesto varias cosas en sitios donde se ven porque me ha hecho falta. Me ha hecho falta para interactuar con la gente, porque la reacción de los demás te dice mucho sobre quién tienes delante, entonces es como un short cut, como en el ordenador, un short cut para ver con quién tengo... y a veces hago lo mismo con... no es necesario que me pinto los pelos de dos colores o pongo zapatos de dos colores, no es necesario, pero me ayuda en poner en orden las relaciones con la gente. De que, mira... como en la jungla, los bichos, y yo brrrrrr, mira, ese bicho soy yo, ¿puedes conmigo o prefieres cambiar de acera? Vale pues muy bien, cambia de acera, vale, y yo no malgasto el tiempo, ¡ciao! –Isa, 56, Valencia.

La vida se mezcla con la profesión en el escenario del cuerpo, que se convierte en territorio de reivindicación y vivencia intensa del tatuaje o el *piercing* a escala profesional pero también íntima, personal, como demuestra la visión de futuro de la *piercer* Mariona, que además utiliza la metáfora del matrimonio para subvertir los dictámenes de la feminidad en torno al compromiso. Ella expresa que se casó con el *piercing* “porque al final es mucho compromiso, es mi vida” (Mariona, 48, Bilbao).

La falta de regulación y la inexistencia de legislación en los inicios, podrían explicar que dedicarse al mundo del tatuaje y del *piercing* requiriese de este apasionamiento y compromiso más allá de lo profesional; sin ellos, quizás muchas habrían tirado la toalla, abandonando la carrera profesional por las constantes dificultades y presiones:

Yo recuerdo hace años, cuando trabajaba de secretaria en la tienda de *tattoos*, que en páginas amarillas de su momento no había un epígrafe de *tattoos*, pasaba de taxi a taxidermia, y no había epígrafe de *tattoos*. En su momento lo discutimos y conseguimos el epígrafe de *tattoos* y luego años más tarde, pues ya salían como 10 o 15 personas. Ahora nadie hace publicidad en páginas amarillas, ¿no?, se hace en redes sociales y estas cosas. Si le damos una vuelta a esto, falta mucho que hacer. En País Vasco, por ejemplo, los tatuadores y los perforadores estamos como peluqueros, no tenemos un epígrafe concreto. Pero se nos obliga a hacer un higiénico sanitario, que a un peluquero no. Falta un cacho en el tema laboral, en cuál es nuestra posición. Yo llevo un montón de años pagando impuestos, eh. –Mariona, 48, Bilbao.

En otro ejemplo de apasionamiento en torno a la práctica, Mara se recuerda “borracha de tatuaje” debido a la dedicación entusiasta al tatuaje en sus primeros años:

El caso es que yo de alguna manera tuve una unión con él [su mentor, quien la enseñó a tatuar] en un momento de mi vida que cambió mi vida. O sea, le agradeceré hasta la eternidad lo que hizo, porque realmente para mí aquello luego fue una pasión. Empecé por una necesidad también de coger un oficio y asentarme, y al final acabé realmente envuelta, borracha de tatuaje, realmente ya te digo, es que 16 horas dan pa mucho, era locura. Y era todos los días, bueno, yo soñaba por la noche. Yo decía, es que por la noche no cobro y estoy soñando que tatúo. Claro, cuando haces algo con tanta intensidad, yo estaba durmiendo y soñaba que tatuaba [ríe], vamos, era agotador. Pero era porque eran otros tiempos. –Mara, 60, Santander.

La borrachera a la que hace referencia Mara en su relato se contagia a otros relatos, como el de Mariona, que tiene claro que se cuidará para poder seguir dedicándose al *body piercing* todo el tiempo que su cuerpo le permita. En general, las cuatro pioneras que han participado en esta etnografía explicitan su deseo de continuar tatuando o agujereando hasta el final de sus días, en parte por el amor a su profesión, en parte, porque, como denuncia Mariona, tendrán difícil ser contratadas en otros entornos laborales debido precisamente a sus cuerpos modificados. Mara, que sigue tatuando, fue también la pionera en España en la realización de tatuaje paramédico. Andrea ya no tatúa de manera continuada, pero sigue siendo la responsable de Tatuarte junto a su hijo, que también es tatuador. Isa, por su parte, añora los viejos tiempos cuando los clientes “te hablaban lo que sentían, no lo que habían visto en internet” y podían llegar a pasar días antes de que juntos encontraran el diseño exacto para un tatuaje.

Mara, en consonancia con Isa, cierra su relato con un posible regreso a los orígenes, a esos días en que los clientes se quedaban a comer en casa y en que las relaciones que se establecían entre tatuadora y persona tatuada eran más profundas y pausadas: “atender al cliente como antiguamente, que el cliente llegaba a casa, yo le escuchaba, y luego me ponía a tatuarlo después de hacerle los diseños, y charlábamos juntos y parábamos y decíamos, venga, ahora vamos a comer” (Mara, 60, Santander).

De las narrativas de nuestras participantes, se desprende esta nostalgia de los ‘viejos tiempos’, cuando las redes sociales no tenían cabida y el trato con la clientela era más directo y profundo. Parece que, para ellas, los likes y las reacciones en el terreno virtual no tienen tanta importancia como el compromiso, la creatividad y el apasionamiento ante unas profesiones tan peculiares y exigentes como la de tatuadora o *piercer*.

El papel central de las mujeres en el desarrollo del tatuaje en España

La situación política en España determinó el retraso en la expansión de la contracultura y las culturas juveniles y, por ende, de las prácticas de modificación corporal. En consecuencia, el acercamiento académico al mundo de las modificaciones corporales es más bien escaso en el caso español, sobre todo al compararlo con países como Estados Unidos, Alemania o Reino

Unido, donde la investigación en torno al mundo de las modificaciones corporales es mucho más extensa. Además, las investigaciones de corte cualitativo y etnográfico son aún menos comunes.

Si bien las lógicas machistas imperantes en la sociedad española determinaron barreras y obstáculos para las mujeres decididas a dedicarse al mundo del tatuaje y el *piercing* durante los años posteriores a la transición democrática, las resistencias y estrategias de afrontamiento frente a estas dificultades fueron creativas, valientes y, como demuestran las historias de las pioneras, efectivas. Conforme la sociedad iba dejando atrás la censura, la falta de libertad y las represalias a las mujeres que se salían de las normas de feminidad asociadas al franquismo, las pioneras de la modificación corporal se convirtieron en testigos y protagonistas del cambio; un cambio que encarnaron también en sus propios cuerpos modificados.

En este sentido, sus narrativas reflejan las tensiones que, aún a día de hoy, señalan a los cuerpos profusamente modificados –tatuados, agujereados, escarificados– de las mujeres como problemáticos e incómodos. Más aún si pensamos que pocos años antes de que ellas comenzaran a dedicarse al tatuaje y el *piercing* las exigencias depositadas sobre los cuerpos de las mujeres en el contexto español –en lo referente al vestido, la estética o la sexualidad– suponían una influencia enorme sobre sus vivencias corporales. Las modificaciones corporales, relacionadas con la experimentación y la exploración creativa de la propia carnalidad, abrieron sendas de libertad en una sociedad que se asomaba con determinación a su propio deseo de cambio.

La dedicación apasionada de las primeras profesionales del mundo de las modificaciones corporales en España es también una invitación a profundizar en las experiencias de las mujeres en la industria del tatuaje y el *piercing*, quienes aún a día de hoy tienen que enfrentarse a obstáculos y juicios de diversa índole.

5.1.3. Diferencias territoriales norte-sur / España-Europa, mundo

En mayo de 2020, realicé una publicación en mi perfil de Instagram acerca de la tradición del tatuaje inuit. Los pueblos inuit habitan las tundras de Canadá, Alaska y Groenlandia. Lo que en su momento leí sobre las tradiciones de estos pueblos, sirve para enmarcar dos cuestiones clave: la importancia de contextualizar toda referencia a cualquier práctica de tatuaje contemporánea o pasada y la necesidad de desbancar la idea de que todas las culturas de tatuaje están o estuvieron masculinizadas:

Llevo unos días fascinada con la tradición del tatuaje inuit. Es un ejemplo clarísimo de cómo los acercamientos occidentales al mundo del tatuaje han sido en general terriblemente etnocéntricos. Prohibido por los colonizadores cristianos hace más de un siglo, el tatuaje tradicional inuit se viene rescatando desde hace unos años como parte de una lucha indígena admirable.

No es totalmente cierto que la cultura del tatuaje sea masculina y “macha”; esta afirmación es culturalmente errónea, puesto que existen tradiciones milenarias de tatuaje donde las mujeres tienen mayor presencia que los hombres, como es el caso de la inuit.

Imagen: Mujer Netsilik tatuada, fotografiada por Albert Peter Low (1903-04).

[#tatuajeinuit](#) [#inuittattooing](#) [#tattoohistory](#) [#historiadeltatuaje](#) [#tattoo](#) [#tatuaje](#)

Me preparo ahora para ver “Tunniit: retracing the lines of inuit tattoos”, documental del 2010 de Alethea Arnaquq-Baril, cineasta Inuk. –Publicación en mi cuenta personal de Instagram. Agosto de 2021. (Julia Amigo [[@julia.amigo_](#)]. (21 de mayo de 2020).

Llevo unos días fascinada con la tradición del tatuaje inuit. Es un ejemplo clarísimo de cómo los acercamientos occidentales al mundo del tatuaje han sido en general terriblemente etnocéntricos. [Descripción audiovisual]. Instagram.

<https://www.instagram.com/p/CSxS3EVDrg5/>).



Imagen 4. Mujeres inuit tatuadas fotografiadas por Albert Peter Low (1903-1904)⁴⁷

En los relatos de las entrevistadas, son relevantes las diferencias territoriales en torno a la práctica del tatuaje y las percepciones sociales de los cuerpos tatuados. Al viajar al extranjero o porque ellas mismas llegaban de países como Reino Unido (Andrea aprendió a tatuar con su padre, también tatuador, en Inglaterra) u Holanda (Isa aprendió y comenzó a tatuar en Amsterdam), los relatos de las participantes ponen la atención en muchas ocasiones en esas diferencias entre territorios. Esta situación de diferencia será explicada, en varias ocasiones, bajo el prisma de la dictadura y el efecto que sus políticas represivas tuvieron sobre las vidas y las expresiones identitarias de la ciudadanía española y, en especial, de las mujeres y todas aquellas que no encajaban en el relato y las exigencias de la normatividad impuesta. Miriam recuerda sus primeros viajes a Londres y las diferencias observadas:

Nosotros tenemos un precedente que es Inglaterra, que es Estados Unidos, que son

⁴⁷ Imagen recuperada de:
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Tattooed_Inuit_women_at_Cape_Fullerton_%282844%29.jpg

otros países en el que *el tattoo* como ellos lo han vivido y tienen otra cultura del *tattoo*, porque tienen mucho más peso histórico, que aquí en España quieras que no era presidarios, legionarios... ellos no, ellos lo tienen mucho más interiorizado, tienen otro rollo con el *tattoo*, pues yo supongo que al tener ese precedente pasará igual. Yo la primera vez que viajé a Londres dije, buah, me voy a encontrar aquí una calidad de *tattoos*... y me encontré de todo. Y estudios de todo tipo. –Miriam, 38, Granada.

Ohiana, tatuadora que comenzó sus andaduras artísticas en Italia, también hace referencia a esas diferencias históricas en la presencia de tatuaje en otros territorios europeos como plausible explicación para el cierto ‘retraso’ en la popularización de la práctica en España:

En el norte de Europa se respira tatuaje desde 1900 y no entiendo por qué, zonas de mar y de grandes exploradores y navegantes como Italia, España, Portugal... supongo que Grecia también, aunque no estoy muy puesta, por qué no hemos tenido ese mismo recorrido, porque en realidad seguro que en las tripulaciones de todas estas grandes expediciones había marineros italianos, españoles... entonces no entiendo por qué a la vuelta no se arraigó tanto aquí como por ejemplo en Suecia, en Noruega. Eso no lo sé, me lo he preguntado siempre... en Inglaterra. No sé si tiene que ver con el hecho de que allí se tatuaba mucho la “gente bien” también, la realeza, las clases altas, entonces eso se queda como una cosa más aceptable. Supongo que puede tener que ver a nivel cultural con el cristianismo y otras religiones u otras sociedades, por ejemplo, en el norte de Europa los vikingos siempre se han tatuado. –Ohiana, 36, San Sebastián.

Tras la conversación con ella, y siendo el tema de la realeza tatuada algo recurrente en varias conversaciones mantenidas hasta el momento, me decido a indagar un poco más en el tema:

He encontrado algo más de información sobre los tatuajes del abuelo y bisabuelo⁴⁸ del rey. 1982, entrevista en TV a Juan de Borbón (abuelo de Felipe -el rey actual- y padre de Juan Carlos, el anterior rey), declara: "Me los hice en el año 32, cuando solo tenía 19 años. En aquella época era muy normal, muy de marino. El que pasaba por oriente, se los hacía. Hoy en día es menos común."

Su hermano, Jaime, también estaba tatuado, en espalda, pecho y brazos, según relata un Guardia civil en el libro *Gentes de mal vivir* (1929).

Su padre, Alfonso XIII fue supuestamente tatuado por George Burchett, pero hasta ahora no he encontrado nada al respecto. Seguiré buscando. Una de las entrevistadas, Mariana, escribió en un post⁴⁹ que sus hijos también fueron tatuados por Burchett: “[...]Jaime y Juan, quienes dieron dolores de cabeza al tatuador con sus sangrados

⁴⁸ Para consultar algunas fotos de los dragones de Juan se pueden visitar los siguientes enlaces:

https://www.abc.es/cultura/abci-tatuajes-enorgullecian-juan-borbon-201903190131_noticia.html

<https://www.revistavanityfair.es/realeza/articulos/don-juan-de-borbon-tatuajes-abuelo-felipe-vi/30099>

https://www.vanitatis.elconfidencial.com/casas-reales/2022-11-02/tatuajes-familia-real-rey-dragon-don-juan-anc-la-juan-carlos-i_3513598/

⁴⁹ <https://elnoroestdigital.com/el-rey-del-tattoo/>

abundantes por sus problemas de hemofilia (legado de la Reina Victoria de Inglaterra, la abuela de Europa)” –Extracto del cuaderno de campo. Noviembre 2022.

En su estancia en Italia, Ohiana sí que comprobó como, aún siendo un país con una tradición más joven que la de otros países europeos como los referidos más arriba o Alemania, el tatuaje lleva más años siendo practicado de manera profesional que en España, debido a nuestra propia historia política:

En Italia ya había algún estudio profesional en los años setenta. Conocí a un tatuador que aún tiene su estudio, que es como un viaje en el tiempo, es impresionante, y él es el primero que abrió un estudio profesional en Milán, a principios de los setenta. Dijo que llamó al ayuntamiento y no sabían ni cómo colocarlo. Así que sí, fue antes, pero como en Italia por ejemplo se da mucho lo que te decía del cristianismo, y los dos lados de la moneda, el tatuaje de los peregrinos y la prohibición de tatuarse de los cristianos, porque en realidad teóricamente no podían tatuarse y de hecho creo que ha habido una prohibición en sí de tatuarse, porque era profanar el cuerpo. Pero al mismo tiempo también había una corriente muy fuerte del tatuaje de los peregrinos, Loreto, Jerusalén y todo eso. Es fascinante y es una contradicción increíble, que además creo que no se da en ninguna otra religión, porque los musulmanes no se pueden tatuar y no se tatúan y punto. Aunque las tribus bereber sí hicieran cosas. –Ohiana, 36, San Sebastián.

Claudia (34, Barcelona), tatuadora de Italia afincada en Barcelona, reflexiona por su parte sobre las diferencias entre territorios occidentales y aquellos donde el tatuaje es una tradición muy antigua y un componente intrínseco de la vida social y ritual. Al ser preguntada por las diferencias observadas entre los entornos occidentales donde ha trabajado y esas tradiciones más antiguas, expresa:

Aquí hay mucha diferencia, y debo decir que yo he crecido en el mundo del *tattoo*, con una idea de *tattoo* que era muy limitante, por el hecho de estudiar tanto el *tradi* [tradicional americano, surgido en Estados Unidos], de que solo el *tradi* era el *tattoo*... que el mundo del *tradi* es muy cerrado eh. El *tattoo* ha llegado a nosotros -bueno esto por ser siempre eurocéntricos, de tener mucho ego- y el *tattoo* ha llegado en los primeros del novecientos cuando los marineros se iban para allá y no sé qué... digo ya, pero ¿los marineros dónde han visto los *tattoos*, de dónde vienen en realidad los *tattoos*? Viajando he descubierto un buen mundo detrás de todo esto, eh. Como ir un paso más atrás, sabes, también lo que estaba acostumbrada a ver, a estudiar, de que los grandes, los míticos, los tatuadores de no sé qué, eran ciertos tatuadores, que se tatuaban de una cierta forma, que el puerto de Nueva York era lo más *cool* de toda la historia del *tattoo*, y es como que, a ver, hay muchas culturas que lo utilizan desde muchísimos más años. Y me parece fascinante. –Claudia, 34, Barcelona.

Ella abunda en estas diferencias para resaltar que estos entendimientos eurocéntricos acerca de la historia del tatuaje y su expansión también se dan en referencia al género, como señalaba al inicio de este apartado con el ejemplo de los pueblos inuit:

Yo debo decir que por ejemplo para nosotros resulta siempre muy impactante ver por ejemplo mujeres muy tatuadas, la cara... pero en muchas culturas en realidad es una marca el tattoo, de diferenciación que puede ser social, de protección... por ejemplo en Myanmar las mujeres que se tatuaban la cara, sobre todo si eran bonitas, ellas se tatuaban para no venir raptadas y violadas. Para que sean más feas. Y para nosotros es: ¡ay, mira qué cosa más bonita! Para ellos no les supone la misma sensación. Para ellos este ritual, que nosotros llamamos ritual, acaba y quedan más contentas, porque no hay peligro. Y así creo que hay muchos sitios. La marca de que estoy casada, la marca de que tengo hijos, la marca de no se qué... y muchos a mujeres. Bueno, a hombres cuando son guerreros y cosas así también en realidad, pero claro, las mujeres para ser reconocidas y los hombres para ser guerreros [ríe]. –Claudia, 34, Barcelona.

Diferencias territoriales en España

En cuanto el contexto español que nos ocupa, es interesante apreciar las diferencias existentes entre territorios costeros e interiores y urbanos o rurales ante la expansión de la práctica del tatuaje. Las grandes ciudades españolas aparecen en los relatos recogidos como cuna de la modernidad, frente a un tatuaje que tardó más en popularizarse en contextos más ‘provincianos’. Julieta (33, Granada), es diseñadora gráfica y vive en Granada, de donde es originaria.

La imagen de Julieta es potente. Su cuello y manos tatuadas, su pelo abundante y oscuro, sus ojos profundos, aportan a su cara un marco poderoso. La contacto porque sé que trabajó en Unity Tattoo, uno de los estudios de tatuaje con más recorrido de Granada, abierto desde el año 2005. Me interesa, además, cómo será para ella desenvolverse en mi ciudad con una corporalidad tan alejada de lo común como la suya. En el centro de su garganta: una granada tatuada a color. –Extracto del cuaderno de campo. Septiembre 2021.

En la presentación que hace de sí misma se intuye un ojo especialmente preocupado por el arte, por la creación, por la vida:

Soy diseñadora gráfica de profesión, pero me considero artista en realidad. En cuanto a lo que me gusta hacer, pues vivir... Yo creo que mi forma de vida está totalmente interrelacionada con la creación y con el arte. No concibo levantarme un día y no hacer algo relacionado con la creación, y yo creo que por eso aprecio tantísimo el tatuaje. Porque al fin y al cabo es un tipo de creación. –Julieta, 33, Granada.

Tanto tatuándose como trabajando vinculada al mundo del tatuaje en la ciudad, Julieta ha sido una testigo en primera línea de los cambios que han ido sucediéndose en el mundo del tatuaje. Ella lleva 20 años tatuándose, así que ha vivido la evolución en primera persona. En nuestro encuentro, Julieta recuerda sobre todo establecimientos importantes de la historia del tatuaje en Granada, como Alice Tattoo, Pupa Tattoo o el mismo Unity Tattoo.

Julieta (33, Granada) empezó a experimentar con su cuerpo y su estética con 11 años, y es curioso cómo ella contrapone Granada a Barcelona y reconoce que de haberse encontrado inmersa en el ambiente de una gran ciudad probablemente habría modificado más su apariencia:

Julieta: Si hubiese seguido ahí a mi bola y a lo mejor hubiese vivido en vez de en Graná en Barcelona, creo que mis pintas serían extremísimas a día de hoy. Ahora digo, no sé... me veo *mu light*. Yo a mi misma me veo *mu light*, pa sobre to la cabeza en esa época que la tenía en bifurcaciones de lengua, todo... o sea, es que me encantaba todo.

Julia: ¿Por qué crees que por estar en este contexto no has acabado tan extrema?

Julieta: por una parte por la disponibilidad de artistas de modificación corporal, porque realmente en España no hay muchos, los más potentes están en Valencia, en Barcelona, si lo piensas allí también están las convenciones más antiguas, entonces como que esa cultura allí -no soy experta, pero- creo que ha evolucionado más que a lo mejor en una provincia granadina, ¿no? Entonces un poco por la disponibilidad pero también porque no es una gran capital entonces ese tipo de cosas más extremas yo creo que se ven menos.

Las diferencias entre el norte y el sur de España también aparecen en los relatos de las entrevistadas. En Andalucía, por ejemplo, las entrevistadas refieren más miradas y comentarios ante sus cuerpos tatuados que en ciudades como Barcelona, donde la presencia de tatuaje está más asentada. En zonas rurales y alejadas de los grandes núcleos urbanos el acceso al tatuaje ha sido más lento y tardío. La tatuadora Miriam, que ha trabajado tanto en el norte como en Andalucía, habla de Madrid y Barcelona como zonas con más contacto con población extranjera, en muchos casos tatuada:

Las grandes ciudades, un Bilbao, bueno Bilbao... y digamos que el norte de España es un poquillo más de tradiciones, pero igual más a su folklore, son más abiertos de mente, porque una cosa es la tradición folklórica del euskera, de los bailes típicos... de tu idioma, el catalán... y otra cosa es que seas cerrado de mente. Que para mí una cosa no va con la otra, no tienes por qué ser de tu pueblo de toa la vida y ser un cerrado de mente. Pero yo creo que en ciudades, Madrid y Barcelona, siempre han sido como más cosmopolitas, entonces hay mucho más extranjero. –Miriam, 38, Granada.

5.1.4. Punk, culturas juveniles y subculturas

En España, las escenas subculturales y contraculturales tan sólo pudieron desarrollarse ampliamente tras el fin de la dictadura. Esta diferencia respecto a otros territorios europeos supuso un retraso en la llegada de géneros como el punk o el heavy metal, además de otros surgidos en la península como la movida madrileña. Las escenas punk y rock tuvieron mucho que ver con la expansión del tatuaje, desde las islas y las zonas costeras hacia las ciudades y el interior del país. El primer estudio abierto al público en España, cuya actividad no estaba exclusivamente vinculada a la presencia de militares, fue el de Mao y Cathy en Rota (Cádiz).

Ambos aprendieron a tatuar en Suiza, con la famosa familia Leu, y regresaron dispuestos a ganarse la vida tatuando en Andalucía.

Paralelamente al crecimiento profesional, artístico y comercial de la práctica, la sociedad española fue abriendo los ojos, aún estupefacta, al aumento de cuerpos tatuados a su alrededor. Durante los años 90 todavía solía vincularse el mundo de las modificaciones corporales con escenas underground como la punk, o con comunidades reunidas en torno a prácticas sexuales no normativas como la BDSM.

Cuando era como mediados de los años noventa nos tenían como unos auténticos freaks. Han pasado de decir que estábamos locos a decir: ¡cómo molas!. No sé si me explico, la evolución ha sido desde tratarlo como algo marginal, y punk y BDSM y rollo leather, ha pasado a ser una moda, y sale en el Vogue. Ha sido una evolución rara y nosotros siempre hemos sido los últimos. No sé si me explico, pero es que esto no ha dependido de nosotros, no ha sido, ni del gran público. Creo que ha sido la propia sociedad, ha sido la que ha ido hacia allí, que está bien y que falta un montón, eh, falta un montón. –Mariona, 48, Bilbao.

Andrea, la tatuadora pionera inglesa, señala que muchas de las mujeres que empezaron a tatuarse con ella pertenecían a diversas culturas juveniles de la época. Así, recuerda cómo la primera mujer que ella tatuó a mediados de los años 80 en Valencia, era una chica vinculada a la escena punk de la ciudad:

La primera chica que yo tatué, la primera persona era una chica, aparte de mi marido, era una chica, que era tipo skin head, punk, una chica punky. Y le hice un escorpión, pero aparte de eso había muy poquitas chicas al principio, estoy hablando del 84, que se tatuaban, muy muy poquitas. Serían así de tribus urbanas que se tatuaban, por lo menos aquí. –Andrea, 59, Valencia.

La adopción del tatuaje como práctica corporal emancipatoria y contestataria por parte de culturas y subculturas juveniles puede vincularse de este modo con un deseo de romper con la historia sociopolítica anterior y con los dictados corporales y estéticos que la dictadura había hecho recaer, especialmente, sobre los cuerpos de las mujeres. Mariona explica claramente la influencia de estas escenas en la llegada y popularización de los *piercings* y tatuajes entre la juventud española, en zonas como País Vasco y Cataluña:

Creo que en mi caso se ha mezclado mucho con el punk, yo también escuchaba mucha música hardcore y lo bueno de Barcelona es que tenía mogollón de bandas de Estados Unidos. Entonces yo la primera vez que vi un pendiente en la ceja fue en un concierto en Barcelona. Yo creo que desde el mundo de la música, del punk... aquí en País Vasco, mezcla con música de diferentes bandas, de otros países, pues hemos tenido buenas influencias. Por ejemplo, aquí en el País Vasco el directo de punk que viene es desde Inglaterra, piensa que aquí por mar se va, y hay mucha mezcla de punk inglés. En Barcelona, no hay ese directo de punk inglés, yo ahí escuchaba más punk-rock, más americano. También hay una parte de cercanía geográfica, de lo que mamamos al final.

–Mariona, 48, Bilbao.

En los años 90, como se aprecia en los relatos expuestos, cuando se dio una mayor expansión a nivel social de la práctica, también persistían determinados estereotipos vinculados a los cuerpos tatuados, como la asociación entre tatuaje y *piercing* con escenas y sexualidades no normativas como las practicadas por comunidades BDSM (abreviatura de *bondage*, disciplina (o dominación), sadismo (o sumisión), masoquismo).

Durante el trabajo de campo, tuve ocasión de entrevistar a Bárbara (37, Zaragoza), tatuadora, y Mónica (33, Graz), filósofa, ambas zaragozanas. Amigas entre ellas, estuvieron muy vinculadas a la escena punk en Zaragoza. La tatuadora realiza una pertinente analogía entre ambos mundos, el del punk y el del tatuaje, al señalarlos como espacios tradicionalmente masculinizados:

Me acuerdo que me encantaba el mundo del tatuaje pero yo no tenía ninguna referencia. Además me empecé a identificar más con el punk, también por grupos de chicas punkis, porque yo empecé a nadar en el punk pero no lo sentía como algo mío. Pero de repente empecé a ver a tías punkis cantar -como Último resorte, Chute de esperma, cosas así- y vi que cantaban ahí locuras máximas y me sentí identificada. Y me pasó lo mismo en el mundo del tatuaje; me encantaba el tatuaje, empecé a comprarme revistas, vi cómo eran esas revistas... en plan super cosificadoras, sexistas, salían las tías en las portadas... y es verdad que luego me iba a los estudios de *tattoo* con admiración y a tatuarme pero como eran siempre chicos en los estudios de tatuaje, pues tampoco me sentía identificada, ni tenía referentes. Es como que hasta que no te hace el click... –Bárbara, 37, Zaragoza.

La tatuadora, que también ha escrito desde el activismo sobre punk y feminismo, señala cómo las escenas subculturales han cambiado con la crítica feminista. Espacios que, en esencia, son activos políticamente y luchan contra las desigualdades, en la práctica adolecen de dinámicas machistas y sexistas como tantas otras esferas sociales. El hecho de que cada vez más mujeres se sumen al punk ayuda a un cambio positivo, pero parece no ser suficiente, como señala Mónica, que actualmente da clases en un máster de género en la universidad de Graz, quien muestra su desacuerdo con comportamientos dentro del activismo feminista, anarquista y punk. Ambas reconocen en sus discursos cómo en la subcultura punk existen códigos estrictos con respecto a la estética, exigencias que en ocasiones causan malestar. El hecho de tener tatuajes suele actuar como elemento de *passing* de cara a adentrarse y pertenecer a los ambientes punk o de activismo político en los que ellas se han movido. El tatuaje era entonces un elemento de pertenencia:

Sí, claro, los tatuajes forman parte del código punk entonces muy bienvenidos sean. Si llevas tatuajes y *piercings*, pues te van a aceptar mucho más rápido cuando vas a un concierto. A mi al principio cuando iba a conciertos, cuando yo empecé en los años 2000, 2004 o así, el código era muy estricto. Y llevabas el tipo de camiseta erróneo, o sea si no era negra y era blanca, a mi me han llegado a decir: ¿qué haces con una camiseta blanca? Era muy codificado, entonces claro, los tatuajes ayudaban a formar parte del club. Entonces sí, tiene esa parte de pertenencia a cierta tribu o cierto grupo. –

Mónica, 33, Graz.

En el caso de las mujeres y de los cuerpos queer, estas exigencias se vuelven mucho más vigilantes y estrictas. Personas entrevistadas como Mónica han resaltado en sus entrevistas cómo esas presiones por encajar en determinado estereotipo funcionan en todas las esferas sociales, tanto las normativas como las que pretenden alejarse de la corriente dominante: el cuerpo de las mujeres parece estar siempre sometido a juicios y sobre él se asientan en muchas ocasiones los cimientos mismos de las escenas en que se desenvuelve.

El punk, que es una escena bastante reglada, que hay que llevar X pintas para ser punk, es como que hay un código, tienes que llevar ciertas cosas, tienes que ser así, y yo creo que durante muchos años he caído en eso y ahora lo estoy desaprendiendo. Por ejemplo, uno de los aspectos interesantes con eso son los tatuajes que obviamente forman parte del código, pero también es el maquillaje y el pelo. Me ha costado mucho tiempo como mujer, como feminista, sentirme cómoda con maquillarme, con aprender siquiera a maquillarme, buscar qué maquillajes... y es algo que he compartido con mis amigas punks también, como un aprendizaje, porque es verdad que se critica a las mujeres que van... o sea, puedes llevar una raya negra super punki puesta y ahí no pasa nada, pero como te maquilles bien, maquillaje de portada de revista, no puedes luego ir a un concierto punk con un full face ahí puesto, con highlights y de todo. Eso es una cosa bastante problemática, la cuestión del pelo igual. Yo me rapaba el pelo y ya está, así me olvidaba de pensar. El código de lo que se espera de una mujer feminista, como el depilarse también, es bastante opresivo dentro de la izquierda radical. Hay un montón de problemas viniendo hacia el cuerpo desde fuera y desde dentro. –Mónica, 33, Graz.

5.1.5. Tatuajes, Internet y redes sociales

El aumento en el uso y consumo de redes sociales en la última década ha contribuido enormemente a dar visibilidad y visualidad a la historia del tatuaje. Pero antes de esto, otras plataformas de la era primera de Internet (como Myspace, Fotolog o Tumblr) también supusieron un gran cambio en el intercambio de conocimientos y referentes a nivel global. Anteriormente, había que dirigirse a un estudio físicamente para poder echar un vistazo al trabajo de los y las tatuadoras. Actualmente, basta tener acceso a aplicaciones como Facebook, Instagram o TikTok para poder observar el trabajo de gente que tatúa a miles de kilómetros de distancia.

En las narrativas de las participantes es común que existan referencias a Internet y las redes sociales como motor de la práctica, lugares de encuentro y caldo de referencias. En el caso de algunas tatuadoras el relato incluye también una crítica a estas plataformas, que en muchas ocasiones han restado cierta *magia* a la práctica y las relaciones que solían establecerse entre tatuadoras y clientes. Ana Belén (44, Madrid) propone incluso un término para referirse a

esta profusión de imágenes de tatuajes y cuerpos tatuados sin contexto a la que nos vemos expuestas: “el efecto Instagram”. Esta crítica a la falta de narrativa que en muchas ocasiones conlleva el consumo de imágenes en redes encuentra su eco en las palabras de Isa, una de las pioneras, quien al reflexionar sobre los cambios que ha sufrido el tatuaje desde los años 90 se refiere a internet como uno de los principales motivos del empeoramiento de la práctica.

[El tatuaje] tenía un sentido mucho más profundo. Y ahora, todo, es mucho más superficial. Y yo te prometo que no quisiera haber nacido ahora y si yo tuviera 15 años ahora no me haría tatuadora. No, no es lo mismo. Y sufro por la gente joven de ahora, porque ¿qué tienen, que no sea una pantalla y un mundo superficial sin derecho a preguntas? No hay libertad alguna. Hay mucho miedo y nada de libertad, y mucho juicio, mucho juicio. Pobrecitos. Y si no, a la pantalla y tranquilos. Eso es terrible, ¿la vida dónde está? –Isa, 56, Valencia.

Isa (56, Valencia) también señala cómo “todo se ha agitado” tras la llegada de internet y las redes sociales. Mara (60, Santander), otra de las pioneras que comenzó su trabajo a principios de los años 90, reflexiona también sobre las redes sociales como motivo de la expansión de la práctica a escala social:

Julia: ¿A qué crees que se ha debido el cambio, el perderle el miedo a tatuarnos más, de los últimos años?

Mara: Eso es clarísimo, son las redes sociales. Ellos ahora mismo tienen una influencia continua y constante, un acoso casi, tienen un teléfono que está en sus vidas pero vamos, más que su madre. Eso está ahí todo el rato, entonces ven a una tía, que sale con unos ligueritos monísimos o con una camiseta de billabong y lleva pues, una flor de tal, y dice, ay, pues esto, ay, además parece surfera, pues ya me lo hago yo. Hay mucha gente que incluso te trae la figura, o sea el dibujo, el diseño y te dice, es que yo quiero algo como esto, porque quieren parecerse a esa persona.

En el relato de Mara, el tatuaje aparece como una llave identitaria para lograr una imagen similar a la de alguien admirado. Mariana también vincula la gran afluencia de clientes e interesadas en el mundo del tatuaje a las redes sociales e Internet, a una velocidad que a veces da vértigo:

Para mí no es un boom, para mí es una explosión nuclear del tatuaje [ríe]. Yo creo que es todo por internet, es una velocidad que a veces es abrumadora. Máquinas, técnicas, tatuadores, tatuadoras, informaciones... es como, boom, toma. No sé muy bien si eso responde a tu pregunta, pero claro, es todo parte de lo mismo. La moda va ligada también a la evolución de las comunicaciones, de internet y tal, y es super rápido lo que está creciendo el mundo del tatuaje a pasos agigantados y abrumadores. –Mariana, 33, Murcia.

Miriam recalca también como la irrupción de las redes y la cierta dependencia que se ha creado de ellas ha determinado un cambio importante en la relación entre tatuada y

tatuadora, lo que para ella se traduce en cierta pérdida de la magia y el misterio que solía asociarse al tatuaje, cuando era una actividad más underground y menos vinculada a lo comercial y las modas.

Con el rollo este de las redes sociales, el tatuador ya no hace como una unión con el nombre del estudio, es un artista individual, entonces se lleva su curro donde quiera. Que también lo veo lógico, todo va evolucionando, entonces al final o te montas al carro o yo que se. Hombre, siempre con ética, porque a mi tampoco me mola... Joder, a mi esta profesión siempre me ha molado por ese rollo más misterioso, más underground y tal y ver que es un producto ahora mismo de moda, belleza, de que hay peña que vende su curro como si fuese un producto... –Miriam, 38, Granada.

También, compara cuáles son las referencias ahora, mediadas principalmente por las redes sociales, y cuáles eran las suyas en sus inicios, que estaban mucho más vinculadas a sus viajes y sus intercambios humanos con otros artistas y entusiastas del tatuaje:

Claro... Yo mis referencias eran, me iba a Milán a una convención y conocía a los tatuadores en persona y miraba su trabajo en un *book* de papel, de fotografías. Cuando empezó el Fotolog y luego el myspace, empezaba un poco la movida así de sigo el trabajo día a día de uno que vive en Dinamarca o que trabaja en Japón, así empecé yo a conocer un poco más, yendo a convenciones, y tenías que ir en persona, veías los *books* y si tenías pasta te tatuabas. Pero claro, ya no es así. –Miriam 38, Granada.

Por otro lado, y en contraposición a estas visiones negativas de las redes sociales e internet, Mercedes (37, Barcelona), sevillana residente en Barcelona, historiadora del arte y diseñadora, empezó a tatuarse en su ciudad natal con 20 años. Ella recuerda el Fotolog y hace referencia a la herramienta que más usa habitualmente: Instagram, donde consigue localizar a artistas a las que admira y a las que no podría acceder tan fácilmente de otra manera, por lejanía geográfica. A través de redes puede seguir la pista de artistas a las que admira y así ir coleccionando sus piezas cuando se acercan como invitadas (*guest*) a estudios de su ciudad:

Luego empezó Fotolog, el maravilloso Fotolog [ríe], estamos hablando de la prehistoria de internet, y te pones ahí, y dices: anda, pues esta persona dónde tatúa. En Londres, vale, pues fantástico y estupendo, qué le vamos a hacer. [...] Entonces tú estás en Instagram y ves que esa chavala tiene ese tipo de tatuaje un poquito diferente, y tú dices, es que yo esto tengo que tenerlo en mi cuerpo, lo tengo que tener ya, para mi para siempre. Es llevarte esos cachitos de arte de esos artistas, y los tienes aquí y cada uno tiene su huequecito en tu cuerpo. –Mercedes, 37, Barcelona.

Celia (35, Barcelona), profusamente tatuada, nacida en Granada y residente en Barcelona, señala cómo “ahora con las redes sociales puedes acceder mucho a gente así [lejana], pero hace 15 o 20 años no era tan común o si veías a alguien [tatuado] era un artista, por ejemplo del heavy que me gusta a mi, pero eran casi todo hombres” (Celia).

Claudia, tatuadora afincada también en Barcelona, destaca una tensión que reconocen otras tatuadoras: cómo las redes pueden resultar abrumadoras, pero también se han convertido en

una herramienta imprescindible para su trabajo:

Hay tanta gente que a veces te levantas y estás como muy *desconfortada* y dices, puf, madre mía, paro de tatuar ya, no valgo nada. Te explota la cabeza si abres Instagram, y encima yo el Instagram de trabajo sigo solo a tatuadores, no hay otra información, me llega solo esto, entonces es como que... buah... no puedo más mirar [ríe]. [...] El boom [ríe], bueno... no sé, a mi en realidad el boom me ha ayudado. No puedo decir que es algo malo, puedo decir que como cualquier mundo y cualquier cosa es un instrumento muy potente y depende de cómo lo usas es algo que puede dañar, a mi me ha ayudado, en el momento en que yo justo quería empezar a viajar, Instagram ha hecho, boom: abrir contactos, posibilidades de trabajo en todo el mundo, que la gente me viera y supiera qué trabajo hacía, ponerme directamente en contacto con la gente que me puede contactar por las redes sociales, por mail... yo lo veo muy potente. ¿Hay cosas negativas? Pues sí, hay que todo el mundo, que tú pones ahí tus cosas y todo el mundo puede robarlas... lo positivo es que conecta mucho la larga distancia; lo negativo es, primero que se puede volver engañando de tu realidad, en plan muy adentro, y yo he visto gente que está muy adentro de las redes sociales y que vive su vida y su vida es importante si es aceptado o no por redes sociales. –Claudia, 34, Barcelona.

5.1.6.Referentes para la constitución de la escena del tatuaje en España

En el imaginario social, los tatuajes llevan siendo motor de la imaginación y las historias desde antiguo. En concreto en el contexto español, como señalé en los apuntes en torno a la hemeroteca española, hacía 100 años ya se hablaba del tatuaje como un arte pero también como una seña de criminalidad. Esta dualidad en los discursos populares en torno a los cuerpos tatuados ha fluctuado a lo largo de los años especialmente en territorios occidentales. Pero, ¿cuáles son los referentes que teníamos como mujeres interesadas por el mundo del tatuaje?, ¿qué primeros recuerdos poblaron nuestra mente de cuerpos tatuados?.

Con la llegada de internet y las redes sociales, se genera una mayor expansión de la práctica. Los personajes famosos, con gran presencia en medios, democratizan el tatuaje y lo acercan a la sociedad desde concepciones alejadas de la negatividad asociada a los cuerpos tatuados en el pasado. Entre las personas entrevistadas en esta investigación, Ana Belén destaca la influencia de las redes sociales y, anteriormente, de las personas famosas tatuadas que comenzaron a aparecer en medios de gran alcance:

Entonces aquí en España vendría [el tatuaje] a oleadas, más que renacimiento. Oleadas, acompañadas por la validación del tatuaje por la cultura hegemónica. Sigue siendo subcultura, pero la cultura hegemónica es la que lo está validando, la televisión, los futbolistas, las modelos... De repente, ha explotado y tienes un montón de modelos con tatuajes, futbolistas con tatuajes... y como son los referentes de ciertas partes de la sociedad, a nivel generacional sobre todo. Y luego entra dentro del mercado, y el mercado valida que Beckham fuese un tío futbolista, super tatuado. Beckham fue muy importante para dignificar el tatuaje en Inglaterra a finales de los 90. Su tatuador se

convirtió en una estrella de éxito que tatuaba a todo el mundo. Y aquí pasó lo mismo, deportistas de élite comenzaban a tatuarse, arrastraban sus tatuadores, los metían en el *star system* del tatuaje, luego programas de televisión, como los de los 2000, Kat Von D y compañía. –Ana Belén, 44, Madrid.

En la contemporaneidad, yo misma observo un ligero incremento en la presencia de personas tatuadas en programas de televisión, entre otros. En el cuaderno de campo anoté:

En noticiario de la Sexta (el de ‘un tal Blázquez’), presentadora con pelo azul y tatuaje ornamental asomando en su pecho. Lleva una camiseta con escote y se le ve perfectamente. Impacta y sorprende en el buen sentido ver tinta y pelo de colores en un noticiario.

Al volver a ver el programa, La sexta clave, al día siguiente, me doy cuenta de que contratarla, y que siempre lleve visible el tatuaje delicado y fino del escote, puede ser un movimiento premeditado, para atraer a una audiencia determinada, más abierta quizás estéticamente. ¿Será así? –Extracto del cuaderno de campo. Agosto 2021.

Aunque los cuerpos profusamente tatuados siguen siendo escasos en determinados ambientes, sí que se aprecia su mayor presencia en el espacio público. Desde la llegada de los 2000 las calles se pueblan de cuerpos diversos, algunos muy tatuados, otros muchos tatuados aunque no de manera tan contundente. Esto me lleva al inicio de este apartado: ¿quiénes son las primeras personas tatuadas de las que tenemos recuerdo?

Gente cercana tatuada: familiares, amigas y niñeras

En muchos casos, fueron personas anónimas las que un día se cruzaron en nuestro camino. *Yo misma recuerdo cómo me sentí fascinada ante una mujer joven que se cruzó conmigo una mañana de verano en mi barrio en el centro de Granada. Debían ser los primeros 2000. Tenía el pecho y ambos muslos tatuados. Su imagen me impactó. Su cuerpo pequeño, delicado, adquiriría una fiereza inusitada que me sorprendió. Ese encuentro determinó en mí una atracción hacia los cuerpos peculiares, decorados, algunos raros, que nunca cesó.* En algunos de los relatos que he recogido, fueron mujeres cercanas las que introdujeron el tatuaje en la vida de las participantes. Es el caso de Mariana, cuya hermana mayor se tatuó causando cierto revuelo en la casa familiar. Su hermana lo hizo influenciada probablemente por la mayor presencia de estudios de tatuaje y por la influencia de cantantes de bandas extranjeras que le gustaban que iban tatuados:

Yo la primera vez que vi un tatuaje fue a mi hermana mayor, que tenía 16 años mi hermana, yo tenía... nos llevamos 7 años, yo tenía 10-11 años, por ahí. Y me acuerdo que apareció en mi casa, con un tatuaje. Se la cargó, porque no había pedido permiso. Y era nada, una calaverita muy pequeña con una rosa. Pero claro, eso era... ¿qué te has hecho?, ¿qué llevas ahí? Y a mi me encantaba su tatuaje, yo lo veía y me encantaba. Y probablemente fue la primera persona cercana que yo vi con un tatuaje, mi hermana. Y de hecho fue ella, porque tenemos cosas en común, y con ella fui la primera vez a

tatuarme. Buscamos un estudio profesional que ella ya más o menos conocía, como llevaba tatuajes ya conocía un poquillo el mundillo. también en la música que ella escuchaba, los Guns n Roses, Bon Jovi, llevaban tatuajes. –Mariana, 33, Murcia.

Celia reside en Barcelona desde hace seis años, donde trabaja como peluquera. Se describe como “una persona bastante sencilla”, aunque tiene muchas aficiones, entre ellas la bici, la escalada y el deporte en general. Camarera durante muchos años, se mudó a Barcelona en parte porque encontrar trabajo en Granada siendo una persona profusamente tatuada se volvió una tarea complicada. Ella recuerda que su primer referente e influencia a la hora de adentrarse en el mundo del tatuaje fue una amiga cercana:

Una amiga mía que se llama Silvia⁵⁰, que de hecho es cinco años más joven que yo. Luego ya con las dilataciones y los tatuajes, con mi amiga Silvia que todavía no era mi amiga y yo la veía por Pedro Antonio, por Graná, y ella iba muy extremada siempre. Y era como, wow, me encanta su aspecto, me encanta cómo va... la veía y decía: con lo joven que es. Porque claro, tenía cinco años menos que yo, la edad de mi hermana pequeña. Ella en su día, cuando joven, ya iba bastante tatuada. Hoy en día yo le llevo la delantera pero sí que llevaba el pecho, llevaba un brazo... también eso, en sitios donde se veía mucho. En la espalda también llevaba, lo típico de la columna. –Celia, 35, Barcelona.

Susana (26, Granada), trabajadora del mundo audiovisual, natural de Jaén y residente en Granada, recuerda cómo la red social Tumblr (cuando ella tenía unos 15 años) fue también su primera puerta de acceso a muchos de sus referentes o a ideas inspiradoras del mundo del tatuaje. Las redes sociales, para ella y la mayoría de las participantes, permiten sobre todo admirar y disfrutar del trabajo de personas que se encuentran lejanas en el espacio y, a veces, también el tiempo, ya que existen numerosos perfiles que recogen el trabajo de tatuadores y tatuadoras ya fallecidos cuyo legado merece ser rescatado y recordado. Pero lo decisivo para ella fue el contacto con una persona cercana:

Yo creo que sería una niñera mía que estaba tatuada que creo que tenía unas estrellas noventeras increíbles o algo así y luego ya más grande una compañera mía del colegio se tatuó y ya como que si tenía algo de interés pero no estaba muy metida. Yo tendría unos 15 años y por redes siempre he visto muchas cosas de tatuajes sobre todo por Tumblr, que antes era una friki de Tumblr y eso. Y ahí si veía más *tattoos* de las cosas que me gustaban a mi, de Tim Burton y demás. Que ya ves tu, que ahora es totalmente diferente a lo que me gusta ahora, pero si... El punto de inflexión para mi fue cuando esta chica se tatuó y fue la primera vez que vi un *tattoo* recién hecho y tenía mucha envidia. A mi familia se la intentaba meter así, en plan “me gustan los tatuajes” y ellos renegaban de mí... Yo la típica empollona de 10, niña perfecta, llegaba todos los días pronto... Ya cuando tuve 18 años fueron mis primeras experiencias. –Susana, 26, Granada.

⁵⁰ He asignado un nombre ficticio a Silvia para proteger su intimidad.

Cultura popular: televisión, películas y redes sociales

En los relatos de las mujeres con las que he conversado, las referencias a la cultura popular son constantes. Series, películas, programas de entretenimiento dedicados al tatuaje (como el de la tatuadora estadounidense Kat Von D.) y, más recientemente, las redes sociales, pusieron ante nuestros ojos corporalidades tatuadas. Muchos de esos cuerpos pertenecían a hombres, bandas como Bon Jovi o Guns N Roses o , como relata Mercedes, Backstreet Boys:

Yo era fan, yo aquí los Backstreet boys (señala su corazón). ¿Quién me gustaba a mí? El AJ de los Backstreet Boys, y yo ahí, momento pueblo que hablábamos, ¿qué hay en el pueblo? Pues lo que hay, por regla general... y ya está. Así que yo iba a Sevilla y tal, pero Sevilla es una ciudad pequeña, una ciudad muy clásica, mucho más clásica que Granada, veinticinco millones de veces, y que realmente si veías a una persona con tatuajes a lo mejor era un guiri mayor que tenía tatuajes, y el típico dragón o una cosa así que tampoco me llamaba a mí mucho la atención. Y claro con 12 años, porque los backstreet boys empezaron cuando yo no era ni adolescente, era muy chica, yo vi una foto de un chavalico, to guapo, to mono, jovencico, con tantos tatuajes, con los *piercings*... y yo dije, bueno, bueno, esto qué es [ríe]. Y ya empezamos a imitarlos, pero eso fue como lo primero. –Mercedes, 37, Barcelona.

Miriam, por su parte, también recuerda cómo la influenciaron enormemente “cantantes, guitarristas” y apunta que en los primeros años noventa no se veían aún cuerpos tatuados en la televisión porque “el *tattoo* en la tele no salía” (Miriam, 38, Granada).

En las narrativas, destaca cómo muchos de los referentes eran hombres, integrantes en su mayoría de bandas de rock y metal, siendo más difícil, sobre todo en los años 90 y 2000, encontrar referentes femeninos tatuados. Sonia (26, Madrid) recuerda incluso un estilo concreto: “sobre todo los tribales, los tribales estaban muy de moda, este género de música, entonces como que venía todo muy ligado y de ahí fue que nació la pasión creo yo” (Sonia). Tanto ella como Naiara (26, Madrid), ambas tatuadoras en Madrid, reconocen no recordar demasiados referentes femeninos en los grupos de rock o metal que escuchaban durante la adolescencia:

No, yo creo que empecé a ver el mundo a través de los tatuajes de esas cantantes, de esos cantantes y luego ya fue como: ah, que es que hay mujeres tatuadas. Pero así a día de hoy no te puedo decir, oye esta es la primera mujer que vi dentro del mundo del *tattoo* que me llamó. Mi referencia realmente eran hombres y era como: me estoy metiendo en terreno de hombres realmente. –Naiara, 26, Madrid.

Mariana relata cómo la influenciaron las películas. Su devoción por las calcomanías cuando era niña comenzó temprano, y le cuesta determinar de manera fehaciente a qué se debió aquel gusto suyo, compartido por otros niños y niñas de los años noventa.

Yo creo que en las películas, quizás en las películas, en las series de televisión, la verdad es que desde muy pequeña me gustaba llenarme de calcomanías, las muñecas de

hecho conservo una por ahí, las tenía tatuadas. Realmente no sé, no sé dónde me empapé de todo eso. Supongo que en las películas algo vería, porque en mi familia nadie llevaba tatuajes. No recuerdo ningún amigo tampoco cercano a mi familia que llevara tatuajes, así que debió de ser por las pelis. Y no había youtube, tan pequeña no había youtube, entonces debió ser en alguna película o serie de televisión, que yo dije: buah, eso me gusta a mi. –Mariana, 33, Murcia.

En el caso de Karla (30, Oviedo) que creció en Nicaragua y ahora reside en Oviedo, los primeros recuerdos están asociados a series estadounidenses como Miami Ink o L.A. Ink, que más tarde tuvieron versiones a la española como Madrid Ink, cuyos 7 episodios fueron emitidos por la cadena privada Discovery Max entre mayo y julio de 2013. No obstante, incluso participantes jóvenes como Naiara señalan la falta de referentes en plataformas audiovisuales, lo que a su vez influencia las percepciones negativas hacia los cuerpos profusamente tatuados, como le ocurrió a ella con su propia familia:

Tampoco hay mucha publicidad en televisión, en youtube... de gente realmente tatuada. A lo mejor esa niña monísima o ese niño monísimo que llevan dos tatuajes, que se vea así un poco, como mira qué alternativos somos llevamos un tatuaje aquí o aquí, uno. Que dices vale me he tatuado la cara sin tener el resto del cuerpo tatuado, me parece medio excéntrico, pero cuando no hay representación de ningún tipo, no tienes esa referencia y al final dices que tengo que hacer caso a lo que la sociedad me está diciendo: que los tatuajes no son normales, solamente los llevan unos locos que se han dejado llevar por la locura del tatuaje y porque se piensan que son tal. Me pasó a mí, yo no tenía referentes, yo esas referencias más normales de ver a gente tatuada, era como... no. De mi familia no había nadie que llevase un tatuaje, fue como mis padres dijeron: pero por qué te estás haciendo, qué has visto, qué te interesa. –Naiara, 26, Madrid.

Algunos años después de estos primeros contactos de Naiara y Sonia con el mundo del tatuaje, yo me dispongo a desayunar viendo un programa de televisión⁵¹ emitido y producido por la cadena privada Cuatro TV sobre modificaciones corporales en España. En el cuaderno de campo, creé dos grupos de notas: uno sobre los juicios que aún pesan sobre los cuerpos profusamente modificados, y otro sobre la constante contraposición entre modificaciones corporales como tatuaje, dilataciones o tatuaje y la cirugía estética:

(MIRADAS, JUICIOS) Visionado el martes 5 de abril de 2022 por la mañana con el primer café. Alucinante el sensacionalismo, pero interesantes las historias y personas a las que muestra. Todas remarcan cómo lo que más inquieta a la gente que los interpela es el “porqué” lo han hecho. Explicita cómo en España ciertas modificaciones navegan en una alegaldad que hace que algunas personas salgan del país para someterse a determinadas intervenciones.

(CIRUGÍA) Curioso cómo, en una de las entrevistas, un cirujano especialista en cirugía estética explica que si alguien le pide que le intervenga para que sus orejas se parezcan a las de Spock (personaje de Star Trek), él lo primero que hace es preguntar por qué

⁵¹ Accesible en https://www.cuatro.com/enelpuntodemira/a-carta/programa-completo-hd_18_3307770012.html.

motivo querría que sus orejas no sean como las de todo el mundo. Es gracioso pensar que probablemente el cirujano no hace la misma pregunta cuando llega una chica de 20 años diciéndole que quiere que su nariz se parezca a la de una celebrity. ¿Por qué parecerse a otro ser humano está bien visto (en el sentido de perfeccionamiento o embellecimiento) pero desear parecerse a algo ficticio o en el plano de la fantasía se tacha directamente de, como refiere el especialista, patológico? –Extracto del cuaderno de campo. Mayo 2022.

El caso de Cristina (24, Tenerife) merece especial atención entre las mujeres cuyas narrativas componen esta etnografía. Siendo la más joven de las tatuadoras entrevistadas, su relato sobre su llegada al mundo del tatuaje concentra algunos de los ejes que comparten todas las participantes: familiares, redes sociales y culturas juveniles como la del *skate*.

Cristina, tatuadora desde hace 4 años y residente en Tenerife, natural de Venezuela, es la más joven de las mujeres con las que tuve la suerte de compartir mi tiempo. Ella llevaba seis años en España cuando hablamos, por lo que sus primeros contactos con el tatuaje, de niña, se dieron en su país natal. Redes sociales como Tumblr también tuvieron gran influencia en ella, además de la estética que rodeaba por aquel entonces la cultura del *skateboard*.

Pues mi primer contacto con el *tattoo* fue mi familia, tengo un par de tíos y tías que tienen tatuajes pero me empezó a llamar la atención por Tumblr, no sé si recuerdas esa red social que era de fotos y tal, que me salía gente tatuada sin yo saber quiénes eran y me gustaba mucha la estética. La estética del *skate* que era en la época de 2010, que era la gorrita, todo el mundo tatuado, las dilatas, no sé qué... eso fue la estética que me llamó la atención al principio. Yo tendría como 12 años cuando empecé con el contacto con los tatuajes, desde esa edad yo sabía que en algún momento iba a pasar. –Cristina, 24, Tenerife.

Otra puerta de entrada al mundo del tatuaje se encontraba en revistas, publicaciones especializadas periódicas o imágenes de personas tatuadas que alguna vez aparecían en periódicos o dominicales. Miriam, por ejemplo, recuerda que siendo “una cría” su padre “compraba un magazine todos los fines de semana con el periódico y salía una chica [tatuada], hecha por ordenador o algo, con una calavera con dos amapolas” y que ella guardó ese recorte, el primer tatuaje que vio en su vida (Miriam, 38, Granada).

Mercedes recuerda cómo las revistas dedicadas exclusivamente al tatuaje tuvieron gran influencia en ella y, así como Mariana (33, Murcia) usaba las calcomanías para experimentar con el cuerpo decorado durante la niñez, mientras que ella usaba rotuladores para marcar las pieles de sus amigas en la adolescencia.

Desde chica siempre me ha gustado mucho, del palo de que a lo mejor con 15 años cogíamos un rotring permanente, una revista de tatuajes de las que se vendía que era en el año 99 pues imagínate, y yo me ponía a hacerle tatuajes a todas las niñas y luego me hacía uno yo. O sea que ahí la obsesión por los tatuajes empezó prontito. –Mercedes, 37, Barcelona.

Criminales, marineros y turistas

Lo que sí parece claro es que muchos de los referentes que teníamos, durante los años noventa y en los primeros años del siglo XXI, eran masculinos. Así lo narra Claudia (34, Barcelona), quien, en su Italia natal, recuerda haber visto cuerpos tatuados esporádicamente, vinculados a entornos carcelarios:

Julia: ¿qué despertó tu interés por el tatuaje?.

Claudia: Puf, pues ha sido un poco raro. Yo siempre he pensado que ha sido el tatuaje que ha venido hacia mí, porque yo no me enteraba de nada. No puedo decir que me fascinaba desde pequeña, no tenía ni idea de lo que era. Sí que había visto *tattoos* así esporádico en, siempre más o menos en hombres, gente que había sido en cárcel, entonces no era tan visible como ahora pero no me preguntaba mucho.

Personas extranjeras, turistas y residentes, llegadas de otros puntos de Europa, también son una constante en los relatos de las participantes. Así lo recuerdan tanto Julieta, granadina, como Mariona, catalana.

Me acuerdo de ver una pareja, en el sitio este donde veraneábamos de la familia toa la vida, una pareja que eran totalmente alemanes o algo así, se les veía europeos, iban tatuados enteros y yo me acuerdo de chica en la playa flipar, decir: coño, qué guapo [ríe]. –Julieta, 33, Granada.

Mariona recuerda su pueblo costero catalán y a los amigos de su padre, marineros tatuados. La costa, que era también una zona bastante turística, también le permitió el encuentro con turistas extranjeros tatuados.

Yo soy de Areis de Mar, que es un pueblo muy pequeñito de la costa catalana, de Barcelona hacia el norte y es un pueblo muy marinero. Mi padre incluso era constructor de barcos, mi padre era calafate, entonces yo recuerdo los amigos de mi padre, los mayores del puerto que iban tatuados. Pero con tatuajes hechos en Estados Unidos. La sección marina ya sabes, aunque sean de pueblo muy pequeño son de mente muy abierta, de mente muy amplia. El primer tatuaje que yo recuerdo, además con muchísimo cariño, de forma muy entrañable, era un Mickey Mouse que llevaba un amigo de mi padre en el brazo, que cuando movía el brazo al micki mouse se le movía la carita. Era como la versión más antigua del Mickey Mouse que tenía la nariz más *largota*, clásico, clásico. Entonces esa fue la entrada para mí, ya de chiquita y me llamaban esos brazos. Luego también estando en una zona de costa y además muy turística -mi pueblo es tan bonito que es turístico- también venían extranjeros con tatuajes a colores que yo durante todo el año no veía. Yo veía tatuajes negros hechos a palillo y cuando llegaba la época de playa pues yo ya veía piezas bonitas. –Mariona, 48, Bilbao.

Ohiana, tatuadora afincada actualmente en San Sebastián, por su parte, recuerda sus primeros encuentros siendo niña con viejitos legionarios tatuados en el bar que regentaban su padre y

su madre en el norte de España. El tatuaje para ella se descubría como un signo de diferencia y también como una marca que señalaba aventura:

Ya estando en Italia trabajaba primero en un estudio gráfico chiquitito y luego en una empresa de juguetes bastante grande y la verdad es que no me llamaba mucho la atención el tatuaje, porque lo que yo conocía de tatuaje era pues las cuatro cosas feas que se veían en mi pueblo, noventeras y raras y mal hechas y bueno, algún tatuaje así más fascinante... Mis padres tenían un bar y entonces venían los típicos viejitos que a mi me parecían todos iguales hasta que alguno se levantaba así la manga y tenía el típico tatuaje hecho en la legión o algo así, que era un manchurrón azul y ahí sí, yo decía: ala, vete a saber qué aventuras habrá vivido este viejito que a mi me parece como los demás. Pero por lo demás pues tampoco me llamaba más que eso: el verlo como algo super diferente. –Ohiana, 36, San Sebastián.

Mujeres to the front

Pero, ¿y las mujeres, tatuadas y tatuadoras? La realidad es que las había, y poco a poco fueron convirtiéndose en referentes de muchas de nosotras. Resulta curioso que fueran las propias mujeres con las que me iba encontrando las que me fueron hablando y poniendo en contacto con otras pioneras vinculadas al mundo del tatuaje. Encontrarlas en documentos era una tarea casi imposible. Así, Mariana, tatuadora murciana que también escribe e investiga sobre la cultura del tatuaje, me habló de Mara, la pionera de Santander, al referirse a ella como la primera tatuadora que recordaba en España. Mara, por su parte, me señaló a Isa, la tatuadora torera holandesa. Los círculos, a lo largo de la investigación, se iban acercando, y la genealogía feminista, por lo tanto, se iba creando. Para Julieta, sus dos referentes fueron mujeres: por un lado la cantante Mel B, componente de las Spice Girls, y por otro su prima mayor, que trabajaba en un estudio de *piercing*:

La primera referencia fue Mel B de las Spice Girls con la que evidentemente me identificaba a tope. Si tú eres de esa generación, todas hemos desarrollado un papel de Spice Girls en los bailes del instituto. Y esta tía llevaba tanto *piercings* como un tatuaje, entonces era como: ¡qué guay!. Yo ya con 8 años quería tatuarme. Después la siguiente referencia era mi prima, además mi prima mayor, a la cual adoro, siempre... digamos que ella me ha introducido mucho a lo mejor sin ella saberlo, pero me ha introducido mucho en el mundo de la modificación corporal, porque ella trabajaba en un estudio de *piercing*, limpiando y tal, pero yo muchas veces me saltaba las clases pa ir a verla allí y me dejaban estar allí to el día. –Julieta, 33, Granada.

Las personas con las que he conversado para construir esta etnografía refieren, cómo vengo señalando, ante todo referentes de distintas escenas musicales, desde la punk hasta la heavy metal. Mercedes, como hemos visto anteriormente, recuerda a AJ de los Backstreet boys. Otras a Guns N' Roses o Bon Jovi. No obstante, el hecho de que muchos referentes fueran masculinos también es una constante. Mercedes explica que, aunque le atrajesen visualmente, no pensaba que los tatuajes “fueran para ella”. En su caso, fue el contacto con el arte japonés el que determinó su amor por el mundo del tatuaje.

Claro, empecé a obsesionarme con Japón, antes de Bellas Artes, y ya empecé a ver anime un poco en serio, y del anime a meterme en libros de historia de Japón, bajarme a la biblioteca, empiezas a mirar imágenes, estampas antiguas de Japón, y cosas gráficas y dices: ostia, pero que la gente estaba tatuada. Estamos hablando de pre-internet, pre-google y pre-todo esto, y es que no era tan fácil acceder a la información. Que parece una tontería cuando lo digo pero en el año 98-99 era muy difícil. Yo tuve en mi casa internet en el año creo que fue 2001, o 2002, y era un cable que tirabas desde la azotea que solamente te podías conectar una hora al día. Entonces yo ahí vi el tatuaje tradicional japonés, y empecé a investigar un poquito sobre él y me di cuenta de que me alucinaba, me flipaba y me encantaba. Entonces yo soñaba con hacerme una manga japonesa, y ahí empecé a investigar cositas y tal. No daba con nadie que hiciera japonés porque no lo había, luego ya salió el Juelle, no sé si lo conoces a Javi Juelle, que empezó haciendo cosas japonesas, pero yo tenía 21 años o una cosa así. Pero en esa edad, de los 18 o así, todo lo que había era los futbolistas que tú veías en la tele con la estampa de la Esperanza de Triana, o bueno con el Cristo de tal, la cruz grande, David Beckham con esa cruz gigante, esas cosas que yo seguía diciendo, vale pero eso no me lo quiero hacer. Y por supuesto no había mujeres tatuadas, que esa es otra, la primera mujer tatuada que yo vi era en una estampa japonesa, una chica japonesa, foto blanco y negro, con toda la espalda completamente tatuada, y era el principio del siglo XX y mira cómo estamos. A mi eso me impresionó bastante, pero esas fueron las primeras cosas que yo recuerdo que a mi me impresionaran más del tatuaje. –Mercedes, 37, Barcelona.

Barbara, tatuadora, recuerda cómo al empezar a comprar libros de tatuaje, “por desgracia, como toda la historia la transcriben los señores, y son todo señores todo el rato” (Barbara, 37, Zaragoza). Sin embargo, sí que encontró un reducto concreto que le fascinó en relación al tatuaje y las mujeres: el de la prostitución, así como su reconocimiento a cómo muchas de ellas, como otras tatuadoras de territorios no occidentales, han quedado invisibilizadas por una historiografía patriarcal que solía silenciar sus historias considerándolas tan solo subordinadas de compañeros hombres:

El mundo que también me encantó a base de comprarme libros de tatuaje... me encantó el mundo de la prostitución en el mundo del tatuaje, porque me tocó mucho el corazón por los tipos de tatuajes que se hacían ellas y luego es que ellas cogían y también se tatuaban entre ellas. Realmente no hay nombres, porque yo creo que no se las ha visibilizado, pero seguramente habría maravillosas tatuadoras. [...] Ya rollo tribal y eso, de eso no entiendo, pero sí que sé que, por ejemplo he ido a Filipinas a ver a la mujer esta señora mayorcísima que tatúa a palillo [Whang-od Oggay] y tal, entonces yo no estoy muy metida en el mundo del tribal, pero sé que sí que ahí ha habido bastante más tatuadoras de tribus. Mundo tribal, Nueva Zelanda, sí que hay más mujeres referentes pero a mi como me interesaba el tradicional invertía mi tiempo en comprarme cosas de esas y por desgracia son todo señores. Y seguramente habría mujeres maravillosas ahí detrás. –Bárbara, 37, Zaragoza.

Mara recuerda su sorpresa cuando se encontraba con alguna tatuadora en las revistas que llegaban de países europeos y Estados Unidos. Cuando le pregunto por alguna contemporánea a ella a principios de los años 90 en España, ella recuerda a Isa (56, Valencia):

Además es que a mi todo el mundo me decía, es que es raro que una mujer se dedique esto, es muy raro eh. Pero yo americanas sí conozco, Judy Parker fue para mí... en su día sabes, que es muy veterana... pero de fuera, y entonces no había ni internet ni nada. Tu la veías en una revista y decías, anda, mira una mujer [ríe], mira, hay una mujer tatuadora, en las revistas aquellas que comprábamos. Pero no, aquí de aquella época mujeres... me acuerdo que también había una [tatuadora] en Andalucía que además había sido también torera, de esto sí me acuerdo, y ahora mismo no sé qué es de ella la verdad. Pero yo me acuerdo que cuando yo fui a la primera convención que fue, yo creo que la primera que se celebró debió de ser en el año 94 o 93 o así, ahí la vi. Pero es que no había tatuadoras, bueno es que no había ni tatuadores, pero tatuadoras, eso menos.
–Mara, 60, Santander.

Isa tiene unos referentes muy variados. Nacida en un templo budista en Francia, Isa rescata entre todas sus referencias a Vali Myers, la polifacética artista australiana de la que ya hablé al inicio de esta sección. Las influencias de Isa son un reflejo de su propia vida y, además, es capaz de rescatar nombres de algunas tatuadoras contemporáneas a las que admira. Los primeros cuerpos tatuados que tuvo la suerte de observar fueron los de monjes tibetanos en Francia:

Yo me he criado en un centro budista tibetano en Francia y los monjes que venían del Tibet, los lamas y los monjes tenían tatuajes, tenían a lo mejor la esvástica, un om o alguna flor tatuada porque allá no es tan marginal, allá es más campechano, entonces es donde vi los tatuajes por primera vez y me encantó. Yo: ahhhh, ¡se puede dibujar sobre la gente y se queda, ¡buah!, [ríe]. Me gustó. Para alguien que gusta pintar todo lo que pilló, que sea vivo, muerto, la pared, lo que sea, cartón, pues tatuar, pintar a gente, es agradable. –Isa, 56, Valencia.

Andrea (59, Valencia), por su parte, recuerda, relacionada con el mundo del tatuaje en Inglaterra, a Isobel Varley, que llegó a ostentar el premio Guinness de los Récords a la mujer mayor más tatuada del mundo. Visitante habitual en convenciones, su historia es un clásico del mundo del tatuaje. Isobel falleció en el año 2015 en Reino Unido. Aparte de ella, Andrea tiene dificultades para recordar a contemporáneas suyas que se dedicasen a tatuar como ella. Reproduzco aquí la conversación entre ella y su hija Andrea, de 29 años, que también estuvo presente durante nuestro encuentro online:

Andrea: sí, estaba Isobel [Varley] de Inglaterra que hace poco que ha muerto, era bastante famosa, estaba en todas las convenciones. Una señora así bastante mayor con el pelo blanco totalmente tatuada, que empezó a tatuarse creo que ya tenía 60 años o algo cuando empezó a tatuarse. Y yo hablé con ella y era como si hablara con mi tía. Era super... y había un rumor que me dijo un tatuador, había un rumor que ella era una... cómo se llama, una... ¿sirvienta? No, una... *maid*.

Andrea hija: una doncella.

Andrea: una doncella de la reina de Inglaterra. Un rumor [ríen]. Y era muy graciosa, una mujer muy valiente.

Andrea hija: ¿ella vino aquí a Valencia no también?

Andrea: si si si, estaba en todas las convenciones.

5.2. El mundo del tatuaje en la España contemporánea

Después del acercamiento a las narrativas de las pioneras, esta sección presenta las experiencias de las tatuadoras contemporáneas: su llegada al mundo del tatuaje, el desarrollo de la profesión y los obstáculos y dificultades a las que se enfrentan en su práctica artística.

Es con los inicios del siglo XXI cuando podríamos afirmar que el tatuaje comienza a gozar de mayor implantación a escala social y comercial y las tatuadoras deciden sumarse a la profesión enfrentando obstáculos distintos a los que tuvieron que sortear las pioneras. En los relatos de las primeras tatuadoras, parece prevalecer sobre todo una dificultad logística, de corte material, legislativo y práctico. Las nuevas generaciones se enfrentan a otros problemas: desde machismo y racismo, hasta la alta competitividad y las exigencias a que se ven sometidas debido a la necesidad de presentar su trabajo en redes sociales.

La mayoría de las tatuadoras a quienes entrevisté comenzaron sus pasos en el mundo del tatuaje como autodidactas o aprendices de otros profesionales, la mayor parte de ellos hombres. Sus vidas, desde jóvenes, han estado vinculadas al arte, el dibujo y la creación. Las dificultades que han enfrentado a lo largo de sus carreras tienen que ver, en su mayoría, con el hecho de ser mujeres.

Otro aspecto que me parece importante señalar es el relacionado con el marco legal en que se desempeñan estas artistas. En una de mis sesiones de tatuaje de la espalda, conversando con mi tatuador, tratamos este tema:

Hablamos esta vez un poco menos que la anterior. J me saca el tema de los permisos para tatuar en Andalucía que ahora necesitarán de una formación larga para su obtención. La gente que pueda demostrar al menos tres años de experiencia tatuando profesionalmente puede pedir una convalidación. Sin embargo, a él le acaban de echar atrás los papeles. Los vacíos de regulación laboral para tatuadores y anilladores o *piercers* es un problema patente. No existen epígrafes específicos para estas profesiones y hasta ahora para darse de alta como trabajadores autónomos tenían que hacerlo bajo 'Peluquería o servicios estéticos' (así lo hice yo también cuando trabajaba haciendo *piercings* entre 2010 y 2015). Debatimos sobre lo poco justa que es la medida, también porque se supone que entonces la gente que visite desde otros estudios de fuera de Andalucía no podrá tatuar legalmente en territorios andaluces. En fin, un lío... y otro ejemplo más de titulitis absurda en lugar de invertir en formación de calidad, impartida

por profesionales del sector y comprometida con la calidad tanto como con la certificación meramente legal de la “capacidad” para tatuar o anillar. –Extracto del cuaderno de campo. Enero 2022.

En este sentido, es también indudable la particularidad que rodea a esta práctica: no se trata meramente de una técnica que desempeñar correctamente, sino que envuelve procesos artísticos que a duras penas podrán enseñarse desde el marco formativo actual. En los relatos de las participantes también existen referencias al proceso de aprendizaje, que se convierte en vertebrador de su desarrollo profesional y, sobre todo, artístico. Ana Belén, socióloga con una tesis doctoral sobre modificaciones corporales extremas, vincula los avances normativos con la expansión de la práctica, su profesionalización y una mejor visión de los y las profesionales a escala social:

El tatuador ya se forma y hay escuelas de tatuaje, muchos ya vienen de ciclos de formación y de ciclos de ilustración, como en el que yo por ej soy docente, y hace que el tatuaje empiece a ser establecido como una profesión a respetar, muy regulada a nivel sanitario. Y España, hay que decirlo, a nivel de regulación es bastante estricta, con las tintas y demás. Esto cuando haces el curso te lo enseñan bastante bien, y si que es verdad que en esa parte quizás lo negativo es la falta de profesionalización, que entre a formar parte de las FP’s o los ciclos formativos como una profesión más, junto con estética o peluquería. No sé, es cómo lo tienen planteado, pero sí que hay intentos por parte de la administración de las comunidades autónomas. Creo que Andalucía es la que más. Tú que estás allí... yo lo sé porque una amiga mía que es tatuadora está dentro de un comité de evaluación del tatuaje como una disciplina docente y se está en ello. Luego también la propia revolución tecnológica y técnica de los tatuadores. Los estudios son prácticamente clínicas, son visibles y más ahora con el covid, que siguen trabajando pero es que son como los odontólogos, tienen una cantidad... yo con los que estoy hablando, con los que tengo contacto todavía, un nivel escrupuloso, a unos niveles de asepsia extraordinarios, los consentimientos informados tienen que guardarse, las cca hacen las inspecciones. Y eso creo que ha ido a que el paso del tatuaje pequeñito a plantearte hacer una colección de tatuaje en tu cuerpo, ayuda mucho. [...]Me pareció que la técnica está ayudando precisamente a profesionalizar el tatuaje y que la cultura del tatuaje ya sea como el mundo de la moda. –Ana Belén, 44, Madrid.

5.2.1.Las tatuadoras en la contemporaneidad

A Miriam siempre le gustó dibujar. Cuando se interesó por el tatuaje, no tenía muy claro, como muchas otras, cuál era la vía de acceso al mundo del tatuaje, qué pasos había que dar o a dónde o quién había que dirigirse.

Siempre me ha gustado dibujar, desde pequeña, siempre me ha gustado lo gráfico, los

colores, las líneas, todo lo que está relacionado con las formas, con la pintura, con el dibujo. Yo siempre he dibujado, entonces igual en la adolescencia... echaba un poco para atrás porque decía: pero cómo coño se aprende a tatuar, ¿qué profesión es esa? Todo el mundo dice: ¿esto se estudia, hay una carrera? Y pues no, no se sabe nada. –Miriam, 38, Granada.

Miriam, como las pioneras, ha realizado otros trabajos desde que empezó a tatuar. Para llegar al momento en que ha podido dedicarse plenamente al mundo del tatuaje tuvieron que pasar años en que desempeñó otros trabajos. Mientras era aprendiz en estudios de tatuaje, dedicaba las mañanas a trabajar vendiendo ropa o fruta, y las tardes a tatuar, hasta que en el año 2013 comenzó a dedicarse plenamente al tatuaje en un estudio de Pamplona, donde era la única tatuadora mujer.

Julia: ¿Desde que empezaste a tatuar jovencita, con años, has vivido de esto?

Miriam: No, qué va, qué va, ni de coña. Yo he trabajado de frutera. Pues yo cuando empecé a tatuar trabajaba de frutera y por las mañanas intentaba cambiar el turno para tener todas las tardes en un estudio de *tattoo* que había en Ibiza, en Figuereta, que me aceptó como aprendiz. Porque el tío era alemán, necesitaba a alguien en la tienda que hablase castellano porque el otro que tenía era italiano y lo hablaba mal. Yo con ellos me comunicaba en inglés, y mi inglés tampoco era... Yo era frutera por las mañanas y aprendiz de *tattoo* por las tardes. Y he currado en muchas cosas, yo cuando me fui a Barcelona ya tenía un *book* pequeño, y fui a buscar curro pero si no me salía curro... mi familia es muy humilde, yo me tenía que buscar la vida y he trabajado pues tiendas de ropa, lo que fuese, no se me caían los anillos.

En referencia a las dinámicas de género dentro del mundo del tatuaje, la tatuadora menciona el ambiente machista en uno de los estudios donde trabajó en Granada. Miriam reconoce que allí “siempre ha habido ese ambiente de tío duro escucho hardcore, testosterona a saco” (Miriam, 38, Granada) y también recuerda cómo en Pamplona se la tachaba de seca, aunque su actitud no era distinta de la de sus compañeros tatuadores:

Mi clientela en Pamplona me decía muchas veces: eres muy seca, pero me gusta porque se que no me estás mintiendo, eres franca. No soy, hola cariño... no. Y si, creo que tienes derecho a ser mujer, ser dulce, ser lo que sea sin que te... me parece muy bien pero, tampoco... yo voy a los sitios y prefiero que no me lo maquillen, no quiero maquillaje. –Miriam, 38, Granada.

Miriam recuerda, en referencia a otro de los estudios donde trabajó, cómo se recurría al feminismo para, en cierto modo, desacreditar sus quejas en torno a ese ambiente masculinizado que echaba a mucha gente para atrás. *Yo misma recuerdo cómo, al entrar por primera vez al estudio en que Miriam trabajó, sentí cierto rechazo: por ser mujer, por no llevar todavía demasiados tatuajes y por mi cierta timidez. Me parecía que las miradas me juzgaban y que aquel no era el lugar que me correspondía. No fue hasta que conocí al piercer del estudio por ejercer la misma profesión que él que, de ahí en adelante, me sentía*

más bienvenida al entrar al estudio. Ella, además, añade que quiere que el día en que tenga su propio estudio “la peña entre sin vergüenza” (Miriam, 38, Granada.).

Mira yo llevo aquí tanto tiempo, esta profesión tal, yo te hablo así, te vendo así, bueno te vendo... te lo explico, te asesoro y yo se que en ese estudio muchas veces, porque yo lo he visto, que el trato ha sido como en una posición superior. Yo le decía a esta peña, puto patriarcado, y era como, ya empieza la Miriam. Y era como, joder, es que no puedo hablar con vosotros porque ya estáis en plan que si soy feminista. Y no es feminismo, o sea estoy intentando dar otro prisma, que veáis... pero era difícil y yo al final pues he jugado en esa liga, que yo me he llevado bien con ellos, he estado a gusto con ellos, me han respetado siempre. Yo era muy ladradora, y era como, ya está la Miriam. Ya está la Miriam ¿no?, este tiene las mismas malas pulgas que yo y ¿qué pasa?. –Miriam, 38, Granada.

El estudio en que trabaja Miriam actualmente, en la costa de Granada, se rige por unas dinámicas totalmente distintas. En él trabajan dos tatuadoras fijas y una aprendiz además de innumerables invitados, en su mayoría tatuadores, pero con los que “no hay ese rollo” (Miriam, 38, Granada.).

Miriam señala cómo las dinámicas dentro de la escena del tatuaje en España se han visto afectadas por las lógicas capitalistas de oferta y demanda, tanto de cara a la clientela como a las personas que quieren dedicarse a tatuar empezando como aprendices o los traspasos y mantenimiento de locales antiguos. El boom actual del tatuaje se debe, según Miriam, al capitalismo y a la presión que comenzó a ejercer sobre los tatuadores la ley de la oferta y de la demanda y el deseo de cada vez más gente de sumarse al mundo del tatuaje:

Capitalismo, porque date cuenta, yo creo que antes con lo cerrado que era, que a mi me daba mucho respeto entrar a un estudio de *tattoo*, ni se me ocurriría ir de uno a otro preguntando qué precio más bajo... yo es que lo he vivido de otra manera, he buscado siempre al artista, sabía que estaba en ese estudio, pero he buscado al artista, o el estudio porque tiene ese tipo de artista. Yo entré muy jovencita a ese mundillo y empecé a conocer gente entonces entras de otra manera, no eres como un cliente de pie de calle. Yo creo que es lo que te digo... ¿que qué ha pasado? Pues yo creo que es capitalismo puro y duro, porque esa peña era recelosa de enseñarte y tal porque es normal que cualquiera te abra una tienda aquí al lado y tampoco vas a tener dos o tres aprendices y cogías uno, y luego era tu compañero de curro y luego a lo mejor si tú envejeces traspasabas el estudio, algo así. –Miriam, 38, Granada.

Con respecto al negocio en sí, Miriam reconoce que en España hace entre 10 y 15 años se dio un importante giro en el entendimiento del tatuaje. Lo que antes era una profesión más vocacional y artística, pasó a convertirse en una ocupación que podía generar mucho beneficio económico. Esto ha repercutido también, no sólo en el precio de los tatuajes, que ahora es mucho más alto, sino en más facilidades para aprender que cuando ella empezó como aprendiz. La tatuadora señala cómo esta transición también ha acabado con cierto misterio vinculado a su estatus de arte *underground* lo que ha significado que ahora

si tienes dinero y te quieres montar un local, tienes a tres o cuatro tatuadores y no hace falta ni que seas tatuador porque ya es un modelo de negocio, ya no es ese estudio pequeño de barrio, diferente, más clásico [...] Cuando yo me vine a Granada, yo creo que en el primer año abrieron 10 estudios, que es como... y bueno, ya te digo, en su derecho están, pero ya es más un negocio, antes los estudios de *tattoo* era más como un taller, ahora no, ahora tienes peña ahí que te está diciendo: no, estate aquí de tal hora a tal hora que si entra un walk in alguien tiene que estar aquí [ríe] para hacerlo. No sé chicas... yo la verdad que... y con el rollo este de las redes sociales, el tatuador ya no hace como una unión con el nombre del estudio, es un artista individual, entonces se lleva su curro donde quiera. Que también lo veo lógico, todo va evolucionando, entonces al final o te montas al carro o yo que se. Hombre, siempre con ética, porque a mi tampoco me mola... Joder, a mi esta profesión siempre me ha molado por ese rollo más misterioso, más underground y tal y ver que es un producto ahora mismo de moda, belleza, de que hay peña que vende su curro como si fuese un producto... –Miriam, 38, Granada.

Esta idea acerca del mundo del tatuaje como vinculado a escenas underground o subculturales aparece extensamente en literatura académica extranjera sobre las modificaciones corporales. Generalmente, con la comercialización de la práctica se reduce su ‘oscurantismo’, pero eso en ningún caso quiere decir que no sigan existiendo determinados escenarios alejados de lo comercial donde el tatuaje sigue funcionando como dispositivo desestabilizador de la autonomía y las prácticas no normativas corporales. Tras hablar con Ana Belén (44, Madrid), la socióloga cuya tesis se centró en las modificaciones corporales extremas, anoté en el cuaderno de campo:

Con ella resulta interesante sobre todo incorporar una visión muy centrada en el contexto español, lo que convirtió a su tesis en algo totalmente novedoso, y con perspectiva eminentemente sociológica. Ella me cuenta que tiene ambos brazos tatuados y las piernas casi llenas. No hace referencia a otros tatuajes en zonas como pecho, vientre o espalda. Al final de la entrevista, cuando le pregunto si puede seguir afirmándose que existe la denominada *tattoo community* -que fue fuerte principalmente hasta los años 2000- ella afirma que no, que esa idea de comunidad en torno al tatuaje ya no opera, al haberse convertido más en una expresión vinculada a la individualidad (en línea con la disolución de lo colectivo en el sujeto posmoderno y la modernidad líquida, ella cita a Bauman) que a lo colectivo o comunitario. No obstante, al hablarle de Matt Lodder y de su defensa de escenarios y esferas donde esa resistencia y diferenciación persiste, coincide conmigo en que en todo caso esa comunidad opera cuando los individuos se modifican profusamente o en modos extremos. En esos casos quizás sí que funciona aún el sentido de *tattoo community*, quizás porque sometándose a modificaciones más extremas, esos cuerpos se sitúan aún a día de hoy en las periferias estéticas del canon corporal imperante. –Extracto del cuaderno de campo. Febrero 2021.

Sobre la ubicación de los estudios, Miriam tiene claro que si por ella fuera, se movería a un entorno rural, en esa línea que ella defiende de entender el mundo del tatuaje como un ambiente menos comercializado, más underground y con cierto regusto misterioso. El capitalismo también es algo que menciona Sonia, unido al machismo de una industria mayoritariamente masculina. Con respecto a la globalización y al rápido crecimiento de la práctica, Sonia también rescata aspectos positivos en relación a su propia vida como hija de padre y madre musulmanes y sobre su propio hacer artístico en el campo del tatuaje:

El hecho de que se globalicen estas cosas ha hecho que yo por ejemplo con 13 años pueda saber todo lo que sabía del *tattoo*, pero si no tuviese internet y eso grupos de música no hubiesen llegado a mi yo a lo mejor no estaría así, a lo mejor incluso yo llevaría hiyab, vete a saber. Pero con todo el tema de la globalización la gente investigando, hablando de esto, haciéndose *tattoos*, normalizándolo, pues claro ahí se puede llegar a niveles del arte que a lo mejor no había pensado antes en ellos. Porque ahora tenemos mucha información y podemos explotar esto al máximo. Eso es excitante. A mi que todo el mundo me hable de *tattoos* me parece maravilloso porque te pueden dar puntos de vista diferentes, puedes entender a las personas mejor y es que al final los tatuadores y las tatuadoras trabajamos para la gente. No trabajamos para nadie más. Para la gente, para que lo lleve la gente en su piel. Entonces a mi me parece maravilloso que ahora se esté normalizando más el *tattoo*, que la gente hable más de él, que la gente se quiera tatuar más, que la gente tatúe... a mi eso me parece super guay. Y el tema de la gente que piensa que el mundo del *tattoo* se está alejando de lo que era, yo pienso que el mundo del *tattoo* se está alejando de lo que era y menos mal. Porque estamos evolucionando. –Sonia, 26, Madrid.

El tatuaje es una práctica corporal colaborativa. A excepción de los casos en que una persona se tatúa a sí misma, toda sesión de tatuaje es siempre un encuentro entre una persona que quiere tatuarse y otra que realizará el tatuaje con una técnica de tatuaje determinada. En los primeros años de práctica del tatuaje en España, las pioneras recuerdan cómo la relación que se establecía con el cliente solía ser más íntima. Frente a diversos relatos que destacan que el tatuaje se ha convertido en una moda de consumo veloz, me gustaría destacar que las tatuadoras jóvenes están muy comprometidas con su práctica. Explicitan que para ellas la sesión de tatuaje es un rito, donde el respeto y la comodidad de la clientela es central. Ohiana rechaza la consideración de la piel de la clientela como un lienzo o canvas en blanco, lo que refuerza este entendimiento del tatuaje como práctica colaborativa y no sólo como técnica realizada por un artista sobre un cuerpo:

Es una mezcla: es técnica, es arte... pero tampoco es tan arte. Es artesanía, es un montón de cosas. También he oído decir a muchos tatuadores: el artista del tatuaje. Cuando te encuentras con un cliente, como que el tatuaje se hace entre dos, entre el tatuador y el cliente. No es un arte, o tan arte, cuando es... no sé cómo explicarlo. La figura del artista no la veo porque en realidad es una comunicación, una colaboración entre el tatuador y el tatuado, como un diálogo y hay un montón de cosas que hacen un tatuaje, entonces para mí es un mundo. [...] eso del lienzo me parece una falta de

respeto total y una cosa tan superficial y que le quita su esencia al tatuaje, que me parece muy tremendo. Puede que sea lo peor de lo que he oído últimamente referido al tatuaje. Es como la cosificación total del tatuado, es horrible, es el típico tatuador que hace un tatuaje para su foto y le da igual lo que pase con tu piel dentro de diez años o cómo te cure. No, eso para mí es el horror. –Ohiana, 36, San Sebastián.

Con respecto a la vulnerabilidad durante la sesión de tatuaje con alguien y a la relación entre tatuadora y persona tatuada escribí en el cuaderno de campo, tras una de mis sesiones de espalda:

Son muchas horas, horas en que soy vulnerable y en que la intimidad crece, así que sentir que quien me tatúa es alguien respetuoso, conectado y similar a mí en algunos puntos primordiales me parece algo tremendamente positivo. Otro día: La sesión transcurre, como todas las demás, sin demasiado dolor ni sobresaltos. En esta ocasión estamos a solas, y me doy cuenta de que estoy más cómoda así, cuando no hay nadie más en el estudio. También me da la impresión de que él tatúa más concentrado y rápido, como si ambos nos sumergiéramos en la sesión completamente, buceando en el tiempo que resbala y pasa como una brisa suave entre nosotros. –Extracto del cuaderno de campo. Abril 2022.

Cuando Barbara (37, Zaragoza) y yo nos encontramos, un 20 de abril de 2021, ella llevaba ya más de siete años involucrada con el mundo del tatuaje. Tanto ella como Mónica (33, Graz), otra de las participantes en la investigación, nacieron en Zaragoza en los años 80 y se conocieron dentro de la escena punk en la ciudad. Bárbara estudió derecho y trabajo social, hasta que sus amigas la empujaron a dedicarse a su verdadera pasión: el tatuaje.

Mientras comenzaba a dar sus primeros pasos en el mundo del tatuaje, explica: “yo siempre tenía mi trabajo de oficina, tecleando, en la UNED con derecho y los fines de semana estaba en muchos colectivos” (Bárbara, Zaragoza, 37). Dedicaba sus tardes libres a dibujar, hasta que compró sus primeras máquinas, se hizo un pequeño tatuaje a sí misma y comenzó a tatuar a colegas. Hace tres años, dejó finalmente su trabajo para dedicarse plenamente a tatuar. Su nombre artístico es Bárbara Rebel, y parece un buen reflejo de su espíritu crítico, combativo y feminista, especialmente consciente de que, cuando decidió introducirse en el mundo del tatuaje, se adentraba en un ambiente altamente masculinizado:

Ahí dije, ostras, pues igual...tengo un amigo que se compró una máquina de tatuar y dije: qué pasada. O sea que te la puedes comprar así... pero claro, como eran todo chicos, eso es lo que siempre me... yo creo que he tardado tanto en ponerme a tatuar -aparte por como soy yo, de primero investigar y saber que se me va a dar bien y tal y cual- un poco he tardado por el tema del mundo tío. Te lo digo... Yo creo que si en esa época hubiera ido a un estudio, y me hubiera tatuado una chica, o hubiera visto a más chicas tatuadoras, o más amigas mías, o no sé, algo así más, como más cercano, yo creo que hubiera empezado antes segurísimo. –Bárbara, Zaragoza, 37

También Sonia, tatuadora como Bárbara, hace referencia a cómo los tatuadores suelen tener

una actitud más vinculada a su ego que ellas:

Claro, estoy muy agradecida de estar en el estudio que estoy, de las compañeras que tengo, de mis clientas y mis clientes, de todo, estoy super agradecida y feliz pero claro, sigo siendo la mujer en esta sociedad entonces no es tan bonito al fin y al cabo. Me gustaría sentirme en algún punto tan bien como se sienten estos tíos, que se sienten los mejores, y unos egos que no sé de dónde los han sacado, que no es que mi meta sea ser la más narcisista del mundo, no es esa mi meta, pero si sentirme con esa seguridad que veo que tienen los hombres y que entiendo de dónde se la han sacado. Pues eso, sentirme igual al fin y al cabo. –Sonia, 26, Madrid.

En cuanto a esta idea del ‘mundo tío’, yo misma reflexioné en el cuaderno de campo sobre mis propias sesiones de tatuaje. Me estaba tatuando en un estudio donde la mayoría de tatuadores eran hombres y anoté:

Me vuelvo a tatuar en un espacio abierto, con lo que comparto experiencia con otro hombre, de unos 50, que está haciéndose su primer tatuaje a la vez que yo me tatúo mi nadadora tatuada. El ambiente es relajado, ya me he tatuado en ese estudio un par de veces antes. Es un estudio cuya plantilla es enteramente masculina; aunque en el pasado una chica también tatuaba allí, se marchó hace unos meses. Siempre me ha resultado un tanto intimidante entrar allí, aunque fuese para informarme, por la presencia tan alta de hombres. Esto sería algo a analizar, el hecho de que me resulte más fácil y cómodo tatuarme en estudios mixtos o liderados por mujeres. –Extracto del cuaderno de campo. Noviembre 2020.

Para Barbara, fue decisivo el contacto con un amigo de Logroño que ya tatuaba y también la influencia de algunas mujeres que empezaban a aparecer en la televisión: “veía a Kat Von D en la tele, como todo el mundo en esa época de la MTV, y no me gustaba igual su estilo, pero decía: ¡olé ella!” (Bárbara, 37, Zaragoza). También reconoce, durante su relato, que si en ese momento hubiese ido a un estudio y la hubiera tatuado una chica, “o hubiera visto a más chicas tatuadoras, o más amigas mías, o no sé algo así más, como más cercano” (Bárbara) ella se habría decidido por dedicarse al tatuaje antes del tiempo en que finalmente lo hizo. Bárbara refiere cambio también en el compromiso con el propio cuerpo tatuado (la gente tiene menos miedo a modificar su cuerpo por la mayor presencia del tatuaje a escala social) y la enorme cantidad de nuevos tatuadores y tatuadoras en España:

Yo creo que antes la gente se quejaba, los tatuadores más old-school de hace mil años, se quejaban de: ¡o, es que hay muchos tatuadores y tatuadoras nuevas. Pero yo les digo: si es que son los que más se tatúan y las que más se tatúan. Ahora mismo, de mis clientas, muchas son tatuadoras que están empezando, que es que les da igual y ya se están tatuando a saco, entonces también son clientas, también tienes muchas conversaciones guays. Pero sí, hay sí que hay cambio, bastante cambio. Yo me acuerdo de ver tatuadoras en Zaragoza o en Madrid y verlas ahora y es como: ostias, que llevas ahí la cara (tatuada). Supongo que con los años, obviamente te va quedando menos hueco... pero recuerdo que la estética de antes de las chicas tatuadoras, era otra historia

a ahora. –Bárbara, 37, Zaragoza.

Bárbara ha pasado temporadas tatuando en Canadá. Cuando hablamos, me cuenta que ha vivido en Vancouver dos años y medio, lo que la convierte en testigo de dos escenarios muy distantes entre sí: Zaragoza y Vancouver. En su relato, las diferencias entre ambas ciudades están muy vinculadas a la antigüedad de la práctica en cada contexto. Además, en Canadá la presencia de mujeres en estudios de tatuaje es más alta que en España, donde ella reconoce que casi nunca ha trabajado con otras tatuadoras. Especialmente, según Bárbara, dentro del mundo del tatuaje tradicional, donde, en su ciudad, reconoce: “sobre todo en el mundo del tradicional, casi no hay chicas, siempre he sido yo la única chica” (Bárbara, 37, Zaragoza).

Por ejemplo, en Canadá, los estudios que yo trabajo sí que hay más chicas que en España, en estudios. En España, yo nunca he trabajado con chicas, con tatuadoras. Igual en los tattoo circus. Sí, porque es como un evento social y se intenta invitar a todo el mundo, pero así en estudios y que a mi me gusten, sobre todo en el mundo del tradicional, casi no hay chicas, siempre he sido yo la única chica. Y encima, los cambios que hay, ¿qué pasa? Que a mi siempre me... no considero que se me haya tratado muy bien. No sé si es porque el mundo del tatuaje es como... la escuela de Harry Potter, que es todo secretismos y cosas raras... –Bárbara, 37, Zaragoza.

Ohiana es tatuadora y dueña de su propio estudio, Galerna Tattoo, abierto desde finales de 2019 en San Sebastián. Ella empezó a tatuar en un pueblo cercano a su lugar de residencia, como aprendiz.

Yo nací en un pueblo perdido del pirineo aragonés, donde solo había vacas y poca cosa más. Me fui a estudiar fuera muy jovencita, con 13 años o así, y estudié en la escuela de arte de Corella, en Navarra. Estudié gráfica publicitaria, un ciclo, y ahí tenían una especie de enlace con las becas estas Leonardo para ir a hacer prácticas a Italia y me apunté rápidamente. Y entonces me fui allí y me quedé -esas cosas que pasan en la vida-. –Ohiana, 36, San Sebastián.

Fue en Italia, gracias a ese intercambio en su programa de estudios, donde su pareja, apasionado del tatuaje, le “empezó a enseñar tatuadores buenos con una estética personal, con toda otra base diferente”. La fascinación por el tatuaje de Ohiana comenzó allí, donde empezó a tatuarse y, como ella relata y debido a su formación artística “luego ya fue como una conclusión natural empezar a probar en mi” (Ohiana,36, San Sebastián). Ella, como Miriam (38, Granada), empezó a tatuar entrando primero como aprendiz en un estudio en un pueblo cerca de su casa.

Yo empecé en otro pueblito cerca de mi casa que había un estudio, pues lo típico que vas por los estudios viendo que te dejen tal y al final encontré un estudio. Al principio estaba ahí mirando y ya, y poco más. Luego me dejaron poco a poco empezar a tatuar, etc. Mis primeros pinitos los hice hace más de 10 años. Claro, era probar en mi, probar en un amigo, cada cien meses. Así profesionalmente, seguido, en estudio... Llevaré 4 años o algo más. –Ohiana,36, San Sebastián.

Claudia nació y creció en Roma, donde vivió hasta los 19 años. Ella empezó a tatuar con 21 años, lo que supone que en el momento de nuestro encuentro ella llevaba más de 13 años trabajando en el mundo del tatuaje. A Claudia le gustaba mucho la moda y el diseño, pero decidió que prefería decantarse por el tatuaje por razones prácticas:

Dibujaba mucho, me gustaba mucho moda, fashion, todo este rollo y me quería ir en esta dirección, pero como que no me acababa de convencer la carrera, todo el rollo del ambiente y tal. Lo que sabía, que tenía muy claro, era que el trabajo es algo que nos toma bastante tiempo en el día, entonces lo más importante al final -porque vivimos en una sociedad donde el trabajo es si o si necesario, y yo quería hacer algo que me gustara, entonces era dibujar para mí... y yo lo asociaba con el dibujo, entonces pensando en lo que podía ser una solución para dibujar y no morirme de hambre, pensé, ostia, *tattoo* a lo mejor podría ser algo interesante. –Claudia, 34, Barcelona.

Ella, como Bárbara, usa un nombre específico para su trabajo: Cloditta, lo que le supone, según sus propias palabras, tener una “doble identidad”. Un día, se acercó a uno de los estudios de tatuaje del barrio donde creció en Roma con su portfolio de dibujos preparados. Tenía 21 años, la cogieron directamente como aprendiz de tatuadora y recuerda haber quedado fascinada no sólo por el ambiente, plagado de arte, sino también por las personas que allí encontró. Entonces, y aunque sus padres no querían, empezó también a tatuarse. Ella recuerda no haber sentido miedo, sino más bien una cierta osadía. Se lanzó a preguntar en algunos estudios de su entorno que resultaron ser establecimientos muy respetados dentro de la escena del tatuaje romano.

Mariana lleva tatuando desde los 20 años, y vive en Cehegín, un pequeño pueblo a unos 80 kilómetros Murcia. Apasionada del tatuaje, es también una mujer activa y emprendedora. Su nombre artístico, *Skulls Lady*, está vinculado a su propia historia: la mayoría de sus tatuajes son calaveras y le encanta tatuarlas, confiesa que siente “devoción” por ellas.

El estudio es mío, lo monté yo sola. A ver, siempre he tenido la ayuda de mi marido, sobre todo es el que me dice que sí a todo aunque sea una locura. Él sabe que soy una mujer emprendedora, que soy muy activa, se me ocurren muchas ideas y hago muchísimas cosas. Otras muchas las apunto porque no me da tiempo a hacerlo todo y él me apoya y me ayuda en todo. Pero sí, el estudio es mío. Tengo gente trabajando para mí y fue el primer estudio que se abrió en la comarca del noroeste, el primer estudio profesional, abierto por una mujer, y el primero aquí en el pueblo, en Cehegín, o sea que ha sido abriendo la veda como yo digo. Porque en 8 años que estoy aquí ya hay como 4 o 5 estudios más en toda la comarca. o sea que muy bien, abrí el camino. –Mariana, 33, Murcia.

Su carácter emprendedor la ha llevado a escribir artículos divulgativos sobre el mundo del tatuaje y también a intentar promover la primera convención de mujeres en España, aunque finalmente el proyecto, por falta de participantes, no salió adelante.

El perfil de historia del *tattoo* yo lo creé en principio con artículos de solo mujeres tatuadoras, porque era el perfil que yo creé para la convención, yo era organizadora de

la convención junto con una empresa que se dedica a hacer convenciones en España. Yo era la... no era la que ponía la pasta, pero era la que organizaba todo. Yo era la encargada de sacar la información, de conseguir a las chicas, a las tatuadoras, de contactar con ellas, de buscar el sitio... me encargué de organizar aquello. Ese perfil empezó un poquito así, de: voy a hacer algo, porque yo hablaba con las chicas, con las tatuadoras y no, no tenían ganas: eso no se va a hacer, es imposible reunirnos, es que no hace falta... Me decían: no hace falta, si queremos igualdad eso no hace falta. No, precisamente por eso hace falta, para que salgas de tu cueva, de tu zona de confort, y se te vea. [...] Y lo de crear una convención, hacer una convención de mujeres fue también por eso, porque yo iba a las convenciones y decía: madre mía, si no hay casi tatuadoras, qué raro, si yo por redes sociales sigo a un montón de chicas o en revistas y tal y conozco a un montón, ¿por qué no vienen a las convenciones? –Mariana, 33, Murcia.

La situación a la que se refiere parece estar cambiando. Mariana, con amplia experiencia, ha sido testigo de cambios en el mundo del tatuaje, como tatuadora y como persona profusamente tatuada. También ha podido observar estos cambios en convenciones de tatuaje en el contexto español, que suelen ser un buen termómetro de la situación más general en el mundo del tatuaje, si bien habría que plantearse si en ocasiones las mujeres prefieren no acudir precisamente por ese mismo machismo que suele caracterizarlas:

Creo que la primera que fui fue en el 2009, pero igualmente... Yo veía que las mujeres que había en esas convenciones, no sé cómo explicarlo... no quiero decir que las tatuadoras de ahora no sean auténticas pero las veía como más fuertes, con más fortaleza, mujeres con un par de ovarios, que estaban con su stand. Y luego cuando yo he ido a convenciones, he seguido viendo eso pero me he metido en Instagram y he visto que había un montón en Instagram y luego en la convención había 5. Entonces he visto una involución, de decir: joder, somos un montón, pero escondidas. Entonces esa fortaleza de esas tatuadoras que yo veía antes cuando yo no iba a tatuar, ¿dónde está? Se ha perdido un poquito eso. –Mariana, 33, Murcia.

Para Cristina, nacida en Venezuela y residente en las Islas Canarias desde hace seis años, el proceso fue distinto. Primero experimentó tatuándose y luego decidió que aquello que la apasionaba para su cuerpo podía convertirse también en un medio de vida íntimamente conectado con quien ella es:

Lo mío fue primero tatuarme. Yo cuando me empecé a tatuar ni siquiera consideraba empezar a tatuar, porque si es verdad que siempre he estado en el ámbito de artes, pero yo iba muy por la moda, por la ropa y tal, era como mi meta. Cuando me vine aquí a Tenerife, entre una cosa y otra empecé a tatuar como hobby y dije, vale, esto es lo que a mi me gusta. Porque tenía sobre todo las referencias de tatuarme yo y como que en ningún momento dije, si te gusta tanto el *tattoo* y te gusta el arte, ¿por qué no empezás a tatuar? Cuando lo fusioné dije, vale, ahora todo tiene sentido. Esto es lo que soy. –Cristina, 24, Tenerife.

5.2.2.El mito de la recepcionista

Aunque, como señalan las entrevistadas, el mundo del tatuaje está cambiando, aún queda mucho por hacer, como demuestra el que he denominado “el mito de la recepcionista”. En las carreras de las tatuadoras, un problema que se repite una y otra vez y que es un ejemplo bueno de los problemas de la industria del tatuaje vinculados al género, es el de que suelen ser confundidas o asumidas como recepcionistas en los estudios de tatuaje donde trabajan. Los estereotipos operan aquí señalando al hombre como tatuador y a la mujer como subordinada, secretaria o responsable de atención al cliente, como narró Bárbara (37, Zaragoza) durante su entrevista:

Bárbara: También te quiero contar una cosa que me molesta mucho. Que cuando estoy con todo chicos en el estudio y yo estoy un rato en la mesa de atender, me viene la gente y me dice: ¿puedo hablar con un tatuador? Y yo...

Julia: Esto lo comentan muchas tatuadoras.

Bárbara: ...qué asco de verdad... es que... yo tatúo, ¿vale? Igual, voy más tatuada que ellos, joder.

Julia: La gente cree que eres recepcionista o secretaria, ¿no?

Bárbara: Si, eso me parece ya una basura. [...] Que tampoco pasa nada si estás en recepción, pero es que ya que ni siquiera se planteen que estás en una tienda de tatuajes y tú puedas ser tatuadora, me parece la ostia.

Andrea (59, Valencia) ya relataba cómo, sobre todo los hombres, veían improbable que ella fuese la persona que tatuaba en su estudio, desconfiados. Y tatuadoras más jóvenes, como Bárbara o Mariana, explican, con sus experiencias en primera persona, cómo esta problemática sigue operando.

Me ha pasado muchas veces y me seguirá pasando, últimamente parece que menos porque el sitio donde estoy la gente me conoce bastante pero siempre hay algún despistado o despistada que llega y te dice: quiero hablar con el tatuador, y le dices: vale, dime [ríe]. Depende del día, le contesto de una manera o de otra. Normalmente suelo decir: claro, dime. En una ocasión dije: espérate que lo aviso, y fui y volví a salir y le dije: dime[ríe]. Depende de las ganas de guasa que tenga, pero hay que tomárselo así porque es lo que te decía, todo el mundo no tiene la constancia que nosotras tenemos del mundo del tatuaje. Encima, mujeres hay menos... hay que tomárselo un poco a risa porque si no te encabronas y mandarías... al primero que te diga eso, lo mandarías... –Mariana, 33, Murcia.

Los tentáculos del mito de la recepcionista son alargados, y podrían explicar otras situaciones de desigualdad dentro de la escena, como la que narra Claudia en referencia al hecho de que muchos de los tatuadores hombres con quien ella tiene contacto no se han tatuado nunca con

una mujer:

Yo he intentado siempre portarme como si no hubiera esta diferencia, pero yo sé que existe. Si vas... Mira a mi lo que a veces me pone triste, por ejemplo, o que he visto y es la cosa donde más noto esa diferencia y puede ser una tontería pero no lo es: los tatuadores que se tatúan entre ellos porque le gusta, por colección, por intercambio, no sé qué... Yo tengo casi todos los amigos tatuados que tienen un montón de piezas hechas por hombres y una o dos hechas por mujeres. Y somos muchas ahora tatuando, y tatuando bien. Pero antes de decidir para irte a tatuar con una buena mujer, te tatúas con un buen hombre. Y esto a mi a veces me ha puesto un poco triste, me ha pasado por ejemplo a veces tatuarme, de intercambiarme con un tatuador que para mi era muy buen tatuador, increíble, el tío va petado de *tattoos* y luego yo empiezo a tatuarlo y me decía: ah, ¿sabes que eres la primera mujer que me tatúa? Y yo me quedo así... digo, ¿eh? [con cara de perplejidad], digo, ¿en serio? ¿No te has tatuado nunca con una mujer, con todos los *tattoos* que llevas y llevas una pieza de una mujer cuando hay mujeres que tatúan de putísima madre? Yo creo que estamos muy lejos de tener cualquier tipo de equilibrio, todavía falta, en el mundo en general y en el mundo del tatuaje. –Claudia, 34, Barcelona.

Este mito de la recepcionista –y, como vemos, también sus consecuencias– tan común en los relatos de las tatuadoras con las que he conversado, es uno de los ejemplos más claros del machismo que aún impregna una industria tradicionalmente masculinizada. A continuación, se desgranar algunos de los problemas relativos al mundo del tatuaje en la contemporaneidad: por una parte, el machismo y el sexismo; y por otra, el racismo.

5.2.3. Problemas en el mundo del tatuaje contemporáneo

A las dificultades de acceso que ya de por sí conlleva querer dedicarse a una profesión poco reglada, se suma en el caso de las mujeres un machismo flagrante que aún impera en algunos estudios de tatuaje. Estas problemáticas, además, no afectan solamente a las tatuadoras, sino que, en ocasiones, terminan salpicando también a las clientas. Durante las entrevistas, se ha señalado el problema de las agresiones durante las sesiones de tatuaje, que cada vez gana más visibilidad mediática, en parte gracias a denuncias a través de redes sociales.

El mundo del tatuaje también está muy lastrado, para las mujeres y las personas queer y racializadas, por diversos problemas relacionados con un entorno patriarcal y racista. En esta sección, se tratan los problemas del mundo del tatuaje en relación al género, la etnia y, en general, la falta de respeto y las violencias contra la diversidad.

5.2.3.1. Violencia de género y agresiones sexuales

Barbara, tatuadora zaragozana a la que ya presenté en el relato sobre el punk en su ciudad,

relata cómo cuando fue a hacerse uno de sus tatuajes pidió a su hermana que la acompañase porque era un diseño que le cogía “un poco de culo y de espalda” y no se sentía demasiado cómoda yendo sola por considerar un “mundo súper hostil”. También recuerda cómo, cuando empezó a tatuarse, sus “amigos del grupo eran los más tatuados, los que más se tatuaban, entonces era algo muy de chicos. No era un mundo abierto en esa época para mujer” (Bárbara, 37, Zaragoza). Ella reconoce que se acercó a la escena del tatuaje más tarde de lo que hubiese deseado por no haberse sentido bienvenida:

Es un mundo muy hostil, pero sí que creo que como mujer... por ejemplo, en un estudio, me ofrecieron entrar en un estudio diciéndome, en vez de invitarme como a una persona normal, de: oye, pues vemos que estás tatuando y me gusta lo que haces, ¿quieres venirte aquí de aprendiz? Pues me invitaron diciéndome: oye, necesitamos a una chica que venga a limpiar por las tardes, ¿te interesa? Y claro, yo me quedé, así como... no. No sabía qué decir muy bien, porque yo me tatuaba en ese estudio y eran como amiguillos, así coleguillas por encima. Pero luego me escribió un tatuador diciéndome: tía que te han dado la oportunidad de venir al estudio a tatuar, cógelo y fue como: uf. Es que si ya empezamos así, ¿en serio? No creo que a un tío le hagan eso, le digan eso. Entonces ya fue como, mira, paso. –Bárbara, 37, Zaragoza.

Bárbara considera que aunque España no es todavía “nada utópico”, sí que empieza a generar cambios. Ella habla de Sevilla, con el caso de “Luci de Lucero”, Granada, donde también ha visto una presencia grande de tatuadoras, o Huelva, “con Mónica”. Aún así, ella se pregunta: “a saber qué mierdas tiene que aguantar la gente, las chicas sobre todo, y ya no te digo la gente no binaria...” (Bárbara, 37, Zaragoza). Las faltas de respeto, la infantilización o el menosprecio hacia el trabajo de las tatuadoras, ha sido extensa en su propia experiencia:

Luego por ejemplo en otro estudio que me dijeron venga sí... me hicieron la entrevista y yo estaba super feliz y luego me dicen: bueno... cuando estaba yo ahí enseñando mis trabajos girada, cogiendo cosas en la mochila, un chico le dijo al dueño, le hizo así como un codazo, y le dijo: bueno, que esta va a traer mogollón de clientes fijo. Uf... y ya no volví al día siguiente. Me dijeron, tráete los papeles que te contratamos y yo... ya no volví.

Luego en otro estudio también dije que no porque no me gustaba mucho el estilo y dije: pa esto me quedo en mi casa. Todo tíos, que no me está gustando esto... y luego al día siguiente me entero de que un tatuador decía que menos mal que yo había dicho que no porque así no se les rompía el rollo colegao... tirarse peos, entrar una chica a tatuarse y estar comentando, mira qué tetas, y así no les rompía yo como la línea esta de señores en el estudio. Entonces claro yo... ¡qué coño está pasando!... vaya mierda es esto... –Bárbara, 37, Zaragoza.

Cuando le pregunto por las agresiones sexuales dentro de la industria, por parte de tatuadores hombres tanto hacia compañeras como hacia clientas, ella explica cómo su implicación política en ambientes feministas y contestatarios ha repercutido positivamente en su rechazo a ese tipo de violencias. La tatuadora explica: “la he liado de decir, si esta persona viene a

tatuador yo no voy a tatuar, y yo no voy a tatuar y no vienen mis amigas” (Bárbara). Ante su negativa a trabajar con un tatuador que agredió a clientas en su práctica, recuerda a un tatuador que lo defendía diciendo “que no entendéis su humor y sus bromas”. También explica que algunos se protegen entre ellos, aludiendo a su antigüedad en el mundo del tatuaje, aduciendo que “este es un pionero en no sé qué, entonces hay que respetarlo” (Bárbara, 37, Zaragoza). Al haber trabajado en Canadá, la tatuadora explica cómo el manejo que se da ante estas situaciones es mucho más justo allí:

Creo que en España queda, porque es que en Canadá es que vamos... hay un mínimo rumor de algo y se le veta. Y en los estudios de Canadá, en las puertas todos tienen una pegatina que pone: este estudio es transfeminista. Si eres homófobo, machista o cualquier cosa es que ni entres... es que eso lo tienen ya... y es más, en Canadá uno de mis jefes iba a abrir el estudio, ya lo podía abrir, y no tenía la pegatina inclusiva y no quiso empezar a tatuar porque, fíjate tú qué dirán si no tiene la pegatina inclusiva y está tatuando. Y yo estaba así, como a punto de llorar y de decir por favor, ¡te quiero!... es que es un mundo. Es que en Canadá lo tienen súper claro, en plan a la mínima si hay un rumor es que aquí ni vienes de guest ni nada, ni que vengas a tatuar. Y aquí en España cuesta muchísimo, muchísimo, muchísimo. –Bárbara, 37, Zaragoza.

Además, Bárbara observa diferencias en las reacciones que se dan ante otras problemáticas de calado político dentro de la escena del tatuaje. La tatuadora utiliza el caso de las denuncias ante tatuadores fascistas, que rápidamente son tachados de nazis y expulsados de los estudios, mientras que no ocurre lo mismo con los casos de agresiones machistas. Parece entonces que en estos ambientes altamente masculinizados es más sencillo señalar y condenar al fascista que al machista, probablemente porque las dinámicas sexistas están mucho más imbricadas en las relaciones de poder que se suelen establecer entre tatuador y clienta y porque es un tema menos visible, del que se ha hablado poco en medios y redes en España (aspecto que ha cambiado enormemente en los pocos años que abarca esta investigación, como veremos más adelante). Además, algunos de estos comportamientos ocurren en el círculo de tatuadores, a espaldas de las clientas, lo que a su vez perpetúa esa situación de desigualdad y la impunidad en que quedan estas agresiones machistas, como la que relata Bárbara:

Lo que me fastidia es, por qué en el mundo del tatuaje y en el mundo como más antifascista, por qué está tan claro cuando un tatuador ha tatuado a nazis, el buah, el vetarlo tan rápido y les parece como, clac, les hace la mentalidad como: uh, sí, sí, a nazis, ¡qué horror! Pero cuando el tatuador es un machirulo y ha abusado y tal, así es como: ehhhhhh, es que, claro... o no se habla. Es una mierda, sí. Yo en estudios en los que he estado tatuando, en España, hace muy poco, o sea hace unos años, que ya es como... chico. En plan, una chica tatuándose, el tatuador le depiló la parte de la pierna del *tattoo*, y subir un tatuador corriendo diciendo: corre, corre, bajad todos a que le veáis los pelos que tiene esa tía en las piernas. Así... y es como, qué asco... Entonces, ¿cómo vas a coger en este mundo del tatuaje que ya de por sí como mujer te cuesta entrar en un estudio, que se te valore por tu *tattoo*...? –Bárbara, 37, Zaragoza.

Estas dinámicas de poder se materializan de muchas formas. La edad y la inexperiencia (por

ejemplo, cuando una se enfrenta a su primera sesión de tatuaje o a su primer *piercing*) suelen ser factores que también usan los tatuadores a la hora de tener comportamiento irrespetuosos y/o abusivos, como relata Cristina en relación a su primera sesión de tatuaje a los 16 años:

Yo creo que tendría que haber sido bastante más tarde, como a los 18, yo creo que es la edad que más o menos ya tienes un poco las ideas más claras. Pero claro, ahora mismo tengo *tattoos* muy feos, están muy mal hechos y mi experiencia tatuándome fue bastante mala porque fue con un tío que era un señor muy mayor, tendría a lo mejor 30, yo tenía 16 y yo sentí acoso. Porque me preguntaba mi edad, me preguntaba dónde estudiaba, me decía que era muy guapa, que era muy joven, que era muy madura para mi edad, todo esto. Y la verdad que la experiencia fue rara, pero no me limitó a hacerme más *tattoos*. –Cristina, 24, Tenerife.

Aunque esta experiencia no limitó a la tatuadora a la hora de seguir tatuándose, su relato pone de relieve esas dinámicas abusivas que suelen quedar enmascaradas, invisibilizadas sobre todo si la persona que se tatúa no se ha visto nunca antes en esa situación y puede no tener claros los límites que un tatuador debería imponer a su práctica, como por ejemplo a la hora de hacer preguntas íntimas e innecesarias o al pedir que se desnuden más zonas de las precisas de cara a la realización del tatuaje. Claudia no recuerda haberse sentido incómoda durante una sesión de tatuaje, pero sí que se enfrentó a menosprecios y dificultades vinculadas también a su edad:

Mi aprendizaje ha sido muy muy feo, en plan por el hecho de tener 21 años y ser una mujer me trataban de una forma horrible. Y que he notado muchas veces que me miraban o comentaban, yo sabía lo que opinaban de que yo era una niña tonta pequeña y que no iba a ningún lado. Y esto para ser mujer. Yo sé que si a los 21 era un chico entrando en esa tienda de machos, super machos, me iban a poder aceptar de una forma muy diferente. Eso lo he notado o lo he valorado más allá, yo en aquel momento no me enteraba mucho, en ese momento creo que todavía todo el problema del machismo, el patriarcado, todo el movimiento que ha sido los últimos años, ahí no estaba todavía muy fuerte. En plan, si que sabía que era feminista, si que sabía ciertas cosas, pero no era un tema tan abierto en todo, para poderlo entender, y actuar de consecuencia. Yo aceptaba muchas cosas que me decían, por ejemplo. Y se que me lo decían por ser mujer. Pero yo ahí no le daba el peso, ahora noto que mi aprendizaje por este lado ha sido muy feo, pero bueno aparte de esto se que seguramente... –Claudia, 34, Barcelona.

La imagen de la mujer que quiere dedicarse al mundo del tatuaje y es infantilizada aparece también en el relato de Miriam, quien relaciona esto con la sociedad patriarcal en la que crecemos todos y todas inmersos. Ella conecta estos problemas también con la apariencia, con cómo se valora a las mujeres socialmente en base a su imagen:

Cuando eres una mujer siempre hay una valorización un poco superficial, eso siempre va a estar, ahora ya nunca me he sentido discriminada por ser mujer. Si que es verdad al principio, cuando tú vas buscando con tu *book* como antiguamente, tú ibas con un *book* de fotos a los estudios, a hablar de si quieres un aprendiz, o mira llevo poco tiempo... la

peña, yo me encontré con un par que se pensaban que las fotos no eran mías, no creían que ese trabajo era mío, y claro, tú tenías que verme, 46 kilos, así de pequeña, con una cara de niña, pues igual está asociado a eso y es como, ¿en serio? Y de encontrarme clientes, yo ya en un estudio tatuando, y decir esta es la tatuadora y era como: pero si es una niña. ¿Sabes? [ríe], y dices, dónde está el motero de chaleco de cuero y barbas blancas. Porque también hemos estado asociados un poco a eso, al motero y tal. Ese tipo de cosas, sin más, como anécdotas, pero en si, en si no me he sentido nunca discriminada, pero es que yo soy feminista, y yo veo muchas veces las cosas, yo lo veo, yo veo que a una tía si eres mona y tal te va a ser mucho más fácil escalar peldaños. Y así no se le valora nunca a un tío en un puesto de trabajo, pues es un aborto pero tatúa de puta madre. –Miriam, 38, Granada.

El caso de Mariona, *piercer* con más de 20 años de experiencia, es también llamativo. Cuando ella comenzó a trabajar haciendo *piercings*, sus compañeros hombres le indicaban que le faltaba fuerza en las manos; paradójicamente, a la hora de realizar una perforación, más que fuerza es necesaria precisión y más que manos grandes, dedos finos y versátiles capaces de trabajar con las piezas, en ocasiones minúsculas, que conforman los *piercings*. La *piercer* defiende que para dedicarse a esto, ella tuvo que ponerle mucho trabajo y pasión: “al final son nuestras pequeñas armas como mujeres” (Mariona, 48, Bilbao). Una vez más, sin embargo, Mariona relata cómo se dudó de su potencial en base a argumentos falaces y machistas:

Me acuerdo cuando empecé como autodidacta, todos los contactos que tenía eran hombres. Y me decían que una mujer no tenía bastante fuerza en las manos. Era una forma de echarte hacia un lado. En este caso a mi no me importó mucho el comentario, porque yo venía de hacer escalada, yo estaba haciendo montaña desde pequeña. Entonces era como: tú me dices que como mujer no tengo fuerza en las manos pero yo se que como mujer si la tengo por la escalada. Suerte que estaba autoemporada. Y luego también tenía la opción de que tenía las manos más pequeñas, entonces para trabajos más pequeños o más precisos, para mi era más fácil. Yo creo que es importante que haya mujeres en la profesión, que las mujeres sean conscientes de que -como en otras profesiones, no es que en el bodyart más- sigue habiendo un problema gordo de género. –Mariona, 48, Bilbao.

Julieta, aunque no ha sufrido directamente ninguna agresión, apunta algo que es clave a la hora de analizar la problemática de las agresiones machistas dentro del mundo del tatuaje: la mediación del cuerpo:

...pues mira la verdad que no me ha llegado a mí esta mierda. A ver, gente con la cabeza mal o con... hay en todos los gremios. ¿Sabes lo que pasa? Que en este se trabaja con el cuerpo. Se ha visto en la fotografía, se ha visto en la moda, pues ahora lo veremos en el *tattoo* seguramente. Y habrá quién si, habrá quién no, y bueno habrá quien lo use a su beneficio, habrá quien sufra consecuencias y habrá quien no le haga ni puto caso teniendo razón. Yo creo que igual que en todo. Solo que aquí como trabajas con el cuerpo, pero ya te digo, yo he estado trabajando rodeada de tíos tatuadores y la

verdad que siempre ha habido mucho respeto por el cliente. –Julieta, 33, Granada.

Las redes sociales están suponiendo una útil plataforma para denunciar tanto micromachismos como agresiones machistas en el mundo del tatuaje. En países europeos y en Estados Unidos existen cuentas de denuncia que señalan abiertamente, incluso etiquetándolos, a los tatuadores que han cometido agresiones. El hecho de que estas situaciones salgan a la luz puede ayudar, por un lado, a proteger a las mujeres y corporalidades consideradas inferiores por el patriarcado a protegerse y conocer mejor los límites, y por otro, y sobre todo, a ir cercando a esos tatuadores que abusan de su poder para cometer estas agresiones.

Hace poco vi uno de Estados Unidos o inglés, en el Instagram, en la comunidad del *tattoo*, salió uno que había sido denunciado por abusos y empezaron a salir otros casos. Y yo conozco una chavala, no sé si era en Cantabria, que le pasó lo mismo con un tatuador, que empezó a cogerse mucha confianza y a tocar de más, y quítate esto porque se ve... ¿me entiendes? A mi eso me parece muy heavy, me parece que estás en una situación que claro, qué vas a hacer, según cómo sea la chavala, porque habrá alguna que le soltará una torta, pero otras dirán: bueno, ¿será esto normal? O simplemente decir, bueno, a ver hasta qué punto va a llegar, que si es por quitarme el sujetador me lo quito, no va a pasar nada, pero es asqueroso. –Miriam, 38, Granada..

En marzo de 2022, a través de la red social Instagram, se destaparon agresiones por parte de un tatuador famoso y reconocido en España. Seguí de cerca las publicaciones de denuncia, que incluían los testimonios anónimos de las víctimas. El perfil que sacó a la luz la información comenzó inculcando al tatuador con el testimonio de una ex pareja de él, pero pronto comenzaron a sumarse otras mujeres que también reconocieron haber sido víctimas de sus agresiones. En el cuaderno de campo anoté:

Esta entrada en el diario de campo tendrá una forma de diario emocional. Hace dos días, una cuenta de Instagram (@Rhamnuusia) destapó un testimonio doloroso de agresión sexual en relación a un tatuador especializado en *Black work*. Durante estos dos días he seguido intensamente todas las publicaciones que se han ido vertiendo en el perfil, que se dedica a repostear mensajes, de manera anónima, de mujeres que han sido agredidas por él. Lo que al principio comenzó con una foto del tatuador donde se le veía la cara claramente y un testimonio concreto de una expareja, se ha ido convirtiendo en un intrincado relato, en el que han ido añadiéndose muchos más testimonios que dan cuenta de las barbaridades que cometió.

Este destape de información por parte del perfil de Instagram ha supuesto todo un evento en la comunidad del *tattoo* en España. Muchas personas se animaron a compartir las informaciones, sumándose así a la denuncia; otras, defendieron a los implicados; otros han mantenido un silencio incómodo que a mi se me ha antojado cómplice, claramente no tanto porque lo sea como porque toca de cerca el tema de mi tesis y mi propia vida y vivencias como mujer dentro de un mundo machista.

Creo que he necesitado este par de días para sentarme a escribir esto porque me ha removido de manera profunda a muchos niveles. ¿Cómo se toma la sociedad los

abusos, a quién defendemos cuando éstos salen a la luz, cuándo y por qué decidimos callar, despojando de su verdad a las víctimas, a las que yo siempre me obligo a creer? En una de las publicaciones del perfil, se explica que en el 92% de los casos cuando una mujer se decide a contarlo es porque lo narrado es cierto. Si, además, una sola mujer más se suma con un testimonio similar sobre el mismo agresor, las posibilidades de que lo narrado sea cierto suben hasta el 98%. ¿Por qué, entonces, hay personas que siguen negándose a creernos?

La investigación, de pronto, ha perdido todo objetivo académico y ha inundado todas las fibras de mi ser. Mis noches insomnes desde hace dos días, mis días inquietos, pendiente de comprobar si ha habido alguna actualización en los testimonios recogidos. Mi deseo de romper el silencio, hablar y ofrecer mi pluma y experiencia para denunciar otros casos como estos. Pero, de pronto, caí en la cuenta, la otra noche, mientras cenaba una ensalada, de que los ritmos de la academia no permiten la denuncia inmediata. Me exigen reposo, calma, reflexión. Y acaso eso es algo que agradezco ahora. Toda esta tormenta formará parte del “metraje final” de la tesis, pero lo hará desde un lugar alejado de la inmediatez y la bilis, más conectado con el paso del tiempo y las huellas que estos acontecimientos crean, lentamente, en los caminos de la sociedad. Ahora queda por ver si estas denuncias trascienden, si salen a la luz pública a través de, por ejemplo, reportajes periodísticos, y si se formalizan por la vía judicial. Yo he de permanecer atenta, como una investigadora en la sombra, para captar todos estos remolinos e ir rescatando los significados, resistencias y dificultades que toda lucha encuentra al salir del plano de las ideas y colocarse en el *ring* de la realidad. ¿Se diluye, se estanca o por el contrario toma fuerza y mana? Estoy expectante por descubrirlo mientras, a mi ritmo, sigo enfrascada en libros, testimonios y teorías que van armando, lo sé, algo con sentido de la justicia. –Extracto del cuaderno de campo. Marzo 2022.

Este tema, lleno de aristas, se convirtió en un eje central de la tesis. Como me había indicado Julieta, cuando el cuerpo entraba en escena, como en la fotografía o la moda, las posibilidades de que se dieran violencias y agresiones eran aún más altas que en cualquier otra situación social. Es por ello que a continuación quiero presentar las narrativas de tres mujeres que sufrieron agresiones por parte de tatuadores, bien como clientas, bien como tatuadoras en entornos profesionales.

Celia: un tatuadora agresor y la necesidad de contarlo

Celia decidió ponerse en contacto con un tatuador de Barcelona después de mirar su trabajo y comprobar que le gustaba. Quería tatuarse la espalda con él, zona que conlleva siempre varias sesiones. Ya desde la primera sesión las cosas no fueron bien, y Celia relata cómo el tatuador la hizo sentir muy incómoda. Cuando ella se quitó la ropa para facilitar la colocación del calco antes de comenzar a tatuar, él comenzó a sobrepasarse con ella. Las agresiones comenzaron siendo verbales:

Y a partir de ahí, de ver el tío que yo era una persona que me sentía a gusto con mi

cuerpo y que me daba igual estar ahí desnuda, empezó a decirme que me quería comer el coño. Bueno, me hizo sentir muy incómoda ya desde la primera sesión, de hecho la espalda me la acabé en dos meses porque no quería volver a ver al tío, y digo, que esto sea rápido. Me ofreció hasta 1000 euros por comerme el coño, ¿sabes? Y yo... no te das cuenta de que... y bueno, luego tatuándome la nalga todo el rato haciendo comentarios, rara era la vez que iba que no hacía algún comentario. Diciéndome: yo he tenido que rechazar a muchas chicas porque tú no sabes aquí... pero yo, una chica como tú... Encima, el rollo este de vacileo, y eso... me hacía sentir muy incómoda. –Celia, 35, Barcelona.

Desgraciadamente, las agresiones no quedaron en el plano verbal y, en una sesión en que estaba le tatuando la zona de las nalgas, el tatuador llegó a realizar tocamientos indeseados a Celia:

Y luego cuando me estaba tatuando la parte del culo, claro, la piel la tienes que estirar, pues yo notaba que el tío tenía el dedo en el ojete. Y yo, se lo dije, dije, tienes tu dedo en mi ojete, quítalo de ahí. Y él: ¡ay!, perdona, no me he dado cuenta... Y yo: ya, no te has dado cuenta... También me dijo que si me hacía un masaje... cosas muy incómodas. Y ha sido la única vez que me he sentido incómoda con un tatuador. –Celia, 35, Barcelona.

Aunque llegó a plantearse acabar el tatuaje con otra persona, finalmente decidió defender sus límites y terminar la pieza de la espalda con él, que estuvo acabada en cuatro o cinco sesiones a lo largo de dos meses.

Luego el tío siguió mandándome mensajes, que le mandara fotos de la espalda, a ver cómo iba el tatuaje... y yo: un mojón te voy a mandar... Y ya está... El caso es que no lo se, pero no tengo pruebas pero tampoco dudas, como se dice. Porque si ha sido así conmigo, habrá sido así con muchas. Y no sé si alguna habrá accedido a hacer algo con él, pero... yo pienso que si tú quieres ligar con una chica estás en todo tu derecho pero no te pongas a comprometer a una persona que tienes ahí en pelotas, a decirle obscenidades, porque no viene a cuento de nada. Porque tú puedes gustarle al tatuador y que sea algo recíproco y que mañana pase algo, pero no es esa la manera. Aunque a mi me hubiera gustado el tío, no es esa la manera. Es acoso. Tú tienes que ser profesional en tu trabajo y eso me parece algo muy delicado como para... yo la verdad es que me quedé flipando, porque como siempre he tenido... creo que con el tatuador creas un vínculo, ¿no? Yo con [otro tatuador] siento que tengo un vínculo, me ha tatuado él casi todo el cuerpo, pero con él el vínculo que creé no fue bueno porque es una persona que no quiero volver a ver. Y alguna vez me lo he encontrado por ahí en Barcelona y era en plan de hacerme la loca, de, yo paso... Pero claro luego el tío: hola, no sé qué... –Celia, 35, Barcelona.

Durante las sesiones, Celia relata cómo el tatuador no quería que nadie entrase en la cabina donde se encontraban (en Cataluña, por normativa, se tatúa en cabinas separadas donde solo pueden entrar la persona que tatúa y la tatuada). Celia refiere cómo “por la ligereza con que

decía todo”, ella “tenía claro que no era la primera” (Celia). La situación de intimidad y el hecho de que no quisiera ser interrumpido denotan que se estaba cuidando de generar un ambiente que le permitiese abusar de su posición. También el hecho de que fueran tantas horas de trabajo fue determinante de cara a sentirse en cierta intimidad con ella:

Sí, muchas horas y muy cerca. O sea... yo le decía las cosas claras, y no le pegué una hostia porque me estaba tatuando, sino... vamos, que tengo la mano muy ligera cuando quiero. Me contuve un poco porque dije, mira me quiero acabar el tatuaje y olvidarme de todo esto y ya está.

[...] Yo creo que con el tatuador creas un vínculo y, puede sonar un poco moñas, pero creo que el tatuador te pasa su energía o yo por lo menos lo siento así. Y tú le pasas tu energía a la otra persona. Siempre he tenido esa sensación. Y bueno, básicamente la única persona con la que me he tatuado sin estar a gusto ha sido el de la espalda. Era como que sentía que ya iba a tener una mala energía dentro de mí siempre, porque ese hombre me ha tatuado en la espalda. Y ahora me pienso dos veces antes con quien tatuarme porque creo que tiene que ser alguien que yo considere que es buena persona. –Celia, 35, Barcelona.

Es doloroso, me desgarrar, escuchar a Celia. Nunca me he visto en una situación así, pero todo suena tan posible, tan cercano, tan real, que asusta. Como ella señala, la facilidad con que el tatuador actuaba denotaba claramente que probablemente no era la primera vez que cometía agresiones durante su trabajo. En mi experiencia, no he sentido en ningún momento amenaza alguna. Aunque en ocasiones haya tenido que desnudarme para tatuar determinadas zonas, como la espalda o las nalgas, en ningún momento me ha tocado enfrentarme a un agresor como ella. Eso me rompe, me deja seca, rabiosa, triste. Sobre el vínculo que se crea con la persona que te tatúa escribí después de una de mis sesiones de tatuaje durante estos años. Era diciembre de 2020, y me tatué un saltamontes con Alba, con quien me he tatuado en varias ocasiones. Ella y el ambiente distendido y cómodo que se genera durante nuestras sesiones juntas determinan en medida mi experiencia general: la gestión del dolor, la posibilidad de disfrutar de la experiencia, la despedida feliz:

Durante el proceso hablamos de mi pareja, que tiene las dos piernas casi completamente tatuadas, y cómo él se tatúa siempre con gente distinta, muchas veces cuando viaja, teniendo así una colección grande que lo convierte en lo que se denomina en inglés *tattoo collector*; mientras que yo suelo tatuarme varias veces con la misma persona. Alba responde entonces: “claro, tú buscas también el vínculo que se crea”. Y efectivamente le confirmo esa idea y añado que para mí es muy importante la comodidad a la hora de tatuarme, así que si estoy cómoda con alguien, y me lo puedo permitir, repetiré. Al acabar, charlamos en la puerta del estudio Dani, Alba y yo. Los conozco desde hace años, no son amigos, pero sí que existe con ellos una cercanía que se consigue tras horas de compartir espacio y proceso artístico. Cuando me marchó, les felicito el año y mi sensación de bienestar es enorme. –Extracto del cuaderno de campo. Diciembre 2020.

Celia reconoce que es difícil protegerse ante estas situaciones, pero sí que destaca como armas a nuestro alcance, por un lado, investigar un poco, hablar con el tatuador antes de la sesión para notar cómo es su trato, y por otro, preguntar a gente que se haya tatuado con él. El hecho de que él sea una figura respetada dentro del mundo del tatuaje puede ser un obstáculo a la hora de denunciar, porque, como ocurre en otras ocasiones, otros pesos pesados del tatuaje saldrían en su defensa y no es fácil demostrar este tipo de violencias. Ella, por su parte, reconoce informar a todo su círculo sobre las agresiones y proteger a las mujeres que se ha podido cruzar que tenían pensado tatuarse con él:

No, en verdad yo muchas veces lo cuento en tono de humor porque te lo tienes que tomar al final así. Tampoco llegó a ser nada grave. Si es verdad que creo que si hubiera sido otro tipo de persona a lo mejor hubiera llegado a más esa situación, pero como yo soy una persona que soy bastante cortante e intento dejarlo todo lo más claro posible... Y eso, yo lo cuento y me da igual, ¿sabes? Que la gente lo sepa. Y cuando hemos estado hablando de tatuadores con amigos y tal siempre lo saco, porque cuanta más gente lo sepa mejor. Yo no me tengo que sentir avergonzada porque un tío sea un capullo. Cuanta más gente lo sepa, mejor. El boca a boca creo que es muy importante. A lo mejor yo se lo digo a un chaval que no tiene ni idea y mañana una amiga suya le dice que se va a tatuar con él, y a lo mejor él se acuerda y se lo dice. Creo que no hay que esconderse con eso. Si, porque encima somos nosotras las culpables siempre, encima la culpa es mía, ¿no? Pues no, de eso nada. –Celia, 35, Barcelona.

Naiara: machismo y violencia en primera persona

Naiara (26, Madrid) está empezando en el mundo del tatuaje. Su fijación temprana por el arte la llevó a dibujar y de allí a interesarse por el tatuaje, intereses que ella vincula a su propia identidad, ya que siempre se ha sentido “rara”.

yo desde siempre he tenido una fijación por el arte, me he sentido una persona muy sensible [...] yo era la rarita que estaba dibujando y que mi clase favorita era plástica y era mi día favorito. Eso marcó en mí un principio de identidad en que yo me sentía a gusto y segura y sabía que era lo que realmente me gustaba. Igual que hay mucha gente que se identifica con alguna cosa, que a la gente le puede gustar el fútbol, a mi me gustaba el dibujo. –Naiara, 26, Madrid.

Cuando ella empezó a interesarse por el tatuaje, encontró reticencias en su padre y su madre, que no entendían que quisiera dedicarse a ello profesionalmente ni tampoco tatuar su propio cuerpo:

Claro yo me empecé a iniciar... mi primera máquina de *tattoo* la tuve con 16 años más o menos, a mis padres no les gusta nada este mundo, lo odian, la verdad que cada vez que a día de hoy me siguen viendo con un tatuaje me dicen: otro más Naiara, no, para ya. La típica de los padres que realmente no entienden este mundo, bueno *boomers* realmente que lo ven como que te estás gastando el dinero en destrozarte o hacerte daño, y luego te vas a arrepentir y tal. Yo realmente, sí que es verdad que en ese

principio, cuando comencé a tatuar piel sintética, naranjas... pues ellos lo veían como, bueno está experimentando, tiene un hobbie, pero luego ya me empecé a meter en ese mundo. –Naiara, 26, Madrid.

Ella, como otras participantes tatuadoras, comenzó tatuando a amigas y a sí misma, experimentando con diseños, técnicas y máquinas de manera autodidacta. Pronto, sin embargo, se dio cuenta de que “necesitaba ayuda”. Cuando llevaba “200 tatuajes” se decidió a buscar ese apoyo y encontró dificultades, vinculadas en su experiencia sobre todo al hecho de ser mujer:

Tendría 17 años, era muy joven, era muy pequeñita, 17-18 incluso, y yo me di cuenta de cómo no tenía una ayuda, nadie me tomaba en serio, era como: esta niña se quiere hacer la tatuadora por ser guay. O sea, quiere entrar en un mundo que no es el suyo, esto solamente es para hombres, tienes que tener fuerza, tienes que tener tal, tienes que ser hombre. Tienes que ser hombre y yo me daba cuenta de que iba pasando el tiempo y que nadie me iba a brindar esa oportunidad, de que tendría que seguir trabajando yo sola, experimentando sola cuando yo tengo casos de ir a un estudio e ir con una amiga, un amigo. Un amigo literalmente, y en ese estudio se le hizo caso a él, y a mí no. Y yo a lo mejor tenía más experiencia, más recorrido, más ganas, como más ilusión y yo estaba enfocada en eso. Y a esta persona le dijeron: ven aquí. Y a mi me dieron la puerta. Fue una situación de decir, me está rechazando el mundo que yo amo. Tengo que seguir trabajando, yo no puedo dejar escapar. –Naiara, 26, Madrid.

Tras el rechazo, comenzó a trabajar en otros sectores (tiendas de ropa o de maquillaje) para poder seguir formándose. Actualmente, Naiara ha dejado su trabajo para intentar dedicarse exclusivamente al tatuaje de nuevo, esta vez desde un estudio privado (no abierto en horario comercial al público de paso, sino que se ha de solicitar cita por adelantado para ir). Las diferencias en su carrera como tatuadora tienen, en su experiencia, una base de género muy marcada:

Voy a enfocarme directamente a aprender a dibujar, como mucha gente, como muchos hombres no necesitan aprender a dibujar porque por su característica de hombre, hetero, cis, blanco español, que ya va tatuado porque sus amigos están tatuados y ya tiene esa ventaja de entrar con más facilidad a un estudio de lo que puedo tener yo. Y dije, pues me voy a poner a dibujar, me voy a centrar en el dibujo y voy a tener un buen dibujo para que el día de mañana la gente diga, oye pues esta persona se lo ha estado currando. Yo en ese momento hacía unos tatuajes más esporádicos porque realmente entre trabajar y estudiar no tenía ese tiempo. –Naiara, 26, Madrid.

Ella señala que los privilegios con que cuentan los hombres cis definen todas sus actitudes en el mundo del tatuaje. No tienen que demostrar su capacidad continuamente como las mujeres y, en situaciones donde se traspasan los límites, no quedan expuestos como ellas:

...realmente no tienen las preocupaciones que, a lo mejor, podamos tener la gente que está luchando por esto, que somos mujeres o género no binario, trans y demás. Al final

es una lucha que tenemos que hacer por dos, ellos no tienen que luchar por ello. Realmente ellos se sientan, el mundo me ha dado pene, el universo me ha dado pene, entonces no me tengo que centrar en si tengo que demostrar mi valía trescientas veces más que lo que hacen los otros, que no tengo que estar preocupado porque un cliente se sobrepase o que un compañero se sobrepase, no. Sí que he escuchado compañeros que me han hablado: pues es que esta chica si que ha intentado conmigo algo mientras la estaba tatuando o se ha pasado de la raya, tal. Y el siguiente comentario ha sido: pues realmente si me hubiese gustado la chica hubiese sido agradable. Pero es que fue como, encima estás dando por sentado que a ti realmente no te importa lo que está pasando, lo que te importaba es que esa chica no te estaba gustando y te estás molestando porque no. En cambio, una mujer que está ahí se siente sobre expuesta a decir, mmm, esta persona realmente está intentando ligar conmigo, me está desconcentrando, me está incomodando y me está acosando mientras estoy trabajando. –Naiara, 26, Madrid.

La tatuadora reconoce que cuando comenzó era consciente de que se estaba “metiendo en terreno de hombres” y señala que ellos “no están educados al respeto de la mujer en el mundo del *tattoo*” (Naiara). Las presiones, en su experiencia, son constantes y tienen que ver con una posición cómoda e inamovible de algunos hombres dentro del sector. En su relato, todas estas dificultades tienen impactos también en cómo se comportan las tatuadoras entre ellas, resultando más difícil crear comunidad entre mujeres:

Los hombres se encargan de una forma muy sutil y a veces no tan sutil, de dejar ver que eso es para los hombres. Y cuando una mujer llega a cierto punto después de hacer pasado por ese proceso de: tengo que asimilar que este mundo es de hombres, llega un punto en el que se siente tan curtida en ello que le cuesta hacer entorno con otras mujeres. Es como, he llegado hasta aquí, me lo he ganado yo solita y sabes que no son todas, pero sí que hay muchas que cuando llegan hasta aquí arriba es como, estoy cansada ya de esto, tengo mi burbuja en la que yo me he construido a mi misma, y no quiero que nadie más me moleste. Quiero seguir en este circo diminuto que me he montado para mi sola. En cambio los hombres tienen comunidad, hay mucha comunidad entre hombres. Cuando las mujeres es como... yo tengo amigas tatuadas y tal pero no es como ese grupo que se crea en los estudios de, somos todo hombres, vamos todo tatuados, tenemos un respeto, tenemos un... no, es como, las mujeres en un estudio a lo mejor hay dos, tres máximo, pero la mayoría son hombres. Y es como... tssss... ellos no van a entender nunca nuestra posición, ni se van a molestar porque al final es como esa persona que ha nacido con ciertos privilegios, que ni siquiera se plantea deconstruirse. –Naiara, 26, Madrid.

Naiara también se refiere a los privilegios de los hombres cis como “el privilegio de la tranquilidad, de la tranquilidad de desarrollarte como profesional en un mundo que te han dicho que está para ti” (Naiara), en detrimento de las mujeres y las identidades no cis que quieren introducirse en el mundillo. La sororidad, según ella, es difícil de lograr por las condiciones de partida, altamente competitivas y de gran exposición a críticas sobre la calidad de su trabajo, críticas que no suelen ser tan feroces con los hombres. También

reconoce que cuando ella narra estas situaciones, se expone a que se minimicen las dinámicas machistas o a que la tachan de inestable:

Y muchas veces cuando esto lo comento con gente que no está tatuada o que no está muy arraigada al mundo del tatuaje, se quedan como extrañados, diciendo: joder, pero como es posible con lo liberal que es el mundo del tatuaje, que haya machismo en el mundo del tatuaje. Porque hay hombres en el mundo del tatuaje, que son los que mandan, están ahí y son los que te dicen: tu sí, tu no, tengo la potestad de criticar y demás. Ahí están los hombres, haciendo lo suyo constantemente y al final es como... uf, es que encima no se ve, es que encima te tachan de loca constantemente. No estoy loca, mi realidad no es una realidad aislada, yo se de muchísimos casos en los que esto se está dando. –Naiara, 26, Madrid.

Haber crecido en una sociedad patriarcal siendo mujer supuso para Naiara un recordatorio constante de ciertos peligros que estaban ahí fuera. Eso no le impidió sortearlos, pero la tatuadora señala cómo el único camino para cambiar estas actitudes machistas es la educación. En lo que concierne a la situación de las tatuadoras, ella pide más encuentro, más sororidad.

Ya va más allá del mundo del *tattoo*, sino que entra más en tema educación y en tema de las generaciones que están viniendo y los privilegios que se les está dando a las nuevas generaciones que antes a lo mejor no teníamos. Ya se vuelve más complicado, sería empezar con otra discusión que yo creo que nadie tampoco tiene la respuesta. Pero cuesta, cuesta. Pero quiero pensar que sí, en algún momento estaré tranquila [ríe] y todas las personas que vengan detrás, trans, no binarias y mujeres, pues podrán estar aquí en un espacio de tranquilidad y podrán disfrutar lo que es el mundo del *tattoo* como muchas no hemos podido. Pero eso eso, la sororidad que nos tenemos que dar las unas y empezar a tumbar los castillos de naipes que tienen los hombres montados realmente. Al final creo que lo importante es tener una sororidad entre nosotras y apoyarnos y hacer piña. Es como, hasta qué punto va a llegar esto y cuándo vamos a poder decir, ya aquí se acabó, quiero hacer lo mío y que me dejen en paz.

[...]La gente necesita leer testimonios reales de gente que realmente va a pasar por lo mismo y sobre todo el no sentirse sola dentro de un proceso que lleva tanto tiempo, tantos quebraderos de cabeza, como persona decir: no estoy sola, oye que lo estoy viviendo es algo normal. Es una mierda que estemos viviendo esto y que lo veamos como normal, pero sentirse no estoy sola, hay un grupo de personas que también están pasando por ello y que siguen luchando –Naiara, 26, Madrid.

Sonia: el mentor agresivo y la ruptura del ciclo

Sonia (26, Madrid) tiene una situación similar a la de Naiara, ya que hace poco que empezó a dedicarse al tatuaje. De padres árabes, nacida en España, ella reconoce que desde pequeña ya

se sintió atraída por el tatuaje, arte al que se dedica desde hace unos tres años. Fue el empezar a trabajar en el mundo del tatuaje lo que detonó su conciencia feminista, al tener que hacer frente a dinámicas machistas:

Me han tratado fatal en el mundo del *tattoo*. Y solo llevo tres años en esto, así que me imagino otras chicas que lleven yo que sé 10 años, 20 años, y no me puedo ni imaginar lo que han vivido. La verdad es que he flipado con el trato que me han dado mis supuestos maestros, que al final no me enseñaban gran cosa del *tattoo*, pero era como un abuso constante, un abuso sobre, te hablo como quiero, te grito cuando quiero, te insulto si me da la gana, te digo cosas que no proceden para nada, todo el rato, un abuso todo el rato. Entonces yo me alejé de esta gente y al final he tenido que aprender por mi misma y aprender a valerme por mi misma, yo no puedo decir que he tenido un maestro o una maestra porque no lo he tenido. Yo lo que he tenido es a un señor manipulándome y abusando de mi, que no me ha enseñado nada y que me robaba trabajo, entonces creo que esto es mucho más importante de tratar en el mundo del *tattoo*. Y esto lo he visto conmigo, lo he visto con clientas, lo he visto yo como cliente también... machismo todo el rato. –Sonia, 26, Madrid.

En sus redes sociales, Sonia también se dedica a visibilizar y denunciar estas situaciones, buscando abrir la conversación y llegar, sobre todo, a las mujeres y personas queer que dedican emprender una carrera en el tatuaje:

Estoy intentando concienciar todo el rato sobre estas cosas. ¿Qué pasa? Que yo aquí, al fin y al cabo, estoy como muy sola en el mundo del *tattoo* porque al final, ¿quiénes son los cabezas del *tattoo*? Pues siempre son tíos o gente que lleva 10 o más de 10 años tatuando, entonces son muy vieja escuela. Entonces, es justamente lo que te he dicho: machismo en estado puro. Entonces es como una mafia, y a mi no me da miedo decir estas cosas porque he vivido mucho abuso en el mundo del *tattoo* y ya con lo que me han hecho a mi ya me da igual hablar de esto. Pero entiendo que hay muchas chicas, y esto lo he visto yo porque mis compañeras fueron abusadas también por el maestro que yo tuve en Barcelona, y le han defendido y han seguido con él y han seguido apoyando su trabajo y le han seguido apoyando a él. Él tiene una denuncia por haber violado a una clienta, está de juicios y la gente de Barcelona le sigue apoyando. Y es algo a mi que no me entra en la cabeza. Pero se que hay tanto miedo a perder tu puesto de trabajo, porque funciona como una mafia. –Sonia, 26, Madrid.

El tatuador con el que ella empezó como aprendiz era muy conocido en la ciudad en la que trabajaba. Fue él quien la contactó a ella para ofrecerle un puesto como aprendiz. Sonia dejó su vida en otra ciudad para trasladarse allí y comenzar su periodo de aprendizaje.

Es muy conocido, en libros tochos de *tattoo* que tengo sale su trabajo. Y él me contactó para ser su aprendiz y yo fui sin pensarlo: aprendiz de este hombre, en el mundo del *tattoo*... yo fui corriendo, dejé toda mi vida aquí en Madrid y me fui corriendo a Barcelona para ser aprendiz de este hombre. o sea, es que nos tenía todo el día llorando, nos hablaba fatal, nos llamaba a las 11 de la noche para gritarnos sobre cosas del

estudio que no... movidas muy locas. Nos decía que nos teníamos que drogar, que si él se drogaba nosotras nos teníamos que drogar, que todo lo que pasaba en ese estudio se quedaba en el estudio, movidas... y bueno, le pusieron esta denuncia y él tenía un estudio en Buenos Aires; cuando se enteraron la gente en Buenos Aires, todos salieron del estudio y cerró el estudio, se quedó sin gente, todos se fueron de ese estudio. Pero aquí en Barcelona su estudio sigue abierto, la gente le sigue apoyando, la gente sigue tatuándose con él, es algo que yo... y además tiene a muchas mujeres en su estudio. Me acuerdo que yo cuando no lo aguanté y me fui a los tres meses y medio, la gente me decía: es que tú has sido tonta, tenías que haberlo aguantado. Y yo: ¿perdona? No tengo que aguantar nada de esto. Y mira si, mi sueño es el mundo del... mi sueño es tatuar y hacer *tattoos* y todo eso, pero antes de ser tatuadora soy una mujer, soy una persona, soy humana y tengo derechos joder, y no va a venir este cabronazo a hacer lo que le da la gana conmigo ni con ninguna mujer en mi presencia. –Sonia, 26, Madrid.

Para Sonia “tienen miedo a hablar de este tipo de cosas porque todo el mundo se conoce” (Sonia) y hay miedo de perder determinados privilegios asociados a tener una buena relación con las personas denunciadas. Después de la experiencia con este tatuador, también tuvo problemas con el que fuera su pareja, un hombre con cierto nombre dentro de la escena del tatuaje, que se aprovechaba de su trabajo.

Y encima mi pareja diciéndome eso, que encima yo con mis bracitos no voy a ser capaz de tatuar nada... el techo de cristal todo el rato. Antes de empezar. Cosas terribles. Y lo que le pasaba a este tío era que al final me robaba mis diseños para tatuarlos él. Y no tiene... o sea, sabes muy bien la técnica pero no sabe diseñar este estilo. Entonces él era, tú no tatúes, tú solo diseña que ya lo tatúo yo. Porque así es en el mundo del *tattoo*. Si, si. Y sobre mí, se aprovechaba de mí y de mi Instagram. –Sonia, 26, Madrid.

Cuando decidió empezar a publicar sus trabajos bajo su firma, mostrando su cara para que no siguieran siendo asociados a su pareja, también se enfrentó a críticas, lo que es una muestra de lo tenso que puede ser desenvolverse en un mundo tan masculinizado: por exceso o por defecto, siempre se está expuesta a críticas y señalamientos:

Muchas personas se pensaban que yo era el otro artista, porque ese artista no paraba de publicarme y claro, como yo no ponía fotos de mi cara, pues se pensaban que era su cuenta secundaria o lo que sea. Entonces ya tuve que poner fotos de mi cara o lo que sea; pero al mismo tiempo eso era: ah, mira esta que sube fotos de su cara. Joder, ¡hagas lo que hagas siempre va a haber alguien que lo critique!

[...] Pues me alejo de esto, hago lo que me da la gana y si es feo vale, y está mal hecho, pues es mi problema porque al final no he tenido maestro, no he tenido maestra. Y si mis maestros lo único que han hecho ha sido reírse de mí, aprovecharse de mí, robarme cosas y tratarme mal, pues tengo que hacerlo sola. Y si en tres años he conseguido lo que quiero ha sido gracias a mí. ¿Eso te causa risa o te entran ganas de hablar mal de mí? Pues habla todo lo mal que tú quieras, que yo no creo que esté haciendo las cosas mal. Y creo que me estás juzgando por ser mujer. Pero claro, esto a un tatuador hombre

te va a decir que no, que eso no es así, que no sé qué, te va a venir con cosas que no tienen ningún sentido. –Sonia, 26, Madrid.

Sonia ha terminado adoptando una estrategia que ella misma señala que usan otras tatuadoras: utilizar un nombre artístico neutro en cuanto al género de modo que la gente que se interesa por su trabajo no tenga preconcepciones respecto a la calidad del mismo. La tatuadora que ella nombra vive de hecho en mitad del desierto, en California, y aunque tatúa a personajes famosos como Ricky Martin, vive alejada del ruido de las ciudades:

En los libros que tengo de *tattoo*, ¿qué habrá una mujer, dos? Y a lo mejor ni siquiera. O si las hay, hacían como yo, lo de ponerse un nombre que no se sepa qué género eres. Porque, por ejemplo, conozco a una tatuadora que es muy conocida que lleva muchos años, pero en América, que se llama Roxx. Que no hay fotos ni nada de ella ni tampoco sabía que era una mujer, que además tú escuchas Roxx pues suena a Ross, a tío. Pues es una máquina y no sé lo que habrá pasado ella por el mundo del *tattoo* pero imagino que fatal también y ahora vive aislada, en plan no habla con nadie, ella hace sus trabajitos y ya está. -Sonia.

Sonia, como Naiara, con sus publicaciones en redes y durante la entrevista, recuerda que a veces no se da complicidad entre las mujeres. Para ella, eso es algo que falta.

Me siento sola porque noto que por ejemplo cuando veo a un aprendiz hombre con su maestro hombre veo una complicidad... no siempre obviamente porque hay gente de todo tipo, pero cuando los chicos son amigos como que están todo el rato juntos y hablando todo el rato de *tattoo* y nada más que *tattoo* y como que hacen una piña muy fuerte. Y yo eso con mis compañeras del estudio, sí que las aprecio y aprecio su arte y a ellas como personas, pero no veo esa misma piña de estar las mujeres todo el rato juntas. Pero luego por ejemplo en Barcelona, en el estudio de Barcelona al que suelo ir, sí que veo eso entre las mujeres, pero no son españolas, no sé si tiene que ver. –Sonia, 26, Madrid.

Ella cree que, “aunque tengan que forzarlo, al menos un poco al principio, que lo fuercen, porque realmente la unión de las mujeres es mucho más fuerte que cualquier otra cosa en el mundo” (Sonia). Como Naiara, considera que la unión entre mujeres, personas racializadas y queer puede ser la clave de cara a ir logrando espacios compartidos que sean seguros. El propio sistema, generado a base de dinámicas machistas y racistas, las termina separando y sólo la unión consciente logrará revertir la situación:

Y si encima eres trabajadora sexual, si encima eres árabe, como soy yo, si encima eres bisexual, si encima eres no sé qué, si encima no sé cuántos, pues es que ya son 8 razones por las que no lo vas a tener fácil. Y qué pena que las cosas con las que has nacido sean los límites de lo que podrías hacer en la vida, ¿no? Jope, pues es que si he nacido así qué más da. ¿Por qué no me dejas evolucionar y crecer tanto como lo haría un hombre? ¿Por qué no puedo hacer lo mismo, por qué tengo que sufrir tanto para conseguir un poco solo de esto? Pues es terrible, pero bueno es más terrible si encima

entre nosotras nos encerramos y no compartimos, entonces como mi mensaje ahora todo el rato está intentando ser el apoyo a las mujeres, vamos a estar juntas, apoyémonos, no sé... todo el rato ese mensaje. –Sonia, 26, Madrid.

5.2.3.2.El impacto del colonialismo en el mundo del tatuaje

El 30 de marzo de 2021 asistí a un conversatorio online titulado *Documenting African women's tattoo and scarification stories*. Fue organizado por el proyecto *The Renaissance Skin*, con @thetempleofherskin, Jessica Hornand y Laurence Sessou, como ponentes y Hannah Murphy como presentadora. El proyecto *The temple of her skin* se dedica a investigar en torno al *body art*, el tatuaje y las escarificaciones en mujeres negras africanas, tanto en la diáspora como en el continente. El proyecto está produciendo un documental con las historias de las mujeres contadas en primera persona. El soporte, el vídeo, les permite captar sus palabras y sus cuerpos. Algunas de las notas que tomé durante la sesión sirven para enmarcar esta sección, dedicada al racismo y la apropiación cultural en la práctica del tatuaje:

Las personas asistentes a la charla son investigadoras e investigadores del mundo del tatuaje. Durante la presentación, se hace mucho hincapié en la autonomía corporal y en la piel como material de investigación y como superficie que permite la comunicación: la piel como archivo. El proyecto se interesa por el *revival* del tatuaje en África, construyendo desde fragmentos e historias indocumentadas.

Fotos en internet: es muy fácil encontrar imágenes de mujeres africanas o no occidentales, tatuadas y escarificadas o con otras *bodymods*, pero ¿quiénes son, o eran, cuáles son sus sueños, por qué se modificaron de ese modo?. Reflexiono que existe el mismo problema con la fotografía antropológica de cuerpos tatuados en general. Crítica aquí a las imágenes presentadas como de interés “científico” de cuerpos “otros”. Frente a esto, ellas destacan que cada historia es única y que documentar las historias de cada piel es un acto a la vez íntimo y político, para luchar contra la objetificación y la exotización.

Una de ellas cuenta cómo su primera escarificación se la realizó su madre. Laurence Sessou tiene una escarificación en su espalda y pecho. la del frente es un *pussy, the divine feminine*, con un clítoris en la mitad.

La escarificación es una técnica considerada en sociedades occidentales, pero tiene un significado totalmente distinto para sus ancestros, es parte de la tradición en países africanos. La iglesia en África, con la colonización, acabó en muchos lugares con la práctica. Generaciones actuales están realizando escarificaciones en la diáspora como parte de una *reclamation* y de un *revival*. En el proyecto se imbrican la política, el significado de la comunidad, la influencia de la colonización y las perspectivas decoloniales en torno al tatuaje frente a los estereotipos que consideran las modificaciones corporales bien occidentales, bien exóticas. –Extracto del cuaderno de campo. Marzo 2021.

En los discursos recogidos durante las entrevistas, tanto la apropiación cultural como el

racismo son temas emergentes para la comprensión del mundo del tatuaje en la contemporaneidad. Entre las personas entrevistadas la preocupación por el uso de símbolos y diseños de otros contextos culturales, despojándolos de su sentido aparece en varias ocasiones, así como relatos en relación a la identidad racializada en la diáspora.

Karla (30, Oviedo) es investigadora doctoral en la Universidad de Oviedo, con una tesis sobre antirracismo y plataformas digitales. Nacida en una ciudad pequeña de Nicaragua, hace seis años que vive en España. Karla critica la hegemonía del pensamiento occidental a la hora de pensar en prácticas corporales como el tatuaje y hace referencia a otros modos de entender el tiempo y los modos en que una persona decide adquirir un tatuaje concreto:

Es como pensar el tiempo... una vez estuve en una charla súper interesante, porque la historia y el tiempo blancos, occidentales, hegemónicos, es una línea que va recta y en muchos territorios del mal llamado sur global el tiempo no es una cosa lineal sino que es cíclica. Es como no pensarlo así como: solo soy una persona, sino que han pasado muchas cosas, igual vos volviste a un ciclo y saliste pero de nuevo volviste a caer, entonces por eso te tatuaste una cosa que tenías años pensando en tatuártela. –Karla, 30, Oviedo.

En referencia a uno de sus tatuajes, que incluye la palabra *mija*, relata cómo llegó a escoger ese diseño, muy vinculado a su corporalidad y a un modo de estar en el mundo determinado por su origen. Fue clave el cruzarse con el trabajo de una ilustradora de origen salvadoreño nacida en Estados Unidos:

Ella nació en los Estados Unidos y es esta mezcla que se mira muy a menudo en comunidades latinas de mezclar el español y el inglés con como habla tu abuela, como hablás vos. Esta chica hacía muchas ilustraciones, con el *mija*, el *mija* es lo que te dicen tus abuelas, lo que te dicen las personas mayores, ¡*mija* ven para acá! Y ella juntaba, hacía imágenes de cuerpos gordos, de cuerpos morenos, con pelo largo, con lentes. Ella tenía por ejemplo: *mija, you're fierce, mija you're worthy, mija you're love, mija you're intelligent...* cosas así. Y a mi me encantaba y yo dije: me voy a tatuar eso. –Karla, 30, Oviedo.

Este tatuaje se convirtió para ella en una marca relacionada con su identidad cultural. En este sentido, también es central en su relato su identidad no binaria. Los preceptos de género son constructos coloniales para Karla, que reivindica el cambio como una constante y una oportunidad para el aprendizaje, para la transformación:

Para mi el tema de los pronombres es una cosa bastante colonial porque para mi el pronombre neutro es como hablar en el lenguaje de occidente porque a mi me da igual qué pronombre uses conmigo, si sos una persona racializada. Si sos una persona blanca, no, a menos que seas una de mis amigas cercanas. Esa es una reivindicación política, siempre política nunca in-política.

Yo ahora me identifico como una persona no binaria pero hace dos años no me

identificaba así y tengo dos tatuajes en femenino. Pero no dejo de ser yo, no dejo de pensar en que soy *fierce* y soy *worthy*, y que soy una persona que merece amor. No dejo de pensar eso. Es una memoria de lo que fuiste en ese momento y no la podés borrar, vos no podés borrar que igual la cagaste y que hace 15 años que se yo, hacía comentarios homofóbicos porque no tenías todo el conocimiento, o que hace 10 años hacías comentarios racistas, porque no sabías que decirle chino al bazar era racista por ej. y también es importante recordar eso y recordar quién has sido y cómo has ido cambiando. –Karla, 30, Oviedo.

El cuerpo de Karla y su identidad no binaria y racializada convergen en sus ideas acerca del paso del tiempo, la cultura y sus propios tatuajes.

Karla también hace referencia a otra problemática dentro del mundo del tatuaje: la apropiación cultural. Su sensibilidad hacia estos temas está encarnada en su propia vida, lo que explica que ella, después de tatuarse un árbol relacionado con la cultura japonesa, se haya planteado el porqué eligió ese y no otro elemento para formar parte de su colección de tatuajes:

A día de hoy, con todo lo que sé, con todo lo que he experimentado, con todas las gentes que me he acercado, pues igual hubiera hecho un árbol -siempre hubiera hecho un árbol- que estuviera en mi territorio, no me hubiera tenido que ir hasta Japón. Porque igual no me corresponde, cuando no es mi cultura ni mi territorio. –Karla, 30, Oviedo.

Susana relata cómo el uso de estilos, diseños y símbolos surgidos en otros contextos culturales y sociales puede ser problemático. Si bien el denominado tatuaje tradicional (el estilo de líneas gruesas y dibujos sólidos surgido en Estados Unidos) es su preferido, no cree que pudiera hacer lo mismo con un estilo como el bereber, por el conflicto que tatuarse un motivo tradicional de contextos no occidentales supondría para una mujer española:

Pues la verdad que ahora mismo el tradicional me gusta bastante también porque la gente de mi entorno que tatúa, hacen tradicional y tal vez como que lo entiendo mas y me gusta llevar cosas en las que entiendo el proceso creativo y todo eso. También es verdad que los *tattoos* bereberes me parecen una locura, no sé hasta qué punto me sentiría bien haciéndomelo, como que sería apropiación cultural y me crea cierto conflicto mental muy grande. –Susana, 26, Granada.

Claudia ha tenido que lidiar muy de cerca con esta problemática en su propia práctica como tatuadora, al utilizar en muchos de sus diseños motivos y elementos de culturas orientales:

El año pasado la ola de esto ha llegado un poco a todos, ¿no? Y me acosaron. Bueno, me como etiquetaron, sabes, me dijeron, me escribieron cosas, me llegaron mensajes en el momento de la ola, estuve taggeada en varios post que hablan de esto, como que me tenía yo que despertar de algo sabes. De, ah mira también Cloditta... Yo en principio lo tomé un poco mal. Luego, entiendo el lugar de donde viene toda esta movida, y lo entiendo y lo respeto, en plan, es verdad que los europeos, los

occidentales en general, por muchos años hemos explotado todo lo que venía de fuera. Entonces yo entiendo que hay gente que se sienta como que les roban su identidad o que les roban sus cosas para que luego un blanco de fuera se saque dinero con esto. Si que noto que seguramente hay unos tatuadores que no tienen conciencia de eso, sabes. Abren una página de Instagram, empiezan a copiar un poco aquí, un poco ahí, encuentra la diferencia en pinterest, sube las fotos juntas y de puta madre. Y haces tribal. –Claudia, 34, Barcelona.

Ella reconoce que a raíz de las acusaciones se hizo muchas preguntas, realizó búsquedas de información y, en un primer momento, desde su posición de mujer blanca europea, prefirió quedar callada. Claudia señala que no puede sentirse ofendida si alguien le señala su trabajo, pero sí que puede ser consciente de la manera en qué está usando las imágenes de una cultura. También expone otros casos, como el de la esvástica (símbolo muy usado en tatuajes tradicionales asiáticos), y presenta el debate en torno a su uso y cómo las culturas se han mezclado a lo largo de la historia:

Yo creo que respecto a mi misma, con mi conciencia, la forma que yo he viajado, he interactuado con las culturas, lo que pude devolver a las culturas... [...] entonces no puedo pensar, no puedo sentirme atacada ni puedo sentirme ofendida si alguien me viene a decir algo si yo soy consciente de cómo lo estoy haciendo. Entonces me parece guay que la ola que ha pasado haya despertado un poco de conciencia, en plan, que cada se haga sus preguntas. Yo me las he hecho, yo en el momento en que ha pasado he empezado a pensar: ostia, de verdad lo he hecho, he robado cosas y he sacado dinero por estas cosas y bueno, estoy vendiendo cosas que no son mías. Y luego, primero, dónde está el límite de la cultura. Por ejemplo, de utilizar símbolos como la esvástica. Y es que a ver, si te vas a una iglesia de Sicilia del 3000 antes de cristo, bueno, antes no porque no había iglesia, pero hay templos y hay cosas, hay un montón de esvásticas en todo el mundo. ¿Quién es la esvástica, quién es el dueño de este símbolo? Cómo puede ser que yo o tú o quien sea se pueda apropiarse de este símbolo. Ahí me parece que es como que vas cerrando el término de cultura en confines geográficos que en realidad en la historia se han ido moviendo mucho. Si tu vas a ver lo que es una cultura bereber del norte de África y toda la parte del norte de África pasando por Argelia y llegando a India, parece que los *tattoos* tienen casi siempre la misma referencia o el patrón. ¿Por qué? porque los rom, los gypsi, se iban moviendo, los nómadas, entonces ahí se mezcla toda la cultura. –Claudia, 34, Barcelona.

Claudia, que pasa largas temporadas en India cada pocos meses, resalta la devolución y el intercambio como claves a la hora de pensar en la problemática de la apropiación cultural. No es lo mismo, como narraba antes, que un tatuador use esos diseños sin conocimiento, sin haber compartido tiempo con una cultura y sus gentes, que desplazarse, convivir y crear proyectos conjuntos.

Devolver sobre todo, intentar relacionarte con la cultura que te gusta. Es verdad que yo pillo inspiración pero yo devuelvo mucho, me meto, yo doy... yo no es solo por el dinero, sino por la energía, el viajar, el invertir tu tiempo en estar ahí con ellos. Como

que no estoy sentada en mi casa descargando movidas, sacando dinero de esto, estoy metiendo todo lo que tengo, mi presencia, mi energía, en esto. No siento que estoy robando nada. De hecho por ejemplo he hecho joyería y la colaboración era con gente de allí. ¿He ganado yo dinero? Sí y han ganado también ellos. Con monedas, con diseños, con gente local de India, yo he ganado mi dinero, verdad, pero yo estuve ahí buscando las cosas, y yo me senté con ellos dibujando y hablando. El proceso al final no es mío y yo me he sacado dinero con su dibujo sino que estamos sentados juntos intentando crear una colaboración o algo que pueda ir bien tanto a mi como a ti. –Claudia, 34, Barcelona.

Contra cierto proteccionismo e incluso infantilización, su relato se funda en la posibilidad de colaborar con estas culturas para huir de la apropiación. En otros casos, ella sí que se muestra férrea ante el robo y el uso irrespetuoso de símbolos tradicionales:

Conozco un caso que a mí me parece muy interesante. Hay una compañía aérea, que me parece que es de Panamá, la compañía aérea sin pedir permiso ni nada pilló una bandera, un logo, de una tribu de indígenas de ahí. Pues los denunciaron y ganaron. Porque en realidad la Panamá tenía mucha visibilidad, ellos no han hecho nada para esta tribu indígena. Ha sido mirar un patrón que le molaba y decir, buah esto va a ser mi bandera de compañía de avión. Y ahí ha habido una pelea muy grande judicial y han ganado los indígenas. –Claudia, 34, Barcelona.

El caso de Claudia, puntual aunque muy representativo, sirve para ilustrar una problemática de calado mucho más hondo que el mero uso de motivos, patrones o símbolos de culturas ancestrales por parte de artistas occidentales. Aunque el debate escapa a los objetivos de esta tesis, es interesante repensar la relación del tatuaje con el apropiacionismo; por un lado, desde su estatus artístico, y por otro, desde su naturaleza comercial, ya que el mundo del tatuaje es también una industria cuyos beneficios son primordialmente económicos. Lo que en su día se presentaba como exótico hoy se comercializa en países occidentales, con todas las lecturas críticas decoloniales que, razonablemente, esta situación merece.

El racismo y la apropiación cultural en el mundo aparecen vinculados en los relatos de las entrevistadas. Belén recuerda cómo, durante una sesión de tatuaje en un estudio de Barcelona, percibió actitudes racistas por parte de los tatuadores hacia el visitante japonés con el que ella se estaba tatuando.

Este chico era japonés y era muy bajito y como no sabía mucho español, llevaba poco tiempo en Barcelona, y me pareció que los tipos del estudio, el resto de tatuadores que eran unos flipoos, le hacían bullying porque venían ahí como.. Bueno, no es para tanto, este dibujo. Pues igual es una broma y luego venía otro: deberías ponerte en otra postura, como que hacían un montón de mansplaining entre ellos. Que igual me estoy imaginando yo, pero me parecía que era muy claro que es como... el asiático este, enanito, que viene a tatuar cosas y “jaja” es como la persona de la que nos reímos todos juntos. Escuché como muchos comentarios mierdosos y eso me hizo como sentirle más tierno. A él también, con lo atento que estaba siempre, me abrí un poco más a tener más conversación. Pero aún así me sentía tensa. –Belén., 28, Barcelona

Otra problemática racista que se viene denunciando en redes es la del tatuaje en pieles oscuras y negras. Muchos tatuadores occidentales blancos se niegan a tatuar pieles de pigmentación oscura. Sonia, tatuadora, destaca cómo los tatuadores blancos suelen quejarse cuando tienen que tatuar a personas diversas, un problema que tiene que ver con el machismo, el racismo y el clasismo:

Al final, el sistema es lo que les da, ¿no? En plan, ah que eres tío, ¡vale! Pues todo súper fácil. Y eres blanco y eres hetero y no sé qué, vale pues todo súper fácil. Pero claro, vamos a jugar con las características que te he dicho antes, pansexual, bisexual, me da igual... de otro país, y si es de un país pobre, que al final el clasismo está ahí, el clasismo es algo que no se habla mucho de ello pero joder, tela... vienes de un país pobre, que si tienes la piel más oscura, bueno bueno... ya está. Y además estoy muy harta de tatuadores diciendo: ah es que yo prefiero solo tatuar pieles super blancas porque es más fácil, porque no sé qué... Y dices, pero a ver que estás en el mundo y en el mundo hay muchísimos tipos de personas, no solo hay las personas blancas, mujeres con la cara bonita que te gusten a ti, que se van a tatuar solo contigo, eso no existe, y si quieres dedicarte a eso entonces no eres un tatuador, eres algo raro, no sé lo que eres [ríe], eres una persona mega superficial que le gustan las cosas fáciles. Pero si, a lo mejor es más difícil tatuar una piel más morena pero acaso no estás haciendo arte igualmente, por qué te tienes que...qué me estás contando? Yo esas cosas no las entiendo y me dan una rabia, porque creo que fomentan el racismo y fomentan el clasismo y fomentan todo este tipo de cosas con comentarios que a lo mejor son una tontería. Porque no hay más tontería que la de: ay, es que tienes la piel super blanquita, me encanta tatuarte. Pero qué es esto, qué dices. –Sonia, 26, Madrid.

Bárbara (37, Zaragoza), observa que desde hace unos cinco años cada vez se habla y denuncia más esta problemática racista. Ella señala que, además, son los y las propias tatuadoras negras las que están realizando un enorme trabajo de concienciación y formación para que los y las tatuadoras blancas entiendan que las pieles oscuras se pueden tatuar si se sabe cómo hacerlo:

Por fin estamos escuchando a los tatuadores y tatuadoras de la peña negra, con pieles diversas. Me parece un temón, porque hasta hace igual 5 años igual pensaba un poco *catetorramente*, en plan: pues es que igual este tatuaje no le queda bien. Y ahora hay varias páginas que sigo en Instagram que son genialísimas de tatuadoras y tatuadores negros que tatúan a gente negra y que te están explicando pues: esta tinta va bien con este tipo de piel... Es algo super guay, que me está pareciendo super interesante, porque encima es que pensamos, en España, que aquí solo nos van a quedar bien los *tattoos* a los blancos, y para nada, porque el mundo del tatuaje nace de las tribus de Nueva Zelanda, nace del maorí, y esa peña no es blanca. Céntrate, que el mundo del tatuaje no ha nacido... que siempre nos pensamos que como somos los blancos, lo hemos inventado todo. Pues no. –Bárbara, 37, Zaragoza.

Ella aboga por la escucha y el constante aprendizaje como claves a la hora de relacionarse con pieles y cuerpos diversos. *Poco después de escribir esto, me topo con un perfil de Instagram de un tatuador que representa justamente las antípodas de esto: en su feed tan solo aparecen femeninos estilizados. No hay rastro de diversidad. Como relataba Sonia, existen los tatuadores que sólo quieren tatuar a ese tipo de corporalidades, demostrando que utilizan un filtro sexista y racista a la hora de escoger a su clientela. Tritioan Ly, cuyo perfil (@tritoan_7th) recorro entre anonadada y horrorizada, al parecer solamente tatúa a mujeres jóvenes, blancas y delgadas.*

Una tatuadora estadounidense famosa, muy mediática, que fue referente de algunas de las entrevistadas, también se vio envuelta en una polémica en redes sociales al defender a uno de los tatuadores de su estudio cuando éste se negó a tatuar a alguien con la piel oscura. Bárbara lo tiene claro, es un ejemplo de racismo flagrante y atenta contra la identidad y la corporalidad no ya de ese cliente o clienta en particular, sino de muchas otras personas racializadas o con corporalidades diversas que, al saber de la negativa de ese tatuador, pensarán que el tatuaje no es para ellas.

Julia: Hubo una polémica en el estudio de Kat Von D., que defendió a uno de sus tatuadores cuando se negó a tatuar un diseño suyo a una persona negra.

Bárbara: Tampoco es que ella me haya caído bien... pero claro la ves en la tele, ahí toda gótica, ella. En esa época decías, qué guay. Pero real tía que si llega a ser una persona – que al estudio entran muchas personas, igual con dermatitis, o justo te piden un tatuaje en el codo y el codo no es estético y se dobla... es que es lo mismo, es lo mismo. Si un diseño no le puede quedar bien a una persona en un codo, se lo adaptas, y le dices, mira creo que no te va a quedar muy bien por tal... Por ej, yo he tatuado en Mallorca en sitios de playa y la peña te viene roja cangrejo, los guiris, y les dices pues mira, no, vente dentro de tres días. Pero joder, no lo hagas por tema racial. Es, adapta el *tattoo*, te jodes y lo adaptas, no digas que este diseño mío no te lo voy a tatuar. Es que muchas veces los tatuadores tenemos que adaptarnos a las zonas del cuerpo, modificar cosas, pero por tema racial me da asco de verdad eso. Me parece super racista y rancio. Anda, coge y fórmate un poco por ahí, que hay mucha gente que está haciendo llamamientos muy guays. Te sacan las paletas de colores que tienes que usar, y yo se las mando a mis amigas: mirad qué maravilloso. Es que te lo ponen en bandeja, que encima ellos ni te tienen que estar educando, ni nada... es que es el mundo del tatuaje, es tu curro. Creo que un mínimo de informarse, y salir un poco del: blanco, qué bien, un *tattoo*.

5.3. Tatuándonos: cuerpos y feminismo

Pero, ¿qué pasa con el cuerpo, con nuestras experiencias encarnadas, con las vivencias internas, íntimas –con ecos en lo colectivo– que tenemos como mujeres tatuadas? En este sentido, resulta imprescindible pensar en la relación con el cuerpo, con nuestro cuerpo, desde el feminismo, para entender cómo es la experiencia de ser un cuerpo tatuado, comenzando

por la experiencia de nuestro primer tatuaje.

5.3.1. El primer tatuaje

El tatuaje, tan vinculado en la literatura a la juventud y su casi imperativa rebeldía, aparece en las vidas de las participantes en torno a los 18 años. Hay, sin embargo, algunas excepciones, como es mi caso, en que el primer tatuaje llega cumplidos ya los 21. En cualquier caso, tatuarnos es una decisión consciente. A pesar de que algunas familias se opusieran en muchas ocasiones a las decisiones con respecto al cuerpo, o que no las entendieran una vez tatuadas, el deseo de hacerlo parece superior a las posibles represalias. Una muestra más de cómo el cuerpo, pese a los controles y vigilancias a que es sometido, encuentra sus vías de escape.

Desde los 11 años, Julieta ya andaba pidiendo a su padre y a su madre tatuarse siete estrellas. Se lo impidieron, pero ella, que se reconoce muy “estratega”, consiguió que, con 12 años, le dejaran hacerse rastas. Lo que sus padres no llegaron a saber entonces es que el verano siguiente, Julieta se tatuó en secreto y por primera vez, con 13 años.

Donde entrenaba tenía un amigo que era muy artista, que empezó a tatuar. Él tenía 22 años o algo así, que ahora lo pienso y digo, es que era un crío. Y empezó a tatuar: venga, qué quieres pa tu cumple, te regalo un *tattoo*. Gloria bendita, claro. ¿Yo qué quería? Pues mi estrella. Que yo llevaba *emperrá* mogollón de años, y él: que no tía, que una estrella está *mu* visto. ¿Qué pasa? Que dije, tío, entonces ¿qué pollas me hago? Yo era mi cumple, yo quería irme con mi *tattoo* por cojones. Nos pusimos así a mirar revistas de *tattoo* y final me dijo: tía, ¿y esto? Esto se lo hacen muchas niñas. Sin ninguna maldad, porque además lo conozco, miro *patrás* y se que la relación no era de... que era mi colega, no había un tema así de manipulación, no. Me hice mi conejo de *playboy*. En *to* mi ingle, con 13 años. –Julieta, 33, Granada.

En España, no es legal tatuarse sin consentimiento de padre, madre o tutor/a antes de los 18 años. Esto determina que haya menores, como algunas de las entrevistadas, que se tatúen sin permiso y lo hagan gracias a amistades o personas conocidas. Esta situación abre un interesante debate en torno a la autonomía corporal, en el que yo me decanto –también en base a mi experiencia laboral en estudios de tatuaje– por apoyar que los menores de 18 sigan sin poder tatuarse, no sólo por los más que probables arrepentimientos posteriores, sino sobre todo porque los cuerpos aún están creciendo a esas edades. Tanto Mariona como Sonia, se tatuaron a escondidas por primera vez, como Julieta:

Mi primer *tattoo* me lo hice con 17, mintiendo. Me maquillé, me fui con ropa de mi hermana mayor y dije que tenía 18. Te puedo decir que mido un metro 57, y me tatué con 17, sin permiso y disfrazada. Por libre, por libre y escondidito en la ingle. Sí, un poco desde chica con mucha actitud, y un poco gamberra. [...] Recuerdo que me lo hice después de un verano con la propinas de trabajar de camarera. Yo era estudiante y en verano pues tenía mi currito y con todas las propinas del primer verano me hice mi primera pieza. –Mariona, 48, Bilbao.

Yo estaba como muy perdida en la vida y no sabía muy bien lo que quería porque pensaba que mis padres no me iban a dejar nunca hacer esto del *tattoo*, mucho menos tatuarme. Entonces yo me tatuaba a escondidas de mis padres, y no me hacía cosas pequeñas, me hacía... a ver, que tampoco eran muy grandes mis primeros *tattoos* pero eran ya considerados un *tattoo* grande. Entonces tenía que tener mucho cuidado para que no me pillaran, eran en momentos en los que a lo mejor ellos se iban de vacaciones entonces yo podía limpiármelo y tratármelo, ¿sabes? Entonces todo era mucho secreto, [...] a escondidas y teniendo mucho cuidado. –Sonia, 26, Madrid.

Cuando con 12 años le pedí a mi madre hacerme un piercing en el ombligo, tuve la suerte de que ella lo autorizara. A día de hoy creo que aunque no lo hubiera hecho habría sido fácil encontrar la manera de hacerlo sin su permiso. Cuando yo hacía piercings, no aceptaba autorizaciones firmadas si el padre, la madre o el responsable del menor no lo acompañaban para la perforación, pero se que no todos los profesionales trabajan así. Hace casi 10 años que no hago piercings y me pregunto cómo será la situación ahora. Sospecho que sigue sin ser difícil burlar la legislación y hacerse un piercing antes de tiempo, aunque no tanto un tatuaje.

Mariona, que es anilladora corporal desde hace más de 20 años, señala la importancia que tiene que como trabajadores del sector de las modificaciones corporales se cuide mucho cómo se realiza cada perforación o tatuaje, especialmente si son los primeros:

Es tan especial ese acto, ese procedimiento, que yo incluso muchos muchos años más tarde me acuerdo del día que me tatué mi primer *tattoo* y me acuerdo qué música sonaba y recuerdo qué ropa llevaba puesta, recuerdo con qué colegas fui acompañada. Son como actos que quedan especialmente grabados en nuestra mente, y es importante hacer que el recuerdo sea suuuuper bonito. Es una cosa en la que me esfuerzo, porque se que son actos muy puntuales que no repites todos los días como tomarte un café. Entonces me parece muy importante esto, el que sea todo como perfecto. Y tengo cuidado. –Mariona, 48, Bilbao.

El primer tatuaje de Bárbara sembró en ella la semilla y el deseo de ser tatuadora. Ella relata cómo dedicó mucho tiempo a planear ese tatuaje, lo que conectaría con la importancia del acto que señalaba, como profesional del *piercing*, Mariona:

Primero me tatué y como siempre tu primer tatuaje, te lo piensas la vida... y claro es como, dios, qué me voy a hacer, es mi primer tatuaje y es mi cuerpo virgen, blanco. Y me acuerdo que estuve un año preparando el diseño, lo diseñé yo. Y fue como un click, fue como: Bárbara espabila, igual esto se te va a dar bien, pero nunca me atreví a lanzarme. o sea, me tatué con 19 años y ya te digo, tengo 37, pues igual me empezó a picar un poco, pues si, a los 29-30. tardé muchísimo, porque yo soy una persona muy de que me gusta formarme mucho... madre mía, yo entré muy tarde en la universidad, porque hasta que me centro en algo -luego voy a saco- pero me cuesta mucho ponerme a algo. A lo loco no lo voy a hacer. Primero me compraba mis libritos, siempre he ido a clases de dibujo, lo tenía claro. –Bárbara, 37, Zaragoza.

Celia (35, Barcelona) cuenta cómo su primer tatuaje, que le realizó una expareja, fue recién cumplidos los 20. Ese momento inauguró un camino porque “cada vez lo veía más pequeño” lo que la llevó a pensar que pronto querría más. Mariana (33, Murcia) recuerda, como Bárbara (37, Zaragoza), que descubrió que quería dedicarse a tatuar en su primera sesión en carne propia. Ella le explicó a su hermana: “yo quiero trabajar aquí algún día”, y “curiosamente, años después” (Mariana) trabajó allí. Su primer tatuaje surgió de la necesidad de recordar:

El primer tatuaje fue por la necesidad de contar una historia por eso es que también me gusta tanto la historia del tatuaje. Para mi, los tatuajes cuentan nuestra historia. Nosotros somos un lienzo en blanco o un libro que hay que escribir. El primer tatuaje que yo me hice fue un ave fénix, fue una época un poco complicada, con ciertas cosas que quizás no entendía demasiado bien y en mi cabeza resonó un ave fénix, que resurgía de las cenizas. Era la necesidad de contar mi historia y de grabarla, que no se olvidara y qué mejor forma que hacerla eterna con el tatuaje. –Mariana, 33, Murcia.

También para Karla, el primer tatuaje, que se hizo cuando tenía con 18 años, surgió de la necesidad de relatar una parte de su historia. Su padre murió con 36 años, cuando ella tenía 12, y un año después falleció su hermano, que tenía 16. Algunos años después, falleció también un amigo muy cercano al que le encantaba el anime y la cultura japonesa, además de otro amigo de 17 y una amiga de 18 años.

Al primer tatuaje siempre le buscas un significado profundo y potente, y yo decía: algo que representé a J, pero también que represente a las otras personas, ¿qué puede ser? Y esto lo tengo que comprobar con una amiga -quiero saber si las historias que estuve leyendo en internet son ciertas o si tengo que hacer algún cambio en el tatuaje porque no tiene que ver con eso- pero yo había leído de los cerezos. Que las flores, el cerezo, como muchos otros árboles... Nosotras mirábamos Sakura, yo era super fan de Sakura. Sakura es la flor del cerezo, y la historia es que los cerezos, sus hojas no caen en el otoño cuando ya están muertas, sino que cuando más bonitas están, la flor del cerezo cae. Se abre, cuando se está cayendo. Y tantas muertes de tantas personas tan jóvenes, cuando se supone que están comenzando a vivir... pensé: igual esto podría ser adecuado. [...] El anime, sakura, el cerezo, J... toda esta gente a mi alrededor que se había muerto tan joven. Hay una relación, un hilo conductor. –Karla, 30, Oviedo.

Todas estas tragedias la “familiarizaron” con la muerte y ella reconoce, después de todo aquello, tener respeto a la muerte, “que no miedo”. También relata la experiencia de su primer como un encuentro positivo con un tatuador que le hizo sentir cómodo (de hecho se volvió a tatuar con él), aunque su madre siga sin estar demasiado conforme: “Fue super divertido porque los tatuajes hace 12 años, bueno en Nicaragua todavía siguen siendo muy mal vistos. Ahora que llegue a mi casa probablemente mi mamá me va a querer agarrar con un algo, para quitarlo todo” (Karla, 30, Oviedo).

También Mercedes relata que su madre nunca le dio permiso para tatuarse. Cuando alcanzó la edad en que podía hacerlo, ahorró durante un verano, como Mariona (48, Bilbao), para poder

tatuarse. Eligió, como otras participantes, un lugar donde su madre no pudiera verlo y sólo empezó a tatuarse piezas más grandes y visibles con 25 años.

Yo sabía que a mi madre le iba a dar algo. Mis padres son jóvenes, tienen ahora 61 años, que es bastante joven, pero al final son gente de pueblo y los tatuajes eran de gente peligrosa, presidiarios, estrellas del rock, o sea las personas normales no se tatúan. Y sobre todo mi madre siempre me lo dijo: niña, si quieres un *piercing* o quieres un tatuaje, te lo pagas tú con tu dinero de tu trabajo, yo no te voy a pagar ni uno en la vida y así fue. Y yo me quería tatuar ya pero no tenía un pavo, evidentemente, aparte de lo que te decía que no encontraba nada que me gustara y en un momento dado, creo que con 19 años, que trabajé ese verano, junté algo de dinero, pues me pude tatuar. –Mercedes, 37, Barcelona.

Susana esperó a los 18 años tanto para tatuarse como hacerse *piercings*. A través de un colega, se tatuó en un piso de su padre dos tatuajes en la misma sesión. Hubo un momento en que se sintió insegura, pero finalmente se tatuó. Su relato pone de relieve cómo, en una sociedad donde los tatuajes siguen estando mal visto sobre todo para generaciones mayores, se generan alternativas y escapes más cercanas al underground que a la escena comercial del tatuaje que hoy no cesa de expandirse y crecer.

Mi primer *tattoo* fue... bueno... estos dos de aquí [me los enseña], que fueron... verás... Esta historia es fatal. Tu verás... Era el primo de un colega mío de Linares y claro yo me iba a tatuar a escondidas... lo tenía clarísimo, “me tengo que tatuar”. Este colega me dijo, mi primo va a venir a Granada, te tatúas en mi casa... De repente me dice que la casa no la podemos usar por no sé que y que tenía que buscar un sitio. Total, que robé las llaves de un piso de mi padre, que no lo sabe nadie a día de hoy, me fui allí a fregar el piso cerrado, lleno de meses de mierda. Me puse a fregar todo y vinieron los chavales... tenían unas pintas horribles. Yo estaba con amigos porque me daba susto quedarme sola y ellos unos chavales fatales, inflándose a porros y yo ahí muy chica diciendo “Madre mía. madre mía”. Al final me tatué y pensaba que era la persona más guay del mundo... pero sí esa fue mi primera experiencia, dos *tattoos* del tirón, me costaron 30 euros ambos y en el piso de mi padre. –Susana, 26, Granada.

Para otras, como yo misma y Mónica (33, Graz), la idea de tatuarnos nunca había sido un deseo fuerte durante la adolescencia, como sí lo fueron otros aspectos estéticos como el pelo de colores o los *piercings*. Para ella, como para mí, su primer tatuaje fue algo fortuito:

Mónica: En un viaje a Japón que hice, estando allí en la escena punk y tal, una de mis amigas era tatuadora y me dijo que me regalaba un tatuaje y tenía 18 años yo y me lo hice pero sin pensar vamos. Me podría haber hecho una cosa japonesa preciosa, maravillosa, y me hice una cosa que no tiene ni pies ni cabeza, un diseño feo, pero precisamente por eso, porque no lo tenía yo muy pensado y fue como: ah, pues ¿me haces un tatuaje? Bien, vale, pues aquí, házmelo. Y no le di mucha más vuelta, pero ya empezó la cadena, ya uno y detrás otro y otro. Pero yo creo que lo tenía como parte de una imagen de rebeldía y del código punk.

Julia: Ese primer tatuaje en Japón, ¿te lo hizo un artista japonés?

Mónica: Sí, pero perdí la oportunidad de llevar un diseño tradicional japonés o algo japonés bonito, no sé... una flor, que me encantan las..., que yo además había estudiado algo de arte japonés, pero es un tatuaje que no tiene ni mucha lógica, bueno sí que tenía algo de significado. Yo me encontraba super perdida en la vida y es como un diseño geométrico de piezas que no encajan, o sea, algo de sentido tiene, pero vamos, vago, un sentido vago.

Cuando trabajaba haciendo piercings, en uno de los estudios, al llegar una mañana, un compañero tatuador me había preparado un diseño: era un mandala, algo del estilo que él llevaba años cultivando y trabajando. Aunque siempre había pensado que el tatuaje, por su carácter permanente, no era para mí, como Mónica, no le di demasiadas vueltas. En el descanso para almorzar me colocó el calco sobre el empeine derecho y empezamos a tatuar. El diseño en sí no tenía ningún sentido, pero para mí, simbólicamente, representa la entrada a un universo fascinante: el de la exploración de mi corporalidad mediante los tatuajes.

Ohiana se tatuó, como yo, pasados los 20. Ella tenía en concreto 24 cuando se hizo su primer tatuaje. Aunque con 16 años había querido tatuarse, ahora se alegra de no haberlo hecho:

Pues yo viví en un pueblito, bueno en una ciudad medio pequeña, que se llamaba Ancona, pero el primer tatuaje me lo hice en una concentración en Milán. Pues era mayorcita ya porque creo que el primer tatuaje me lo haría con 24 o así, porque en realidad sí que tuve un momento así a los 16 que me dió el arrebato y dije: me quiero tatuar, y mi madre dijo: no. Y bueno probablemente eso me salvó de tener el enchufe de Matrix en el cuello, que era mi idea fundamental en aquellos tiempos. –Ohiana, 36, San Sebastián.

Ya desde la primera pieza, tatuarse es una experiencia que va más allá del resultado visual. Se desarrolla desde un antes (la elección del tatuaje, de la tatuadora, del estudio, la situación en que tendrá lugar...), un durante, cuando vamos al estudio para la sesión, y un después: curación, reacciones y las alegrías vinculadas a observarlo asentado bajo la piel. Pero, antes de todo eso, ¿cómo gestionamos y qué supone el dolor que inevitablemente conlleva tatuarse?

5.3.2.El dolor como experiencia compleja

Durante la sesión de tatuaje suceden muchas cosas y se experimentan tantas otras. La sesión siempre es un encuentro con otra persona (a no ser que nos tatuemos a nosotras mismas, que también es posible), es una colaboración constante entre un cuerpo que recibe tinta y otro que se afana por introducirla bajo la piel del primero. El dolor es central en este encuentro: el cuerpo responde a la aguja, se queja o no, y se mueve para acomodarse en una postura que permita tanto a la persona que tatúa trabajar como al cuerpo que está siendo tatuado permanecer ahí, bajo la insistente y afilada aguja. En mis propias sesiones, el dolor se ha ido

convirtiéndolo en una sensación central, sobre todo cuanto mayores son las piezas que me tatúo, como es el caso de mi espalda, que se extiende desde la nuca hasta las corvas:

En un momento dado J me avisa de que estamos a poco de terminar toda la zona del cachete derecho. Hacemos una parada y por primera vez me miro en el espejo y observo mi culo lleno de tinta negra. Ahora sí que se aprecia el diseño, y me encanta. Me doy cuenta, al mirarme, de que tengo la sensación de que ese tatuaje siempre estuvo ahí. Solamente faltaba materializarlo, colocarlo en la superficie. Y creo que esta es una sensación que ya he referido anteriormente en referencia a mi espalda. Al final de la sesión llega la pareja de J con la hija de ambos, que pronto cumplirá un año. Me apetecía mucho conocerlas. Charlamos un rato y J le refiere a ella cómo de bien estoy llevando el tatuaje. Le cuenta que casi no me muevo y que, a diferencia de otras personas que no se han quejado tatuándose con él, yo no estoy en tensión, acumulando el dolor dentro y expresándolo con manos o pies en tensión. Yo estoy relajada, tumbada en silencio, respirando acompasadamente, como en una especie de sueño despierto. Y es totalmente cierto, soy consciente de estas sensaciones en mi misma. Percibo el dolor de una manera muy especial. Parece como si mi cuerpo se preparase para recibir la aguja con gratitud. Sé lo que quiero y sé que para lograrlo tendré que pasar por ese trámite. Y justo aquí reside, creo, mi diferencia en el experimentar el dolor: yo no considero la sesión un trámite. Para mí cada sesión es una oportunidad de conectar conmigo, con mi cuerpo y sus sensaciones. Son unas horas que dedico entera y exclusivamente a mí. No importa lo que tenga que hacer, la sesión me obliga a paralizarlo todo y a centrarme en mí misma y en mi cuerpo, del que a veces me siento tan desconectada. El dolor se convierte así en un recuerdo de que estoy viva, de que mi piel siente y respira, de que estar en el mundo es confuso, gris, nunca blanco ni negro, sino una interesante y excitante mezcla de olores, sensaciones, alegrías y dolores. Y me siento agradecida de poder sentirlo, gestionarlo y vivirlo así. –Extracto del cuaderno de campo. Marzo 2021.

Belén, artista y tatuadora, y Mariana, tatuadora, se relacionan con el dolor pensándolo, llegando incluso a meditar para gestionar las sensaciones dolorosas:

Y cuando otras veces me han tatuado con máquina, lo que me pasa siempre es que me duele, pero dentro de una especie de trance de, al principio ardor, y luego cierro los ojos y me pongo a meditar y ¡jala! Me gusta más tomármelo de esa manera, aunque sea en el estudio, como intentar meditar. –Belén, 28, Barcelona.

Pero claro, no tenía tantas anécdotas, tantas cosas que contar. Aguantaba muchísimo mejor las horas de tatuaje cuando era más jovencilla; ahora cada vez me estoy volviendo un poco más *delicá*. Y aguanto pues... pensando en otra cosa, llevando mi mente... meditando, vamos. Meditando un poquito, la respiración, controlando la respiración y al final pues controlas el dolor. Está todo aquí [señalando su cabeza]. –Mariana, 33, Murcia.

Para Ana Belén (44, Madrid) el tamaño del tatuaje es definitorio de la relación que se establece con el resultado final. El dolor es inevitable, siempre “sabes que va a doler” y “luego se te hincha, es un desastre, puedes tener fiebre” (Ana Belén), lo que extiende las sensaciones dolorosas más allá de la propia sesión de tatuaje en sí. *A la gente que me pregunta por la espalda suele preocuparle mucho el dolor que siento durante la sesión, y estas palabras de Ana Belén me recuerdan que en muchas ocasiones lo más molesto viene después, durante la curación: el picor, la piel tirante, la hinchazón...*

Mucho peor, mucho peor la curación que *na*. Mucho peor, y más yo tengo dermatitis atópica, tengo la piel *mu* porculera y la verdad que muchas veces me han pasado cosas. ¿Te lo podías haber ahorrado? Pues mira a mi me merece la pena, cada cual que haga con su cuerpo lo que le salga de los huevos. Pero no sé, el dolor... a mi hay partes.. hay uno que tengo sin acabar desde hace 12 años por lo menos, y el dolor *pa* mi es un poco insoportable. Entonces yo si me pincharan, me durmiesen ahí y me levantase ya acabá, ueeee, de puta madre. Y lo peor es que después vas a tener que curártelo, entonces eso no te lo quita nadie. Es un dolor, es un dolor, y yo *pa* mi no es gusto como dice mucha gente. A pesar de que está esa doble lectura de la autolesión, de muchas historias, que bueno, desde determinada perspectiva puede tener desde su morbo a yo que se, a visiones celestiales, ¿no? Hay todo tipo de cosas. A mi me han pasado cosas muy curiosas porque coño estás sufriendo, te están haciendo una herida y lo mismo estás ahí tres horas. Tu cuerpo segrega movidas, entonces también es una autoevaluación en cierta medida de cómo soportas el dolor. Cuando tu estás mal anímicamente no vas a soportar una sesión de *tattoo* larga, y cómo sí la soportas, y cómo te lo puedes pasar hasta bien tatuándote cuando estás fuerte, estás guay, o simplemente ya se te ha quitado la regla [ríe], pues mola, porque te hace también conocerte un poco más. –Julietta, 33, Granada.

La curación es más complicada que la de otras zonas, no porque sea distinta, sino porque va a ser constante durante todos los meses que dure el proceso. Si voy a acercar las sesiones para hacerlas una vez cada dos semanas -de la primera a la segunda sesión transcurrieron tres semanas pero a partir de ahora serán más seguidas- voy a pasar casi cada semana en proceso de curación. Y cuando ya haya acabado con una zona, comenzaremos con otra, uniendo así las curaciones sin días libres entre ellas. Lo que podría parecer algo desagradable y doloroso, a mi se me antoja un reto, un compromiso, y una oportunidad radical de centrarme en mi y en mi cuerpo, en mis necesidades, emociones y sensaciones, dirigiendo la energía a mi propia carne y al flujo de pensamientos que acompaña este viaje que no ha hecho más que empezar. –Extracto del cuaderno de campo. Febrero 2021.

Con el tiempo, a alguna gente le duele más tatuarse, como a Mariana, o al menos el ser conocedoras del dolor que se va a sentir, lo que va haciendo más difícil el enfrentarse a una sesión. A Claudia, tatuadora, como a mí, le sucede lo contrario:

De hecho el dolor, la percepción por ejemplo del dolor, me ha cambiado mucho. Todo el mundo sufre más y yo sufro menos. [...] pero creo que es una forma mental como una

estabilidad mental un pelín más fuerte, entonces gestiono mejor el dolor. No es que no lo sientas, me parece que a veces es brutal, pero antes sí que lo expresaba mucho y me ponía muy nerviosa y era como que llegaba un punto que no podía más, pero ahora muy tranquila. Sufro, calladita, aguanto todo lo que puedo, cuando no puedo ya lo digo, tomo una pausa, respiro, lo que sea, pero aguanto mucho mejor. Así que me veo tatuándome durante toda la vida. –Claudia, 34, Barcelona.

Pues a mi cada vez me duelen más los tatuajes. El otro día lo comentaba con mi compañero, que trabaja ahí en mi estudio, con el paso del tiempo el umbral del dolor va bajando, entonces cada vez nos duelen más las cosas, eso es normal. Y yo se lo comentaba, le decía: madre mía, me tenía que haber tatuado más cuando era más cría. –Mariana, 33, Murcia.

Mariona explicita cómo ella ha ido gestionando el dolor en las sesiones: antes tenía más aguante, así que se hacía piezas más grandes, pero con el tiempo ha preferido ir añadiendo piezas más pequeñas a su colección:

Yo creo que ahora mi vida es como más tranquila, igual de... así como de viejita más adulta y estoy como mucho más tranquila. Y las últimas piezas que me he hecho además súper chiquitas. Con 21 me metía en un din A3, más grande que un folio, y ahorita me hago cosas pequeñas. No quiero sufrir, ya sé que la vida es muy dura. Estoy muuuu suavecita. –Mariona, 48, Bilbao.

Belén, que ya hizo mención a la ruptura del ideal cristiano del cuerpo puro e intacto al tatuarlo, abunda en el hecho de que el dolor elegido también rompe los dictados religiosos, que no entienden el dolor permitido hacia uno mismo si no es en relación a dios:

Pero yo creo que esta mentalidad cristiana de la pureza del cuerpo sigue estando súper presente. Y no sólo en esa estética que se queda como dañada, sino también en la experiencia del dolor. Eso es algo que va también un poco en contra de los valores del cristianismo: de verdad, belleza, Dios, que es como una especie de placer... Todo muy positivo, muy agradable. –Belén, 28, Barcelona.

Tanto Belén como Mónica, analizan las sensaciones vinculadas al dolor durante la sesión de tatuaje desde las lógicas del BDSM (que, con el consentimiento siempre en el centro, explora la vivencia del dolor elegido), y la subversión de esos mismos códigos sobre el placer y el dolor a que hacía referencia Belén anteriormente:

Digamos que a nivel sensorial y de tacto también rompe mucho esto. Quizás es a un nivel más de tacto, que no pasa por el discurso, por la racionalización de las cosas donde sigue sin perder lo subversivo. La experiencia de ejercerte dolor a través del tatuaje. Sí, te abre a otro tipo de experiencias en las que el dolor también puede ser algo elegido y acordado. En el BDSM. Sí, muchas veces el BDSM está relacionado con el tatuaje bastante... –Belén, 28, Barcelona.

Y luego hay otra dimensión interesante con el dolor porque a mi el dolor no me

disgusta. No soy una practicante de BDSM duro pero yo siempre hago la conexión con el BDSM, y el dolor y el placer. Y con la cuestión del tatuaje también está ahí. Hay una cierta parte de placer, de placer estético porque estás haciendo algo para ti, para tu cuerpo, incluso de autocuidado: me estoy regalando esto. Me está doliendo pero tiene una parte que lo estás eligiendo tú. En cualquier momento puedes decirle a la persona que te está tatuando: me voy. o sea, que tienes el poder también. Entonces tiene esta dinámica un poco BDSM de que en realidad estás tú en control. Aunque te esté doliendo es algo que te está generando placer al mismo tiempo, y tiene toda esta dinámica bastante interesante para mi. –Mónica, 33, Graz.

Durante la sesión, el dolor es inevitable. Siempre se sabe que el dolor estará presente, en mayor o menor medida dependiendo del propio estado del cuerpo (por ejemplo, por la presencia de otros malestares, o dependiendo del momento del ciclo menstrual). En el trance al que hacen referencia varias participantes, y yo misma, se rompen algunas de las lógicas hegemónicas en torno al dolor y el placer:

Aunque sepas que te va a doler siempre el primer pinchazo sorprende. Sabes perfectamente a lo que vas, vas concienciada, pero el primer pinchazo para mí siempre es: pero, ¿por qué estoy aquí? Siempre pienso, por qué me hago esto a mí misma. [...] A veces hay ciertas partes del cuerpo que lo pasas mal, pero sigues haciéndolo y sigues sintiendo placer. Hay cierto trance aunque estés tenso, no sé qué tipo de sustancias genera tu cuerpo que hay ahí un estado poco habitual en el que entras y que entiendo que gusta, y esa entrada ahí es como cierta lujuria que no forma parte de las lógicas hegemónicas, de cómo se debe ser feliz o cómo se debe obtener el placer, como que todo es más soft y más positivista, desde las lógicas como más mainstream. –Mónica, 33, Graz.

Mariona señala cómo para ella lo más importante de cara a someterse a un *piercing* sin anestesia o un tatuaje es “ir bien comida y bien dormido”, y recuerda a su clientela: “Y respirar e integrar eso que no puedes cambiar. Pero que esto es algo que has elegido tú, porque es una elección libre” (Mariona, 48, Bilbao). No es tan fácil sin embargo lograr sobreponerse a ese dolor. Algunas estrategias pasan también por enmascararlo o apoyarse en elementos externos, como la música, e introduciendo algunas prácticas concretas, como el control de la respiración:

Esto es de Musafar lo que te voy a decir. Dice que cuando llegas a separar el cuerpo de la mente, no eres tú el que experimentas el dolor, sino que es tu cuerpo. En teoría suena bonito, separas el cuerpo de la mente... pero claro lleva esto a la práctica. Yo creo que al final lo que intentas es hacer llevable ese dolor desde una buena respiración, que la llaman respiración chi, y yo creo que para mí funciona muy bien la música. Yo soy muy auditiva. Yo recuerdo por ejemplo cuando me estaba haciendo la tripa en París, los discos enteros de Iggy Pop. Sesiones de cuatro o cinco horas, y teníamos tiempo de escucharnos todos los discos de los Stooges. -Mariona, 48, Bilbao.

Volviendo al tema de la segregación corporal de ciertas sustancias durante la experiencia de

dolor, es relevante pensar en que el impacto de estas dinámicas fisiológicas tiene efectos palpables en nuestro cuerpo, ya no solo durante la sesión en sí sino también después, cuando el dolor agudo ha terminado. Celia, que reconoce que hay zonas, como la parte interior del brazo o el costado, que le han dolido mucho más que otras, lo expresa así:

La psicóloga me decía: bueno esto va a ser un rato de dos o tres horas y ya está, no pasa nada, puedes aguantarlo, has aguantado mucho más. Básicamente, me duele, pero sé lo que conlleva el dolor. No sé si a ti te pasa, pero a mi me ha pasado que cuando he sufrido mucho dolor en un tatuaje luego he salido y parece que estás colocada. Te tiras dos o tres horas que... era como: me duele pero mira, si lo aguanto sé que luego tengo una recompensa. Y luego pienso: lo que me estoy haciendo es para toda la vida, o sea que... me da igual pasar... –Celia, 35, Barcelona.

En varios relatos en torno al dolor también se hace referencia a la idea de sacrificio: el dolor como el precio a pagar por lucir el tatuaje, algo que te acompañará “toda la vida”. Karla, por su parte, reconoce que suele buscar en redes e internet cuáles son las zonas menos dolorosas para tatuarse. También hace alusión a la adrenalina que su cuerpo segrega, que suele ayudarle a terminar la sesión:

No te voy a decir: no duelen. Eso es mentira. Duelen, todos duelen. Yo creo que estaba tan emocionada por hacerme mi primer tatuaje que no sentí tanto dolor. Lo más divertido... a mi me encantan los tatuajes, pero yo cada vez que me voy a hacer uno busco en pinterest: cuáles son las zonas donde menos duele el tatuaje. Parece que aquí duele menos, bueno, va, aquí me lo voy a hacer yo. Claro, todo el mundo decía que iba a doler más en el hueso y a mi me dolió más en los rollitos que tenés [se señala la espalda]. Ahí si te digo, yo sentía que me moría, pero bueno ya estaba terminando así que tampoco fue de... uf, me muero. Me dolía, pero... También otra cosa que es característica, como muy mía, me cuesta mucho centrarme y hacer las cosas pero una vez que comienzo termino. Ya te digo yo... google, a dónde me va a doler menos. Siempre es mentira, porque donde dicen que no va a doler a mi me ha dolido, y donde me va a doler, a mi no me duele. Así que ya... donde me lo quiero hacer, me lo voy hacer y ya. El dolor y yo no nos llevamos bien, por eso busco. –Karla, 30, Oviedo.

Otro aspecto central en cuanto a la gestión del dolor es la idea de fortaleza, que genera sensación de empoderamiento. *Yo misma, al tatuarme, he atravesado momentos de dolor agudo que me han generado sensación de fortaleza, en especial en algunas ocasiones en que me he tatuado con hombres cuya masculinidad se ponía en entredicho frente a mi estoicidad ante el dolor:*

La sesión duró seis horas, y aunque al final sufrí un poco, aguanté muy bien el dolor. Lo más curioso de esta sesión fue que mientras yo me tatuaba había otro chico también tatuándose en ese momento. En Amor de Madre, el estudio donde lo hicimos, no hay espacios separados, de modo que toda la clientela se tatúa en la misma amplia habitación. Esa mañana estábamos allí, además de Paola y yo, otra tatuadora y su cliente hombre.

Era el primer tatuaje del chico y aunque al principio se mostró confiado y seguro, nada más comenzar la aguja a martillear sobre su piel, comenzó a gemir, expresar dolor y quejarse continuamente. Sus gritos eran parecidos a aullidos de un animal herido. Nosotras intentábamos animarlo a respirar profundamente y centrar su mente en otras cosas, alejadas del dolor que estaba sintiendo. Pero él no dejó de sufrir enormemente durante todo el proceso. Su tatuaje era en el interior del brazo que, aún siendo una zona sensible, no lo es en demasía.

El chico, sorprendido, no dejaba de preguntarme cómo lo conseguía, cómo lograba sobreponerme al dolor y estar tranquilamente tumbada en la camilla con los ojos cerrados y casi en trance. Se creó un ambiente muy tenso, ya que el chico estaba claramente sufriendo. Aún así, recuerdo con una sonrisa en los labios esa sesión. El chico estaba musculado, tenía una apariencia muy estereotípicamente masculina y por eso resultó aún más chocante que no fuese capaz de gestionar el dolor de otro modo. –Extracto del cuaderno de campo. Agosto 2020.

Tanto Ohiana como Cristina, ambas tatuadoras, hacen referencia a esas sensaciones de fortaleza y empoderamiento en sus relatos:

Esa es otra parte fascinante para mí porque es la sensación esa de elegir un dolor, y ver hasta qué punto puedes controlarlo y superarlo, que eso es un subidón, es un: buah, me he acabado todo el pecho, soy una bestia, ¡puedo con todo! También es una sensación, para mi, como bastante de ser invencible. –Ohiana, 36, San Sebastián.

Esto es algo que la gente que tatúa me va a entender, otros no me van a entender y la gente que no se tatúa directamente no lo van a comprender, pero para mi lo del dolor es algo que me sube la autoestima. Cuando yo termino de tatuarme y aguante cinco horas de dolor, digo, eres la puta ama. o sea, acabas de aguantar esta tralla, y ahora te vas a ir a tu casa a pasar una fiebre, vas a estar dos semanas curándote una cosa que te está doliendo y todo por la tontería de verte como te gusta. Es como el precio que yo tengo que pagar, y me gusta tener que pagar ese precio, porque si no creo que no tendría la importancia que tiene el *tattoo* al final, porque la técnica es tan especial, tan diferente... al final inyectar tinta en una piel que eso para mi es algo como... que no sé a quién se le ocurrió pero gracias porque es maravilloso. Pero si no doliera es como... entonces, ¿para qué? Si que es verdad que hay gente que no comparte esto conmigo, incluso gente que se tatúa, gente que a lo mejor usa anestesia. [...] Tatuarte el cuerpo con anestesia, a mi me parece que no tiene gracia, porque es como: pero ¡sufrir, sufre, pásalo guay, grita, la adrenalina que te suba en el cuerpo, las feromonas que te suban! Me parece que es una experiencia muy guay, entonces eso al final ya es un poco personal, creo que cada quien lo lleva como puede. –Cristina, 24, Tenerife.

Cristina reflexiona aquí también sobre la necesidad de atravesar ese dolor para ‘ganarse’ el tatuaje, colocando al dolor como central en el ritual del tatuaje. También Isa reflexiona en torno al uso de cremas anestésicas y coincide con Cristina (24, Tenerife) en que el dolor es necesario, también a nivel mental y de compromiso, durante el proceso:

Quieren cremitas, pero la cremita te quita la sensación que pertenece al tatuaje porque ahí está, solo te tatúas pa decorarte, porque el tatuaje no es solo para decoración y cuando está el sentimiento el dolor no te duele, el dolor también te hace falta en el proceso, pero cuando es por decoración y te crees de verdad que en un cuerpo humano que cambia continuamente en diez años o en veinte años eso se va a quedar igual, estás muy confuso porque evidentemente eso se va a envejecer con tu piel. Hace falta más que decoración, hace falta otro tipo de amor y de necesidad a marcarte de esa manera y cuando lo haces por esta razón, el dolor no existe porque estás *motivao*, adrenalina, ¡buah! Hay otro proceso, entonces el dolor no te molesta. [...] Es un proceso necesario, y te refuerza por dentro, te da un proceso mental de mientras y te pone en tu sitio. –Isa, 56, Valencia.

Mariana reconoce haber usado alguna vez crema anestésica, en línea con lo que muchas participantes y tatuadores y tatuados con las que he hablado durante mis sesiones entienden: que el dolor es a veces tan insoportable que, con muchas sesiones ya en su haber, es normal que algunas personas quieran rebajar ese dolor. No obstante, el uso de anestesia no está recomendado y sigue siendo motivo de cierta preocupación:

A ver, ya hay cremas anestésicas que quitan un poquito el dolor pero es quitar parte del ritual. Considero que el ritual del tatuaje tienes que pasar ese momento, tienes que sufrirlo para luego recordar esa historia. No sé... es parte del momento, es parte de ese trance. A ver, te puedes ayudar un poquito. Yo he hecho trampa alguna vez, me he echado alguna cremilla. Te puedes ayudar un poco de algún anestésico y tal, pero tampoco te quita cien por cien el dolor. Tampoco es muy recomendable. Y sería una pena, sería una pena que se automatizara el mundo del tatuaje. –Mariana, 33, Murcia.

Otro aspecto interesante al que hacen referencia algunas de las entrevistadas es el de comparar el dolor elegido del tatuaje con el dolor del parto. Tanto Celia como Naiara, explican que les molesta que se las cuestione por elegir pasar por situaciones dolorosas para conseguir un tatuaje cuando no se cuestiona tanto que una mujer sufra durante un parto. En ambos casos, según ellas, el resultado, un hijo o hija o un tatuaje, es para toda la vida:

Yo siempre lo comparaba -esto ya se lo digo a la gente porque me toca las pelotas- el hecho de que me digan: es que eso va a ser para toda la vida y con lo que duele... Y yo a la gente: ¿tú tienes hijos? Duele parir, ¿no? Y luego lo tienes *pa* toda la vida y encima te da el coñazo, ¿sabes? Pues un tatuaje es lo mismo, te da un dolor pero luego lo tienes *pa* toda la vida. No entiendo, ¿por qué me juzgas por algo que has hecho tú lo mismo con otra cosa y una cosa que encima tienes que cuidar en tu día a día? ya doy esa respuesta porque la gente... es que me toca el coño con esta pregunta de mierda. A ti qué coño te importa... Esa es mi relación con el dolor. –Celia, 35, Barcelona.

Mi madre ha parido tres veces. Y ella siempre me lo cuenta como una experiencia traumática de: madre mía, os quiero mucho, pero uf qué mal lo pasé. Y es como, es que lo has hecho tres veces. Has parido tres veces y además al parecer yo fui como el parto más... un parto horrible y soy la mayor, soy la primera, y dijo: es que menudo parto me

diste, es que estuve sufriendo doce horas y encima no salías. Y yo digo, ¿pero no ves que eso es más de lo que yo puedo estar sufriendo en un proceso de un tatuaje? ¡Pero mucho más! Lejos, lejos, que son 12 horas de dolor constante por tener un hijo, y encima mi hermana la mediana nació trece meses después que yo, y dices eh... ¡masoquista tú! Dice: sí, pero es que la recompensa de tener hijas... ¿Y la recompensa de tener tatuajes? Que a ti no te gusten los tatuajes no quiere decir que para mi no sean una recompensa, porque sí que lo es. Para ti la recompensa fue tener hijas, estuviste sufriendo igual que yo, y más, no me imagino... el dolor tiene que ser aberrante y espantoso, me da mucho miedo pensar en eso [ríe]. Pero y ¿tú lo hiciste tres veces? Ole, ole y te ha compensado, vale, pero no dudes el que otra persona quiera pasar por un proceso en el que te va a doler y vas a sufrir. –Naiara, 26, Madrid.

Mercedes, que es madre de una hija, curiosamente corrobora estos razonamientos al reconocer que ella ha sufrido tanto durante el parto como durante las tres sesiones que tardó en tatuarse el pecho con una pieza muy sólida, en color y de líneas gruesas. Los paralelismos que Celia y Naiara proponen de pronto no parecen tan descabellados:

Pues realmente esta tatuaje [señala su pecho] me dolió mucho mucho mucho muchísimo, yo siempre digo que yo he tenido dos partos: el pecho y el de mi hija, porque yo recuerdo estar, no sé qué sesión, no me dolieron todas igual, creo que la que más me dolió fue la de en medio, creo recordar, porque fue hace mucho tiempo fue hace ocho años esto, la última fue la que menos me dolió. Recuerdo que estaba agarrada a la camilla, con el Carlo encima de mi pecho, pero apretándome con el brazo por un lado y con el otro tatuando, y yo agarrada con las uñas a la camilla como si estuviera pariendo, con las rodillas *pa'rriba* y metiendo la barriga *pa'dentro*, y yo, por favor, acaba ya, acaba ya que no puedo más por favor. Y yo llevo bien el dolor, que mis tatuadores flipan, ¿que no te está doliendo? Y yo, sí, me duele pero bueno, lo aguanto bien, no pasa nada. –Mercedes, 37, Barcelona.

Otro aspecto importante en relación a la vivencia y expresión del dolor es el espacio en que se desarrolla la sesión, dependiendo de si es una cabina abierta o cerrada o, en el caso de ser abierta, de que la experiencia sea colectiva (es decir, que haya gente tatuándose a la vez que tú en el mismo espacio abierto) o no:

Yo por ejemplo cuando tatuaba en cabina cerrada, porque en Unity era todo abierto, en Pamplona nosotros tatuábamos en cabina cerrada, hay muchas leyes dependiendo de la comunidad. Y sí que he notado que la gente al dolor se abre más o se retrae, porque he tenido peña muy tímida que dices tengo un tronco subido a la camilla, ni parpadea, y otra peña que me veía un poco así y empezábamos a hablar de política y ya me empezaba a contar sus experiencias. –Miriam, 38, Granada.

Aparte del espacio, también es determinante la relación con la persona que nos está tatuando. Susana, por ejemplo, relata cómo la confianza que tienen con dos de las personas que la tatúan habitualmente cambia la expresión de su dolor, permitiéndose ser más expresiva y ‘quejica’:

Pues yo, pienso que es cuestión de adrenalina en realidad cuando, como Dani me ha tatuado tanto y tenemos tanta confianza, pues es como que para mi no era como una cita importante del día... ¿me entiendes?, ni nada así que me crease muchos nervios. Yo recuerdo mis primeros *tattoos* que iba muy nerviosa y no me enteraba, a lo mejor me dolía, pero al estar tan nerviosa no sentía nada, pero claro con Alba, con Dani, como era algo del día a día, me ponía cero nerviosa y era muy quejica, lo pasaba fatal y he de decir que por ejemplo, el de la barriga que me lo hizo el chino, muy bonito, este iba ultra nerviosa, o sea me puse el calco y se notaba mi corazón latiendo, que me dio hasta fatiga. La barriga es *complicaiilla*, y la verdad que no lo pasé tan mal y yo pienso que también como que tienes que mantener un poco la compostura, tienes que hacer como que está bien... Pero claro con Dani no importaba la compostura y gritaba. Pero he de decir que nunca me he echado cremas, ni me he tomado pastillas, lo he hecho a pelo siempre [...] Si y creo que también está guay vivirlo, te acuerdas y es una experiencia. –Susana, 26, Granada.

5.3.2.1.El género y el dolor

¿Están el manejo y la expresión del dolor influidos por el género, existen diferencias en la experiencia del dolor según nuestro género? *En mis propias sesiones, el dolor se erige como central, una sensación a explorar que siempre me hace reflexionar:*

Este es el segundo tatuaje que me hago con él. En ambos tatuajes, hemos reflexionado juntos sobre el dolor. Él me reconoce que las chicas se quejan mucho menos y soportan mucho más. Este tema sale a colación debido a mi increíble resistencia al dolor. En las ocasiones en que me he tatuado con él, casi me he quedado dormida en algunos momentos durante la realización de la pieza correspondiente. Y eso aún siendo en lugares dolorosos de las piernas. En concreto la primera fue en la corva izquierda, justo detrás de la rodilla, una zona sensible y en la que la gente suele acusar mucho dolor. –Extracto del cuaderno de campo. Octubre 2020.

Para Miriam, no existen demasiadas diferencias. En su práctica como tatuadora, desde hace más de 15 años, ella no ha apreciado patrones de género:

El dolor yo creo que indiferentemente de ser hombre o mujer... si es verdad que las tías somos más flexibles en ese... y las posturas muchas veces son las que más cansan del *tattoo*. Y eso las chavalas lo llevan mucho mejor, porque son flexibles, pero vamos que tíos lloricas o que las tías sean más lloricas, yo eso no, para mi es independiente, no le he visto diferencia. –Miriam, 38, Granada.

Belén, por el contrario, sí que refiere diferencias en cuanto al género en la expresión y manejo del dolor, sobre todo entre hombres y mujeres cis:

Te puedo hacer una diferencia más clara entre mujeres y hombres cis. Entre lo que hay entremedio, todo se diluye también mucho más en la práctica. Por lo general, los hombres son muy flipaillos, en plan, ¡ah!, esto no duele. Y una actitud más de rechazo al reconocerse

vulnerable y reconocer que algo puede doler. Y las mujeres mucho más honestas en este sentido. El rollo de la preocupación o inseguridad, de cómo va a quedar, que parecería como según lo estándar también estaría más vinculada a las mujeres, no. Todo el mundo está muy rayado. –Belén, 28, Barcelona.

En mi propia experiencia, durante más de 55 sesiones de tatuaje en diversos espacios y países, sí que he sido testigo de gestiones mucho peores del dolor por parte de hombres cis. Bárbara coincide con esta visión:

En el mundo del tatuaje aparte que las chicas aguantan muchísimo más, eso ya... vamos, mi novio, mi pareja, es tatuador y cuando le vienen chicos dice: qué pereza, de verdad, yo prefiero chicas porque son más valientes. Pero en el tema así del dolor, yo creo que tengo mogollón de cuidado. yo... me duelen mucho los tatuajes, soy muy quejica, pero me callo, me digo: aguanta Bárbara que si no van a pensar que eres una chica quejica. –Bárbara, 37, Zaragoza.

En su relato, es interesante cómo ella expresa esa preocupación por parecer una “chica quejica”. En este sentido, Mariona expresa algo de gran relevancia en cuanto a los patrones de género en relación al dolor:

Hace unos meses estuve haciendo una clase de tres horas casi acerca del dolor, desde la parte fisiológica, cómo actúa nuestro cerebro, las endorfinas, los nociceptores... un poco la historia del dolor y la historia de las anestias y la verdad que con el tema del dolor, aparte del género -que las chicas tenemos tendencia, no sé si a aguantar más el dolor o que nos han educado a tragar más, no sé si eso nos empodera o nos desempodera a veces, no sé qué decirte...- pero entran muchos factores, entra la parte cultural. A mi me hacía mucha gracia, de un libro que estuve leyendo que decía que una persona mediterránea es mucho más gritona si tiene dolor que alguien en Dinamarca, que son como más *pa* dentro. Luego también dice que tiene relación con el aguantar o no aguantar el dolor la clase social, y es que tu como obrero o yo por ejemplo como autónoma, me duele el dedo ahora mismo y estoy aquí trabajando y llevo en la tienda hace rato. Entonces, no es solo el género el que marca el aguante con el dolor, hay una parte cultural, una parte social, una parte económica. –Mariona, 48, Bilbao.

Las palabras de Mariona recogen de manera brillante el hecho de que la vivencia del dolor siempre está marcada interseccionalmente por el género, la cultura, la clase... *Su relato me sitúa frente a un espejo incómodo y me pregunto: ¿será que yo reprimo la expresión del dolor o realmente entro en trance durante las sesiones de tatuaje?* En esta entrada del cuaderno de campo recojo una situación concreta mientras me tatuaba en un espacio abierto:

Vuelve a ocurrir que, como en el caso de la mujer cobra, el hombre que se está tatuando a la vez que yo hace referencia a mi resistencia al dolor. En algún momento de su sesión, mientras yo estoy tumbada, con los ojos cerrados, en trance y casi dormida, él proclama: Oye, pues esto duele eh. Está la chiquilla esa ahí sin inmutarse y no quiero quejarme, pero duele, vaya que sí duele. Para sobrellevar ese dolor, el hombre habla

bastante, verbaliza su incomodidad. Yo, al contrario, entro en un estado de conexión profunda con mi cuerpo y mi mente, consiguiendo gestionar ese dolor de una manera incluso placentera. Me elevo, salgo de mi cuerpo, me siento ligera. De manera figurada cada tatuaje es un ritual de conexión radical conmigo misma. No suelo hablar mucho, y cada vez lo hago menos y menos. Quiero estar muy presente en mi cuerpo, y que no demasiadas cosas me distraigan o saquen de ese estado concreto. –Extracto del cuaderno de campo. Noviembre 2020.

El dolor, y su manejo y expresión, altamente marcados por características individuales, también se ve influenciado por el espacio donde tiene lugar la sesión, la persona con quien nos tatuamos y los patrones de género. En todos los casos, es una experiencia central en el proceso del tatuaje, que abarca desde la sesión hasta la curación de la pieza. Además, el dolor es considerado necesario como parte del proceso por las participantes, lo que inaugura un espacio tenso, lleno de posibilidades, donde se mezclan dolor y placer y se subvierten lógicas hegemónicas en torno a las vivencias corporales.

5.3.3. Manejando el arrepentimiento

*En su lecho de muerte, los moribundos suelen decir: “Si pudiera volver atrás...”,
y entonces detallan lo que volverían a hacer o lo que cambiarían.*

*Eso demuestra que todavía están vivos. Cuando estás muerto, no sientes ni aprobación ni
arrepentimiento en relación con esas acciones o esas omisiones. Ves tu vida como una obra de arte*
Amélie Nothomb⁵²

Las personas profusamente tatuadas solemos enfrentarnos a menudo a dos preguntas por parte, sobre todo, de gente que no tiene tatuajes o tiene solo unos pocos. Por un lado, en referencia al dolor (*y, ¿duele, cuál te ha dolido más, en qué zona?*) y, por otro, en relación al posible arrepentimiento (*pero, eso es para toda la vida, ¿y si te cansas, y si te arrepientes o deja de gustarte?*). En ocasiones, las injerencias en torno a este último tema pueden incluso hacer que nos confundamos, que suframos sobre nuestras elecciones o que dudemos de nosotras mismas:

Si que me ha causado rechazo, algún tatuaje... por qué me habré hecho esto aquí, si... A veces he tenido hasta yo sentimientos de culpa de haberme tatuado tanto. Y cuando la gente te dice: *¿y si te arrepientes, y si te arrepientes?* Y es como... no sé, *¿y te arrepientes tu de haberte depilado en los 90 tanto las cejas que ahora ya no te salen pelos y las llevas a lo Cindy Lauper y ya no hay marcha atrás...?* Pero sí, la gente es lo que más te pregunta: *cuántos llevas, te vas a arrepentir y si te arrepientes qué harás.* Es como, no sé, es que si te arrepientes tú de haberte cortado yo que se... el pelo, y ya no te vuelve a crecer liso... ¡yo que sé! –Bárbara, 37, Zaragoza.

En mi experiencia, cuando me tatué una pieza central que llevo en el pecho, una figura

⁵² Nothomb, Amélie (2022, p. 118)

geométrica de gruesas líneas negras, recuerdo que a la mañana siguiente me invadió una sensación extraña. Era la primera pieza que me hacía en un lugar tan visible, muy frontal, y me costó asimilar mi imagen. Curiosamente, no era tanto por cómo me visualizaba yo, sino por cómo imaginé que me visualizarían los demás desde aquel momento. Claudia también expresa cómo al tatuarse zonas visibles tuvo algunas sensaciones parecidas durante los primeros días, aunque después, con el cuello, todo se sucedió de manera más fluida:

Lo que sí que noto que a veces cuando es muy, como ha sido el cuello, como ha sido las manos -el pecho no por ejemplo, el pecho no, me lo he sentido muy a gusto el primer día- si que los otros han sido un poco levantarme al día siguiente, decir: guau, ostia, lo he hecho. No vuelvo atrás, o sea, lo he hecho. El cuello por ejemplo no me lo he pensado ni mucho. Ha sido, me gusta esta idea, vamos a ver si me hago esto o otros símbolos... estaba entre más símbolos pero esto como no lo había visto nunca en nadie digo, buah, es que me fascina. Y pues nada, me lo hice así del tirón. –Claudia, 34, Barcelona.

También Julieta explica cómo eran las presiones externas, más que su propia inseguridad, las que determinaron las reacciones ante algunos de sus tatuajes más visibles:

La verdad que arrepentirme no me he arrepentido, es cierto que tal vez con el primero, el de las flores estas [señala dos flores en su pecho], la primera noche me impresionó al verme al espejo eh. Eso no se lo he dicho nunca a nadie y yo creo que tampoco le había dado mucha importancia porque también, oye, que somos *mu...* que como nos de por algo, y tú mismo te crees así esa ansiedad... que dije, tío, pero si me encanta. Pero ahí es lo que tú decías, cuando ya tomas la decisión de tatuarte ciertas partes que no te puedes tapar, ahí tu verte también escuchas o prevés cosas y comentarios y tú misma dices, hostia, me he pasado, no sé qué... pero en realidad yo no lo decía desde mi perspectiva. Lo estaba pensando más bien desde ese espejo, desde ese otro, ¿no? Entonces la verdad que no me he arrepentido. –Julieta, 33, Granada.

Empezaré por lo más obvio: claro que podemos y de hecho nos arrepentimos de habernos hecho algunos tatuajes. Parto de aquí para permitir al tema volverse más complejo. Cualquier decisión que tomamos respecto a nuestro cuerpo, desde las que tienen resultados permanentes hasta las que son transitorias, acarrea unas consecuencias. Todo cambio supone eso, una transformación, un camino nuevo que explorar. Con el tiempo, las decisiones que tomamos pueden adquirir otros significados. Lo interesante de cara a pensar sobre el arrepentimiento en torno al cuerpo tatuado no es tanto el arrepentimiento en sí cómo los modos en que las personas tatuadas, de manera práctica, vivencial, lidiamos con él y buscamos posibles soluciones, que van desde asumir el arrepentimiento y vivir con él hasta arreglar el tatuaje, realizar un *cover* o tapado o borrarlo con láser para luego tatuar algo distinto sobre la zona.

En ocasiones, el motivo por el que un tatuaje ya no “gusta” es el paso del tiempo y que la pieza no estuviera bien pinchada, en el sentido de la técnica. Lo que ocurre en estos casos no es tanto que el tatuaje deje de gustar como que el resultado no fue del todo satisfactorio por motivos fisiológicos (se inflama, está en relieve, cicatrizó mal, etc). Celia terminó tapándose

el suyo cuando se tatuó la espalda, ya que el tatuador le explicó que así quedaría mejor el conjunto, pero ella reconoce que no se arrepiente de ninguno de sus tatuajes:

No, nunca me he arrepentido de ninguno. Bueno, me arrepentí un poco de uno que tenía en la espalda que era el año de mi nacimiento, 1985, pero no porque el tatuaje estuviera mal hecho. O sea, estaba mal pinchado, me pincharon muy profundamente, y me ha dado problemas. Esa ha sido la razón por la que me he arrepentido de un tatuaje, porque en verano se me bufa mucho -ahora ya no tanto con los años, fue mi segundo tatuaje- y me picaba un montón, tenía que estar hidratándomelo constantemente. Me tiré como tres años o así que lo pasé mal, ha sido el único que me he arrepentido y ha sido porque me ha dado problemas más que por... no, nunca me he arrepentido de ningún tatuaje. -Celia, 35, Barcelona.

Claudia, tatuadora, también explica cómo determinadas presiones en uno de los estudios donde trabajaba la llevaron a tatuarse una pieza que en realidad no le gustaba demasiado. No obstante, ella encontró una solución cubriéndola con algo negro, sólido, que encajaba mejor con el resto de tatuajes y estilos que lleva. El arrepentimiento, de nuevo, tiene una solución pragmática detrás:

Tengo un *tattoo* que ahora está tapado, en plan tapado enteramente no, pero le he puesto encima un black work muy negro, para taparlo. Aunque en el momento que me lo he hecho ya estaba aceptado, tengo una montaña de cupcake, como de *muffin* de chocolate de, de... de mierda, en el lado de la pierna. Está muy bien hecho pero está como muy rosa, muy colorines y era muy pequeña cuando me lo hice, no supe rechazarlo, porque no sabía cómo interactuar con los tatuadores, yo estaba de aprendiz y el chico era *guest* de la tienda y yo dije: bueno ya, va... me tatúo. Quería una cosa muy pequeña y me llegó con un *tattoo* así [dibuja en el aire una pieza grande] y no sabía dónde ponerlo y no sabía qué decirle y me lo hice. Y creo que he tardado como 8 años en aceptarlo. Que me lo miraba y yo decía, madre mía dónde voy con una pierna rosa, porque la tengo toda rosa. Luego lo acepté pero ha llegado un momento en que tenía tantas piezas, muy negras, muy *tradi*, oscuras alrededor, entonces este me parecía como muy flojito, como todo rosa. Era como, no pega nada con lo que tenía y el año pasado le hice encima como unas letras negras grandes y bien. -Claudia, 34, Barcelona.

Cristina (24, Tenerife) también tiene dos tatuajes de los que en cierto sentido se arrepiente. Uno de ellos es su pecho, que ahora iniciaría de una manera distinta y que aún no está acabado (con lo cual todavía tendría solución) y otro de ellos es una pieza mal pinchada, como la de Celia:

Es algo que se pregunta más la gente que no está tatuada. Yo creo que no lo entiendes hasta que te tatúas. Yo por ej tengo un *tattoo* que está muy mal hecho, que no tiene arreglo directamente. Tiene queloides, es grande, en la espalda, es en medio, es un tatuaje que no tiene arreglo y al final, claro, te arrepientes pero yo no lo veo como un drama porque siempre le voy a poder dar la vuelta. Yo estoy trabajando en un proyecto con mi jefe para la espalda justamente para tapar este tatuaje. Si es verdad que si tú me

dices: mañana no vas a tener ese *tattoo*, pago lo que sea porque tendría un lienzo libre para poder tatuarme algo sin que nada me condicione pero ahora mismo tampoco pasa nada. –Celia, 35, Barcelona.

Cristina hace referencia a algo importante: que ella no lo percibe como una situación dramática. Esto entronca con algo que ya apuntaba al inicio de esta sección: cómo la ideación de ese arrepentimiento es distinta para la gente que no tiene tatuajes (o tiene solo unas pocas piezas) que para la gente muy tatuada. Aunque reconozcamos nuestro arrepentimiento ante determinadas piezas, no solemos gestionarlo negativamente, sino que lo incluimos en el proceso general de tatuarnos:

El de la ceja, por ejemplo, si fuese así de fácil de quitar, yo me lo quitaría y me lo pondría constantemente porque hay días que lo quiero y días que no, pero ya está ahí. El pecho, no es que no me guste, sino que quiero hacer otra cosa en esa zona. Entonces al final es un poco saber llevarlo, mira, ya tengo esto, tomaste esta decisión en algún momento de tu vida, jódete, haz un proyecto que puedas tapar eso, un *cover*, hacer un *black out* que es lo que me está gustando ahora mismo mucho. Pues mira, un *black out* en el pecho, se acabó, se acabó la tontería. La gente que no se tatúa, yo les digo esto y dirán: pero qué sentido tiene, no estás arreglando nada. Pero para mi sí, para mi es arreglarlo, al final es tapar una cosa que no quiero ver con algo que sí me gusta. Yo creo que tampoco es para tanto, yo se lo digo a la gente, el arrepentimiento casi no pasa, casi nunca te arrepientes de un *tattoo* a menos que tenga un significado que ya no estés de acuerdo o que de verdad esté muy mal hecho y no te guste cómo se ve, o que no te gusta tanto el *tattoo* en general, y solo querías un *tattoo* y te lo hicieron mal, eso es una putada.[...] Pero nosotras que nos tatuamos tanto, al final se te olvida que tienes *tattoos* y te quieres hacer más constantemente y los que te hiciste hace dos años ni te acuerdas que lo tienes y lo ves y dices: guau, tengo otro *tattoo*, ni siquiera me acordaba de este. Entonces yo creo que está guay eso, que la relación que tenemos con el *tattoo* la gente tatuada es muy diferente a la de la gente que no está tatuada, porque se va construyendo esa relación con el *tattoo*, y lo del arrepentimiento también se va construyendo. –Cristina, 24, Tenerife.

Cuando acabemos esta pieza, en octubre, soy consciente de que no volveré a tatuarme nada más en estilo realista, un estilo que ya no aprecio ni deseo para mí. Esto me hace preguntarme por mi propio arrepentimiento, eso sobre lo que yo pregunto en mis entrevistas para la investigación, y me doy cuenta de que no me arrepiento de nada. Ahora mi brazo lleno de animales realistas forma parte de mí y no me preocupa; aunque no volvería a plantearlo igual, asumo que está ahí y le tengo un especial cariño. –Extracto del cuaderno de campo. Junio 2021.

Muchas de las participantes refieren que una vez el tatuaje es integrado en su imagen general, no cabe demasiado arrepentimiento. Esa idea de integración, de que el tatuaje pasa a formar parte del cuerpo integrándose en él completamente, tiene alcance identitarios. Miriam y Mónica explican cómo lo vivencian ellas:

No, es que los *tattoos pa* mi están totalmente aceptados. Si que es verdad que tengo una hoja de *marihuanilla* por ahí que fue, mi colega se compró un láser y le dije pues bórrame este mismo. En verdad me daba igual tenerla porque fue uno de mis primeros *tattoos*, o sino mi primer *tattoo*. No sé, tengo cosas por ahí... esta pierna la tengo reventada a cosas que me he hecho yo o que me ha hecho mi colega de borrachera y no tenía ni idea de coger una máquina, pero era muy colega y era como... grábame la piel. Lo típico. Es muy peligroso tener las llaves del estudio a las 2 o las 3 de la mañana cuando sales de un bar [ríe], es super peligroso. Y ese tipo de cosas, pero arrepentirme... tú al final te ves... yo es que ni me doy cuenta, ya los aceptas tanto...
–Miriam, 38, Granada.

Yo no me arrepiento de ninguno, no me voy a borrar ninguno, pero no me los haría otra vez, entonces es como un camino intermedio. Por qué elegí esto, pero en ningún momento pienso: ojalá no estuviera ahí. Creo que los integro super rápido en mi cuerpo porque ahora hay más, tengo muchos, entonces igual ya pierden un poco de protagonismo cuando ya llevas muchos, no están tan presentes y además tampoco lo pienso mucho. No es como: ¿qué tengo yo ahí? No es un *comecome* de: quiero esto, y quiero que sea perfecto, y luego ves que no es perfecto y en seguida dices: ¡ah, qué horror! Bueno, pues están ahí, forman parte de mi cuerpo, es mi piel, lo veo todos los días, es que no pienso en ellos. No le doy ni media vuelta, están ahí y digo: ¡ah, qué bonito! O, mmm, bueno, podría estar mejor hecho, pero es un pensamiento bastante neutral, no entro en juicios que me den una angustia corporal o nada así. –Mónica, 33, Graz.

Utópicamente, Miriam reflexiona sobre cómo le gustaría tener un cuerpo *de cambio* en el armario para explorar otros estilos. Esto no significa que se arrepienta sino que, más bien, presenta el cuerpo como un lugar para exploración. Un espacio lleno de posibilidades que le gustaría poder explorar hasta el infinito, sin limitaciones mortales:

A ver estéticamente pues igual ahora si cojo con mis 38 tacos y 18 años de profesión y me veo así blanquita, pues digo me voy a hacer un *bodysuit* japonés y ya está, o me presento con un proyecto de tribal que me ocupe todo el cuerpo y fliparía. Hombre, yo tendría otro pellejo en el armario, me lo pondría así... No sé, yo estéticamente flipo con los curros de algunos y es como, buah, si no tuviese nada en el cuerpo, igual me presentaba con un proyecto de estos del tirón. Y que te quede eso ahí un traje perfecto.
–Miriam, 38, Granada.

Sonia (26, Madrid), tatuadora, señala cómo, en su caso, ha sido la experiencia tatuándose con gente distinta y la investigación a través de conversaciones, artículos y libros que ha ido entendiendo que a día de hoy se tatuaría de manera diferente. De todos modos reconoce que no hay “libro que te diga pues mira no, hazte esto en otra parte que te va a quedar mejor”. El único secreto está en “hablar con artistas, con tatuadores, tatuadoras y investigar” (Sonia) para lograr tener el mayor conocimiento posible sobre estilos, anatomía y, también, sobre los gustos y deseos propios. Susana coincide con ella en que se va sabiendo más conforme más

nos tatuamos y en que hay que pensárselo bien, dedicar un tiempo a elegir el diseño, la zona y la persona con quien nos queremos tatuar:

Le pedí una cosa y ella me hizo lo que yo le había pedido, le di muchas referencias e ideas... Aunque luego al conocer a otros tatuadores y ver otros diseños me di cuenta que no se había esforzado mucho en el diseño que me había hecho y para mí era importante, la rodilla quieras que no... Quizás ahora, con el conocimiento que tengo pues habría decidido otra persona, pero vaya que no es algo que me vaya a borrar ni nada. Está ahí, está guay, y tal vez en algún momento me lo repaso para que esté como más sólido, pero que no me raya. –Susana, 26, Granada.

En el caso de Susana, el arrepentimiento está vinculado a la técnica más que al diseño en sí. Por el contrario, Karla se arrepiente del simbolismo que ha quedado detrás de su tatuaje de Harry Potter. Aunque no borraría ningún otro tatuaje de su cuerpo (sí estaría abierta a modificarlo o cambiar su significado), como persona no binaria y transfeminista, llevar un tatuaje del personaje creado por J.K. Rowling, persona abiertamente contraria a la causa trans, es algo doloroso para ella:

Creo que ya sabes que soy, o era, *huge fan* de Harry Potter. Yo tengo tres tatuajes de HP y al crecer con eso, eran significativos para mí. Siguen siendo significativos. Es una cosa que hablamos muchas personas no binarias, trans, a raíz de todos los ataques que ha hecho la J.K. Rowling, como que no quiero tener algo de una transfoba en mi cuerpo. Entonces si alguien quiere hacerme una donación para quitarme el tatuaje, yo lo acepto. [...] Porque no es que me arrepienta, sino que es de nuevo lo que te decía. Bueno en un momento tuvo su significado, ahora ya no y quiero que se vaya, sustituirlo por otra cosa. –Karla, 30, Oviedo.

Con respecto al borrado de tatuajes, es también interesante lo que plantean Ohiana y Karla al explicar que por mucho que borres un tatuaje, el recuerdo vinculado a él permanece. Sean los nombres de ex parejas, sean diseños menos narrativos pero relacionados con determinadas personas o situaciones, la memoria no se puede modificar a través del borrado del tatuaje. Esta visión también resta ‘drama’ o peso al hecho de tatuarnos cosas que, con el paso del tiempo, pueden no resultarnos tan deseables:

Forma parte de la historia, es como cuando ves las fotos de los 90, con plataformas, que no te gustan pero es un recuerdo tierno. Es algo conectado a un momento. Yo por ejemplo no creo que me tape nunca un tatuaje. De hecho me he tatuado con tatuadores que iban cubiertos de nombres de chicas y eso me llamaba mucho la atención porque a fin de cuentas... por ejemplo los nombres, típica cosa que te tatúas el nombre de tu novio, ahí siempre ha habido el gran dilema. Entonces yo por ejemplo llevo el nombre de mi novio, porque forma parte de mi historia, mi vida. Y después de 15 años juntos si lo dejamos el menor de mis males va a ser llevar su nombre en el brazo. Y además aunque te lo tapes, eso sigue ahí, y si no está en la piel estará en otro sitio. No sé, no me parece tan fundamental. El llevar algo en la piel es solo un reflejo del llevarlo dentro, entonces aunque te lo borres... no sé si me explico, es un poco raro. –Ohiana, 36, San

Sebastián.

Igual pensaste en hacerte un tatuaje cuando tenías 17 y nunca te lo hiciste pero a los 27 volviste a pasar por ese momento y recordás ese tatuaje, lo volvéis a traer, pero igual a los 37 ya no va a significar nada porque ya superaste todo eso. Pero está ahí porque volvéis, no lo dejás en el pasado, sino que estás volviendo constantemente y son memorias por las que vas navegando. sí, hemos cambiado y tal vez la hemos cagado, tal vez cosas que hiciste hace 10 años no las hubieras hecho ahora, pero es que vos fuiste eso. No podés borrarlo, como no podés borrar un tatuaje. También eso es un recordatorio de: yo fui esto y aprendí esto, esto y esto. –Karla, 30, Oviedo.

El arrepentimiento no aparece en las narrativas de ninguna de las entrevistadas como algo eminentemente negativo. Entendido como parte del proceso, del estar viva y poseer un cuerpo, el arrepentirse también es una oportunidad: de arreglar con nuevos colores, de cubrir con algo nuevo, de convertir en una zona en black out, o de hacer un *blast over* (que, a diferencia del cover, no pretende cubrir del todo la pieza sino más bien añadir una capa distinta encima). El láser, que actualmente logra resultados impresionantes, es también una buena opción de cara a aclarar al máximo la pieza que ya no queremos para poder tatuar de nuevo encima. En definitiva, las personas tatuadas afrontamos de manera pragmática la necesidad de repensar aquellas partes tatuadas de nuestro cuerpo que ya no nos convencen. *En mi espalda, las siluetas de unos pájaros, en negro, aparecen ahora casi sepultadas por la gran pieza ornamental que recubre desde mi cuello hasta mis corvas. No me arrepiento de haberlos tatuado; en su día, aquel tatuaje tuvo sentido. Aunque ahora no elegiría ese diseño, el hecho de que permanezcan ahí es un recuerdo, una memoria como cualquier otra, aunque en este caso esté inscrita en la piel y no sólo en las circunvoluciones de mi cerebro.*

5.3.3.1. Las tatuadoras y el manejo del arrepentimiento durante su práctica

De entre las tatuadoras entrevistadas, todas parecen coincidir en que detrás de las personas que se tatúan movidas más por modas que por su propio interés en la práctica del tatuaje es más fácil que aparezcan arrepentimientos. La moda, según la mayoría de ellas, no debería determinar la decisión final de tatuarse. Así mismo coinciden en que estos arrepentimientos suelen darse mucho menos en gente que está profusamente tatuada.

Mara, que lleva tatuando desde los años 90, habla de cómo al tatuarte rompes una barrera y pierdes el miedo a seguir haciéndolo. El arrepentimiento llega cuando no hay una reflexión profunda detrás de la decisión de tal decisión:

El tatuaje tiene un fenómeno y es que la persona que se lo hace, una vez que se lo ha hecho, rompe una barrera, y ya ha perdido ese miedo. Ya no se siente estigmatizado. Si una persona se siente estigmatizada es que ha dado un paso para hacérselo que no lo debería haber dado realmente. No sé cómo explicarte... es que para llegar a arrepentirte... te puedes arrepentir de lo que te has hecho, del diseño concreto, entonces para eso ahora mismo sí que hay láser y eso sí que no te va a permitir quitarlo,

obviamente, entero, porque eso sí que no existe ahora mismo, a día de hoy, pero si te va a permitir aflojarlo para poder hacer luego algo realmente hermoso. Pero claro, eso es gustándote los tatuajes, ahora hacerte algo para que luego los llegues a odiar... es que no sé por qué llegaste a hacértelo, no lo puedo entender porque tú mismo tendrías que haber dicho: qué va, qué va. –Mara, 60, Santander.

Mara, de hecho, acuñó un término para referirse a esa situación en que la persona se tatúa sin pensárselo demasiado, ‘el calentón’:

Yo tengo muchos compañeros que se calentaron, además me lo han dicho, me decían, jo, es que yo me agarré unos calentones... Y luego mi propio maestro me decía, pero yo los antebrazos nunca me los voy a hacer, porque me gusta ver mi pelo rubio, no sé qué. Y un día voy y le vi aquí (señala el brazo) unas llamaradas así negras, digo, qué te ha *pasao*. Dice, nada que bajé la guardia [ríe]. Porque además entonces se llevaban los tribales, que ahora se los querrá arrancar, porque no es un trabajo espiritual y vas a decir, joder con el trabajo espiritual... Si, que llevaba él un barco vikingo y para él eso tenía unas connotaciones, entonces de este no se va a cansar. –Mara, 60, Santander.

Esta visión puede estar relacionada con el tiempo en que ella empezó a tatuar. Por aquel entonces, si un tatuaje estaba mal hecho era más difícil de borrar, ya que los avances en láser se han dado sobre todo en los últimos años. Así lo señala Mariona, quien también lleva muchos años vinculada al mundo de las modificaciones corporales:

Yo tengo mis *tattoos* viejitos, cuando las agujas se soldaban, que yo estuve soldando agujas, en mi época de aprendiz en una tienda de *tattoos*, y yo esos *tattoos* que técnicamente no eran tan chulos como los de ahora, pero que tenían mucha más actitud y están hechos con mucho amor. Y luego creo que hay gente que se peta, se peta ningún tipo de actitud, y esa gente es la que luego se arrepiente. Piensa además que para nosotros cuando empezamos a tatuarnos, tatuaje era lo que era en definición: marca indeleble, quería decir para toda la vida, con un auténtico compromiso. La generación de ahora ha crecido con el láser, sabiendo que si se cansan del infinito que decidan tatuarse, hay marcha atrás. –Mariona, 48, Bilbao.

Isa expresa cómo la herencia del cristianismo influye en la relación que tenemos con el arrepentimiento en países occidentales en contraposición a la vivencia del cuerpo tatuado y el manejo de la culpa en otras culturas. Es preciso señalar aquí que, además, las mujeres sufren mayores presiones para encarnar estos ideales y no romper determinados dictados socioculturales en torno a los usos del cuerpo:

Es que si no tienes el razonamiento... el tatuaje no es para tu mundo y no es en cada momento, no es porque se lo ha hecho el otro o porque coge *likes* en Facebook, porque te sale novias o novios, no es *pa* eso. Es un poquito más, por eso es una cosa tribal y más profunda. Es una cosa que te lleva desde el nacimiento a la muerte de alguna manera, es una forma de fe. Y claro si la gente son de un país católico, tienen tendencia a castigarse y se arrepienten por casi todo lo que hacen porque les apetece, se

arrepienten después. Es el catolicismo, tiene mucha mano en eso. Hay otros países más animistas donde se tatúan y psss, no hay problema, no van a decir: ay me he hecho tititi, los labios negros, y ahora tengo 80 años, ¿qué hago con esta cara? Eso se vuelve parte de ellos y no dependen de likes, ¿sabes? Tienen otra razón, como los maoríes, *pa* dar un ejemplo muy fácil, los maoríes, porque hay tantísimo más tribus y gente por el mundo repartido que se hacen el tatuaje por cultura propia y eso. –Isa, 56, Valencia.

Mariana, por su parte, entiende que algunas personas se arrepientan tras tatuarse, o que dediquen mucho tiempo a elegir un diseño del que se sientan convencidas. Tanto ella como Naiara y Ohiana relatan el manejo que hacen con su clientela del arrepentimiento o las inseguridades previas, resaltando que prefieren no tatuar a personas que no están del todo seguras:

Cuando veo a algún cliente o alguna clienta dudar, a mi me hacen dudar y prefiero en ese momento no tatuarles. Hasta que ellos no se aclaren, porque no soy capaz de hacer un tatuaje que no está claro para la persona, porque si luego esa persona se arrepiente me voy a sentir responsable, porque he formado parte de eso, de esa mala decisión. Entonces siempre intento que la persona esté segura de lo que se va a hacer y cuando esté segura, pues sigue pensándolo, cambiamos la cita, incluso en el momento de estar con la mesa montada me ha pasado. De echarse a llorar y decir: es que no estoy segura, no sé si me lo quiero hacer y decirle: tranquila, no pasa nada, no tienes por qué tatuarte, mejor que pares a tiempo, que después no se te puede borrar o te tienes que gastar el dinero en el láser o que nos sintamos culpables las dos. Pienso que es importante pensárselo bien aunque exista el láser que te lo puedes borrar o te lo puedes tapar con otro tatuaje encima; el tatuaje es para toda la vida, hay que pensarlo así, aunque haya otras opciones de taparlo o borrarlo como he dicho y hay que pensarlo super super bien antes de hacérselo. Hay que estar muy seguro. –Mariana, 33, Murcia.

Como tatuadora me parece un compromiso con la otra persona. Dices, tengo que dar lo mejor de mí porque se que esta persona se va a morir con esto, a no ser que, otra vez, volvemos al láser y a los covers. –Naiara, 26, Madrid.

Creo que eso pasa [el arrepentimiento] cuando te tatúas por moda. A mi eso me preocupa cuando viene por ejemplo gente a la tienda y te dice: me quiero escribir el nombre de mi hijo y no sé... ¿Qué me puedo poner? Pues no sé, yo no conozco a tu hijo, yo no te conozco a ti, pero tiene que ser algo personal, algo tuyo, aunque no quiera decir nada, pero tiene que ser tu decisión, tienes que estar super seguro. Si no estás seguro, vete, piénsatelo, ya volverás. Pero no te hagas algo que es lo que se suele poner al lado del nombre de un hijo. –Ohiana, 36, San Sebastián.

Bárbara compartió conmigo un caso especialmente marcado por la relación con el cuerpo y los estereotipos que tanto nos afectan durante la adolescencia, un claro ejemplo de cómo tatuarnos puede también generar procesos negativos a los que hay que dar respuesta. Bárbara, empática y profesional, pudo ofrecer a su clienta una solución gracias a un *cover*:

Hace poco a una niña de 19 años que le tatué con 18 años una frase que era *into my heart* o algo así de en mi corazón para siempre o algo así, con su mejor amiga, en medio del muslo de frente, le tuve que hacer un cover con todo flores porque llevaba un año que cuando iba a la playa o a la piscina cómo se veía mucho hueco a los lados del *tattoo* se pensaba que estaba más gorda de lo que estaba y había tenido un proceso muy traumático con ese tatuaje y yo estaba como: ¿en serio? Pobre chavala. Además era una chavala que estaba ‘buena’ socialmente. Chica, estás genial. Y le tuve que hacer, tapárselo todo, hacerle unas flores que se le alargara más para que le quedara más estético el tatuaje, para que ella no se viera la pierna gorda. Y yo estaba flipando, pero claro también digo: claro, 19 años, qué te voy a decir. Es que con 19 años igual me hubiera pasado a mi. Ahora ya, estás de: da igual, pero es que con 19 años que tienes ahí mogollón de movidas, pues estéticamente... yo creo que esa chavala igual dentro de 10 años le daría igual ese tatuaje y no se vería lo gordas que tiene las piernas, pero claro, la adolescencia es muy complicada. –Bárbara, 37, Zaragoza.

En el cuaderno de campo, recogí, en el verano del 2021, el encuentro con unas amigas y el relato de una de ellas acerca de sus tatuajes. Lo rescato aquí porque, en su historia particular, confluyen muchos de los temas tratados a lo largo de esta sección, aplicables a tantas otras vidas, a tantos otros cuerpos:

S es voluntaria en una cooperativa agroecológica en Almería. Una noche en Granada de cañas empezamos a hablar de tatuajes. Nos acabamos de conocer. Isa, que no tiene ninguno, nos escucha como si observase a dos animales hablando un lenguaje indescifrable.

S hace referencia primero (después de contar yo mi experiencia al realizar mi primer *tattoo* casero) a su propio auto-tatuaje, que me muestra. Es un brazalete hecho a partir de una onda como las que se recogen con un electrocardiograma. Nos explica que se la hizo con una máquina eléctrica y que lo más extraño de todo el proceso fue el ser a la vez la causante y la receptora del dolor corporal que estaba experimentando.

Después, cuenta una de las historias de tatuajes más míticas que nunca oí. Su primer tatuaje. Borracha con amigas en Hungría, de madrugada, van al estudio de *tattoo* de uno de los tipos con los que bebían en un bar. No sabían qué tatuarse, ni la amiga ni ella. Al final, confundidas, decidieron tatuarse el nombre del pequeño pueblo en que se encontraban, ya que ambas constataron que no tenían ni idea de dónde estaban si tuvieran que señalar el lugar en un mapa o decirle a alguien el nombre del municipio para que fuera a recogerlas. Me lo enseña: unas letras caligrafiadas en su brazo, justo debajo del hombro, colocadas paralelamente al hueso.

Me explica entonces, sin haberle preguntado, que no se arrepiente. Muestra de que el arrepentimiento sigue siendo algo que inquieta más a quien no se tatúa a menudo o directamente no lo ha hecho nunca que a quien ya ha pasado por la aguja para darse cuenta, en muchas ocasiones, de que tatuarse no es ni tan importante –ni tan banal– como otros lo pueden pintar.

A fin de cuentas tatuarse responde a tan diversas motivaciones como casi cualquier otra elección en nuestra vida. Por tanto, no merece ser explicado con reducciones, oposiciones o juicios que dejan poco espacio a la tensión, lo incomprensible o el

absurdo inherentes al simple hecho de estar vivos y ser tan susceptibles de la grandiosidad de los grandes significados tanto como de cagarla en situaciones rocambolescas, indecibles, enormes en su nimiedad inquietante. –Extracto del cuaderno de campo. Julio 2021.



Imagen 5. Autorretrato (fotografía propia, 2022)

En definitiva, el arrepentimiento, como hemos apreciado en los relatos de las participantes, no es un tema tan definitorio en la relación que establecemos con nuestro cuerpo tatuado, sobre todo conforme nos vamos convirtiendo en mujeres profusamente tatuadas. En todo caso, existen opciones para lidiar con un posible arrepentimiento, desde arreglos hasta láser para borrar la pieza pasando por *cover* o tapados con otros tatuajes. Ya desde los primeros años 80, Andrea recuerda que se dedicaba a tapar muchos tatuajes envejecidos, hechos con peores medios técnicos. La pionera se maravilla ante las posibilidades que existen actualmente para remediar un tatuaje mal hecho o, simplemente, para trabajar la piel con mejores tintas, máquinas y agujas. El paso del tiempo y las mejoras técnicas también son centrales a la hora de reflexionar sobre la calidad de los tatuajes:

Lo que si hacíamos mucho era tapar otros tatuajes, tatuajes mal hechas, así viejas, hechas en la cárcel o algo o en la legión entonces tapábamos muchos con otro tatuaje mejor hecho. Aunque claro, nosotros también estábamos empezando, intentar que las máquinas funcionaran, las agujas, los colores... y era una lucha constante de intentar conseguir buen material de Inglaterra porque aquí todavía no había y hacer que todo funcionara bien. Entonces claro la calidad del tatuaje de entonces, aunque para entonces era una maravilla, ahora veo algunos tatuajes míos de entonces, digo, ostras...[ríe]. Algunos están bien, están muy bien, y mi hijo me lo dice: está muy bien para tener 20 o 30 años, está muy bien. Pero claro, ahora todo, las máquinas y los colores y todo son de otra calidad totalmente, han estudiado mucho, muchos tatuadores y gente ha hecho muchas investigaciones sobre todo para que la tinta entra mejor, se queda mejor, las

agujas funcionan mejor, así no hacen tanto daño a la piel... bueno mil cosas, yo alucino ahora todo lo que hay para el tatuaje...

5.3.4. Presiones y elecciones: zonas que no nos tatuaríamos

El tatuaje en la cara es una forma de quemar las naves, de atravesar un punto de no retorno, porque en muchos trabajos, sobre todo los de atención al público, hay una ley no escrita que dice que los tatuajes no son bien recibidos. Esto puede cambiar en la medida en que han dejado de ser un elemento asociado al lumpen y ahora es muy difícil encontrar a un joven de mi edad que no tenga un tatuaje. Es un cierto culto a lo efímero, al solo se vive una vez y a la imposibilidad de imaginar tu propio futuro.

Ernesto Castro⁵³

Esta noche he soñado que me tatuaba la cara. Es una pena no recordar qué palabra, pero era la típica palabra pomposa sobre la ceja, con lettering tipo ramajos engarzados. Llevo unos días soñando muy loco y lo estoy disfrutando mucho después de unos meses en que no recordaba casi ningún sueño al despertar.

Extracto del cuaderno de campo. Marzo 2021.

Cuando el cuerpo se va llenando de tinta, una empieza a preguntarse por dónde continuará su proyecto. En general, en contextos occidentales, zonas siempre visibles como la cara, el cuello o las manos suelen (o solían) ser las últimas en tatuarse. Sin embargo, en los últimos años, personas cada vez más jóvenes están rompiendo estos procesos, tatuándose de manera visible mucho antes de haber terminado de llenar de tinta el resto de su cuerpo. ¿Cómo ha sido esta evolución para las mujeres que han participado en esta investigación, qué zonas consideran más problemáticas o no se tatuarían nunca, influye el género en estas decisiones?

Para Belén (28, Barcelona), el dolor es determinante, y expresa que es la razón por la que sigue “sin superar algunas barreras” (Belén). Aunque ella tiene un tatuaje en la nalga, solamente se tatúa las extremidades, nunca el tronco o la cara. Karla (30, Oviedo) explica que no se tatuaría “por dolor, los pies”, y tampoco la cara ni el cuello, por razones distintas: “ya me miran, ya yo soy un cuerpo que le miran y que muchas veces le miran mal. [...] Pero no quiero que me miren más, entonces quizás por eso no haría zonas tan visibles” (Karla).

Mariana, tatuadora con manos, pecho, cuello y cara tatuados, relata que no ha tatuado determinadas zonas de su cuerpo hasta ahora por el dolor, pero que de necesitar espacio para seguir contando historias, estaría dispuesta a tatuarlas.

Las zonas que no me tocaría serían por dolor pero finalmente si llegado el momento necesitara espacio, y necesito contar algo y necesito escribirlo en mi cuerpo, o bien aguantaré y morderé un palo [ríe] o me pondré algún tipo de crema o algo de eso y lo haré. Básicamente no tocaría por ej la zona del abdomen, los costados y tal, por el

⁵³ Entrevista accesible en <https://www.yorokobu.es/ernesto-castro-trap/>

dolor, porque tengo muchísimas cosquillas, no llevo nada por ahí. El que llevo en la espalda me entra un poco; fue hace tiempo y me acuerdo todavía. Pero si llegado el momento tuviera que hacerlo no me importaría. –Mariana, 33, Murcia.

Mariana también cuenta que no se tatuaría la cabeza, como recuerda que hizo en su momento la inglesa Isobel Barley. Para ella, que lleva el pelo muy largo, “el pelo es super sagrado” así que “eso no lo haría jamás” (Mariana, 33, Murcia). La cabellera femenina, tan vinculada a la feminidad, ha sido objeto de fascinación para artistas de diversos períodos. Es indudable que, en el imaginario popular, el cabello, preferiblemente largo y liso, sigue formando parte del arquetipo de mujer deseable. *Yo misma reconozco que sería incapaz de raparme; aunque he experimentado con mi pelo de diversas maneras, el cabello a lo garçon es el límite.* Tatuarse la cabeza, siendo mujer, conllevaría pues la subversión de estereotipos de género vinculados a la feminidad normativa.



Imagen 6. Fotografía de Isobel Varley⁵⁴

También Ana Belén reconoce que no se tatuaría el pecho (no la zona alta, bajo el cuello, sino los pechos en sí), no solo por el dolor, sino también porque el cuerpo femenino, si se tiene pecho, envejecerá y con ello la piel perderá tensión y aparecerá menos tersa:

Si no me tatuaría la zona del pecho es por dolor, porque duele mucho, yo creo que ahí tiene que doler lo que no está escrito. Y el culo, porque es una carne muy blandita. Si, yo creo que sería más por dolor y por aspectos de tersura, estrías, la elasticidad compleja que tiene esa zona, y más con los cambios hormonales. [...] Realmente es una parte del cuerpo que yo no me tatuaría pero por esa falta de elasticidad y por lo que cambia sobre todo en las mujeres a nivel hormonal. Entonces es que se me va a deformar. –Ana Belén, 44, Madrid.

⁵⁴ Fotografía extraída de <https://www.irishmirror.ie/news/world-news/isobel-varley-worlds-most-tattooed-5700725>

Celia (35, Barcelona) tampoco se tatuaría el pecho, pero sus razones son bien distintas: “ahora que me he aceptado como soy, me gusta mi pecho, no quiero que nada distraiga la vista de esto, porque me gusta, ahora me encanta. Me encanta mi pecho y no quiero tatuármelo por eso” (Celia). Barbara (37, Zaragoza) tiene claro que, siendo una pregunta que se ha hecho muchas veces, la de qué zonas no se tatuaría, la respuesta es siempre la misma: “como mujer he pensado: esto de que no me quiera tatuar el cuello, ni el pecho, es que es porque soy tía. Porque luego me encanta en mi novio, los que lleva en el pecho” (Barbara). Aunque reconoce que el cuello nunca le ha gustado, asume que quizás, llegado un día, también se tatuará zonas que en un principio no pensó que tocaría.

Cuando empecé a tatuarme (en pies, brazos y piernas) recuerdo que solía decir que el pecho era una zona que nunca me iba a tatuar. Unos años más tarde, después de una situación personal especialmente transformadora, decidí que eso era justo lo que quería hacer: tatuarme el pecho para demarcar y recordar ese gran cambio. Miriam se tatuó las manos aunque durante años ella explicase que no lo haría. Las razones de ella están vinculadas al hecho de que es tatuadora, así que la presión laboral por haber tatuado una zona visible será menor. Aún así, reconoce que ser una mujer visiblemente tatuada puede convertirte en “un espectáculo”:

Los costados no me los voy a tatuar, la cara, lo que es la faz, la cara, cara, no me la pienso tatuar. Aunque también hace tiempo dije, yo las manos no me las voy a ... y he terminado con ellas tatuadas. Pero si que es verdad que la cara no me la tatuaría, no sé si es porque yo estoy más acostumbrada a ver los *tattoos* más clásicos que saliéndote del *moko* de los polinesios y tal, ¿qué me voy a tatuar en la cara? ¿Una anclita, una estrellita...? Yo respeto a todo el mundo que se lo hace, que quiera llevar la cara reventada de *tattoos*, para mí son otros estilos también. Y a mí el que me gusta más es el clásico y es de la cara *pabajo*, igual que el japonés... que es de aquí [señala la base del cuello] *pabajo*. Entonces no sé... yo la cara no me la voy a tatuar. Y aparte yo no voy a tratar a una persona diferente porque lleve un *tattoo* en la cara, no, pero yo soy tatuadora, estoy metida en este mundo, pero si como hablábamos antes, por ser tía, tatuada, ya te miran o se creen con derecho a decirte algo en este puto país, porque ya no te digo fuera, pues imagínate si me hago unas rayas de cebra aquí en la cara o me pongo la cara con motas de gato. Sería el circo de Cenes de la Vega... [ríe]. Entonces no es lo que me cohibe, porque si el día que yo me quiera hacer algún símbolo aquí [cuello y cara] me lo voy a hacer, igual mucho más mayor, no sé, me mola mucho el rollo de los bereber, de las mujeres bereber, que llevan aquí [barbilla] muy poquita cosa. Pero tampoco quiero ser un espectáculo. –Miriam, 38, Granada.

También Ohiana (36, San Sebastián), tatuadora, reconoce que las sanciones sociales son mayores si eres una mujer y te tatúas zonas más extensas o visibles: “creo que hay más tabú en las chicas, más que muy tatuadas, tatuarse algunas partes determinadas” (Ohiana). Julieta (33, Granada) tiene claro que quiere tatuarse la cara y aclara: “Siempre me la ha sudado bastante. [...] Al final lo que vas a hacer es no hacer lo que tú realmente quieres. No te vas a ser fiel a ti mismo, y por lo tanto tampoco vas a estar contento” (Julieta). Ella, que ya tiene

ambas manos tatuadas, además de pecho y cuello, explica cómo la gente, incluso estando muy tatuada, juzga su decisión de tatuarse la cara más duramente que cualquier otra. Algunas personas llegan a relacionar ese deseo con algún tipo de desequilibrio mental:

Tengo ya pensado el tatuador que quiero que me lo haga, por lo menos el primero. Probablemente al final todos los que me haga en la cara pues se los pediré a él. Y a ver, a ver porque ya ahí te encuentras, cuando lo he comentado, desde amigos que van hiper tatuados, lo comenté con una amiga, le dije: tía, que me voy a hacer esto que no sé qué. “Eso es de”... qué me dijo, “de gente que no está bien de la cabeza”. Una niña que va tatuada desde aquí [señala el cuello] hasta los pies. Me quedé así y digo, pero qué me estás contando. De hecho te quería comentar eso que pusiste el otro día de una chavala que dijiste “siempre genial” y era una chavala que reflexionaba acerca de: estás muy tatuado. Hostias eh... eso es lo que me estoy comiendo ahora. Que “ya está bien, ¿no?”. Además así: “¿no crees que ya no te hacen falta más?”. Pero quién lo va a decir, ¿tú? [seria]. –Julieta, 33, Granada.

Miriam llegó a enfrentarse a una violencia verbal horrible, que de tan atroz adquiere ciertos tintes cómicos. En este caso, en su opinión, fue determinante que la situación sucediera en un pueblo pequeño de Andalucía, donde probablemente, sobre todo la gente mayor, seguía teniendo concepciones en torno a los cuerpos tatuados muy vinculadas con la criminalidad:

Pero es verdad que la peña, buf, y aquí en Andalucía profunda yo me acuerdo estar en un pueblo en Almería y no iba ni la mitad tatuada -se me veían dos o tres, hace un montón de tiempo- y de una mujer mayor de estas de pueblo, salir por la puerta, mirarme de arriba a abajo y decirme: a vosotros había que mataros a tos. Y yo, señora por favor [ríe], o sea yo me he encontrado cosas así de qué porquería te has hecho en los brazos, de cosas así. Pero bueno también ha sido en sitios mucho más provincianos o pueblos, gente sobre todo de cierta edad, que dices es que no, no lo tiene, eso si me hubiese criado en Inglaterra, en Estados Unidos, tal, pues no hubiese pasado porque la peña tiene el *tattoo* de otra manera. Pero que siendo tía al final globalmente la peña se atreve a decirte esas cosas. –Miriam, 38, Granada.

Naiara (26, Madrid), curiosamente, comenta que ella no se quiere tatuar grandes piezas en la espalda porque le gusta poder ver y apreciar sus propios tatuajes: “son para mí, y la espalda no me la estoy viendo siempre”. También recuerda, en línea con lo que muchas ya hemos experimentando en nuestra propia ideación del cuerpo tatuado, que en referencia al futuro: “nunca digas nunca” (Naiara), resumiendo bajo el refrán algo que aplica a casi todos los cuerpos que empiezan un proyecto extenso. Sonia no quiere poner límites al arte, y prefiere ir dejando que sea su proyecto y los diseños que vengan los que decidan qué zonas va a ir tatuando:

No tengo ninguna zona que diga: esto no me lo voy a tatuar. Creo que pensar eso te pone unos límites que no dejan que el arte esté en todo su exponencial. Ya que estoy qué más me da tatuarme el cuello que no tatuármelo, joder, pues si queda mejor con el diseño... todo depende del diseño. Yo cuando cojo cita con un artista le digo qué zona

me interesaría y en qué estilo más o menos pero no le pongo limitaciones. Que si te digo que me quiero tatuar el pecho y tú quieres subir al cuello porque crees que tu diseño funciona mejor así, pues vamos a darle caña, porque obviamente el cuerpo... es que para mi, hubiese sido perfecto: por un cuerpo, solo un *tattoo*. Pero hay muchísimos artistas, quiero conocer muchas técnicas, quiero conocer formas de hacerlo, quiero conocer a gente, y la mejor forma de conocer todo eso es tatuándote. –Sonia, 26, Madrid.

En general, la mayoría de entrevistadas coincide en que la cara es una zona muy vinculada a la identidad, nuestra carta de presentación en cualquier situación, y no se la tatuarían. El resto de zonas visibles, como las manos y el cuello, suelen depender más de estilos⁵⁵ o proyectos concretos. Mercedes se explica, y reconoce que incluso se raparía para tatuarse la cabeza, para apuntar que cree que no se reconocería con la cara tatuada:

Yo creo que la cara no me la voy a tocar. Te digo ahora, que a lo mejor dentro de 10 años... yo creo que la cara no, antes decía que el cuello, pero ahora me estoy arrepintiendo porque a lo mejor en algún momento sí que me lo tatúo. Pero el resto del cuerpo es todo tatuable, completamente. No me veo yo tatuándome en la cara, no me reconocería. Pero incluso en la cabeza, si en algún momento digo, me rapo, podría hacerlo. Pero la cara sí que no. –Mercedes, 37, Barcelona.

No obstante, en el relato de muchas de nosotras, suele aparecer el futuro como algo borroso, susceptible de ser cambiado. El hecho de que algunas de nosotras estemos abiertas a tocarnos *incluso* la cara destila cuán profundo acaba siendo el cambio cuanto más te tatúas: cambia la relación con tu cuerpo, con tu entorno social y con tu imagen proyectada. A este respecto, cabe señalar que las generaciones más jóvenes, y a la luz de los relatos recogidos, establecen una relación distinta con las zonas a tatuar:

Muchos de ellos incluso lo dicen: bueno, es que nuestra generación en los asilos estaremos todos tatuados, entonces ellos asumen que es una herramienta para visibilizarse, le han quitado hierro al asunto, no tienen ese carácter de marginación que por ej la generación de finales de los 70 como soy yo aún teníamos. Uy, me voy a tatuar, mis padres qué me van a decir, no voy a encontrar trabajo, no me voy a tatuar la cara ni las manos... Yo tengo alumnos, conozco gente joven, que se tatúa la cara, las manos y el cuello, empezando al revés prácticamente, empezando por lo más visible cuando nosotros, mi generación, era todo... bueno, que no se te viese nada, poderlo ocultar, sabiendo incluso el bañador dónde te lo ponías para no vértelo en verano. Ahora los ves con una lagrimita, con un signo aquí (señala su cara) o las manos tatuadas, y a lo mejor el resto del cuerpo no tienen. Porque el cuello, las manos y la cara para mi generación es ya lo último, porque ya me he tatuado todo el cuerpo, y no llegaré a tatuarme el cuello con casi 50 años, evidentemente [ríe]. Y entonces estamos viendo cómo esa moda hace que a lo mejor estos chicos y estas chicas tengan

⁵⁵ Miriam explica cómo en el tatuaje tradicional japonés, se sigue la idea de *bodysuit*, proyecto que abarca toda la piel que puede quedar escondida bajo la ropa. Esto excluye manos, cuello y cara, de ahí que se le denomine *suit* (traje).

prácticamente todo el cuerpo tatuado a los 30 y mi generación pues igual es a los 60.
–Ana Belén, 44, Madrid.

Aquí en Barcelona y supongo que en todos lados, ahora se lleva mucho tatuarse la cara. Y tú ves niños de 18 años o así que van con la cara tatuada. Y yo pienso... no sé, en eso soy un poco *hater*, porque yo en ese sentido soy de la vieja escuela, y a mí me han enseñado que los tatuajes te los tienes que ganar. Que para tener una mano tatuada tienes que tener el cuerpo tatuado, igual que la cara o el cuello. Y aquí ves a un tío que no tiene ningún tatuaje y de repente, el cuello entero tatuado. Y es como, ¿qué haces con el cuello tatuado? No sé, siento que no representa.

Las generaciones jóvenes se están tatuando muchísimo y sobre todo en zonas muy visibles. Yo, no es que no lo respete, pero no lo comparto. De hecho una vez conocí a un chaval en un bar que no tenía tatuajes y solo tenía eso, el cuello y las manos, y además que era verano, que se le veía el cuerpo. Y yo le dije: por qué te has hecho eso. Tenía curiosidad y bueno yo un poco faltona, porque soy así muchas veces, le decía que dónde iba con la cara y el cuello tatuados si no tenía ningún tatuaje. El chaval diciéndome que él hacía lo que quería, que en el trabajo no le decían nada y yo... pues yo me alegro por ti pero yo no me tatuaría lo primero de mi cuerpo la cara. También porque yo creo que la cara te cambia mucho si te haces un tatuaje. La gente de aquí, las generaciones jóvenes, se están tatuando mucho. Y tatuajes feos, talegueros... para mí, tiene un valor artístico y yo no voy a hacerme una marranada. También porque el hombre que me empezó a tatuar, me enseñó eso: hazte un tatuaje con alguien que te lo haga bien, con alguien que te haga algo que supere las expectativas de lo que tú tienes, no te hagas una marranada porque llevas arte en el cuerpo, y lo otro es como con los graffitis, no es lo mismo una pintada que un graffiti bien hecho. –Celia, 35, Barcelona.

Esta idea de ‘ganarse’ el tatuaje en las manos, el cuello o la cara aparece en las narrativas de muchas de las entrevistadas, sobre todo aquellas que se tatúan o se dedican al tatuaje desde hace años. En el caso de Claudia su tatuaje en el cuello solo llegó cuando ella sintió que tenía bastantes tatuajes, los suficientes como para ‘permitírselo’ de manera natural, sin forzar la decisión:

Sabía que algún día me iba a tatuar el cuello, sabía que algún día me iba a tatuar la cara, de cosas muy sencillas, la cara creo que todavía falta algo que me quiero añadir, pero espero que mi madre se ponga ciega y no me vea [ríe] porque sino le va a dar un ataque. No sé, ha venido como muy fluido todo, no he tenido nunca la presión o la cosa de tenerme que tatuar ni las manos ni el pecho ni el cuello, simplemente ha sido: vale, ahora creo que tengo bastantes *tattoos* para poderme permitir ir con un collar en el cuello, y que nadie me diga, dónde vas con eso. O que yo, no que nadie, a lo mejor que yo me diga, dónde voy con esto, dónde voy con las manos tatuadas si no tengo los brazos hechos, como que no me gusta ni estéticamente, lo veo muy feo estéticamente. Entonces ha sido bueno, poco a poco. Y este año... yo creo que el paso más difícil ha sido el cuello, pero ya bien. Lo he integrado. –Claudia, 34, Barcelona.

Barbara, que comenzó tatuándose en zonas fáciles de esconder y que no tiene tatuajes en cara ni cuello, relaciona estas sanciones y ‘reglas’ con el género. Las presiones ante los proyectos de tatuajes que escapan de las zonas que pueden ser cubiertas son mayores para nosotras que para los hombres cis. Estas sanciones influyen de manera determinante nuestras decisiones en torno a la modificación del propio cuerpo:

Encima lo hablas con chicos, porque claro tus compañeros de trabajos son todo chicos, y te dicen: ah, eso es una gilipollez. Y les dices: claro, es que tu llevas tatuados el cuello y la mano y no te van a mirar las viejas mal, ni los viejos, ni te van a piroppear. [...] Es como que cuanto más visibles haces tus *tattoos*, tu cuerpo es más público. Más público, y la gente más puede opinar de tu cuerpo porque claro, como llevas tatuajes, ya tu cuerpo pasa a ser público, a que todo el mundo tenga que opinar... Entonces sí, yo creo que el cuello, de lo último, casi seguro, aparte porque duele. –Bárbara, 37, Zaragoza.

Aunque para algunas entrevistadas, como Julieta o Cristina, nunca han existido barreras que, en última instancia, les hicieran cambiar de parecer con respecto a sus proyectos, es indudable que las presiones externas existen e influyen la relación que tenemos con nuestra corporalidad y las decisiones que tomamos respecto a ella. No obstante, y a pesar de las dudas y tensiones, en ocasiones la normatividad deja de apretar tan fuerte, y permite rupturas y escapes:

Después de varios meses, contacto a J (en realidad, recuerdo, me contacta él a mi para que quedemos para echar fotos de la espalda terminada). Voy al estudio y le comunico que quiero continuarla, por arriba. Como en un principio no quise tatuar mi cuello por lo visible de la zona, ahora le doy vueltas y decido que sí que quiero tatuarlo. La espalda se corta debajo del cuello y me parece más fluido y natural, por qué no decirlo, también estético, que la pieza continúe subiendo hasta alcanzar el pelo, de modo que la pieza completa se estilizará hasta acabar en un pico ornamental que se de antemano que se va a ver con cualquier prenda a no ser que sea de cuello alto. Le explico que no quiero que se expanda mucho hacia los lados, así puedo tapanlo con el pelo, pero realmente, ahora que lo pienso, me doy cuenta de que es absurdo plantearlo así: restringir el diseño de un tatuaje por la visibilidad de la pieza es coartar un proyecto artístico en su expresión completa. Hablaré con él, aunque bueno... sigo teniendo dudas. Últimamente, sin embargo, me imagino mi cuello tatuado y tengo claro que es algo que quiero hacer. Por estética pero también como una especie de manifiesto personal por la diversidad corporal. En España se ven muchas menos mujeres *heavily tattooed* que en otros países europeos, y para que los estereotipos comiencen a cambiar, está bien que cada vez más nos tatuemos sin miedo a las reacciones sociales o familiares. Yo quiero ver mi cuello tatuado, mucho. Y si no lo hago ahora, ¿cuándo? Pasará a formar parte de mi, como el pecho o la espalda, y no constituirá algo separado de mi anatomía, sino que se fundirá y confundirá con mi propia piel de tono claro, apagado. Me imagino con el cuello tatuado y también fantaseo con la idea de que entonces la gente ya no dudaría tanto al conocerme, no pensarían que soy mojigata y clásica, se descubriría de un modo

más explícito que mi ser es atrevido, inconformista y no demasiado alineado con las idealizaciones en torno a la feminidad hegemónica; no me interesa ser una mujer sumisa e invisible, me gusta llamar la atención. –Extracto del cuaderno de campo. Enero 2022.

Tanto para Mariona como para Ohiana el tatuaje es algo más relacionado con lo íntimo que con lo externo. Ohiana explica: “También me fascina la idea de poder taparlos y no enseñarlos si no quiero, que eso también es muy victoriano. Me parece un efecto muy fascinante, poder ponerte una camiseta de manga larga y ya está” (Ohiana, 36, San Sebastián). Ambas reconocen llevar la tinta ‘escondida’ al compararse con las personas jóvenes que se tatúan:

La verdad es que tengo una auténtica mezcla. Llevo piezas en negro, llevo sombras, tengo piezas en color... a veces se me olvida dónde llevo los *tattoos*. Ahora me estás haciendo pensar, porque claro para mi es como que forma parte de mi cuerpo, casi después de más de tres décadas. Pero, ¿qué llevo tatuado? Pues llevo los dos lados de la cabeza con lo mismo, porque me encanta la simetría. Luego una de las últimas piezas que me hice es uno chiquito de la oreja. ¿Qué más llevo? La muñeca, la otra muñeca, un poquito por aquí (señalando brazo), la espalda, el din A3 de la tripa, un poquito en la cadera que fue mi primer *tattoo*, un poquito de tobillo [...] tengo un poquito de todo. Pero no llevo tanta tinta, y muy escondida. La generación de ahorita van como, ya sabes, cuello, manos... y luego les quitas la camiseta... y lo hacen así como... así por fuera, ¿no quedás?, solo en la nudista... –Mariona, 48, Bilbao.

En cuanto a la idea de jugar con ese mostrar y esconder las partes del cuerpo tatuadas, escribí en el diario de campo algo muy visceral al respecto al terminar las 10 sesiones que necesitamos para terminar el proyecto de mi espalda:

8 enero 2023, última sesión espalda, muslos por detrás: Esta suma 10 sesiones en mi espalda. Un proyecto comprometido, apasionante, acabado. Pensaba ahora, mientras veía bailar a Max Cookward, que a mi el tatuaje también me permite expresarme sin necesidad de palabras. Tatuándome, llenando la superficie de mi piel de tinta, rechazo determinadas imposiciones, dinamito ciertas expectativas. Me gusta que la gente asuma que soy “una” cuando voy tapada y “otra” cuando observan mi cuerpo tatuado. Ahí se produce una brecha, una ruptura que me interesa encarnar. No me interesan las lecturas fáciles, ni las estéticas complacientes, tampoco me interesa demasiado la radicalidad constante. Me gusta jugar en todos los bandos, encarnar todas las posibilidades. El tatuaje me permite eso: jugar con mi identidad. Es como un baile conmigo misma y con las personas que me rodean. Me interesa observar los gestos, las reacciones y las caras. Disfruto del descoloque que se que a veces promuevo en los demás. Soy una, soy otra, soy varias. No permanezco, muto, no soy, experimento y siento: devengo. –Extracto del cuaderno de campo. Enero 2023.

Para Ana Belén, estos cambios generacionales tienen una explicación sociológica, relacionada con las teorías en torno al cuerpo y la influencia de las redes sociales:

Yo me enseño así a los demás, porque soy moderna o soy moderno, entiendo que mi cuerpo es mío. Yo creo que sí que hay un discurso ,aunque sea inconsciente o subconsciente, de dominio del cuerpo, de manejo del cuerpo, porque el cuerpo ya no es ni nuestro. Estas son las teorías acerca del cuerpo desde las biopolíticas hasta las teorías de la sanidad y de la antropología sanitaria... ¿A quién pertenece nuestro cuerpo? Este debate tan amplio, con tantas ramas, yo creo que ellos a través de esa incorporación del tatuaje, de ese pequeño elemento, en la cara, en las manos, que lo enseñan, entonces lo convierten en: bueno, esa parte del cuerpo es mía, porque decido tatuármelo y ponerme esto que no me lo ha dicho nadie, aunque lo haya visto en Instagram. –Ana Belén, 44, Madrid.

Aunque yo no me muestro tan crítica con plataformas como Instagram, reconozco el enorme influjo que tienen sobre las generaciones más jóvenes, así como lo tienen en mí y los millennials. Las redes, no obstante, también me parecen una maravillosa ventana al mundo, donde podemos encontrar referentes, modelos alejados de la norma, comunidades en torno a temas que nos apasionan o representaciones más realistas de cuerpos diversos. Las redes, como cualquier otra esfera social, tiene ese doble filo.

En definitiva, en el juego y la experimentación con nuestro propio cuerpo residen las posibilidades. Frente a las presiones, es interesante apreciar cómo el tatuaje inicia debates y reflexiones con respecto a la autonomía corporal que van más allá de lo externo y se introducen profundamente en las percepciones que tenemos de nosotras mismas. Desde esta óptica, también puede resultar comprensible que las generaciones jóvenes comiencen a hacer uso de su cuerpo de manera distinta a cómo nosotras lo hacemos. En lugar de juzgar esas decisiones desde nuestra propia realidad corporal, podremos entonces imaginar otros futuros posibles, libres. Al fin y al cabo, el tiempo pasa, la sociedad cambia y los usos y prácticas corporales avanzan y mutan:

Existe cierto misterio en torno al hecho de que haya personas que después de su primer tatuaje sigan tatuándose a menudo hasta ir completando proyectos más o menos extensos de modificación corporal. Ese misterio es algo que se escapa a lo discursivo, que no es fácil transmitir o comunicar y que genera extrañeza y, en muchas ocasiones, rechazo en aquellos que, asombrados, se preguntan por qué esa persona se ha tatuado tanto.

Preservar ese misterio es algo que me interesa enormemente. No pretender someter el cuerpo profusamente tatuado a explicaciones sencillas ni masticables, permitirle escapar de las lógicas de transparencia y comunicabilidad.

Dejar que sea la propia cualidad de cuerpo tatuado la que hable por él, más que las palabras explicativas de ninguna teoría escrita, ni artística, ni estética, ni social. –Extracto del cuaderno de campo. Octubre 2021.

5.3.5. Tatuaje paramédico

Mariana (33, Murcia), tatuadora y divulgadora sobre la historia del tatuaje, me habló de Mara (60, Santander) cuando le pregunté por las tatuadoras pioneras que ella recordaba o conocía del contexto español. Fue también ella quien me refirió que Mara no solamente había sido una de las primeras mujeres españolas en dedicarse profesionalmente al mundo del tatuaje sino que también había sido pionera en un tipo de tatuaje concreto: el conocido como paramédico o de reparación.

Ana Belén, considera que el componente emocional tatuaje parece estar más presente en mujeres que en hombres. Ella se refiere al tatuaje paramédico como una manifestación de esta diferencia:

El tatuaje femenino por ejemplo ligado a las cicatrices, a las cesáreas, a mastectomías... el tatuaje les ha ayudado, no tanto a reconciliarse con las cicatrices, porque las cicatrices dentro de lo que va pues es una marca más en el cuerpo, pero sí a superar el dolor del momento. Desde una cesárea o una cicatriz por una mastectomía o una histerectomía, en este caso me llevó a conocer a tatuadores que se han especializado en reconstrucción de pezones, o también en tapar las... gente que tiene mastectomías y no tiene pecho, poner una figuración, desde verdaderos jardines, dragones...

En el libro de Victoria Pitts, que es el primero que me leí [...] incide en lo emocional que es el tatuaje, precisamente en esas narrativas femeninas ligadas al cáncer de pecho, al embarazo... bueno, a esa relación corporal con el dolor. Cómo es verdad que el público o el consumidor masculino no tiene esa relación tan catártica con el tatuaje y la mujer sí, lo emocional del tatuaje. Yo siempre digo, en mi profesión hablo mucho de lo emocional, diseño y emoción, diseño emocional, diseño y emociones, pero es que realmente la emoción es una catarsis. Entonces el tatuaje aquí aparece, Victoria lo dice, como un reconciliador corporal. Me han quitado un pecho, me he tatuado un dragón, el dragón es mi fuerza, es como una especie de tótem. La totemización del tatuaje, yo creo que viene a posteriori. [...] Yo creo que esa es una de las diferencias entre el contenido emocional que le da la mujer al tatuaje a la que le da el hombre. –Ana Belén, 44, Madrid.



Imagen 7. Tatuaje realizado por Mara (I).

Mara, que fue una de las primeras practicantes de tatuaje paramédico y reparador en España, contrapone esta modalidad al tatuaje artístico, o al menos establece una clara diferenciación entre ambos. Además, en su caso, el tatuaje paramédico se ha convertido en su preferido, por la satisfacción que le reporta su ejecución después de años agotadores dedicándose al tatuaje artístico:

También hay otro tipo de tatuajes, que ahora con los años son los que desarrollo aparte, que no tienen nada que ver con el tatuaje artístico. Yo ahora hago mucho tatuaje paramédico y ese tatuaje a mi es el que realmente ahora me llena, porque claro después de 30 años imagínate, de panteras, de tigres, de leones, de dragones... llega un momento que yo lo digo, uno se agota. Yo he visto gente que ha empezado hace 10 años o 12 y me dice: es que no sé cómo puedes estar... yo estoy reventado. Claro, estamos hablando de que un tatuador no trabaja de vez en cuando, un tatuador cuando está... yo igual eran 15 horas diarias. Aquello era una locura. No voy a decir que ahora hacen eso, pero al final es una profesión que te absorbe mucho y te agota. Yo ya te digo ahora con los años sigo haciendo tatuaje artístico, pero hago tatuaje paramédico también. Porque eso me da mucha satisfacción. –Mara, 60, Santander.

En su narrativa, aparece en varias ocasiones la idea del ‘tatuaje con amor’, como una salida a la rapidez que en el pasado le exigía la práctica. Ahora, Mara trabaja con cita previa, porque prefiere tatuar menos pero hacerlo priorizando un trato cuidadoso y cercano con la clientela, especialmente cuando realiza tatuaje paramédico. La dinámica durante la sesión, en los casos en que se realiza un tatuaje reparador, también es distinta. La vulnerabilidad de la persona que quiere tatuarse se coloca en el centro, especialmente, como ella relata, en los casos de cáncer de mama en mujeres:

Es distinto, es una persona que ha perdido una parte natural de su cuerpo y lo que quiere es volverla a recuperar, algo que lo acerque lo más posible a lo que tenía. Entonces es un tatuaje de recuperación, es un tatuaje que está hecho con otro objetivo que es intentar cerrar una herida, acabar con un proceso. Está muy interesante porque hay areola mamaria pero también hay más cosas, por ejemplo una persona que ha tenido un accidente, igual ha perdido parte de un labio o por ejemplo si ha tenido labio leporino, recuperarle un poco la forma labial, la mucosa, ahora también lo habrás visto que hay gente que pierde... que tiene un dedo amputado, y lo que se le hace es la uña encima. Yo ahora esta semana tengo uno. Y bueno para ella por ejemplo es muy importante porque dice que le afecta psicológicamente el que la gente siempre que tenga un movimiento la mire y bueno, eso se llama tatuaje paramédico. Cuando una persona ha perdido la forma natural por una cirugía, por una enfermedad, por un accidente, intentar recuperar el estado natural mediante un dibujo. Cuando ellas vienen vienen con un proceso de lucha, de dolor, porque han pasado por un cáncer, que la mayoría han estado muertas de miedo, hay que decirlo, porque además te lo confiesan. Muchas te confiesan que han sido abandonadas en el proceso por su pareja, por la amputación de las mamas, que es increíble pero es muy frecuente, te lo cuentan [...] Y es curioso que con todo lo que han pasado, cualquier cosa ellas luego están super contentas y super agradecidas, pero es sobre todo porque se acabó el proceso, ya no van a ver más su pecho que le falta la aureola. Eso es un proceso de curación, o sea el tatuaje ha llegado a servir para esto también. –Mara, 60, Santander.

El tatuaje, explica Mara sobre su práctica, está enfocado a un fin distinto cuando es paramédico. De hecho, ella también remarca cómo mujeres que expresan que nunca se habrían tatuado en otra circunstancia, acuden a ella pidiéndole: ‘ay, hazme algo’, para lograr ir dando un cierre al proceso de enfermedad que han atravesado. En ocasiones, Mara también tiene que arreglar resultados poco satisfactorios de los intentos de devolver el pecho a la mayor normalidad posible durante las propias intervenciones quirúrgicas:

Hay veces que por ejemplo hace poco, una chica le había el cirujano el falso pezón muy alto y se veía por encima del escote, se veía el pezón. Entonces yo le hice el pezón más abajo, en el sitio que le corresponde, uno en 3D, y ahí arriba pues hicimos una pequeña mariposa para tapar ese pezoncillo ahí, había que desaparecerlo de alguna forma. –Mara, 60, Santander.



Imagen 8. Tatuaje realizado por Mara (II)

Mara recuerda que fue una cliente la que, hace 30 años, la invitó a tatuarte un pezón en un pecho afectado. Aquel momento marcó un antes y un después en su carrera, ya que a día de hoy no solo tatúa paramédico sino que también realiza formaciones en su estudio. Resulta revelador que estas formaciones solamente estén disponibles para mujeres, lo que podría explicarse por la intimidad que es necesaria durante ese tipo de sesión y también porque así se promueve un espacio más seguro para estas mujeres, que no tendrán que lidiar con las miradas de los hombres ante sus cuerpos:

Pues sí, yo a la primera mama que hice, a mi no me ocurrió, se le ocurrió a una mujer que vino hace 30 años a pedirla, al principio cuando yo empezaba a tatuar. Ella me lo pidió: oye, ¿tú no me podrías dar color aquí? Y yo decía, ah pues... Ella había tenido otra cosa, una mastitis, vamos había perdido la aureola. Y entonces se la tatué, y no le di tampoco ni mayor importancia pero luego ya cuando pasó todo esto del cáncer de mama, es cuando empecé yo a enseñarlo y fue cuando realmente me llamó la atención. Yo por ejemplo preparo gente, doy formación, doy master class de aureola, y he enseñado a muchísima gente, pero enseñé nada más que a tatuadoras. Y luego doy clase en la master class no a todo el mundo, si por ejemplo veo que es una persona que no es sensible yo particularmente no la voy a enseñar, pero no por nada, pero que en su centro cuelgue un diploma y que sea una persona que no... a ver, tiene que tener un poco de psicología la persona que vaya a hacer este tipo de trabajo porque hay que tratarla de una determinada forma, no se viene a hacer un elefante, ni un mandala, viene a hacerse otras cosas entonces hay que tener un poco de empatía sobre todo y luego tratarla con muchísimo cariño y mucha comprensión, porque claro cuando ellas se quitan la ropa lo que ves es lo que hay. Hay que coger y nunca por ejemplo hay que decir: ¡ahí va, cómo lo tienes, quién te ha hecho eso! Cosas de estas... entonces cuando escojo a ese tipo de gente para enseñar, me fijo un poquitín en su personalidad y tal. –Mara, 60, Santander.

Tras las formaciones de Mara, existe un claro compromiso con el desempeño de una práctica centrada en la calidad. Ella defiende que la figura de la tatuadora paramédica sea central, tanto como la profesional de la medicina o de la enfermería, en la atención a estas pacientes. Y para ella está claro que no se trata de que los y las profesionales sanitarias aprendan a tatuar:

Ahora nosotros tenemos un oficio, debería de estar implementado en los hospitales, y no es así. Ellos lo que quieren es que lo hagan enfermeras, y una enfermera no es una tatuadora, es una enfermera. Entonces a mi cuando me dice alguien: no es que somos unas enfermeras y queremos aprender; yo digo, pues yo no te puedo enseñar, porque te hacen falta muchas horas de máquina en mano. Empieza a hacer un curso de tatuaje y cuando lleves practicando, entonces podemos hablar del otro. [...] Yo siempre digo, si en un hospital por ejemplo hace falta un cocinero... me dicen: es diferente; digo: no, es igual. Zapatero *pa* tus zapatos, es decir, que el tatuaje tiene que hacerlo un especialista y deberían de tener un departamento de tatuaje. –Mara, 60, Santander.

Los hospitales no tienen reconocida este tipo de figura aunque, paradójicamente, sí que derivan a pacientes al estudio de Mara. Tal es el compromiso de Mara con este tipo de tatuaje, que, reconoce que lleva años ofreciéndolo de manera gratuita. La tatuadora defiende que este tipo de servicio debería estar financiado por la seguridad social y, además, que deberían ser personas especializadas las que lo prestasen:

Yo lo he estado haciendo gratis, durante muchísimos años. Ahora, a día de hoy, todavía sigo, pero ya son muchos años. Y ahora por ejemplo cuando el hospital ya iba a poner el servicio, pues yo les dije que por qué no me contrataban y se negaron en redondo, pero es que es el hospital el que me los mandaba directamente a mi. Es una hipocresía gigantesca, pero se han beneficiado durante 10 o 12 años, además han sido cantidades ingentes de mujeres, que yo lo he hecho con mil amores [...] Porque yo antes dedicaba todos los viernes de mi vida, todos los viernes era para dedicarme a ellos, y ahora pues no. Ahora un día igual me hago 7 mujeres, pero luego igual estoy un mes que no hago nada, porque no puedo, o sea, tengo que trabajar para pagar mis cosas porque estoy sola. Esto lo tenía que estar cubriendo la seguridad social obviamente que sería lo suyo, y contratar gente especializada que demuestre su eficacia. Tiene que ser realista, suave. A la mujer tiene que ser que lo que se la haga sea hermoso. No puede ser un redondel coloreado, como piensan algunas que no son profesionales. –Mara, 60, Santander.

En el tatuaje paramédico confluyen muchos de los temas que interesan a esta etnografía: por un lado, la necesidad de crear espacios seguros para las mujeres y las corporalidades no normativas en la práctica del tatuaje; por otro, la defensa de la figura de la tatuadora como profesional, esencial en la provisión de este servicio reparador; y por último, el claro componente de género en estos casos, que afectan a mujeres cuyos cuerpos han mutado y que, igual que pueden elegir mantenerlos tal como quedaron tras la cirugía, como símbolo de superación, fuerza e incluso de rechazo de determinados cánones o expectativas en lo relativo a la feminidad y la tenencia de dos pechos, podrán elegir el tatuaje como medio de expresión, recuperación y asimilación de ese cuerpo que se ha visto transformado por un doloroso

proceso de enfermedad.

5.3.6. *Piercings*

Durante mis encuentros con las participantes, un tema emergente fue también el de los *piercings*. Culturas muy relacionadas, la del *body piercing* y el tatuaje, en España tuvieron un desarrollo cercano, aunque el boom del *piercing* llegó a lo largo de los años 90 y se asentó en los 2000.

El *piercing* se contraponen al tatuaje, en los relatos de las participantes, sobre todo por su durabilidad: es mucho más fácil quitar un *piercing* (aunque deje en ocasiones una cicatriz visible que puede o no desaparecer con el tiempo), que un tatuaje. Quizás por eso, muchas de nosotras empezamos a introducirnos en el mundo de las modificaciones corporales a través del *piercing*. En general, suele estar más aceptado a escala social, sobre todo en el caso de *piercings* en las orejas o en zonas ya muy comunes como las aletas de la nariz. Otros, aunque sean muy comunes, pueden crear problemas a la hora de, por ejemplo, encontrar un trabajo, como el de ceja, labio, entrecejo o septum. No obstante, cada vez es más común ver a gente con *piercings* atendiendo al público en sectores como la hostelería o el comercio. Como recuerda Ana Belén la posibilidad de reversión empieza a aplicarse también, aunque a otro nivel, al tatuaje:

El hecho de que ahora exista la opción entre comillas de quitarte el tatuaje a través del láser o hacer un cover, hace que la relación con el tatuaje ya no sea tanto de permanencia sino de un cambio incluso, no sé si será positivo o negativo. Pasa un poco como con los *piercings*, que hay modificaciones -las dilataciones tú te quitas la dilatación e incluso se puede coser, o sea que tenemos una cierta reversión en el *piercing* y otras técnicas- el tatuaje si que es verdad que es más complejo, tienes que pasar el láser o te haces un cover pero ya no existe esa idea de: ¡wow, es que el tatuaje es para siempre! No sé, a lo mejor tengo 2000 o 3000 euros y me quito un tatuaje con el láser. –Ana Belén, 44, Madrid.

Para Bárbara, los *piercings* también fueron un primer paso hacia otras modificaciones corporales. Ella lo hizo desde un lugar muy *punki*, agujereándose a sí misma o con amigas:

Luego también empecé a hacerme *piercings* a lo loco, en plan en la ceja, el de la lengua, en el labio.. con tus amigas en el baño: ¡venga, zasca! Que ahora lo pienso y no lo haría. Me acuerdo que esa época era la de que yo creo que si llego a tener una máquina o a un amigo tatuador... bueno, se hubiera liado pardísima, yo creo que nos hubiéramos hecho modificaciones corporales... pero lo más. –Bárbara, 37, Zaragoza.

También parece suceder que comencemos a hacernos *piercings* muy jóvenes, pero que llegue un momento en que dejemos de experimentar con ellos. El tatuaje permanece, el deseo de tatuarse puede incluso aumentar cuando vamos ganando la sensación de que estamos coleccionando, lo que con el *piercing*, en general, no sucede. Una posible explicación podría ser la menor variabilidad y dimensión artística del *piercing* frente al tatuaje, cuyas posibilidades, en cuanto a diseño, estilo o color son, probablemente, infinitas. Tanto Celia,

que también tiene dilataciones y varios *piercings*, como yo misma, nos hicimos el *piercing* del ombligo antes de los 13 años, y sin embargo a día de hoy reconocemos que ya no tenemos tantas ganas de someternos a un nuevo *piercing*.

Yo, con los *piercings* y eso, desde pequeña... es que fui la primera de mi clase en hacerme un *piercing*. Con 13 años me hice el *piercing* del ombligo y raíz de ahí ya todas las niñas... ¡oh, el *piercing* del ombligo! Y se lo hicieron. Y luego me hice el de la nariz, nada, como a los dos o tres meses, que ese claro, como ya me lo veía mi madre... aunque con ella sin problema, porque siempre ha sido muy abierta de mente. –Celia, 35, Barcelona.

Susana también reflexiona sobre los *piercings* como elementos reversibles, pero añade que no se sentiría la misma sin ellos lo que indica que, aunque de un modo distinto al tatuaje, también se convierten en elementos estéticos identitarios:

Con los *piercings* es diferente porque aunque para mi es algo que se que es reversible, o sea que se que me lo puedo quitar, como que ya está en mi cara y para mi, mi cara sin esto no tiene gracia. Me encanta, las modificaciones en general me parecen interesantes. –Susana, 26, Granada.

Lo que sí parece claro es que dependiendo del contexto, incluso hace no tanto años, los juicios hacia las personas modificadas, aunque solo fuera con *piercings*, podían llegar a ser problemáticos. Así lo vivió Sonia (26, Madrid) durante su adolescencia, cuando comenzó a modificar su cuerpo con distintos tipos de *piercing*:

Julia: ¿antes de tatuarte ya hacías elecciones estéticas alternativas?

Sonia: si, si, eso si que me pasaba, pero claro para mi no lo eran en absoluto y no entendía nada de por qué para la gente era tan loco. Yo iba al instituto y era la única emo del instituto, porque era muy emo[ríe], con mis pintas de emo, con mis movidas, pero por ejemplo las dilatas ya llevo 11 años con ellas, y yo cuando iba al instituto ya llevaba las dilatas y la gente flipaba, en plan: ¿qué tienes en las orejas? No entendían. Me acuerdo que fui la primera que llevó septum en el instituto, y todo el mundo me decía: es que pareces un toro, es que no entiendo por qué te haces eso en la cara, parece un moco. Y ahora mira eh, que nadie piensa en algo así con el septum, ya ves tú el septum... era como, qué locura lo que está haciendo esta chica. O que me ponía pantalones muy rotos y en ese momento no estaban de moda ni nada de eso entonces la gente flipaba como: ¿qué pasa que no tienes dinero para unos pantalones normales? Y yo: ¡pero si es que son nuevos! Era simplemente que tanto de grupos, de tipo de música y tal, para mi era lo normal y es que ni me lo planteaba. Y luego claro, iba al instituto de mi barrio y la gente decía: esta tía está loca [ríe].

Mercedes recuerda cómo, aún siendo los *piercings* ya algo bastante extendido, tener uno en la nariz podía suponer un motivo para no ser seleccionada en un trabajo, cosa que, desde hace algunos años, parece estar cambiando en muchos sectores laborales:

En Sevilla, yo creo recordar que la mayoría de tiendas de ropa no te cogían si se te veía

un poquito el *piercing* de la nariz, y estamos hablando del *piercing* en la nariz, eh, de una cosa que ahora mismo tienen las niñas de 12 años. Ese clasicismo y esa manera de ver las cosas super a la antigua, que es verdad que ha ido cambiando y que poco a poco la gente se va acostumbrando a ver más cosas, y en parte gracias al turismo, pero queda aún un poquito que aprender en ese sentido. –Mercedes, 37, Barcelona.

Todas estas creencias y relatos merecen ser puestos en conversación con la narrativa de Mariona, pionera en la dedicación profesional al *piercing* en España y muy comprometida con la formación constante y la defensa de un *piercing* hecho con profesionalidad y mimo. Las comparaciones entre tatuaje y *piercing* son objeto de una crítica necesaria por su parte:

Luego otra cosa que a mi a veces me molesta y es una cosa que siempre se hace en la profesión es comparar el *tattoo* con el *piercing*, aún siendo cosas diferentes tienen cosas en contacto, pero son dos historias distintas. Y hacer creer a la gente que el *tattoo* tiene más compromiso que el *piercing*. Yo siempre digo: claro, porque el *tattoo* no te lo puedes quitar, pero un *piercing* te lo quitas y ya está, fuera... entonces yo siempre digo, que tiene más compromiso un infinito “así” de chiquitito en el culo o una oreja como la mía. No sé si me explico. Entonces, yo creo que lo importante es que la gente tenga un acto de madurez cuando hace estas cosas. –Mariona, 48, Bilbao.

Mariona, con tantos años de práctica, se emociona al recordar cómo han cambiado las cosas en el salto de una sola generación. La aceptación social que se está dando en el campo del *piercing* queda ejemplificada con el relato de Mariona acerca de las primeras mujeres a las que ella perforó en los 90 y las hijas de éstas, que se perforan sin tener que enfrentar tantos obstáculos sociales y/o familiares:

Yo ahora mismo, que tengo ya 28 años trabajando, en Bilbao y además en el mismo barrio, y es como un pueblito también, tengo la suerte de tener dos generaciones perforadas. Quiero decir, estas chavalas jovencitas que yo perforaba en los 90, pues ahora son madres. Y sus niñas están en edad de pubertad. Entonces, ¿qué es lo me mola? Que esas chavalas que yo perforé en los 90, que venían con unas madres que desconocían el tema, que a veces no venían ni con las madres, tenían que esperar hasta los 18 porque los padres no les daban permiso, no tenían muchos muchos *piercings*, pero que cuando vienen con sus hijas, esas hijas no le dan importancia a que les estén llevando el permiso, firmando el consentimiento, pagándoles el *piercing*, comprándoles todos los productos del “aftercare”... porque han crecido con esa normalidad, y eso es guay. –Mariona, 48, Bilbao.

5.3.7. La relación con nuestro cuerpo

*La posibilidad de disponer del propio cuerpo es básica para la libertad individual,
y en las mujeres siempre está en entredicho.*

Margo Glantz⁵⁶

⁵⁶ Entrevista a la académica y escritora accesible en:
https://elpais.com/elpais/2019/10/29/eps/1572352898_797074.html?rel=lom

La idea que Glantz plantea arriba determina la relación que muchas mujeres tenemos con nuestros cuerpos. Esa sensación constante de inadecuación genera una serie de tensiones palpables que se traducen en diversas problemáticas. Con respecto a esos intentos de gobernar, vigilar y controlar el cuerpo de las mujeres y de las personas queer, un artículo⁵⁷ del filósofo Byung Chul Han publicado en el diario El País me hizo reflexionar:

“En mi ensayo *La sociedad del cansancio*, publicado por primera vez hace 10 años, describí la fatiga como una enfermedad de la sociedad neoliberal del rendimiento. Nos explotamos voluntaria y apasionadamente creyendo que nos estamos realizando. Lo que nos agota no es una coerción externa, sino el imperativo interior de tener que rendir cada vez más. Nos matamos a realizarnos y a optimizarnos, nos machacamos a base de rendir bien y de dar buena imagen. En la sociedad neoliberal del rendimiento se lleva a cabo una explotación sin autoridad. El sujeto forzado a rendir, a explotarse a sí mismo, es a la vez amo y esclavo. Por así decirlo, cada uno lleva consigo su propio campo de trabajos forzados. Lo peculiar de este campo de trabajos forzados es que uno es al mismo tiempo prisionero y vigilante, víctima y criminal. En eso se diferencia del sujeto obediente de la sociedad disciplinaria, que Foucault describe en su libro *Vigilar y castigar*. Pero Foucault no se dio cuenta del surgimiento de la sociedad neoliberal del rendimiento, en la que nos explotamos voluntariamente.

Lo que caracteriza al sujeto de esta sociedad, que al verse forzado a rendir se explota a sí mismo, es la sensación de libertad. Explotarse a sí mismo es más eficaz que ser explotado por otros, porque conlleva la sensación de libertad.” (Chul Han, Byung, 2021)

Este elemento de autodisciplina neoliberal me parece interesante en relación a la corporalidad, y podría relacionarse con ese deseo de optimización corporal que pretende obviar la diversidad y aplastar el paso del tiempo y el envejecimiento a base de filtros y operaciones, en definitiva, de engaños más o menos permanentes cuyo fin es negar que el cuerpo es un ente vivo, cambiante y radicalmente único en su configuración material, carnal. Que se nos fustigue con ideales de belleza cada vez más individualizados e inalcanzables es un tema de género, de clase y sobre todo de recorte de libertad y autonomía corporal. Si el propio cuerpo se convierte en cárcel, en ejemplo radical de la imposibilidad de alcanzar aquello que se nos vende que hemos de ser, entonces nosotras nos convertimos en carceleras, en vigilantes voluntarias de nuestra propia existencia. Ya no es solamente el engranaje histórico y social de la biopolítica el que realiza la férrea vigilancia, sino que somos todos y cada uno de los sujetos componentes de la sociedad los que, confundidos por una supuesta libertad de decisión, sacrificamos nuestra singularidad en pos de un ideal unificador, asfixiante e irreal que los grandes poderes económicos introducen en nuestras existencias gracias al marketing digital. Los productos que se nos venden ya no son tan solo cosas materiales que debemos comprar, sino que lo que se promueve son estilos de vida completos, que se

⁵⁷ Artículo accesible en

<https://elpais.com/ideas/2021-03-21/teletrabajo-zoom-y-depresion-el-filosofo-byung-chul-han-dice-que-nos-autoexplotamos-mas-que-nunca.html>

presentan como packs indivisibles de yogures, incluyendo ideas políticas, modos de vestir, formas corporales y tonos de discurso. Todos estos elementos se exponen en las redes sociales sin grietas o tensiones, como el resultado mágico de un supuesto trabajo personal, individual y a espaldas de la sociedad, recogiendo ese “hazlo tú mismo” que el sistema ha sabido reconvertir en una herramienta de control de masas y que pone sobre los sujetos la culpa última del fracaso personal, ya sea este académico, laboral o corporal.

En el caso del cuerpo de las mujeres, esto es aún más grave, y el repunte en el uso de cirugías estéticas en mujeres jóvenes⁵⁸ es un signo más del triunfo de esta vigilancia. En un momento de gran presencia del movimiento feminista en esferas mediáticas, sociales y culturales, también se da el efecto contrario: el del aumento de un pensamiento contra o anti feminista que pretende derribar todos los esfuerzos recientes en pos de una mayor aceptación corporal. Buenos ejemplos de estos esfuerzos son movimientos como el *body-positive*, centrado en promover imágenes sanas, reales y diversas de las corporalidades de mujeres y disidencias, o el *body neutral*, que promueve una consideración neutral de los cuerpos y sus peculiaridades. –Extracto del cuaderno de campo. Septiembre 2020.

Bárbara, tatuadora y mujer muy tatuada, también hace uso del término *body neutral* cuando reflexiona sobre la relación con su cuerpo, explicitando a la vez que experimentó algunas problemáticas durante la adolescencia:

Hace poco he estado leyendo sobre el *body neutral*, y digo: yo soy esa, completamente. Porque nunca he sido de *body negative* ni *body positive* pero sí ha sido como a días mmm, o sea ha habido años que me encantó, ha habido años que digo joder, qué asco, socialmente [...] Pero si, tampoco... con mi cuerpo creo que como todas las chicas: adolescencias locas, inseguridades, luego empoderamiento con tus amigas... pero yo diría que ni bien ni mal, más *body neutral* que otra cosa. –Bárbara, 37, Zaragoza.

Frente a abundante literatura que indaga en explicaciones psicológicas e incluso psiquiátricas sobre la adquisición de tatuajes por parte de mujeres jóvenes que tienen relaciones traumáticas con sus cuerpos (en términos de autoestima o de imagen corporal), destacan narrativas como las de Celia, que reconoce no haber tenido demasiados problemas con su cuerpo. Las problemáticas que señala, como con respecto a su pecho, no determinaron sus decisiones de tatuarse otras zonas, aunque sí que demarcan el cuerpo como falto de un atributo de género como es el pecho en relación a la feminidad:

Mi relación con mi cuerpo siempre ha sido bastante buena, la verdad es que nunca he tenido muchos complejos Pero sí que es verdad que a los 20 y pocos empecé a acomplejarme con el pecho. Tengo muy poco pecho... pero ha sido algo que me pasaba cuando entraba el verano y veía a las chicas con los escotes y decía: ay, qué pena que yo no tengo eso. Pero siempre he aceptado bastante mi cuerpo y he estado a gusto

⁵⁸ Artículo sobre el aumento de las cirugías entre millennials accesible en: <https://smoda.elpais.com/belleza/millennials-cirugia-plastica/>

conmigo misma, bastante a gusto. En eso nunca he tenido ningún problema. [...] Yo creo que el cuerpo de cada uno es donde vives realmente y creo que hay que cuidarlo mínimamente. Y esa es la relación que tengo con mi cuerpo. –Celia, 35, Barcelona.

También Julieta, una mujer profusamente tatuada con cuello y ambas manos con piezas visibles, hace referencia a que la relación con su cuerpo ha sido siempre bastante buena, gracias a un cuidado de su cuerpo basado en la actividad física, en el *hacer* del cuerpo:

Mi relación con mi cuerpo era de puta madre, porque yo con 11 años creo que empecé a entrenar, a entrenar ahí muy duro, porque me gusta un montón hacer capoeira y la verdad que de puta madre. Super fuerte, comía un montón, y yo estando fuerte siempre he estado bien conmigo misma. [...] O sea que muy bien, mi relación con mi cuerpo nunca ha sido problemática, a lo mejor, a ver, pues me gustaría... mil cosas, pero coño, la verdad que no tengo así complejos de decir me cago en la puta... –Julieta, 33, Granada.

Cuando Julieta y yo estamos tomando una cerveza en una terraza de Granada durante la entrevista, varias mujeres se acercaron para decirle que el tatuaje de su cuello es muy bonito. Lleva una granada a color, muy sólida, que parece combinar a la perfección con su energía abierta y desbordante. Ella me refiere entonces, una vez que las mujeres se marchan, que muchas personas la tachan de sexy, aunque ella realmente se percibe más como 'marimacho'. En referencia a cómo los cuerpos tatuados suelen llamar la atención en la vía pública, Celia expresa:

Lo que sí me ha gustado mucho experimentar, pues que desde muy joven empecé a hacerme *piercings* –con los tatuajes empecé mucho más tarde–, pero siempre me ha gustado tener un aspecto que llame la atención. Me gusta llamar la atención, tanto en mi forma de ser como estéticamente, como visto... siempre me ha gustado llamar la atención. –Celia, 35, Barcelona.

En el cuaderno de campo reflexioné sobre lo que significa caminar por la calle o tomar algo en una terraza con mujeres profusamente tatuadas como yo. Al final, lo presencial permite una observación y una vivencia que lo virtual no. Anoté tras estos encuentros:

Aunque la entrevista con Celia es online y mi encuentro con Julieta fue presencial, en ambos casos percibo una energía similar, de mujeres empoderadas, fuertes. Curioso cómo tras el encuentro con ella me encuentro con Miriam también de forma presencial y vivimos igualmente una situación que hace referencia a sus tatuajes. Lo presencial aporta unos colores que no aporta lo virtual. Lo presencial nos pone en la vía pública y ahí se dan muchas de las situaciones que a mí justamente me interesan. Genial cómo caminar por la calle, el campo o tomar algo con ellas genera situaciones vinculadas a nuestros cuerpos tatuados. –Extracto del cuaderno de campo. Abril 2021.

En la misma línea, Mercedes recuerda cómo ella sí que se gustaba a sí misma, pero los discursos sociales la presionaban para encajar en el canon imperante. El enfado no se dirigía hacia ella sino hacia la sociedad, que no respetaba su imagen ni su talla:

Yo ahora es verdad que después de quedarme embarazada si que me puse... es lo máximo que yo he estado en mi vida, pero yo nunca he sido una niña delgada, ya se me ve también que yo no tengo una constitución de ser delgada. Entonces yo siempre tuve, sobre todo con la adolescencia ya primera, los 15 años, que yo estaba muy desarrollada. Yo con 15 años tenía muchísimo pecho, unas caderas así, una cintura así [señala con las manos], si, un tipo que llamaba bastante la atención. Y yo veía a mis amigas delgaditas, sin pecho, la mayoría, había algunas que no, pero la gran mayoría si. Sumemosle que además era mucho más difícil encontrar ropa en tiendas que no fuera eso, típico vestido anchito, típicas camisa anchita, un vaquero no te digo yo... Un vaquero que no tuviera elástico creo que hasta que no salieron las tallas plus size y eso ya ha sido mucho después, por ejemplo, Violeta, no los he tenido, porque a mi ni los Levis ni los Lee ni nada de eso me entraba. Teniendo yo una talla 40-42 como mucho eh, que es la talla que yo tenía. Entonces claro, yo me veía y yo decía: leche, claro, si es que yo no estoy malamente. Yo me veía en el espejo, y decía: a mi me gusta. Pero luego me iba a las tiendas y no me entraba la ropa, me comparaba con otras personas y no me acababa de gustar, entonces claro es esa cosa de bueno... si, pero no. No tenía una relación horrible, de hartarme de llorar, es la verdad, pero sí que estaba mosqueada de lo que me tocaba vivir. –Mercedes, 37, Barcelona.

Mariana explica que su cuerpo fue siempre un territorio para la experimentación estética: el maquillaje y la ropa le permitían expresarse y definirse. Como todo cuerpo durante la adolescencia, ella experimentó cambios bruscos en el peso durante el crecimiento, pero siempre supo rescatar la belleza que el espejo le devolvía mediante una coquetería que la acompaña hasta el día de hoy. Su piel se convirtió así en un territorio a explorar y disfrutar:

Pues siempre he sido muy coqueta, la verdad. Desde que era pequeña cogía el pintalabios y los pintañas, y me gustaban mucho los espejos, iba -lo sigo haciendo- mirándome por la calle en un cristal, en cualquier espejo. Es algo que me nace, y ya está. Pero claro, como muchas mujeres, desgraciadamente, tengo complejos, o hemos tenido complejos: que si estás muy gordita cuando era pequeña, o estás demasiado delgada como fue mi caso. Yo tuve una etapa cuando era pequeña que estaba muy gordita, luego de repente mi metabolismo cambió, supongo que por la forma de comer o por hacer mucho deporte, me quedé extremadamente delgada y no era un complejo pero sí que a veces pues a lo mejor, no tenía el mismo pecho que mis amigas, porque estaba muy delgada, entonces sí que he tenido complejos a lo largo de mi vida. Pero tampoco ha sido algo que me haya traumatizado. Siempre le he sacado el lado bueno: pues mira, no tengo pecho pero tengo el pelo super largo y super precioso y soy más chula que nadie, yo que sé, saqué un poquito eso, me pintaba como una puerta [ríe]. Pero desde bien pequeña, madre mía, mi madre tenía una lucha con los pintalabios y conmigo. Me gustaba mucho la imagen. Y también pintarrajearme el cuerpo, con boli, con rotuladores, con calcomanías... me gustaba. Yo veía mi piel y me gustaba. Y me sigue gustando, me cuido mucho, rollo exfoliantes, aceite y cosas naturales. Me cuido. –Mariana, 33, Murcia.

Los rituales y pequeños gestos de autocuidado para con nuestro cuerpo son importantes también para Susana (26, Granada), que destaca su cualidad terapéutica: “me gusta mucho el tratamiento de la piel y todo eso, me parece un poco terapéutico también, es como dos momentos del día, por la mañana y por la noche, para mi, que como que me relajan” (Susana). También Karla da importancia a estos momentos, que para ella van más allá de la estética, alcanzando, por ejemplo, lo culinario como un modo de conectar con su Nicaragua natal:

Creo que lo que más he tenido en control por así decirlo ha sido cuidarme con cosas sencillas como bañarme, el cuidado del pelo, la cara, ponerte crema... qué sé yo, llegas a una edad en la que hay que estar bien. Y también en temas de alimentación creo que nunca me he metido mucho en eso pero para mi ha sido bastante importante, por ejemplo alimentar mi cuerpo estando aquí [en España], he aprendido que la comida es una de esas cosas que hace que mi cuerpo se llene de cierta felicidad. Por ejemplo, si yo me siento muy mal un día y cocino, no sé, frijoles, aguacate, queso frito, plátano frito... Lo hago para animarme, como ese tipo de rituales de decir: esta es mi comida y esto me va a dar un momento de satisfacción, de felicidad, y me va a hacer sentir mejor, en cualquier día que no estoy bien, no me siento bien. –Karla, 30, Oviedo.

Para Cristina, su relación con su cuerpo fue complicada desde la adolescencia temprana. Los cambios que se esperan de los cuerpos femeninos no afectaron a su cuerpo y eso le creó complejos. De nuevo, los relatos destacan cómo es ese canon impuesto de cómo ha de ser un cuerpo femenino el que genera estas tensiones:

De más joven, la típica edad que yo creo que para nosotras es muy complicada, a lo mejor los 12-13 años, como hasta los 17, con mi cuerpo tenía una relación bastante caótica porque yo siempre di la sensación de ser muy pequeña. Tengo un cuerpo muy pequeño, tengo poco pecho, tengo poco culo, soy delgada, entonces claro de pequeña tenía menos porque yo a los 14 años, mis amigas estaban a lo mejor ya desarrolladas y de todo y yo parecía que tenía 10 años todavía. Y a mi eso me acomplejaba muchísimo. Entonces claro, también me corté el pelo, me rapé, como a los 14 años me rapé, me dejé solo un flequillo, me empecé a maquillar, me hice las dilatas, no sé qué, y claro era como raro porque yo me seguía viendo con un cuerpo muy joven pero con modificaciones que son de adulto en realidad. Entonces me empecé a ver un poco masculina y no era mi idea tampoco, entonces ahí fue un poco caótico. –Cristina, 24, Tenerife.

En el caso de Susana, los cambios en el cuerpo han determinado también una relación complicada con su corporalidad. Los tatuajes se convierten, para ella, en un elemento de referencia. La oscilación entre momentos de alta y baja autoestima es una constante que ella combate mediante la creatividad a la hora de vestir, como relatan algunas de las mujeres en los párrafos anteriores:

Mi relación con mi cuerpo siempre ha sido un poco complicada desde pequeña y... como que incluso ahora me cuesta entender la imagen que proyecto, como que disocio

un poco de mi imagen propia y vamos me sigo encontrando con problemas de ese tipo a día de hoy. Cuando pierdo mucho peso como que no entiendo muy bien cómo ha pasado y cómo soy... me pasa mucho. Y los *tattoos* para mí son eso, es muy contradictoria mi mente en eso, yo muchas veces como que pienso en eso y no me sé las respuestas, pero como que son un punto de referencia para mí en ese aspecto. Pero sí, mi relación con mi cuerpo es un poco contradictoria normalmente, o sea como que tengo momentos de muchísima autoestima y muchísima seguridad, y por ejemplo, por medio de la ropa y del estilo como que me gusta mucho expresarme, pero luego tengo momentos de muchísima vulnerabilidad y muchas inseguridades. –Susana, 26, Granada.

Para Karla (30, Oviedo) la relación con el cuerpo también ha sido “conflictiva”. En referencia al hecho de que esa relación fluctúa a lo largo del tiempo reconoce que “es un proceso que nunca termina, porque no es una cosa que es lineal” (Karla). La identidad no binaria que ella asumió un año antes de nuestro encuentro supuso un cambio de paradigma corporal:

No me gusta verlo en términos occidentales sino como una cuestión de una ancestralidad. [...]Se me viene a la cabeza lo que dicen las personas, y las mujeres sobre todo, que están haciendo, que están diciendo -que es una frase que se ha como vaciado de contenido- pero es una cosa que empezaron a decir muchas mujeres anticoloniales, decoloniales, antirracistas... que es el cuerpo territorio. Tu cuerpo como tu propio territorio, donde tenés impresas muchas cosas de lo que vos sos. No solamente es lo que vos presentás afuera, sino también lo que vos sos. un territorio que acompaña siempre, desde el momento en el que vos saliste de la panza de tu mamá y lloraste hasta el último momento en el que estás. Es un territorio donde se van dando muchas vivencias y muchas... no me gusta el lenguaje bélico, no diría batallas, pero se me queda corto, no sabría cómo decirlo. Esas experiencias que siempre atraviesan el cuerpo y comienzan en el cuerpo, sobre todo cuando sos una mujer o sos una persona no binaria, y que está también atravesada la raza, de dónde venís, la clase, por supuesto siempre... –Karla, 30, Oviedo.

Para Mónica, que ha practicado autodefensa, *kickboxing* y, actualmente, *roller derby*, su cuerpo es también un espacio para el autosabotaje. Reconoce que la relación con su corporalidad es problemática y, aunque no hace mención expresa a las presiones sociales que determinan esta relación, puede inferirse de su relato que esas tensiones tienen también una base sociocultural patriarcal, aparte de la psicológica:

Yo creo que la relación con mi cuerpo en realidad es un poco problemática, supongo que como todo el mundo, creo que será una constante en tus investigaciones, que la relación con el cuerpo propio es un poco complicada. Yo tengo como unas estructuras mentales muy rígidas y luego mi cuerpo no quiere, entonces tengo como una lucha constante entre lo que quiero hacer y luego lo que mi cuerpo quiere hacer. No hay una dicotomía tampoco mente-cuerpo, pero por simplificar ahora: es como que me encantaría y lo pienso todos los días tener una rutina, mejorar la alimentación, levantarme, hacer mi meditación de chi kung, luego hacer pilates, luego hacer cardio,

salir a correr todos los días... me encantaría, pero luego no lo hago. Y creo que también el no hacerlo es en realidad una forma de autosabotaje, porque he ido a terapia mucho y he pensado mucho sobre estas cosas y yo te cuento... creo que tengo una tendencia a buscar sentirme mal, entonces el sabotaje a través del cuerpo, el autosabotaje a través del cuerpo, es una forma de machacarme a mí misma. Es difícil, creo que en general me cuido pero no tanto me gustaría porque soy una persona irracionalmente auto exigente, entonces nunca estoy contenta con la cantidad de deporte que hago, con lo bien que como, etc. –Mónica, 33, Graz.

En definitiva, las diversas tensiones que nos atraviesan corporalmente determinan en gran medida la manera en que percibimos y vivimos nuestros cuerpos. El espejo, el autocuidado y la dificultad afloran en los relatos de las mujeres entrevistadas ejemplificando cuán compleja es la relación que establecemos con nuestros cuerpos, sobre todo en la adolescencia, cuando nuestros cuerpos sufren los mayores cambios.

5.3.8. Estética, apariencia e imagen corporales

Una sección aparte en las entrevistas realizadas merecen la estética y la apariencia en su relación con la construcción de la identidad y con el exteriorizar el cuerpo en su reverso simbólico. Aunque ya se han tratado algunos relatos que incluyen referencias a la expresión mediante la imagen corporal, a lo largo de nuestra vida, resulta importante pensar en cómo han sido nuestras elecciones estéticas, nuestra relación con la moda y con cómo nos presentamos ante el mundo en relación a nuestro género y a nuestra identidad. ¿Nos importaba, se encontraba condicionada por normas o expectativas, cómo era en la adolescencia y cómo es ahora?

Ana Belén, como socióloga y como mujer tatuada, enmarca el tatuaje dentro de una serie de prácticas que tienen como base el cuerpo. En países occidentales, al adoptar una determinada estética mediante una intervención en el cuerpo, sea ésta permanente o no, “como que ya has inaugurado tu cuerpo a la intervención plástica. Si a eso añadimos desde los colores, las cejas, las uñas, la vestimenta... El tatuaje se convierte en un elemento más, de inclusión dentro de la modernidad” (Ana Belén). En otros contextos el cuerpo también funciona como elemento de diferenciación:

Por ejemplo, en las excavaciones arqueológicas están encontrando no solo momias sino a veces cerámicas o pinturas donde se ve que iban tatuadas las mujeres, tatuados los hombres... prácticamente le otorgaba un nivel igual de importante que la indumentaria, entonces era un elemento más de diferenciación social, esto es importante, o como pasaba en sudamérica con las tribus: las dilataciones, las narigueras, la incorporación, la incrustación de piedras en los dientes... o sea que el cuerpo siempre ha sido un referente muy importante de visibilización de muchos factores. Y evidentemente la clase social en según qué civilizaciones, es el cuerpo, la indumentaria y cómo se presenta ante... –Ana Belén, 44, Madrid.

Ana Belén considera que las necesidades de diferenciación en el ser humano siguen manteniéndose. Mediante la indumentaria, las joyas o el maquillaje, la necesidad compartida de adornarnos, para diferenciarnos o para asemejarnos a un grupo de iguales, permanece intacta:

Nos diferenciamos en la calle según lo que vestimos, por eso decía antes, los chicos y las chicas de estas generaciones tan mediatizadas que a la moda y a la ropa le dan mucha importancia, el tatuaje aunque sea este *hand poke tattoo* o las uñas como Rosalía, o cualquiera de estas cosas que exhiben, se convierte en un complemento más de afirmación personal. [...] el ser humano, como colectivo y como individuo, a muchos niveles seguimos haciendo lo mismo –cambia el discurso tecnológico– porque las necesidades atávicas prácticamente son las mismas. -Ana Belén, 44, Madrid.

En este sentido, es indiscutible que los modos en que hacemos uso del cuerpo difieren en función del género, la clase o la etnicidad. Bárbara recuerda cómo el punk y, en general, las estéticas que se salen de la norma, le permitieron expresarse y demostrar de manera directa su rechazo ante los modelos de feminidad impuestos. Salirse de la norma estética (tintándose el cabello de colores, con *piercings* o con una cresta en el pelo) la empoderaba:

Yo era muy rebelde, de ahí Barbara Rebel, que en Canadá se piensan que es mi apellido de verdad, es maravilloso... Pues yo era muy punki, entré al baño con una cuchilla de afeitar, me hice cresta, todo rajas ahí en la cabeza y claro todo, pues intentaba constantemente salirme un poco de la normal. Igual que antes de ser punki, cuando tenía 12 años pues empecé a vestir con la ropa de mi padre, en plan rapera máxima, pantalones anchos, y yo: quiero ser, todo al revés, yo esto... de repente no me identifico. Y en el mundo del punk encontré mi forma de verdad de ser, porque ibas en contra de todo, era como: abajo todo, abajo todos los roles, cómo te tienes que sentir, cómo se supone que tienes que ser al ser una chica. Sobre todo el pelo, me empoderaba mucho llevar la cresta, era como: aquí estoy. Y luego empecé a hacerme *piercings* a lo loco, en plan en la ceja, el de la lengua, en el labio.. con tus amigas en el baño: ¡venga, zasca! [...] Era como que necesitabas todo el rato, constantemente, demostrar a través de tu estilo de tu cuerpo, de tu manera de que te vean... constantemente necesitaba demostrar que yo no iba a ser como ellos, ¿sabes?... no, lo siento pero no... y con la manera de vestir. –Bárbara, 37, Zaragoza.

Hablando con Julieta acerca de cómo la gente se tatúa zonas muy visibles cada vez más joven, ella también hace referencia a lo punk, a una actitud de rechazo de los modelos estéticos impuestos que explica esos usos del cuerpo que se salen del canon imperante:

Ahí influyen muchas cosas, desde la moda así un poco punk que estamos viviendo hasta una necesidad de grito social más grande que en muchos años. Tal vez si nos vamos a los 70 ocurrían cosas similares. Yo creo que van por ahí un poco los tiros, es una patada un poco en la cara de la sociedad en forma de rebeldía. Y que también está muy a la mano. Si yo llego a decirle a alguien con 19 años: ¡quiero tatuarme la cara! ¿Con 19? Me hubiesen mandado a la mierda. Yo con 19 eso ni me lo planteaba, ¿ves

tú?. Y tampoco tenía ningún colega que tuviese la cara tatuada. –Julieta, 33, Granada.

Ese mismo día, el de la entrevista con Julieta, más tarde y ya en la cama, leo a Remedios Zafra en su ensayo Frágiles: “Un ejercicio inverso a la normalización por la que el mundo se nos vuelve un fondo acostumbrado que en nada pellizca y mínimamente perturba” (Zafra, 2021, p. 10). Lo punk lo inunda todo, quiere perturbar el orden establecido, gritar sin ruido y pellizcar la normatividad impuesta.

Celia relata cómo para ella, salirse de la norma, también le ha supuesto experimentar con atributos que no suelen relacionarse con la feminidad, como la agresividad. Después de hacerse varios *piercings* ella cuenta: “cambié mi look completamente, me rapé la cabeza y me dejé el flequillo, y me gustaba tener un look más agresivo, aunque quien me conoce sabe que no lo soy” (Celia, 35, Barcelona). Aquí se observa de nuevo una tensión: la de ser prejuzgada en base a estereotipos en torno a las personas con estéticas que se salen de la norma.

Tanto Mariana como Cristina se sintieron atraídas desde niñas por estéticas ‘oscuras’ vinculadas a distintas culturas juveniles. Mariana expresa su disconformidad con ser denominada bajo etiquetas aglomeradoras o en la casilla de las ‘tribus urbanas’, término que estaba muy en uso en los años 90:

Desde los 13-14 años que empezó a gustarme como estilo de música más el rock o el heavy, me acuerdo que vestía así rollo muy oscuro, muy gótica y siempre me decían: ¿es que eres gótica? Mi respuesta siempre ha sido la misma: Yo soy Mariana, no soy gótica, ni soy rockera, ni soy motera ni soy nada. Me gusta el rocknroll, me gustan las motos, me gustan los tatuajes pero no me encasillo con ninguna tribu urbana porque no me gusta eso. Me parece que le quita personalidad a la persona cuando dices: tú eres rockero. No, tu eres perico el de los palotes y te gusta... [ríe]. ¿Sabes lo que te digo? Pero si que me gusta y me ha gustado siempre el rollo así un poco oscurillo, no me gusta la ropa de color claro, no sé por qué, yo solo me veo bien de negro [ríe]. Y bueno, el *rock and roll*, la música heavy metal, el mundo de las motos... entonces si que vas cogiendo un poquito la estética de esas corrientes pero yo siempre he intentado ser yo, aunque coja un poco de aquí, un poco de allá, crearme un poco a mi misma. –Mariana, 33, Murcia.

Sonia era “la única *emo* del instituto” donde estudiaba. Recuerda que fue “la primera que llevó septum” y que se “ponía pantalones muy rotos” (Sonia). Sus elecciones estéticas trajeron consigo comentarios, mofas y burlas por parte de algunos de sus compañeros. Eso no la frenó para seguir interesándose por las estéticas alternativas:

Cuando estaba en el instituto, cuando yo veía *tattoos* no veía *piecitas*, veía gente tatuada de forma muy extrema, haciendo *body modifications* muy extremos. En plan lo de la lengua bífida yo desde los 12-13 años quiero hacérmelo, pero no me atrevo, no por la estética pero eso lo veía y me encantaba. Lo de las orejas élficas, lo de gente haciendo suspensiones, lo llevo viendo desde que soy muy pequeña y lo normalicé por

completo, entonces nunca me ha parecido algo loco. –Sonia, 26, madrid.

Aunque para ella esas modificaciones fuesen deseables estéticamente, las reacciones negativas ante su propio cuerpo transformado probablemente hicieron que ella desechara someterse a ese tipo de intervenciones o prácticas. En el instituto la gente llegó a decirle que estaba loca al vestirse y modificarse así. Belén achaca estas reacciones negativas, extrañadas o de burla ante los cuerpos modificados a los prejuicios estéticos vinculados al cristianismo:

Yo creo que la estética hegemónica de una persona bien vestida o bien aparente sigue sin incluir los tatuajes, o al menos si los incluye, incluye cosas como muy estilizadas, chiquitas, y no es el tipo de tatus que llevo yo. Entonces hay como una parte de subversión de esto, como en lo básico. Hay también como unas ideas que tienen mucho que ver con el pensamiento cristiano de lo que es la pureza y lo limpio en el cuerpo, lo más natural posible, con esa idea de naturaleza inventada pero que se da por hecho. Como que al intervenir tu cuerpo con un tatuaje que es lo más permanente, de las cosas más permanentes con las que te puedes intervenir, a parte de operaciones más *jevi*. –Belén, 28, Barcelona.

Otro elemento común central en los relatos de algunas participantes en esta investigación es la experimentación con el maquillaje. Karla (30, Oviedo) relata cómo su madre solía salir muy arreglada a la calle, incluso para ir a comprar al supermercado ella iba “con el pico rojo”. Relata sobre su infancia: “con mis amigas del colegio, de toda la vida, no nos arreglábamos nunca, siempre íbamos como desarregladas”; también recuerda llegar a Italia, donde ambas estuvimos juntas de intercambio con el máster, “y ver así a todas las majes super arregladas” (Karla) lo que la llevó a plantearse su propia relación el maquillaje, que ahora ha resignificado desde la creatividad:

Creo que fue el año pasado, comencé a divertirme. No soy nada buena en estas cosas, o sea me ponés a dibujar y yo no sé dibujar ni un pollito, nada, esta vena artística... no me vino el talento creo yo. Entonces voy buscando cosas de hacer algo creativo, por ej todas las macetas las he pintado yo, rayas puntos cosas así ... y fue como, esas rayas y esos puntos los puedo hacer en mi cara. Tampoco es que quiera ser super pro pero puedo lo hacer. Fue una vía de conectarme con el maquillaje. Más allá de moda o estética fue una cosa como más artística. Puedo jugar y puedo jugar conmigo, son tatuajes que puedo ir poniendo y quitando constantemente. El tatuaje se queda ahí, pero el maquillaje es ese tatuaje que vos un día te podés poner los ojos en verde, con una raya azul... y la verdad es que me divertí un montón. –Karla, 30, Oviedo.

También para Susana (26, Granada) el maquillaje es una parte importante de su estética. A ella “las modificaciones en general” le parecen “interesantes” (Susana). Sus referentes estéticos son muy variados y desde pequeña le ha interesado mucho la moda. Sus elecciones no tienen tanto que ver con las tendencias cómo con ir creando su propio estilo en base a diversas referencias, que abarcan desde antiguas cantantes españolas hasta su abuela:

Con el tiempo y con las redes como que he ido descubriendo mucha maneras diferentes

de encontrar referencias y es verdad que hay muchísimos influencers que como que me flipa y cojo ideas de ellos [...] Y también por medio del cine y de la música, entonces como que tengo muchos referentes visuales que vienen de ahí. Por ejemplo, unos referentes para mi de moda ahora mismo son Las Grecas, o sea me encanta el rollo que tienen. [...] también me gusta tomar referencia a lo mejor de mi familia, usar joyas de mi abuela y eso... como que me gusta llevar cosas que en mi cabeza tienen sentido porque las estoy llevando. Pero sí, igualmente me gusta tomar referencias de todo lo que veo y me llama la atención. Todo lo que me inspire de alguna manera en ese momento, como que me gusta reflejarlo de alguna manera en lo que llevo. –Susana, 26, Granada.

Escribí en el cuaderno de campo, mientras veía la película *Lawrence Anyways* (Dolan, 2013), unas reflexiones acerca de las diferencias a la hora de mostrarnos y no tener complejos entre los hombres cis y las mujeres y las personas queer:

Es 12 de junio de 2022 y son las 6 de la tarde. Estoy viendo *Lawrence Anyways*. No sé por qué, de pronto pienso, tras una escena en que Fred aparece en la ducha desnuda, dejando que el agua le acaricie la cabeza, que he estado con muchos hombres a lo largo de mi vida y he encontrado a muy pocos que, al ser preguntados por mí por sus complejos, respondieran vulnerables, compartiendo sus debilidades y vergüenzas. No deja de resultar curioso que, en esta encuesta informal mía, ninguno haya mostrado demasiado problema con su cuerpo. El del pene minúsculo, el de la barriga dura e inmensa, el de la dermatitis en gotas que lo hacía parecer un guepardo de ciudad. Parece como si a ellos la seguridad les viniera de serie: ¿por qué avergonzarse de su cuerpo? Al fin y al cabo, sigue siendo un cuerpo masculino. No quiero que nadie se confunda: no me parece mal este modo de navegar la propia carne. Bien al contrario, desearía lo mismo para nosotres, las mujeres inseguras e infinitamente acomplejadas, les que no encajan en patrones dicotómicos de género, les que tienen reparo en mostrarse. Qué bueno sería abrirse de piernas, poseer el sofá, determinar la postura sin miedo al cómo se verá desde fuera. Qué potencia en el cuerpo siendo, simplemente, cuerpo. Esta pequeña investigación mía, que se desarrolla desde que empecé a tener encuentros íntimos en la adolescencia, arroja resultados innegables: que los tíos son más dueños de su cuerpo a todos los niveles: estético, espacial, simbólico y teatral. Hay menos límites en sus exploraciones corpóreas, tienen que pagar menos peajes, dejar escapar menos trenes. Preocuparse menos por el cuerpo en el sentido de no tener que forzarlo para acercarlo a la norma es un privilegio del que poco se habla cuyo peso alcanza los cimientos mismos de la identidad. Si no dudo de quién soy, de cómo me veo, el mundo será, irremediamente, (más) mío. Queremos el mundo también, les torcides, para nosotres. –Extracto del cuaderno de campo. Junio 2022.

Aunque los hombres cis parezcan disponer de su cuerpo en mayor libertad y nuestras elecciones estéticas estén muy marcadas por el género, también nos permiten expresarnos y experimentar de manera creativa con nuestra corporalidad. Las tensiones siguen existiendo, pero las navegamos. Negociamos nuestra imagen apropiándonos del maquillaje,

resignificando prácticas, retomando referentes invisibilizados o saltándonos los dictados de discreción y feminidad imperantes.

5.4. Lo externo: miradas, estereotipos y *tattcalling*

La percepción social y familiar de los cuerpos tatuados condiciona las vivencias corporales de las personas entrevistadas. La percepción externa resulta de gran relevancia a la hora de pensar cómo se desenvuelven en el contexto español los cuerpos tatuados: en las calles, en los ambientes laborales y familiares. Las problemáticas relacionadas con la mirada externa hacia nuestros cuerpos son amplias: desde los comentarios callejeros indeseados hasta el rechazo en el plano laboral o la sexualización. En este apartado, se recogen las narrativas que dan cuenta de estas situaciones.

5.4.1. Nos miran: La mirada externa, afilada como un puñal

Caminar por las calles de cualquier ciudad o pueblo de la geografía española puede ser, para las mujeres y los cuerpos que no encajan en la normatividad, un ejercicio de riesgo. No solo por la violencia física o sexual a la que nos enfrentamos y de la que nos toca cuidarnos (*muchas de mis amigas y yo caminamos por la ciudad de noche con gas pimienta en el bolso*), sino también porque hemos de enfrentar miradas, comentarios y piropos indeseados que hacen que nuestros usos de los espacios públicos se sean afectados de manera negativa:

De vuelta a casa camino detrás de una chica. Yo voy comiendo almendras, ella escucha música. Bajamos desde el mismo mirador hacia el barrio; está anocheciendo.

De pronto dos bicis de montaña con sendos hombres encima aparecen al final del callejón. Ella gira la esquina antes que yo, pero yo logro escuchar a uno de los ciclistas: esa era reculona eh, pero culona doble. El otro le responde riéndose ruidosamente y yo pierdo los sonidos conforme se alejan.

A fin de cuentas, se trata de esto: muchos hombres creen que tienen el derecho de andar por la vida soltando gilipolleces en voz alta, como si la calle fuera su dominio y el bienestar a las demás nos estuviera vetado.

El espacio está lleno de comentarios indeseados, miradas penetrantes y gritos insultantes. Es un incordio no poder recorrer las calles en paz, sin tener que estar expuestas a este tipo de mierdas.

Pero los cuerpos de las indeseadas estamos aquí, y tenemos voz, y cambiamos la historia. Somos volcanes, como dice Ursula K. Le Guin, y nuestra experiencia del mundo tiene la capacidad de derribar muros y abrir nuevas sendas. Que se nos oiga rugir en la noche, tanto que por fin no logremos escuchar sus palabras innecesarias e hirientes. –Extracto del cuaderno de campo. Agosto 2021.

Para la mayoría de participantes, estar en España es algo determinante en cuanto a las reacciones que observan hacia sus cuerpos tatuados. Como ya señalé al inicio de la sección de

resultados, las diferencias territoriales en los usos del tatuaje se traducen en mayor normalización y, por tanto, menor sorpresa y juicios, o en todo lo contrario en caso de que el territorio no haya estado expuesto a cuerpos tatuados en el pasado. En el caso español, la relativa juventud de las prácticas de modificación corporal explica, en parte, que la sociedad siga mostrando estupefacción o rechazo ante los cuerpos muy tatuados. Bárbara (37, Zaragoza) explica: “a mi me costó mucho hacerme los [tatuajes] visibles, vamos me costó mogollón. Y más también, yo creo, por ser España” (Bárbara).

Celia explica cómo las reacciones ante su cuerpo han ido cambiando. Ahora percibe mayor apertura y menos juicio, asociados a una mayor presencia de cuerpos tatuados, que ‘obligan’ a repensar las consideraciones negativas que antes solían pesar sobre los cuerpos modificados:

Me ha pasado que hay gente que me ha juzgado, pero luego me ha conocido y sobre todo mujeres mayores: hay que ver, yo al principio te veía así pero me he dado cuenta de que eres buena persona. Como diciéndome que antes juzgaban más a la gente tatuada pero que al conocerme a mí se han dado cuenta de que la gente así es igual de válida que... Bueno, mira, por lo menos es un paso. Pero con el tiempo me siento menos juzgada. También es verdad que intento pasar bastante. Cuando me hice el tatuaje del brazo me acuerdo que me sentía que todo el mundo me miraba. Y me sentía muy incómoda, y es algo que con el tiempo ya no me pasa. No sé si es que ya no me pasa o que yo he aprendido a pasar de eso. Puede ser que un poco de cada, que ya no me pase tanto porque la sociedad está más acostumbrada y también que yo paso un poco de las cosas. Creo que es una mezcla de las dos. –Celia, 35, Barcelona.

También Julieta relata algo similar en relación a una persona que, sin conocerla siquiera, la juzgó por el hecho de ser una mujer profusamente tatuada:

En una ocasión me llegó un comentario con una amiga además, me dijo: tía tú te crees, me han dicho que eres una gilipollas. Y yo: pero vamos a ver, ¿por qué? Y me dice: pues una que no te conoce y que te ha prejuzgado por los *tattoos*. Yo me quedé muy impresionada. Ella también se quedó muy impresionada, además es una buena amiga, me dijo: tío yo no me esperaba que alguien a estas alturas... Digo: pues yo tampoco. Y sí, pasarán esas cosas pero yo no me entero y prefiero pasar del tema. –Julieta, 33, Granada.

Claudia, tatuadora con piezas muy visibles como las de su pecho o su cuello, explica que con el paso del tiempo ha aprendido a no inmutarse demasiado ante las reacciones de la gente, principalmente como una forma de protección. No obstante, ella realiza una clara diferenciación entre la gente que la observa con curiosidad o fascinación y la que lo hace con rechazo. Ante este último tipo de mirada, ella sí que responde:

Yo la calle tengo una... mi madre me lo dice siempre, yo creo que he como desarrollado una forma de protección: No me entero. Yo lo noto, porque sientes cuando la gente te está mirando, encima en invierno todavía puedes un poco esconder, pero en verano,

cuando sales con pantalones cortitos, ya está, tengo las piernas llenas y es inevitable, que tomo el tren y el metro todos los días muchas horas y lo noto. Noto que hay gente que se queda un poco así, pero yo paso. No quiero saber si me están mirando. A veces me gusta que veo que hay como una sonrisa, o fascinación, o algo que le atrae, pero casi siempre intento no interactuar de ninguna forma porque hay gente que puede ser un poco pesada. Y me ha pasado, de contestar mal a la gente en la calle. Y le contesto, cuando siento que me están ofendiendo si que le contesto pero si son miradas intento poner una barrera y mi madre lo hace siempre: no te enteras de na, ¿has visto este cómo te miraba, has visto a la otra? Y es como, no, no lo he visto. Creo que está bien protegerse un poco también. –Claudia, 34, Barcelona.

Esta falta de afectación, resultado de los encuentros negativos con personas juiciosas o decisión a priori de no dejarnos afectar por ellos, parece irse haciendo más fuerte conforme más nos tatuamos. Al ir modificando el cuerpo cada vez de modos más “extremos” de cara a la sociedad, los juicios externos dejan de tener tanto poder sobre nosotras. Escribí, en mi muro de publicaciones de Instagram en agosto de 2021, la siguiente reflexión en torno a este tema en relación a mis propios tatuajes:

Conforme me voy tatuando más, me toca enfrentarme a muchos más juicios y señalamientos. Ya no sólo por la calle, de personas desconocidas, sino en mi propio entorno.

Cuando empecé a tatuarme, recibía muchos más comentarios positivos. Estaba bonito, gracioso o muy bien hecho. Pero cuando he ido traspasando límites -invisibles al ojo pero de colores chillones para la mente-, he dejado de recibir valoraciones positivas (a no ser que provengan de gente que también va bastante tatuada), y he tenido que empezar a lidiar con el desdén, la pena o el rechazo de algunas personas.

Creo que a algunas personas les preocupan los juicios a los que me voy a tener que enfrentar (desean protegerme), porque son conscientes de que en determinados sectores se me va a tachar de X o Y y voy a tener que pelear mucho para que se me tome en serio. A otras les da pena que esté ‘estropeando’ mi cuerpo de esta manera. A muchas lo que les pica es simplemente que yo esté haciendo uso de mi cuerpo sin tener en cuenta nada más que lo yo quiero para él, al margen de estigmas y prejuicios.

Y es curioso que cuanto más me tatúo menos me importan todas estas valoraciones. Los juicios externos me reafirman en mi deseo de hacer con mi cuerpo lo que me de la gana. ¿Por qué a algunos les asusta, disgusta o exaspera tanto que existamos personas que queramos hacer cosas con nuestro cuerpo que se salgan de la norma? ¿Por qué la falta de entendimiento se traduce en enjuiciamiento, en lugar de dar alas a preguntas sinceras sobre las realidades que desconocemos? ¿Por qué el hecho de que una haga con su cuerpo lo que desee -pienso en tatuarse pero también, por ejemplo, en practicar shibari, comer vegano o realizar prácticas sexuales que se salen de la hegemonía romántica cishetero- se lee socialmente como algo negativo?

Creo que cada vez tengo más claro que la respuesta se haya en el propio sistema. La norma está tan bien construida que nos han hecho creer que ella es lo natural, y que todo lo que brota en sus márgenes es lo errado. Es por eso que los prejuicios siguen imperando. Funcionan como tijeras afiladas dispuestas a cortar toda flor que crezca

fuera de la cerca de la normatividad.

#puntosdefuga –Publicación en mi cuenta personal de Instagram. Agosto de 2021. (Julia Amigo [@julia.amigo_]. (19 de agosto de 2021). *Conforme me voy tatuando más, me toca enfrentarme a muchos más juicios y señalamientos*. [Descripción audiovisual]. Instagram. <https://www.instagram.com/p/CSxS3EVDrg5/>)

Cristina, profusamente tatuada, con tatuajes muy visibles en cuello, manos y cara, explica cómo para ella el tatuaje sobre su ceja fue el que más le costó asimilar. No porque a ella no le gustase, sino por la cantidad de atención que comenzó a recibir a nivel de calle, por parte de desconocidos, y también porque fue consciente de que había hecho algo que seguía estando muy sancionado socialmente y también en su propia familia: sus padres no entendieron que diera el paso de modificar permanentemente su cara. Cuando se tatuó la mano, no sintió tantas reacciones, pero al tocar cuello y cara, la situación pasó a ser distinta:

Yo estoy acostumbrada ya a salir a la calle y que me vea la gente, sobre todo aquí en Tenerife, pero a lo mejor salgo con mi novio o salgo con mis amigas y me dicen: tía, no es normal cómo se te queda la gente mirando y claro, ahí sí que si me fijo me agobio un poco, porque no me gusta. Entonces claro es un poco contradictorio porque al final es como te tatúas la cara, te tatúas el cuello pero no te gusta que te miren. Ahí yo lo que hago es pasar el switch y lo trato de ignorar, pero si es verdad que el de la cara, yo tengo varios (señala varios tatuajes en su cara en distintos lugares), pero el de la ceja es con el que más he tenido conflicto porque si que es verdad que me ha chocado. Ahora a lo mejor lo llevo super bien, porque llevo fleco y tal y se me ve poco y me gusta que se vea poco. Por ejemplo cuando estoy así [con el flequillo sin tapar la parte del tatuaje sobre la ceja] me choca un poco, entonces me pongo el *flequito* y se ve muy guay. Pero ese todavía lo estoy tratando de asimilar, también es verdad que tiene poco tiempo, tiene un par de meses, pero ese fue el más complicado, fue como un: vale, ahora sí estás tatuada y ahora sí llamas la atención. Y te has tatuado de una manera que a tus padres no les gusta. Entonces ahí sí fue un poco extraño. –Cristina, 24, Tenerife.

Resulta muy reveladora esa tensión que narra Cristina entre el hecho de no querer, adrede, llamar la atención, pero tener que asumir que una, lo quiera o no, la va a llamar siempre por habitar un cuerpo que se encuentra en las periferias de la norma estética. Tanto Claudia como Cristina refieren una dualidad entre la curiosidad genuina, que ellas suelen saber manejar mejor y, en contraposición, la incomodidad que les generan las miradas penetrantes, las que sin decir palabra las juzgan o rechazan. Cristina explica cómo la solución pragmática para ella pasa por aceptar esta tensión, estas dualidades, para terminar por aceptarlas:

Yo tampoco soy una persona muy... que me agobio tantísimo por esas cosas, porque estoy acostumbrada. Yo salgo por la calle, y sinceramente ni me doy cuenta, ya llega un punto en que no me fijo. Si me fijo digo, bueno mira... Si es verdad que me pongo en la piel de la gente y pienso que si yo veo una chica, a lo mejor mis intenciones son diferentes, si yo veo una chica como me veo yo, yo miraría. Pero claro a lo mejor yo la miraría desde la curiosidad, desde el interés, yo se que la gente, la mayoría, me miran

diciendo: qué cojones. o sea que se que es muy diferente. Trato de entender que al final si yo tomé todas estas decisiones, me van a mirar, entonces tampoco puedo hacer mucho más. Trato de aceptarlo y vivir con ello, tampoco me causa muchísimo problema. –Cristina, 24, Tenerife.

En mi caso, estas miradas y comentarios me reafirman en mi deseo de modificar mi cuerpo en base a mis propios deseos. Los juicios se convierten en un recordatorio de que los cuerpos de las mujeres y todos aquellos considerados inferiores por el patriarcado, se enfrentan día tras día a este tipo de situaciones:

Paseo por la ciudad, por las mañanas, para ir a la biblioteca, porque ya he retomado el trabajo en la tesis. Por la tarde-noche, para encontrarme con amigos, despejar las ideas y refrescar el cuerpo. El caso es que, sea cuando y como sea, recibo miradas no deseadas, incómodas, a ratos paralizantes. Hay gente que llega incluso a poner palabras, en voz alta, a su desaprobación de mi cuerpo. El otro día, un señor de unos 70, por una calle peatonal del centro de Granada, al pasar por mi lado, sin cortarse un pelo: “Anda, que se creará que va bonica...uf”, me espetó mientras ponía cara de profundo asco. No dejan de sorprenderme estas reacciones sumamente viscerales a mis elecciones corporales. Aunque las sufra día sí y día también, sobre todo en verano, cuando mi cuerpo se encuentra más al descubierto, no dejan de herirme, enfurecerme, inquietarme y reafirmarme en mi deseo de hacer con mi cuerpo lo que me de la real gana. –Extracto del cuaderno de campo. Agosto 2022.

Mariana (33, Murcia) relata un escenario parecido, al que ella reaccionó preguntando directamente al hombre si le estaba hablando a ella; acto seguido él se achicó y se fue de la tienda: “Estaba en el Primark comprando ropa y de repente un tío me saltó y me dijo: madre mía, ¡cómo va esta! Al lado mío, pero fue un grito, yo creo que se enteró toda la tienda” (Mariana). Julieta (33, Granada) lleva tatuándose unos 20 años. Con ambas manos, pecho y cuello tatuados, le toca enfrentarse a miradas y comentarios continuamente. Como otras participantes, explica que intenta ‘pasar’ de ese tipo de juicios, aunque también expresa que en ocasiones le gustaría pasar desapercibida, deseo claramente vinculado a las presiones y malestares que generan las miradas y comentarios negativos:

Julia: ¿Cómo vives en tu día a día estar bastante tatuada?

Julieta: Yo por lo general, yo creo que como tampoco me relaciono así con mucha gente nueva en realidad, ahora mismo no tengo demasiada exposición a los desconocidos. también con el tema que estamos viviendo. Pero otras épocas ha sido más duro, otras épocas... ha habido rachas digamos. Y yo creo que cuanto más gente se tatúa pues más fácil es *pa* los que queremos que no se nos vea tanto en realidad [ríe]. Que no es una cuestión de: ¡eh, quiero que me miréis!

Julia: Y por ejemplo, ahora en verano: miradas, comentarios por la calle, ¿cómo reaccionas o gestionas eso?

Julietta: He tenido de todo en mi vida. He pasado muchas fases, ya te digo como llevo en realidad si lo pienso un poquito más de 20 años tatuándome, que es mucho, es decir, que es más de la mitad de mi vida, pues he vivido muchas épocas. Ahora es una época digamos dorada, tanto *pa* los artistas de *tattoo* que tienen muchísimo curro, hay muchísimos estudios que están abriendo con muchas ganas, se está renovando digamos ese panorama que había un poco añejo a su manera. Y la verdad que yo creo que también los portadores de *tattoos* nos pasa igual que el que quería ser único y exclusivo de “que es que esto lo llevo yo” pues se va a tocar la polla [ríe]. Pero a quien nos da igual o incluso lo preferimos, yo por dios, que todo el mundo se tatúe la cara, por favor. A ver si así, en mi casa no me dicen nada tampoco. [...] yo lo que quiero es que todo el mundo esté tatuado. Porque si tal vez desde ese punto de vista de cuando eres más joven y te gusta llevar esa imagen -que a mi a día de hoy me sigue gustando todavía- pero hay una parte también de eso, de tío, no me gusta tampoco que me juzguen por eso. Me gustaría a veces pues pasar desapercibida, porque yo ya he tenido la atención, ¿no?

La dualidad entre lo externo y lo íntimo sigue manifestándose también en Susana (26, Granada), que reconoce que desde pequeña ya recibía mucha atención indeseada e intrusiva por parte de hombres. Los tatuajes también se imbrican con una percepción de su cuerpo que se ha visto obstaculizada por las miradas abusivas:

Susana: La mirada externa siempre ha sido algo también muy contradictorio para mi, porque por un parte como que alguna vez me he sentido halagada por la mirada externa pero otras veces es como un poco intrusivo y con los *tattoos* también me pasa eso un poco porque, como que a veces siento como si tengo los *tattoos* que tengo como para ahuyentar a algún tipo de gente, ¿sabes?, cómo diferenciarme pero al final como que hacen que llame más la atención entonces es un poco complicado. [...] Es un tema un poco complicado porque desde muy pequeña he recibido mucha atención de hombres, como que me desarrollé muy pronto y recibía mucha atención de hombres. Pero sí pienso que la gente no me ve como yo me veo, porque ni siquiera yo sé cómo me veo, entonces como que no lo sé muy bien...

Julia: Y esa imagen, ¿crees que ha cambiado con los años?, ¿crees que hay diferencia en cómo vives esa mirada externa cuando tenías 15, que ahora, 10 años después?

Susana: Sí. Sí, creo que he avanzado mucho en ese sentido, sobre todo yo recuerdo cuando me ponía la ropa ancha, ¿no?, me la ponía como para esconderme y estaba siempre pendiente de... ¿Se me marca algo? tal... pegando tirones, ¿no? Y ahora si hago eso es como que me apetece que se me vea más, ¿sabes lo que te digo? Aunque a veces tengo como momentos de muchísima inseguridad que digo: este es mi cuerpo pues tengo 25 años, pues estoy en lo mejor que estoy y que voy a estar seguramente, si no lo enseño ahora...

En el caso de Mercedes, los tatuajes visibles en piernas, pecho y brazos se suman a una corporalidad no normativa en términos de talla. Ella reconoce que no puede distinguir a qué

se deben las miradas que la asedian, así como explicita que en Barcelona, ciudad en la que reside, sufre menos miradas o comentarios que en Sevilla. En cuanto a la percepción de su cuerpo, apunta:

Aquí se juntan dos cosas: uno, que no tengo un cuerpo normativo y, dos, que estoy tatuada. Aquí las dos cosas importan. En Barcelona la verdad, casi no me doy cuenta porque hay muchísima gente muchísimo más extrema que yo. Yo al final creo que sí, soy un poco rarita vistiendo, tampoco rarita, tengo mi rollo, pero no me visto como una mujer de 37 años al uso digamos [ríe], eso lo tengo claro. Aquí en Barcelona sí que es verdad que cuando me pongo pantalón corto sí que la gente me mira más y yo lo noto, eh, lo noto un montón. Pero claro, no sé si es por los tatuajes o por mi cuerpo, también te lo digo. Entonces ya como que no me lo planteo. –Mercedes, 37, Barcelona.

Sobre estas diferencias entre las reacciones ante su cuerpo en Barcelona o Sevilla, Mercedes relata con detalle algunas situaciones concretas que, por su transparencia, merecen especial atención:

En Sevilla es descarado, en Sevilla es una cosa taradísima, impresionante. Además en Sevilla voy en agosto normalmente que la niña no tiene colegio, y voy en pantalón corto, en vestido corto y a la gente se le van los ojos, la gente hace así, te giras hacia atrás y la gente hace así [se gira sobre su propio tronco]. Una vez iba por la calle Sierpes con mi madre con unas bermudas verdes y una camiseta blanca, es verdad que yo en aquella época tenía el pelo de colores, tenía una melena larga, de colores, hace 10 años o una cosa así, y mi madre estaba... yo iba empanada, hablando con ella, y me dice: escúchame, no me ha mirado la gente tanto en la calle Sierpes como en el día de hoy hija, se para *to* el mundo. Digo, pues no me he dado cuenta. Y ella: pues yo me estoy empezando hasta a poner colorá [ríe]. Y nada, luego me empecé a fijar más *palante* del día y es que es verdad, la gente es muy descará. Y en Sevilla yo he llegado a ir una semana santa... bueno, que esa es otra, ir en semana santa tatuada, ya las miradas no solo, ya es que giran la cabeza. Y me acuerdo de ir un domingo de ramos, era el año que me hice el tatuaje del pecho que no tenía ni el color puesto, solamente tenía la línea porque fueron tres sesiones, y llevaba un vestido escotado, normal pero escotado, y estaba con mis padres y se pone una al lado mía: bueno qué tatuaje, ¿no?, ¿y eso, cómo te has hecho eso? Pero así tal cual, ni hola ni nada. Y: no, es que, qué fuerte eh, qué grande, impresionante, no sé qué. Y tú ya no sabes: si te está mirando las tetas, si te está mirando... era el típico chavalito. Encima tienes a tu madre y a tu padre al lado que están diciendo: y este, ¿qué? Y por no ser mal educada en un momento dado, delante de mis padres, no lo mandé a la mierda, pero si llego a estar sola, yo a ese le digo un vete a la mierda pero vamos, *mu* grande, y lo mando para su casa. –Mercedes, 37, Barcelona.

Sonia, tatuadora y profusamente tatuada, expresa cómo ella, curiosamente, no siente tantas miradas sobre su mano o su cara tatuadas, pero sí sobre su pierna, tatuada en estilo neotribal lo que supone que está muy cargada de tinta negra sólida siguiendo un determinado patrón. Los comentarios y miradas son constantes, y aunque ella se resigna a recibirlos, reconoce que

es algo muy incómodo:

Cuando me hice la pierna, y esto a día de hoy a la gente le choca muchísimo la pierna, es algo que a la gente le rompe la cabeza. Y todos los veranos tengo que pasar por eso, porque claro yo en invierno voy tapada, nadie me ve y perfectamente puedo estar por la calle, pero a la mínima que me pongo una falda o un vestido es constantemente todo el mundo mirándome, todo el mundo comentando en voz alta, todo el mundo viene a hablar conmigo sobre ello... así todo el rato. [...] entiendo que gente que no haya visto nunca este estilo y de repente me vea con la pierna negra, a lo mejor le choque. Lo que pasa es que cuando voy caminando por la calle no me apetece escuchar todo el rato todo tipo de opiniones de gente que no conozco. Es un poco difícil y raro, pero bueno. –Sonia, 26, Madrid.

Sonia, que también tatúa ese tipo de estilo, utiliza los comentarios positivos para darse a conocer como tatuadora, pero reconoce que, en ocasiones, sobre todo durante los meses cálidos, cuando va más descubierta, hay momento en que no le apetece salir de casa. Hasta este punto puede llegar a ser doloroso y a afectarnos el hecho de recibir constantes atenciones indeseadas:

Yo tengo un poco de ansiedad social, pues sobre todo el choque de primavera-verano en el que ya de repente me empiezo a poner cosas cortas y veo que todo el mundo empieza a verme, y a mirarme y a decirme cosas es como que incluso me da cosa salir de casa. A veces me pasa eso. No me apetece que la gente me esté diciendo nada, porque he recibido un montón de comentarios buenos y también muy malos. Y no es que prefiero que me digan cosas buenas, no; prefiero salir a la calle y que me dejes en paz como yo te estoy dejando en paz a ti. Es un poco el pensamiento, pero bueno ahora la verdad es que, luego se me olvida, voy a lo mío, y paso mucho. Si que alguna vez habré contestado pero sobre todo porque me vienen a malas y ahí sí que... pero si me dicen algo bueno, joe, pues muchas gracias y toma mi tarjeta que yo hago esto y me sirve de publicidad. Claro, si me molestan si que contesto porque no tienes por qué molestarme, pero si me dices algo bueno pues muchas gracias y ya está. –Sonia, 26, Madrid.

Naiara, tatuadora como Sonia, reconoce que, al estar tatuada, el acoso callejero se recrudece. Para ella, la percepción tiene que ver con que un cuerpo tatuado, modificado, pasa a ser considerado un objeto, algo casi ajeno a la persona que lo habita:

Aparte del acoso callejero que llevamos encima por ser mujeres, que eso es una realidad en la que ninguna nos escapamos, o ninguna, llegamos a un punto en el que además tus ojos, o sea los ojos de la gente se centran en: mira a esa, mira tal. Y se creen con la potestad de, oye, pues puedo decirte lo que pienso sobre ti, sobre tu aspecto, porque ya eres como un objeto. Te has convertido en un objeto más que en una persona, tatuada. Realmente me tatúo por mi no porque me digas nada. –Naiara, 26, Madrid.

También en redes sociales se da este tipo de acoso. Algunos hombres se sienten con la libertad de enviarle mensajes privados para hacerle comentarios absolutamente innecesarios e

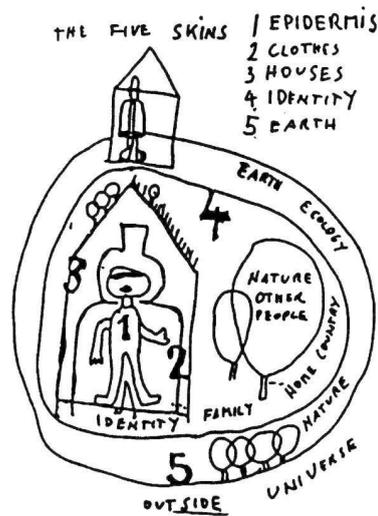
invasivos sobre su propio cuerpo. Ella resalta las diferencias entre los hombres y las mujeres que se tatúan de manera más ‘extrema’ o visible, siendo las mujeres más juzgadas por estas decisiones:

Hace relativamente poco, no sé, a lo mejor hace un par de meses, yo estaba revisando los mensajes directos porque alguna vez alguien me puede contactar para tema *tattoo* y que se haya colado por ahí, y en la lista de mensajes que te llegan, aparece uno muy llamativo en el que está diciendo como introducción, que no conocía a esa persona de nada, me está diciendo: por fin una mujer bien tatuada. Me quedé como... Pocas mujeres tatuadas has visto, normalmente son las que van bien tatuadas, porque tienen un compromiso real porque se juegan entre comillas mucho más de lo que se puede jugar un hombre. Realmente para ellos se les está permitiendo, tienen muchas más licencias, de estar tatuados y poder hacer su vida que a una mujer, porque no entra dentro de la estética actual de una mujer en la que tiene que ir impoluta, perfecta, piel blanca, no tener ni estrías ni cicatrices ni nada en su cuerpo y mucho menos tatuajes. A un hombre se le puede, se permite como estaba diciendo, que lleve un pene tatuado, qué gracioso, y lo llevan, es que lo llevan. Y que alguien te diga, oye por fin una mujer bien tatuada es como... eh, creo que las mujeres tenemos más consciencia del tatuaje y de la estética, y a la hora sobre todo de tatuarnos y de elegir que los propios hombres. No me vengas con esta chorrada tan grande, sin sentido. –Naiara, 26, Madrid.

5.4.2. Nos juzgan: Percepciones del tatuaje y el cuerpo tatuado

Después de las miradas veladas, los comentarios sibilinos y los juicios silenciosos o no, llegan los juicios. O, quizás, éstos están detrás de aquellos. En cualquier caso, las percepciones del cuerpo tatuado, sobre todo para las mujeres, son un obstáculo a muchas escalas: personal, familiar y laboral. *Mientras estaba leyendo artículos sobre las percepciones que la sociedad tiene de las mujeres profusamente tatuadas, me topé con un revelador dibujo de Hundertwasser, el polifacético artista austriaco. De un modo directo, sentí que las sanciones de las que él habla, sobre las 5 pieles del ser humano, tienen mucho que decir con respecto a lo que ocurre con las personas que modificamos abundantemente nuestro cuerpo. A fin de cuentas, así como existen normativas municipales que sancionan determinados cambios en fachadas de edificios ubicados en barrios históricos, existen normas no escritas sobre lo que una mujer o un cuerpo considerado inferior por el patriarcado puede hacer con su propia fachada: su piel. Aquí, la entrada del cuaderno de campo donde recojo la propuesta del arquitecto y artista:*

Men's five skins (Hundertwasser, 1997)



1997, 296 mm x 210 mm, Indian ink on paper

Información:

Hundertwasser concibió este dibujo para el libro "El poder del arte, Hundertwasser - El Rey Pintor con las cinco pieles" de Pierre Restany, publicado por TASCHEN Verlag en Colonia en 1998. El pictograma representa las cinco esferas en torno a las cuales giran las preocupaciones de Hundertwasser y, por tanto, los cinco capítulos del libro.

La primera piel: La epidermis

La segunda piel: La ropa

La tercera piel La casa del hombre

La cuarta piel: El entorno social y la identidad

La quinta piel: El entorno global: ecología y humanidad

"Desde que pintó su primera espiral en 1953, en el estudio de su amigo René Brô, Hundertwasser había sellado su visión del mundo y de su relación con la realidad exterior. Era una relación forjada por ósmosis, a partir de sucesivos niveles de conciencia, y concéntrica a su yo interior. El símbolo pictórico ilustraba la metáfora biológica. Para Hundertwasser, el hombre tiene tres pieles: su epidermis natural, su ropa, su casa. Cuando en 1967 y 1968 el artista pronunció su discurso "Desnudo" para proclamar el derecho del hombre a su tercera piel (la libre alteración de su casa), cumplió el ciclo ritual completo de su espiral. Reencontró su primera piel, la de su verdad original, su desnudez como hombre y pintor, despojándose de su segunda piel (su ropa) para proclamar el derecho a su tercera piel (su casa). Más tarde, después de 1972, una vez superado el gran viraje ideológico, la espiral de las principales preocupaciones de Hundertwasser comenzó a desplegarse. Su conciencia del ser se enriquece con nuevas preguntas, que exigen nuevas respuestas y suscitan nuevos compromisos. Así aparecieron las nuevas pieles que debían añadirse a la envoltura concéntrica de las tres anteriores. La cuarta piel del hombre es el entorno social (de la familia y de la nación, a través de las afinidades electivas de la amistad). La quinta piel es la planetaria, directamente relacionada con el destino de la biosfera, la calidad del aire que respiramos y el estado de la corteza terrestre que nos cobija y alimenta." (Pierre Restany, en: The Power of Art, Hundertwasser - The Painter-King with the five skins, Colonia, 1998, pp. 10-11)

Las miradas y comentarios traen consigo una serie de valoraciones sobre los cuerpos tatuados

que suelen responder a prejuicios y estereotipos heredados de un pasado fuertemente marcado por la dictadura de Franco. Los juicios ante los cuerpos tatuados se dan a todos los niveles, aunque el mayor parece seguir siendo el entorno laboral. Para Mónica, tatuada en zonas visibles (como las manos o ambos brazos, aunque no en cuello o cara), la mirada externa sigue pesando en la vida cotidiana de las personas tatuadas. Ella juega de manera consciente con su imagen: en el entorno académico, por ejemplo, elige performar cierta seriedad con la indumentaria a la vez que deja ver parte de sus tatuajes para reivindicar que se puede ser una persona seria, trabajadora, y tatuada:

En realidad no sé si es que estoy desaprendiendo o que la mirada ha cambiado y que ahora tengo otros referentes, pero yo creo que la mirada externa sigue contando. Cuando me visto para ir a trabajar a la oficina, al menos para mí, la mirada externa cuenta, quiero tener una imagen... además siendo una mujer joven, en un ámbito académico, pues quiero que se me tome en serio, entonces pues me visto con pintas de oficina, de que soy una persona seria, cuidado. [...] Igual la mirada ha cambiado pero creo que sigue contando, el qué aspecto quiero dar hacia el exterior. Y antes quería dar el aspecto de una tía dura, con la cabeza rapada, fuerte, que hace autodefensa, todo esto... con sus tatuajes, etc. y ahora, no escondo esa parte para nada, pero me pongo mi camisa y mi americana y me la subo así un poco, se ven los tatuajes y digo: pues sí, soy una mujer que ha estudiado muchísimo y que lleva tatuajes, y ¿qué pasa? Entonces la mirada externa sigue contando pero creo que va cambiando con el tiempo. –Mónica, 33, Graz.

Ana Belén, que también se desenvuelve en el ámbito académico, refiere sensaciones similares. Al principio, en sus puestos de trabajo, pone especial atención a su imagen para que la gente no la juzgue como menos seria o profesional. En su opinión, el hecho de que cada vez se vean más cuerpos tatuados en medios está ayudando a que las percepciones cambien. Aún así, todavía toca performar en ambientes laborales para conseguir la aceptación y el respeto que, de no tener un cuerpo profusamente tatuado, probablemente se conseguiría simplemente con un buen currículum:

Es curioso porque ahora viene una explosión, un boom. Académicos tatuados, hace unas semanas empezó el programa este del condensador de fluzo de la segunda, no sé si lo ves, y Sara Ruballo: pelos de colores, tatuajes... y yo decía, pero con lo que a mi me ha costado, como bien decías tú, poder asimilar mi parte académica y mi parte personal y corporal -porque yo me he tapado mis tatuajes evidentemente, yo he ido a opositar y he ido con manga larga, he ido con manga larga en verano, según en qué ámbitos evidentemente; y empiezas a destaparte cuando la gente ya te conoce, sabe que eres una profesional con una carrera determinada, con una trayectoria positiva y de relativo éxito, por los libros y demás, y cuando ya te van conociendo es cuando vas destapándote-. Entonces sigue habiendo prejuicio, pero como ahora es muy visual y los medios de comunicación lo están sacando. Eso hace que muchas chicas, en el tema del tatuaje y la mujer, que es el tema que te interesa, esa falta de seriedad que parece que aporta una mujer tatuada, encima académica, doctora, artista, y con una trayectoria

personal pues ya te digo, bastante positiva. Al final, no es que pase desapercibido, es que a la gente le da igual, entonces yo mi círculo más cercano, no me van a juzgar por mis tatuajes porque ya saben quién soy, pero sí que es verdad que ese primer paso dentro del ámbito académico, pues yo hasta que no llevé un año prácticamente no fui quitándome la chaqueta. Pero nadie te pregunta: ¡ala, ¡vas muy tatuada! Te dicen: ¡ah, pues te gustan los tatuajes! Pues sí, he sido tatuadora, tengo una tesis doctoral en modificaciones extremas. –Ana Belén, 44, Madrid.

Mara y Cristina, cuya diferencia de edad es notable y siendo las dos tatuadoras, señalan cómo la inclusión en medios de comunicación también es determinante de cara a ir normalizando la presencia de cuerpos tatuados en distintos sectores:

Ya son más personas y sobre todo gente que no solamente son deportistas, cuando está hablando por ejemplo un biólogo por televisión, está hablando un economista y le ves que va entero, con las manos tatuadas, y ves que además la cámara le enfoca y es cuando la gente empieza a pensar: pero alguien como este, que sabe tanto y ha hecho una carrera universitaria, ¿y está tatuado? Porque esto es así... pero esto lo pueden pensar los que son más viejos, no los que son más jóvenes. Los que son más jóvenes pues ya viven al día porque es lo que hay, eso no influye. –Mara, 60, Santander.

Los chicos jóvenes y chicas se tatúan con más tranquilidad, no lo tienen como: guau, esto me va a joder la vida o esto tengo que pensármelo un montón, como que lo hacen más natural. Les gusta porque les gusta y ya está, no están con la cosa... y los padres también, los padres tienen la mente mucho más abierta que antes y eso al final es quienes están educando a la generación que nos está siguiendo, entonces sí que creo que la generación que está antes de la mía a lo mejor, que tiene 20 años, va a ser gente que va a aceptar muy bien los tatuajes. Igual que nosotras, cuando seamos nosotras las que tomemos una decisión importante no nos va a importar que la persona que esté debajo tenga tatuajes. Por debajo me refiero a... cuando tienes que contratar a una persona, no pasa nada porque tenga *tattoos*. A lo mejor yo llevo y dentro de diez años llevo a 100 personas. A mi me da igual que de esas 100 personas, la una tenga dilatadas, la otra tenga cuernos... yo creo que las generaciones van a ir haciendo ayuda con eso, creo que nosotros lo vamos a ir haciendo poco a poco y creo que le estamos abriendo un buen camino a las generaciones que vienen antes, en ese sentido. –Cristina, 24, Tenerife.

Andrea (59, Valencia), tatuadora pionera en España, y su hija Andrea, de 29 años, señalaron algunas razones fundamentales de cara a entender estos prejuicios: por un lado, la presencia de cuerpos tatuados en España es mucho más reciente que en otros países europeos, y por otro, que las técnicas de selección aquí adolecen aún de grandes problemas, como el que supone tener que incluir fotografías en los currículums, lo que de entrada supone que se discrimine a gente por su aspecto físico:

Andrea: depende de quién esté en el gobierno [ríe], no sé... podría pasar, ¿por qué no? Es como, ¿qué importancia puede tener eso? Porque ya los estigmas se tienen que ir

ralentizando un poco, de pensar: ay, pues este tío como lleva tatuajes debe ser malo. Porque que te atienda una persona en el banco o en el supermercado tranquilamente con tatuajes en el cuello o a la vista totalmente pues debería de ser una cosa ya aceptada.

Andrea hija: claro, si piensas que no ven bien que pongas una foto en tu curriculum pues ya empieza por ahí. Aquí tienes que poner la foto en el currículum y ahí están juzgando por completo tu imagen, y en esos países no se ve bien si pones una foto tu curriculum no está bien visto.

Mariona (48, Bilbao) es consciente de que su cuerpo modificado visiblemente influiría sus posibilidades de ser contratada en sectores fuera del de las modificaciones corporales: “con estas orejas, pues no me van a contratar en el corte inglés de dependienta” (Mariona). Eso no significa que ella no sienta esperanza de cara al futuro, al señalar, como ya hicieran Andrea y su hija o Naiara, que con el paso del tiempo la gente que ahora es joven ocupará puestos más altos en las empresas y realizarán procesos de selección más justos. Ella coincide con la hija de Andrea en señalar el curriculum con foto como un problema de cara a las personas con corporalidades fuera de la norma:

Estaría muy bien, como están haciendo en Francia, lo de los currículums sin foto, para no saber si es hombre o mujer, incluso sin edad, para que se tenga en cuenta verdaderamente la valía y se olvide un poquito ese guante, porque al final, trabajamos encima de la piel, es cierto, la piel es el órgano más grande del cuerpo, es decir, que es el guante del alma. Me parece una expresión muy bonita. Pero que no se queden solamente en el órgano más grande, en la parte externa, ¿no? –Mariona, 48, Bilbao.

Naiara relaciona estos prejuicios con las generaciones mayores, los denominados por su generación *boomers* (las personas nacidas entre 1945 y 1965, aproximadamente), quienes aún arrastran muchos prejuicios sobre las personas tatuadas. Esa generación es, además, la que suele estar al cargo de la contratación en muchas empresas, donde aplican sus prejuicios incluso sin ser conscientes de ello. Este razonamiento serviría para explicar que, con la llegada de gente más joven a puestos de decisión y a equipos de recursos humanos, esta situación podría empezar a cambiar:

Teniendo en cuenta el contexto de la cultura española que es el borreguismo por norma y el estar cerrado de mente, aquí todavía hay muchas partes que no puedes trabajar si estás tatuado o te miran mal o se lo piensan mucho, salvo que te dediques directamente a ello, al tatuaje o a la imagen en concreto, te van a mirar como... Claro, aquí en España se ve así, en lugares donde esto se ha normalizado más, que la gente pueda tener esa pasión, ese amor por el tatuaje y que no tiene que interferir con quién eres, claro. Pero aquí hay este problema cultural de que los tatuajes eran de la cárcel, de gente de barrios bajos, gente con problemas sociales, en los que parecía una marca. [...] Ahora a día de hoy todavía se mantiene en esa memoria colectiva sobre todo de la gente boomers que es ahora mismo la que está contratando en las empresas, la gente de recursos humanos es boomer y todavía tienen esa parte de miedo y de histeria colectiva con el *tattoo*, de:

la gente tatuada cuidado con ella, mala gente, buscan problemas o tal. Cuanto más aceptación, cuanta más visibilidad hay de esto de manera más fácil se va a poder integrar en la sociedad y que no se mire a una persona tatuada con miedo, con cuidado o como esta persona realmente no quiere trabajar, solamente quiere ganar dinero para gastárselo por ahí... –Naiaira, 26, Madrid.

En referencia al entorno laboral, es relevante el caso que narro en una entrada de mi cuaderno de campo. En ella, recojo un encuentro con una amiga cercana, enfermera, y su situación en el sistema sanitario público siendo una mujer tatuada en zonas visibles, como las manos:

Estamos comiendo en Víznar juntas. Las manos de mi amiga relucen bajo el sol de mediodía, mientras agarran la cerveza o cortan delicadamente la pizza casera que hemos preparado. Sobre la superficie aterciopelada de las manos de mi amiga destacan hojas y ramas de tinta negra. Permanecen allí siempre, quietas, calmas, adornando sus miembros humanos. Aunque sus brazos están casi desnudos de tinta -exceptuando un pingüino y una jirafa en la parte alta y posterior de su brazo derecho-, sus manos reclaman miradas, cargadas de tinta y adornos vegetales que descansan sobre su piel como si siempre hubiesen estado allí, desde su nacimiento hace más de 34 años.

Elvira empieza entonces a contarme que cuando se tatuó, no tuvo demasiado miedo de cara a su futuro laboral; siendo enfermera, sabía que trabajar depende más de los puntos con que cuente en la bolsa que de su apariencia o imagen, que de hecho nadie observa antes de contratarla, pues el sistema funciona en base a méritos y los contratos se adjudican siempre por teléfono en el sistema sanitario público español. Sin embargo, cuando se le acabó su último contrato -de dos años de duración, en las urgencias de la zona costera de Granada- de pronto se sorprendió un tanto preocupada por la impresión que sus manos tatuadas fueran a generar en su nuevo entorno de trabajo, en las urgencias de un hospital de Granada ciudad. Sí que me reconoce que le inquietaba un poco el cómo la gente fuese a reaccionar, porque cuando tatuó sus manos estaba en Motril y la gente ya la conocía, ya sabía cómo era personal y profesionalmente, con lo que el efecto de tatuarse las manos no fue tan potente; sin embargo, al llegar a un lugar de trabajo nuevo sí que se planteó qué imagen iba la gente a recibir de ella y qué juicios podrían realizar sobre ella en base a ese hecho. Luego, se sorprendió al darse cuenta de que no causaron sus manos tatuadas demasiado sensación, más allá del comentario de una compañera que, mirándola con rechazo, le espetó: ¿qué apuesta has perdido para haberte tatuado eso?. También recuerda que uno de sus compañeros, médico, tiene ambos brazos tatuados.

Yo reflexiono que es algo positivo que la contratación no sea en base a una entrevista presencial para las personas tatuadas, puesto que los prejuicios que pudieran existir no tienen alcance ni posibilidad de ejercer sesgos. Lo interesante sería que, de cara al futuro, esos prejuicios no operasen tampoco aunque la selección de personal sea presencial y una persona *heavily tattooed*, con abundantes tatuajes visibles, tuviera las mismas oportunidades que una persona igual de formada y experimentada profesionalmente para el puesto X pero que no tenga ningún tatuaje visible. –Extracto del cuaderno de campo. Enero 2022.

Para Belén, trabajadora del mundo del arte y también tatuadora, la situación es distinta. A escala familiar encuentra más rechazo que en el ambiente laboral. Esto se explica porque determinados sectores –sobre todo el artístico– parecen más abiertos a las peculiaridades estéticas que sectores más conservadores como el académico o la empresa privada. No obstante, cuando sale del circuito artístico y tiene que enfrentarse a ambiente más conservadores, como los institucionales, también opta por esconder sus tatuajes en la medida de lo posible aunque en su vida cotidiana no tenga reparos en mostrarse sin velos:

Yo tengo una familia bastante conservadora. Claro que los tatuajes son una fuente de problemas, pero sí que es cierto que hemos conseguido llegar a un punto en el que... cara de asco, pero nada más. Nadie me va a empezar a echar la turra. Pero si tengo la suerte de que en el entorno laboral no me resulta problemático. Sí que creo que estando en una posición como de visibilidad, ahora como estoy en Hamaca y que hay muchas veces que te reúnes con contextos más rancios que ya no son como los artistas compañeros con los que trabajas habitualmente, sino que es... dentro de dos semanas voy a reunirme con el ministerio para no sé qué, pues no voy a ir con la camiseta de manga corta. Yo que sé si se me asoman los de las muñecas o de la mano se me ven y no me voy a poner a taparlo... Pero entiendo que no tiene porqué sumar puntos a favor llevar los tatuajes en este tipo de contextos y por tanto, si me puedo hacer más fácil ciertas conversaciones, pues mira. –Belén, 28, Barcelona.

A escala familiar, más que los rechazos, priman las faltas de comprensión. *Yo misma, cuando voy a comer a casa de mi abuela paterna en verano, me enfrento generalmente al comentario de: ¿pero por qué te haces esto, con lo bonita que eres?* Sonia explica cómo fue problemático empezar a mostrar su cuerpo modificado a su padre y su madre, que nunca terminaron de entender sus decisiones corporales:

Simplemente me lo veían y estaba más que curado a lo mejor, ya habían pasado cinco meses o así y bueno, pues primero la sorpresa, luego la charla de “por qué te haces esto y por qué, y tu cuerpo con lo bonito que es y no sé qué y no sé cuántos”, y yo: ya, pero es que la persona que quiero s... o sea, no que quiero ser, es la que soy. No es que quiera ser algo que no... es que soy esta persona. Y me quiero tatuar el cuerpo entero y en ese momento yo todavía no trabajaba del *tattoo* y entonces mis padres lo veían a lo mejor como que estaba llevando mi vida a la ruina, ¿no? Sobre todo porque yo cuando era pequeña, bueno estaba en el instituto, yo trabajaba de modelo entonces no debería hacer este tipo de cosas supuestamente, pero las hacía porque era lo que me gustaba y es que me daba igual lo de modelo, me daba igual el disgusto de mis padres y me daba igual todo. Entonces yo les decía eso, super segura: es que me da igual lo que me diga todo el mundo porque voy a acabar con todo el cuerpo y si sufrís vais a sufrir vosotros solos porque yo lo voy a hacer, me da igual. Entonces ya ahí creo que lo entendieron y más cuando ya empezó mi carrera en el *tattoo*. –Sonia, 26, Madrid.

En algunos casos, esconder los tatuajes pasa de ser una elección a convertirse en un requerimiento para poder acceder a un puesto de trabajo, como relata Susana con respecto a la hostelería:

Yo en mi trabajo actual no, pero es verdad que estuve trabajando un par de años en la hostelería y ahí sí lo he pasado muy mal porque me obligaban a taparme los tatuajes. O sea además llevábamos eventos y bodas y cosas así, y llevábamos un traje de ‘porno chacha’ real, o sea como de criada con las tetas fuera y aquí yo me ponía una tirita porque me daba todo el rollo ponerme maquillaje ahí asqueroso sudado... y el septum me lo guardaba. Conforme fui tatuándome más, intenté que fueran en las piernas porque no quería, o sea sabía que ese trabajo iba a ser temporal y que no iba a ser algo que yo hiciera siempre, pero estaba ahí y sí que me planteé eso mucho. De hecho, me acabo de acordar, la mujer del catering me hacía unos comentarios increíbles, en plan, claro porque cuando yo iba al catering iba con mi coleta, el traje, pues uniforme, pero yo iba a la oficina vestida normal, como yo iría a cualquier sitio. Y la tía me decía que no me reconocía porque siempre me veía con el uniforme tan fina y que ahora estaba así, tan... Y una vez ya lo hizo públicamente que ya fue increíble... Fui a unos cursos para formar a gente para meterlos en el catering y yo fui ahí mis horas gratis y me fui pues era en verano, con un vestido y se me veían los tatoos, y como que dijo “¿Veis a Susana? Pues cuando trabaja está irreconocible, porque vamos, no se le ven ninguno de los tatuajes esos que lleva...” Todo delante de un montón de gente y me pareció super incómodo. Sí, como allí delante de tanta gente. todos mirándome, no sé... Y como que no lo decía a bien, era como “Podéis trabajar si tenéis *tattoos*, si os los escondéis...”

–Susana, 26, Granda.

Julieta (33, Granada), diseñadora gráfica, también es consciente de que todas estas situaciones de discriminación dependen del gremio al que la persona se dedique profesionalmente. Aunque ella encontró rechazo ante sus interés por el tatuaje desde el nivel universitario, resulta interesante que en el mundo del diseño, al que se dedica ahora profesionalmente, sigue encontrando las mismas problemáticas: su cuerpo sigue siendo juzgado y estereotipado. Para ella, depende de los gremios, y, de hecho, refiere cómo en lugares como el puerto de Motril (Granada), las miradas y juicios que recibe son mucho menores. Salvando Barcelona, en su experiencia, España es un lugar poco proclive a la aceptación de los cuerpos que se salen de la norma estética, incluso en un sector vinculado a lo artístico como el suyo:

Julieta: Se relaciona con eso [rebeldía] y a veces es como un pero a la validez de tus actitudes profesionales, entonces ahí es cuando de verdad te toca el coño. Cuando dices, uf [exasperada]. Pero es cierto que yo no he tenido esa sensación nunca, excepto una vez si que tuve un problema. Y eso al final me trajo cosas buenas porque bueno, fue un problema con una persona concreta que luego nos hicimos amigos y lo he considerado un mentor de puta madre. Pero yo le presenté un trabajo que la temática era de *tattoo*, estudiando en la carrera, y él que era un profesional me dijo como que no me había esforzado. ¿Por qué? Porque mi estética era *tattoo*, mi trabajo era *tattoo*, entonces se metió desde cómo iba vestida a cómo presenté el trabajo. Yo entiendo que muchas de sus críticas tenían su parte de razón pero en qué lo basó no tenía razón. Él lo basó en el *tattoo*, entonces yo me lo tomé como un ataque directo. [...] Entonces ahí me tocaba mucho el coño, he trabajado en un bar, todos los días tenía comentarios...

Julia: ¿por estar en la rama profesional del diseño hay más apertura, no se te juzga tanto por tu imagen?

Julietta: qué va, qué va. Precisamente en la rama del gremio que estoy, yo creo que es terrible. Es terrible. Ya te digo, desde la carrera ya se me juzgó. ¿Qué provocó? Que yo también como sí estaba en un momento muy rebelde y muy *enfadá* con el sistema, con el mundo y el sistema educativo y laboral y *to*, pues yo ahí dije, ni de puta coña. ¿Qué hice? Reverberizarme más, si se puede decir [ríe]. Entonces ya dije: sí, ¿no? Pues ahora vais a tener rebelde *pa* veinte. Ahora eso sí, lo apoyé con unas notacas y con trabajos muy buenos pero hasta que no me conocieron digamos se dudó. Se dudó de mí. Entonces a no ser que haya sido una entrevista *pa* una tienda de ropa o *pa* un bar, yo siempre he dudado de cómo se me va a recibir o cómo se me va a juzgar o si al verme van a poner en duda toda esa capacidad que se y he demostrado más que de sobra que tengo. Y si, a día de hoy eso también me lo planteo, pero por otra parte oye, es que esto es lo que hay. Y coño, te vas a Alemania, te vas a tal y no pasa nada, y en España no es igual y ya no te digo en *Graná*, digo en España. El único sitio es tal vez Barcelona, donde está la cosa más guay, pero en Madrid te juzgan igual. Porque es puerto, porque es Europa en realidad, porque hay mucho arte y hay mucha alternativa, entonces yo creo que es diferente.

En este sentido, Bárbara saca a colación un tema debatido en la literatura de investigación en torno a los cuerpos tatuados: el de la discriminación positiva en determinados espacios, como el propio mundo del tatuaje o determinadas escenas underground donde el tatuaje actúa como filtro o elemento de validación. En todo caso, el machismo sigue estando presente, tanto en escenas mainstream como en espacios subculturales:

Yo siempre he tenido el debate de tatuajes, ¿excluyente o incluyente? Siempre lo he visto así porque como yo trabajaba de lunes a viernes en una oficina y el fin de semana estaba en mis colectivos y tatuaba, en el mundo del tatuaje todo el mundo me criticaba, todos los tatuadores: es que no llevas tatuajes, es que casi no llevas tatuajes, tatúate más... y en el mundo de la ofi de lunes a viernes iba super tatuada, y... fijate tú, que llevas muchos *tattoos*... entonces para mi era un *catacrook* en la cabeza, que yo decía: pero entonces, ¿en qué mundo me sitúo yo? [...] Pero igual en el mundo más antifascista, como más hardcore, punk y tal por así decirlo, en los colectivos en los que he estado, sí que es verdad que llegaba una chica nueva, por ejemplo una chica de Huelva, que había venido y se venía a un concierto porque sus amiguis de Huelva venían y se la habían traído en el coche y ya la chica pues iba tatuada y todo el mundo ya... uuuhhh. En plan, los chicos ya como: chica tatuada ya... tal. Entonces, para mi... puede ser que en muchos conciertos también te mola que vean que llevas tus tatuajes tradicionales, así como, eh... yo también, estoy aquí en la onda esta. Pero si que es verdad que en según qué ambientes te sientes fuera de lugar, te sientes todo el rato que te están mirando, pero en mi ambiente en concreto yo creo que nunca... a ver, miradas, igual, y en el mundo como yo digo, en el mundo antifascista, de izquierdas o como lo quieras llamar, que siempre pensamos que igual tenemos como un lugar más acogedor,

no, porque los *tattoo circus* son, no sé si lo sabes lo que es. Es como un día que se hacen, muchos tatuadores y tatuadoras hacen tatuajes para darle dinero a presos y se hacen en diferentes okupas en España para presos políticos, pues yo ahí, dices: jo, estoy en una okupa, estoy en un ambiente antifa, y hay chicas super tatuadas igual que se están tatuando y se les ve un poco la teta, se les ven los pelos del sobaco y ya estás viendo a los tíos ahí como: jojojo, tetas... En plan, joder, hasta en este ambiente tengo que aguantar estas cosas. Es que no estoy en la tienda del centro pijo.... uf. –Bárbara, 37, Zaragoza.

También Susana reconoce que en ocasiones el tatuaje ha actuado para ella como una especie de pase, sobre todo en ambientes alternativos. En su experiencia, estas dinámicas son tan erróneas como sus contrarias, ya que, desde el otro lado, siguen prejuizando a una persona en base a su apariencia. Ella juega con esas categorías dadas para sortear prejuicios y tensionar expectativas, lo cual es en definitiva una salida, un escape:

Muchas veces he sentido que ha servido para romper el hielo con alguien. Por ejemplo en muchos rodajes si hace muchísimo frío vas tapado a tope, pero a la hora de comer, con el solecito pues te quitas la chaqueta y todo el mundo se sorprende con los *tattoos*. Me pasa lo mismo con el septum y la mascarilla, como no se ve pues como que la gente, si te gusta, es un punto en común con lo que empezar una conversación... También el moderneo de aquí de Granada... así casposillo... pienso que van como de que son muy abiertos y luego son los más cerrados, porque están juzgando que tengo *tattoos* y que soy una persona guay. [...] La gente se cree que por tener tatuajes ya eres el más malo del mundo, pero si pienso que me gusta que eso esté primero, o sea de hecho cuando voy a ciertos sitios que a lo mejor como que consideran que los *tattoos* son poco elegantes o algo así... como que me gusta que se vea más, porque ¿por qué van a ser menos elegantes? –Susana, 26, Granada.

Miriam relata que, en su experiencia, los tatuajes también han sido un obstáculo a la hora de establecer relaciones con gente nueva que asumió que, al no tener tatuajes, no serían de su interés. *Esto es algo que a mi misma ha llegado a ocurrirme , por ejemplo, con parejas que no estaban tatuadas; llegado un momento me reconocían que no pensaban que yo fuese a fijarse en ellas por no tener tatuajes:*

Es como que si tienes *tattoos* eres de mi tribu. A mi me han llegado a decir, oye no tengo *tattoos* pero ¿puedo hablarte? [...] En Pamplona yo recuerdo que salía más, tenía otra edad y claro, yo en Pamplona era de las... chica tatuadora y de las más tatuadas. Pamplona es muy pequeño entonces yo decía, ¿por qué no se acerca algún chavalín majo? Pues si de normal son tímidos y tú como vas, pues más todavía. Y si que ves que eres distinta en ese sentido, que socialmente tienes otra aceptación, no es que seas como el rollo popular que nos han enseñado en la tele de universidad o instituto americano, es como ah, mira, el grupito de los rockeros, el grupito de los tatuados... eso sí lo he vivido yo pero vamos que si la gente se ha atrevido o se me ha acercado le he dicho, tío que me da igual que lleves *tattoos*, además es más, si eres ingeniero me interesas más, porque me vas a hablar de cosas que yo no tengo ni idea. –Miriam., 38, Granada.

Bárbara, por su parte, reconoce que empezó a tatuarse en zonas más fáciles de esconder, sobre todo por preocupaciones de cara al futuro laboral en España.

Sí. Por ejemplo yo, de codo para abajo, me los he hecho hace dos años, porque no me atrevía. Era como... eso ya si que no. No sé si algún día voy a volver a España a volver a trabajar a una oficina, porque en España el mundo del *tattoo* no está muy bien. En Canadá... yo creo que si me quedase a vivir en Canadá me tatuaría pues poco a poco progresivamente si me apeteciese todo, no tengo ningún límite de momento de nada, pero si que es verdad que aquí en España me lo he pensado siempre mucho el tema de manos y cuello y cosas visibles... cuanto menos, mejor. –Bárbara, 37, Zaragoza.

Para Celia (35, Barcelona), nacida en Granada, los tatuajes han supuesto un antes y un después para su desenvolvimiento en el entorno laboral, aunque ella expresa que su pensamiento siempre ha sido que “si trabajas bien qué importa cómo vayas” (Celia); aunque terminó mudándose a Barcelona, en parte, por esta problemática:

Vivo en Barcelona desde hace ya casi 6 años, por motivos de trabajo, relacionado un poco con lo de los tatuajes la verdad. Pues, llevaba 10 años en un pub de allí de Granada, El perro andaluz, y me echaron. Estuve dos años de extra en la sala El tren, en el bar de Eric, en un par de bares más... pero al final dije, me voy, porque no encontraba nada estable. En muchos sitios no me querían por los tatuajes. Supongo que eso ya ha ido cambiando bastante, pero que no encontraba trabajo fijo por eso. –Celia, 35, Barcelona.

Mercedes, que nació en Andalucía aunque reside en Cataluña desde hace años, coincide en esta visión de Barcelona como ciudad más abierta al turismo y, en consecuencia, a tendencias que en Europa llevan más años asentadas, como las modificaciones corporales:

Al final Barcelona es una ciudad super grande, con muchísimo turismo, aquí lleva viniendo gente de fuera millones de años [...] Entonces la gente está acostumbrada a ver muchos tipos de personas diferentes, muchos estilos diferentes y ya te acostumbras. Y que además Barcelona siempre ha sido una ciudad muy abierta y aquí han empezado muchas cosas. Yo creo que aquí la gente se tatuó mucho antes que en Sevilla por ejemplo, y ya te digo en Sevilla cuando yo era más adolescente no se veía mucho y lo que se veía era lo típico cani, vamos a decirlo así, en un momento dado. Y en Sevilla es verdad que últimamente la cosa ha cambiado mucho en ese aspecto. –Mercedes, 37, Barcelona.

Celia coincide con Mercedes y otras entrevistadas al considerar a Barcelona un lugar mucho más abierto de cara a la integración laboral de las personas profusamente tatuadas:

Aquí en Barcelona la verdad que hay una reacción mucho más diferente. Te das cuenta de que no miran en los sitios, por lo menos en los sitios que yo he estado trabajando. He estado en un bar irlandés, 3 años, y ahora llevo tres años en una peluquería porque aquí estudié peluquería. Y la verdad es que bien, no me han dicho en ningún lado... de hecho

antes del bar irlandés, tuve chiqui trabajos, en un restaurante bastante formal, también en un catering de Audi que venían a presentar un coche y ningún problema. Podías ir con tatuajes, con el pendiente, y en ningún sitio me dijeron tápate o quítate el pendiente. Aquí se nota que la gente está mucho más acostumbrada, aquí todo el mundo va tatuado. Ahora lo raro aquí sobre todo es la gente que va sin tatuar, entonces por eso está mucho más normalizado. –Celia, 35, Barcelona.

Una noche salí a tomar algo y acabé justo en el bar en el que Celia trabajó durante 10 años en Granada: El perro andaluz. Al encontrarme con una camarera que también estaba muy tatuada reflexioné sobre los espacios menos mainstream como lugares más propicios a asumir la diversidad corporal, sin que esto signifique, en ningún caso, que el machismo no siga campando a sus anchas en estos espacios:

C. me cuenta que trabajaba en ‘El perro’ y allí sus tatuajes no eran ningún problema. Esta noche veo una camarera muy tatuada, con ambos brazos y manos llenos de tinta/ En ambientes subculturales parece más fácil que se acepte un cuerpo que sale de la norma/ Al observar a la camarera, familiar aunque desconocida, me doy cuenta de que tatuarse es diferenciarse siempre. Aunque escojas un diseño manido, lo colocarás en un cuerpo único y en un lugar específico que te diferenciará de todos los demás. Como una huella dactilar. Incluso si haces *matching tattoos* con alguien, no quedarán igual en el cuerpo de cada uno. Cómo la astronauta en Elvira y en mí. Son únicas aún siendo iguales (o muy parecidas). –Extracto del cuaderno de campo. Julio 2022.

Cuando las tatuadoras deciden que van a dedicarse al mundo del tatuaje de la manera más permanente posible, parece que sí que se rompe cierta barrera de cara al tatuarse de manera visible. Saben que, formando parte del mundo del tatuaje profesionalmente, no tendrán que preocuparse de cara a lo laboral. Aún así, a lo largo de sus carreras, han sido muy conscientes de las trabas que sus cuerpos tatuados suponen de cara a determinados sectores de la sociedad. Así lo recuerdo Mariana quien, cuando empezó a tatuar, trabajaba también en correos:

Ahora ese reparo, porque soy tatuadora, me he hecho mi hueco en el mundo del tatuaje, pero antes sí que lo tenía. De hecho yo cuando empecé a tatuar trabajaba en correos, y con el uniforme se me veían los tatuajes. Evidentemente se me fueron viendo cada vez que me hacía más, porque empecé por los hombros, al principio no se me veían porque la camisa de manga corta me los tapaba, pero llegó un punto que ya me había hecho las manos y los dedos porque ya trabajaba en un estudio de tatuajes y a la vez en correos, entonces me daba un poco igual porque yo sabía que quería dedicarme al mundo del tatuaje. [...] en ocasiones he podido ser la rarilla de la oficina, o la *pintarrajeá* incluso. Algunos compañeros de forma cariñosa siempre, pero me decían *pintarrajeá*. [...] Y como no hay ninguna ley, ni ningún estatuto que te prohíba trabajar con tatuajes en esa empresa, pues yo seguí tatuándome. Alguna broma, alguna vez, un jefe que me haya podido decir: en agosto vas a venir de manga larga. –Mariana, 33, Murcia.

Las exigencias en cuanto al taparse los tatuajes, que a veces se camuflan bajo la apariencia de bromas, afectan de manera generalizada a muchas de las entrevistadas. Mercedes, en su

experiencia, expresa que también tienen un gran sesgo de género, siendo las sanciones mucho más estrictas para con las mujeres tatuadas:

Si algún día no estoy en el trabajo en el que estoy ahora, qué va a pasar conmigo. Que eso no te creas tú, que es algo que te planteas cuando empiezas a tatuarte de esta manera, porque yo vengo de eso, antes de trabajar en Apple, de estar en una zapatería que mi jefa si me veía... ya me estaba poniendo manga larga en agosto. Porque, uf, no, no, no, aquí neutros, que hay que venderle a todo el mundo, no puedes asustar a la gente. Y ella hasta el punto de asustar a la gente. Tú estás tatuada, bueno, pues como en los circos que estaba la mujer tatuada, pues tu eres un poco monstruo, estás aquí para entretener, no eres una persona seria, pero sobre todo esto del freak, que tu eres un poco freak. Bueno, pues a lo mejor no soy freak, a lo mejor soy una persona completamente normal, simplemente que me gusta el tatuaje. Precisamente la rebeldía es eso, es decir: me da igual, es que me gusta y me lo voy a hacer y ya veremos la vida. Pero en principio voy a seguir haciendo lo que me gusta, que es esto. Por qué tengo que parar de hacer esto que me gusta porque tu vayas a pensar que yo soy una freak o porque tal o porque cual. Pues no, lo siento, lo voy a hacer y punto. Yo he visto abogados completamente tatuados porque por la indumentaria se pueden tapar, no pasa nada, pero en una mujer es mucho más complejo, ya nada más que porque una mujer normal no va con una camisa larga, ni con una corbata o un traje. –Mercedes, 37, Barcelona.

En el caso concreto de las mujeres, durante mis observaciones online, me topé con un vídeo de un *youtuber* español centrado en comentar noticias y consideraciones relativas al mundo del tatuaje. En el vídeo que visualicé en concreto, él retrataba a una mujer muy tatuada, Ester Montero. Ese día, en 2022, continué visualizando vídeos suyos durante toda la tarde, y escribí un comentario final en el cuaderno de campo:

René Zz, *youtuber* y creador de contenido, español, especializado en el mundo del tatuaje. Veo dos vídeos suyos: uno en que habla de Ester Montero Lirón, tatuada con un *bodysuit* en *black out* completo. Al principio del vídeo él reconoce que no suele traer muchos casos de mujeres a su canal (al menos es sincero) y que es algo que la gente le pide; y otro en que entrevista en vídeo, cara a cara, a Black Alien, un hombre francés de 33 años, residente en Barcelona, que ha modificado todo su cuerpo hasta niveles muy extremos. Hablan de su proyecto, y él expresa que vive por su proyecto de modificación corporal. Él cuenta que cuando empieza a pensar en comenzar su proyecto, decide esperar tanto por su madre como por el trabajo. Le gusta el arte, así que así es como se acerca al mundo del tatuaje. No se arrepiente de nada porque ha hecho todo con grandes profesionales. Curioso que René le pregunta por sus “personalidades”, una de cara a la familia y el círculo íntimo, y otra para sus fans o en la calle. Curioso también que lo que responde Black Alien remite a las reacciones de la gente y no a su percepción o relación con si mismo como detonantes de los cambios en su identidad percibida. Esto confirma que es la mirada externa la que disocia y confunde, no la propia, que va adaptándose a la nueva corporalidad paulatinamente. Cuando le pregunta qué superpoder escogería, responde que la invisibilidad, para poder caminar por la calle tranquilo. Veo un tercer vídeo, en que entrevista a su tatuador Jota

Tattooer. La cámara los enfoca ambos desde abajo, recortando solo sus pies, y aparecen ambos sentados sobre sillas giratorias, con las piernas abiertas y actitud macha, sin camiseta y en bermudas. Me pregunto qué ocurriría si yo hiciera una entrevista en el mismo plan a una tatuadora. No tendríamos ni mucho menos la misma presencia, y probablemente se nos juzgaría muchísimo por aparecer sin ropa. Ellos, sin embargo, están haciendo uso de un cuerpo y un espacio que ya son suyos de partida, qué fácil...
–Extracto del cuaderno de campo. Febrero 2022.

Entre las mujeres que se dedican a la creación de contenido online, no es extraño ver testimonios y vídeos exponiendo sus propios cuerpos tatuados. En ellos, relatan cuántos tienen, qué son y qué historias hay detrás de cada uno de ellos. No obstante, muchos de ellos recogen cuerpos muy estilizados, jóvenes, blancos y con tatuajes muy determinados: suelen ser de línea fina, ‘discretos’ y no demasiado visibles. Mercedes observa que estas dinámicas también son, en cierto modo, sexistas, ya que presuponen que estilos más *bold*, sólidos o llamativos son menos ‘femeninos’:

Hay mujeres que piensan que el tatuaje es chabacano, o más que chabacano que es algo masculino, que es algo que... uy, yo eso no me lo voy a poner, o hacerse tatuajes grandes, porque si que es verdad que hay muchas chicas y esto viene mucho por las modas y obviamente yo lo veo mucho, con las influencers sobre todo lo ves, llena de tatuajes chiquititos, *to* muy chiquitito, y dice, yo me voy a tatuar pero chiquitito, algo elegante. Y yo pienso: entonces tú qué crees que lo mio es horrible, que lo mio es una chabacanería. Que prácticamente te dicen: no, no, pero que tus tatuajes son preciosos eh, yo no me los pondría, pero en ti está precioso, me encantan de verdad. Y tú dices, bueno no voy a decir nada, qué voy a responder, pero tú ya ves cómo piensan que los tatuajes grandes, los tatuajes *old school*, de línea más gruesa, son de hombre, son más masculinos y en las mujeres no queda tan bien. –Mercedes, 37, Barcelona.

Mercedes también señala que, al menos en su entorno (ella es trabajadora por cuenta ajena en Apple en Barcelona), aún cuando cada vez se ven más cuerpos tatuados, los de mujeres o personas queer siguen siendo minoría. También en el propio mundo del tatuaje; ella tiene muchas amistades, tanto en Barcelona como en Sevilla, que trabajan en estudios de tatuaje y observa cómo, aunque cada día hay más tatuadoras, ellas siguen siendo minoría. Ella, que tiene una hija, reflexiona sobre cómo para los hijos e hijas de personas tatuadas, los cuerpos diversos no van a suponer ninguna rareza, lo que a su vez abrirá las puertas a una mayor aceptación social. La problemática que esto encierra, a la que se han referido las entrevistadas con anterioridad, es que las percepciones sobre los cuerpos tatuados también tienen un componente político y de clase, lo que augura que las visiones negativas por parte de ciertos sectores sigan funcionando en el futuro:

Yo creo que mi hija ve tan natural lo de los tatuajes como puede ser tomarse un zumo de naranja, ya está. Entonces pues los críos de las personas que estamos muy tatuadas creo que a lo mejor van a ayudar un poco a normalizar esto, decir mira pues mis padres son así y yo a lo mejor no me tatúo porque no me da la gana pero es una opción más, como ponerte el pelo de un color o de otro y punto. Y no va a sonar raro. Entonces por

lo menos lo veo en mi hija, que lo ve como algo super normal. Ella no me dice nada, como ha estado siempre conmigo y su padre también va muy tatuado y su padrino es un tatuador y cuando vamos a una fiesta empiezan a hacerle dibujitos por los brazos y la tatuadora cogió un día y empezó a ponerle los sellos por aquí por los brazos, pues ya está, no pasa nada. Me dicen: bueno, es que a los 18 años ya se va a tatuar. Bueno o a lo mejor no, no le entra la vena. Y mi madre va tatuada, mi padre va tatuado pero da igual. Hablando de rebeldía, a lo mejor para ellos la rebeldía es no tatuarse. –Mercedes, 37, Barcelona.

Susana, como Mercedes, tiene lazos estrechos con personas que se dedican al mundo de las modificaciones corporales, critica que mucha gente asuma que si ella tiene interés en estas prácticas es debido a su pareja. No comprenden que una mujer puede tener esa iniciativa de manera autónoma, así que someten sus elecciones a un filtro masculino anterior:

Hay una cosa muy curiosa que era como que justificaban que yo tuviese tatuajes porque él tenía tatuajes... “Como a él le gustan, pues tú también los haces, ¿no?” Pero eso me lo han dicho familiares y todo... Es fuertísimo... Y como de decir, “claro ella los tiene por él”. No al revés, no podía ser al revés, que yo fuese la tatuadora que me ves por la calle y que más te da. –Susana, 26, Granada.

Ante todos estos testimonios, me parece interesante resaltar que entre las entrevistadas se repite mucho la pregunta, como una suerte de defensa, de: ¿a ti qué te importa?. A fin de cuentas, lo que hagamos con nuestros cuerpos es cosa nuestra. ese lema, cercano a una posible consigna feminista en una manifestación callejera, concentra todas las problemáticas que conciernen a esta investigación. También demuestra, frente a los ataques y los acosos, que, después de todo, resistimos. Karla asegura que, con el paso del tiempo, se da cuenta de que no desea ningún trabajo en que vaya a ser juzgado por cómo se vea su cuerpo. *Me parece una poderosa manera de cerrar esta sección sobre los juicios y prejuicios que aún operan sobre los cuerpos de mujeres y queer profusamente tatuados:*

Sí, los brazos. El antebrazo, ambos, los tengo no llenos, pero ya casi. Y este se ven todavía los puntos, pero me dio miedo, yo creo que en ese momento... fue tal vez un momento muy inocente, de juventud. Y dije, igual no voy a tener ningún trabajo en esta vida que no me permita ser yo. Por ejemplo, ahora sería cagada, porque si quedo en la mierda y tengo que ir a trabajar al Mercadona, no podría trabajar en Mercadona. Pero yo pensé que no quiero tener ningún trabajo donde me digan cómo me tengo que ver o cómo no me tengo que ver. Claro, siempre pensé: ¿cómo se pueden ocultar? ¿Hasta qué punto se puede ocultar si se hace en un momento necesario de nuevo?. Pero ahí fue cuando decidí hacerme un tatuaje en el brazo, en el antebrazo, y cuando yo llegué -y fue el primero que me hice aquí en España- y ya lo miraba que no fuera muy grande y le dije: igual dejemoslo un poquito ahí. Y la tipa me dejó unos puntos ahí que no tienen ni pies ni cabeza. Es un recordatorio de que me cagué. Y sí, ese fue el primero que me hice en un lugar que dije, no quiero que un trabajo o un posible futuro me impida tatuarme donde yo me quiero tatuar. Y ahí fue que me atreví. Y ahora por cuestiones de estética y de simetría tengo los dos antebrazos, no iguales,

pero sí tatuados. –Karla, 30, Oviedo.

Sexismo y misoginia confluyen con estos estereotipos y juicios sobre los cuerpos tatuados resultando en situaciones más complejas, agresiones y miradas penetrantes que los hombres cis tatuados no suelen enfrentar. Los datos muestran que esto está relacionado, en el contexto español, por un lado, con la sexualización y fetichización de los cuerpos de mujeres y personas queer tatuados y, por otro, con el problema del *catcalling*, el piropo callejero. *Cuando eres una mujer muy tatuada se llega a convertir en algo casi insoportable, sobre todo en los meses calurosos, cuando llevamos poca ropa sobre nuestra piel tatuada. Coincido con algunas de las entrevistadas cuando refieren que a veces no les apetece salir a la calle en verano.*

5.4.3. Nos sexualizan: el cuerpo invadido y el problema del *tattcalling*

En la gala de los premios Goya de la academia de cine española del año 2021, se dieron dos situaciones contemporáneamente que hicieron saltar todas mis alarmas. Por un lado, se filtraron unas terribles comentarios a una actriz trans visiblemente tatuada, mientras que, por el otro, en la alfombra roja se glamurizaba la presencia de otra actriz con un maquillaje facial muy llamativo que imitaba la apariencia de un tatuaje de estilo tribal. Al respecto de todo esto escribí en el cuaderno de campo:

Tatuajes de mentirijilla y acoso machista en la gala de los Goya

En la gala de los Goya 2021, me sorprenden dos cosas:

1. Se cuelan en el directo⁵⁹ comentarios de los periodistas que están sacando fotos en la entrada del teatro donde se van a celebrar. El tono machista es insoportable y usan palabras de todo tipo para “juzgar” a las mujeres en base a su físico. Entre los comentarios, uno hace referencia a Daniela Santiago una mujer trans que luego presentará el premio y que tiene muchos tatuajes. El periodista que sea expresa: “mira esa llena de tatuajes, esa cobra, seguro vamos...” Asociación clara entre disponibilidad sexual y mujer con muchos tatuajes.

El tipo dice: “... bueno y una que parecía un putón verbenero, toda llena de tatuajes. Digo, no sé de dónde han sacado a esta, porque te lo juro, digo esta cobra, puta, puta, o sea seguro. Qué pinta macho...” La que rompe, tiene sanciones, con connotación sexual siempre, y la amenaza siempre es la misma: la violencia, sea esta verbal, simbólica o física.

Los comentarios de mierda de los fotoperiodistas de los Goya y las mujeres tatuadas:

A. *Stop policing womens bodies*, ¡dejen de comentar y vigilar los cuerpos de las mujeres!, desde comentar la ropa, hasta los cambios de peso, la cantidad de maquillaje o los tatuajes.

B. Estos comentarios que reducen nuestra corporalidad a lo aparente, a lo estético, a

⁵⁹ Video accesible en: https://www.instagram.com/p/CMGB8DaoDVN/?utm_source=ig_web_copy_link.

lo visual, son también fundacionales para la existencia de la violencia patriarcal y machista.

Las corporalidades de mujeres y disidencias caminan por un mundo que las juzga a cada paso. Encuentro una noticia⁶⁰ que recoge la reacción de Daniela Santiago, la actriz diana de los comentarios.

Daniela Santiago se dirige con un comentario en Instagram a los autores del vídeo:

"Respecto al vídeo y los comentarios que dicen sobre mí, diré: que no soy una prostituta por llevar mi cuerpo marcado de recuerdos y vivencias que forman parte de mí, cada tatuaje que llevo cuenta una historia... un momento, un recuerdo!!!! Tan importantes en mí, que pesan más que todas las críticas que puedan hacer hacia mí por llevarlos... solo diré que lamentablemente es tan necesario el 8 M!!!! Para demostrar y pelear por nuestra dignidad !!!! Da igual a lo que te dediques!!! Yo estaba entregando un Goya y por ir tatuada soy una puta y de las que cobran caro!!! Qué vergüenza!! Que los hombres a los que defendemos y entregamos nuestro amor hablen así de nosotras!!! Sé que no todos son iguales!! Y a Dios gracias !! Pero hay mucho que cambiar !!! Hay mucho por lo que seguir peleando !!! Soy una más !!! Una que hoy siente en su piel y su corazón una decepción muy grande !!!!"

2. Presencia de una actriz con tatuajes faciales de estilo pseudo-maorí, pero falsos, usados a modo de maquillaje, lo que confirma el estatus de tendencia del tatuaje. La empresa, a la que sigo el rastro a través de un artículo⁶¹, se dedica a la comercialización y diseño de tatuajes falsos que son usados en cine, series y demás productos audiovisuales, y también venden al gran público para que sean usados a modo de adorno. –Extracto del cuaderno de campo. Febrero 2021.

En las situaciones que recogí en esa entrada del cuaderno de campo conviven dos miradas al cuerpo tatuado: una de rechazo, acoso y mofa; y otra de fetichización, apropiación y glamurización. *Aunque no estoy en contra del uso de maquillajes faciales que imitan la apariencia de un tatuaje, no deja de resultar llamativo que en eventos de esas proporciones convivan una imagen del tatuaje apreciada y celebrada con otra totalmente denostada.* En esta sección recojo las narrativas que hacen referencia a las situaciones de violencia más encarnadas, aquellas que atraviesan nuestro cuerpo y lo hieren de manera clara.

A Bárbara le ocurrió en el ginecólogo. Los comentarios totalmente gratuitos e innecesarios del médico fueron violencia, pero no fue hasta llegar a casa que ella logró dar una dimensión total a lo que había sucedido:

Te voy a contar una movida que me pasó que me quedé loca, que hasta que llegué a casa no lo supe ver, no supe reaccionar. En el ginecólogo, yo ahí abierta de piernas y va al ginecólogo y me dice: “qué tatuajes más bonitos llevas, me gustan mucho”. Y yo...

⁶⁰ Noticia accesible en:

https://www.europafm.com/noticias/famosos/terf-mujer-como-ella-sufre-machismo-javier-calvo-carga-polemico-video-gala-goya_202103086046305b9d3d150001cd6cbc.html

⁶¹ Artículo accesible en:

<https://smoda.elpais.com/belleza/los-cinco-looks-de-belleza-mas-inspiradores-de-los-goya/100420017/image/100420020>.

me quedé que dije, gracias, porque te sientes super vulnerable en esa situación, así con el coño abierto... y yo: gracias [con voz temblorosa]. Y a la que llegué a casa dije: ¿esto es en serio? Que es que es una situación de vulnerabilidad máxima, que no me puedes decir eso, que me estás viendo ahí todos los tatuajes que llevo por dentro de las piernas. –Bárbara, 37, Zaragoza.

Celia sufrió acoso en un supermercado, mientras hacía la compra. Un hombre parecía querer decirle algo y ella no dio crédito cuando, al quitarse los cascos, logró escuchar lo que tenía que decirle. Ella está convencida de que esta situación siempre tiene un cariz de género:

Yo creo que las mujeres, como en todo, siempre estamos más expuestas. Si eres un tío que va tatuado eres un malote y un chulo y un guays de la vida pero si eres una tía eres una guarra o cualquier historia así. Y si, me ha pasado varias veces, en Granada, -bueno, esto es lo más fuerte que me ha pasado- estaba en el Mercadona comprando con mis cascos tan feliz y se acerca un hombre mayor, tendría 70 años o así, y me pregunta algo. Y yo, pues me preguntará por algo del super... le digo, ¿perdone? Y dice: ¿tu madre te deja ir con esa pinta de guarra, así con todos los tatuajes? Así, super gratuito. Me puse a darle voces al tío... porque, ¿qué derecho tienes tú a venirme a decirme a mi como tengo que ir o como no? Qué poca vergüenza. –Celia, 35, Barcelona.

A Cristina la acosaba siempre el mismo hombre, desde un bar que se encontraba en su camino hacia el trabajo. La situación la llevó incluso a cambiar de ruta, hasta que decidió plantarle cara, movida también por el silencio social, la connivencia, ante el acoso:

Yo te digo solo con un ejemplo, que yo camino hacia mi trabajo, hacia mi coche, siempre por la misma vía y prácticamente todos los días había un señor que se sentaba en un bar y me gritaba algo de los tatuajes todos los días. Pero tío, que hasta cambié de ruta porque dije, es que no puede ser, hasta que ya la última vez que dije, mira no voy a cambiar de ruta por una persona que me está molestando constantemente, y la última vez que me gritó algo le grité yo. Y es una calle muy concurrida, muy muy concurrida. Es algo que a mi me pareció muy sorprendente porque dije, cómo puede ser que este señor me grite una guarrada y nadie... ¿sabes? Como que lo ignoren. Y además él siempre se sentaba en un mismo bar, que me parece lo más irresponsable del mundo no echar a ese señor de ese bar, pues nos pusimos a pegarnos gritos ahí, nos pusimos a insultarnos, la cosa se acaloró, yo me puse a gritarle también a los del bar que cómo era posible y claro, a partir de ahora es verdad que no me dice nada. Yo lo veo y yo lo reconozco, veo que me mira y se queda así como que me ve y no dice nada. –Cristina, 24, Tenerife.

El problema de los comentarios invasivos hacia los cuerpos de mujeres y personas queer tatuadas lleva años siendo objeto de intenso debate social en otros países europeos como Reino Unido. En el país se acuñó un término para definir este tipo de acoso machista: *tattcalling* (jugando con los tatuajes y el *catcalling*, el acoso verbal callejero). Bárbara, que ha sufrido este tipo de situaciones incontables veces, comparte conmigo cómo en Canadá, tanto ella como otras mujeres, disfrutan de mayor libertad al caminar por las calles con sus

tatuajes visibles:

Hay una chica, una ilustradora que ya te pasaré si quieres, una ilustración que tiene maravillosa, que es una chica haciendo así [levanta el dedo central], y pone: *Stop tattcalls*. Como lo de *catcall*, de piropo, pues *tattcalls*. Y es como: ¡dios, me lo voy a comprar en parche! Porque es verdad que en Canadá, con mogollón de chicas que he conocido, tatuadoras mexicanas, españolas, italianas... nos lo decimos todas: tía, creo que es la primera vez en años que llevo un vestido tan corto con tatuajes y es que me da igual, y nadie me ha dicho nada desde hace tres días, nadie me ha dicho nada. En España, o en México, en Italia, donde sea, dice, es que ya hubiera acabado tan harta que prefiero ponerme algo largo y ya está. –Bárbara, 37, Zaragoza.



jessicasharville

...



Imagen 9. Ilustración de Jessica Sharville (2021), Instagram⁶²

Mariana explicita que aunque todos los cuerpos profusamente tatuados siguen causando incomprensión en muchas personas ajenas al mundo del tatuaje, son los cuerpos de las mujeres los que más sufren estas valoraciones negativas:

He vivido muchas [situaciones de acoso] y las sigo viviendo. De hecho esta tarde en el Mercadona, antes de venir a casa para poner el ordenador y tal, he tenido una. Considero que aunque todavía socialmente esté -no sé si decir- mejor visto, más visto... sea más común, ¿no? Pero siempre hay gente que no tiene tan presente el mundo del

⁶² Imagen recuperada del perfil de la ilustradora Jessica Sharville el 13 de julio de 2021. Accesible en: <https://www.instagram.com/p/CPtJQLVBcr9/>

tatuaje como lo pueda tener yo o como lo puedas tener tú, o nuestro entorno, entonces claro sorprende. Sorprende ver a una mujer, bueno todavía en verano me suelen pasar muchas más cosas porque vamos más descubiertos y se nos ven más. Pero sorprendiendo y claro, hay gente que no se mueve en esos círculos y les choca. Yo creo que tanto en un hombre como en una mujer, pero sí que es más chocante una mujer. –Mariana, 33, Murcia.

Para Bárbara (37, Zaragoza), cuya pareja, un hombre, también está tatuada, la diferencia es clara. Ante los cuerpos de los hombres cis tatuados no suelen darse acosos o comentarios, mientras que ante los de las mujeres éstos son una constante:

Bárbara: Mi novio va más tatuado que yo, de que yo igual llevo más *tattoos* pero él como que los lleva más, pierna entera, así como todo zas, todo colores... y yo en pantalón corto, y la gente mirándome a mí, pero las señoras mirándome con cara de asco, de asco literal a las piernas... en plan mal. O decirme, siempre siempre siempre cosas, y por ejemplo aquí en España, mi madre me lo dice: chica, es agosto, ¿qué haces con vaqueros largos? Es que no quiero, es que una excusa más para que ya me hagan un comentario. Si llevas vaqueros cortos, seguramente te vayan a hacer un comentario, pero es que ya si llevas vaqueros cortos y tatuajes, ya tienen la excusa perfecta para señalarte. O en el gimnasio decirte: ¡jala qué *tattoo*!, o un señor delante mía mirándome todo el rato así, y yo: pero qué cojones está pasando, digo: ¿te has dejado algo en la máquina? Y el otro: no, no, es que me encantan tus tatuajes. Siempre.

Julia: ¿Notas diferencias entre las reacciones por la calle ante tu novio y ante ti?

Bárbara: Es completamente diferente, pero exagerado. Cuando voy con David, le digo: David, fíjate por favor cómo me están mirando. Y dice: es que te están mirando con asco. Sobre todo las personas mayores o los señores más de derechas y tal, es que me miran con cara de asco, de repudio. Y las abuelas que se giran y todo. Cuando yo ya pasaba de largo, le digo: ahora gírate tú la cabeza y mira atrás a ver cuántos me están mirando. Y dice: sí, es que te están mirando. Entonces claro, cuando un tío te dice: que no pasa nada si te tatúas (poniendo ella voz masculina), a ver chica que da igual que se te vean. Y yo digo, oye pues a mi me encantaría. Me encantaría pensar como tu porque con tus privilegios y con tu cuerpo nadie te va a juzgar como a mí. Igual si, a ti también te dicen cosas, pero igual te dicen un 10% y a mi me dicen un 60%. Es que eres como una diana andante. Es como, venga dime, y opina sobre mis tatuajes, claro que si, ¡joder! ... Es horrible.

Cristina está mucho más tatuada que su pareja, cuyos tatuajes permanecen en su mayoría en lugares que pueden ser cubiertos, o al menos no tan visibles como los de ella. Ella, por el contrario, con cara, cuello y manos tatuadas suele enfrentarse a mayor cantidad de reacciones. Incluso en presencia de hombres más tatuados que ella, ella recibe más atención:

A mi me ves en las manos, en la cara, en el pecho, en el cuello... entonces yo entiendo por esta parte que llame más la atención, pero si es verdad que he tenido otras parejas

que han estado mucho más tatuadas y gente que llama muchísimo la atención y cuando caminamos por la calle, aparte de que nos ve absolutamente todo el mundo porque ya es la atracción de feria máxima porque es una pareja, si noto que me miran más a mi. Pero de calle además, o sea a la gente le choca mucho más una chica tatuada que un chico. Incluso cuando voy con la... hay un chico en particular que estaba muy muy muy tatuado y llama un montón la atención porque tiene el pelo largo además, pero cuando íbamos juntos él siempre me decía: noto que nos miran mucho más que cuando estoy yo solo. Me dice: cuando estoy yo solo, me miran pero tampoco me miran tanto como me miran cuando estoy contigo. Ahí lo achaco un poco a que soy una chica y a que al final estás viendo a dos personas, y dos personas llaman más la atención. Pero al final es eso, es que ven una chica y dicen: qué cojones le pasa a esa mujer. Es lo de siempre. –Cristina, 24, Tenerife.

En la situación que narra Ohiana a continuación, la diferencia de género es transparente: antes los cuerpos tatuados de su novio y suyo, dos mujeres deciden que él se cansará de los ‘dibujitos’ de ella, que parece una ‘puta’, mientras que el cuerpo de él queda fuera de la ecuación. En su caso, las valoraciones que recibe su cuerpo quedan conectadas con esas ideas antiguas de la mujer tatuada como atracción de circo, como *freak*:

Mi novio va mucho más tatuado que yo, aunque él no sea tatuador y una vez nos pasó una cosa muy curiosa en el autobús. Que en realidad tiene relación con eso, con las mujeres tatuadas. Nos encontramos en un autobús aquí en Donosti, estábamos de vacaciones, aún no vivíamos aquí, y nos montamos en un autobús. Era verano y teníamos a dos chicas enfrente que debieron decidir que éramos guiris los dos y empezaron a despotricar. Empezaron a decir: buah, no me gusta nada, así, todo llenos de pegatinas y encima el novio, pues tú imagínate ver todos los días en la cama los mismos dibujitos. Y yo flipaba. “Y además que se tatuaban solo las putas, no sé que”. Y yo alucinando en colores diciendo no puede ser que dos chicas jóvenes, relativamente jóvenes, estén diciendo este tipo de cosas. Les dábamos horror los dos, sin discriminación. Bueno, yo era una puta y para él era la reposición de los mismos dibujitos siempre. Fue alucinante. Y no les dije nada por la paz, por la paz común, pero me quedé bastante sorprendida. –Ohiana, 36, San Sebastián.

Bárbara reflexiona en torno al hecho de que, para ella, tatuarte supone hacer de tu cuerpo un lugar más tuyo a la vez que, de cara a la sociedad, se convierte en algo más ‘público’. Algunas personas le insisten en que los tatuajes son para que se vean, para que se luzcan, aunque su opinión es totalmente contraria a esta valoración:

Perdona, no son para que se me vean, es que el cuerpo no está para que se me vea, mis piernas no están para que se me vean, mis tetas no están para que se me vean. Si tienes tetas, ¿entonces están para que se te vean? No. –Bárbara, 37, Zaragoza.

La tatuadora abunda en esa concepción del cuerpo como más público al relacionar el hecho de modificarlo visiblemente fuera de la norma corporal imperante con una mayor vulnerabilidad ante los comentarios indeseados en la esfera pública. En el caso de las mujeres

y los cuerpos queer, el tatuaje se convierte en un elemento más con el que acosara a la persona: “es un añadido, es un plus, es darle barra libre... yo creo que con los años, un poco de tema de no opines sobre el cuerpo ajeno” (Bárbara, 37, Zaragoza). Desde un taxi hasta un gimnasio, los comentarios indeseados deberían, simplemente, dejar de pronunciarse:

Es que hacerte algo visible, que esté fuera de norma... yo que sé, cualquier cosa: llevar un pantalón mega corto, o en este caso tatuarte, y tu cuerpo pasa a ser de opinión pública todo el mundo se cree en derecho de opinar, mirarte, sonreírte... los taxis mismamente, que estás en una situación que dices: joder, estoy en un taxi aquí, con un señor. Oye, pues qué chulo el tatuaje en la rodilla, eh, pues mi hija se quiere hacer un tatuaje. Miles de anécdotas. Igual sin tatuaje es lo mismo... igual sin tatuaje el señor se hubiera girado: oye pues qué pelo llevas... Si, si. Cuanto más tatuada vas, más de opinión pública te vuelves y aparte te hacen sentir así. Yo al gimnasio, al principio, llevaba mallas largas. Y cuando voy con mis amigas me pongo pantalón corto, porque es que hay días que no te apetece nada exponerte, te sientes como super vulnerable y no te apetece exponerte, es como: hoy, no me apetece. –Bárbara, 37, Zaragoza.

Celia explicita que las mujeres, en general, sufren una gran sexualización en muchas otras situaciones de la vida. El hecho de que las profusamente tatuadas sufran estas valoraciones, que las relacionan con la disponibilidad sexual, se enmarca dentro de un contexto machista, sexista y vigilante de los cuerpos de las mujeres que permite poca libertad a la hora de explorar la corporalidad:

Es la tendencia de sexualizar a la mujer haga lo que haga. Hagas lo que hagas te van a sexualizar, por eso, por el machismo que hay impuesto. Y da igual, si te tiñes el pelo de un color eres una guarra, y si no te lo tiñes también eres una guarra. Lo pongo como un ejemplo absurdo. O si llevas tal de ropa eres una guarra, si llevas tatuajes eres una guarra y si no los llevas vas a ser una guarra por otra razón. Para mi es por el machismo que hay. Hagas lo que hagas vas a ser una guarra. Está claro que es como darle, para ellos, más peso a sus argumentos. Y si que es verdad que alguna me ha pasado que hay tíos que se han creído que soy fácil porque llevo tatuajes o llevo una apariencia más extremada. Y es como... No te flipes. –Celia, 35, Barcelona.

Otra problemática muy presente en las experiencias de las entrevistadas es la de la fetichización del cuerpo tatuado, vinculada de nuevo a una sexualización impuesta. En espacios como una discoteca, el cuerpo tatuado, para los acosadores, se convierte en una excusa más para molestar e invadir la intimidad, como relata Cristina:

Para mi la peor es salir de fiesta. [...] a mis amigas a lo mejor les entraban de una manera y les entraban bastante menos, me refiero entrar como un acosador, porque al final si tú me entras de una forma normal yo digo, mira no estoy interesada pero no pasa nada. Pero si que es verdad que al final es violento, estar en una discoteca y que los hombres te estén hablando. A mis amigas a lo mejor les llegaban dos chicos, tranquilitos, pero es que a mi me llegaban a tocarme el brazo, a tocarme el cuello, a tocarme la cara, a decirme qué guapa estás, a tocarme el pelo, y es como, pero por qué

te crees que porque lleve una estética un poco diferente tienes todos estos derechos, pero derechos que no tienen ningún sentido. o sea tocarme el cuerpo, eso me parece de locos, o iniciar una conversación que a mi me interesa cero. Es como; ah, que eres tatuadora, pues yo me quiero tatuar. Y es como, estoy de fiesta, no me hables de estas cosas, no me toques, no creas que por yo estar así tienes una excusa para hablarme, es que no. o sea si yo no estuviera tatuada, no sabrías cómo entrarme, entonces no me hablarías directamente, o sea no es una excusa para que tú estés aquí... y en la calle más de lo mismo, y en redes sociales más de lo mismo. Gente que me sigue que yo se que... me escriben: me encantan tus *tattoos*. Con unos [emojiconos de] fuegos y unas cosas, que tú dices, mmm, estoy 100 por 100 segura que tienes el fetichito mítico de los hombres heteros de mujer tatuada. –Cristina, 24, Tenerife.

En los relatos recogidos aparecen referencias a tocamientos indeseados. El acoso verbal, a veces, se convierte en acoso físico cuando los hombres se atreven a tocar partes del cuerpo con la excusa de que están tatuadas. *Aunque es algo que a mí me ocurre con hombres y mujeres, que me toquen los tatuajes esperando encontrar no sé qué textura sorprendente (spoiler: la piel tiene el mismo tacto que la tuya sin tatuar), es cierto que los tocamientos de los hombres siempre generan sensaciones de mayor invasión y acoso.* En ocasiones, no es fácil poner límites a este tipo de comportamientos:

Pero si que es verdad que, grupo nuevo de amigos en los que tú estás con tu colega y te presenta a sus colegas y: oh, pero déjame ver, déjame tocar, ¿cómo se siente el brazo así tan negro? Pues como sientes el tuyo, me estás tocando, me estás molestando y esa gente no lo entiende. Hay gente que es como, pero por qué te haces esto, pero déjame tocarlo, a ver cómo se siente. Y yo diciendo, pero a dónde va esto, por qué quieres tocar, es piel, me quieres tocar a mi, no quieres tocar un tatuaje. Límites, hay veces que cuesta ponerlos porque por la situación te ves como desbordada; esa persona no me conoce, va a pensar que soy una borde, que muchas veces pues sí quiero que piensen que soy una borde pero no es mi forma de ser, normalmente soy bastante simpatiquilla. Tener que enfrentarte con una máscara de ‘soy borde, no me toques, quién eres tú, déjame en paz’. Enfrentarme así a la gente porque directamente te están atacando es como... Tengo que ponerme esta fachada de persona borde para que la gente no me acose, directamente. Si yo no soy esto. –Naiara, 26, Madrid.

También Mercedes se ha enfrentado a tocamientos indeseados. En este sentido ella relata que una vez en Barcelona alguien se acercó para hacerle un comentario; incluso en un contexto que, como venimos viendo, está más habituado a los cuerpos tatuados, se respeta a las mujeres que eligen tatuar profusamente su cuerpo:

Eso me ha pasado, ya no solamente por la calle. En Sevilla la gente es más descarada, de mirar y hablarte, pero a menos que quieran tener algo contigo como digo yo, tampoco... no me ha pasado que me digan pendenciera, o una cosa así que te pueden decir por la calle o alguna persona mayor, eso no; pero aquí en Barcelona depende de cómo en verano vas caminando por la calle y te hacen así en el hombro [se da un toque], que esto me pasó en plena plaza Cataluña: perdona, ¿quién es esa que tiene

tatuada en la pierna? Así, tal cual. Yo miro para atrás y digo: pero a ti qué te importa. Y encima me dice: hay que ver eh, qué persona más estúpida. Y digo: pero es que no te importa, vete a la mierda, déjame en paz. Bueno, bueno, tranquila, tranquila, que no te he dicho ná. Pero, ¿a esta persona qué le importa? Entonces si que me ha pasado algunas veces y yo estoy segura, y eso se lo he dicho a más de uno, que si yo soy un tío a mi nadie me hace así en el hombro [...]. Me lo dices a mi, que soy una mujer, que voy así con mi rollo, *palante*, con mis auriculares y que sabes que si te pego una hostia a lo mejor no te va a doler. –Mercedes, 37, Barcelona.

Mercedes hace referencia a algo de importancia central en este tipo de situaciones: nuestras reacciones. Ella concentra su respuesta en un complejo ‘a ti qué te importa’ que, curiosamente aparece, formulado de igual manera, en los relatos de muchas otras entrevistadas, como Julieta o Celia:

Me ha pasado más de una vez lo típico de ir por la calle y lo que decimos, los tíos tienen derecho a decirte de todo porque ellos son perfectos. Ir por la calle y: dónde vas con esos tatuajes, dónde vas... [poniendo la voz masculina, con un tono chulo]. ¿A ti qué te importa? Además yo respondo, si tú me dices algo, yo te respondo. O si te quedas mirándome así con cara de... yo te digo: qué coño miras. Te hago una foto, ¿quieres una foto o qué quieres? Me pongo de mala hostia. –Celia, 35, Barcelona.

Para Naiara, la respuesta siempre dependerá de la situación en que se encuentre. Ella es consciente de su vulnerabilidad y, de manera práctica, elige en qué combates quedarse al margen y en qué luchas dar un paso al frente:

Si te digo la verdad depende del día, porque yo hay veces que no puedo gestionar que la gente me ande parando, me ande preguntando, me ande gritando. Es como, mira llevo mis cascos, además yo no los llevo inalámbricos para que se vea en concreto que tengo el cordón, que voy con los cascos puestos, que no te voy a hacer caso. Pero hay otras veces que por circunstancias pues no llevo la música puesta, siempre voy con música vaya donde vaya aunque sea cinco minutos de camino me la pongo por si acaso porque me apetece escuchar música y por evitar comentarios o escuchar ciertos comentarios que a lo mejor de forma reaccionaria me podría meter en un problema porque a mi me ha pasado, de decir, voy sola por la calle, estoy llegando a casa y de repente: oye mira, qué bonitos tus tatuajes. Y decir: no es el momento de enfrentarme a nadie, estoy sola, es de noche, lo primero que voy a salir es corriendo. Por eso depende de la circunstancia, si yo veo que una persona evidentemente me está sacando de quicio o se está propasando más de la cuenta, sí que es verdad que hago algo si estoy en las condiciones de poder defenderme o poder tener un espacio seguro para que a mi no me pase nada. –Naiara, 26, Madrid.

También Susana expresa que sus reacciones ante las agresiones callejeras suelen variar dependiendo de la situación y el nivel de peligrosidad que ella perciba. Otra muestra más de cómo estos comentarios tienen efectos directos sobre nuestra libertad de ocupar espacios:

La verdad que no sabría decir muy bien cual es mi reacción porque como que suelo ignorarlos, como que no me gusta mucho la confrontación y es como que yo, todo comentario que yo reciba como que paso. Si es verdad que tengo un poco de imán de pillaos, les gusta mucho hablar conmigo... Cuando es un comentario así como de lejos y tal, ignoro y me voy, pero es verdad que hay veces que el pillao se te queda pegado aquí y no sabes cómo huir... y hay veces que les tengo que dar un poco de bola porque me da un poco de susto y mucha gente te pregunta de los tatuajes. Y como que si les doy algo de bola porque me da susto enfrentarme, pero suelo ignorar los comentarios sinceramente... A no ser que sea una persona a la que me vea con capacidad de decirle algo, pero normalmente no. –Susana, 26, Granada.

Para Mónica, estos comentarios y miradas hacia los cuerpos tatuados de las mujeres siempre tienen una base sociocultural, de modo que dependiendo de en qué lugar te estés moviendo y relacionando, las valoraciones hacia tu cuerpo tatuado van a ser distintas:

Me ha pasado de todas las maneras posibles, recibir comentarios. Y también es algo cultural. Depende de dónde. [...] En Japón la mirada es una, no es sexualizada precisamente, es una mirada de: ¿y esta? mmm... ¿Qué hace esta, qué ha hecho con su cuerpo, sabe lo que está haciendo? Te miran un poco así como mmm [frunciendo el ceño]. En los Balcanes, donde también he vivido un tiempo, es una cuestión muy obviamente generizada. Allí la mirada no es una mirada de deseo, es una mirada de rechazo, no formas parte de... no eres una mujer deseable. Si vas tatuada no entras dentro del cánón de lo deseable, al menos donde yo viví en Croacia, las miradas que yo recibía no eran para nada sexualizadas sino de rechazo. En otros sitios, sobre todo comentarios, ya digo, no explícitamente sexuales pero comentarios sobre el cuerpo que no los has pedido, obviamente: mira qué tatuaje más chulo, oh, cuántos tatuajes llevas, ñiñiñi... –Mónica, 33, Graz.

Esta mirada masculina es objeto de análisis en un documental⁶³ sobre las Suicide Girls de proyección argentina titulado ‘Proyecto suicida’. Las Suicide Girls son mujeres de estética alternativa que, a través de una plataforma online, exponen fotografías eróticas. Muchas de ellas están muy tatuadas y en el documental se indaga en la representación sexualizada y la falta de control que en muchas ocasiones tenemos sobre los contenidos audiovisuales en redes y cómo la *male gaze* ha definido y sigue definiendo cómo nos relacionamos con nuestro cuerpo, cómo debemos mostrarnos, posar o escondernos. Aunque las participantes que hacen referencia a las vinculaciones que alguna gente hace de ellas con el estereotipo de la Suicide girl no condenan a estas modelos, sí que critican que los hombres utilicen su figura para ser sexualizadas y acosadas. De nuevo, se difuminan los límites entre la mirada y la violencia directa:

La calle me da ya un poco igual, a estas alturas de la movida, pero bueno, te conté en su día creo desde comparaciones con pin-ups, cosa que me toca mucho el higo, porque si sabes las raíces históricas de todo esto pues bueno, tiene su lectura... De Suicide girl, no

⁶³ Documental accesible en: <https://vimeo.com/288263256>

perdona. Mil millones de gilipollices. “Te bajas y me enseñas qué tienes tatuado” [en referencia a la zona del pubis]. Entonces ahí me tocaba mucho el coño, he trabajado en un bar, todos los días tenía comentarios [...] yo me vestía *mu* punki, he ido en bragas por la vida, porque me salía a mi de mi higo, y si me decían algo pues me mosqueaba un montón [ríe]. Entonces yo lo he llevado *mu* mal esas cosas, sobre todo porque como la gente habla sin saber, que es lo que me toca el coño... ¿qué pollas te pasa? ¿Tú estás analizando lo que me dices? Me estás diciendo que eres un pajero, si lo piensas, porque me estás haciendo referencia a un tipo de porno que a mí me parece estupendo que tu lo consumas pero es que a mí no me importa lo que hagas en tu casa. Desde ese tipo de contestación... a mí esas cosas me dan mucha rabia [...] los *unga-ungas* lo utilizan como pie para ligar. –Julieta, 33, Granada.

En esta idea de promover un espacio seguro para nosotras y para las personas queer en el mundo del tatuaje, es indispensable repensar también el espacio virtual, y, en concreto, el caso de las redes sociales. En su seno, surgen también iniciativas pensadas para dar espacio a identidades diversas en la práctica del tatuaje. Así, abundan espacios para tatuadores y tatuadoras queer (@queertattooers, @queerstattooconvention) o para repensar el tatuaje tradicional de mujeres africanas en la diáspora (@thetempleofherskin).

Sobre la sexualización de nuestros cuerpos tatuados, publiqué algo en mi cuenta de Instagram en el otoño de 2020. En el escrito, reflexionaba sobre cómo, al publicar unas fotos en que yo aparecía en bikini, mucha gente había dejado de seguirme. Por otro lado, narro cómo mi cuerpo tatuado es blanco de miradas indeseadas cuando camino por la calle:

El otro día publiqué una foto en la que aparezco lamida por las olas en la playa. Alguna gente dejó de seguirme. Supongo que quedaron decepcionados: “ah, que además de escribir tiene un cuerpo sintiente de pechos gordicos, *unfollow* a esta chica tan ligera de cascos vendida al exhibicionismo vacío”.

Hoy, caminando por la calle, mi cuerpo no dejaba de ser diana de miradas de toda índole. Hace calor, así que llevo una camiseta escotada que deja ver los tatuajes de mi pecho, quedando al abrigo de las miradas los de brazos, piernas o pies (¿menos mal?). El caso es que la gente mira, mucho. Aunque es algo que aprecio después de haber vivido en los nortes de Europa (donde el contacto ocular o la mirada conscientemente dirigida hacia otrxs es casi inexistente), también tengo que decir que es incómodo de cojones.

Llega un momento en que parece que la gente se va cuchicheando el chisme y, cuando han pasado a mi lado más de veinte personas, la profundidad de las ojeadas alcanza intensidades que logran desnudarme. Es molesto.

Y no puedo obviar aquí el componente de género: soy una mujer con una camiseta roja con escote. Da igual que debajo lleve unos vaqueros que me hacen la misma silueta que una bolsa del *coviran* a una patata. O que el maquillaje brille por su ausencia. Hay carne, hay pecho, hay tinta: pues a mirar. Es verdad que las señoras pijas miran con una curiosa mezcla de fascinación y repugnancia que me divierte. Pero aparte de eso, casi todos los tíos que miran parecen estar pajeándose con las pestañas. Y en ocasiones se

dirigen a mí directamente: “qué tatuajes más guapos, guapa, mmm”, con ese tono que les sale que parece que estén apretando para cagar. Y yo por dentro vomitando. ¿Será acaso que aún funciona el estereotipo ese de mujer tatuada-mujer marrana, al que por otro lado tuvieron que enfrentarse muchas mujeres en el pasado cuando comenzaron a llenar sus cuerpos de tinta? No lo sé.

Pero qué pereza me genera a veces esta situación. Por dentro, grito: ¡qué coño me voy a tapar yo! Quizás por eso estoy investigando sobre el tatuaje occidental contemporáneo. O no. Ya ni yo lo sé bien... [#tattcalling](#) –Publicación en mi cuenta personal de Instagram. Agosto de 2021. (Julia Amigo [[@julia.amigo_](#)]). (17 de noviembre de 2020). *El otro día publiqué una foto en la que aparezco lamida por las olas en la playa. Alguna gente dejó de seguirme.* [Descripción audiovisual]. Instagram. <https://www.instagram.com/p/CHs32RrDFRw/>).

Como ya relaté anteriormente, al realizar las entrevistas presenciales en Granada, vivimos situaciones en directo sobre las que estábamos justamente reflexionando. Así ocurrió cuando entrevisté a Miriam caminando a la vera de un río en un pueblo de la Vega de Granada. Cuando estoy caminando para encontrarla, un hombre me interpela: “me dice que mi pierna se confunde con las flores. Le respondo, tonta y avergonzada como siempre que me piropean sin sentido por la calle, que gracias y él responde: las que tú tienes” (Extracto del cuaderno de campo. Mayo 2021). Durante la entrevista, conversamos sobre estos temas cuando un hombre nos interrumpe desde un caballo:

[En la grabación se escuchan las espuelas de un caballo que se acerca a nosotras. Nos interrumpen. Como estamos paseando al aire libre, paralelamente a un río, el hombre montado en el caballo al pasar junto a nosotras dice: perdona guapa, vaya tatuajes guapos que llevas. Miriam responde que gracias. Y el hombre vuelve a la carga: te has gastado un pastón en tatuajes eh... El sonido de las espuelas se va apagando en la grabación. Seguimos entonces conversando y ella murmura, riéndose: me han salido gratis la verdad.]

A lo más personal, cuando veo fotos así más jovencita que no tengo *tattoos* a veces digo, tía, digo, esa soy yo, ¿sabes? [ríe]. Porque al final es que te acostumbras, no es como... yo los *tattoos* es como que ya forman parte de ti, muchas veces voy por la calle y la gente me mira y digo, qué coño miran. Miriam, vas tatuada de tobillo a... entonces, dices vale. Los típicos comentarios, como el tío este del caballo, pues te cansan. A ver, hay peña que le sienta bien, a mi me cansan. Yo la verdad que con lo tímida que soy, o sea que no me gusta llamar la atención, que me gusta pasar desapercibida, no sé por qué me dio por tatuarme. Claro, en verano te ve mogollón la peña, y canta mucho porque, una mujer tatuada canta mucho más que un tío, eso sí que lo he visto. A lo mejor a los tíos yo creo que se atreven menos, los tíos a las tías que van tatuadas a decirle cualquier chorrada que sí se encuentran a un tío tatuado. Yo creo, que como no soy tío y voy tatuada, pero a un tío yo creo que lo asocian a macarra, a tío peligroso y tal y a las tías es dudosa moralidad, sobre todo la peña mayor. Ya con los jóvenes no te pasa, los jóvenes te miran así y dicen, ostia qué guapo, ojalá me pudiese tatuar yo así pero no

tengo un duro y tengo 18 años-20. Que dices... da ternura eso. Es como, bueno ya, ya lo harás... –Miriam, 38, Granada.

Sonia tiene una página de Only fans donde vende contenido erótico creado por ella misma. Su experiencia es distinta con respecto a estos temas. Aunque se muestra abiertamente crítica con los casos de acoso callejero, no encuentra tan problemática la presentación libre del cuerpo en redes y plataformas de suscripción. No obstante, recuerda que esto no significa que los hombres tengan carta blanca para comentar, agredir o fetichizar. Le ocurrió, eso sí, que un tatuador hombre cuestionó que, siendo feminista, tuviese una página de pago de contenido erótico. De nuevo, se juzga a una mujer por exceso o por defecto, se juzga a una mujer haga lo que haga:

Hubo un tatuador que me vino con el discurso de: ¿tú con lo feminista que eres cómo es que te haces Only fans? Así, y yo, ¿qué? Si, si, si, la típica, que es la típicísima, y yo me quedé como... ¿qué? [ríe]. ¿Qué me estás contando? Pues ¿será que soy consciente de que mi cuerpo es solo mio y que hago lo que me da la gana con él? No sé, ¿no te parece eso feminista? Pues no sé qué concepto de feminismo tienes tu. Pero bueno, sin más, un chaval. Pero es que yo soy muy natural con eso, de hecho voy al estudio y a lo mejor sueltan alguna broma de lo que sea y yo soy muy abierta de decir: ah bueno, pues si quieres -vamos a cenar o lo que sea-, y yo, pues si quieres salir conmigo yo prefiero que te suscribas a mi Only fans y me pagues... ¿sabes? En plan, lo normalizo y creo que todo el mundo, creo que les parece bien; quien no le parezca bien no lo se, pero yo hago mi vida y oye, más empoderado que eso que puedo hacer lo que me da la gana y que nadie me diga nada, pues no está mal ¿no? [ríe]. Si que es verdad que por ejemplo mucha gente en Only fans me escribe en plan: me encantan tus *tattoos*, ay, me gusta mucho verte con esos *tattoos*, no sé qué. No sé si es una forma de acercarse a mí al ser tatuadora y el interés de... no lo sé, o si realmente es el fetiche de los *tattoos*. Pero no me parece mal tener fetiches con los *tattoos*, porque yo tengo fetiches con mil otras cosas y no me gustaría que me juzgaran por eso. Pues, cada uno con sus cosas, ¿no? Y si sientes un fetiche por un arte, ostia pues me encanta que tengas ese fetiche, ¡pues disfrútalo! [ríe] –Sonia, 26, Madrid.

En la experiencia de Susana se resumen las tensiones que nos atraviesan: por un lado, al tatuarnos, tomamos control sobre nuestro cuerpo y, por otro, nos enfrentamos a una sexualización externa que condiciona la relación que establecemos con nuestra corporalidad:

La idea de tener *tattoos* en mi cuerpo me hace sentirme como dueña de mi cuerpo en el sentido de cuerpo femenino idealizado, piel uniforme... Pero creo también que por contrapartida, también hace que se sexualice más mi cuerpo. Como que puede estar en los extremos, o “qué asco que estás tatuada y no te quiero ni mirar” y por otra parte pues “¿y dónde más tienes tatuajes?”. De hecho, en el camino me he estado fijando el tipo de persona que me mira y sabes cómo te mira cada persona realmente... Y me ha hecho gracia que los más fachas son los que más guarros me miran... Es que los odias, porque al final estás sexualizando mi cuerpo porque tengo *tattoos*. –Susana, 26, Granada.

Isa, tatuadora pionera y visible y profusamente tatuada, tanto en cara como manos o pecho, utiliza su imagen poco normativa para discernir si las personas que tienen delante son capaces de ver más allá de su estética o se quedan ancladas en prejuicios y estereotipos. Ella no pretende que la gente respete necesariamente el cuerpo tatuaje, porque para ella es una vara de medir y una barrera ante un mundo que la ha juzgado duramente por sus elecciones vitales:

Ya soy mayor y tengo otro tipo de peso cuando estoy en los sitios y me he vuelto más masculina en eso. No adrede, no por ser marimacho o lo que sea, pero hay cosas que ya no dejo pasar. Y cuando llegué a este pueblo y yo estaba en un momento de buen rollo y no... tenía mi pelo normal, con pelo blanco, no hacía un esfuerzo para sacar mi plumero pero como me di cuenta que hagas lo que hagas en los pueblos así. Y [tras varias situaciones difíciles] saqué la niña de 15 años de antes y lo resolví como lo resolvía cuando tenía 15 años. Me pinté los pelos de dos colores, me puse dos zapatos de diferente color, me intento poner cosas que desde lejos los tiene calmados, que se lo piensan dos veces si me van a decir qué tengo que hacer porque obviamente no les voy a hacer caso y eso... [...] Saben que si abren la boca la van a tener. Y a veces de buen rollo eh, no siempre de competición ni de agresividad, a veces si se atreven a decirme algo, entro de buen rollo. Porque, mira ha sido valiente, ¡ha hablado con un bicho raro! ¿Entiendes? [ríe]. Entonces no me molesta, me sirve adrede, lo hago adrede y me sirve. No es que: ay, por mis tatuajes merezco respeto. No no no no no, por supuesto que no. Asustaros, panda de hipócritas, asustaros mucho. Y el que se atreva que venga a hablar conmigo y descubra un buen rollo, ¿sabes? Así es. –Isa, 56, Valencia.

Con respecto a la sexualización, Isa explicita que en su caso no se debe tanto a los tatuajes como al hecho de ser una mujer extranjera que vive una vida fuera de la norma. Eso se convierte en un pretexto para que los hombres se sientan con la potestad de atacarla. Su relato no tiene desperdicio, y hace referencia tanto a esas percepciones externas y machistas como a los mecanismos internos que hacen del tatuaje para ella una protección frente a la violencia del mundo:

A mi me sexualizan por ser una extranjera y por ir según la gente del pueblo de hippie, [...] y es muy molesto, pero no es por los tatuajes, porque si voy todo tapado y bien guay y buena persona, o si intento parecerme a un cubo de basura, sin arreglarme, es incluso peor porque se creen que... bueno, esta... Y a mi me mata, porque tengo una edad y he pasado una vida y experiencias que eso si me pone muy violenta, muy muy, dentro de mi... es que soy capaz de romper todo lo que tengo en casa porque alguien se pasa con eso. Pero no es por los tatuajes, es porque soy mujer, porque soy vieja, porque soy extranjera y porque no bajo de un Mercedes, aunque mi coche tampoco está tan mal [ríe]. Y no soy alguien que *parla valenciá* y que ha nacido en el Poble, me tratan como una puta, pero una miserable, ni siquiera alguien que cobra bien, ¿me entiendes? Y eso me jode, vamos, no sé cómo no... El otro día le metí un guantazo a un tío que me intentó dar un beso en la puerta de mi casa. Digo, pero eso ¿qué mierda es en mi vida? En todos los sitios donde he *viajao*. En la India y en *tos laos*. Y este imbécil, le tuve

que meter un guantazo, porque me agarró detrás de la persiana de mi puerta y alucino. Y me baja la estima y digo: qué clase de mierda soy en este mundo. Pero no tiene nada que ver con los tatuajes. Es ser mujer hoy día. Que en mis tiempos, ¿ves? Era muy raro que eso pasara. Porque en mis tiempos pensarían, esa mujer tiene que tener algún hermano, padre, tío, novio... escondido o lo que sea que me corta el cuello si me paso, en mis tiempos. Aún había una especie de cuidado. Que te dijeran un piropo vale, pues bueno, pero hoy en día los piropos son políticamente incorrectos pero el resto de la historia es mucho peor. Entonces... Pero nada que ver con el tatuaje. El tatuaje es mi burka, como... de verdad, es como mi burka. Cuando dicen, vale un burka se lleva cuando quieres, no cuando te lo obligan, y mi tatuaje es mi arnés, eso... mi traje de hierro. Justamente para tenerlos a raya a todos esos imbéciles, con perdón. –Isa, 56, Valencia.

Como tatuadoras, las tensiones se intensifican. También en el plano laboral, se valora a las mujeres por el físico, cosificando su corporalidad y vinculándola al éxito, menospreciando las capacidades artísticas de estas mujeres al margen de su imagen:

Importa muchísimo cómo sea tu cara para hacerte un *tattoo* en el tobillo, no sé por qué. Cosas que para mi no tienen ningún sentido. Tu éxito es cuestionable según tu anatomía, en plan, si tienes éxito siento tatuadora y eres guapísima... ah, es que tienes éxito porque eres guapísima no porque seas buena. O si tienes una anatomía que a lo mejor no es espectacular pues lo tienes más difícil. ¿Por qué? No lo entiendo. Y todo eso me tiene muy decepcionada, porque esto sí que lo considero como el mundillo del *tattoo*. Pero no considero que sea la representación del *tattoo* porque el *tattoo* para mi como te he dicho antes no es un movimiento, sino es una técnica. –Sonia, 26, Madrid.

En referencia a este tema, también se juzga de manera más contundente a las tatuadoras que suben fotos tuyas a redes sociales, tachándolas de narcisistas. De nuevo, aparece en estos relatos la imposibilidad de ser, el juicio constante ante cualquier movimiento vital:

Fíjate que un tío que sube fotos tuyas al perfil no pasa nada, pero si eres tía y subes fotos tuyas al perfil... es que estás queriendo clientes porque eres mujer y porque estás enseñando. Eso a mogollón de amigas mías que son tatuadoras se lo han dicho, hasta novios tatuadores: oye es que pareces que quieres clientes o tal. Entonces cómo vas a llegar en esta mierda de mundo del tatuaje de señores y les vas a decir: oye es que este tatuador... porque entre ellos ya son colegas... –Bárbara, 37, Zaragoza.

Estas miradas nos influyen, pero en ningún caso nos determinan. Aunque en ocasiones, sobre todo cuando estamos empezando a tatuar zonas más grandes del cuerpo, elegimos diseños de tamaños más pequeños o zonas a tatuar menos visibles, lo destacable de los relatos es que llega un momento en que se traspasa una barrera invisible que nos hace sentir menos influencia externa. En este apartado he analizado cómo la mirada externa y las percepciones sobre nuestro cuerpo desembocan en violencias simbólicas de diverso tipo que impactan

sobre nuestros cuerpos y nuestras vidas. Pero, sobre todo, rescato la resistencia tras estas problemáticas: incluso teniendo que enfrentar dificultades, todas decidimos negociar nuestra corporalidad desde la agencia y la creatividad.

Frente a estas problemáticas sociales, conviene comenzar a pensar en las motivaciones reales que nos llevan a tatuarnos. Nos tatuamos por diversos motivos, según nuestros propios entendimientos del tatuaje: si lo entendemos como escritura, nuestro cuerpo es un diario (como en el caso de Mariana), si lo entendemos como herramienta de construcción corporal, nuestro cuerpo transgrede la normatividad y la feminidad tradicional (como en el caso de Mónica), etc.

Para mí, el tatuaje es una puerta a la exploración de mi carnalidad con implicaciones identitarias profundas:

¿Es el tatuaje un disfraz permanente?

Los tatuajes no forman parte de un disfraz. No son un atributo estético de quita y pon. Sin embargo, promueven un cuestionamiento identitario similar al que genera el uso del disfraz: revisten la piel de algo que es ajeno a la naturaleza puramente animal -fisiológica- de nuestra superficie dérmica. Los tatuajes te exponen a la extrañeza ajena, a la curiosidad rampante y a las miradas fascinadas, aunque también lascivas o asqueadas.

Como si en una fiesta de disfraces, después de horas intentando averiguarlo, nadie lograra descifrar de qué vas disfrazada. Estar profusamente tatuada te coloca en un baile de disfraces constante; uno en que tú eres la única persona enterada de que se celebra un desfile de máscaras. No has sido traicionada por la sociedad, nadie te ha enviado una invitación falsa a un evento fantasma, al contrario, se te otorga el privilegio de observar la naturaleza humana desde una corporalidad liminal, en constante cambio.

Un cuerpo profusamente tatuado es un artefacto que amenaza las nociones mismas de lo que significa ser humano: si cambiamos constantemente, ¿quiénes somos realmente? Tatuarnos posibilita un diálogo con nuestra propia identidad desprovisto de rigideces absurdas y anquilosantes. Convierte la vida en un escenario infinito en que desempeñar nuestras tareas corporales, nuestros sueños carnales, nuestras esperanzas de transformación y, en última instancia, de liberación.

*Escribí esto regresando de un fin de semana en Madrid en diciembre de 2021. Fue producto de un fervor feroz y las palabras salieron como propulsadas de las puntas de mis dedos.

¶ Tattooed goddess: After “The toilet of Venus” (Koya Abe, Japón, 2008)

#tatuajes #tattooing #máscara –Publicación en mi cuenta personal de Instagram. Agosto de 2021. (Julia Amigo [[@julia.amigo_](#)]). (27 de enero de 2022). *¿Es el tatuaje un disfraz permanente? Los tatuajes no forman parte de un disfraz.* [Descripción audiovisual]. Instagram. <https://www.instagram.com/p/CZPPi9AKaVN/>.



Imagen 10. *Tattooed Goddess*, de Koya Abe (2000)⁶⁴

5.5. El tatuaje como herramienta de construcción de la corporalidad

...cuesta mucho ser auténtica, señora, y en estas cosas no hay que ser rúcana, porque una es más auténtica cuanto más se parece a lo que ha soñado de sí misma.

La Agrado en Todo sobre mi madre, de Pedro Almodóvar.

5.5.1. Motivaciones para tatuarse: el tatuaje se imbrica con nuestra historia

Este epígrafe me resulta problemático, de entrada. En mi propia experiencia las preguntas sobre las motivaciones que las personas tatuadas tenemos para seguir modificando nuestro cuerpo –aún cuando a ojos de la persona que nos pregunta ‘ya es suficiente’– son preguntas invasivas y no suelen permitir demasiada profundidad. Es por ello que, durante las entrevistas y encuentros que he tenido a lo largo del trabajo de campo, elegí no preguntar en caso ningún caso “¿por qué?, decantándose mejor por dejar que fueran las propias personas tatuadas las que, mediante sus experiencias y discursos, fueran desvelando qué nos mueve a tatuarnos más allá de explicaciones simplistas o reduccionistas.

Un aspecto común a varias entrevistas hace referencia a cómo muchas veces, cuando nos preguntan por qué nos tatuamos, nos vemos obligadas, más que a dar una respuesta, a justificar por qué lo hacemos. Ana Belén, que tiene un concepto de su cuerpo tatuado que se acerca más al de colección, cree que desde que los tatuajes están más presentes en la vida social, ya no es necesario argumentar tanto que elijas llevarlos:

Yo desde los 80 hasta el 2000 no hablaría de renacimiento, sino de una subcultura -se tatuaban los malotes y las malotas, a mi me decían: es que solo se tatúa la gente chungu y tu decías: no, pues yo llevo algo muy mono; y tenías que defender, tenías que argumentarlo. Ahora no hay que argumentarlo, esa es la diferencia. Yo creo que

⁶⁴ Imagen recuperada de <http://www.koyaabe.com/chapter5.html>

en España igual que en otros puntos de Europa es el no tener que argumentar, el no tener que defender el tatuaje como algo esencial en tu vida, para poderlo dignificar y poderte quitar el estigma de: voy tatuado. –Ana Belén, 44, Madrid.

También Julieta reconoce que le molesta tener que justificarse. Con ella, con quien quedé en dos ocasiones distintas (una de manera más informal y otra para la entrevista grabada), sí que planteé la pregunta de cómo reacciona o qué responde cuando alguien le pregunta por qué se tatúa:

A ti qué te importa [ríe]. Probablemente sería, ¿yo a ti te he preguntado? Le saltaría con alguna cosa granaina, a no ser que me pille el día inspirado. Entonces, pues porque me sale del coño, también sería una opción. Es que ese tipo de preguntas a mi me dan por culo, a no ser que sea alguien muy muy de confianza, pero alguien que no tenga confianza no me lo va a preguntar. Ante eso, si tengo que ser hiper educada pues desde, bueno, es otro tipo de arte, puedes justificar por ahí. Pero me siento ya justificando. Es como que hay una parte de admiración en la pregunta a veces, o hay otra parte de rechazo, entonces eso va a condicionar mi respuesta. Y en caso de que la pregunta sea buena, sea humilde sin ningún tipo de problema pues le diría que hay cosas muy chulas. Y sobre todo si es alguien que desconoce, una persona mayor a lo mejor. Si mi abuela el otro día me dijo: ya tienes muchos. Y digo: ¿y no te gustan? Entonces normalmente *pa* intentar justificarlo o que alguien que no le da valor se lo empiece a dar, hecho mano pues de las características artísticas, que es una obra de arte] al fin y al cabo. –Julieta, 33, Granada.

Tampoco Naiara quiere tener que justificar sus tatuajes mediante elaboradas narrativas. Esta dinámica responde a la incapacidad de la gente que no se tatúa o que tiene pocas piezas de entender que existamos personas que deseamos convertir nuestro cuerpo tatuado en un proyecto no ya narrativo, sino artístico, exploratorio e identitario:

Yo tenía que justificar que yo me estuviese tatuando. Era como, no no, es que a mi esto me importa mucho, es algo que de verdad me gusta y es como, no, no tiene nada que ver. Si a mi me gusta esto tanto me va a gustar me lo tatúe o no. La gente, con un brazo negro, pues todavía me siguen diciendo: ¿y esto qué significado tiene? Qué quieres que te diga, además hace tiempo, una de estas típicas historias de *ask me something* en Instagram, la gente me preguntó: ¿pero qué significa ese brazo negro? Y yo, mira, muerte a los nazis. o sea, qué quieres que te diga, qué buscas. ¿De verdad necesitas que tenga un significado para que yo me lo haya llegado a hacer? No va por ahí. La gente no comprende eso. Si que es verdad que hay algún tatuaje que otro que sí que tiene ese significado, pero no es todo. Y la gente está obsesionada con: tiene que significar algo, es que si no te vas a arrepentir, si no significa algo te vas a arrepentir de esto. Realmente así no es. Y yo lo pongo muy claramente: gente que lleva tatuado vaginas y pollas en su cuerpo, ¿qué significado tiene, que te gustan las vaginas o las pollas? Hablando claro. No hace falta tatuarse y que todo tenga esa conexión contigo y con lo que has vivido y con tal. Es como, no, realmente es un proceso. Pero eso también se ve con la gente que ya va más tatuada. A partir de yo creo que el sexto, séptimo tatuaje ya

dices, es que me quiero tatuar, es que me quiero ver tatuada. No es que tengo que... llevo mucho tiempo con ganas de tatuarme pero es que no encuentro la idea que quiero, es que nada me llama la atención, es que nada es tan importante para que me lo tatúe. Bueno, a ver, si quieres tirar por ahí, pero yo creo que la gente que realmente tiene ese compromiso con el *tattoo* más de, queremos vernos tatuados, no pensamos mucho más en eso. –Naiara, 26, Madrid.

En este sentido, surge entonces una dicotomía forzada entre la estética y el significado. Apunto que es forzada porque, en nuestros propios procesos, esa elección nunca se mueve en una escala de ceros y unos. Las elecciones que realizamos suceden de manera fluida e incluyen pensamientos relativos al diseño, la persona que nos va a tatuar, el momento, el tamaño, la historia que pueda existir detrás o... ninguna de las anteriores. En ocasiones, llegamos al estudio sin saber qué queremos hacernos, movidas por el deseo sin fisuras de adicionar una nueva pieza a nuestra colección. Susana tiene una respuesta bastante transparente para estas situaciones: “hay gente como que se ofende cuando le dices que el *tattoo* no significa nada y te dicen: ‘¿Pero cómo no va a significar nada y te lo haces para toda la vida?’ Pues sí” (Susana, 26, Granada).

En los relatos de las participantes, la mayoría señalan cómo sus tatuajes tienen tanto qué ver con la estética, la visualidad de los diseños, como con los significados y narrativas atribuidas a cada uno de ellos. Si en un continuo colocáramos en un extremo la estética y en otro el significado, casi todas colocaríamos nuestros tatuajes exactamente en el medio, ya que generalmente atribuimos a nuestras elecciones tanto motivos estéticos como ciertas narrativas. Narrativas, aquí, no quiere decir exactamente significados concretos, finales ni cerrados, sino más bien asociaciones, recuerdos e incluso pronósticos sobre el futuro. El juego, por tanto, se da en un plano continuo donde fluyen en igualdad las imágenes y su presencia estética y las narraciones e historias vinculadas a ellas, en muchas ocasiones relacionadas con el momento vital en que adquirimos ese tatuaje concreto. Todo esto queda enmarcado en un entendimiento del tatuaje –en el que ahondaremos en el próximo apartado– muy vinculado al arte, a un estilo de vida y, sobre todo, a la propia identidad: los tatuajes pasan a formar parte de nosotras, de nuestra historia y también de nuestra presentación corporal ante el mundo.

Algunas de las razones que las entrevistadas esgrimen para tatuarse son:

- coleccionar piezas de artistas que les gustan
- rememorar personas o épocas
- la estética de los tatuajes, los diseños, el arte
- los tatuajes con parte de su autobiografía
- una mezcla de todas o ninguna de las anteriores

En resumen, aunque este parece ser un tema sumamente inquietante para las personas que no están relacionadas con el mundo del tatuaje de forma encarnada, este no es un tema central en nuestras decisiones. Como en el caso de tener que justificar el hecho de que nos tatuemos profusamente, en el caso del significado también existe cierta presión social para que otorguemos a nuestros tatuajes narrativas complejas y emocionales. La realidad es que en

muchas ocasiones el tatuaje no responde más que al deseo mismo de llevarlo, de tenerlo, de lucirlo, de disfrutarlo. Son las narrativas que escapan a las explicaciones fáciles las que más alumbran lo rico, complejo y maravilloso que se esconde tras la decisión de tatuarse, como en los casos de Belén y Mónica, donde confluyen lo mágico y lo oracular:

Antes estabas diciendo lo de que la gente suele intentar darle peso, un peso narrativo muy fuerte a los tatuajes. Creo que la lógica habitual es como, yo tengo una historia que quiero sellar en mi piel y entonces pienso en diseño y entonces voy y me lo hago y este tatuaje significa no sé qué. Y una cosa en la que también pensábamos dentro del club y que me parece bastante guay, es que al final las decisiones que tomamos, sean de la manera más arbitraria que sea, algo activan en nuestro... en plan, ¿y si un día me apetece pintarme unas flores, en vez de un muerto boca abajo?. Pues algo tiene, aunque sea una tontería. Entonces pensábamos un poco con el rollo de lo mágico, hasta qué punto podríamos leer en dirección contraria temporal los tatus como un oráculo, que te cuentan cosas. No puedes explicar ciertas cosas, de etapas en las que estás y por qué has decidido tomar la decisión de tatuarte o qué te cuentan de cómo está pasando tu vida, desde que te lo haces hacia adelante. No sé. O más mágicamente, en plan todas las lecturas posibles que puedes hacer de los tatuajes que tienes. Como si fueran eso, la lectura de un oráculo, de un horóscopo o algo así como que te están hablando de lo que has hecho con tu cuerpo y de quién eres. –Belén, 28, Barcelona

Llevo una matrioska y yo no pensé hacerme una matrioska por ninguna razón en concreto ese día pero la matrioska para mi tiene una conexión evidente con mi abuela, porque siempre ha habido matrioskas en casa de mi abuela, y de hecho fue el segundo tatuaje que ella se hizo, fue una matrioska también. Entonces es como... ajá, vale, esto era la abuela. Luego los búhos, le encantan los búhos a mi abuela y llevo un búho entonces, esto tiene sentido y esto es algo que me pasa menos después de haber hecho mucha terapia pero antes no era yo muy consciente de mis propios procesos mentales, entonces muchas de las cosas que yo pensaba que eran por impulso o que no tenían mucho pensamiento detrás, en realidad si, lo que pasa que era más inconsciente. [...] Cuando fui a Belgrado me estaba leyendo un libro que me estaba encantando que se llamaba kraken y justo el dibujo que vi que me llamó la atención ese día fue un pulpo. Cuando me empecé a comprar plantas justo el tatuaje que me hice fue de una mujer planta, entonces todo tiene su sentido. Aunque no lo busco premeditadamente, pero es mi mente la que crea todo. A mitad, no me fijo solo en la estética y no me fijo solo en el significado, pero de alguna manera se unen. –Mónica, 33, Graz.

En otros casos, que aunque sean minoritarios son muy representativos, la historia absorbe toda motivación; cada tatuaje cuenta algo, tiene la intención de añadir otra pieza a una narrativa completa, como en el caso de Mariana y sus calaveras. Su caso concreto sirve para ilustrar de manera clara la gran variabilidad de motivaciones que nos llevan a emprender un proyecto corporal determinado:

Todos mis tatuajes cuentan algo. Puede haber un par que son a lo mejor de fondo, tipo una rama o telaraña y tal, pero simplemente para rellenar un poco los huecos, pero todos mis tatuajes cuentan algo. Cuentan una historia, aunque la gente me vea y piense que solo llevo calaveras, cada una de esas calaveras está contando alguna etapa de mi vida. Aunque otros lo vean y digan: otra calavera. Pero para mí, la forma de la calavera, el sitio donde está ubicada, si tiene algún elemento más, todas cuentan una historia. –Mariana, 33, Murcia.

Mercedes también se muestra despreocupada frente a estos requerimientos por parte de terceros. Ella colecciona tatuajes sobre cosas que le gustan (desde agujas de coser hasta bolsitas de té pasando por el nombre de su propia hija) y la mayoría de ellos no tienen ningún significado detrás. Actúan como un reflejo de sus gustos en otras esferas de la vida:

Para mí es eso, es arte. Este chaval se ha inventado una movida y en vez de pintar un cuadro me lo va a pintar a mí en la piel. Hola, qué tal, hazlo. A mí realmente excepto tres o cuatro cosas, nombrecitos que tengo que son un poco así, el significado no es tan importante. Si que es verdad que son cosas que me gustan y que tienen que ver conmigo evidentemente, por eso me las estoy tatuando, pero no te voy a dar una explicación sobre mi tatuaje, es todo muy simple. –Mercedes, 37, Barcelona.

Miriam apunta a otro tema emergente en referencia a las historias detrás de nuestros tatuajes: los simbolismos⁶⁵. Para ella, a veces, el significado de un tatuaje está relacionado con una simbología que puede incluso ser desconocida, aunque forme parte de un sustrato cultural compartido:

Yo creo que aparte del *tattoo*, el ser humano -tú que eres antropóloga lo sabrás- está muy relacionado con los símbolos, siempre hemos buscado señales, marcas de manos, círculos con cruces... que no se lo que vamos buscando con eso, yo creo que en el fondo en el *tattoo* es un poco así, lo que pasa que te lo grabas en la piel. Lo que pasa que al final estamos en el 2021, todo se desvirtúa y hay tantas cosas que a lo mejor hasta inconscientemente lo que te estás tatuando es por algo, pero tú piensas que es simplemente estético, no lo se. –Miriam, 38, Granada.

En relación a los símbolos y su poder, quiero incluir aquí una entrada del cuaderno de campo. La escribí después de tatuarme un saltamontes en la pierna izquierda. Ese animal representa para mí algo intenso, pero yo elegiré en qué momento contar la historia detrás del símbolo y en qué momentos reservarla para mí:

Mi pierna cada vez se parece más a lo que imagino para ella. Y haber escogido un saltamontes no es aleatorio para mí: tengo fobia a los saltamontes grandes, los cigarrones, por ejemplo, así que tatuarme uno es una manera de burlar al miedo, de darle la vuelta a mi fobia, de apropiarme de aquello que me aterra para colocarlo en

⁶⁵ Aunque en algunos relatos aparecen referencias al uso del tatuaje por parte de grupos de extrema derecha, estas narrativas escapan al objeto de la presente tesis. No obstante, soy consciente de la relevancia que estos usos del tatuaje tienen en la contemporaneidad en el contexto español.

otro lugar, justo en la superficie de mi cuerpo, visible, un poco amenazante, quizás para desproveerlo en cierto modo de poder sobre mí. –Extracto del cuaderno de campo. Diciembre 2020.

En el verano de 2022, después de haber pasado un proceso de enfermedad por covid-persistente que me tuvo postrada en una cama durante distintas semanas a lo largo de ocho meses, fui a pasar unos días al campo con mi familia. Vino también mi primo P., uno de los más pequeños, quien vive en Alemania con su padre, mi tío. P. tenía unos 10 años y tuvimos una conversación sobre tatuajes que me hizo reflexionar a posteriori sobre los motivos que nos llevan a tatuarnos y las lecturas que de nuestras decisiones realizan otras personas. Hablar con él de mis tatuajes me resultó bastante más interesante que hacerlo con muchas personas adultas:

Hablando con mi primo P de *tattoos*, el tío hila uno tras otro los temas que me inquietan. ¿Por qué me quise tatuar la espalda, si cuesta dinero, si duele... para qué? ¿Cuál es el próximo tatuaje que tengo planeado? ¿Cuál mi favorito?

Hablamos largo rato y no deja de hacerme preguntas: todas ellas pertinentes, todas ellas justas y abiertas. Pienso que un niño de 10 años, casi 11, tiene más capacidad de comprender un cuerpo que cualquier adulto cerrado.

Me dice: “es como un recuerdo, y cuando te mueras la gente podrá saber qué te gustaba”*

Nunca había pensado mis tatuajes desde esa óptica. Cómo una momia a quien se lee también a través de los objetos que rodean su sarcófago, yo: y mi cuerpo como un mapa de lo que significó mi vida. Más allá de la clase, la profesión o incluso el género, más allá, al fondo: mi historia. Quien yo fui, soy.

*me resulta no solo bello sino conciso y certero este modo de mirar el cuerpo tatuado. Cuando nos morimos, nos convertimos en el cuerpo que dejamos. Somos, en parte, el cuerpo que habitamos a lo largo de nuestra vida. Y en él caben las huellas de todo lo que nos ha afectado: las marcas, olores, llantos y amores. Las quemaduras, soles, baños, temblores. Los tatuajes ahí, en ese cuerpo que ya no habita nadie, dando cuenta de la conciencia que un día lo habitó. Como las marcas, las cicatrices, las infinitas particularidades. –Extracto del cuaderno de campo. Julio 2022.

Para dos de las tatuadoras pioneras en el contexto español, el tatuaje es algo más que su presentación estética. Mara (60, Santander) e Isa (56, Valencia) lo vinculan con un claro componente emocional y espiritual, tanto en referencia a su propio cuerpo tatuado como a su práctica artística, cuando tatúan. También para Mariona (48, Bilbao), *piercer* pionera, las motivaciones han mutado en los últimos 30 años: “para nosotros cuando empezamos a tatuarnos, tatuaje era lo que era en definición: marca indeleble, quería decir para toda la vida, con un auténtico compromiso” (Mariona). En la actualidad, con el desarrollo de láseres cada vez más eficientes, esa permanencia, en su opinión, ha cambiado. Con respecto al compromiso, al tamaño de los tatuajes y a la idea de proyecto, reflexioné en el cuaderno de campo tras una de las sesiones que hice para ir completando el proyecto de tatuar mi espalda:

Casi una semana después de la primera sesión, me siento a escribir sobre ella. La

verdad es que estoy añadiendo una nueva esfera a mi entendimiento del tatuaje: la del viaje. Las piezas que llevo, formen parte de una pierna o un brazo que luego ha ido cobrando unidad y cohesión o no, han sido piezas que he comenzado y terminado en el mismo día. Este proyecto no tiene nada que ver con esto. Un proyecto de estas características lleva la palabra compromiso a su verdadera forma. Aporta al cuerpo una sensación de movimiento y aventura que ninguna pieza de una sola sesión puede regalar. Al comprometerme a tatuar toda mi espalda con alguien estoy poniendo mi carne entera, sin reservas, en manos del tatuador, que hará de ella su lienzo sudoroso, viviente, capaz de sentir dolor y éxtasis, para dar cabida a su idea, que también es la mía.

Establecemos entonces una relación simbiótica. Yo me desnudo, en muchos sentidos y no solo en el literal, y pongo mi piel tumbada, relajada, blanca aún, entre sus manos creadoras. Él recoge mi idea, le da forma, dibuja y se compromete conmigo a llevarla a cabo. El cuerpo, tengo la sensación, también se convierte así en el escenario de un contrato originario, básico, vital: el que sin firmas ni vinculaciones absurdas basadas en la abstracta vida de las condiciones sella un proyecto artístico que tiene como soporte mi cuerpo, mi cuerpo que es uno y, a lo largo de este viaje, también muchos, cuerpos diversos, cambiantes, tan vivos como mi propia experiencia. Cuando salgo de allí, camino hacia casa y al llegar me ducho y observo mi espalda en el espejo. Tengo la sensación de que el viaje ha comenzado. De pronto esa no es mi espalda, sino una espalda que ha viajado hacia mí desde años luz de distancia. Me da la sensación de que lleva viajando hacia mí desde que yo era un embrión y entonces ese 20 de enero de 2021 por fin comenzó a alcanzarme su verdadera forma. Y como si se tratara de una superposición de planos de realidad, veo mi espalda más cercana a esa que yo deseo que sea y a la vez muy lejana de lo que mi espalda lleva siendo durante toda mi vida. Y esta sensación trascendental tan difícil de explicar con palabras me acompaña durante los días posteriores y se niega a abandonar las capas de mi piel.

En dos ocasiones, antes de empezar a pinchar, J. me da las gracias por cederle -¿dejarle?- mi espalda, un espacio tan grande de mi propio cuerpo, para trabajar. Ese agradecimiento me traspasa y me predispone a un viaje de placer, un viaje que a pesar del dolor tengo la sensación cosquillosa de que me va a reportar muchas cosas intensas y preciadas. Mi próxima cita será en tres semanas desde esta primera y la verdad es que estoy deseando que ese momento llegue. Como si me encontrase en océano abierto, viajando hacia el siguiente lugar, y estuviese impaciente por conocer a fondo y con ojos pasmados la próxima parada. –Extracto del cuaderno de campo. Enero 2021.

Mariona (48, Bilbao), junto con las pioneras del tatuaje, reivindica una visión del tatuaje alejada de la moda. Para ella, elegir un tatuaje no es como comprarse una prenda de ropa barata. En línea con otros cambios sociales relacionados con el consumo, el capitalismo también ha alcanzado al universo del tatuaje. Aún así, los relatos de las personas entrevistadas demuestran que, si bien ahora tatuarse es mucho más accesible, eso no significa que se haya perdido su componente radical: de cambio corporal, identitario y, en algunos casos, emocional.

Este componente psicológico y emocional aparece muy claramente en el relato de Naiara. Sus prácticas y experiencias corporales han estado muy vinculadas al hecho de haber sufrido un trastorno de la conducta alimentaria durante muchos años. Para ella, los tatuajes se convirtieron en una vía de escape, no para desconectar de su cuerpo, sino para habitarlo de una manera más sana. Los tatuajes, que ella también realiza, se convirtieron en su pasión:

Yo es una frase que al final llevo muchos años repitiendo, incluso cuando estaba malita, es como: mi cuerpo es mi casa y voy a vivir en esta casa el resto de mi vida, no me van a dar otro. Si no quiero vivir en este cuerpo, no me puedo mudar de casa y yo no puedo estar triste o deprimida porque no me sienta a gusto el resto de mi vida. Tengo que hacer algo. Igual que hay otras muchas personas que deciden ponerse a hacer ejercicio o intentar entrar dentro de unos cánones de belleza como muy sota, caballo, rey que te marca la sociedad, mi forma son los tatuajes. Mi forma de amar el cuerpo que yo tengo, son los tatuajes. [...] Me costaría mucho explicar a una persona de por qué me tatúo. Lo he intentado con mi madre y no ha funcionado, no entiende por qué me tatúo, pero yo creo que al final todo reside en ese proyecto, en el proyecto de mi persona. Al igual que todos nos vamos construyendo poquito a poco, con vivencias y tal, también el tatuaje es una construcción, una construcción de un cuerpo, de una identidad, de una persona que va a ser diferente a otra. Dentro de que todos somos diferentes, pero yo tengo estas manchas en mi piel que me he causado yo a mi misma pero para verme así y sobre todo, amor propio. Entender que puedes llegar a amar algo que te hace sufrir. [...] Es una forma de expresar, es la expresión pura de lo que sientes. Como cada persona es un mundo y cada persona entendería estos conceptos de una manera muy diferente a otra, pues yo creo que al final la explicación de por qué me tatúo es por amor a mi misma. –Naiara, 26, Madrid.

Sonia tuvo anorexia y, como Naiara, encontró en el tatuaje un modo de relacionarse con su cuerpo más allá de la imagen de partida. La idea de proyecto aflora en su relato vinculada a la utopía, un horizonte que genera sensaciones positivas y que refuerza la idea de que el cuerpo merece ser cuidado:

Cuando más te vas tatuando, vas decidiendo cómo te estás viendo, montar en tu mente cómo quieres encajar esos diseños, cómo quieres que se vea ese proyecto final en tu cuerpo y cómo quieres verte, empiezas a pensar en tu cuerpo más que en “no me gusta, aquí tengo grasita, aquí celulitis, aquí estrías” y como, oye es un puto lienzo, es un lienzo en blanco y lo estoy rellenando y lo estoy haciendo como yo quiero. Va más allá de tener más o menos kilos, que eso al final... bueno, la anorexia es crónica, aunque no vivas en ella constantemente y ya comiences a tener esos hábitos alimenticios más saludables y demás, pero en la cabeza siempre está, y es peligroso y salvo que no entiendas y empieces a comprender tu cuerpo, a amarlo de algún modo no se te va a ir y puedes volver a recaer. Pero con el tema del *tattoo*, solamente con el hecho del cuidado del *tattoo* te obligas a: que si la cremita, que si tal, pensar en tu cuerpo de otra forma, y es muy bonito porque cuando yo antes no me daba crema porque odiaba tocar mi cuerpo y decir, aquí, pues esto no me gusta... te obligas a decir, oye pues voy a tocarme,

voy a echarme crema y a ser consciente de tu cuerpo y que encima tienes ese cuerpo que tú estás soñando, que tú te estás planteando y con el que te sientes más cómodo. Al final, como te decía antes, yo no me tatúo para que la gente me vea tatuada, sino que yo me tatúo para verme bien a mí misma. –Sonia, 26, Madrid.

Los porqués detrás de nuestras decisiones nunca son banales. Aunque vinculemos nuestro proyecto a la estética, detrás hay una ideación artística; si esa ideación artística no nos importa y nuestro cuerpo es más un patchwork de distintos estilos, aflorará una transgresión de los ideales que nos empodera; si buscamos idear un proyecto concreto o vinculamos nuestros tatuajes a la memoria, existirá un componente emocional fuerte, muy vinculado también al compromiso con nosotras mismas. Sea como sea, tatuarnos promueve un contacto con nuestro cuerpo que inaugura mejores perspectivas: de cara a enfrentar los cánones impuestos pero también, y sobre todo, al disfrute de elegir cómo queremos que sea vea nuestro cuerpo.

Me tatúo porque disfruto imaginando qué pieza vendrá después. O eligiendo entre las propuestas de algunas tatuadoras y tatuadores que admiro. Me tatúo porque hay algo lúdico en todo el proceso, me siento una niña ilusionada con el futuro. Me tatúo porque cuando crecí entendí que mi cuerpo encajaba en lo que podríamos denominar un cuerpo normativo, y ese lugar no me interesaba. Tatuarme me permite colocarme en un lugar que no es el de objeto de deseo. Siento que mi cuerpo se va convirtiendo en sujeto de deseo, principalmente de mi propio deseo. Tatuándome rechazo de algún modo lo que me han contado que es la feminidad, fabricando un cuerpo para mí que sea como una fruta de cáscara dura, dulce pero de difícil acceso.

Me tatúo porque gozo viendo mi cuerpo cambiar, ya no solo por el paso del tiempo sino por la acción de mis propias ideaciones sobre él. Disfruto sintiendo que me recubre una capa onírica que actúa como una barrera de púas ante los globos de la normatividad.

Me tatúo porque me hace feliz observar mi cuerpo cargado de tinta, resignificado, reapropiado. Me tatúo para huir de lo que se espera de mí e ir al encuentro de lo que yo soy realmente, criatura inacabada, cambiante, vulnerable, creadora, no determinada ni cerrada. Abierta al mundo, al flujo de mis propios pensamientos y conectada a las emociones que dan forma al paisaje de mi mente. Me tatúo para liberarme y para derramar sobre mí, de nuevo, lo que me hizo nacer. Tatuarme es mi modo de estar en el mundo y no sentir que me deshago, me pierdo, me desvanezco. Tatuarme me recuerda que somos fugaces pero que vinimos a jugar. Mi feminidad es en todo caso una flor carnívora, venenosa, intocable, rara. –Extracto del cuaderno de campo. Julio 2022.

El tatuaje, para algunas de las entrevistadas, parece haberse convertido en un estilo de vida, en algo muy relacionado con quienes somos y el lugar que ocupamos en el mundo. Vinculado al arte, a la experimentación, a la generación de una identidad alejada de la norma o al disfrute de explorar la corporalidad en relación al coleccionismo, el tatuaje no es ya (tan sólo) una esfera subcultural alejada de otras prácticas corporales y artísticas como el baile o la performance. En este sentido, analizaré a continuación algunos de nuestros entendimientos del tatuaje.

Definir el tatuaje, más allá de nuestras propias experiencias en torno a la práctica, es una tarea compleja. Aunque no es mi deseo acotar una definición cerrada, nuestras propias experiencias, lejos de cerrar el término, lo abren a múltiples interpretaciones, significados y usos. Como en el caso del siguiente extracto del cuaderno de campo, donde reflexiono sobre el uso de ‘tatuaje’ para indicar que algo está grabado a fuego en nosotros:

Tatuaje también se usa literariamente, como un sentimiento o una emoción. “Tenía la tristeza tatuada en el rostro”, o bien: “lo llevaba tatuado en la cara”. Ese halo romántico, casi tangible, del uso poético de la acción de tatuar o del resultado de la misma tiene una potencia descriptiva feroz, que se dibuja claramente en la mente del lector o la lectora. Si alguien tiene tatuada una emoción en la cara, casi podemos imaginar el peso, la irremediable presencia de tal sentimiento, la potencia de su manifestación corpórea. Esta capacidad evocadora del tatuaje está muy ligada a su perdurabilidad y a las raíces ancestrales de un fenómeno colmado de tantos y tan diversos significados que a veces se nos escapa, rehuyendo la significación y la propia posibilidad de ser narrado, explicado o comprendido más allá de su mera existencia: algo tan potente e inexplicable como un gran y profundo sentimiento.

*Reflexión surgida tras la lectura del párrafo a continuación, recogido en *Nada se opone a la noche* de Delphine de Vigan: “Poco tiempo después de la muerte de su hermano, Lucile había escrito en el espejo de nuestro cuarto de baño: “Me voy a hundir”. Frente a ese espejo nos peinábamos cada mañana, Manon y yo, con esa amenaza tatuada en el rostro”. (pág. 183). –Extracto del cuaderno de campo. Agosto 2020.

El tatuaje como recordatorio de la vida íntima, de la memoria y sus circunvoluciones, aparece también en el relato de Karla (30), quien considera esta práctica de modificación corporal como una mezcla equilibrada entre recuerdo y arte. En última instancia, este entendimiento del tatuaje permite entender la identidad como corporeizada. Al modificar el cuerpo, la identidad fluctúa, se conmociona, vibra. Karla introduce para explicarse la idea de las identidades múltiples, que se relacionan con una idea de tatuaje como acompañante y testigo de la trayectoria vital:

Me parece que más allá de presentarse al mundo, es lo que vos sos y lo que has sido, una memoria de diferentes etapas, que era lo que decías antes. Mi primer tatuaje fue hace 12 años, cuando yo estaba living la vida y en un estado en que pensaba que iba a comerme el mundo entero. Ese comerme el mundo... pues me lo he comido, pero ha sido bastante difícil. Y hasta llegar al último han cambiado muchas cosas en tu vida, pero están ahí. Entonces un tatuaje no te puede definir, yo creo que no es algo que es tu identidad sino tus identidades, porque has cambiado muchas veces. –Karla, 30, Oviedo.

Sobre las marcas que van dando cuenta de nuestro ciclo vital y el tatuaje como cicatriz de la psique, escribí en el cuaderno de campo:

Un cuerpo también se decora fisiológicamente. Magulladuras, arañazos, heridas,

lunares, pecas, manchas, queloides.

Marcas biológicas que cuentan algo de un cuerpo.

Una pelea, una enfermedad, una caída, el sol del mediterráneo.

Recuerdos de que se ha sido, se ha estado, se ha sobrevivido.

Dibujos y señales de otro tiempo, de lo que por tanto nunca nos arrepentiríamos. ¿Qué sentido tendría arrepentirse de lo que el cuerpo ha vivido? Al fin y al cabo, si estamos vivos, es porque nuestro cuerpo lo ha ido logrando hasta traernos aquí y ahora.

Algo así podrían ser los tatuajes:

Lo que la cicatriz al cuerpo biológico. Lo que el recuerdo a la psique y la emoción.

–Extracto del cuaderno de campo. Abril 2020.

Poco después de escribir ese pequeño texto sobre las marcas y los tatuajes, me topé, como por arte de un azar jubiloso, con unas palabras de Judith Butler que me explicaron lo que estaba sintiendo respecto a mi propia identidad. Ella dice que no podemos saturar la vida con la identidad. Lo que soy, quien soy, no es fácilmente transferible al discurso; en ocasiones, lo que somos se expresa de manera más clara fenomenológicamente: a través de nuestros actos y prácticas corporales. En lo que hacemos con nuestro cuerpo reside, quizás, la libertad.

“Tomemos ciertas formas de hipermasculinidad o de hiperfeminidad en la cultura heterosexual, y tienen cierto aire queer (performativas) debido a que son hiperbólicas. Un hombre, por ejemplo, que tenga miedo de tener el menor rastro de feminidad en él, y que viva al acecho de cualquiera de ellos. En el mundo gay y lesbiano también puede haber una cierta “policía de la identidad”. Como si, en cuanto lesbiana, no seré sino lesbiana, no formaré sino sueños lesbianos, no tendré sino fantasías con mujeres. ¡La vida no es la identidad! La vida resiste a la idea de la identidad, es necesario admitir la ambigüedad. A menudo la identidad puede ser vital para enfrentar una situación de opresión, pero sería un error utilizarla para no afrontar la complejidad. No puedes saturar la vida con la identidad”. -Judith Butler⁶⁶

5.5.2. Experimentación y autogestión: DIY, tatuajes y feminismo

El estatus del tatuaje como arte parece indiscutible, aunque, como apuntaba Ohiana (36, San Sebastián), algunos prefieran la idea de artesanía o *craft* ante una excesiva artistificación de una práctica compleja que siempre es colaborativa e incluye diseños e imágenes que están vinculados al ambiente cultural y artístico del contexto donde tiene lugar. El cuerpo es un lugar de acción para el arte también en otras disciplinas, como la performance, y así lo expone Ana Belén:

Está totalmente en relación al arte de acción. Grupos como Fluxus, Joseph Beuys, Olivier de Sagazan, dentro de la cultura de la performance en los 70 y los 80, han

⁶⁶ Recuperado desde Parole de Queer (cuenta de Instagram @paroledequeer) y de entrevista traducida del francés accesible en: <https://artilleriainmanente.noblogs.org/?p=21>

tomado el cuerpo como elemento y lo han llevado a extremos brutales. No me acuerdo cómo se llamaba el suizo que se clavaba clavos, o Glam, o Stelarc que eran artistas performativos y el cuerpo era... o Marina Abramovic, o Stefan Sagsmeister, diseñador gráfico de los más importantes de la escena del diseño gráfico contemporáneo, que se tatuó el cuerpo o se rasgó el cuerpo siguiendo a los artistas de la performance austríaca. Entonces no están tan lejos de los discursos evidentemente más contestatarios y rebeldes de la escena artística de los 70. –Ana Belén, 44, Madrid.

El tatuaje, por otro lado, no es una disciplina sin tiempo. Aunque la técnica sea similar a la que se usaba en Egipto hace miles de años, los lenguajes, usos y discursos siempre varían, influidos por el ambiente político, cultural y artístico en cuyo seno de práctica. Lo que sí merece la pena destacar es que el tatuaje, como la pintura, es un arte antiguo, un medio tan complejo como la escultura, y merece análisis situados y críticos. Repensar de qué hablamos cuando hablamos de tatuaje es esencial.

Lo bueno de estudios como el tuyo, estudios como el mío [...] es que va a haber una conceptualización del tatuaje como un arte ancestral, igual que la escultura, igual que la pintura, igual que la arquitectura, igual que la orfebrería o las artes decorativas, ¿por qué no el tatuaje? Se une la sociología, antropología, historia del arte, el propio arte, estamos hablando del cuerpo, incluso la medicina, la psicología... con lo cual es algo muy complejo. –Ana Belén, 44, Madrid.

Esta mañana he leído *Tattooing is a medium, not a phenomenon* de Matt Lodder, y no dejo de volver al *paper* desde que lo absorbí. Pienso que coincido con él, pero que ese razonamiento -tan racional, mira por dónde- elimina o cancela la magia. Si se equipara el tatuaje a otros métodos artísticos, como la pintura o la escultura, realmente se está dejando fuera de la ecuación un aspecto ingente y definitorio de la propia práctica de tatuar: que el tatuaje se inscribe, se marca, se realiza, sobre un cuerpo vivo. Y que ese cuerpo es a su vez el vehículo carnal y la expresión material de la experiencia vital y los pensamientos de una persona concreta.

Entonces, pienso, no me apetece más referirme al tatuaje como algo susceptible de ser englobado en una palabra, un nombre, singular, y me decantaría por referirme a la práctica del tatuaje (siempre explicitándolo así) o por los tatuajes o los cuerpos tatuados (como el resultado artístico, identitario, material, visible de esa práctica concreta). Como ocurrió con el feminismo cuando “mujeres” desbancó al reduccionista “mujer”, quizás es hora de que empecemos a dejar de referirnos al tatuaje en singular como el universo que engloba la práctica y el resultado de tatuar.

En inglés, existen diversas palabras para solucionar este entuerto: *tattooing*, que funciona como verbo y como nombre, logra mayores profundidades que el tatuaje en español, que no permite demasiada variación dada su condición singular. No es objeto de esta tesis solucionar este debate, pero considero oportuno señalar que, como hace Matt Lodder al plantearse cómo llamamos a las cosas que atañen al hecho de tatuar o ser tatuado, planteemos qué palabras usar a la hora de hacer referencia en español al

vasto universo del tatuaje, de la práctica del tatuaje, los tatuajes o los cuerpos tatuados.
–Extracto del cuaderno de campo. Octubre 2022.

Es indiscutible que ciertas esferas del tatuaje mayoritario se han visto absorbidas por las dinámicas comerciales más capitalistas, pero, si miramos al arte, nos daremos cuenta de que este proceso ha afectado también a otras dinámicas, como el grafiti. En todo caso, esta mercantilización no supone, como vengo señalando a lo largo de esta tesis, que el poder subversivo del tatuaje, y otras formas de modificación corporal, desaparezca.

Desde este entendimiento, otra esfera a explorar dentro del mundo del tatuaje es la del tatuaje no profesional, hecho entre amigos, de borrachera, en laboratorios experimentales o entornos en que lo higiénico e incluso lo artístico quedan en segundo plano. Gente que se tatúa con amigos a menudo, en sus propias casas, con agujas y tintas compradas por internet, añadiendo diseños desenfocados a sus colecciones rudimentarias, que probablemente tienen más que contar a nivel amistoso, de fortalecimiento de vínculos y afectos, que a nivel artístico. El propósito en estos casos parece más cercano a la experimentación que al arte, más vinculado al deseo inmediato de adquirir determinada pieza (pienso en una seta, un diente, un emoji de una caca sonriente) que en añadir al cuerpo un algo más completo, con vistas a un futuro, o a completar algo que en su conjunto se asemeje a una obra de arte (pienso en espaldas ornamentales, *bodysuits* japoneses o mangas estrictamente tradicionales). Me parece que estos nuevos usos del tatuaje, que parecen devolverlo a esos otros espacios carcelarios y de camaradería, desacralizan en cierto sentido la práctica, no en sentido peyorativo, bien al contrario, demostrando del modo más radical posible que el cuerpo no es ningún templo a venerar o salvaguardar del cambio, sino más bien una calle que transitar, una plaza en la que jugar, un paseo en que disfrutar.

Para ilustrar mejor estas esferas no comerciales del tatuaje, tuve la oportunidad de, por un lado, entrevistar a Belén, quien formó parte de un club de cicatrización que organizaba *tattoo parties* en Barcelona y, por otro lado, de participar yo misma, junto con dos antiguas compañeras de piso, en un encuentro para hacernos unos tatuajes caseros.

Belén (28, Barcelona), cordobesa afincada en Barcelona, trabaja como gestora cultural e investigadora. Junto con otras, formó parte de un club de cicatrización en Barcelona. En la bio de Instagram del club se lee: “La biomedicina no es la dueña del (des)cuidado en @hangar_org todos los viernes de 16-20h”. Aunque el club no se reúne desde hace algunos años, hablar con Belén iluminó muchos interrogantes vinculados a esta investigación. El club, que era autogestionado aunque se desarrollase dentro de un espacio artístico institucional, surgió como una solución a la falta de presupuesto. Fue una propuesta que “creció mucho y tuvo bastante relevancia en el ocio o cultura en Barcelona” El club estuvo activo desde “noviembre de 2018 a mayo de 2019 y luego hicimos algunos eventos hasta finales de 2019”. (Belén).

Todo el proyecto de tatuaje que yo he desarrollado y todo lo que se hacía también desde el club estaba enmarcado dentro de entenderlo como proyecto artístico, ideologías artísticas, arte contemporáneo, que es verdad que abre un espacio de grietas con

respecto a la experimentación. Pues ahí puedes hacer muchas cosas que oficialmente no puedes hacer, pero con una justificación de que es un proyecto artístico, no sólo porque es la justificación, sino porque la mayoría de gente que estábamos ahí veníamos de la práctica artística, pero bueno... encontrábamos en estar en un centro de arte proponiéndolo como una programación artística, la oportunidad para hacer las cosas de otra manera, que no era lo habitual y de poder hacer propuestas muy radicales y muy... Yo que sé eso, muy, muy disidentes, y desatarse mucho, de hacer lo que nos daba la gana bastante.. –Belén, 28, Barcelona.

En el sentido artístico, el club se fundó sobre las bases del tatuaje ‘ignorante’ y la filosofía *do it yourself*. Todo surgió también en respuesta a la persecución que se estaba dando en redes sociales de las personas y colectivos que trabajaban con una lógica de “economía sumergida, una especie de mercado negro” (Belén) vinculada al *handpoke*, la técnica de tatuar que no usa máquina eléctrica y a otras técnicas que no se consideran ‘profesionales’:

También había conflicto porque todo se basaba a parte de en metodologías artísticas en la idea del ignorante. En plan un poco como rompiendo. Esto también tenía bastante que ver con el Weblab todo el rollo del software libre, de la filosofía *do it yourself*... Más bien el *Do it with others*. Y de una soberanía sobre las prácticas de intervención del cuerpo, el conocimiento y tal. [...] Tenía mucho que ver con cuestionar la idea de éxito. Y de error. De fallar. También con quién está legitimado para hacer ciertas cosas. La profesionalidad... Era bastante crítico con la noción de lo profesional o lo experto. Sí que tenía mucho que ver esto con la estética, porque eran como dibujos, que es que nos daban igual como salieran y que estabas todo el rato ofreciendo tu cuerpo a gente que no había hecho un tatuaje en su vida para que te hiciera cosas. –Belén, 28, Barcelona.

En este tipo de prácticas, la higiene suele pasar a un segundo plano, motivo que esgrimen algunos tatuadores profesionales para fundamentar sus críticas. Se produce pues una contraposición entre dos modos de entender y practicar el tatuaje: una vinculada al mercado y la profesionalización y otra ejercida de manera más experimental y fuera de las lógicas de mercado. En el club, llegó un momento en que decidieron incrementar algunos protocolos básicos de higiene para evitar esas críticas: “siempre se tira a la higiene para desprestigiar las prácticas auto organizadas o como lo queramos llamar. Y entonces empezamos a preocuparnos y dijimos vale, pues vamos a hacerlo todo limpito” (Belén). Lo económico era central en el club de cicatrización justamente porque el intercambio se daba en base a acuerdos: en ocasiones había un pago acordado pero en muchas otras no había dinero involucrado.

Hacíamos nuestras guarradas que teníamos en nuestras carpetas y entonces ni siquiera estábamos quitando trabajo para estas cosas básicas. Sí que es cierto que enseñábamos a la gente a tatuar y entonces se podían... o sea te quieres hacer un corazoncito o el nombre de tu amiga no sé qué, te lo vas a hacer. Cosas sencillas que realmente en un estudio está desorbitado lo que te cobran por lo que realmente cuesta el material. Pero

entendiendo que hay otros gastos y todo esto. Pero bueno, no sé, había una especie de persecución que tenía mucho que ver con proteger un mercado, a través de... el tema del higiénico es lo que legalmente era fácil para perseguir y prácticas como las nuestras.

[...] en el club había un bote y cuando tú le hacías un *tatu* a alguien o le enseñabas a tatuar a alguien echaba el precio que consideraba en un bote. Entonces con ese bote era con el que empezamos a comprar los materiales de tatuaje para las siguientes sesiones. Entonces más gente venía con el material ya comprado para aprender. Y así se genera una circularidad. –Belén, 28, Barcelona.

Al margen de estas lógicas institucionalizadas, el club funcionaba autónomamente asumiendo y gestionando las responsabilidades que conlleva generar un espacio seguro para tatuar. La cercanía entre las personas que participaban, la amistad en algunos casos, permitía explorar las problemáticas que a veces trae consigo la práctica del tatuaje desde un lugar más humano. Los riesgos asociados al tatuaje existen tanto en un estudio como en un entorno no sujeto a normativas de corte legal:

Había un grado como de confianza y de reflexión sobre el cuidado que se da en el tratar a un cuerpo desconocido que también era algo como muy ritual y que reflexionábamos bastante en torno a esto. Eso, te estás saltando las normas junto a otra persona. Y encontrábamos también que había como cierto compromiso y acuerdo de cuidados no sólo en: yo, yo te voy a cuidar a ti haciéndote el *tatu* lo mejor posible. De verdad que no vas a tener nada chungo [...] Pero tú también, te estás haciendo cargo de que has venido aquí a que yo te haga esto. En este marco que te hemos contado al venir y que si pasa lo que sea, no te vas a poner chungo y me vas a denunciar, o yo que sé, que vamos a buscar... si te pasa algo y si se te infecta, escíbeme y vamos a buscar juntas cómo arreglarlo. Tenemos amigos médicos, venga, lo resolvemos, pero también fuera de generarle problemas a cualquiera de las partes. –Belén, 28, Barcelona.

El club funcionaba como laboratorio de experimentación artística y, a la vez, como lugar de encuentro para repensar quiénes tienen la potestad para intervenir el cuerpo. Al fin y al cabo, lo que promueve la filosofía *do it yourself* es la máxima autonomía corporal y vital: el aprendizaje colectivo para que las herramientas abandonen las manos del amo y pasen a ser de uso común, disidente, rupturista:

Es como una herramienta que ya tienes. Es como si aprendes a coser y un día se te rompe el pantalón, pues te haces el remiendo y esto ya se queda un poco como... como además era un ambiente tan festivo se quedaba muy en el aire esto de: ah, yo que me llevo mi aguja con mi tinta, pues un día -ya me han dicho dónde se compran las agujas-, me hago una fiestecita en casa de mis amigos por la tarde y nos hacemos unas palabras en el pie o lo que sea. –Belén, 28, Barcelona.

El club, en definitiva, promovía una práctica del tatuaje alejada del capitalismo y centrada en lo colaborativo, tanto a nivel artístico y pedagógico como a nivel económico. Los encuentros

estaban abiertos a cualquier persona interesada en tatuar, en ser tatuada o en ambas cosas, y al espacio se acercaron desde niños y niñas de 4 años –que experimentaban con calcomanías– hasta personas adultas de 60 años; desde personas poco o nada tatuadas hasta coleccionistas con muchas horas de tinta a sus espaldas. Detrás de ese deseo de acercar el tatuaje a todo el mundo y de promover el aprendizaje para que la gente se autotatuara, afloraban la autonomía corporal y la subversión política y estética. En su propia experiencia, Belén lo explicaba así:

De una manera tan sencilla, que te lo puedes hacer tu a ti mismo, también para mí tienen una esa idea de la auto soberanía sobre tu cuerpo y también de subversión otra vez. Para mí va un poco por ahí. Me siento una persona con una apariencia y una manera de hablar bastante caótica, un poco desastrosa y el tipo de tatuajes que tengo, pues la verdad es que siguen un poco esto... muy random. –Belén, 28, Barcelona.

En relación con esta última idea, de autonomía corporal y de la posibilidad de tatuarnos entre nosotras, sin necesidad de acudir a un estudio comercial, inserto aquí las reflexiones del cuaderno de campo sobre mi experiencia, tatuando y siendo tatuada, en una *tattoo party* casera en marzo de 2021:

Hacemos una *tatu party* casera

Notas de campo del 28 de marzo de 2021:

El domingo 28 de marzo de 2021, B, C y yo pasamos todo el día juntas, en casa de ellas.

B y C, de 26 y 22 años respectivamente, nacidas en Aguadulce, fueron mis compañeras de piso durante un período de tiempo corto en 2020. Yo llegué a su piso en marzo, justo antes del comienzo del confinamiento, y pasé allí una semana antes de retirarme a la casa de mis padres, en un pueblo, para permanecer allí todo el ‘encierro’. Regresé a la casa en mayo, y viví con ellas poco más de dos semanas, así que en total no llegamos a vivir ni un mes juntas.

Creo que si conectamos y decidimos convivir aún existiendo diferencia de edad entre nosotras, fue en parte porque todas teníamos ideas feministas expuestas en nuestras redes (por donde nos conocimos). No sé si para ellas sucedió igual, pero sí que recuerdo qué impacto tan positivo tuvo en mí que todo su piso estuviera decorado con consignas feministas (entre otras muchas rarezas coloridas y hechas a mano que me indicaban que bajo ese techo vivían dos mujeres inquietas y creativas).

Si cuento todo esto es porque de esas primeras conexiones se puede entrever una base de lo que vino después, todo lo que en definitiva nos ha conducido a la celebración de esta *tatu party*, mezcla de almuerzo regado con alcohol, ritual y arrejunte de amigas, acompañado de una buena dosis de laboratorio de experimentación corporal y celebración de la autonomía sobre nuestros propios cuerpos.

Después de esta breve introducción, doy paso pues al relato grueso de lo que sucedió aquel día. En un piso distinto del que compartimos, pero que mantenía la luz, la calidez y la mezcla de objetos y plantas que también caracterizaba al anterior...

Es curioso cómo sin existir hora fijada, ni cita, ni estudio todo se sucede de una manera mucho más natural. Comimos con mucha calma, después empezamos con las copas, y en ningún momento verbalizamos que después nos tatuaríamos. Cuando llegué a la casa C me enseñó la caja donde

guardaban el material para tatuar, pero la colocamos a un lado y no volvimos a ella hasta que, más o menos a las 6 de la tarde, decidimos que era el momento de empezar a pensar en qué nos íbamos a tatuar.

Tenían preparados unos folios para hacer una especie de lluvia de ideas. Comenzaron ellas, yo me consideraba más una espectadora que una parte activa de la situación. Propusieron palabras, un fantasma, brillos... hasta que, creo recordar que, B propuso que nos tatuásemos nuestras tetas. La idea me conquistó inmediatamente hasta el punto de plantearme si ellas no habrían discutido con anterioridad la posibilidad de diseñar eso; tan perfecto me pareció por muchos motivos.

Todas coincidimos: era una gran idea. Solo teníamos que dibujar nuestros propios pechos de manera esquemática, así que procedimos a observar nuestras anatomías en el espejo del salón, levantándonos las camisetas a la vez para comparar y mirar lo que escondía el sujetador.

B es la que dibuja mejor así que le pedimos que fuese ella la que preparase los diseños. Buscamos en internet también ideas e inspiraciones que nos ayudaron en el proceso. Una vez que cada una tenía sus tetas en el papel, ellas me explicaron que haríamos una especie de círculo para tatuarnos. De ese modo todas tatuaríamos y todas seríamos tatuadas. Comenzó B tatuando a C, después de haber preparado bastante escasamente la mesa. Cubrimos la superficie con film transparente, cogimos un plato que también cubrimos con film donde colocamos la tinta en un cubilete desechable. Entonces ellas me enseñaron a montar la aguja. Era una aguja de tatuar real, tamaño 7 URL, que montamos en un palillo de madera plano para tener más superficie de agarre con que sujetar la aguja. No había guantes de latex así que terminamos usando guantes de plástico fino, de esos que se usan para aplicar tintes o para coger la fruta en el super.

Ambas habían tatuado así en el pasado así que las observé; luego C me tatuó a mi y por último yo tatué a B. No parece demasiado difícil y el gintonic que llevamos bebiendo desde hace un rato también ayuda, todo hay que decirlo. Cuando empiezo a pinchar, me sorprende cómo la piel rebota, podría decirse que indicando claramente hasta dónde puedes introducir la aguja. Se introduce no perpendicular sino diagonalmente a la piel, de modo que es más fácil colocar la tinta bajo ella. Al principio pincho demasiado flojo, así que B me anima a apretar un poco más. Terminó repasando cada pecho y cada pezón unas tres veces, para que la línea sea más gruesa y visible. Durante todo el proceso, estoy concentrada en la piel, en el pequeño pecho que voy dibujando con cada golpe de mi mano.

Hacemos fotos y vídeos, y todo es tan rudimentario que yo me doy cuenta de que realmente tatuar es como un juego, y quizás así es como todo se inició hace miles de años. Si decoramos las paredes de las cuevas, ¿por qué no jugar con nuestras propias pieles? Y entre inquietos y maravillados, comenzaron así hombres y mujeres a colocar pigmentos bajo la piel, para experimentar, para demarcar, para mostrar, para decorar, probando.

Esta tarde de experimentación inaugura para mí una nueva faceta del tatuaje: la recreativa. Todo este ambiente de 'hazlo tú misma' es revelador, empoderante y muy cercano a un disfrute infantil parecido al que se siente cuando de niña se pintarrajean las paredes de la habitación propia con rotuladores. Se está haciendo algo mal visto a ojos de las personas adultas, pero el placer que se siente conecta con algo primario: la necesidad de crear, de mancharse las manos y también, claro, de saltarse las normas para explorar las sendas de lo que somos.

Repetiré, con amigas, con amigos, jugando, experimentando, creando, tatuando.

Subversión estética, motivaciones: *Recuerdo que cuando C se estaba tatuando, ella me explicaba que se tatúa estas cosas sin demasiado 'sentido' desde el punto de vista narrativo justamente para decir de algún modo: mira, me tatuó lo que quiero. Ella vincula el hecho de tatuarse este tipo de motivos con incomodar, con generar en la gente el pensamiento de: ¿pero por qué te has puesto eso ahí? Pues lo he hecho porque puedo, porque quiero, porque me da igual lo que pienses. Esto da una

nueva dimensión al hecho de que ambas se tatuasen ‘covid-19’ en otra *tatu party* durante el confinamiento de 2020.

A mi esto me suena a que hay que dejar de dar tanta importancia a los significados, como si tener que buscar un significado cerrado y bien atado para todo tatuaje que uno se haga fuese un peso, un estorbo, una molestia. Y me sorprende coincidiendo y entendiendo profundamente sus razones. Aunque existan tatuajes cargados de significado, de historia, de motivación y sentido, también existen los que son totalmente absurdos, desprovistos de sentido, o de estética, y es justamente en esta pirueta simbólica donde reside desde mi punto de vista la intencionalidad total de cualquier tatuaje: que nada importe más allá del propio deseo, de la propia utopía corporal, aunque esta a veces escape a cualquier explicación posible por parte de un espectador externo.

Teoría vs Vida: Frente a un mundo que no cesa de vigilar, comentar y juzgar los cuerpos ajenos, los tatuajes son una herramienta de subversión de estas lógicas. Sean bonitos o feos, significantes o no, pero se convierten en emblemas identitarios, en lugares para la rebeldía y la exposición ante los otros de lo que cada quien considera que debe permanecer en su cuerpo, al margen de consideraciones estéticas, narrativas o artísticas. Todo lo que se pueda decir de los tatuajes a nivel teórico queda dinamitado, sepultado, por la cantidad de anécdotas, diseños e historias que acompañan los litros de tinta que descansan bajo la piel de todas nosotras.

5.5.3. Reimaginar la cultura mediante la creación corporal

Susana apuesta por usar los lenguajes estilísticos y artísticos del estilo del tatuaje tradicional norteamericano aplicándolos a una imaginería vinculada a sus raíces andaluzas. Este uso rupturista del tatuaje, que ella vincula a un ‘redescubrimiento de mi identidad’ (Susana, 26, Granada), inaugura nuevos lenguajes y una crítica velada a la imposición de imaginarios culturalmente distantes que no nos representan ni conectan con nuestras tradiciones, nuestros referentes y nuestra identidad cultural:

Yo siempre digo que mi vida está llena de contradicciones y es que no podría describir mi cabeza mejor, para mí soy todo contradicciones puras y como que a veces yo lo pienso y me pregunto a mí misma que para que me haré tradicional americano... En plan, ¿por qué me hago *tattoos* tradicionales americano? Es como algo que a mí me genera muchas dudas, porque a mí EE UU casi que no me gusta, que es una técnica al fin y al cabo, pero es la deconstrucción ya al máximo exponente. Como algo que me pregunto el porqué. Y es como que este descubrimiento de quién soy, como que he dicho realmente es una estética que me encanta, pero me gustaría muchísimo poder tener los símbolos que me identifican a mí en esta estética que me gusta mucho, como se ve, etc... Entonces para mí, mi proyecto por ejemplo es, que en la espalda me quiero hacer una cruz de mayo con una flamenca y como que estoy teniendo mucha conexión con esa parte de mí, que antes como que esquivaba y me encantaría que estuviese ahí. O sea me encantaría poder llevar el *tattoo* a eso.

Eso me gusta un montón... Y como jugar también con el imaginario, porque yo sé que

el imaginario de Estados Unidos está chulísimo, un águila está guapísimo, pero me gustaba pensar en algo que yo dijese, pues esto viene de mí, como que está más conectado conmigo. –Susana, 26, Granada.

Karla, nacida en Nicaragua, relata una situación de reapropiación de una tradición cultural machista mediante mecanismos de transgresión en cuanto al género. En su caso, el camino fue diverso: primero creó una ruptura y después realizó el tatuaje como recordatorio de aquella aventura. Ella eligió marcar con un tatuaje la hazaña que lograron ella y sus amigas: generar una brecha en un baile tradicional rompiendo los dictados de género asociados a los papeles y posiciones durante el baile. El tatuaje sirvió como elemento de cohesión, actuando como una herramienta que fijaba de manera simbólica el antes y el después de una tradición nicaragüense que, hasta ese momento, había excluido a las mujeres y a las identidades queer:

En el muslo tengo dos máscaras de un baile [...] de *Historia*, el primer texto anónimo que relata la historia del Güegüense o el macho ratón. Que es: cuando llegaron los colonizadores a Nicaragua, cómo la gente que vivía en ese momento en Nicaragua se burló de los colonizadores. Siempre lo representan en baile... mucha gente lo ha criticado, porque es como centrarse nada más en eso, como la idiosincrasia de lo que somos en Nicaragua es un poco bastante chungo y generalista, porque Nicaragua es super diversa.

Sin embargo es un baile que se ha representado muchísimo como parte de esa identidad de: pues nos reímos de las desgracias. [...] Esa representación de: estamos viviendo una desgracia, nos están matando, pero nos vamos a reír de esta gente. Y básicamente esa es la historia del Güegüense o macho ratón. Seguido de esto hay un baile –que es una de las piezas favoritas de mi mamá–, es un baile que solo lo pueden representar, históricamente, en ese baile solo bailan hombres cis, por supuesto.

Ahora no sé si habrá alguna persona no binaria o algún hombre trans que lo haya bailado, pero históricamente en todos los bailes, cada vez que se presenta en un teatro o algo, son señores cis. Entonces nosotras estudiábamos en un colegio de monjas, solo mujeres cis, probablemente haya habido personas no binarias, hombres trans, pero en ese momento pues no conocíamos de gente que no se identificara con una mujer cis, así que diré mujeres generalizando ese momento histórico. Allá se celebra el 12 de octubre y siempre se tiene que hacer algo, el tema de la reina, de la hispanidad... en fin que siempre se representaban como bailes típicos.

En el último año de la secundaria nosotras dijimos: y por qué no lo bailamos. No necesariamente tenemos que ser hombres para bailar una pieza que es bonita y también representa nuestra cultura, lo que somos. Entonces pedimos permiso, y todos estaban como: pero ustedes son mujeres, cómo van a bailar eso... pues logramos que nos dieran permiso de bailar eso. Fue muy divertido por supuesto. Claro, el español era el alto, que llegaba y nosotros nos hemos caracterizado por ser un poco más bajos que los españoles que llegaron a conquistar, pero el que tiene los movimientos más bonitos es el Güegüense o macho ratón que es el que representa al nica.

Entonces fue muy divertido porque nosotras las chaparritas éramos las españolas y las altas eran las que hacían los movimientos del macho ratón. Más que esa representación de esa idiosincrasia... [el tatuaje] me lo hice antes de venir [a España] Me lo hice por eso, porque como grupo transgredimos una cosa que se suponía que no podíamos hacer. Porque en primer lugar sólo los hombres podían bailarlo, y nosotras mismas dijimos, pues por nuestros santos ovarios vamos a bailar esto. Y lo hicimos. –Karla, 30, Oviedo.

Tanto el relato de Karla como el de Susana ponen de relieve que, en contextos altamente globalizados, también se generan estrategias de reapropiación y ruptura: la cultura, a la luz de sus relatos, también *se hace*.

5.5.4.El género y el tatuaje se inscriben en el cuerpo

Frente a los binarismos tan presentes en nuestra cultura, reflexioné en el cuaderno de campo tras leer una entrevista a un filósofo español que hablaba sobre la posibilidades de habitar dos extremos a priori incompatibles:

“La tauromaquia es al mismo tiempo un acto de cultura y de tortura, no es incompatible”, dice Ernesto Castro en una entrevista en eldiario.es⁶⁷. Reflexiono sobre esta ausencia de contraposición, sobre la futilidad de los binarismos, también a nivel ideológico. Como feminista opuesta al binarismo de género, debo oponerme por igual al binarismo ideológico, a ese que pretende concentrar en dos extremos las complejidades de lo estético, lo subversivo o lo empoderante. Los cuerpos tatuados, como constructos utópicos, no tienen porqué estar en las antípodas de los cuerpos no marcados o “invisibles”. Simplemente se sitúan en una esfera de significado y resistencia que les ofrece propiedades de determinación y control que los cuerpos “de masas” quizás no experimenten por la vía de la punción de la tinta (lo cual no significa que esos cuerpos no marcados no puedan experimentar libertades y centrifugar resistencias con otros métodos y herramientas corporales).

Además, el cuerpo es cultural en su devenir pero biológico en su envejecimiento. Esta mágica combinación de, por un lado, construcción y posibilidad (devenir y utopía) e inevitabilidad y tiempo (paso del tiempo y envejecimiento), suponen la consideración del cuerpo como sistema complejo, repleto de significados, historias y condicionantes socioculturales y biológicos. –Extracto del cuaderno de campo. Marzo 2020.

Estas tensiones ideológicas se ven dinamitadas por las prácticas corporales. Frente a lo discursivo, los cuerpos *hacen* y con ese hacer rompen normatividades y generan nuevos usos y posibilidades. Mara lo ejemplifica al relatar cómo las mujeres mayores tatuadas rompen muchas expectativas sobre lo que, a ojos de la sociedad, significa ser una mujer vieja. La vejez, para ellas, supone una salida hacia la libertad corporal:

Lo lo vi esto en Ibiza por ejemplo, ahí todas las señoras amas de casa mayores iban a hacer punto, iban tatuadas los brazos y decían ellas: ah, es que yo fui secretaria pero... yo fui aquello, yo fui no sé qué... y como yo ahora no tengo que trabajar en nada, yo

⁶⁷ Entrevista accesible en: <https://www.yorokobu.es/ernesto-castro-trap/>

hago lo que quiero. Cuando ya nada las iba... ahora ya que eran más libres, ahora ya podían hacer lo que quisieran, fíjate qué concepto, es al revés. –Mara, 60, Santander.

Siguiendo en la línea de las críticas al edadismo y a los estereotipos de género asignados a las mujeres mayores, Mara narra una historia de gran potencial simbólico, la de Clara⁶⁸, que se tatuó cumplidos ya los 80 en un gesto que, según palabras de Mara, le había insuflado vida. Clara le dijo a Mara que ella a lo que venía al estudio de tatuaje era *a vivir*:

He tenido mujeres si que ya te digo, que han llamado la atención, por ejemplo, tuve una que era muy mayor, que tenía 80 y tantos años y esa mujer sí que era... además venía con su abriguito de visón, con sus pulseritas de estas de oro... y yo decía... la conocía eh, ella había sido secretaria de la diputación, se llama Clara y la conocía porque era amiga de mi madre, y digo, coño Clara ¿qué haces aquí? Porque claro, me sorprendió. Y me dice: vengo a vivir. Me dijo, porque sí, porque me voy a hacer un tatuaje. o sea ella se sentía... ¿ves? Era un punto. Me acuerdo que me tiró el Hola encima de... y digo yo: ¿aquí que me traes? Y me dice: Estefanía de Mónaco, que lleva una muñequera, eso es lo que me voy a hacer yo, esa pulsera. Y entonces le dije: bueno Clara vamos a hacértelo un poco diferente eh, más bonito todavía. Y me acuerdo que mientras la tatuaba, que además venía ese día como con una capita y todo su pelo de peluquería, y cuando iban los chicos ella hacía así, me encantaba, como con el labio *parriba* y yo me acuerdo que fíjate era tan mayor que yo dije a ver si no va a cicatrizar bien. Entonces yo subía, porque también estaba cerca del estudio, yo subía a su casa a verla cómo lo estaba cuidando, a echarla un poquito de crema y ya la miraba. Porque claro, era calor, y ojo, que cuando son pieles maduras, que no regeneran... yo digo a ver si va a tener cualquier infección, que se le quede en herida o lo que sea. Y no no, todo muy bien [...] ella estaba encantada. Luego yo la decía: Clara, cuando te crezca la piel y se cicatrice tu puedes ponerte ahí encima tus pulseritas. ¡Ay no no, no hija, las pulseras yo al otro lado, esto es *pa* que le vean todas las del paseo Pereda! Que ese es un sitio donde se ponen las señoras mayores *pa* tomar café y dice: ¡ahí, que se fastidien, que ahora no hacen más que chismorrear pero ya verás! Ella como que le había *insuflao* vida. –Mara, 60, Santander.

En el caso de Ohiana, el juego identitario se ha dado gracias a la transgresión de la imagen de ‘buena chica’ a la que siempre ha sido asociada debido a las características de su corporalidad. Para ella el tatuaje ha supuesto un cambio en dos sentidos: de cara al exterior, al enviar una imagen que a muchas personas ‘choca’, y de cara a sí misma, que reconoce la capacidad de los tatuajes para cambiar su auto-percepción. En definitiva esa asociación entre una corporalidad delgada o menuda y la falta de fuerza responde, una vez más, a un estereotipo de género determinado:

Pensando en mí misma, que siempre he tenido pinta de super buena chica, y soy así tímida, yo creo que al principio una de las cosas que más me fascinó fue esa sensación de apoderarme de mi imagen. Que ya no es cómo me vea la gente sino cómo yo decido mostrarme. o sea que me hago una cosa enorme que nadie se espera y todo el

⁶⁸ He asignado un nombre ficticio a Clara para proteger su intimidad.

mundo se queda así [actúa sorprendida]. En parte, esa especie de posicionamiento ya desde el principio me fascinaba. El contraste, que mucha gente no se lo espera. Igual me subo la manga y mucha gente se queda así... y a mi eso me gusta, no me hace sentirme extraña o juzgada. [...] y por otro lado, a nivel físico por ejemplo, ya es como más, en mi caso.... que por ejemplo soy super delgadita y estoy llena de huesos por todas partes, pues cuando me tatué el pecho sí que noté que ya me iba como destapando más porque ya no veía todo el huesarrón, veía flores y mariposas. Así que en ese sentido también. Pero vamos, creo que es algo que cambia todo. –Ohiana, 36, San Sebastián.

En un momento dado en la entrevista, se quita el jersey dejando entrever su pecho tatuado con lo que parecen ser flores coloridas de distintos tamaños, formando una fluida y orgánica forma que se mueve cuando habla. En ambos brazos, cubiertos hasta un palmo debajo del codo, se aprecian también tatuajes de color, tradicionales en su mayoría, por lo que puedo observar en la videollamada. Ella comenta cómo el hecho de haberse tatuado determinadas zonas fue una especie de gesto de rebeldía porque ella, muy delgada y de naturaleza tímida, transgredió esa imagen más ‘dulcificada’ de sí misma añadiendo esos elementos disruptivos a su propia corporalidad. Señala cómo mucha gente se sigue sorprendiendo cuando deja ver los tatuajes después de haberlos llevado cubiertos, y también que el poder taparlos le produce cierta satisfacción, ese juego entre el dejar ver o no dejar ver. –Extracto del cuaderno de campo. Febrero 2021.

También Claudia encontró en el hecho de tatuarse abundantemente el cuerpo un camino para romper con su timidez. El tatuaje le dio el ‘peso’ que ella necesitaba de cara a la sociedad, permitiéndole expresarse, comunicar algo sobre sí misma, sin necesidad de palabras:

Para mí, esto es algo muy personal, una adolescencia como muy, muy, muy introspectiva, muy insegura. Yo me acuerdo que por ejemplo en la escuela yo era un poco una sombra, ¿sabes lo típico que hay la chica super cool de la escuela? Pues yo era el opuesto, era como muy muy escondida, muy tímida, era muy introvertida, y creo que el *tattoo*, el hecho de empezar a hacer visible sin tener que hablar ha sido algo que me ha motivado. El hecho de... ahora a veces un poco me molesta porque me mira la gente, pero ya como que ha pasado el momento crítico, ¿no? Pero sin saberlo, sin enterarme, quería como que la gente me viera pero sin tener que decir: eh, hola, estoy aquí. O tener que exponerme, porque no soy un carácter muy, no sé, no me gusta tanto... más calladita a lo mejor, cuando vas en el medio de la gente... [...] Lo he hecho para diferenciarme, sí, en el sentido de que este carácter tan introvertido, tan para adentro, la imagen me ayudaba a llegar de una forma diferente a la gente y que la gente se podía acercar por curiosidad, entonces yo ahí podía tener una forma de soltarme un poco. –Claudia, 34, Barcelona.

Mercedes detalla cómo tatuarse supuso para ella comenzar a desterrar determinados complejos relacionados con su imagen. Tatuarse mejoró la relación con su propio cuerpo al ir añadiendo piezas artísticas a su poderosa colección:

Tengo mucha mejor relación con mi cuerpo pesando 30 kilos más que cuando era adolescente. Y con los años ha ido a mejor. Y tengo que decir que el tatuaje me ha ayudado mucho en eso, cosa que yo le digo a muchísima gente, a todo el mundo se lo digo. Cuando era más adolescente además se notaba mucho porque tenía una cintura así [señala, simulando que es muy estrecha], y luego me veías las caderas y me veías las piernas, y decías, esto no es normal. Y yo cuando empecé a tatuarme las piernas, que además empecé a tatuármelas porque como trabajaba de cara al público no me dejaban tatuarme los brazos, hasta que no empecé a trabajar en Apple no empecé a tatuarme los brazos. Y empecé a tatuarme las piernas, que no se veía, y decía: qué bonitas, ahora me gustan mis piernas. Ay, me gusta este dibujo, y ahora este, ay, cómo me gusta. Y cuando empecé con los brazos lo mismo, que claro siempre he tenido los brazos también más gorditos que el resto de mis amigas y yo me veía, y empecé a ponerme más tirantes. El escote no, yo con el escote siempre he estado muy a gusto, ves tú, en eso, siempre me he puesto cosas con escote. Pero en los brazos y en las piernas, ha sido... yo, es que me gusto mucho y ha sido conforme me he ido haciendo mayor y me he ido tatuando que me he estado viendo mejor. –Mercedes, 37, Barcelona.

Sonia encarna en su cuerpo las consideraciones negativas que algunos sectores de la sociedad tienen sobre los cuerpos tatuados, al relacionarlos con estados patológicos. En su caso, tuvo que hacer frente a su padre y su madre, quienes interpretaban sus elecciones corporales como actos de violencia contra sí misma. Sonia, no obstante, continuó con su proyecto porque en él encontraba motivaciones más allá de lo estético que, en sus palabras, la hacían feliz:

Yo me estoy tatuando por mi, a pesar de que la gente me esté diciendo que eso es feo, que no les gustan los tatuajes, que qué va a pasar el día de mañana cuando seas vieja y estés llena de manchas... es como, pero es que mi cuerpo no se va a ver mucho mejor sin tatuajes, por ejemplo. Pero yo sé que ahora mismo es lo que yo necesito porque quiero estar feliz conmigo misma. Claro, como te decía, mis padres que no les gusta nada... Cuanto más me tatúo, más se quedan como: pero por qué tienes que hacer esto, es que no te quieres. Lo ven como una agresión real a mi cuerpo, es como, estás sobrecompensando un sentimiento de una manera violenta, o sea, me están diciendo: odio mi cuerpo, me voy a tatuar, me estoy haciendo daño y lo único que quiero es hacerme daño. No, me estoy tatuando porque me quiero ver bien, porque quiero ser feliz conmigo misma. –Sonia, 26, Madrid.

En el cuaderno de campo, reflexioné sobre cómo, en cierto sentido, los tatuajes, se convierten en las narrativas de las entrevistadas en signos externos de procesos que tienen poderosos ecos internos. En mi reflexión, me topé con un término que de manera simbólica recoge esta visión:

“El vocablo ‘extimidad’ es una invención de Lacan. [...] El término ‘extimidad’ se construye sobre “intimidad”. No es su contrario, porque lo éxtimo es precisamente lo íntimo, incluso lo más íntimo. Esta palabra indica, sin embargo, que lo más íntimo está

en el exterior, que es como un cuerpo extraño.” (Definición extraída de un medio digital⁶⁹) –Extracto del cuaderno de campo. Diciembre 2021.

Pienso que los tatuajes pueden ser una de las traducciones más claras de la extimidad en el plano de la carne. Desde esta óptica se puede interpretar el relato de Sonia sobre su relación con su cuerpo y cómo los tatuajes la ayudan a exteriorizar lo que, invisible, ya se encontraba allí. En este proceso de ‘revelado’ artístico, la relación con su cuerpo evoluciona y se torna más positiva:

[Sobre su relación con su cuerpo:] Terrible. Yo no me veía bien en ningún momento. Yo además que he tenido problemas con... bueno, a ver, problemas... me refiero, yo a lo mejor antes pesada más, y no me gustaba mi cuerpo, y era como: me quiero tatuar la tripa pero no puedo tatuarme la tripa porque tengo la tripa fea, entonces ¿para qué me la voy a tatuar? Si no voy a enseñarla. Tonterías de ese tipo, porque no son nada más que tonterías y complejos y bueno, luego perdí mucho peso por temas de intolerancias y este tipo de cosas y si que es verdad que ahora pues considero que mi anatomía pues a lo mejor es más bonita. A ver, es que eso es relativo porque en realidad antes tenía unas partes de mi cuerpo que me gustaban más que ahora. [...] la cosa es que ahora cada vez que me tatúo pues me siento más identificada con quien soy yo realmente. Yo cuando me tatúo no considero que me estoy haciendo una pieza nueva, considero que estoy como revelando realmente quién soy. Como, esta es mi verdadera piel, ¿sabes? Entonces me siento muy identificada con mi cuerpo ahora, me siento muy cómoda, me gusta mucho lo que veo del arte que llevo... es totalmente diferente. –Sonia, 26, Madrid.

A Bárbara (37, Zaragoza) una vez alguien le explicó algo similar: “a mi una vez un tatuador muy muy muy antiguo, muy viejuno y muy antiguo, me dijo que en realidad los tatuajes los llevamos ya dentro, que simplemente van saliendo” (Bárbara). *Yo misma, al tatuarme la espalda, también utilicé el símil de la verdadera piel.* Esta idea de la piel como *verdad*, y no como máscara o velo, simboliza una suerte de puente entre lo íntimo y lo social:

Cuando salgo de allí, camino hacia casa y al llegar me ducho y observo mi espalda en el espejo. Tengo la sensación de que el viaje ha comenzado. De pronto esa no es mi espalda, sino una espalda que ha viajado hacia mí desde años luz de distancia. Me da la sensación de que lleva viajando hacia mi desde que yo era un embrión y entonces ese 20 de enero de 2021 por fin comenzó a alcanzarme su verdadera forma. Y como si se tratara de una superposición de planos de realidad, veo mi espalda más cercana a esa que yo deseo que sea y a la vez muy lejana de lo que mi espalda lleva siendo durante toda mi vida. Y esta sensación trascendental tan difícil de explicar con palabras me acompaña durante los días posteriores y se niega a abandonar las capas de mi piel.

En dos ocasiones, antes de empezar a pinchar, Juanma me da las gracias por cederle -¿dejarle?- mi espalda, un espacio tan grande de mi propio cuerpo, para trabajar. Ese

⁶⁹ Definición accesible en:
<https://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/subnotas/143452-46125-2010-04-08.html>

agradecimiento me traspasa y me predispone a un viaje de placer, un viaje que a pesar del dolor tengo la sensación cosquillosa de que me va a reportar muchas cosas intensas y preciadas. Mi próxima cita será en tres semanas desde esta primera y la verdad es que estoy deseando que ese momento llegue. Como si me encontrase en océano abierto, viajando hacia el siguiente lugar, y estuviese impaciente por conocer a fondo y con ojos pasmados la próxima parada. –Extracto del cuaderno de campo. Febrero 2021.

En este proceso de revelado de quienes somos realmente confluyen miradas externas, memoria y genealogías. Sobre devenir (un) cuerpo, reflexioné en el cuaderno de campo a través de la serie fotográfica *Family tree* del artista nacido en China Zhang Huan:

La serie fotográfica de Zhang Huan *Family tree* (2000) impacta en la retina con una fuerza inusitada. Los nueve autorretratos de la serie generan inquietud e incluso agobio al mostrar el rostro del artista cada vez más sepultado bajo palabras marcadas en tinta sobre la piel. El artista nacido en China se captura a sí mismo a lo largo de un mismo día, desde el amanecer hasta el anochecer, mientras que 3 calígrafos inscriben nombres de miembros de su familia, cuentos y pensamientos sobre la tez de su cara.

Al final de la serie, el rostro aparece totalmente cubierto por el oscurísimo tinte, intuyéndose unos ojillos semi abiertos bajo unos párpados que parecen las puertas de entrada a una cueva misteriosa. La fuerza de la obra se apoya así, de cierta manera, en dos ideas: la genealogía, que conforma un árbol familiar encarnado sobre el rostro de Zhang, y, por otro lado, la desaparición del sujeto, que acaba enterrado por esa misma estirpe familiar y por sus propias historias e ideas. Lo que en un inicio lo marcó para, de manera figurada, configurar un mapa de sí mismo, de sus antepasados y de su propia existencia, termina aniquilando de algún modo su imagen, volviéndolo irreconocible en el anochecer de su performance.

El propio Huan indica, sobre la serie de fotografías, cómo su identidad se vio rasgada, afectada profundamente por el proceso: “Invité a 3 calígrafos a escribir textos en mi cara desde primera hora de la mañana hasta la noche. Les dije lo que debían escribir y que mantuvieran siempre una actitud seria al escribir los textos, incluso cuando mi cara se oscureciera. Mi rostro siguió la luz del día hasta oscurecerse lentamente. No puedo decir quién soy. Mi identidad ha desaparecido [I invited 3 calligraphers to write texts on my face from early morning until night. I told them what they should write and to always keep a serious attitude when writing the texts even when my face turns to dark. My face followed the daylight till it slowly darkened. I cannot tell who I am. My identity has disappeared]⁷⁰”

Esta serie fotográfica puede servir para inaugurar, de una manera gráfica, la pregunta inaugural que generó esta reflexión: ¿nos convierte el cuerpo en quienes somos de un modo directo, o es el cuerpo un mero mediador de nuestra existencia en el mundo? En

⁷⁰ Texto recuperado de la página dedicada a la serie en la web del propio Huan. Accesible en: http://www.zhanghuan.com/worken/info_71.aspx?itemid=962&parent&lcid=193

el primer caso, el del cuerpo anónimo, sin más vestido que su propia carne, sin más modificación que la que puedan generar en él procesos vitales como la respiración o la alimentación, nos daría entidad como sujetos, sin necesidad de adornarlo, modificarlo, experimentarlo o retratarlo. En el segundo caso, por el contrario, el cuerpo sería envase y lienzo, recipiente y hoja en blanco, base anónima de nuestra existencia, necesitado de vestido, alhajas y cicatrices para distinguirse del resto de cuerpos y para explicarse ante el mundo y ante sí mismo. En este sentido, las modificaciones corporales pueden ser consideradas adyuvantes íntimas en ese proceso de devenir cuerpo.

El tatuaje, que es el foco principal de este texto, es la modificación más textual de todas, por su carácter permanente y por ser susceptible de lecturas por parte de terceros, otorgándole esta cualidad una suerte de carácter narrativo. Pero, ¿cómo se lee ese cuerpo modificado que es carne a la vez que texto y arte?, ¿percibimos de manera distinta el cuerpo tatuado en función del territorio o el género?, ¿cómo se representan y conciben los cuerpos modificados en el occidente contemporáneo?, ¿para qué sirven?. Aunque para mí no sea lo narrativo lo que define al tatuaje como técnica y como resultado artístico, en esta ocasión me interesa pensar en el tatuaje como texto encarnado que se inscribe desde dentro hacia fuera y no al contrario. –Extracto del cuaderno de campo. Diciembre 2020.



Imagen 11. *Family tree*, de Zhang Huan (2000)⁷¹

Mónica (33, Graz) asocia el gesto de tatuar profusamente su cuerpo con la disidencia de género. Ella reconoce que los tatuajes están anclados a su identidad, a diferencia de otras modificaciones corporales no permanentes: “se integran muy rápidamente, de una manera

⁷¹ Imagen extraída de: <https://www.phillips.com/detail/zhang-huan/UK010511/165>

identitaria” (Mónica). En este sentido, ella vincula su cuerpo tatuado con su ubicación identitaria en el espectro del no binarismo de género:

Con respecto a lo que dicen de mí hacia el exterior... supongo que eso también forma parte de una cosa identitaria porque como llevo muchos, son bastante visibles, casi siempre, menos igual en invierno, pero casi todo el año algo se ve, entonces yo creo que forma parte de mi identidad como persona. Soy una mujer tatuada. Es algo que está ahí, como una de las partes de mi yo. [...] es algo que mantengo de esa disidencia un poco más rebelde a los roles de género. Desde pequeña siempre, no me ha encajado nunca el modelo de feminidad que se esperaba de mí. Me corté el pelo a los 9 años, llevaba siempre ropa super ancha, ropa de chico, el pelo rapado a los 12, luego durante la adolescencia intenté convertirme en la chica que querían que yo fuese pero no cuajaba eso ni pa’atrás. Y ahora con esta cuestión también que te he dicho del maquillaje, ahora ya me siento más cómoda integrando aspectos de la feminidad hegemónica en mí porque ya no lo siento como un peligro a mi identidad. Ahora ya puedo ser parcialmente femenina sin que mi identidad se vuelva un poco loca. Y el tatuaje yo creo que es una de las cosas que también juega ahí un rol y que por supuesto está siempre generizado [...] Entonces creo que sí, que es parte de disidencia de los roles, de los estereotipos de género es parte también de cómo yo vivo mi género. Que tampoco sé cómo lo vivo. Lo intento vivir... me sitúo en el espectro no binario pero no hago esfuerzos tampoco para ello. Paso por mujer cis para cualquiera que me vea, por supuesto, pero luego mi comprensión del género es no binaria y creo que los tatuajes aportan como una capa a esa disidencia, a esa imagen que quiero mandar de que no soy una mujer normativa. –Mónica, 33, Graz.

Karla también vincula el cuerpo tatuado y el proceso de tatuarse con su identidad de género, no binaria. Primeramente, ella hace referencia a la idea del cuerpo como tierra que cultivar de manera autónoma, como territorio del que reapropiarse también en términos estéticos:

Ahora lo que me atraviesa es el cómo se supone que se tiene que ver una persona no binaria, y es como: es mi territorio, es mi tierra y yo la cultivo como yo quiera cultivarla. [...] es mi problema, cómo voy a gestionar yo ese territorio y este terreno para que eso florezca ahí. No tiene por qué ser solamente lo que dicen las demás personas de cómo tengo que ser o cómo me tengo que ver. Como esos territorios pues, la apología es como, de ese territorio que fue conquistado en un principio. Por ej, cuando llegaron los conquistadores, que quisieron proyectar esta imagen europea, cuando en realidad habían otras cosas, pues lo mismo pasa con el cuerpo. Es como esa colonización de los estándares, de los estereotipos, de cómo se supone que tenés que ser, los cánones que irrumpen y violentan lo que sos, lo que tenés, lo que vos realmente querés proyectar hacia fuera –Karla, 30, Oviedo.

En este sentido, para Karla fue difícil aceptar algunas partes de su cuerpo, como sus senos, no porque ella los rechazara sino porque los mensajes que recibía acerca de la androginia esperada en las personas no binarias la forzaron a creer que sus senos no eran adecuados. Tatuarse el pecho le ayudó a resignificar su pecho y reapropiárselo, así como descubrir que

había más personas no binarias racializadas con pechos:

Una de las cosas que no me gustó de la imagen de lo que se supone que tiene que ser una persona no binaria es esa androginia que hay que tener. Yo comentaba con un amigo también: es que yo, joder, a mi me costó un montón aceptar mis senos, mis tetas, y fue a raíz de tatuarme aquí [señala entre sus senos, a la altura del esternón] que comencé el proceso de reconciliación. Y mira, me tomó 15 o 16 años reconciliarme con ellas y ahora no me voy a deshacer de ellas solo para encajar en un canon de lo que se supone es ser no binario. Pero es que no conozco a nadie que se vea como, y me dijo: tomá, todas esas cuentas son personas no binarias racializadas que tienen tetas. O, todas estas son personas racializadas que quieren seguir vistiéndose ‘fem’. [...] Y nunca me imaginé que un tatuaje me iba a dar este cambio. De tenerlo y decir: se tiene que ver. Con esta camisa no se ve pero en verano o con ciertos vestidos, con cierta ropa, si se ve. De todos, todos, ese es el que más... ¡wow! –Karla, 30, Oviedo.

Su cuerpo transformado rompe con dictados de género binaristas y también con los propios códigos no escritos que definen una supuesta estética no binaria adecuada. Otros elementos estéticos que ella cree que ayudan a romper esos dictados son el maquillaje, la moda o las manicuras extravagantes. Estos elementos, son usados “no solamente [...] para satisfacer creo yo a un canon o para entrar en un canon sino también para romper con esos mismos cánones” (Karla, 30, Oviedo). En este sentido, las redes sociales han supuesto para Karla una gran comunidad donde encontrar a personas no binarias similares a ella, a esos cuerpos que rompen dictados de género encarnando la diferencia con júbilo y compromiso. De ahí que ella misma se refiera al ‘libro de autoayuda Instagram’, para resaltar lo positivo que ha resultado para ella encontrar referentes vitales cercanos a su visión del cuerpo, el género y el mundo.

En febrero de 2021 acudí a una capacitación⁷² para profesionales del mundo de las modificaciones corporales. Emitida desde Argentina, se celebró online a través de una plataforma de videollamada. Lo interesante de esta charla fue sobre todo el hecho de que el colectivo transfeminista que la organizó detectase que era necesaria formación sobre las modificaciones corporales y el trato respetuoso a las distintas identidades de género. Durante el taller, se brindaron herramientas para cuidar la práctica, de parte de personas tatuadoras y anilladoras, cuando acude al estudio una persona con identidad de género disidente. El taller fue impartido por un hombre trans, profesional de la modificación corporal, partiendo de sus experiencias tanto profesionales como íntimas. Identifiqué este fórum como una necesaria respuesta a las necesidades de los cuerpos disidentes en los procesos de transformación del cuerpo, para trabajar desde el respeto y la apertura e ir desterrando formas de hacer machistas, sexistas e irrespetuosas con la diversidad.

Cristina reniega en su relato tanto de las asociaciones entre tatuaje y rebeldía juvenil como entre tatuaje y empoderamiento. Para ella, tatuarse tiene que ver con perseguir una estética

⁷² Anuncio sobre el taller de capacitación en Instagram accesible en: https://www.instagram.com/p/CLhJ7_vAbU8/

que se sale de la norma. Ese escape de la normatividad es algo que ella disfruta desde que era una niña, y le interesa sobre todo de cara a generar espacios de libertad para la exploración de la propia imagen corporal:

Lo que para mi es primordial es seguir la estética, pero no lo veo tan empoderante pero si me da cierto poder entre comillas salirme de la norma, no ser tan estereotípica, tan normativa. Me gusta dar un poco más, no ser la típica chica guapa que tiene un buen cuerpo y poco más[...] Desde que soy pequeña a mi siempre me gustaba salirme de la norma, me gustaba ser un poco diferente, que la gente me mirara y dijera: oh, pues no parece lo que yo suelo ver siempre. Pero si es verdad que no creo que sea muy rebeldía, de joven si, de joven yo creo que fue, de adolescente, sí que fue rebeldía, porque yo era una persona bastante rebelde. Pero ahora mismo no, ahora mismo lo veo como... me gustaría quitar la palabra rebelde del *tattoo*, ahora mismo como lo veo yo. Me gustaría que la gente asociara el *tattoo* también a gente seria, a gente que es comprometida, gente que tiene responsabilidades, que tiene una vida estable. Yo por ej tengo una vida super estable, super tranquila, yo no bebo, yo no ando por ahí de fiesta constantemente como es lo que la gente se piensa, ¿no? Como: guau, *tattoo*, punk, rebeldía, trap... para nada. [...] Es algo que me gustaría que se disipara un poco. Por eso yo creo que te da un poco de poder, te da poder salirte de la norma. Eso de salirse de la norma siempre da un poco de poder, ya sea con *tattoos*, ya sea con el pelo, ya sea con mil cosas. –Cristina, 24, Tenerife.

Julieta se hizo su primer tatuaje a escondidas de su madre cuando era aún menor de edad. Eligió un conejito de playboy porque, en los años 90, aquel era un símbolo muy popular. El hecho de tener tatuado un símbolo como ese, que podría ser tachado de machista, se resignifica al asentarse sobre el propio cuerpo. Ese conejito, actualmente, ha sido de hecho totalmente resignificado y observado, por ejemplo, cómo una conocida tatuadora de Granada lo tatúa a menudo, en brazos, piernas o, incluso, un cuello femenino. El icónico conejito ha sido reapropiado y resignificado desde lecturas feministas que transgreden los límites de lo aceptable para las mujeres:

Me hice mi conejo de *playboy*. En *to* mi inglés, con 13 años. Yo digo, hoy estaba pensando en que iba a verte y *to* eso y le he estado dando muchas vueltas a ese icono y a lo que representa, los logotipos, todas las mierdas estas ¿no? [...] Además es un símbolo como de ser femenina, de ser sexual, ser libre. En la connotación que tenía que era precisamente enfocada hacia los hombres, ahora mismo es exactamente lo contrario. Y yo en su momento lo veía así también te digo... otra persona con la mirada sucia entre comillas, también entiendo esa relación de ese logotipo porque quieras que no, *playboy* es *playboy*, pero el tema es ya también la lectura que se le da a un icono. –Julieta, 33, Granada.

En el cuaderno de campo, reflexioné en torno a los estereotipos de género que rodean a los cuerpos femeninos y cómo nuestro margen de maniobra respecto a nuestra presentación

corporal son muy limitados. Fue el visionado de una película, *Pearl*, el que me lanzó a estas reflexiones:

Comienzo a ver *Pearl*, en Filmin, sobre una mujer culturista que se encuentra en un hotel con su entrenador, donde se celebra además una competición de culturismo. Observando su cuerpo, me doy cuenta de que aunque [las culturistas rompen estereotipos de género al modificar sus cuerpos de ese modo, realmente su proyecto no tendría que tener fin, ya que también va muy vinculado a un ideal determinado: bronceado, musculoso, maquillado. Contrapongo esos ideales de cuerpos “externos” a una misma al cuerpo profusamente tatuado que, como proyecto, permite mayor libertad creativa. No hay un ideal al que tender, o que debamos alcanzar. Digamos que el proyecto tiene forma en la cabeza o se va haciendo por el camino, y en lugar de hacernos sentir que no somos suficientemente bellas, delgadas o musculadas, va contruyéndose paulatinamente en función, hasta cierto punto, de nuestro deseo.

Es el deseo, la utopía, lo que mueve al cuerpo tatuado hacia nuevos imaginarios encarnados. No existe una competición de tatuadas como sí que existen de musculadas o de bellas (pienso en las profesionales del culturismo o las miss mundo, por ejemplo). El cuerpo tatuado tiende puentes con unos ideales promovidos internamente y, aunque sigan operando esos cuerpos externos que nos dicen cómo nos deberíamos ver, al menos en la parcela de la piel tatuada se abre una ventana a la experimentación sin límites definidos o impuestos. Será cada cual quien decida hasta qué punto ha de progresar su proyecto, desde quedarse en esas dos medias mangas japonesas hasta llegar a cubrir zonas como la cara o las palmas de las manos con tinta. En todo caso, el cuerpo tatuado, visto así, es un cuerpo que se convierte en escenario de la utopía, entendida esta como un horizonte al que acercarnos, como un imán hacia un cuerpo mejor, no para el exterior, sino para nosotras mismas. –Extracto del cuaderno de campo. Septiembre 2022.

Bárbara entiende el tatuaje como un arma empoderante, como una herramienta para definir su cuerpo, y los de las mujeres a las que tatúa, en términos alejados de los exigentes cánones impuestos. El componente emocional es poderoso en su relato, y de hecho, cuando ella tatuó a su madre, le preguntó si no sentía cierto empoderamiento al haberlo hecho, sobre todo teniendo en cuenta que a su madre no le gustaban los tatuajes:

A mi madre la tatué en la cuarentena -que ella odia los *tattoos*, pero decidimos, pues oye ya que estás aquí me tatúo y yo: vale. Y yo: mamá, ¿no sientes que te acabas de empoderar un montón porque has modificado una parte de tu cuerpo? Que tú has nacido así y resulta que ahora coges y la puedes modificar. Y mi madre: uy, pues nunca lo había visto así de esa manera tan empoderante, tienes toda la razón, es algo que mira, que lo quieres hacer y lo vas llevar. –Bárbara, 33, Zaragoza.

En su propia piel, Bárbara siente los tatuajes como elementos de transgresión corporal y de género; le aportan sensación de control sobre su propio cuerpo, al alejarlo de los ideales de belleza y acercarlo a una imagen más agresiva, combativa y libre:

Yo creo que cada persona lo llevará a su punto. Yo conozco por ejemplo peña trans que sí que se tatúa un poco por deconstrucción de género, pero yo lo he vivido más como no aceptar, un poco subversión de decir: pues es que yo quiero modificar mi cuerpo que se supone que es algo que no puedes modificar, encima que nos lo han vendido en la Iglesia muy bien todo el tema del cuerpo, la blanquitud... Yo lo he vivido también... sin darme cuenta que me estaba empoderando cada vez más, al tatuarme más y más [...]por eso mis diseños suelen ir tirando al empoderamiento de la mujer.

[...] Luego también me gusta mucho dibujar mujeres con panteras porque es lo que creo que también empodera mucho. Todas mis amigas llevan panteras, siempre estamos diciendo: somos una pantera. Lo vivo de una manera empoderante y me encanta que las tías se tatúan panteras, felinos... [...] entonces cuando iba diseñando tatuajes, y a la vez yo tatuándome, como yo me he sentido empoderada, diciendo: pues es que soy una tía y me estoy modificando todo el cuerpo, y estéticamente es que está quedando hasta mal, pero me dio igual. Todo pegotes y manchas y me encanta. También he ido al punto de empoderamiento igual más de sacar tu lado salvaje, más subversivo sí. –Bárbara, 33, Zaragoza.

Nuestra identidad se apoya en la performatividad para expresarse. Mónica, filósofa, reflexiona en torno a esta idea y las sanciones que sufren las personas que no encajan:

La performatividad tiene el doble filo, o la doble dimensión, de la agencia y las estructuras. Hay unas estructuras que dictan una serie de normas y luego dentro de esas normas tenemos agencia, pero no significa que podamos hacer todo lo que nos de la gana. Lo podemos hacer, pero tiene un castigo social porque no encajamos, nos convertimos en personas, individuos abyectas, y si nos conformamos completamente a las normas en contra de nuestros deseos podemos también ejercer violencia contra nosotras mismas. Entonces la performatividad es interesante por eso, esta doble dimensión y yo creo que sí, que al final es una cuestión de buscar el balance personal, de cada cual, entre la agencia y la estructura. Igual cuando eres más rebelde, o cuando quieres destruir más las estructuras, quieres cambiarlas, estás ahí en modo activista a tope, pues dices sí, voy a enseñar mis pelos, voy a enseñarlo todo y voy a hacer esto y lo otro, y utilizas el cuerpo también para expresar todas estas cosas. Y luego hay otras épocas en la vida que estás menos rebelde, o más cansada, y dice: mira, me ajusto un poco más y ya la pelea dentro de unos meses cuando tenga fuerzas. Puede ser que haya ahí esta tensión entre conformarse y no conformarse, porque ser una persona que no se conforma con las normas de género es cansado, pagas un precio. –Mónica, 33, Graz.

Susana aboga por ser una mujer diferente; sin dejar de tender puentes con las que la preceden, como su abuela, los tatuajes para ella suponen una subversión de ciertas reglas no escritas en torno a cómo debe verse una mujer:

Yo pienso que para mi la mayor transgresión que digamos ejerzo con mis *tattoos* es como te dije la de que soy dueña de mi cuerpo y como que siento que me diferencio y alejo de ciertas cosas, pero realmente en el mundo de hoy como que yo pensaba que iba

a sentir mas eso, pero no lo siento tanto. También porque soy una persona normativa, como que se que tengo el privilegio de ser blanca, bonita y tal, y eso como que hace balance y no siento tanto rechazo. Eso sería como la transgresión más grande que siento yo. [...] Para mi, como nuestra idea de abuela es como super diferente, pero me gustaría que hubiese cosas de mi abuela que yo siguiese teniendo, sus tradiciones, sus comidas, sus cosas, pero que lo hago siendo una mujer diferente. –Susana, 26, Granada.

En cuanto a las corporalidades diversas y la oportunidad de nombrarnos, modificarnos y explorarnos, publiqué algo en mi cuenta personal de Instagram en julio de 2021 que recoge las visiones recogidas durante el trabajo de campo de esta investigación:

Hace casi 10 años que hablo con mujeres (tanto tatuadas como tatuadoras) acerca de cuerpo y tatuaje y la principal conclusión a la que llego es que la diversidad de experiencias y vivencias corporales es enorme. Esto me parece importante sobre todo porque lo que escribo quiere siempre alejarse de las generalizaciones.

Existen montones de investigaciones que desde la psiquiatría, la psicología o la sociología se dedican a meter a todas en el mismo saco, enumerando motivos muy generales por los que una persona decide tatuarse extensamente. Suelo sospechar mucho de estos estudios. Y sospecho desde el conocimiento tras mis investigaciones: no hay una sola entrevista igual a otra. Cuando escuchas a alguien hablar libremente sobre su piel tatuada te das cuenta de que las vivencias son tan diversas como lo son los cuerpos y las mentes.

Dicho esto, sí que puedo decir que todas reflexionamos mucho sobre nuestro cuerpo y, en muchas ocasiones, lo experimentamos de manera intensa. Nuestra corporalidad determina nuestras relaciones, nuestra identidad y nuestro desenvolvimiento en el mundo. Cuando hablo con mujeres profusamente tatuadas constato algo que sí que me atrevo a generalizar: todas estamos negociando nuestro lugar en el mundo del modo que mejor sabemos/podemos/queremos. Con las herramientas a nuestro alcance, las mujeres y todas aquellas identidades y corporalidades consideradas inferiores en la jerarquía de poder patriarcal, todas, nos construimos, haciendo de nuestro cuerpo un espacio radicalmente propio (sacándolo de la normatividad y colocándolo en posiciones incómodas de cara a la sociedad), un cuerpo más parecido a lo que nosotras realmente deseamos de él y no tanto a lo que el entorno espera de nosotras.

Me sigue fascinando escuchar a estas personas, me parece alucinante la cantidad de historias, motivaciones y entendimientos del tatuaje que explicitan y me sigue resultando inquietante que aún existan personas que se nieguen a ver más allá del cuerpo, sea este como sea.

(Sigue en comentarios!) [#tattooing](#)

Una de las mujeres a las que he entrevistado estos meses me dijo algo que me quedó grabado a fuego: “Yo no juzgo a ninguna persona que modifique su cuerpo, sea para ponerse pecho, sea para dilatarse los lóbulos. Y no lo hago porque es lo que espero que la gente haga también conmigo”. Detrás de toda práctica corporal existe un motivo y

una persona peleando para encontrarse a gusto con su cuerpo. Eso es algo sumamente importante que nunca debería ser menospreciado. Los juicios quedarían así en un segundo plano y tal vez en lugar de comentar despectivamente desde una superioridad impostada, nos atreveríamos a interesarnos de veras por ese cuerpo y sus historias.

#tatuaje #cuerpo #diversidad –Publicación en mi cuenta personal de Instagram. Agosto de 2021. (Julia Amigo [@julia.amigo_]. (1 de julio de 2021). *Hace casi 10 años que hablo con mujeres (tanto tatuadas como tatuadoras) acerca de cuerpo y tatuaje y la principal conclusión a la que llego es que la diversidad de experiencias y vivencias corporales es enorme.* [Descripción audiovisual]. Instagram. <https://www.instagram.com/p/CQyXBZADShg/>).

Cuando estoy cerrando la escritura de estos resultados, mi Instagram comienza a llenarse de portadas de la revista Vogue en su edición Filipina. No se trata de una portada cualquiera: por primera en la historia de Vogue, una publicación de moda con recorrido de tantos años y una carrera sólida, ocupa la portada una mujer profusamente tatuada: Whang-od Oggay, la tatuadora kalinga de 106 años que tanto me fascina. No soy la única. Se que esta mujer menuda de ojos vivos y brazos totalmente cubiertos de tinta ha inspirado a muchas otras mujeres antes que a mí. Pienso que esta es una bella manera de cerrar el ciclo de este extenso capítulo de la tesis. con la noticia de una portada ocupada por una mujer extraordinaria, un recuerdo nuevo de que los referentes son importantes, de que las redes también son un rincón para el encuentro y de que las mujeres y todas aquellas identidades consideradas inferiores por el patriarcado tienen a su alcance mundos infinitos de posibilidades en que, colectivamente, construirse, imaginarse y, si lo desean, modificarse.



Imagen 12. Whang-od Oggay en Vogue⁷³

⁷³ Imagen recuperada de:
<https://www.expatsmedia.net/106-year-old-tattoo-artist-philippines-vogues-oldest-cover-model/2023/04/>

6. Discusión

6.1. Situando el mundo del tatuaje en España

El concepto de innovación cultural (Feixa, 2004) resulta útil de cara a analizar la evolución del tatuaje en el contexto español. La historia política y cultural española explica en gran medida la introducción tardía del tatuaje en España. El hecho de que nuestras referencias y referentes en el mundo del tatuaje sean escasas –especialmente en el caso de los referentes femeninos– tiene una explicación sociohistórica.

Las diferencias territoriales dentro de España responden también a modelos de expansión de innovaciones que explican que las grandes ciudades, como Madrid o Barcelona, y las zonas costeras y turísticas, tienen más intercambios culturales que el resto de zonas de la geografía donde, por ende, las innovaciones culturales llegan con cierto retraso. Los resultados muestran cómo el tatuaje tiene mayor arraigo sobre todo en Barcelona o Bilbao –ciudades costeras, grandes poblacionalmente y cercanas a Europa–, ciudades que siempre han tenido mucho intercambio, tanto a nivel comercial como cultural, con otros países europeos, y es en ellas en las que las mujeres españolas inician la práctica de tatuar y tatuarse.

En este sentido, es pertinente pensar en la comercialización de la práctica. Aunque es innegable, a la luz de los relatos presentados, que el tatuaje se ha convertido en un objeto de consumo en determinadas esferas, las narrativas de las participantes también muestran resquicios a este respecto, como la celebración de *tattoo parties* y el intercambio de tatuajes entre colegas. Estos casos complejizan el estatus comercial del tatuaje, añadiendo a su entendimiento una necesaria mirada cauta: no todas las manifestaciones del tatuaje están vinculadas a una industria institucionalizada. En este sentido los datos obtenidos contradicen los de Dann, Callaghan y Fellin (2016) quienes señalan que los tatuajes en relación a las mujeres “se siguen comprando, siguen siendo en sí mismos un producto de consumo, una mercancía [they are still bought – they remain in themselves a consumer product, a commodity]” (p. 44). Los resultados de esta investigación niegan que todos los tatuajes puedan ser considerados un producto de consumo.

Boltanski (1971) introduce el concepto de cultura somática o cultura corporal para poner de relieve que los cuerpos se desenvuelven en esquemas socioculturales determinados que influyen cómo se vive y experimenta la corporalidad. En el recorrido visual de Feixa y Porzio (2008) por las tribus urbanas de Barcelona, se señala que el tatuaje “es Moda cuando lo que se busca es seguir los dictámenes del circuito comercial” (p. 10). Los resultados de esta investigación complejizan también estas afirmaciones, al posicionar las corrientes de moda dentro de una esfera cultural y artística determinada. Coincido con los autores, por otro lado, cuando entienden el tatuaje como un mundo polisémico en sus significados que también puede ser considerado herramienta artística e identitaria. Siguiendo a Boltanski (1971) y su

idea de cultura somática, el tatuaje puede ser considerado una práctica corporal imbuida de los códigos de una cultura somática determinada. Esto no significa que los cuerpos tatuados no logren, también y cuando sus elecciones se alejan de la moda y se centran, por ejemplo, en una idea de *body project* o de coleccionismo, resistir y subvertir los códigos hegemónicos de la cultura donde se encuentran insertos.

La expansión en el uso de Internet en España desde principios del siglo XX y la llegada de las redes sociales han supuesto un antes y un después en la expansión y popularidad del tatuaje en el contexto español. Así como la televisión en Estados Unidos capitalizó la práctica del tatuaje con la emisión de programas como el protagonizado por la tatuadora Kat Von D., en el presente, los videoblogs, redes sociales como Instagram o programas emitidos en plataformas de vídeo como Youtube tienen una enorme influencia social –especialmente en las personas jóvenes– y su percepción de los tatuajes.

Los resultados obtenidos muestran que es probable que las generaciones jóvenes en España estén cambiando los usos en torno al tatuaje. Siendo la edad media de las participantes en esta investigación de 37 años, las personas entrevistadas han señalado cómo las personas jóvenes están perdiendo el miedo a modificarse en lugares muy visibles como cara o cuello. Esta situación transforma el mundo del tatuaje en dos sentidos: por un lado, mostrando que las prácticas corporales cambian conforme las sociedades evolucionan, lo cual especialmente aplicable al caso español, marcado históricamente por un pasado dictatorial represor de la subversión estética; y por otro lado, generando nuevos lenguajes en la cultura del tatuaje en sí, al promover proyectos de tatuaje que ya no siguen el mismo orden que se suponía anteriormente, cuando para tatuarse manos, cara o cuello la persona debía ‘ganárselo’ tatuando antes extensivamente el resto del cuerpo.

Todas estas ideas refuerzan también que el caso español no podrá ser analizado ni entendido a la luz de textos anglosajones que tanto se citan en producciones académicas en torno a los cuerpos tatuados. Las conclusiones de las investigaciones en el ámbito anglosajón sólo serán aplicables a los países donde la práctica del tatuaje lleva asentada desde finales del siglo XIX o principios del XX. Para entender el caso que ocupa esta investigación ha sido imprescindible poner en el centro las narrativas de las personas relacionadas con él. Esta apuesta por los relatos en primera persona, por el uso de la etnografía, ha permitido conectar las narrativas con el clima sociopolítico para lograr un entendimiento del tatuaje crítico y situado. Por poner un ejemplo representativo de estas diferencias, en Reino Unido, Jessie Knight –la primera tatuadora inglesa de quien se tiene constancia– comenzó a trabajar en su propio estudio en Gales en 1921, mientras que el primer estudio regentado por una mujer en España abrió al público en 1984, analizado en esta investigación.

6.2. Lo externo nos influencia, pero no solo

Aunque no ha sido objeto de esta investigación indagar en las formas tradicionales del fenómeno, quisiera destacar que la práctica ha sido vinculada en su historia tanto a hombres como a mujeres (Eason, 2007; 2010; Krutak, 2007). Con esto me gustaría poner de relieve que la idea de que el mundo del tatuaje ha estado históricamente masculinizado será aplicable solamente en casos concretos, fundamentalmente occidentales. Una vez aclarado esto, es necesario señalar que abundante literatura pone de relieve cómo los discursos negativos en torno a los cuerpos tatuados de las mujeres siguen estando muy presentes (Hawkes et al., 2004; Dann, Callaghan y Fellin, 2016; Heckerl, 2021). Esta investigación coincide con estos hallazgos.

En referencia a estas actitudes negativas ante los cuerpos profusamente tatuados, los relatos de las participantes demuestran la gran influencia que teniendo estas miradas, comentarios y juicios en la vivencia libre del cuerpo. Ed Hardy (1995) señalaba, hace casi 30 años, cómo estos juicios tienen generalmente más que ver con la escala social que con la percepción individual. De hecho, esta percepción externa nos influye hasta el punto de que preferamos, en ocasiones, no tatuar zonas muy visibles como manos o cuello, por las consecuencias sociales que acarrearían, por ejemplo, a la hora de encontrar trabajo. A la hora de analizar esta problemática, será imperativo conectar el contexto sociopolítico con el modo en que las mujeres y los cuerpos considerados inferiores por el patriarcado eligen tatuar su cuerpo. No obstante, en los relatos de las entrevistadas en esta investigación, se aprecian rupturas y resistencias: contestaciones a los comentarios indeseados, elecciones que, aún asumiendo que serán juzgadas, se realizan desde la subversión y la libertad, y modos de burlar la mirada externa cubriendo parcialmente las zonas tatuadas. En general, las narrativas personales de las participantes podrían ser explicadas a la inversa de cómo lo hace este fragmento sobre el tatuaje en los primeros seres humanos:

Cuando los primeros humanos empezaron a salir de las latitudes tropicales en las que se desarrollaron, la ropa ajustada se convirtió en una forma importante de protegerse de los caprichos de entornos menos hospitalarios. Como era de esperar, la pintura corporal disminuyó y quedó relegada a las partes del cuerpo que no estaban cubiertas por la ropa: las manos, los pies y, sobre todo, la cara. [As early humans began to move out of the tropical latitudes where they first evolved, fitted clothing became an important way to buffer themselves against the vagaries of less hospitable environments. Predictably, body painting declined and was relegated to those parts of the body not covered by clothing: the hands, feet, and, especially, face]. (Jablonksi, 2006, p. 144)

En un entorno patriarcal y fuertemente influenciado por el pasado de dictadura, las reacciones negativas hacia los cuerpos profusamente tatuados parecen seguir imperando. Esto no quiere decir que los cuerpos no escapen a las presiones sociales; bien al contrario, frente a un entorno poco 'hospitalario', los cuerpos se revuelven, enfrentan los ideales hegemónicos y destapan o cubren su carne en un juego que subvierte y contesta esos

mismos cánones asfixiantes.

Por otro lado, es necesario destacar cómo el tatuaje, en las narrativas analizadas, se presenta también como un elemento de validación dentro del propio mundo de las modificaciones corporales o en escenas subculturales como la punk. En este sentido, los resultados coinciden con los presentados por Irwin (2003), que enmarca el tatuaje como una marca de desviación tanto negativa como positiva, dependiendo del ambiente en que estemos investigando.

En definitiva, en referencia a los aspectos externos que influyen a las participantes los resultados resaltan algo que Sullivan (2006) explicita en relación a la identidad de las personas tatuadas: “nunca es autónoma, sino que se constituye en y a través de las relaciones con los demás y con un mundo [is never autonomous, but rather, is constituted in and through relations with others and with a world]” (p. 556).

6.3.El tatuaje como práctica corporal y acción utópica

En los relatos de las participantes el cuerpo se presenta, no solo como un lugar para la resistencia sino como un lugar para la exploración y el disfrute mediante la práctica activa y creativa del tatuaje. La identidad así queda definida no por las constricciones impuestas por la sociedad y sus normas rígidas, racistas y machistas sino por las posibilidades de subvertir los dictados de estética, imagen y género de manera creativa y empoderante que el acto de tatuarnos nos permite.

Como en el caso de la gente que baila, la identidad de las mujeres y las personas queer tatuadas se ve anclada y reforzada por lo que *hacemos* con nuestro cuerpo. El cuerpo, desde esta visión, no se constituye de manera discursiva sino mediante la acción, la creación y el movimiento entendido como el cambio y reimaginación constantes. La práctica corporal del tatuaje da sentido y cohesión a las identidades y experiencias corporales de las participantes.

En *Utopía*, Thomas More (1516) alude a un territorio ficticio caracterizado por su perfección organizativa y social. No obstante, ese territorio es un no-lugar, marcado justamente por su inexistencia. En este sentido, es preciso retomar la idea de cuerpo utópico (Foucault, 2010) para ponerla en conversación con los hallazgos de la investigación. A la luz de los resultados, el tatuaje parece funcionar como una práctica de acción utópica (Roig, 1987), más que como un atributo de un ‘cuerpo utópico’ como espacio o topía del que el ser humano solo puede *escapar* por medio de utopías.

En relación a las experiencias y al cuerpo vivido de las participantes y mías propias, me parece más pertinente usar el término de energía utópica. El término fue usado por primera vez por Darnton (1989) y venía a expresar cómo la revolución francesa “derribó las instituciones del Antiguo Régimen tan repentinamente y con tanta fuerza que hizo que todo pareciera posible. Liberó una energía utópica. [it struck down institutions from the Old

Regime so suddenly and with such force that it made anything seem possible. It released utopian energy.] (p. 11). Esta energía utópica también se libera cuando nos tatuamos: al imaginar, visualmente, cómo se verá nuestro cuerpo con él, vinculándolo a un proyecto que tiene que ver con la creatividad y el arte, al someternos a una sesión dolorosa que genera sensaciones intensas con procesos fisiológicos y psicológicos transformadores, y al observar cómo el tatuaje se asienta, poco a poco, durante la curación, bajo nuestra piel.

Al centrarnos en lo visual que caracteriza al tatuaje como medio artístico, será igualmente importante no reducir las elecciones de las mujeres a los diseños o símbolos que deciden tatuarse. Este acercamiento simplifica en demasía una problemática que excede el simple discurso visual. Los análisis discursivos, textuales, de los tatuajes no pueden permitirse partir de universalidades; más bien, deberán conectar sus lecturas con el seno sociocultural, político y artístico desde donde estos discursos son producidos. Ninguna imagen permanece intacta en el tiempo, como demuestran algunas de las participantes al reapropiarse de determinados diseños, como el conejito de *playboy*, otrora símbolo machista que, en la actualidad, han recuperado algunas mujeres justamente para subvertir su origen. Coincido con Sullivan (2001) cuando señala:

Por un lado, es posible leer el tatuaje como una imagen que cuenta historias, al tiempo que se reconoce que las historias que se podría decir que cuentan los cuerpos tatuados nunca son simplemente historias de/en la verdad. Los cuerpos tatuados son sintomáticos: hablan de las formas en que la identidad y la diferencia se producen morfológicamente de maneras cultural e históricamente específicas. [On the one hand, it is possible to read the tattoo as a picture that tells stories, whilst at the same time recognizing that the stories tattooed bodies could be said to tell are never simply stories of/as truth. Tattooed bodies are symptomatic: they tell of the ways in which identity and difference are morphologically produced in culturally and historically specific ways]. (p. 185)

El tatuaje, desde el prisma que propone Darnton (1989), genera energía utópica; al erigirse en herramienta de construcción y reimaginación, sirve para rechazar estereotipos de género, para explorar de forma libre la performatividad corporal e, incluso, para reimaginar la cultura. El tatuaje, en definitiva, nos ayuda a navegar y resignificar los cuerpos que habitamos. Como señaló Mari Luz Esteban, no todo en el cuerpo es intencional, existiendo prácticas corporales que confrontan la norma aún sin enfrentarla de manera deliberada (Esteban, 2013). El tatuaje, por tanto, no funciona como un arma de empoderamiento que actúe siempre desde lo consciente, sino que permite actos empoderantes que generan sensación de autonomía corporal. De hecho:

Foucault también cuestiona cualquier división fácil entre un discurso dominante y esencialmente represivo y otro opuesto, pura voz o liberación. Caracteriza el poder como una multiplicidad de relaciones de fuerza, la interacción de diversos campos discursivos con sus necesidades y desarrollos inmanentes. El poder y la autoridad ya no residen en un punto central, ni en el análisis de Foucault ni en el funcionamiento real

del poder en nuestro mundo. Tampoco la resistencia surge de un único punto. [Foucault also challenges any easy division between a dominant and essentially repressive discourse and one oppositional, pure voice or liberation. He characterizes power as a multiplicity of force relations, the interplay of various discursive fields with their immanent necessities and developments. Power and authority are no longer vested in a central point, not in Foucault's analysis or in the actual workings of power in our world. nor does resistance arise from a single point]. (Diamond y Quinby (Eds.), 1988, p.9).

En este sentido, el tatuaje funciona como herramienta de reapropiación más allá del plano material. El cuerpo expresivo se vincula con el cuerpo simbólico a través de diferentes atributos estéticos: las participantes refieren que el tatuaje, el maquillaje o la moda les permiten expresarse. El cuerpo, apropiado y resignificado, se convierte en un escenario para la resistencia. Las relaciones con nuestro cuerpo, que en ocasiones son complicadas o se ven complicadas por la mirada externa, generan una energía utópica que se convierte en motor de la experimentación corporal y la construcción identitaria. Entendiendo que nuestra identidad no es progresiva, ni lineal, ni, en la mayoría de las ocasiones, lógica, introduciendo en la ecuación la arbitrariedad de la diversidad estética, se podrá llegar a analizar el arte corporal de un modo más complejo y profundo.

Esta experimentación corporal, en el caso de las participantes, no está vinculada a la moda. De hecho, el uso del tatuaje ha sido calificado de anti-moda por Ferrer (1995):

Quién se tatúa hoy 'por moda' lo que subvierte no son los códigos del tatuaje, sino más bien los de la moda, puesto que hace estallar lo que le es más inherente: su transitoriedad y su capacidad de reemplazo por otra, que se instale en su lugar. El tatuaje al fijar la moda, la mata y ese réquiem es su ritual. La socava no sólo en su capacidad de movilidad, sino que también en los fundamentos donde se articula su trama, que son los de la sociedad de consumo y su culto por lo nuevo y desechable. (p. 30)

En los relatos de las participantes, el discurso en torno a la moda aparece casi siempre para hacer referencia a los usos del tatuaje vinculados al consumo y a las personas con menos cantidad de piezas, con menor compromiso con un proyecto corporal o una colección amplia. Podríamos vincular estas ideas con el arrepentimiento, que suele preocupar más a personas que no están profusamente tatuadas. En cualquier caso, el mundo del tatuaje posee tanta variabilidad que hablar de moda en general para referirnos al aumento de interés por los tatuajes en España desde hace unos 10 o 15 años parece reduccionista, una simplificación de una realidad muy variada y extensa.

En los años 90, como se aprecia en los relatos expuestos, cuando se dio una mayor expansión a nivel social de la práctica, también persistían determinados estereotipos vinculados a los cuerpos tatuados, como la asociación entre tatuaje y *piercing* con escenas y sexualidades no normativas como las practicadas por comunidades BDSM (abreviatura de *bondage*, disciplina (o dominación), sadismo (o sumisión), masoquismo). Asociación que, históricamente, no es

errónea, ya que sobre todo en Estados Unidos y en ciudades como San Francisco hubo mucha asociación entre diversas comunidades LGTBQ+ y de personas con sexualidades no normativas con el mundo de las modificaciones corporales, y especialmente el *piercing*, la escarificación y el tatuaje (Pitts, 2003). La influencia del género, por tanto, es clave a la hora de abordar escenas subculturales y contraculturales o fuertemente marcadas por los usos y discursos del cuerpo (Romo Avilés, 2001).

Frente a literatura académica que, sobre todo desde la psicología y la psiquiatría, relaciona el tatuaje en las mujeres con falta de autoestima, problemas con la imagen personal o lo asimila directamente con otras conductas autolesivas (Jeffreys, 2000), las personas entrevistadas muestran cómo estas interpretaciones son erróneas. Algunas participantes, de hecho, llegan a afirmar que su relación con su cuerpo no se ha caracterizado por ser problemática, mientras que otras, aún reconociendo que lo haya sido, refieren cómo el tatuaje las ha ayudado a habitar más en paz su cuerpo, señalando al tatuaje como elemento constitutivo del bienestar corporal y no como una agresión a su integridad corporal.

En este sentido, los hallazgos encajan parcialmente en la visión de Thompson (2015) acerca del tatuaje en las mujeres y las personas queer cuando señalaba cómo, para algunos actores sociales, están mutilando sus cuerpos y ‘volviéndose feas’. Las narrativas analizadas, sin embargo, desmienten la idea de que las mujeres relacionen sus tatuajes con la belleza. En ningún relato se menciona que los tatuajes sirvan para embellecerse o ‘verse más guapas’. De nuevo, los relatos muestran cómo las mujeres no sólo se enfrentan a un cánon hegemónico, sino que crean o generan nuevos discursos que las alejan de él. Más que referencias a la belleza, en las narrativas de las participantes se establecen rupturas que, pese a los prejuicios y las tensiones, restablecen una relación con el cuerpo basada en la libertad. La autonomía corporal de las mujeres y personas queer profusamente tatuadas es central en el entendimiento del caso español.

Atkinson (2002) afirma que, en el caso concreto de las mujeres, los tatuajes “están revestidos de imágenes de feminidad culturalmente establecidas, resistentes y negociadas [are layered with culturally established, resistant, and negotiated images of femininity]” (p. 220). Las participantes, con sus actos corporales, están actuando más allá de su identidad de género a la vez que subvierten, desde la experimentación y la creatividad, los atributos de feminidad que la sociedad ha depositado sobre sus cuerpos. En este sentido, los resultados problematizan este tipo de asunciones en torno a las transformaciones del cuerpo, demostrando además que, aunque el tatuaje es una práctica que genera identidad, no puede ser calificada como un medio *privilegiado* para definirnos, ya que las mujeres y personas queer entrevistadas siguen teniendo que lidiar con personas que las califican de monstruosas, ‘atracciones de feria’ y *freaks*. Los resultados también exponen problemáticas vinculadas al mundo del tatuaje contemporáneo en España más allá de las vivencias individuales. Las mujeres y las personas queer, como en cualquier otra esfera social masculinizada, se enfrentan a mayores dificultades de cara a desarrollarse profesionalmente como tatuadoras, así como tienen que enfrentarse a diversas situaciones negativas: dinámicas machistas, violencia de género, agresiones sexuales y racismo. Las problemáticas

a las que nos enfrentamos las mujeres y personas queer con cuerpos profusamente tatuados se explican porque transgredimos una serie de normas culturales muy arraigadas. Como expresa Matt Lodder (2022b) en su libro *Painted people*:

A medida que aumente el número de personas que se tatúan, muchos habitantes de países occidentales seguirán encontrándolos [los tatuajes] profundamente extraños, ya que siguen transgrediendo normas culturales básicas. Así pues, en lugar de mostrar que el tatuaje ha entrado por fin en la corriente dominante, los titulares que repiten insistentemente la afirmación de que el tatuaje es ahora socialmente aceptable muestran precisamente lo contrario. Nunca lo será. No del todo. [As more and more people get tattooed, many people in Western nations will continue to find them [tattoos] deeply strange, as they continue to transgress basic cultural norms. Rather than showing that tattooing has finally entered the mainstream, then, headlines that persistently repeat the claim that tattooing is now socially acceptable show the precise opposite. It never will be. Not totally]. (p. 283)

7. Conclusiones

Las narrativas de las pioneras del tatuaje y el piercing en España arrojan luz sobre los cambios sociales que comenzó a experimentar la sociedad española desde el fin de la dictadura de Francisco Franco. La subversión de estereotipos en torno a la feminidad que las pioneras encarnaron –tanto a nivel profesional, al introducirse en un mundo altamente masculinizado, como íntimo y corporal– son un necesario recordatorio de que frente a los mecanismos de control y vigilancia sobre los cuerpos y las vidas de las mujeres, hay también lugares para la resistencia activa y creativa. Las pioneras abrieron el camino a muchas otras mujeres y personas queer que, a partir de los años 90, decidieron ser tatuadoras y *piercers* en España.

En la España contemporánea, la práctica del tatuaje, como cualquier otra práctica corporal que escapa de las culturas somáticas hegemónicas, debe entenderse a la luz de nuestra historia. El franquismo se extiende más allá de la transición democrática y sólo entenderemos en su complejidad las modificaciones corporales en el contexto español si articulamos historia, arte, sociedad, políticas del cuerpo y una perspectiva feminista interseccional a la hora de analizarlas. Las tatuadoras jóvenes siguen enfrentando obstáculos y problemas relacionados con el machismo, pero sus narrativas ponen de relieve el papel central que ostentan en el mundo del tatuaje. Los problemas de acoso y agresiones sexuales, lejos de permanecer invisibles, se denuncian y se combaten.

En cuanto a la corporalidad, los tatuajes se convierten en parte fundamental de la identidad. Tatuarnos nos convierte en quienes somos. En el caso de las mujeres y los cuerpos considerados inferiores por el patriarcado, el tatuaje se convierte en un arma de ideación, reapropiación y disfrute del cuerpo. No se trata tan solo de reclamar el cuerpo de los mecanismos externos que lo constriñen, sino que el tatuarnos también implica placer: en relación a coleccionar arte, a curar y cuidar la piel y a concebir la carne como un territorio de infinitas posibilidades para la expresividad artística, el recuerdo y la exploración.

El tatuaje, como medio artístico, también nos permite repensar y jugar con la estética. Existe el deseo de ser una mujer tatuada, de estar profusamente tatuada, de añadir piezas al cuerpo en constante construcción creativa. No sólo importa el diseño escogido, el proyecto concreto, sino que el proceso (los momentos previos a la sesión de tatuaje, la tinta, el dolor, la sangre, la curación) son importantes. Observar la piel mutar nos permite resignificar nuestro cuerpo. El uso del tatuaje, por tanto, está vinculado con el placer exploratorio y creativo sobre/con la propia identidad e imagen corporales.

La imposibilidad de encajar en todas las expectativas sociales depositadas sobre los cuerpos tiene consecuencias a nivel íntimo, y sus efectos se palpan en nuestra piel, en nuestra mente y en nuestra identidad. Tatuarnos nos permite relacionarnos con nuestro cuerpo de manera

horizontal al dedicar nuestro tiempo y energía a transformarlo, promoviendo también nuestro propio ‘conocimiento’ encarnado. El dolor y la curación, aún siendo procesos complicados, no son equiparables al malestar que nos genera la respuesta social estigmatizante de nuestras corporalidades fuera del cánón.

Los problemas de agresiones a mujeres y personas queer durante sesiones de tatuaje o de piropos callejeros en forma de *tattcalling* se relacionan a escala social con problemáticas vinculadas a la violencia de género. Los comentarios, miradas y juicios sobre los cuerpos de mujeres y personas queer muy tatuadas pueden relacionarse con otras violencias y agresiones que se salen del plano verbal o simbólico para pasar al plano físico o sexual. Los cuerpos tatuados de las mujeres y las personas consideradas inferiores por las jerarquías patriarcales ilustran cómo el sexismo y la vigilancia que sufrimos tiene su base en un sistema que nos quiere perfectas y homogéneas.

Frente a esta vigilancia social y las exigencias estéticas que recaen sobre las mujeres y las personas queer, esta investigación demuestra que surgen escenarios para la autonomía. Desde un prisma crítico, el tatuaje se convierte en una herramienta para aumentar la sensación de control sobre el propio cuerpo. El tatuaje, sobre todo ligado al coleccionismo y en cuerpos profusamente tatuados, saca al cuerpo del marco de acciones esperadas y lo sumerge en un mar de posibilidades fuera de lo *esperado* en términos corporales.

Caminar por el mundo con una corporalidad fuera de la norma tiene dos efectos: por un lado, la repugna de quienes no logran entender nuestras decisiones y, por otro lado, la sensación de empoderamiento y resistencia que nosotras experimentamos en respuesta a ese rechazo. La subversión de los estereotipos corporales nos permite explorarnos y expresarnos sin límites impuestos y desde una libertad que reafirma nuestra identidad.

El tatuaje no es solamente una lente a través de la cual analizar las vivencias corporales. El tatuaje es, por un lado, una disciplina artística, tan diversa y relevante como la pintura, y, por otro lado, una práctica corporal tan imaginativa y liberadora como la danza. Los cuerpos profusamente tatuados de mujeres y personas queer siembran semillas de resistencia, creatividad y posibilidad en las calles de la geografía española. El cuerpo modificado, desde una óptica crítica y feminista, funciona como proyecto corporal utópico. Y es que tiene sentido que en un contexto en que la vigilancia y el control se dan principalmente a nivel corporal, la resistencia y la contestación surjan justamente en el lugar donde se instaura y se experimenta la desigualdad: nuestro cuerpo.

Por último, me gustaría señalar que las percepciones sociales de los cuerpos profusamente tatuados siguen siendo, con frecuencia, negativas. Pero esta realidad ha de ponerse en conversación con la situación general de las mujeres y las personas queer en el contexto español. Esta investigación quiere sumarse a un grito social que aboga porque cesemos de juzgar, comentar y vigilar a los cuerpos femeninos y queer.

8. Bibliografía

- Ackers, Ron (1997) *My Life as a Tattoo Artist in the 20th Century*. Masthead/Impressum.
- Adams, Tony E y Jones, Holman Stacy (2008) Autoethnography is queer. En Denzin, Lincoln y Smith. *Handbook of Critical and Indigenous Methodologies* (pp. 373-390). SAGE Publications.
- Adams, T., Jones, H., & Ellis, C. (2015) *Autoethnography*. Oxford University Press.
- Ahmed, Sara (2017) *Living a feminist life*. Duke University Press.
- Alcoff, Linda M. (1999) Towards a phenomenology of racial embodiment. *Radical Philosophy* 095, May/Jun 1999, 15-26.
- Aleksiévich, Svetlana (2017) *La guerra no tiene rostro de mujer*. Debolsillo. (Trabajo original publicado en 1985)
- Allison, M. J., Lindberg, L., Santoro, C., & Focacci, G. (1981) Tatuajes y pintura corporal de los indígenas precolombinos de Perú y Chile. *Chungara*, 7, 218–236.
- Allué, Marta (1996) *Perder la piel*. Barcelona: Seix Barral.
- Allué, Marta (2012) Inválidos, feos y freaks. *Revista de Antropología Social*, 21, 273-286. https://doi.org/10.5209/rev_RASO.2012.v21.40059
- Álvarez Licona, Nelson Eduardo (1999) *Tatuajes, cuerpo humano e identidad social*. [Tesis doctoral]. Universidad Complutense de Madrid.
- Amos, Johni (2019) *'I Can Do Whatever the Hell I Want': Female Tattoo Artists, Their Experiences, and Identity Creation*. [Tesis doctoral] Bowling Green State University. Accesible en: http://rave.ohiolink.edu/etdc/view?acc_num=bgsu1572816773151793
- Anderson-Fye, E. P. (2012) Anthropological perspectives on physical appearance and body image. En *Encyclopedia of Body Image and Human Appearance* (Vol. 1), 15-22. Elsevier Inc. <https://doi.org/10.1016/B978-0-12-384925-0.00003-1>
- Atik, Deniz y Bildirim, Cansu (2014) Motivations behind acquiring tattoos and feelings of regret: Highlights from an Eastern Mediterranean context. *Journal of Consumer Behaviour*, 13, 212–223. DOI: 10.1002/cb.1480

- Atkinson, Michael (2002) Pretty in ink: Conformity, resistance, and negotiation in women's tattooing, *Sex Roles*, 47(5), 219–235.
<https://doi.org/10.1023/A:1021330609522>
- Atkinson, Michael (2003) *Tattooed: The Sociogenesis of a Body Art*. University of Toronto Press.
- Ávila, Mariana Cecilia (2012) El cuerpo como lugar de la utopía. *Estudios de Filosofía Práctica e Historia de Las Ideas*, 14(2), 9–16. Accesible en:
http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-9490201200020001&lng=es&nrm=iso&tlng=es
- Back, Les (2007) *The Art of Listening*. Berg Publishers.
- Balza, Isabel (2013a) Tras los monstruos de la biopolítica. *Dilemata*, 0(12 SE-Debate), 27–46. Accesible en:
<https://www.dilemata.net/revista/index.php/dilemata/article/view/214>
- Balza, Isabel (2013b) Hacia un feminismo monstruoso: sobre cuerpo político y sujeto vulnerable. En Suárez Briones, Beatriz (ed. lit.) *Las lesbianas (no) somos mujeres: en torno a Monique Wittig* (pp. 85-116). Icaria.
- Balza, Isabel (2011) Crítica feminista de la discapacidad: el monstruo como figura de la vulnerabilidad y exclusión. *Dilemata*, 7, 57-76.
- Barbour, Karen (2007) 'Does it mean anything?' and other insults: Dreadlocks, tattoos and feminism. *Third International Congress of Qualitative Inquiry & Couch-Stone Symposium*. University of Illinois at Urbana-Champaign, May 2-5, 2007, 1-18.
 Accesible en: <https://hdl.handle.net/10289/3212>
- Barbour, Karen (2016) Embodied ways of knowing. *Waikato Journal of Education*, 10, 227-238. <https://hdl.handle.net/10289/6228>
- Bauman, Zygmunt (2015) *Modernidad líquida*. FCE.
- Beauvoir, Simone D. (2005) *El segundo sexo*. Cátedra Feminismos. (Trabajo original publicado en 1949).
- Benavides Franco, Tulio Alexander (2019) El cuerpo como espacio de resistencia: Foucault, las heterotopías y el cuerpo experiencial. *Co-Herencia*, 16(30), 247–272.
<https://doi.org/10.17230/co-herencia.16.30.10>
- Bergès, Karine (2012) La nacionalización del cuerpo femenino al servicio de la construcción de la identidad nacional en las culturas políticas falangistas y franquistas. *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 42-2, 91-103.

- Bey, Marquis (2015) epistemology of ink: an unholy trinity; or, atheism, feminism and Blackness. *Feminist Review*, 110, 75-78.
- Bianchi, Robert S. (1988) Tattoo in Ancient Egypt. En Rubin, Arnold (Ed.) *Marks of Civilization: Artistic Transformation of the Human Body* (pp 21-28). Museum of Cultural History, University of California.
- Bishop, Michelle (2021) 'Don't tell me what to do' encountering colonialism in the academy and pushing back with Indigenous autoethnography. *International Journal of Qualitative Studies in Education*, 34(5), 367–378.
<https://doi.org/10.1080/09518398.2020.1761475>
- Blázquez Rodríguez, Maribel (2021) La biomedicalización de las vidas de las mujeres: una revisión de sus dimensiones desde las publicaciones en español. *Revista Internacional De Sociología*, 79(2), e182.
<https://doi.org/10.3989/ris.2021.79.2.19.141>
- Boltantky, L. (1971) Les Usages Sociaux du Corps. *Annales – Économies, Sociétés, Civilisations*, 26, no. 1, 205–233.
- Braunberger, Christine (2000) Revolting bodies: The monster beauty of tattooed women. *NWSA Journal*, 12(2), 1–23. <https://muse.jhu.edu/article/25211>
- Breton, David Le (2002) *Antropología del cuerpo y modernidad*. Nueva Visión. (Trabajo original publicado en 1990)
- Butler, Judith (2007) *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Editorial Paidós. (Trabajo original publicado en 1990)
- Butler, Judith (2002) *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Editorial Paidós. (Trabajo original publicado en 1993)
- Caplan, Jane (Ed.) (2000) *Written on the body : the tattoo in European and American history*. Princeton University Press.
- Castañeda Salgado, Martha P. (2012) Etnografía feminista. En Blazquez Graf, Norma; Flores Palacios, Fátima; Ríos Everardo, Maribel (2012) *Investigación feminista : epistemología, metodología y representaciones sociales*, (pp. 217-238). Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.
- Cereda, Ambrogia (2013) Modified bodies. Between fashion and identity projects. *Comunicação e Sociedade*, 24, 45–61.
[https://doi.org/10.17231/comsoc.24\(2013\).1774](https://doi.org/10.17231/comsoc.24(2013).1774)

- Chantaneice Montaya, Kitt (2017) *Body, Flesh, Skin Canvas: Black/Queer/Women and Tattoos as Diasporic Art, Reclamation, and Performance*. [Trabajo final de máster] University of Texas.
- Citro, Silvia. (2004) La construcción de una antropología del cuerpo: propuestas para un abordaje dialéctico (ponencia). *Actas del VII Congreso Argentino de Antropología Social*, 1-13. Córdoba, Argentina.
- Citro, Silvia (2009) *Cuerpos significantes. Travesías de una etnografía dialéctica*. Editorial Biblos.
- Citro, Silvia (Coord.) (2010) *Cuerpos plurales: antropología de y desde los cuerpos*. Editorial Biblos.
- Cohen, Stanley (2011) *Folk Devils and Moral Panics. The creation of the Mods and Rockers*. Routledge Classics. (Trabajo original publicado en 1972)
- Crenshaw, Kimberle (1989) Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics. *The University of Chicago Legal Forum*, Vol. 1989: Iss. 1, Article 8, 139-167.
- Crónica Semanal (17 de noviembre de 2021) Punks o cómo colgarse un imperdible de la nariz. Informe Semanal 1977. Youtube.
<https://www.youtube.com/watch?v=YnMD0F8tdAQ>
- Csordas, Thomas J. (2010) Modos somáticos de atención. En Citro, Silvia (Coord.) *Cuerpos plurales. Antropología de y desde los cuerpos* (pp. 83-104). Editorial Biblos. (Trabajo original publicado en 1993)
- Csordas, T. (2009) Embodiment as a Paradigm for Anthropology. *Ethos*, 18, 5–47.
<https://doi.org/10.1525/eth.1990.18.1.02a00010> (Trabajo original publicado en 1988)
- Csordas, T. J. (1994) *Embodiment and Experience: The Existential Ground of Culture and Self*. Cambridge University Press.
- Dann, Charlotte, Callaghan, Jane, & Fellin, Lisa (2016) Tattooed female bodies: considerations from the literature. *Psychology of Women Section Review*, 18, 43–51.
- Davis, Kathy (1997) ‘My body is my art’ Cosmetic Surgery as Feminist Utopia? *European Journal of Women’s Studies*, 4(1), 23–37.
<https://doi.org/10.1177/135050689700400103>
- Davis, Kathy (2003) *Dubious Equalities and Embodied Differences: Cultural Studies on Cosmetic Surgery*. Rowman and Littlefield Publishers.

- DeMello, Margo (1995) The carnivalesque body: Women and tattoos. En Hardy, Ed (Org.) *Pierced Hearts and True Love: A Century of Drawings for Tattoos* (pp. 37–52). Hardy Marks Publications.
- DeMello, Margo (2000) *Bodies of Inscription. A Cultural History of the Modern Tattoo Community*. Duke University Press.
- Deter-Wolf y Díaz Granados, Carol (Eds.) (2013) *Drawing with Great Needles: Ancient Tattoo Traditions of North America*. University of Texas Press.
- Deter-Wolf, A., Robitaille, B., Krutak, L., & Galliot, S. (2016) The world 's oldest tattoos. *Journal of Archaeological Science: Reports*, 5, 19–24.
<https://doi.org/https://doi.org/10.1016/j.jasrep.2015.11.007>
- Deveaux, Monique (1994) Feminism and Empowerment: A Critical Reading of Foucault. *Feminist Studies*, Vol. 20, No. 2, Women's Agency: Empowerment and the Limits of Resistance, 223-247.
- Diamond, Irene y Quinby, Lee (Eds.) (1988) *Feminism and Foucault. Reflections on Resistance*. Northeastern University Press.
- Díaz Sánchez, Pilar (2005) La lucha de las mujeres en el tardofranquismo: los barrios y las fábricas. *Gerónimo de Uztariz*, ISSN 1133-651X, N°. 21, pp. 39-54.
- Douglas, Mary (1973) *Pureza y peligro. Análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Siglo XXI. (Trabajo original de 1966)
- Douglas, Kitrina y Carless, Douglas (2013) A History of Autoethnography. En Jones, Adams y Ellis (Eds.) *Handbook of Autoethnography* (pp. 84-106). Left Coast Press.
- Eason, Kathryn A. (2007) *Beyond the Tattooed Lady: Exploring Women's Experiences in the Body Modification Industry* [Tesis doctoral]. University of North Carolina.
 Accesible en: <https://libres.uncg.edu/ir/uncg/listing.aspx?id=1257>
- Eason, Kathryn A. ; Hodges, Nancy (2010) Reading Contemporary Female Modification as a Site of Cixous' *L'écriture féminine*. *Fashion theory*, Volume 15, Issue 3, 323-344.
- Ellis, Audra N. (2009) *Pretty in ink: An autoethnographic study of women's tattoos and southern feminism* [Trabajo final de máster]. Texas Tech University. Accesible en: <http://hdl.handle.net/2346/19468>
- Ellis, C., Adams, T. E., & Bochner, A. P. (2010) Autoethnography: An Overview. *Forum: Qualitative Social Research*, 12, n. 1, artículo 10.
<https://doi.org/10.17169/fqs-12.1.1589>

- Estalella, Adolfo (2018) Etnografías de lo digital: Remediaciones y recursividad del método antropológico. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*. Volumen 13, no. 1, 45-68.
- Esteban, Mari Luz (2004). Antropología encarnada. Antropología desde una misma. *Papeles del CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva)*, no 12, 18 páginas. <https://doi.org/10.1387/pceic.12093>
- Esteban, Mari Luz (2013) *Antropología del cuerpo: género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. Bellaterra.
- Esteban, M. L. (2015) La reformulación de la política, el activismo y la etnografía. Esbozo de una antropología somática y vulnerable. *Ankulegi. Revista de Antropología Social*, (19), 75–93.
- Favret-Saada, Jeanne (2013) ‘Ser afectado’ como medio de conocimiento en el trabajo de campo antropológico. *Avá. Revista de Antropología* [en línea]. 2013, (23), 49-67. Accesible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=169039923002> (Trabajo original publicado en 1990)
- Featherstone, Mike (ed.). (2000) *Body modification*. London, England: SAGE Publications.
- Febo, Giuliana di (2006) Resistencias femeninas al franquismo. Para un estado de la cuestión. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 28, 153-168.
- Federici, Silvia (2010) *Calibán y la bruja*. Editorial Traficante de Sueños.
- Feixa, Carles (2004) *Culturas juveniles en España (1960-2004)*. Instituto de la Juventud.
- Feixa, Carles y Porzio, Laura (2008) Un recorrido visual por las tribus urbanas de Barcelona. En Machado Pais, J; Carvalho, C. (Eds). *O visual e o quotidiano: imagens e revelações*. ICS.
- Ferreira, V. S. (2016) Oral Accounts and Visual Inscriptions: Narratives under Heavily Tattooed Skin. En Benmayor et al. *Memory, Subjectivities, and Representation* (pp. 149–166). Palgrave Macmillan.
- Ferrer, Rita (1995) Paisajes de la piel, transcurros a la deriva. *Revista de Crítica Cultural* N° 10, mayo, 30-35.
- Folguera, Pilar (Ed.) (2022) *El feminismo en España. Dos siglos de historia*. Editorial Pablo Iglesias.
- Foucault, M., & Defert, D. (2010) *El cuerpo utópico: las heterotopías*. Nueva Visión. (Trabajo original publicado en 1966)

- Foucault, Michel (1990) *Vigilar y castigar*. Siglo XXI.
- Foucault, Michel (1974) Historia de la Medicalización. *Segunda Conferencia Instituto de Medicina Social, Centro Biomédico, Universidad Estatal de Río de Janeiro*, 10(2), 4–25.
- Fournier-Pereira, Mar (2015) Interseccionalidad: La fibra que teje lo abyecto. *Realis*, 5(2), 26–39.
- Franceschi, Zeldá Alice (2020) Apuntes para una “etnografía centrada en la persona” con los wichís del Chaco argentino. *Revista Del Museo de Antropología*, 13(3), 405–418. <https://doi.org/10.31048/1852.4826.v13.n3.31423>
- Friedman, Anne F. (2012) *Tattooed transculturites: Western expatriates among Amerindian and Pacific Islander societies, 1500–1900* [Tesis doctoral] University of Chicago.
- Fruh, K. y Thomas, E. (2012) Tattoo You. En Arp, Robert (Ed.) *Tattoos – Philosophy for Everyone: I Ink, Therefore I Am*. <https://doi.org/10.1002/9781118252789.ch7>
- Ganter, Rodrigo (2006) De cuerpos, tatuajes y culturas juveniles. *Espacio Abierto. Cuaderno Venezolano de Sociología*, 15 (1-2), 427-454.
- Garza, D.L., John, A. (2011) *A Paramedic's Story: An Autoethnography of Chaos and Quest*. [Tesis doctoral]. Texas A&M University. Accesible en <https://core.ac.uk/download/pdf/147195229.pdf>
- Geertz, Clifford. (1989) *La interpretación de las culturas*. Gedisa. (Trabajo original publicado en 1973)
- Gómez Alonso, Rafael (2017) Mujeres y punk en España durante la Transición: principios iconográficos de una actitud. *Lectora: Revista de Dones i Textualitat*, 0(23 SE-DOSSIER), 67–81. <https://doi.org/10.1344/Lectora2017.23.5>
- González Rodríguez, Antonia (1997) *Consideraciones en torno a los tatuajes: estudio en la población reclusa femenina*. [Tesis doctoral]. Universidad de Málaga.
- Gracià, Vicenç (1999) *El arte del tatuaje*. Tikal.
- Gregorio Gil, Carmen (2011) Trabajo y género a la luz de la crítica feminista en antropología social: acercamientos etnográficos. En Villalba Augusto, Cristina; Álvarez Lucena, Nacho (Coords.) *Cuerpos Políticos y Agencia. Reflexiones Feministas sobre Cuerpo, Trabajo y Colonialidad* (pp. 105-129). Editorial Universidad de Granada.
- Grosz, Elizabeth (1994) *Volatile bodies: Toward a corporeal feminism*. Indiana University Press.

- Guber, Rosana (2001) *La etnografía: método, campo y reflexividad*. Grupo Editorial Norma.
- Haraway, Donna (1995) *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Cátedra Feminismos.
- Haraway, Donna (1999) Las promesas de los monstruos una política regeneradora para otros inapropiados/bles. *Política y sociedad*, 30, 121-164.
- Hardy, Ed (1995) Tattooing as a Medium. En Hardy, Ed (Org.) *Pierced Hearts and True Love: A Century of Drawings for Tattoos* (pp. 15–25). Hardy Marks Publications.
- Hardy, Ed (Org.) (1995) *Pierced Hearts and True Love: A Century of Drawings for Tattoos*. Hardy Marks Publications.
- Harlow, Megan Jean (2008) The Suicide Girls: tattooing as radical feminist agency. *Contemporary Argumentation and Debate*, Vol. 29, 186-196.
- Harris, Marvin (1994) *Materialismo cultural*. Alianza Editorial. (Trabajo original publicado en 1979).
- Hawkes, Diana; Senn, Charlene Y.; Horn, Chantal (2004) Factors That Influence Attitudes Toward Women with Tattoos. *Sex Roles*, 50(9), 593–604.
<https://doi.org/10.1023/B:SERS.0000027564.83353.06>
- Hebdige, Dick (1979) *Subculture. The meaning of Style*. Routledge.
- Heckerl, Addie (2021) *I Can't Even Wear My Skin: The Experiences Visibly Tattooed Women Have for Rejecting Hegemonic Femininity* [Trabajo final de máster]. California State University. https://digitalcommons.csusb.edu/caps_thes_all/1099
- Hilton, Krista (2017) *A Nodal Ethnography of a (Be)coming Tattooed Body* [Tesis doctoral] Georgia State University.
- Holt, N. L. (2003) Representation, Legitimation, and Autoethnography: An Autoethnographic Writing Story. *International Journal of Qualitative Methods*, 2(1), 18–28. <https://doi.org/10.1177/160940690300200102>
- hooks, bell (1984) *Feminist Theory: From Margin to Center*. South End press.
- hooks, bell (2017) *El feminismo es para todo el mundo*. Traficantes de Sueños. (Trabajo original publicado en 2000)
- Irwin, Katherine (2003) Saints and Sinners: Elite Tattoo Collectors and Tattooists as Positive and Negative Deviants. *Sociological Spectrum*, 23(1), 27–57.
<https://doi.org/10.1080/02732170309206>

- Jablonski, Nina (2006) *Skin: A Natural History*. University of California Press.
- Jackson, Michael (2010) Conocimiento del cuerpo. En Citro, Silvia (Coord.). *Cuerpos plurales: antropología de y desde los cuerpos* (pp. 59-82). Editorial Biblos.
- Jeffreys, Sheila (2000) 'Body Art' and Social Status: Cutting, Tattooing and Piercing from a Feminist Perspective. *Feminism & Psychology*, Vol. 10 (4), 409–429.
- Jones, Bethan (2014) Written on the body: Experiencing affect and identity in my fannish tattoos. En Rehak, Rob (Ed.) *Materiality and Object-Oriented Fandom, special issue, Transformative Works and Cultures*, no. 16.
<https://doi.org/10.3983/twc.2014.0527>
- Juno, Andrea & Vale, Vivian (1989) *Modern Primitives: An Investigation of Contemporary Adornment & Ritual*. Re/Search Publications.
- Khalil, Andrea (2003) A writing in points: Autobiography and the poetics of the tattoo. *Journal of North African Studies*, 8(2), 19–33.
<https://doi.org/10.1080/13629380308718506>
- Kissling, E. A. (2015) Review of Covered in Ink: Tattoos, Women, and the Politics of the Body. *Feminist Media Studies*, 15(6), 1060–1062.
<https://doi.org/10.1080/14680777.2015.1105019>
- Klem Osterud, Amelia (2009) *The Tattooed Lady: A History*. Speck Press.
- Kosut, M. (2000). Tattoo Narratives: The intersection of the body, self-identity and society. *Visual Sociology*, 15, 100–179.
- Krutak, Lars (2007). *The Tattooing Arts of Tribal Women*. Bennett & Bloom/Desert Hearts.
- Lapierre Acevedo, Michelle (2021) Contribuciones del feminismo posestructuralista al activismo de las personas con discapacidad en el contexto chileno. *Revista Española de Discapacidad*, 9(2), pp. 81-101.
- Lavigne, Luciana (2010) Dualismos que duelen. Una mirada antropológica sobre los cuerpos intersex. En Citro, Silvia (Coord.) *Cuerpos plurales. Antropología de y desde los cuerpos* (pp. 151.169). Editorial Biblos.
- Lemma, Alessandra (2010) *Under the Skin. A Psychoanalytic Study of Body Modification*. Routledge.
- Lennon, Kathleen (2019) Feminist Perspectives on the Body. En Zalta, Edward N (Ed.) *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Fall 2019 Edition). Accesible en:
<https://plato.stanford.edu/archives/fall2019/entries/feminist-body/>

- Liu, W., Liu, N., & Elliott, R. (2010) Ouch! – a logotherapeutic discourse of butch and tattooed in China. *Journal of Consumer Behaviour*, 9(4), 293–302. <https://doi.org/https://doi.org/10.1002/cb.318>
- Lobell, Jarrett A. y Powell, Eric A. (2013) Ancient Tattoos. *Archaeology*, November/December 2013, 41-46.
- Lodder, Matt (2010) *Body Art: Body Modification as Artistic Practice*. [Tesis doctoral]. University of Reading. <https://doi.org/10.13140/RG.2.1.4359.2400>
- Lodder, Matt (2022a) A Medium, Not a Phenomenon: An Argument for an Art-Historical Approach to Western Tattooing. En Martell, James y Larsen, Erik (Eds.) *Tattooed Bodies. Theorizing Body Inscriptions Across Disciplines and Cultures*. Palgrave Macmillan.
- Lodder, Matt (2022b) *Painted People. Humanity in 21 Tattoos*. Palgrave Macmillan.
- Luengo, Jordi (2009) Tatuajes de bohemia. *Lectora: revista de dones i textualitat*, [en línea], Núm. 15, 263-280, <https://raco.cat/index.php/Lectora/article/view/218678>.
- Lugones, María (2008) Colonialidad y género. *Tabula Rasa*, Núm. 9, julio-diciembre, 2008, 73-101.
- Lupton, Deborah (Ed.) (2021) *Doing Fieldwork in a Pandemic* (crowd-sourced document), revised version. Accesible en: <https://docs.google.com/document/d/1cIGjGABB2h2qbduTgfqribHmog9B6P0NvMgVuiHZC18/edit>
- Martínez Rossi, Sandra (2011) *La piel como superficie simbólica. Procesos de transculturación en el arte contemporáneo*. FCE.
- Mauss, Marcel (1979) *Sociology and Psychology: Essays*. Routledge. (Trabajo original publicado en 1950)
- McDade, Adam (2021) *Beyond the Epidermis: a practical investigation into contemporary western tattooing* [Tesis doctoral]. University of Sunderland.
- Méndez, Begoña (2022) *Autocienciaficción para el fin de la especie*. Hurtado y Ortega Editores.
- Merleau-Ponty, Maurice (2000) *Fenomenología de la percepción*. Ediciones Península. (Trabajo original publicado en 1945)
- Mifflin, Margot (2013) *Bodies of Subversion. A Secret History of Women and Tattoo*. PowerHouse Books.

- Modesti, Sonja (2011) Looking at You Looking at Me: An Autoethnographic Account of a Tattooed Female and (Re)appropriation of the Tourist Gaze. *Journal of Intercultural Communication*, ISSN 1404-1634, issue 26, July 2011.
- Monserrat, Victor J. (2010) Sobre los artrópodos en el tatuaje. *Boletín de la Sociedad Entomológica Aragonesa (S.E.A.)*, no 47, 477–497.
- Moraga García, M^a Ángeles (2008) Notas sobre la situación política de la mujer en el franquismo. *Feminismo/s*, n. 12, 229-252.
- Morcillo, Aurora (2022). *(In)visible Acts of Resistance in the Twilight of the Franco Regime. A Historical Narration*. Transcript.
- More, Thomas (1516) Utopía. (Versión traducida consultada en el repositorio institucional de la Universidad de Cádiz). Accesible en:
https://ocw.uca.es/pluginfile.php/1497/mod_resource/content/1/Utopia_Tomas_Moro.pdf
- Moya, Marian (2008) Políticas de divulgación en antropología: Asignaturas pendientes y desafíos en el mundo contemporáneo. En *Antropología de orientación pública: Visibilización y compromiso de la antropología*. XI Congreso de Antropología: retos teóricos y nuevas prácticas. Ankulegi Antropologia Elkartea, 131-147.
- Muñiz, Elsa. (2014) *Prácticas corporales: performatividad y género*. La Cifra Editorial.
- Muñoz Gómez, Paula (2016) *Representación del tatuaje tradicional de Nueva Zelanda*. [Tesis doctoral]. Universidad Complutense de Madrid.
- Needham, Rodney (Ed.) (1973) *Right and Left: Essays on Dual Symbolic Classification*. University of Chicago Press.
- Nothomb, Amelie (2022) *Sed*. Editorial Anagrama.
- Ornstein, Robert E. (1973) Right and Left. Thinking. *Psychology Today*, 6:12, 86-92.
- París, Carlos (2000) *El animal cultural. Biología y cultura en la realidad humana*. Crítica.
- Pedraza, Pilar (2020) *El salvaje interior y la mujer barbuda*. Antipersona.
- Pentina, Iryna, & Spears, Nancy (2011). Reasons behind body art adoption: what motivates young adults to acquire tattoos? *Journal of Customer Behaviour*, Vol. 10, No. 1, 73-94. <https://doi.org/10.1362/147539211X570528>
- Pérez Amigo, Julia (2017). *El tatuaje en las mujeres. Cuerpos y empoderamiento desde una perspectiva feminista* [Trabajo fin de máster]. Universidad de Granada. Accesible en: <https://digibug.ugr.es/handle/10481/48080>

- Pérez Fonseca, Andrea Lissett (2009). Cuerpos Tatuados, ‘Almas’ Tatuadas: nuevas formas de subjetividad en la contemporaneidad. *Revista Colombiana de Antropología*, Vol. 45, Núm. 1, enero- junio, 69-94.
- Picornell Cantero, Fernando (1996) *Propuesta y reflexión sobre el lenguaje simbólico del tatuaje en el cuerpo humano* [Tesis doctoral]. Universidad de Castilla-La Mancha.
- Pierrat, Jerome (2022) El tatuaje en Europa. En Galliot, Sebastian y Bagot, Pascal (Ed.) *Tattoo. Arte bajo la piel*. (Catálogo de la exposición con el mismo nombre) (pp.138-147). Editorial Obra Social La Caixa.
- Pink, Sarah (2009) *Doing Sensory Ethnography*. SAGE Publications.
- Pink, Sarah et al. (2016) *Digital ethnography: principles and practice*. SAGE Publications.
- Piñeiro, Eleder & Diz, Carlos (2018) El trabajo de campo como abandono: una reflexión sobre la metodología de la observación participante. *Revista Colombiana de Antropología*, 54(1), 59–88. <https://doi.org/10.22380/2539472X.383>
- Pitts, Victoria (2003) *In the flesh. The Cultural Politics of Body Modification*. Palgrave Macmillan.
- Planella, Jordi (2007) *Los Monstruos*. Editorial UOC.
- Postill, John y Pink, Sarah (2012) Social media ethnography: the digital researcher in a messy web. *Media International Australia*, 145(1), 123–134. <https://doi.org/10.1177/1329878X1214500114>
- Preciado, Paul B. (2008) *Testo Yonki*. Espasa Calpe.
- Preciado, Paul B. (2002) *Manifiesto contrasexual*. Anagrama.
- Reed, Carrie E (2000) Tattoo in early China. *Journal of the American Oriental Society*. 120-3, 360-376.
- Renaut, Luc (2013) What to make of the prehistory of tattooing in Europe? En Deter-Wolf y Díaz Granados, Carol (Eds.) (2013) *Drawing with Great Needles: Ancient Tattoo Traditions of North America*. (pp. 243- 261). University of Texas Press.
- Restany, Pierre (1998) *The Power of Art, Hundertwasser-The Painter-King with the five skins.*, TASCHEN Verlag.
- Reverter Bañón, Sonia (2004) La (in)vestidura de los cuerpos. *Lectora. Revista de Dones i Textualitat*, 10, 133-140.

- Roberts, Derek (2017) Subcultural boundary maintenance in a virtual community for body modification enthusiasts. *International Journal of Cultural Studies*, 20(4), 361–376. <https://doi.org/10.1177/1367877916628240>
- Rocha, Servando (2022) *Criminal. Ángeles Bellos, Bárbaros Tatuados. El Tatuaje en España (1888-1993)*. Editorial La Felguera.
- Roig, Arturo Andrés (2002) *Ética del poder y moralidad de la protesta*. Ediunc.
- Rojo Ojados, Ana Belén (2014) *Modificaciones corporales extremas* [Tesis doctoral]. Departamento de Sociología, Universidad Pública de Navarra. Accesible en: <https://academica-e.unavarra.es/handle/2454/18204>
- Romero Patiño, Carolina (2017) *Estéticas Itinerantes – Reinenciones Corporales: el Tatuaje Mexicano en el Contexto Global*. [Tesis doctoral] Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (México). Accesible en repositorioinstitucional.mx/jspui/handle/1015/590
- Romero Patiño, C. (2021) Santa Guadalupe, guárdame y protégeme: Tatuajes sobre la vida y la muerte. *Raíces: Revista Nicaragüense de Antropología*, 5(10 SE-Dossier: Acercamientos Etnográficos), 126–137.
- Romo Avilés, Nuria (2001) *Cultura del baile y riesgo. La influencia del género en los nuevos usos de drogas de síntesis* [Tesis doctoral]. Universidad de Granada.
- Romo Avilés, Nuria (2020) Propuestas sobre género y masculinidades en el estudio de los usos y abusos de drogas. *Revista española de drogodependencias*, ISSN 0213-7615, 1 45, 1, Ejemplar dedicado a: Perspectivas de género y masculinidades en el estudio de los usos y abusos de drogas (parte 1), 5-9.
- Rubin, Arnold (Ed.) (1988) *Marks of Civilization: Artistic Transformation of the Human Body*. Museum of Cultural History, University of California.
- Rubin, Gayle (1993) El tráfico de mujeres: notas sobre la ‘economía política’ del sexo. *Revista Nueva Antropología*, noviembre, año/vol.VIII, núm.030, 95 – 145.
- Sáez A., H. (2010) *Cómo investigar y escribir en ciencias sociales*. Universidad Autónoma Metropolitana: México.
- Saletti Cuesta, Lorena (Coord.) (2015) *Traslaciones en los estudios feministas*. Perséfone. Editoriales electrónicas de la AEHM/UMA.
- Salillas, Rafael (1908) *El tatuaje. En su evolución histórica, en sus diferentes caracterizaciones antiguas y actuales y en los delincuentes franceses, italianos y españoles*. Publicaciones de la Revista Penitenciaria. Accesible en: <https://zaguan.unizar.es/record/96988?ln=es>

- Sanders, Clinton R. & Vail, De Angus (2008) *Customizing the Body: The Art and Culture of Tattooing*. Temple University Press. (Trabajo original publicado en 1989)
- Sanders, Clinton R. (2009) Colorful writing: Conducting and living with a tattoo ethnography. En Puddephatt, A. et al. *Ethnographies Revisited: Constructing Theory in the Field* (pp. 63-76). Routledge.
<https://doi.org/10.4324/9780203876503>
- Sanmartín Arce, Ricardo (2000) La entrevista en el trabajo de campo. *Revista de Antropología Social*, 9 (SE-Artículos), 105-126. Accesible en:
<https://revistas.ucm.es/index.php/RASO/article/view/RASO0000110105A>
- Scheper-Hughes, Nancy; Lock, Margaret (1987) The mindful body. A prolegomenon to future work in medical anthropology. *Medical Anthropology Quarterly*, 1, 6-41.
- Schwandt, T. (2001) *Dictionary of qualitative inquiry*. SAGE Publications.
- Smailes, Sophie (2014) Negotiating and Navigating my Fat body: feminist autoethnographic encounters. *Athenea Digital: Revista de Pensamiento e Investigación Social*, 14(4), 49–61.
- Snooks, Gina D. (2015) *Scripted Skins: (th)inking About Women's Spiritually-Inspired Tattoos as Embodied Life Narratives* [Trabajo final de máster]. Memorial University of Newfoundland.
- Spillers, Hortense. J. (1987) Mama's Baby, Papa's Maybe: An American Grammar Book. *Diacritics*, 17(2), 65–81. <https://doi.org/10.2307/464747>
- Spivak, Gayatri (1994) Can the Subaltern Speak?. En Williams, Patrick y Chrisman, Laura (Eds.), *Colonial Discourse and Post-colonial Theory* (pp. 66-111). Nueva York, Columbia University Press. (Trabajo original publicado en 1988)
- Springer, Claudia (2000) Review Work(s): Bodies of Subversion: A Secret History of Women and Tattoo by Margot Mifflin. *Woman's Art Journal*, Spring - Summer, 2000, Vol. 21, No. 1 (Spring - Summer, 2000), 53-54.
- Spry, Tammy (2009). Bodies of/as Evidence in Autoethnography. *International Review of Qualitative Research*, 1(4), 603–610. <https://doi.org/10.1525/irqr.2009.1.4.603>
- Spry, Tammy (2000) Tattoo stories: A postscript to skins. *Text and Performance Quarterly*, 20(1), 84–96. <https://doi.org/10.1080/10462930009366285>
- Spry, Tammy (2001) Performing Autoethnography: An Embodied Methodological Praxis. *Qualitative Inquiry*, 7(6), 706–732.
<https://doi.org/10.1177/107780040100700605>

- Stolcke, Verena (1996) Antropología del género. El cómo y el porqué de las mujeres. En Prat, Joan y Martínez, Ángel (Eds.), *Ensayos de Antropología cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat* (pp. 335-343). Ariel Antropología.
- Strohecker, David Paul (2018) *Re-inscribing subculture: Commodification and boundary work in American traditional tattooing* [Tesis doctoral]. Department of Sociology, University of Maryland.
- Strohecker, D. P. (2017) Book Review: Covered in Ink: Tattoos, Women, and the Politics of the Body by Beverly Yuen Thompson. *Gender & Society*, Volume 31, Issue 3, 407-426. <https://doi.org/10.1177/0891243216654652>
- Sullivan, N. (2001) *Tattooed bodies : subjectivity, textuality, ethics, and pleasure* . Praeger.
- Sullivan, Nikki (2006) Transmogrification: (un)becoming other(s). En Stryker, Susan y Whittle, Stephen (Eds.) *The transgender studies reader* (pp. 552-564). Routledge.
- Sullivan, N. (2009) The Somatechnics of Bodily Inscription: Tattooing. *Studies in Gender and Sexuality*, 10(3), 129–141. <https://doi.org/10.1080/15240650902979210>
- Sweetman, P. (1999) Anchoring the (Postmodern) Self? Body Modification, Fashion and Identity. *Body & Society*, 5(2–3), 51–76. <https://doi.org/10.1177/1357034X99005002004>
- Tassey, Geoffrey T. (2003) Identifying the Practice of Tattooing in Ancient Egypt and Nubia. *Papers from the Institute of Archaeology* 14 (2003), 85-101.
- Thompson, Beverly Yuen (2015) *Covered in Ink: Tattoos, Women and the Politics of the Body*. New York University Press.
- Thompson, Beverly Yuen (2018) ‘Heavily Tattooed and Beautiful?’: Tattoo Collecting, Gender and Self-Expression. En Holland, S. and Spracklen, K. (Eds.) *Subcultures, Bodies and Spaces: Essays on Alternativity and Marginalization (Emerald Studies in Alternativity and Marginalization)* (pp. 119-132). Emerald Publishing Limited. <https://doi.org/10.1108/978-1-78756-511-120181008>
- Turner, Terence (1994) Bodies and anti-bodies: flesh and fetish in contemporary social theory. En Csordas, T.J. (Ed.) *Embodiment and experience. The existential ground of culture and self* (pp. 27-47). Cambridge University Press.
- Valle, Teresa del (1997) La memoria del cuerpo. *Arenal*. Vol. 4 Núm. 1 1997: Mujeres: Cuerpo e identidades, Dossier, 59-74.
- Vargas Monroy, Liliana (2011) Mestizajes: Cuerpo y conocimiento en la obra de Gloria Anzaldúa. En Villalba Augusto, Cristina; Álvarez Lucena, Nacho (Coords.)

Cuerpos Políticos y Agencia. Reflexiones Feministas sobre Cuerpo, Trabajo y Colonialidad (pp. 177-195). Editorial Universidad de Granada.

Vásquez Sánchez, Victor et al. (2013) Estudio microquímico mediante MEB-EDS (análisis de energía dispersiva por rayos x) del pigmento utilizado en el tatuaje de la Señora de Cao. *Archaeobios*, ISSN-e 1996-5214, N°. 7, 17 págs.

Villalba Augusto, Cristina; Álvarez Lucena, Nacho (Coords.) (2011) *Cuerpos políticos y agencia. Reflexiones feministas sobre cuerpo, trabajo y colonialidad*. Editorial Universidad de Granada.

Walzer Moskovic, Alejandra Fabiana (2015) Tatuaje y significado: en torno al tatuaje contemporáneo. *Revista de Humanidades*, 24, 193-216.

Wilton, John (1991) Towards an Understanding of Skin Art. En Blandy, Doug y Congdon, Kristin G. (Eds.). *Pluralistic approaches to art criticism* (pp. 73-87). Bowling Green State University Popular Press.

Wroblewski, Chris (1993) *Skin Shows III. The Art of Tattoo*. Virgin Publishing.

Zambrini, Laura (2015) Diálogos entre el feminismo postestructuralista y la teoría de la interseccionalidad de los géneros. *Revista Punto Género*, (4), 43-54.
<https://doi.org/10.5354/0719-0417.2014.36408>

Películas

Almodóvar, Pedro (director) (1999) *Todo sobre mi madre* [Película cinematográfica]. El Deseo, Renn Productions, France 2 Cinema.

Amiel, Elsa. *Pearl* [Película cinematográfica]. Unité de production, Bande a Part Films.

Browning, Tod (Productor y Director) (1932) *Freaks* [Película cinematográfica]. Metro Goldwyn Mayer.

Dolan, Xavier (director) (2013) *Lawrence Anyways* [Película cinematográfica] Lyla Films MK2.

Ibrahim, Nadine (Productora y directora) (2019) *Marked* [Corto documental]. Naila Media.

9. Summary

This research understands tattooing as a medium, in the artistic sense, and also as a bodily practice (always collaborative and creative) that acts as a generator of identity, especially in the case of heavily tattooed people. Starting from a general enquiry that is not so much concerned with ‘why’ as with ‘how’, I follow Sullivan (2001) in her theoretical approach to tattooed bodies:

My aim [...] is not to ask what does the tattooed body (as text) *mean*, or what does it tell us, in a universalizing sense, about the ‘human condition’. Rather, I want to explore *how* the subject in/of tattooing exists in contemporary Western culture; what if *does*. (p. 3)

The inclusion of individual narratives when analysing any embodied practice that concerns women and queer people seems to me, in this sense, key to achieving a complete picture of the social issues analysed. I start from a conception of the body as an agent, not in order to refer all social practice to the individual discourse associated with it, but to question and bring into conversation the collective and the intimate, or, in other words, the socio-cultural and the individual levels.

In the light of the literature analysed, this thesis aims to make its results more complex by focusing on the personal narratives, combining them with an attentive reflection on the socio-cultural and political context in which the choices of the women and queer people interviewed take place. Can their choices be analysed only in terms of conformity or resistance to gender roles? Or, on the contrary, can we think of their bodily practices as creative as well as subversive?

In short, this research is based on a consideration of the body as a socio-cultural artefact, as a non-determined and unstable reality. On the basis of this view, I oppose ahistorical, binaristic and fixed considerations of bodies. Together, anthropology of the body –with its attention to bodily practices– and feminism –and its attention to the embodied and political nature of agency and resistance– enable an approach to bodies not from what bodies *say*, but from what bodies feel, experience and do.

Starting from an understanding of the history of tattooing that seeks to reveal its complexity instead of referring to the old commonplaces and mistakes, the general objective of this research is to analyse tattooing in the Spanish context in its historical evolution since the end of Franco's dictatorship and as a tool of subversion, identity construction and materialisation of the utopian body.

Methodology

This ethnographic research focuses on the narratives and embodied experiences of tattooed women and queer people in Spain, "from a theoretical and political position that aims to question the androcentric categories and methodologies that have ignored and silenced groups situated in positions of subalternity" (Gregorio Gil, 2019, p.107). The fieldwork (which included in-depth interviews with 20 people and participant observation, online and in person) led to a digital (Pink et al., 2016) and feminist (Stacey, 1988; Gregorio Gil, 2019) ethnographic study on the experiences of women in the world of tattooing in Spain. Due to the COVID-19 pandemic, the interviews conducted – understood more as fluid conversations than scripted encounters (Guber, 2001) – took place online as video calls. The data collected (both from the transcriptions from the interviews and my field work diaries) was analysed using the software Nvivo.

My position of personal and professional familiarity with the study context facilitated contact with the participants and led to working with autoethnography as a method especially valid when researching embodied experiences. My situation coincides with that of Roberts (2017), when he recalls, regarding possible reluctance to participate in research of his interviewees, that "in a social research project, [...] my visible modifications and previous experience as a tattoo shop employee eased their initial concerns about being misrepresented in an academic study" (p. 364).

With the use of personal narratives resulting from in-depth interviews, we particularly seek to reject foundational assumptions about the history of tattooing. As Lodder (2022a) outlines, "errors and partial presentations have echoed through the decades and centuries, and as such, analyses which take that flawed history as a starting point are doomed from the outset" (p. 33). Therefore, this thesis aims to open up a research path in two directions: on one hand, towards documenting the history of tattooing in Spain; and, on the other hand, towards a historically contextualised, critical and feminist approach to the narratives which shape it.

Results and discussion

The results of this research have been divided, for presentation and analysis, into 5 large blocks: history, references and pioneering women; the world of tattooing in contemporary Spain; getting tattooed: bodies and feminism; the external; looks, stereotypes and tattcalling; and, tattooing as a tool for the construction of corporeality: disruptions and resistance.

- Situating the world of tattooing in Spain

The concept of cultural innovation (Feixa, 2004) is useful for analysing the evolution of tattooing in the Spanish context. Spanish political and cultural history explains to a large extent the late introduction of tattooing in Spain. The fact that our references in the world of

tattooing are scarce –especially in the case of female references– has a socio-historical explanation.

The territorial differences within Spain also respond to models of expansion of innovations that explain why the big cities, such as Madrid or Barcelona, and the coastal and tourist areas, have more cultural exchanges than the rest of the country, where, therefore, cultural innovations arrive with a certain delay. The results show that tattooing is most deeply rooted in Barcelona and Bilbao –coastal cities with large populations and close to Europe– cities that have always had a great deal of exchange, both commercially and culturally, with other European countries, and it is in these cities that Spanish women begin the practice of tattooing.

In this sense, it is pertinent to think about the commercialisation of the practice. Although it is undeniable, in the light of the accounts presented, that tattooing has become an object of consumption in certain spheres, the participants' narratives also show loopholes in this respect, such as the celebration of tattoo parties and the exchange of tattoos between colleagues. These cases make the commercial status of tattooing more complex, adding to its understanding a necessary cautionary note: not all manifestations of tattooing are linked to an institutionalised industry. In this sense the data obtained contradict those of Dann, Callaghan and Fellin (2016) who point out that tattoos in relation to women "are still bought - they remain in themselves a consumer product, a commodity" (p. 44). The results of this research deny that all tattoos can be considered a consumer product.

Boltanski (1971) introduces the concept of somatic culture or body culture to highlight the fact that bodies unfold in specific socio-cultural schemes that influence how corporeality is lived and experienced. In Feixa and Porzio's (2008) visual tour of Barcelona's urban tribes, it is pointed out that tattooing "is fashion when the aim is to follow the dictates of the commercial circuit" (p. 10). The results of this research also make these assertions more complex by positioning fashion trends within a specific cultural and artistic sphere. I agree with the authors, on the other hand, when they understand tattooing as a polysemic world in its meanings that can also be considered an artistic and identity tool. Following Boltanski (1971) and his idea of somatic culture, tattooing can be considered a bodily practice imbued with the codes of a given somatic culture. This does not mean that tattooed bodies do not manage to resist and subvert the hegemonic codes of the culture in which they are embedded, even when their choices move away from fashion and focus, for example, on the idea of a body project or collecting.

The expansion in the use of the Internet in Spain since the beginning of the 20th century and the arrival of social media have marked a before and after in the expansion and popularity of tattooing in the Spanish context. Just as television in the United States capitalised on the practice of tattooing with the broadcasting of programmes such as the one starring tattoo artist Kat Von D., in the present day, video blogs, social media platforms such as Instagram or programmes on video platforms such as YouTube have an enormous social influence –especially on young people and their perception of tattoos.

The results obtained show that it is likely that the younger generations in Spain are changing their tattooing habits. With the average age of the participants in this research being 37 years old, the people interviewed have pointed out how young people are losing their fear of modifying themselves in highly visible places such as the face or neck. This situation transforms the world of tattooing in two ways: on the one hand, it shows that body practices change as societies evolve, which is especially applicable to the Spanish case, historically marked by a dictatorial past that repressed aesthetic subversion; and on the other hand, it generates new languages in tattoo culture itself, by promoting tattoo projects that no longer follow the same order as previously assumed, when to get tattooed hands, face or neck the person had to 'earn it' by extensively tattooing the rest of the body beforehand.

All these ideas also reinforce the fact that the Spanish case cannot be analysed or understood in the light of Anglo-Saxon texts that are so often cited in academic productions on tattooed bodies. The conclusions of Anglo-Saxon research will only be applicable to countries where the practice of tattooing has been established since the late nineteenth or early twentieth century. In order to understand the case of this research, it has been essential to focus on the narratives of the people involved. This commitment to first-person accounts, to the use of ethnography, has made it possible to connect the narratives with the socio-political climate in order to achieve a critical and situated understanding of tattooing. To give a representative example of these differences, in the United Kingdom, Jessie Knight –the first English woman tattooist on record– began working in her own studio in Wales in 1921, while the first studio run by a woman in Spain opened to the public in 1984, a case that has been analysed in this research.

- The external influences us, but not only

Although it has not been the object of this research to investigate the traditional forms of the phenomenon, I would like to emphasise that the practice has been linked in its history to both men and women (Eason, 2007; 2010; Krutak, 2007). In doing so, I would like to emphasise that the idea that the world of tattooing has historically been masculinised will only be applicable in specific, primarily Western, cases. Having clarified this, it is necessary to point out that abundant literature highlights how negative discourses around women's tattooed bodies are still very much present (Hawkes et al., 2004; Dann, Callaghan and Fellin, 2016; Heckerl, 2021). This research concurs with these findings.

In reference to these negative attitudes towards heavily tattooed bodies, the participants' accounts demonstrate the great influence that these looks, comments and judgements have on the free experience of their body. Ed Hardy (1995) pointed out, almost 30 years ago, how these judgements generally have more to do with the social scale than with individual perception. In fact, this external perception influences us to the point that we sometimes prefer not to tattoo highly visible areas such as hands or necks, because of the social consequences that this would entail, for example, when it comes to finding a job. When analysing this issue, it will be imperative to connect the socio-political context with the way in which women and bodies considered inferior by the patriarchy choose to tattoo their

bodies. However, in the narratives of the women and queer people interviewed in this research, show there is also room for ruptures and resistance: responses to unwanted comments; choices that, even assuming that they will be judged, are made with subversion and freedom; and ways of mocking the external gaze by partially covering the tattooed areas. In general, the participants' personal narratives could be explained in the reverse of how this fragment on tattooing in early humans does:

As early humans began to move out of the tropical latitudes where they first evolved, fitted clothing became an important way to buffer themselves against the vagaries of less hospitable environments. Predictably, body painting declined and was relegated to those parts of the body not covered by clothing: the hands, feet, and, especially, face. (Jablonksi, 2006, p. 144)

In a patriarchal environment heavily influenced by the dictatorial past, negative reactions to heavily tattooed bodies still seem to prevail. This is not to say that bodies do not escape social pressures; on the contrary, in the face of a less than 'hospitable' environment, bodies revolt, confront hegemonic ideals and uncover or cover their flesh in a game that subverts and contests those same stifling canons.

On the other hand, it is necessary to highlight how the tattoo, in the narratives analysed, is also presented as an element of validation within the world of body modification itself or in subcultural scenes such as punk. In this sense, the results coincide with those presented by Irwin (2003), who frames the tattoo as a mark of both negative and positive deviance, depending on the environment in which we are investigating.

In short, in reference to the external aspects that influence the participants, the results highlight something that Sullivan (2006) makes explicit in relation to the identity of the tattooed individuals: “[Identity] is never autonomous, but rather, is constituted in and through relations with others and with a world” (p. 556).

- Tattooing as a bodily practice and utopian action

In the participants' accounts, the body is presented not only as a place for resistance but also as a place for exploration and enjoyment through the active and creative practice of tattooing. Identity is thus defined not by the constrictions imposed by society and its rigid, racist and sexist norms, but by the possibilities of subverting the dictates of aesthetics, image and gender in a creative and empowering way that the act of tattooing allows us to do.

As in the case of people who dance, the identity of women and tattooed queer people is anchored and reinforced by what we *do* with our bodies. The body, in this view, is not constituted discursively but through action, creation and movement understood as constant change and re-imagination. The bodily practice of tattooing gives meaning and cohesion to the identities and bodily experiences of the participants.

In *Utopia*, Thomas More (1516) alludes to a fictitious territory characterised by its organisational and social perfection. However, this territory is a non-place, marked precisely by its non-existence. In this sense, it is necessary to take up the idea of the utopian body (Foucault, 2010) in order to bring it into conversation with the findings of the research. In light of the results, tattooing seems to function as a practice of utopian action (Roig, 1987), rather than as an attribute of a 'utopian body' as a space or topos from which human beings can only escape by means of utopias.

In relation to the participants' and my own lived experiences, I find it more pertinent to use the term utopian energy. The term was first used by Darnton (1989) and came to express how the French revolution “struck down institutions from the Old Regime so suddenly and with such force that it made anything seem possible. It released utopian energy” (p. 11). This utopian energy is also released when we get a tattoo: when we imagine, visually, how our body will look with it, linking it to a project that has to do with creativity and art, when we undergo a painful session that generates intense sensations with transforming physiological and psychological processes, and when we observe how the tattoo settles, little by little, under our skin during the healing process.

In focusing on the visual that characterises tattooing as an artistic medium, it will be equally important not to reduce women's choices to the designs or symbols they choose to tattoo. This approach oversimplifies a problem that goes beyond simple visual discourse. Discursive, textual analyses of tattoos cannot allow themselves to start from universalities; rather, they must connect their readings to the socio-cultural, political and artistic milieu from which these discourses are produced. No image remains unchanged over time, as some of the participants demonstrate by re-appropriating certain designs, such as the playboy bunny, once a sexist symbol that some women have now reclaimed in order to subvert its origins. I agree with Sullivan (2001) when she notes:

On the one hand, it is possible to read the tattoo as a picture that tells stories, whilst at the same time recognizing that the stories tattooed bodies could be said to tell are never simply stories of/as truth. Tattooed bodies are symptomatic: they tell of the ways in which identity and difference are morphologically produced in culturally and historically specific ways. (p. 185)

From the prism proposed by Darnton (1989), tattooing generates utopian energy; by becoming a tool for construction and re-imagination, it serves to reject gender stereotypes, to freely explore bodily performativity and even to re-imagine culture. Tattooing, in short, helps us to navigate and re-signify the bodies we inhabit. As Mari Luz Esteban pointed out, not everything in the body is intentional, and there are bodily practices that confront the norm even without deliberately confronting it (Esteban, 2013). Tattooing, therefore, does not function as a weapon of empowerment that always acts from the conscious, but rather allows for empowering acts that generate a sense of bodily autonomy. In fact:

Foucault also challenges any easy division between a dominant and essentially

repressive discourse and one oppositional, pure voice or liberation. He characterizes power as a multiplicity of force relations, the interplay of various discursive fields with their immanent necessities and developments. Power and authority are no longer vested in a central point, not in Foucault's analysis or in the actual workings of power in our world. nor does resistance arise from a single point." (Diamond y Quinby (eds.), 1988, p.9).

In this sense, tattooing functions as a tool for re-appropriation beyond the material level. The expressive body is linked to the symbolic body through different aesthetic attributes: the participants say that tattoos, make-up and fashion allow them to express themselves. The body, appropriated and re-signified, becomes a stage for resistance. Relationships with our bodies, which are sometimes complicated or complicated by the external gaze, generate a utopian energy that becomes a driving force for bodily experimentation and the construction of identity. Understanding that our identity is neither progressive, nor linear, nor, on most occasions, logical, by introducing into the equation the arbitrariness of aesthetic diversity, it will be possible to analyse body art in a more complex and profound way.

This bodily experimentation, in the case of the participants, is not linked to fashion. In fact, the use of tattoos has been described as anti-fashion by Ferrer (1995):

Whoever tattoos himself today 'for fashion' subverts not the codes of the tattoo, but rather those of fashion, since he explodes what is most inherent to it: its transience and its capacity to be replaced by another, which takes its place. By fixing fashion, the tattoo kills it, and this requiem is its ritual. It undermines it not only in its capacity for mobility, but also in the foundations on which its fabric is articulated, which are those of the consumer society and its cult of the new and disposable. (p. 30)

In the participants' accounts, the discourse around fashion almost always appears to refer to uses of tattooing linked to consumption and to people with fewer pieces, with less commitment to a body project or an extensive collection. We could link these ideas to regret, which tends to be more of a concern for people who are not heavily tattooed. In any case, the world of tattooing is so varied that to speak of fashion in general to refer to the increase in interest in tattoos in Spain over the last 10 or 15 years seems reductionist, a simplification of a very varied and extensive reality.

In the 1990s, as can be seen in the narratives analysed in this research, when the practice was more widespread on a social level, certain stereotypes linked to tattooed bodies also persisted, such as the association between tattooing and piercing with non-normative scenes and sexualities such as those practised by BDSM (short for bondage, discipline (or domination), sadism (or submission), masochism) communities. This association is not historically wrong, since especially in the United States and in cities such as San Francisco, there has been a strong association between various LGTBQ+ communities and people with non-normative sexualities with the world of body modification, especially piercing, scarification and tattooing (Pitts, 2003).

In the face of academic literature which, above all from psychology and psychiatry, relates tattooing in women to a lack of self-esteem, problems with personal image or directly assimilates it with other self-harming behaviours (Jeffreys, 2000), the people interviewed show how these interpretations are erroneous. Some participants, in fact, state that their relationship with their body has not been characterised as problematic, while others, even if they recognise that it has been problematic, refer to how the tattoo has helped them to inhabit their body more peacefully, pointing to the tattoo as a constituent element of bodily wellbeing and not as an aggression to their bodily integrity.

In this sense, the findings partially fit with Thompson's (2015) view of tattooing in women and queer people when she pointed out how, for some social actors, they are mutilating their bodies and 'becoming ugly'. The narratives analysed, however, belie the idea that women relate their tattoos to beauty. There is no mention in any of the narratives that tattoos serve to make them beautiful or 'look prettier'. Again, the stories show how women not only confront a hegemonic canon, but also create or generate new discourses that move them away from it. Rather than references to beauty, the participants' narratives establish ruptures that, despite prejudices and tensions, re-establish a relationship with the body based on freedom. The bodily autonomy of heavily tattooed women and queer people is central to the understanding of the Spanish case.

Atkinson (2002) states that, in the specific case of women, tattoos "are layered with culturally established, resistant, and negotiated images of femininity" (p. 220). The participants, with their bodily acts, are acting beyond their gender identity while subverting, through experimentation and creativity, the attributes of femininity that society has placed on their bodies. In this sense, the results problematise these kinds of assumptions about the transformations of the body, demonstrating that, although tattooing is a practice that generates identity, it cannot be qualified as a privileged means of defining ourselves, as the women and queer people interviewed still have to deal with people who label them as freaks, 'fairground attractions' and freaks. The results also expose issues linked to the world of contemporary tattooing in Spain that go beyond individual experiences. Women and queer people, as in any other masculinised social sphere, face greater difficulties in developing professionally as tattoo artists, as well as having to deal with various negative situations: sexist dynamics, gender violence, sexual aggression and racism. The problems faced by women and queer people with heavily tattooed bodies can be explained by the fact that we transgress a series of deeply rooted cultural norms. As Matt Lodder (2022b) puts it in his book *Painted people*:

As more and more people get tattooed, many people in Western nations will continue to find them [tattoos] deeply strange, as they continue to transgress basic cultural norms. Rather than showing that tattooing has finally entered the mainstream, then, headlines that persistently repeat the claim that tattooing is now socially acceptable show the precise opposite. It never will be. Not totally. (p. 283)

10. Conclusions

The narratives of the women pioneers of body modification in Spain shed light on the social changes that Spanish society began to experience since the end of Francisco Franco's dictatorship. The subversion of stereotypes around femininity that the pioneers embodied - both professionally, by entering a highly masculinised world, and intimately and corporeally - are a necessary reminder that in the face of the mechanisms of control and surveillance over women's bodies and lives, there is room for active and creative resistance. The pioneers opened the way for many other women and queer people who, from the 1990s onwards, decided to become tattoo artists and piercers in Spain.

In contemporary Spain, the practice of tattooing, like any other bodily practice that escapes from hegemonic somatic cultures, must be understood in the light of our history. Francoism extends beyond the democratic transition and we will only understand the complexity of bodily modifications in the Spanish context if we articulate history, art, society, body politics and an intersectional feminist perspective when analysing them. Young women tattooists continue to face obstacles and problems related to sexism, but their narratives highlight the central role they play in the world of tattooing. Issues of sexual harassment and assault, far from remaining invisible, are denounced and fought against.

In terms of corporeality, tattoos become a fundamental part of identity. Tattooing makes us who we are. In the case of women and bodies considered inferior by patriarchy, tattoos become a weapon of ideation, re-appropriation and enjoyment of the body. It is not only about reclaiming the body from the external mechanisms that constrain it, but tattooing also implies pleasure: in relation to collecting art, to curing and caring for the skin and to conceiving the flesh as a territory of infinite possibilities for artistic expressivity, memory and exploration.

Tattooing, as an artistic medium, also allows us to rethink and play with aesthetics. There is a desire to be a tattooed woman, to be heavily tattooed, to add pieces to the body in constant creative construction. It is not only the chosen design, the concrete project that matters, but the process (the moments before the tattoo session, the ink, the pain, the blood, the healing) that is important. Observing the skin mutate allows us to re-signify our body. The use of tattooing is therefore linked to exploratory and creative pleasure with one's own identity and body image.

The impossibility of fitting in with all the social expectations placed on bodies has consequences on an intimate level, and its effects are felt on our skin, in our minds and in our identity. Tattooing allows us to relate to our body in a horizontal way by devoting our time and energy to transforming it, also promoting our own embodied 'knowing'. Pain and healing,

although complicated processes, are not comparable to the discomfort generated by the stigmatising social response to our non-canonical corporealities.

The problems of abuse against women and queer people during tattooing sessions or street compliments in the form of tattcalling are related on a social scale to problems linked to gender violence. Comments, looks and judgements on the bodies of heavily tattooed women and queer people can be related to other forms of violence and aggression that go beyond the verbal or symbolic to the physical or sexual. The tattooed bodies of women and people considered inferior by patriarchal hierarchies illustrate how the sexism and surveillance we suffer is rooted in a system that wants us to be perfect and homogenous.

In the face of this social surveillance and the aesthetic demands placed on women and queer people, this research shows that scenarios for autonomy emerge. From a critical point of view, tattooing becomes a tool to increase the feeling of control over one's own body. Tattooing, especially in connection with collecting and on heavily tattooed bodies, takes the body out of the framework of expected actions and plunges it into a sea of possibilities outside the expected in terms of the body.

Walking through the world with a corporeality outside the norm has two effects: on the one hand, the repugnance of those who fail to understand our decisions and, on the other hand, the feeling of empowerment and resistance that we experience in response to this rejection. The subversion of body stereotypes allows us to explore and express ourselves without imposed limits and with a freedom that reaffirms our identity.

Tattooing is not just a lens through which to analyse bodily experiences. Tattooing is, on the one hand, an artistic discipline, as diverse and relevant as painting, and, on the other hand, a bodily practice as imaginative and liberating as dance. The profusely tattooed bodies of women and queer people sow seeds of resistance, creativity and possibility in the streets of Spain. The modified body, from a critical and feminist point of view, functions as an utopian corporal project. And it makes sense that in a context in which surveillance and control take place mainly at the corporal level, resistance and contestation arise precisely in the place where inequality is established and experienced: our body.

Finally, I would like to point out that social perceptions of heavily tattooed bodies are still often negative. But this reality has to be put in conversation with the general situation of women and queer people in the Spanish context. This research aims to add to a social cry for society to stop judging, commenting on and policing female and queer bodies.